



se

LUIS DELGADO

El navío *Alejandro I*

LA ESCUADRA DEL ZAR

UNA SAGA MARINERA ESPAÑOLA

Lectulandia

En este volumen decimonoveno de su colección de novela histórica naval, «Una Saga Marinera Española», Luis Delgado aborda el escandaloso asunto de la escuadra rusa adquirida por Fernando VII al Zar Alejandro I, una vergüenza nacional de tan elevada escala, que resulta ardua y espinosa de creer. Porque difícilmente se encontrará en la historia de la administración española un negocio tan deshonesto y que merezca parecidas censuras y reproches. Nuestro protagonista, el jefe de escuadra Santiago de Leñanza, es escogido por el ministro de Marina, don José Vázquez de Figueroa, como asesor en la importante misión de adquirir buques en arsenales extranjeros. Se trata de una empresa de capital importancia, no solamente para cubrir el precario cupo de unidades en servicio de la Real Armada, sino para abordar la misión de transporte de un poderoso ejército de 30.000 hombres hacia el Río de la Plata, con el que aplacar de forma definitiva los movimientos independentistas americanos. Mientras Santiago de Leñanza debe encarar los rigores profesionales y políticos asociados a tan delicada empresa, su hijo Francisco, cuarta generación de la familia que entra a formar parte de la Armada, embarca en el navío Alejandro I, uno de los buques rusos adquiridos, con destino a las aguas del mar del Sur. El joven guardiamarina sufrirá las duras condiciones de vida en la mar, a bordo de tan deficiente unidad.

Lectulandia

Luis M. Delgado Bañón

El navío «Alejandro I»

La escuadra del Zar

Una saga marinera española - 19

ePub r1.0

Titivillus 31.08.2019

Luis M. Delgado Bañón, 2011

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Para Amparo, Pepe, Cristina, Pepe jr., la princesa Pala y su
hermana Canela

Diversas sugerencias recibidas de amigos y fieles lectores me obligan a recalcar que todos los hechos históricos narrados en las obras de esta colección, así como los escenarios geográficos, cargos, empleos, destinos, vicisitudes personales, especificaciones de unidades a flote o en tierra, así como las situaciones sufridas por ellos, se ajustan en un cien por cien a la realidad histórica, de acuerdo con los fondos consultados con la necesaria profundidad y el compromiso adquirido ante documentaciones contrarias. Es mi intención escribir novela histórica y no ese tipo de historia-ficción utilizada con profusión por autores británicos de temas navales. Tan sólo aquellos personajes a los que aparejo las narraciones y los episodios claramente novelescos son fruto absoluto de mi imaginación.

En enero de 1526, embocaba el estrecho de Magallanes la armada de García Jofre de Loaisa. Andrés de Urdaneta, mozo embarcado al socaire, de su paisano Juan Sebastián de Elcano, dejó escrito:

Encontramos en la embocadura a un patagón de extraordinario tamaño. Le dimos de comer e de beber, el cual se holgó mucho con ello; e como probó el vino, nunca jamás quiso beber agua.

Prueba inequívoca de la natural inteligencia extendida entre los miembros de la raza patagónica.

La mujer debe ser de aparejo redondo y alto bordo, mucha manga, más salada que las sardinas de Cuba y, como las gaviotas, cuanto más viejas, más locas.

Dicho marinero

Navío de dos puentes y 74 cañones con todo su aparejo



1. Mesana cangreja	16. Trinquete
2. Sobremesana	17. Rastrera de trinquete
3. Juanete de sobremesana o perico	18. Velacho
4. Estay de mesana	19. Ala de velacho
5. Estay de sobremesana	20. Juanete de proa
6. Periquito	21. Ala del juanete de proa
7. Mayor	22. Sobrejuanete de proa
8. Gavia	23. Cebadera
9. Alas de gavia	24. Sobrecebadera
10. Juanete mayor	25. Contrafoque o trinquetilla
11. Alas del juanete mayor	26. Foque
12. Sobrejuanete mayor	27. Petifoque o foque volante
13. Estay de gavia	28. Primera batería o batería baja
14. Estay volante	29. Segunda batería o batería alta
15. Estay de juanete mayor	

Prólogo

Sin fogatas de gloria, alardes de piñata ni promoción sublime, más bien a la chita callando, esta colección de novela histórica naval, primera española en un género dominado de norte a sur por escritores británicos, se acerca de forma inexorable hacia la veintena. Un llamativo conjunto que deberá celebrarse a modo y en redondo, llegado el preciso momento. Pero todavía nos movemos en vísperas de brasas rojas, con este diecinueve difícil de amoldar por llano en la sesera. Porque puedo jurar que tal ordinal, endosado al lomo, parece correr por su particular vereda en la cuerda floja y con bamboleo de aguardiente. Bien es cierto que así suele suceder siempre a quien navega por la vida entre dos hermanos con especial renombre. Y, en este caso, es difícil destacar por alto entre el glorioso dieciocho y el que señala la nueva decena.

Pero no considero correcto marcar de antemano en tonos grises este nuevo ejemplar de la Saga Marinera, ni mucho menos. Más bien, al contrario. Ya de entrada, deben tener en cuenta que se trata de un ejemplar al que le otorgo especial cariño, a causa de lo mucho que he padecido para alcanzar su remate. Y si ese diecinueve es farol de escaso rumbo, tristón y con tronío de cercas, también ofrece algún rasgo marinero de renombre, esos detalles que suelo buscar para aderezar con agua salada y de antemano cada una de mis obras.

En los diecinueve grados de latitud norte aparecen las islas más septentrionales de nuestras queridas e inolvidables Filipinas, las Babuyanes, que continúan hacia Formosa, la Sierra Madre. No debemos olvidar que también en la isla Hermosa se habló el idioma español durante bastantes años, en los que permanecimos con dominio sobre su parte septentrional. Y en el año del Señor de 1626 edificamos en la bahía bautizada como de Santiago, llamada posteriormente por los nativos, hasta nuestros días, como Santiau, un poderoso fuerte, el de Santo Domingo. Todavía pueden observarse en la actualidad los restos de aquel bastión defensivo de poderosa fábrica, conocido

por sus habitantes como Hung Mao Cheng, «el fuerte de los bárbaros de pelo rojo». La verdad es que allá donde posemos la vista en un sencillo mapamundi, aparece algún vestigio español con nuestros hombres de mar abriendo aguas a su frente.

Aunque encaro el volumen número diecinueve de mi colección con una idea bastante detallada en la cabeza y esperanzas ciertas de armarlo al gusto de los lectores, debo reconocer que no son páginas de gloria las que han de encarar. Pero no deben olvidar en ningún momento el fin principal que deseo abordar al escribir esta serie de novela histórica naval. Y no es otro que mostrar los momentos principales de la historia particular de nuestra Real Armada, buenos, regulares y malos, de forma cronológica, con las prendas de diferentes colores que en cada momento aparezcan en el camino.

Comencé la Saga en la segunda mitad del siglo XVIII y pienso rematarla en la desastrosa Guerra Civil, que diera comienzo en 1936. Por tal razón, quienes hayan disfrutado de los anteriores volúmenes habrán encontrado ejemplares en los que se detallaban gloriosas y sangrientas batallas, otros de famosos descubrimientos o acciones corsarias de renombre, cuadernillos con temporales de olas montañosas capaces de engullir una catedral de tres cuerpos, pero también algunos de ocaso general, con escasa mar y graves problemas interiores. Me refiero, ahora en concreto, a los negros tiempos en los que se repetía de norte a sur y hasta en las estancias del palacio real, encabezados por el infame Deseado entre sonrisas, aquella frase que tan claramente indicaba la triste realidad: Marina, poca y mal pagada. A esa frase doliente, más propia de bribón tahonero, debo añadir que, desde luego, muy escasa y peor pagada se encontraba la sufrida Institución marinera por aquellos años posteriores a la guerra contra el francés, pero con el honor de sus hombres a salvo y resguardo de toda mancha. Y pocos eran los que podían presumir de tal condición en aquella camarilla real de innobles sentimientos y bastardas pretensiones.

Como ya sabrán tras leer el resumen de la contraportada, el eje central de este volumen abordará la particular historia de los buques rusos, aquella escuadra de navíos y fragatas comprada por Fernando VII a Su Majestad Imperial Alejandro I, Zar de todas las Rusias. Se pretendía acallar de forma definitiva los movimientos secesionistas alzados en nuestras posesiones indianas. Pero para enviar un ejército de majestuoso orden a tantos miles de millas de distancia, se aparecía como necesaria la existencia de unidades navales suficientes para su transporte y las nombradas para su debida protección. Por fin parecían caer del guindo las altas magistraturas y

comprender la necesidad de disponer de una Real Armada en regla, si se deseaba mantener el imperio ultramarino, un detalle que podían comprender ciegos y alienados desde años atrás.

En este nuevo ejemplar de la colección correrán los años a partir de 1816, cuando rematamos el volumen anterior a bordo del bergantín Potrillo por aguas del virreinato de Nueva España, con el jefe de escuadra Santiago de Leñanza izando su insignia en la mar con orgullo. Y ya les adelanto sin falsos rubores que, en su conjunto, se trata de la época más triste, pesados y humillante en la historia de la Real Armada. Atravesaremos meses en los que sus oficiales mueren de pura inanición, faltos de una mínima puchera semanal, sin que se trate de metáfora ni exageración alguna sino de la tétrica realidad. Y otros dejan de asistir a sus puestos de trabajo, por no disponer de una casaca de orden o medias sin lunares de rondo. De capitán a paje, incluidas viudas y huérfanos, se mantienen con pagas atrasadas en tantos meses, que han perdido el crédito para adquirir el necesario sustento con que alimentar a las familias.

He repetido en otras obras de esta Saga Marinera que, al exponer la historia de los pueblos, no debemos ceñirnos a sus momentos de gloria solamente. Se trata de una táctica empleada por casi todos los autores dedicados a estas colecciones de novela histórica naval, que considero un gran error. Nuestra propia historia, como la de las demás naciones, muestra páginas de los más diferentes colores. Pero es importante exponer los lances negros, que también forman parte de nuestra sangre sin posible evasión. Hay quien asegura que la Historia conforma un conjunto de hechos en permanente repetición, como las olas que arriban sin cesar a las playas. No obstante, defiendo que de esas páginas debemos extraer las necesarias lecciones y evitar atravesar las mismas o parecidas roderas, donde se desguazaron tantos anhelos patrios.

Al menos, y en la parte que podríamos calificar de novelesca, nuestro personaje, el tercer miembro de la saga marinera de la familia Leñanza, arranca en este volumen por tierras peruanas con sentimientos de extrema felicidad en su pecho. Santiago matrimonia con la mujer amada y vive momentos de merecida satisfacción. Ya veremos qué le depara el incierto futuro, tanto en su parte profesional como familiar, ramas de un mismo tronco unidas por chicote en demasiadas ocasiones. Y ya se atisba futuro marinero al cuarto miembro de la Saga, el pequeño Francisco, apodado como Pecas por todos en la familia, tras comprobar el extremo parecido con su tío abuelo Santiago. El rapaz se encuentra a punto de cumplir los doce años y ya muestra

ardientes deseos de surcar los mares de norte a sur. Podríamos repetir la frase del viejo galeote, primer miembro de la Saga, dirigida a su hijo, cuando aseguraba que la sangre llama a la propia sangre en muda repetición. Y tal condición apareció en no pocas familias marineras a través de los siglos.

En este volumen decimonoveno que llega a sus manos, y como en ocasiones anteriores, espero que los lectores disfruten con el examen de sus historias generales o particulares. Al mismo tiempo, confío en que descubran hechos poco conocidos pero de trascendental importancia en nuestra historia naval, tan desconocida en general por el español de a pie y, no obstante, una parte tan importante en la propia de España. Siguiendo la línea marcada desde un principio para la colección, a esos retazos importantes de nuestro acontecer naval a lo largo de aquellos años, incorporo los necesarios hechos novelescos de mis personajes de ficción. La saga familiar de los Leñanza, en la que me apoyo para enhebrar estas narraciones históricas, que ya navega por su tercera generación y atisba la cuarta en el horizonte, ofrece el condimento imprescindible en toda obra para hacerla amena y atractiva al lector. Al menos, tal condición pretendo.

Luis Delgado Bañón

1. Felicidad plena

Contraí matrimonio con Beatriz de Lastra y Moncada en la catedral de Lima, el vigésimo día del mes de noviembre del año del señor de 1815. Momentos de placer intenso y brumas blancas enjaretadas en ramo, unas horas de esas que debemos guardar en la bolsa propia, para cuando aparezcan las nubes negras por el horizonte. Y en verdad que, tras haber sufrido tantos reveses amorosos en los últimos años, no cesaba de mirar con detenimiento hacia la bella joven de los ojos negros, como si se tratara de un milagro santero su presencia a mi lado. Tampoco podría olvidar la magnificencia de aquel hermoso templo, primera catedral erigida por los españoles en la América meridional, iniciada su construcción por el gran conquistador don Francisco Pizarro en 1535, el mismo día que fundaba la ciudad a la que denominó «de los Reyes».

Siguiendo los consejos del ayudante del virrey, escogimos para la ceremonia la recogida capilla de La Concepción, donde se guardaba la imagen de la Virgen de la Evangelización, de especial devoción por los limeños, posteriormente trasladada al Altar Mayor. Y como amante impenitente de la historia patria, sentía una profunda emoción al observar, en la cercana capilla de San Juan Bautista, la urna de vidrio en la que se guardaban con todo respeto los restos del gran Pizarro. Justicia final para quien la mereció por arrobos en su fantástica empresa.

Aunque me encontrara nervioso y con deseos de rematar la faena con rapidez, la ceremonia se alargó durante más de dos interminables horas. Demasiado tiempo para navegar con casaca de paño castellano y calores más propios de verano manchego. Contribuyó a tan desagradable extensión el hecho de que el propio virrey de Lima, el teniente general del Ejército don José Fernando de Abascal y Sousa, marqués de la Concordia Española del Perú, apadrinara nuestra unión en nombre de Su Majestad don Fernando. No debía olvidar que, desde que mi madrastra María Antonia cediera en pliego de

leyes pocos meses atrás el ducado de Montefrío sobre mis hombros, nos obligaba el protocolo cortesano con mayor rigidez que hasta el momento.

El virrey se mostraba encantado de su presencia a mi lado, y no solamente por el hecho del apadrinamiento matrimonial. No olvidaba que, a mi regreso de las operaciones llevadas a cabo por aguas de Nueva España con mi insignia de jefe de escuadra izada en el bergantín Potrillo, apareciera de regreso en el puerto de El Callao con el buque intacto, añadidas bajo mi mando la goleta Estrella y la balandra Carmen de dieciocho cañones, una magnífica unidad de guerra, apresada a los rebeldes independentistas en la bahía de Acapulco. Y como le apremiaba la necesidad de unidades de mar para embarcar las tropas del Ejército hacia aguas chilenas, saltaba de gozo cuando comprobaba que el número de buques a disposición ascendía en número, aunque se tratara de una miserable falúa.

Como había sido habitual en mi vida desde que sentara plaza en la Real Compañía de Guardias Marinas, todo se había desarrollado a una velocidad extrema y sin una leve mirada de tregua hacia popa. Meses atrás arribaba a La Habana para pasar a Veracruz e intentar recuperar el amor de Beatriz, tras haber le fallado en la promesa de unión por forzosos problemas familiares, difíciles de comprender en una joven enamorada. Un dolor inmerecido, sin duda, que también había arrasado mis venas en tormento. Y ya parecía todo perdido cuando su familia me comunicaba que había pasado a la capital del virreinato para matrimoniar. Habían sido días de intenso martirio, al comprender que podía dar por perdido aquel intenso amor que me taladraba los sentidos noche y día.

Por fortuna, la vida nos ofrece olas de diferentes alturas y colores cada día. La suerte me había sonreído con rapidez y a chorros largos al ascender al empleo de jefe de escuadra, cuando me creía anotado en listados de personal con pensamientos liberales y desafectos a la bondad de Su Majestad. Por el contrario, no sólo me concedían la faja^[1] sino que el capitán general de Cuba, el teniente general Ruíz de Apodaca, me asignaba para el mando de una modesta división naval que debía convoyar el traslado de dos mil soldados en buques mercantes hacia Tierra Firme^[2] como primer paso y, más emocionante todavía, hacia El Callao en derrota^[3] posterior. La buena estrella, como tantas otras veces a lo largo de mi carrera, volvía a brillar con fanales de fuerza.

Bien sabe Nuestra Señora del Rosario y los dioses de las aguas, que ningún detalle de mar y guerra había dejado de aparecer en la comisión ordenada. Comenzó bien pronto al asistir al pavoroso incendio sufrido a

bordo del navío insignia del general Morillo, el San Pedro de Alcántara, frente a la isla de Santa Catalina. Y, pocos días después, se amotinaba entre la niebla uno de los buques mercantes bajo mi mando, con riesgo de producir un desastre irreparable. También padecimos un terrible temporal al doblar el cabo de Hornos, con aparición de numerosas bancas de hielo que nos hicieron perder una de las fragatas. Por fin, alcanzábamos el puerto de El Callao, donde se me ordenaba una sorprendente comisión hacia aguas del virreinato de Nueva España. Tras el cómbate de Acapulco, en el que había apresado la balandra, se nos notificaba la presencia de familias españolas en el puerto de San Blas, unas cuatrocientas cincuenta millas al norte, en manos de tropas rebeldes. Sin dudarle un segundo aproamos hacia la antigua base naval, donde pudimos rescatar a mujeres y niños tomados en prenda.

Fue al embarcar a aquellas familias desesperadas, cuando saltó la liebre de seis onzas hasta la galleta de los palos. Allí, entre las mujeres enflaquecidas, se encontraba mi amada Beatriz, viuda a las pocas semanas de haber contraído matrimonio. Y sin dudarle un solo segundo, le pedía su perdón y el irrefrenable deseo de unirme a ella para siempre. No me contestó en firme hasta poco antes de avistar las costas peruanas, aunque ya dentro de mí una voz se alzaba en triunfo. De esa forma, tras dejar a Beatriz aposentada en el palacio del Virrey por extrema delicadeza de su autoridad, me dediqué a preparar la ceremonia de nuestra unión con extrema rapidez. También tomaba posada en una bella mansión de la calle de la Flor, una de las que sacaba cabeza con su mirador tachonado en esquina a la plaza de Armas.

Una vez emparejado con Beatriz por orden celestial, pasé a comprobar de nuevo el significado de la verdadera felicidad, un delicioso sentimiento perdido en lejanos recuerdos. Y como la vida nos somete a vaivenes que dejan marcas y roderas de sangre en la piel, debo declarar que la situación no era comparable con aquella primera y lejana ocasión, cuando me unía con Eugenia. Ni mejor ni peor, sencillamente distinta. Toda experiencia en la vida, aunque corra por las mismas cuerdas, se traspasa con diferentes normas y sentimientos. Ahora, a mis 31 años y en el empleo de jefe de escuadra de la Real Armada, había corrido mucha mar, pero también por caminos sentimentales de todos los colores del arco. Pero estimo que, antes de continuar, debo ponerles al día de mi acontecer amoroso en los diez últimos años, un conjunto de acaecimientos que me parecían más propios de una vida entera atravesada en rápida sucesión. Porque si mi carrera en la Armada había brillado en colores de fortuna, no podía alegar las mismas esteras en cuanto a mis relaciones personales y familiares.

Casé con Eugenia, única mujer a la que había amado con pureza y honor hasta la aparición de Beatriz, tras rematar una peligrosa comisión a Cartagena de Indias a bordo del bergantín Penélope, bajo mi mando. De dicha unión había nacido mi hijo Francisco, el alocado Pecas, como era llamado por todos en la familia en recuerdo de su tío Santiago, aquel guardiamarina íntimo amigo, compañero y cuñado de mi padre. Por desgracia, que así lo estimo sin duda, pocos años después me sentí arrastrado por una pasión irrefrenable y pecaminosa con una joven de sangre escocesa, Audrey, que conociera en el puerto de Mahón cuando mandaba la corbeta Mosca. Se trataba de una bastarda y pasional ceguera que me conducía por el peor de los caminos y con elevado riesgo, aunque fuera incapaz de comprenderlo en aquellos días. De ese arrebató carnal había venido al mundo mi hija María, que la bondadosa Eugenia había tomado como propia. Con aquel detalle no sólo exponía su generosidad y amor hacia mí, sino que estimaba, como yo, que la mujer del cabello bermejo había muerto. Pero aquella hembra de especial belleza y maldad alocada apareció de nuevo en mi vida, al punto de ser responsable de la muerte de la pobre Eugenia, santa mujer que no merecía tan triste final. Pero Audrey también había pasado al mundo de los muertos, por efecto de mi mano directa, aunque se tratara de involuntario accidente. De esta forma, me mantenía como señor viudo, esperando en que los cielos me enviaran a quien mereciese ser la madre de mis dos hijos, si es que recibía la concesión de tal prebenda.

Cuando llevé a cabo la comisión por el mar de las Indias a bordo de la Fragata Proserpina en busca de la fragata mercante portuguesa Andorinha, había gozado de un ligero enamoramiento con una inteligente y atractiva señora portuguesa, María Leonor de Almeida. Sin embargo, aquella mujer de ley sin posible mengua, me rechazaba por derecho con argumentos irrefutables. Pero, continuando con la alargada letanía, pocos meses después sufría las ardorosas e incomprensibles acometidas de mi prima Cristina, a la que quería como verdadera hermana desde su nacimiento. Se trataba de unas vergonzosas acciones que esperaba poder olvidar cuando abandoné Cádiz al mando del navío Asia, en comisión a La Habana y el seno Mexicano^[4].

De tal forma, me encontraba con el ánimo en mar llana cuando fui presentado a Beatriz, la preciosa joven californiana, en la ciudad de Veracruz. No podía imaginar, ni a mil millas de distancia, que esa joven fuera la única hija de una mujer que tan relevante papel jugara en la vida de mi padre. Y puedo jurar que lo presenté antes de que se me certificara tal condición. Porque al observar su rostro por primera vez, recordé las palabras escritas por

mi padre en sus cuadernillos de memoria propia, al describir a una mujer, también llamada Beatriz, conocida en la ciudad californiana de Monterey y de la que acabó profunda y pecaminosamente obsesionado:

Me encontré ante una joven señora, que debería rondar la veintena, en la que el negro era el factor dominante por excelencia. Cabello negro y lacio que caía con indolencia sobre sus hombros, ojos grandes del color del azabache, piel morena que indicaba un posible tinte familiar y, para rematar la faena, un traje negro, de amplio y generoso escote, donde se abría paso un collar de extraordinarias perlas grises que, por aquellas costas, denominaban como negras. Y quedé mudo, asombrado ante una belleza que parecía anidarse en hueco por fuera de este mundo, incapaz de ser superada por la imaginación de cualquier artista. No podía apartar mis ojos de aquellos otros que se cubrían por largas pestañas negras en nervioso movimiento. Maravilloso horizonte negro entre conchas negras, un color que se hizo dueño de mis pensamientos.

Creo que esa descripción de su madre, escrita por mi padre bastantes años atrás, se acoplaba al ciento y sin una mínima variación con la visión que se me ofrecía, al ser presentado a aquella jovencita con el mismo nombre adosado. Incluso se añadía el detalle del collar de perlas grises, cuya procedencia e historia particular podía imaginar con facilidad. Cuando besé su mano, el simple roce de su piel con la mía me hizo padecer sentimientos perdidos en la distancia, al tiempo que un rumor sin control se extendía por todo mi cuerpo. Fue entonces cuando escuché su voz por primera vez, un susurro que silbaba en mis oídos como el bisbiseo que produce el viento terral en las noches de luna llena.

—¿Habéis dicho que sois el conde de Tarfí? —me miró a los ojos, momento en el que debí cuadrar los pernos de mi sangre para mantener una aparente normalidad—. Les puede parecer extraño, pero creo haber escuchado ese título con anterioridad.

Como en la vida y con el paso de los años, con buena o mala intención, se aprende a enmascarar sentimientos y voluntades, apenas se pudo advertir en mi rostro la recorrida de los duendes venas adentro. De esta forma, pude responder a sus palabras sin mayor esfuerzo.

—Es posible. Ese condado lo recibió mi padre por su personal hazaña en la costa africana en el empleo de guardiamarina. Posteriormente, mi padre se encontró al mando del departamento marítimo de San Blas, muy cercano a su ciudad natal de Monterey, capital de la California. Seguro que dejó por allí buenos amigos y conocidos.

—Es muy posible, desde luego —detuvo su parla sin dejar de mirarme fijamente—. ¿Cómo habéis perdido ese ojo, señor de Leñanza? ¿En una acción de guerra? —la joven entraba en lo que podía considerarse como impertinente pregunta, al observar el parche negro que cubría mi ojo izquierdo. Y pronto saltó su tía y tutora, señora del mariscal de campo Venegas, en seria reconvención.

—Por favor, Beatriz, no seas imprudente.

—No se preocupe, señora. No sólo no considero un desdoro la pérdida de mi ojo, sino un galardón bien ganado en defensa de España —me giré para dirigirme ahora a Beatriz, que parecía excusarse con el gesto de su cara—. En la conocida como expedición cántabra contra los franceses, un temporal barrió uno a uno los cinco cañoneros que se encontraban bajo mi mando. Debimos regresar a pie desde las costas de Vizcaya hasta la gallega plaza de Ferrol. Y cuando ya atisbábamos el fin de nuestro penoso esfuerzo, me endosaron la bola bastarda en el sorteo. Una bala mosquetera francesa, o la esquirla producida por el disparo contra una piedra, me impactó en el ojo, con la consiguiente pérdida. Pero se trata de acción olvidada, que no me molesta.

—Perdone mi pregunta, señor...

—Nada debo excusarle, Beatriz. Por el contrario, me ha ofrecido una oportunidad para alardear de probado valor guerrero ante las señoras —le ofrecí una sonrisa de complicidad.

Esa había sido mi primera experiencia con quien ahora se había convertido en mi esposa. Y como mi vida familiar parecía tomar rumbos generosos por fin, por mucho que anidara cuervos en vuelo con demasiada frecuencia, todos los problemas se habían resuelto con extrema sencillez, como si se tratara de una bella historia escrita en el libro del destino.

Sin embargo, mi llegada al virreinato del Perú acarreaba al mismo tiempo una triste condición, imposible de soslayar por mucho que lo hubiese intentado. Porque significaba mi desembarco definitivo, tras haber izado insignia al mando de una división naval desde el puerto de La Habana hasta el de San Blas^[5], con lo que había llevado a cabo casi una circunnavegación completa de la costa americana. Era consciente de que con la escasa y depauperada Marina que sufríamos, pocos o ningún jefe de escuadra izaba

insignia en la mar por aquellos días, aunque poco me reconfortaba dicho detalle. Por triste que sea reconocerlo, la Real Armada no existía en la práctica, con la vergonzosa y absurda visión de nuestros gobernantes. Eran muchas las obligaciones que se nos requerían día a día, con frecuentes y necesarios transportes de tropas y armamento hacia las Indias en revolución permanente. Pero, como se coreaba de forma denigrante y jocosa en la camarilla de palacio, la Marina poca y mal pagada. Y en verdad que unos pocos navíos y fragatas eran las únicas unidades a disposición, con sus cascos y aparejos en situación de medio desbarate. No parecían comprender que sin Armada, nuestro imperio ultramarino desaparecería como por encanto. Intentando animarme, pensaba que la Armada debería recuperar su posición, como tantas otras veces. No podía mantenerse don Fernando tan ciego si, como se comentaba, pensaba en enviar poderosas fuerzas del Ejército para pacificar definitivamente nuestras provincias americanas. Porque para tal empeño no sólo se necesitaban cientos de buques de transporte, sino también poderosas unidades de guerra que las protegieran. Y a la vista se constataba, que los movimientos secesionistas se fortalecían sin descanso de norte a sur.

Regresando a mi vida particular, Beatriz y yo unidos en matrimonio disfrutamos durante dos inolvidables meses de la ciudad de los Reyes, como llamara don Francisco Pizarro a la preciosa y recogida villa limeña. Era mi intención pasar a la Península en la primera ocasión propicia, tras haber disfrutado del merecido descanso y aquellos primeros días con Beatriz en amor consumado y felicidad sin límite. Pero tampoco deseaba forzar cambios bruscos y permitir que Beatriz se asentara en su nuevo estado, sin los agitamientos sufridos en las últimas semanas.

Disfruté como un niño con roncigata en la mano mientras recorría con Beatriz la bella ciudad limeña, sus alamedas, palacetes y templos. Al mismo tiempo, asistíamos a un elevado número de saraos y recepciones, a los que éramos invitados de forma invariable por las más altas magistraturas y familias limeñas. El hecho de ser cabeza de una de las más nobles casas de España, propiciaba tal situación entre los hispanos alejados tantos años de la Península. Entre las veladas fiesteras destacaban las ofrecidas por el virrey en su residencia, con un esplendor y boato digno del Palacio Real. Porque la vida social en lima se mantenía por fuera de la verdadera situación que se vivía en el virreinato, con enfrentamientos frecuentes entre las tropas realistas y los intitulados como patriotas.

Mi joven esposa debió comprar nuevo y completo equipo, tras haber abandonado su tierra con traje de paseo y una pequeña bolsa rellena de

recuerdos íntimos. Incluso le habían arrebatado sus joyas familiares, de las que solamente pudo esconder en un dobladillo de la pollera su querido collar de perlas grises. Y tal condición parecía bastarle, como si aquellas cuentas significaran el ciento de sus posesiones. Mucho le agradó que le entregara uno gemelo que le enviaba María Antonia desde España. Los dos collares de perlas procedentes de las islas Nitinat, que hundían sus profundas raíces en la historia familiar de ambos, volvían a reunirse en un mismo cuello.

Estimaba que Beatriz se mantenía verdaderamente feliz en su nuevo estado. No obstante, ahora que con mano temblorosa traspaso las venturas y desventuras de mi vida a estos pliegos, siguiendo los pasos encaminados por mi padre y abuelo, debo reconocer que en dos o tres ocasiones llegué a sufrir un ligero desconcierto. Me refiero a los momentos en los que observaba a Beatriz, sentada junto al ventanal desde el que se observaba la plaza de Armas en toda su amplitud. Sin atisbar mi presencia, en el rostro de mi querida esposa creía entrever un extraño rictus, cuyo significado no acababa de comprender. Porque se teñía de un posible sentimiento de dolor, desesperación, ofuscación e, incluso, un posible y profundo odio a un ser etéreo y desconocido. Con rapidez pensaba que la pobre joven había sufrido una terrible experiencia en los últimos meses, de esas que dejan huellas a fuego en el alma. Pero al comprobar que se repetía, llegué a preguntarle, al tiempo que la tomaba por la mano con cariño.

—¿Te sucede algo, querida?

—¿A mí? —La expresión de su rostro cambiaba en mil cuartas con extrema rapidez—. Tan sólo que me considero la mujer más afortunada del universo y no estoy segura de merecerlo, mi amor. ¿Por qué lo dices?

—No sé. He comprobado en dos o tres ocasiones, cuando le encuentras a solas, una expresión en tu cara de extrema tristeza, incluso de dolor. Me preocupa mucho que no seas feliz a mi lado.

—¿Cómo puedes pensar tal barbaridad? —Beatriz se acercó hasta embutir su cabeza contra mi pecho, un gesto que me proporcionaba una gran emoción—. No puedo ser más feliz y mil gracias doy a Dios por ello todos los días. Pero es posible que tengas razón. A veces pienso en mis pobres tíos, a los que llegué a querer como verdaderos padres, y que he perdido en rápida sucesión. Es triste pensar que nadie queda de mi familia en este mundo y que he abandonado a la fuerza una tierra muy querida, que no se si volveré a pisar alguna vez. Fui muy feliz de niña en San Luis, la hacienda californiana que heredé de mi madre y en la que ahora se mueven a su aire esa pandilla de malnacidos rebeldes.

—No sufras por ello, amor mío. Acabaremos por batir a los malditos patriotas, más pronto que tarde. Y regresaremos a Monterey y a la hacienda de San Luis cuando tú lo desees, una vez recuperada la situación en plena paz. Pero no digas que has quedado sin familia en este mundo. Me siento culpable de esos sentimientos. Ahora tanto yo como mi hermana y mi madre somos tu familia. Y puedes estar segura de que te querrán mucho.

—Estoy segura. Por cierto, Santiago, unas veces llamas a María Antonia madre y otras veces madrastra. No acabo de comprenderlo.

—María Antonia se encontraba casada con el cuñado de mi padre, compañero y gran amigo, Santiago Cisneros, más conocido por el apodo de Pecas en la Armada. Cuando el tío Santiago murió en la defensa de Cádiz tras el combate del cabo San Vicente, mi padre, enviudado muy joven, matrimonió con ella. Yo era un niño y para mí ha sido como una verdadera madre de leche. La verdad es que los Cisneros y los Leñanza hemos formado una única familia, aunque ya no quede ningún miembro de la otra rama y en los últimos meses... —callé con cierta vergüenza porque el tema podía dañar a mi esposa.

—Te refieres a tu prima Cristina, ¿verdad? Puedes hablarme siempre con franqueza, Santiago, que la verdad nunca entra por males. Es difícil comprender su comportamiento, que mucho me hizo padecer. Y es triste pensar que su muerte solucionara el problema. Bueno, nuestro problema.

—Dejemos de cavilar sobre situaciones tristes y pasadas, que ya no muelen harina. Divaguemos con felicidad sobre nuestro futuro, que se abre sin compuertas. También he pensado que tu tristeza podía estar ocasionada por el hecho de que pasemos a España.

—¡Nada de eso! Deseo llegar a Cádiz y conocer a tu familia, especialmente a tus hijos, que pasarán a ser míos como si los hubiera parido de mi propio vientre —su sonrisa ablandaba mi corazón y me producía una extraña sensación de placer—. Ello sin contar los que... Bueno, quiero decir, los que pueden... —parecía embargada por la vergüenza.

—No deben violentarte dichos pensamientos. Tendremos varios hijos, amor mío, no lo dudes.

—Dios lo quiera. Pero puedes estar seguro de que soy consciente de las muchas responsabilidades que te requieren en España. Además, poco importa. Seremos muy felices allá donde vivamos, aunque sea en una perdida aldea. Y si, como dices, algún día se tranquiliza la situación en las tierras de Nueva España, podremos regresar de visita a California. Pero no dudes de mí, por favor.

—¿Cómo voy a dudar de ti, querida mía? Tan sólo temía que no fueras completamente feliz, como lo soy yo —acaricié sus mejillas con especial cariño.

—Con entera sinceridad, solamente temo un poco la navegación hacia España. Miles y miles de leguas sin fin, con la mar como único horizonte. En la navegación desde San Blas hasta El Callao, como asegurabas, hemos gozado de una mar casi llana, esa que los hombres de mar denomináis como mar de damas.

Pero no se escapa de mi cabeza que deberemos afrontar ese terrible cabo de Hornos, donde sufriste un espantoso temporal y perdiste la fragata Soledad.

—¿Un espantoso temporal dices? ¿Quién te ha contado detalles tan exagerados?

—Tu criado Barbate. Es un joven muy bueno y le encanta narrarme historias de la mar.

—A Barbate le encanta exagerar las situaciones de mar, condición muy habitual entre marineros. Le diré que cuide sus palabras.

—Por favor, no le llares la atención. Es muy bueno y todo lo hace para agradarme.

—Debes tener en cuenta, querida, que en la anterior ocasión montamos el cabo de Hornos en la etapa invernal y con aparición de numerosas bancas de hielo. Además de un ligero temporal —mentía con aplomo y seguridad—, la fragata Soledad varó contra una enorme banca, hasta quedar como si hubiera dado su quilla^[6] en seco contra ella. Pero ahora espero atravesarlo en verano austral con vientos bonancibles y mar de cortesanas.

—Temo mucho a la mar, especialmente por la noche. La oscuridad parece ampliarse alrededor del buque como boca de lobo.

—¿Acaso sentiste miedo a bordo del bergantín Potrillo cuando navegamos desde San Blas hasta este puerto de El Callao?

—Ya te he dicho que no. La mar era llana y, además, la emoción sufrida tras el encuentro fue muy grande y me sentía muy segura a tu lado. Bueno, a decir verdad, sufrí un poquito de miedo solamente, durante las noches —mostró una dulce y picara sonrisa—. Esa visión de la mar infinita con las estrellas titilando a miles en el cielo, situación que tanto te extasía, me dejaba un poco temblorosa y con el cerebro en tinieblas.

—No debes temer a la mar. La gran señora de las aguas es buena con quien en ella confía. Además, espero poder pasar a España en un buque de confianza y en la mejor época del año. Nada malo te sucederá a mi lado.

—De eso estoy segura.

Beatriz elevó su cabeza hasta alcanzar mis labios con los suyos. De nuevo, como era habitual cada día, me sentí invadido por una pasión encendida. Porque si ya la simple observación de su cuerpo me atizaba en cueros limados, debía constatar con extremo placer que, a pesar de haberse mantenido en compañía de su esposo un par de semanas solamente, no pecaba de inmadurez en el amor, como había comprobado con otras jóvenes. En verdad que cada velada nocturna me trasladaba a los ciclos entre nubes de extremo placer, cuando poseía su cuerpo a rebato como un loco desmadejado.

Por fortuna, había encontrado una casa de banca en Lima, Manrique e Hijos, que aceptaba mis letras de cambio y poderes pertenecientes a la gaditana banca de don Benito de la Piedra. De esa forma, pude abrir la mano sin medida para conseguir la plena felicidad de Beatriz. Habíamos contratado en la ciudad de Lima suficiente servicio, al que se añadían mis inseparables criados, Barbate y Guanche. El primero, un gaviero de raza, con su pata de palo tras haber perdido la extremidad en combate a bordo de la fragata Proserpina contra los franceses. Y Guanche era un joven grumete, que habíamos acoplado a mi servicio tras la muerte del inolvidable Okumé, a causa de la epidemia de calenturas pútridas sufridas a bordo del navío Asia. Una pareja de hombres buenos, leales y capaces de entregar su vida por la mía sin dudarlos.

Aunque disfrutaba día a día de mi nueva situación, de vez en cuando pensaba en las posibilidades que se abrían en mi carrera como jefe de escuadra de la Real Armada. Momentos tristes porque se trataba de un análisis preñado de pesimismo y amargura sin posible vuelta. Era entonces cuando añoraba la Real Armada que había vivido al sentar plaza de guardiamarina. Por aquellos días, era sencillo izar la insignia propia en una división compuesta por navíos y fragatas, sueños que se perdían en el tiempo. Por el contrario, en la época actual se podían contar con una mano las unidades de fuerza a disposición. Y, de momento, no aparecían por el horizonte actividades con las que enmendar el desastre.

Aunque me encontraba plenamente feliz y dedicado a Beatriz durante todo el día, como mi joven esposa dormía hasta el mediodía, empleaba las mañanas en moverme con entera libertad por la ciudad. Intentaba mantenerme al día de las posibilidades reales que se nos abrían para pasar con toda garantía a la Península. Y como le había prometido en palabra de ley a mi esposa, no deseaba cualquier embarcación que tocara la plaza de El Callao con destino hacia un puerto español, sino alguna de suficiente porte y máxima

seguridad. Buscaba una fragata de generosa manga, maderas de vista, llena y marinera en su andar, una de esas capaces de morder las olas en desafío si era necesario. Pero nada apareció con un mínimo de seguridad durante nuestro primer mes de estancia, bien es cierto que tampoco me intranquilizaba dicha condición, porque para nada nos urgía la prisa. Todo llegaría en su momento.

* * *

Fue en el mes de enero, cuando una de las escasas empresas limeñas dedicadas todavía a negocios de navegación y fletes, conocida como casa Mosquera, me avisó del probable arribo en escasas semanas al puerto de El Callao de la fragata Emerald. Según se me indicaba en la nota, se trataba de una unidad con muy generoso porte, escasos años de vida y construida en Porstmouth por hábiles manos británicas. No había pensado en la posibilidad de utilizar un buque bajo bandera extranjera, pero comprendí que una fragata bajo el pabellón británico ofrecía innegables ventajas en el momento actual y toda una garantía, tanto por sus cualidades marineras como las profesionales del capitán y dotación. Me prometieron el inmediato envío de recado en cuanto arribara a puerto, para que la inspeccionara a mi gusto y hablara de los necesarios detalles con el capitán.

Atravesamos las fiestas navideñas en plena felicidad, asistiendo a las fiestas de rigor ofrecidas en el palacio del Virrey. No obstante y como es habitual, en tales fechas se añoran las personas de la familia que se encuentran lejos de nosotros. Beatriz se entristecía cuando comprobaba que, solamente un año atrás, vivía en Veracruz con sus queridos tutores, antes de que su vida diera un vuelco de veinte cuartas. También yo añoraba con fuerza a mis hijos y al resto de la familia, aunque la simple visión de Beatriz fuera capaz de compensar cualquier onza a la banda contraria.

Mediado el mes de enero del nuevo año del Señor de 1816, recibí aviso urgente de la casa Mosquera. Se me comunicaba que en la tarde anterior había fondeado en El Callao la fragata mercante británica Emerald. Tras avisar a Beatriz de que debía llevar a cabo algunas gestiones, me acerque para hablar con don Francisco Mosquera en persona e informarme de los necesarios detalles. Me recibió de nuevo en su gabinete, en esta ocasión con mayor amabilidad y deferencia, por lo que supuse que debía haberse informado sobre mi persona y patrimonio. Comenzó con diferentes comentarios sobre la importancia de mi cargo en la Armada y otras alabanzas en dulce. Pero, por mi parte, deseaba entrar al grano gordo sin pérdida de tiempo.

—Verá, señor Mosquera, no deseo perder tiempo. Prefiero que me ofrezca más detalles sobre esa fragata, si dispone de ellos.

—Por supuesto que la conozco bien. Puede estar seguro de que se trata de una unidad de absoluta confianza, señor de Leñanza. Confíe en mí porque no le mentiría jamás. La fragata Emerald ofrece todas las posibles garantías, con un capitán avezado en toda una vida de mar y con excelente dotación a bordo. Desde Lima debe hacer escala en Río de Janeiro para relleno de aguada y víveres, así como embarco de café y otros elementos. Posteriormente, debe entregar carga de cobre en barras en el puerto de Cádiz y continuar con balas de lana hacia la Gran Bretaña. Entiendo que es la unidad ideal en su propósito de pasar a la Península con la más absoluta de las garantías, que requiere para su joven esposa.

—Parece perfecto que deba tocar la bahía de Cádiz. En efecto, no puedo pensar en una derrota más ventajosa. No obstante, me gustaría observarla con mis propios ojos y charlar con el capitán, antes de tomar una decisión. Entiéndame, que no pongo en duda una sola de sus palabras. Pero prefiero...

—Lo comprendo perfectamente, señor. Ayer fondeó por fuera de barras, pero hoy debe pasar a atracar al muelle de Pirlo, en cuanto quede libre. Pregunte por el capitán Borrows y dígame que acude de mi parte. Si lo estima conveniente, podrá negociar con él directamente las condiciones.

—Pues así lo haré, desde luego. Y no piense que deseo evitar la prima correspondiente a su gestión, que abonaré de forma escrupulosa.

—Confío en vos como si se tratara del mismísimo virrey, señor de Leñanza.

Acuciado una vez más por esas prisas enfermizas de alta calentura, que siempre me han acometido cuando comprobaba la cercanía de la acción, tomé el carruaje, con Barbate sentado a mi lado. Intentó rehusarlo el gaviero, acostumbrado a marchar siempre en el pescante. Pero ya le concedía suficiente confianza y no deseaba moverme en solitario. El carruaje, que tan generosamente había puesto a mi disposición el virrey, era un magnífico landó-barco de cinco vidrios, así llamado por las cinco ventanillas de cristal con las que estaba dotado. Llamaron mi atención dos hermosos fanales de bronce, parecidos a los utilizados a bordo de los buques como tarros de luz, que brillaban como el oro a banda y banda del pescante. Y una vez instalado en su interior, me dejé reclinar entre mullidos cojines rellenos de miraguano, mientras descansaba los pies en el pesebrón, cubierto con una espesa alfombra azul y el escudo de armas propio del virrey. Tras ordenar al cochero

sobre la necesidad de pasar al puerto de El Callao, batía cueros el vejete con rapidez sobre los animales, que partieron en la adecuada dirección.

Abandoné la ciudad de los Reyes por la puerta denominada como del Virrey, una deferencia concedida en principio solamente a los generales de la Real Armada con mando en la mar. Se trataba de una gracia que se extendió posteriormente a los generales del Ejército con mando de fuerzas, tras las pertinentes protestas. Y se trataba de importante favor, porque permitía acortar un buen trecho del camino. El joven Barbate, con el orgullo reflejado a batientes en su rostro al tomar asiento a mi lado, en lugar de arrimar lomos al pescante, observaba la plaza de Armas como si la divisara por primera vez, al punto de abrir su boca en muda admiración.

—Benditos sean los cielos en su excelsa gloria, señor, jamás he observado una plaza de Armas de tan extraordinaria belleza. La miro y remiro sin acabar de creer que me encuentre en ella. Ni siquiera he observado parejo esplendor en las principales capitales que he visitado a su lado, tanto en España como en América o en las costas del mar de las Indias^[7].

—Ni que la divisaras por primera vez. Llevas muchas semanas en esta preciosa ciudad.

—Pero ahora abarco la visión al completo, señor. Parece que la veo en su conjunto por primera vez.

—Concuerdo contigo al ciento en la apreciación. Te encuentras ante una plaza de Armas digna de encabezar todo un imperio. Bueno, no se trata más que de la pura realidad. Aunque se haya criticado al insigne conquistador don Francisco Pizarro sobre determinados aspectos de su política, debemos concederle rendida admiración por bastantes otras determinaciones.

—Si me permite una pregunta, señor, ¿quién era ese tal Pizarro, que menciona a menudo?

—El gran español que conquistó este imperio para su patria. Él mismo plantó el centro del solar destinado a ser plaza Mayor de la ciudad de Los Reyes, de acuerdo a las precisas instrucciones del Emperador.

—¿Del Emperador, señor?

—Nuestro Emperador don Carlos dictó unas ordenanzas, en las que se establecían con toda claridad las normas para la fundación de las ciudades en el nuevo mundo. Exponía en ellas que, una vez trazado con detalle el plano de la ciudad, ésta se repartiera a cordel y regla en forma de cuadrícula desde la localización de la plaza Mayor, de tal forma que la urbe pudiera extenderse de forma permanente. Don Francisco Pizarro fundó la ciudad en 1535. Su primera decisión fue la de plantar el rollo^[8] en el centro de lo que, más tarde,

sería esta plaza. Trazaron a mano alzada la cuadrícula de la ciudad, sus calles y manzanas. Y Pizarro, como fundador, se adjudicó la entera manzana situada en el lado norte de esta plaza, entre ella y la ribera del río Rímac. Y como se trataba de una antigua costumbre española, se cedieron los terrenos más nobles para la Iglesia y el Cabildo. También se destinaron solares para los vecinos más poderosos de la ciudad de Jauja, primera capital de estas tierras, así como para algunos conquistadores. Como te decía, actuó tanto la mano de Pizarro en el diseño de la ciudad que, popularmente, acabó por llamarse como Damerao de Pizarro.

—Cualquier ser humano quedaría ensimismado ante tanta belleza, señor.

—Es lógica tu admiración. Esa misma expresión, la de encontrar esta plaza como la más hermosa, capaz y mejor formada de España, ha sido repetida por famosos poetas y escritores.

—Es que se trata de una visión impresionante, señor —Barbate insistía, sin mudar una pulgada el asombro de su rostro—. Con una sola mirada se puede recoger la fantástica catedral con sus dos espolones dirigidos hacia el cielo, la Casa del Concejo, el Palacio Arzobispal, el Cabildo y, como esplendoroso remate, el incomparable...

—El incomparable Palacio de los Virreyes. Pero no te olvides de esa fuente de bronce que aparece en su centro. Creo que data de 1578. En los ocho caños de la sobretaza se endosaban unos mascarones y encima una bola en representación del orbe. Sobre la bola aparecía una figura humana con un escudo a su lado, que representaba las armas de la ciudad. En la mano lucía una bandera con las armas del virrey Toledo, las de Pizarro y las de España. Fue sustituida por ésta actual en 1651, aunque presenta escasas variaciones. La catedral culminó su construcción en 1622, cuando todavía algunas ciudades de España no disponían de Iglesia Mayor.

—Qué grande ha sido España, señor.

—No hables en tiempos pasados como un puro derrotista, pata de palo. Di más bien, qué grande es nuestra patria —endurecí ligeramente el tono de mi voz.

—Tiene toda la razón, señor.

—Si nuestros gobernantes emplearan una pequeña porción de su cabeza en el camino correcto, jamás perderíamos ciudades como ésta, tan ensamblada con nuestra propia historia. Porque España, sin sus provincias indianas, se sumiría en el más pobre y ruin de los sueños. Y no me refiero solamente a las posibles riquezas y caudales que se puedan enviar a la Península, sino al ámbito de la moral y el orgullo propios.

De nuevo en silencio, recorrimos las siete millas hacia poniente por un camino con demasiadas roderas, hasta avistar en la distancia el fuerte de El Callao, inexpugnable para cualquier fuerza si se encontraba convenientemente servido de armamento y personal. Y más allá avistamos la isla de San Lorenzo, frontón que cerraba el puerto hacia poniente a unas tres millas de distancia. Barbate, con la confianza que le concedía, volvió a exclamar con admiración.

—La verdad, señor, que si todos esos fuertes de la plaza se encuentran bien artillados, ni la más poderosa escuadra podría tomar este emplazamiento.

—Tienes razón. Se trata de una de las plazas fuertes de mayor tamaño, teniendo en cuenta que todo en ella se construyó pensando en su defensa. La fortaleza central es impresionante a la vista y más todavía cuando se visita. ¿Sabes de dónde procede su nombre?

—¿El Callao? No tengo la menor idea, señor.

—En la Armada se suele llamar callao a un guijarro o a una piedra. Pero también a una playa con piedras. De ahí le viene el nombre a esta localidad. No obstante, Diego de Almagro, en la época de la fundación de la ciudad de Lima, llamaba a esta zona como puerto de Pachacamac, aunque no perduró mucho tiempo tal denominación. La verdad es que a lo largo de los años, ha sido comúnmente conocida como puerto de Lima o El Callao de Lima. Y fue convertido desde los primeros momentos en el más importante puerto español en estos mares, y mejor defendido. Solamente presenta un peligro y es que la península donde se establece, disfruta de una cota sobre el nivel del mar bastante baja, de solamente unos nueve pies. De esta forma, cuando se producen las mareas lunares extremas, lo que gracias a Dios sucede pocas veces cada siglo, el promontorio queda formado en isla, con el istmo inundado y el puerto separado de tierra.

—Parece peligroso, señor.

—No creas. No obstante, lo que nunca pudieron conseguir los ataques de los malparidos piratas como Drake, Cavendish a otros filibusteros holandeses, lo consiguió la misma Naturaleza con su extraordinario poder. Tuvo lugar cuando se produjo el famoso terremoto de Lima, el 28 de octubre de 1746, a las diez y media de la noche. Nadie que haya vivido en Lima desconoce tal fecha. Y a la vez que la ciudad de Lima sufría graves daños, reduciendo a piedras sueltas muchos de sus edificios, el terremoto se cebaba a muerte en la villa de El Callao, destruyendo gran parte de las murallas y construcciones. Y lo peor llegaba horas después, cuando también temblaba la mar, que comenzó a lanzar sobre la costa olas de altura jamás vista. A la playa fueron lanzados

como corcheras de deshecho los navíos San Fermín, Socorro y San Antonio, mientras la ciudad quedaba sumergida casi en su totalidad. Murieron más de seis mil habitantes y solamente se salvaron unos 200 encaramados en trozos de la muralla o en el presidio de la isla de San Lorenzo. Como es natural, tras la catástrofe se reedificó la ciudad y se construyeron las fortificaciones con métodos más avanzados, que se muestran con orgullo en la actualidad.

—Pues caminemos rápido, señor, no nos vaya a entrar una de esas olas y acabemos los días en los fondos del dios Neptuno.

Pronto pude observar cómo una fragata de generoso porte se afanaba con el remolque de su lancha para atracar en el muelle de carga. Y como todavía le restaba suficiente tiempo, acudí en primer lugar a visitar a quien se encontraba al mando del fuerte y ejercía como comandante militar de la plaza. Saludé de nuevo a un brigadier del Ejército de edad avanzada, cordobés llano y de sano corazón llamado José Patricio Jarque, con quien había departido a mi llegada a puerto y en algunas ocasiones en el palacio del virrey.

—Bienvenido de nuevo, señor general. Quedo como siempre a las órdenes de vuestra excelencia.

—Muchas gracias, brigadier. Tan sólo intento hacer un poco de tiempo. Quiero visitar esa fragata que se dirige hacia el muelle.

—¿La Emerald? Ha entrado en este puerto en otras ocasiones. Como conozco sus intenciones de futuro, supongo que desea pasar con ella hacia la Península.

—Así es. Pero antes de tomar una decisión y pensando en la comodidad de mi esposa, que mucho teme a la mar, deseo comprobar sus cualidades en persona.

—Aunque bien sabe que no soy hombre de mar, parece que ese buque ofrece todas las garantías. Eso comentan los expertos, al menos.

Con el anteojo del brigadier pude observar la maniobra de remolque y ataque al muelle de la fragata. Me produjo mucha satisfacción, al comprobar la profesionalidad de su dotación. No saltaba ninguna liebre a la contra en cubierta ni una mano tomaba cabo de labor sin sentido. Bien es cierto que es habitual en los buques británicos, ya sean de guerra o mercantes, el empleo de dotaciones con muchos años de mar en la bolsa y dedicados de lleno a su tarea profesional.

No debí esperar más de una hora escasa antes de despedirme del brigadier Jarque y acercarme al muelle en el momento que tendían la plancha de popa y el portalón de proa. Desde el muelle avisté la presencia del capitán en cubierta, al que saludé con la mano. Respondió el britano destocándose con

elegancia al reconocer mi uniforme, acción que imité en cortesía. Y, sin perder tiempo, le grité a pulmón.

—¡Permiso para subir a su bordo, capitán!

—Por supuesto, señor.

Mientras el capitán corría por la cubierta hacia el portalón, lo tomaba al salto una vez afirmado con las contras en tierra. Y para mi sorpresa era recibido con la ceremonia habitual en un buque de la Real Armada. A la cabeza, el capitán, destocado, se inclinaba ante mí con exagerada reverencia.

—Es un gran honor recibir a un jefe de escuadra de la Real Armada a bordo de la fragata Emerald bajo mi mando, señor. Capitán Jack Borrows a su servicio.

—Le agradezco su cortesía, capitán. Desearía hablar con vos en privado, si así me lo permite.

—Por supuesto, señor. Tenga la bondad de acompañarme a mi cámara.

El capitán me precedió en el camino por cubierta hacia la entrada de su cámara, una estancia que en poco se diferenciaba a la de un comandante con mando en fragata de guerra. Me hizo sentar en el sillón más confortable, al tiempo que me ofrecía un refrigerio.

—Le supongo muy atareado en estos momentos, capitán, y no deseo hacerle perder tiempo. Si le parece bien, entraré por derecho en el importante asunto que me hace llegar a su presencia.

—Le escucho con todo interés, señor.

—Acabo de desembarcar de la división que mandaba. He contraído matrimonio hace pocas semanas y es mi intención pasar a la Península en cuanto me sea posible. Esperaba la llegada de un buque con las suficientes garantías y comodidades para mi joven esposa. En Casa Mosquera me han comunicado que cargará material que ha de entregar en Cádiz, precisamente la localidad española a la que deseo pasar. Una inesperada suerte para nosotros. Quiero saber si podríamos embarcar en su buque como pasaje hasta la bahía gaditana. Pero ya le adelanto que sería necesario gozar de las máximas comodidades posibles. Soy consciente del escaso espacio que se dispone a bordo de cualquier buque, sea de guerra o mercante, pero estoy dispuesto a pagarle la cantidad que estime oportuna sin límite alguno, si nos acomoda con especial atención.

El capitán me dirigió la mirada con un brillo especial en sus ojos. Con seguridad que calculaba en su cerebro la generosa cantidad de monedas que podría obtener de mi bolsa. Un capital que le sería posible mantener por fuera

del control de su armador, si el barco no era de su propiedad, condición más habitual en los buques mercantes ingleses.

—Como capitán de fragata de la Royal Navy, dedicado al mando de buques mercantes, será para mí un honor cederle la cámara del armador. Se trata de una estancia similar a ésta o un poco más confortable todavía. Cuando no se utiliza como sucede en estos días, es empleada para cargar material delicado. Pero en este caso quedará libre y adecentada para su uso personal y el de su esposa. Puede estar seguro de que viajará como si se tratara de un miembro de la casa real. Pero no sé si estará dispuesto a..., quiero decir que el empleo de la cámara al completo, eliminando de ella el material estibado, le supondrá...

—Le entregaré la cantidad que estime oportuna. No ha de preocuparse por ese aspecto. La casa Manrique e Hijos cubre todas mis necesidades, sean las que sean.

—Pues no se hable más, señor general. Le repito que me tiene a su entera disposición. ¿Embarcará con mucho servicio y equipaje?

—Dos criados particulares y escaso número de baúles. ¿Cuándo piensa abandonar el puerto de El Callao?

—Si la carga se lleva a cabo sin contratiempos y consigo víveres con la necesaria rapidez, en cinco días nos haremos a la mar.

—Creo que tocará la bahía de Río de Janeiro antes de aproar directamente hacia Cádiz.

—Así es, señor. La duración de la necesaria escala en Río dependerá de la situación de la aguada y víveres a bordo y de la rapidez en el embarque del material a transportar. También es posible una pequeña escala en el puerto de Tenerife, si se confirma el embarque de ciertos productos para dicha ciudad, circunstancia que no le puedo asegurar.

—Poco me importa. Supongo que podré embarcar víveres propios y que sean convenientemente estibados.

—Los que desee, señor. Y quede tranquilo, que se almacenarán bajo cien llaves si fuera preciso. Y podrá contar con los mejores productos de los que dispongamos a bordo.

—Le agradezco sus deferencias, capitán. En ese caso, si me confirma la fecha de salida por medio de un mensajero, en la tarde anterior le haré llegar los víveres y baúles por medio de mis criados, para embarcar en la mañana siguiente.

—Le confirmaré la fecha y hora de salida a través de la Casa Mosquera, señor.

—Muchas gracias, capitán.

Todo se produjo con extrema rapidez. Y quedé feliz al comprobar el comportamiento del capitán Borrows, al tiempo que su dependencia de la Royal Navy ofrecía todo tipo de garantías en cuanto a su profesionalidad. Además, me hizo feliz comprobar las características marineras de la fragata con mis ojos y a escasa distancia. No podía elevar una sola queja de lo que mi vista abarcaba en cuanto a palos, jarcia de fuerza, cabuyería, cubierta, artillería y marineros en movimiento.

La Emerald era una fragata con escasos años de vida y elevado porte, superior a las clásicas dedicadas al comercio. Ofrecía a la vista una manga poderosa y proa cerrada a betún. Una estampa antigua, sin duda, porque era extraño en los últimos años, observar unidades de tal porte en cuya roda remataran regala y batayolas, en lugar de quedar cortadas en el bao de las serviolas. Pero incluso este detalle ofrecía más robustez al conjunto proel. Como norma habitual de los mercantes, su arboladura se rebajaba en unos doce o trece pies respecto a los de guerra, con el botalón del bauprés corto, lo que hacía pensar en algún foque de menos. También destacaban los batiportes bajos a mayor distancia de la lumbre, de la que solían utilizar las fragatas construidas para la Armada o la Royal Navy. Los detalles del casco no desmerecían en absoluto, con la pintura en situación de oros y ni una sola costra en su piel.

Para cuadrar la torta en dulce, la fragata montaba dieciocho cañones de a 18 y otros en castillo y alcázar de menor calibre. Aunque en aquellos momentos, una vez establecida la paz con Francia, no disponía la Gran Bretaña de enemigos, salvo su enconado conflicto con los nuevos Estados Americanos del Norte, ofrecía seguridad aquella artillería por si aparecía algún corsario independiente, normalmente con buques de escaso porte.

Regresamos a Lima con la felicidad a cuadros en el rostro. Y así lo comprendió Beatriz con rapidez, sin esperar a mis noticias.

—Supongo que has encontrado por fin el buque ideal para pasar a Cádiz.

—Así es querida. La suerte nos ha sonreído por troneras una vez más. Se trata de una fragata magnífica y nos concederán una de las dos cámaras de popa. Viajarás como una reina.

—¿Cuántos días necesitaremos para llegar a Cádiz? —preguntó con voz queda, arrastrando un ligero tinte de cierto temor.

—Como haremos escala en la bahía de Río de Janeiro, que te maravillará por su extraordinaria belleza, y posiblemente en Tenerife, en las islas Canarias, se nos pasará volando la travesía. Además, recuerda que nos

encontramos en el verano austral. Sol y buena mar —mentía a chorros sin mayor preocupación.

—Pero en cuanto atravesemos el ecuador hacia el norte, entraremos en invierno.

—No pienses tanto, querida. Seguiremos amándonos a bordo, entre las aguas azules de la mar y las mil estrellas del firmamento. ¿Qué más podemos pedir? Y antes de lo que imaginas, llegaremos a la bahía de Cádiz, la más maravillosa del universo.

La abracé con fuerza sin darle tiempo a enhebrar más pensamientos oscuros. Bien sabía yo que en una derrota con tantos miles de millas a navegar, podían aparecer olas blancas y negros dragones de mar, pero no era momento para pensar en ello. Tan sólo destacaban en mi cerebro estampas con aguas de color azul turquesa y cielos despejados, mientras besaba a Beatriz con inacabada pasión.

2. A bordo de la fragata *Emerald*

En la mañana del decimoctavo día del mes de enero, abandonamos la inolvidable ciudad de Lima por su puerto de El Callao a bordo de la fragata *Emerald*. Habíamos embarcado dos horas antes, aunque ya la cámara asignada para nuestro uso personal había sido alistada con todo esmero y nuestras pertenencias arranchadas por Barbate y Guancho en la tarde anterior. Beatriz, momentos antes de atacar el portalón de embarque desde el muelle, había elevado la mirada hacia la galleta^[9] de los palos, como si intentara descubrir la necesaria fortaleza en aquellas maderas que deberían transportarla a su nuevo hogar, a tantas leguas de distancia. Y aunque intentara cuadrar su rostro y movimientos con absoluta normalidad, atisbé un ligero temblor en recorrida por su cuerpo. La tomé por la cintura, al tiempo que le marcaba palabras de aliento con la necesaria dulzura.

—Nada debes temer, querida. No encontrarás un transporte de mayor seguridad para atravesar los mares del Sur y del Norte^[10]. Debes disfrutar día a día de un espectáculo fascinante, que solamente a unos pocos privilegiados les ha sido concedido.

—No me importaría una ligera mota ceder tan fastuoso privilegio al peor de los enemigos, amor mío —intentó ofrecer una sonrisa, que quebró a medio camino.

—No digas eso. Estoy seguro de que también tú te sentirás emocionada. Surcarás aguas desconocidas y podrás observar parajes de extrema belleza, que te iré señalando poco a poco.

—Sé que tienes razón, Santiago, pero no es fácil... Quiero decir que hemos de pasar al otro lado del mundo a bordo de este buque, muy grande y majestuoso visto desde tierra, pero insignificante como pequeño insecto en la mar. La visión del mapa, con la casi infinita extensión de las aguas que hemos de cubrir, quedó grabada a fuego en mi cerebro.

—Debes enfrentar cada momento a bordo como el normal transcurrir de nuestras vidas día a día. La única diferencia es que el piso en el que nos encontraremos instalados se mantendrá ligeramente escorado y con un suave y permanente movimiento.

—¿Suave? —Ahora sí que consiguió enhebrar una sincera sonrisa Supongo que, en caso de sufrir algún temporal con olas gigantes, ese suave movimiento se tornará un poco violento.

—¿Por qué piensas solamente en posibles temporales? No es la situación habitual de la mar, querida, sino la excepción que confirma la regla. No tendrás por qué sufrirlos —intentaba mostrar un rostro de naturalidad, mientras continuaba ensartando mentiras de borda alta como cuentas de un rosario—. Estoy convencido de que, en esta ocasión y en tu honor, nuestra Patrona, la bondadosa Virgen del Rosario, planchará las aguas, al tiempo que nos concede vientos bonancibles por el anca.

—¿Has dicho por el anca? ¿Cómo las ranas? —de nuevo parecía divertida, en esa mudanza casi permanente de sus sentimientos.

—Se denomina el viento por el anca, cuando nos entra por la aleta. Vamos, desde el través hacia popa. Una de las mejores condiciones para navegar.

Asintió aunque no parecía haber comprendido una sola de mis palabras. Y ya dejábamos la isla de San Lorenzo con suficiente franquía, cuando el capitán se acercó a nosotros.

—Espero que el señor general y su encantadora esposa se encuentren confortablemente instalados en la cámara regia de la fragata Emerald, bajo mi mando.

—Así es, capitán Borrows, y mucho se lo agradecemos.

—Habéis sido muy amable, capitán —susurró Beatriz, como si temiera alzar la voz en exceso.

—Por favor, señora, es todo un honor transportar a bordo de mi fragata a personajes tan ilustres de la nobleza española. Estoy seguro de que se tratará de una agradable experiencia para todos —miró hacia la mar antes de continuar—. Por cierto, que ya nos encontramos en situación de maniobrar al gusto y progresar sin pérdida de tiempo hacia nuestro destino. Antes de lo que imagina —volvía a dirigirse a Beatriz—, nos encontraremos fondeando las anclas en la bahía de Cádiz. Bien, espero que la navegación les sea placentera y me comuniquen cualquier necesidad, llegado el caso.

—Muchas gracias, capitán, y que Dios nuestro Señor le oiga —contestó Beatriz.

—¿Qué derrota piensa seguir, capitán, si me permite la pregunta?

—Por favor, señor general. Me encuentro a vuestra disposición en todo momento y aceptaría sus consejos con gusto. Entre los hombres de mar siempre aparece esa comunión de destino. Pero de acuerdo con este viento de componente sur que sopla casi en permanencia, aproaré hacia fuera para tomar vientos más favorables. Bueno, no es más que la enseñanza que nos brindó el gran piloto español Juan Fernández con sus novedosas navegaciones.

—En efecto. Ese extraordinario cartagenero al que apodaban El Brujo.

—¿El Brujo? Extraño apodo.

—Bueno, nadie creía que pudiera cubrir el trayecto desde El Callao a Coquimbo en tan escasas semanas. Según aseguraban, se debía a su maléfica influencia para torcer los vientos a su voluntad. En realidad, fue quien enseñó a navegar por estas aguas en dirección al Sur.

—Unos consejos dictados en el siglo XVI que seguiré al punto. Aproaremos al límite de la bolina hasta que encontremos vientos de componente oeste con suficiente amplitud. A veces, he conseguido recalar en la Tierra del Fuego de un solo bordo. Pero ya el factor suerte tomará partido de forma decisiva. Prefiero llegar a la altura de los canales patagónicos y la Tierra del Fuego a suficiente distancia. Por allí, como sabe, dominan los vientos de poniente y se nos facilitará la misión de montar el cabo de Hornos.

—En efecto.

Aunque había asegurado a Beatriz que le mostraría con detalle las costas del continente sur americano, pronto perdimos de vista la línea de tierra. Y durante cuatro jornadas navegamos hacia fuera, a veces con proas clavadas entre el oeste y el oeste-sudoeste, cayendo las cuartas posibles hacía el sur. El capitán Borrows deseaba ganar barlovento a toda costa y lo demostraba a las claras. Y, como de costumbre, no olvidaba Beatriz una sola de mis palabras, con su habitual ironía.

—¿Dónde se encuentra esa maravillosa costa que me ibas a describir con detalle, querido? Porque solamente observo aguas infinitas en todas las direcciones y no del color azul turquesa que vaticinabas.

—Tienes razón, no he de negarlo. Para observar la costa a escasa distancia es preferible la subida hacia el norte. Como los vientos y corrientes se abren al navegante normalmente de componente sur, se puede ascender desde el cabo de Hornos hasta Lima costaneando a escasa distancia de tierra. Por desgracia, en sentido contrario es más seguro alejarse de la línea costera para

tomar vientos favorables. Pero llegaremos a la Tierra del Fuego y allí podrás comprobar la belleza que te comentaba.

Como es fácil imaginar, no conseguí convencer a Beatriz, aunque asintiera con la cabeza en todo momento. Por fortuna, comenzaron a transcurrir los días con dulce y lenta monotonía. Y aclaro la certeza de tal denominación, porque la mar se mantenía en cuerdas de bonanza, como madre de leche bendita, y los vientos no subían de la estadía de fresco^[11] una sola pulgada. Tal situación, con la mar como única referencia de nuestra existencia, presentaba el negativo aspecto de que el no habituado a la vida sobre las aguas, estimara que así ha de comportarse la gran señora de forma permanente, premisa de toda falsedad. Aunque no llegamos a sufrir encalmadas de lomos duros, de esas que llegan a descabezar los peores humores en todo hombre de mar, a la altura de los veinte grados de latitud, las velas cayeron al plomo en demasiadas ocasiones a lo largo del día durante cinco o seis jornadas. Pero ya habíamos entrado en vuelta definitiva con la proa clavada hacia el sudeste cuarta al sur, salvo escasas horas en las que el viento tontoneaba en exceso.

Era consciente de que el andar medio del buque no se acoplaba a los deseos de todo capitán de buque mercante que, como norma habitual, cuenta los días de navegación en su monto total de salarios y porcentajes de beneficios. Pero por mi parte lo agradecía por lo que significaba para el bienestar de mi esposa. Porque a pesar del excelente estado de la mar, el dulce balanceo había afectado a Beatriz en los primeros días de forma bastante negativa, ese mal de la mar que acaba por entontecer las cabezas y pensamientos más lúcidos. Por fortuna, se fue acostumbrando con rapidez, facilitada la tarea por el escaso movimiento de las tablas.

Rematábamos la cuarta semana cuando avistamos tierra, un alargado periodo más parecido a la clásica travesía del Mar del Norte. Y dio comienzo lo que Beatriz denominó como mar monstruosa, aunque el viento se alzara solamente a frescachón en rachas y la marejada no mostrara durezas blancas en ningún momento. Recalamos por fin en el inconfundible cabo Pilar, allí donde la expedición de Magallanes sacara cabeza por el interminable estrecho de su nombre hacia el mar del Sur, que bautizara como Pacífico en un exceso de alegría. No agradó mucho al capitán Borrows tal detalle por considerarse más al sur, tras demasiados días con los cielos copados e imposibilidad de tomar el punto astronómico^[12]. Y como ningún mando en la mar gusta de observar piedras a sotavento por aguas preñadas de posibles angustias, forzó la bolina^[13] al máximo, hasta acabar por virar en rondo y sacar cabeza en

nuevo bordo de necesidad, con el viento entablado en un sudoeste con escasas cuartas hacia el oeste.

Con la proa en un nuevo intento de ganar barlovento, la mar comenzó su crecida, espoleada por un viento que llegó a alcanzar la línea de cascarrón sin fisuras. Ahora sí que, para angustia de mi joven esposa, las olas con bigotes blancos atacaban la Emerald con saña, aunque no mostraran todavía su verdadero poder. Borrowes ordenó tomar la segunda faja^[14] a las gavias, tras haber cargado el trapo alto en la jornada anterior. Tranquilizaba comprobar que ni siquiera ordenaba preparar el aparejo de capa. Y como le estimaba un profundo conocimiento de una mar atravesada en mil ocasiones, coincidí en que no debían las crestas elevarse hasta pasar por encima de nuestras almas. No obstante, Beatriz mostraba rostro de verdadero temor, con escasos argumentos por mi parte para enjugar tal situación. Elevaba sus preguntas como niño desvalido.

—¿Crees que podremos sobrevivir a este horrible temporal? ¿Aguantará la Emerald olas de tan monstruoso tamaño? —Tumbada en su camastro, se aferraba con las manos a los pernos de varas, como si temiera ser enviada por un golpe de mar hacia las tinieblas eternas—. Siento verdadero pavor al observar la mar a través de la balconada. Esta fragata no es más que un ligero juguete entre sus fauces blancas.

—Puedes estar tranquila. Comprendo que te encuentres molesta y con el estómago un poco revuelto, pero ningún peligro acecha a esta formidable fragata. No obstante, debes hacer un esfuerzo y tomar alimentos. Mantener el estómago vacío aumenta el malestar. También el vino es un buen remedio para todos los...

—No me nombres el vino siquiera, por lo que más quieras —mostró un gesto de repugnancia—. Si vomito otra vez, creo que acabaré escupiendo las tripas y la leche materna de destetar. Santiago, hay momentos en los que desearía morir.

—¿Morir? ¿Estás loca? —Intentaba divertirla con mi conversación, empresa harto difícil en aquellos momentos—. Ya verás cómo en un par de días te encontrarás fuerte de nuevo. Y cuando la mar vuelva a encontrarse como un plato, disfrutarás a bordo como una reina.

—¿Cómo una reina?

La mirada que me dirigió evidenciaba con toda claridad sus pensamientos. La tomé por la mano, intentando animar su espíritu, lo que no conseguí porque debí ofrecerle de nuevo la palangana ante sus inevitables arcadas. Pero bien sabía yo que todo se pasa en la vida y en la mar, su prolongación más

real. Aquellas horas acabarían por ser un divertido recuerdo meses después. Sin embargo, también es cierto que muchas personas al atravesar parecidos trances, se juran una y mil veces no volver a pisar las tablas de un barco, una vez con los pies en tierra firme.

Con toda sinceridad, creo que en este nuevo bordo que marcaba la fragata Emerald, el capitán Borrows se tomó demasiado terreno en innecesaria prevención. Quedaba claro que no pensaba sufrir ni un ligero susto, conducta poco habitual en un buque mercante. Pero era de agradecer, sin duda. Porque con el rumbo en decidido barloventeó se mantuvo más de una singladura completa.

Y es de recordar que con aquel viento cascarrón por la aleta, la gacela debía de superar los seis nudos con facilidad. Por fin, en una definitiva virada en redondo, acababa por quedar a rumbo sudeste firme, que le debería posibilitar avanzar el famoso cabo de Hornos sin mayores problemas.

Divisamos la costa de nuevo en la última semana de febrero, una masa gris que se agigantaba en la distancia, mientras una lluvia fina, convertida poco a poco en aguacha, caía con machacona y desagradable insistencia. Para regusto propio, el viento había caído suficientes enteros como para largar todo el aparejo a excepción de los juanetes y la mar, entrándonos poco a poco casi de popa, nos alzaba el coronamiento con bastante dulzura, aunque a Beatriz todavía le pareciera el temporal más terrible. Tras no pocos esfuerzos, conseguí sacarla de la cámara y que diera algunos pasos por la toldilla, cubierta con un sobretodo mío que le hacía soportar el guarejo sin tormento. Bien sabía yo que necesitaba del aire fresco en la cara para remover los malos humores y encarar la vida con cierto optimismo.

Las rocas grises, con ese peculiar y espectral color que rodea en bordes la zona del cabo de Hornos por ambas bandas, se hacía más visible conforme cerrábamos distancias. Y aunque una ligera borra cerraba las faldas con insistencia, acabé por reconocer el falso cabo de Hornos, al noroeste de la isla Ermita. Por fin, alcanzamos la isla de Hornos bajo un viento frescachón del poniente puro. El capitán Borrows caía un par de cuartas a estribor para separarse lo suficiente y no sufrir la extrema cercanía de las piedras con sus posibles rebufos. De esta forma, pudimos observar la isla de Hornos que se arracima en forma de media luna y se extendía en unas cinco millas de tierra, cuyo cuerno erigido hacia el sudeste forma el propio y famoso cabo. Era fácil comprender las historias sobre su malignidad y desprecio, al observar el aspecto imponente de sus rocas sombrías, que parecen dirigirse en grito hacia los navegantes con orden de cuartel. Muchos marineros a bordo y el pasaje al

completo deseaban comprobar a la vista aquel fenómeno y marcar la muesca negra en el alma, aunque en verdad llegáramos a su altura sin que las maderas de la compacta fragata hubiesen sufrido en exceso. Señalé con la mano a Beatriz.

—Ahí lo tienes a la vista, querida, el famoso cabo de Hornos.

—Comprendo que se hable tanto de ese accidente geográfico y se tema. Parece un cuadro más propio del Infierno, aunque presente cierta belleza como tantas obras del Maligno.

—Allí, señalaba con el dedo, perdimos a la fragata Soledad hace algunos meses, cuando nos dirigíamos hacia El Callao. Varó contra una banca de hielo, otro de los factores que se añaden en negro por esta zona durante la época invernal.

—¿Se ahogaron muchos hombres?

—Muy pocos —mentía de nuevo, acostumbrado ya a tal ejercicio a diario—. Los rescatamos a casi todos desde el bergantín Potrillo.

Una vez montado el famoso cabo, me sorprendió la maniobra decidida por el capitán Borrows. Porque en lugar de caer a babor para tomar el estrecho de Maire, que separa el continente americano de la isla de los Estados, paso franco y sin problemas de cuña, tan sólo enmendaba tres cuartas a babor para dejar la isla por dicha banda. Posiblemente, con el viento de poniente al alza, prefería correr de galguera en empopada, hasta librar hasta la última piedra de la carta. De esta forma, una vez tanto avante con el cabo de San Juan, caía franco a babor para quedar a rumbo norte-nordeste, con el viento a un largo y la Emerald bebiendo millas con espuma a popa. Y como mantenía los detalles de la carta de la América meridional bien grabada en la cabeza, le suponía que, con rumbo directo a la bahía de Río de Janeiro, debería dejar las islas Malvinas por estribor a la mínima distancia, dentro de los resguardos de seguridad que siempre se han de tomar. Le explicaba todo y con detalles a Beatriz, que parecía recuperarse, especialmente cuando el viento roló a un sudoeste fresco, que comenzó a amansar las aguas con cierta rapidez.

—Como puedes comprobar, querida, ya hemos atravesado la peor etapa del viaje, en cuanto a la mar se refiere. Según mis cálculos, ahora nos dirigimos por derecho hacia la bahía de Río de Janeiro. Y te adelanto que la considero de una belleza difícil de repetir. Quedarás maravillada como si... —me detuve, al observar una sonrisa de incredulidad en su boca.

—¿A qué distancia navegaremos de esa preciosa bahía? ¿Seré capaz de distinguirla en la distancia? ¿Lo haremos bajo mar con olas montañosas?

—¿Cómo se te ocurre pensar tal locura? Ya veo que mis palabras te ofrecen escasa credibilidad —repuse con falso tono de ofensa propia.

—No te enfades, querido. Pero lo cierto es que hasta ahora no he observado ningún accidente geográfico de una mínima belleza y, por el contrario, el estado de la mar me ha hecho sufrir como a forzado sobre el potro.

—No exageres, amor mío. Debo reconocer que hasta ahora hemos disfrutado de mala suerte por arrobos. En mi opinión, la derrota escogida por el capitán Borrows no era la más apropiada para mis deseos y proyectos. Pero en cuanto subamos lo suficiente en latitud, comenzarás a navegar por aguas tropicales. Y por todos los dioses de la mar, que ésas sí te ofrecerán aguas transparentes de color azul. Observarás la incomparable bahía de Río de Janeiro a tan escasa distancia, que podrás tocar sus riberas con la mano. Recuerda que esta fragata ha de fondear allí para cargar café y otras mercaderías.

—Tienes razón, lo había olvidado. Bueno, quiera Dios que pueda comprobar esas bellezas, sin que la cabeza me continúe dando vueltas en torno.

En verdad que aquella navegación no se ajustaba en ningún momento a mis deseos personales. Pero todos saben que los buques mercantes suelen tomar derrotas especiales, en acuerdo con su deseo de emplear el mínimo de singladuras posible. Una vez en progresión hacia el norte con las costas de la Patagonia Oriental a muchas millas por la banda de babor, ni siquiera pude observar la costa de las islas Malvinas, que dejamos por la banda contraria a demasiada distancia. Para el bien de Beatriz, el viento se mantenía entablado del sudoeste y fresco de fuerza. Pero no crean que me mantenía en cuerdas de seguridad, porque esos soplos denominados como pamperos^[15] llegan a alzarse con descontrolada furia, que así lo había sufrido en mis propios higadillos a bordo de la fragata Proserpina años atrás.

Mediado el mes de marzo, cuando debíamos de encontrarnos tanto avante con el Río de la Plata, que tan penosos recuerdos me ofrecía en la memoria, Beatriz se había repuesto por completo y comenzaba a mostrar cara de felicidad. Los muchos días de mar a la espalda, sumados al viento fresco del sudoeste que tan sólo cabrilleaba^[16] la mar por ligero, habían obrado el divino milagro y ya los días de suplicio quedaban a muchas millas por la popa. De esta forma, pudimos regresar a nuestras noches de enfebrecida pasión que, en verdad, mucho había añorado cuando la observaba en el camastro, atormentada por el mareo y los embates de las olas. No es fácil aplacar la

sangre en alza, mientras se contempla un atractivo cuerpo al alcance de la mano. Una prueba que había superado y que, sin duda, me hizo gozar en mayor nivel al reanudar los juegos amorosos.

También fue a la altura de ese fantástico estuario rioplatense, que habíamos perdido para las armas de España poco tiempo atrás, único escenario independentista en el que no ondeaba nuestro pabellón, cuando se alteró la rutina a bordo. Con las primeras horas de la mañana, pude comprobar el paso a la carrera de los hombres por cubierta, lo que me hizo recelar y pensar en posibles e imprevistos acaecimientos peligrosos. Por tal razón salí con rapidez al alcázar, donde se congregaba el capitán con sus oficiales y maestros mayores. Borrows observaba con el anteojo hacia el través de estribor. Me acerqué hasta él para indagar sobre lo sucedido, aunque imaginaba que se habría producido la voz del vigiador sobre un avistamiento.

—¿Algún buque, capitán?

—En efecto, señor. Pero todavía se encuentra a demasiada distancia, para poder evaluar las posibles consecuencias. Dispone de tres palos pero poca información puedo añadir.

—¿Teme la presencia de algún corsario?

—Bien sabe que, en la mar, siempre es posible la aparición de algún carroñero de alma preñada en negro, señor. Pero nos encontramos demasiado al sur, para que se produzca la presencia de corsarios antillanos o americanos del Norte. Y ya no podemos desconfiar de los franceses, que han pasado a ser nuestros amigos, si es que tal detalle es posible.

El tono de voz empleado por el capitán me hizo pensar en negras contingencias.

—¿Acaso estima posible el ataque de un buque francés? Firmaron su rendición y ya no sobrevuela el águila imperial por Europa. Según tengo entendido, Bonaparte quedó apresado por orden de la Alianza en la británica y aislada isla de Santa Elena. No creo que se haya escapado de nuevo. Porque ese corso maldito sería capaz de levantar a los franceses una vez más.

—No tema esa posibilidad. El prepotente iluminado continúa bien vigilado en la isla por una numerosa guarnición y allí permanecerá hasta su muerte, si es cierto lo que escuché en Londres. Sin embargo, ese buque ha caído a babor y se dirige hacia nosotros.

Durante más de una hora, apenas se escuchó una sola palabra en el alcázar, mientras los hombres con anteojo en la mano no cesaban de dirigirlo hacia el buque avistado. El capitán debió comprender que entraba en descortesía, por lo que ordenó a uno de sus pilotos que me entregara el

largomira. Aunque no se trataba de aparato de mucha calidad, pude comprobar que, en efecto, el buque mostraba con claridad tres palos. Pero su imagen en bulto no parecía aparejarse a una fragata sino a un buque menor. Así lo dejé ver.

—Estimo, capitán, que debe de tratarse de un bergantín, una polacra rastrera o algún buque de parecidas características.

—Concuerdo con vos, señor. No obstante, debemos tomar precauciones. He ordenado preparar la artillería y que toda la dotación ocupe los puestos, como si debiéramos entrar en combate.

—¿Dispone de buenos artilleros?

—Pocos y malos. Bueno, mejor sería decir con escasa experiencia. En estos momentos, echo de menos hallarme en un buque de la Royal Navy, Pero, sea quien sea, podrá comprobar las bocas de mis cañones de a 18 saliendo por las troneras y dispuestas para abrir fuego. Si se trata de un bergantín, no creo que atreva.

—Si es corsario de raza y con suficientes piezas artilleras a disposición, lo intentará.

—Eso me temo.

Tres horas después y una vez tranquilizada Beatriz, que me enviaba angustioso recado desde la cámara por medio de Barbate, pudimos comprobar que el bergantín, que ya se destacaba como tal sin posible duda, mostraba el pabellón de las Provincias Unidas del Plata. Borrows respiró aliviado.

—Buena noticia, si no miente en la bandera mostrada. ¡Icen el pabellón británico! No creo que intenten nada contra nosotros.

—Jamás lo harán, si el pabellón que despliegan es cierto. No pueden poner en riesgo las relaciones con su mejor proveedor y aliado, en esta guerra que mantienen por su emancipación.

Lancé el comentario sin pensarlo dos veces. El capitán sonrió, al tiempo que contestaba.

—Comprendo sus sentimientos, señor. Son muchas las voces en Gran Bretaña, que consideraban nuestro apoyo a los independentistas impropio de un aliado en guerra contra Francia. Pero desde que su Rey firmó la paz por separado con Bonaparte sin contar con nosotros, hay quien asegura que nos dejó con las manos libres.

—Por favor, capitán, seamos sinceros —añadí una sonrisa de falsa comprensión—. Habrían continuado con el apoyo, aunque nuestro Señor no hubiera firmado el Tratado de Valençay. Parece que para ustedes éramos aliados solamente para guerrear contra el francés en Europa. Otras naciones

rindieron banderas y pactaron con Bonaparte, mientras España se mantuvo en lucha permanente. Sin embargo, el bocado de nuestras Indias y su futuro comercio es demasiado succulento, para que jugaran con la debida honestidad. En fin, regresando a nuestro negocio actual, nada debe temer de ese bergantín. Eos rebeldes del Plata han armado muchas unidades al corso. Pero, en ese particular caso, son más culpables los dirigentes del nuevo estado americano del Norte y enemigos suyos. Según parece, son financiados por ese maldito banquero de Boston, Mister White.

—Sé de quien me habla. Y en ese preciso caso concuerdo con vos sobre el personaje, que también nos hizo mucho daño.

—Los corsarios del Río de la Plata muestran cualquier bandera de conveniencia que les llegue a la mano, desde la de las Provincias unidas del Plata, hasta la británica o incluso la de la Real Armada. Comentan nuestras autoridades que el foco principal se centra, precisamente, en la banda oriental del Río de la Plata, donde ejerce dominio su caudillo Artigas. Y ha establecido con todo rigor una Ordenanza General de Corso. Amparado bajo lo que denomina como nuevo Estado, establece las normas habituales aunque especifica como necesario el empleo del pabellón tricolor de la nueva Federación.

—Si no exigen porcentajes elevados, mucho caribeño se sumara a la fiesta.

—No sólo caribeños. Esos estados americanos del Norte que siguen peleando contra ustedes, toman fuerza con demasiada velocidad, gracias a su emergente comercio. El rebelde Artigas exige solamente el cuatro por ciento del remate de las presas. Incluso ha establecido tribunales de presas para que juzguen la oportunidad de las capturas. Como es fácil suponer, el corso se dirige casi exclusivamente contra buques españoles y portugueses, aunque no desprecien otras unidades. En realidad, han adaptado nuestra legislación española en cuanto al corso punto por punto. Todo capitán de buque que intente dedicarse a tal encomienda bajo el citado pabellón, sea de donde sea, recibe la patente de navegación, la de corso y la de presa. Y hay varios de esos buques que ya han llevado a cabo capturas de cierta importancia, como las de un tal Buchard, al que apodan como «El Corsario del Plata». Este pájaro inmundo ha llegado a conseguir en pocos meses más de doscientos mil dólares. ¡Pandilla de golfos y maleantes sin alma! Espero que consigamos apresar pronto alguno de esos buques, para colgar a la dotación entera, de capitán a paje, desde la verga de la mayor.

—Supongo que pocos de ellos serán criollos o españoles revolucionarios.

—Al igual que aquellos en quienes han depositado los mandos de sus unidades oficiales, la nombrada como Armada de las Provincias Unidas del Plata, esos numerosos capitanes corsarios son lo peor de cada casa caribeña o angloamericana. Aparte del tal Bouchard, se nombra a Campbell, Clark, Levely, Batney, Nutter, Chase, Cathill, Weight, Bogart y algunos más. Ni un solo apellido verdaderamente español.

—¿Dónde operan?

—Pues ahí se centra el peligro para nuestro comercio. En un principio, ceñían sus actividades a las costas portuguesas y españolas del continente sur americano. Pero, en vista del éxito conseguido, parece que han ampliado las actuaciones al mar de las Antillas y más allá. Cuando abandoné La Habana el pasado año al mando de una división naval, se comentaba el apresamiento de dos unidades cerca de las islas Canarias y la presencia de corsarios en la boca del estrecho gibraltareño. Y como, por desgracia, no podemos siquiera proteger el tráfico costanero propio, serán capaces de alcanzar las costas mediterráneas y las de las islas Baleares.

—Parece difícil de creer que, con su imperio ultramarino en necesidad de defensa, no dispongan de una Real Armada con la adecuada fortaleza. Si mantienen esa ciega política, acabarán por perder toda tierra que dominen allende la mar.

—Muchas voces sensatas opinan así, entre las que me incluyo. Por desgracia, no parecen comprenderlo quienes detentan el poder.

Regresé a mi cámara para tranquilizar del todo a Beatriz, que se movía con nervios en tensión. Pero todavía me sentía indignado ante la presencia del buque platense Sufría en las tripas por no disponer del bergantín Potrillo bajo mi mando y ofrecerle candela al rojo. Me recreé en la ensoñadora visión de todos los corsaros con las piernas en cuelgue y el nudo bien ajustado al cuello.

Continuamos nuestra placentera navegación, sin mares alzadas o vientos de fuste durante quince días más, con un buen andar^[17] medio de la fragata Emerald. El sol y el calor nos inundaban de proa a popa con gran gozo de Beatriz. Y ahora sí que podía observar aguas del color de la turquesa sobre brillante bandeja de plata. Como atacábamos la costa desde levante, recostado el viento al sur, de acuerdo a la situación calculada en el crepúsculo de la noche anterior, el capitán Borrows estimaba que nos encontrábamos cercanos a cruzar el paralelo de los 23 grados y a unas veinte millas de tierra. De esta forma, supuse que la bahía de Río de Janeiro, seis millas al norte de dicho paralelo, o el cabo Frío que se despunta hacia levante, deberían aparecer por

nuestra amura de estribor en escaso tiempo, si no habíamos errado en los cálculos.

Para confirmar nuestras predicciones, llevábamos dos jornadas con avistamientos de unos pájaros de significativo tamaño y color oscuro. Para sorpresa de la dotación, se posaban a bordo de forma tan confiada, que eran abatidos por los marineros con cualquier palo a disposición. Y aunque algunos los comieron por derecho, como si se tratara de pato o ave acuática similar, eran de carne correosa y ligeramente salada. De todas formas, como los reconocí como alcatraces, recomendé a un oficial cocerlos suficiente tiempo en la peróla y mezclarlos al final con la menestra o el arroz, sugerencia que nadie siguió al encontrarnos cerca de los teóricos manjares tropicales y con alimentos a bordo en suficiente cantidad.

Aunque no dudaba de las cualidades del capitán Borrows en su faceta de pilotaje, recibí una agradable sorpresa cuando en el vigésimo día del mes de marzo el vigiador del palo trinquete cantó tierra a media mañana. Y más todavía cuando apareció casi a proa una destacada punta que reconocí sin dudarle como el cabo Frío, unas sesenta millas a levante de la bahía de Río de Janeiro. Así lo comente en el alcázar.

—El cabo Frío, sin duda.

—Eso estimo, señor. Solamente nos queda recorrer menos de sesenta millas en dirección a poniente.

—Abordamos un paraje maravilloso. La canal de entrada o barra de San Sebastián mantiene siete brazas de profundidad en la bajamar y se puede acceder por ella con entera seguridad, hasta quedar a escasos cables de la ciudad. El fondeadero es bueno y asegurado a casi todos los vientos.

—Ya veo que dispone de suficientes conocimientos y buena memoria, señor. En cuanto a mis hombres, debo mantener cien ojos avizor. Alguno de ellos sería capaz de ganar a nado esas playas de arena fina y blanca, después de tantos días en el agua. No me preocupa la barra porque es franca y sin piedras malparidas.

—Mucho me agrada regresar a este escenario, que espero mostrar a mi esposa.

—Estas aguas sí que son azules y cristalinas —dijo Beatriz a mi lado, sin que nos hubiésemos apercibido de su presencia.

—Me alegro de verla en tan buen estado, señora —declaro el capitán, al tiempo que se destocaba en inclinación de cortesía.

—Gracias, capitán. Así me gusta la mar, transparente y bien planita. Pero para todos los días, no como una excepción.

—A los hombres de mar también, señora.

—¿Deberá hacer muchos víveres, capitán? —pregunté, interesado.

—Casi un relleno completo, señor, así como de la aguada. Y ya veremos el monto de la carga, que no se encuentra ajustado en pliego. Pero si lo pregunta por el tiempo de que dispondrán, estimo que permaneceremos unos cinco días más o menos. No obstante y para celebrar esta primera parte de nuestra travesía, sería un placer para mí invitarles a cenar en mi cámara esta tarde, si me conceden tal honor.

—El honor será nuestro, capitán.

Todavía navegábamos a rumbo poniente con trapo rebajado y siguiendo el perfil de la costa, cuando el primer oficial, que sería el cuarto comensal, nos acompañó hasta la cámara del capitán. Y mucho agradó a Beatriz el mobiliario y decoración de la estancia, en la que pasaba casi toda su vida Jack Borrows.

—Bienvenidos a mi humilde cámara, señores.

—Escasamente humilde diría yo en sinceros, capitán —contestó Beatriz de buen humor, que aquella noche resplandecía de belleza—. Parece un salón de casa propia muy comfortable.

—Bueno, es fundamental sentirse como en tierra para poder aguantar tantos días de mar. Por favor, tomen asiento.

Tras señalarnos los puestos en la mesa, con Beatriz entre Borrows y yo, el capitán se dirigía a mí con una sonrisa.

—Ya veo, señor general, que conoce con detalle estas costas. Debo reconocerle que he aprendido mucho de algunos oficiales de la Real Armada, especialmente en los aspectos del pilotaje y la navegación.

—Por favor, capitán, no se olvide de que fuimos los españoles quienes descubrimos más de medio mundo, cuando todavía ustedes los británicos apenas se despegaban de sus islas. Y estudiaban las ciencias de la mar con libros de la Casa de la Contratación de Sevilla, primera escuela de navegantes que existió en el mundo.

—Toucbé, *monsieur* —reía con agrado y contenida alegría, ese estado tan natural en los hombres de mar cuando se encuentran cerca de tierra, tras alargada y complicada navegación—. Debe perdonar esta prepotencia británica, que nos es imposible desterrar.

—Una prepotencia que, si me permite el comentario, siempre encontré exenta de ciertos conocimientos culturales —mantenía un tono irónico—. Pero ya sé que se trata de misión imposible evitarla.

Todos reímos de excelente humor. Y mucho me alegró comprobar que Beatriz recobraba su estado habitual.

—Tengo entendido que la señora no conoce la bahía de Río de Janeiro.

—Así es, capitán. Y mucho me ha hablado mi esposo de sus incomparables bellezas.

—Sin duda contemplará parajes maravillosos, que pocas veces se repiten en toda la geografía mundial. Cuando esta bahía fue descubierta por el gran navegante y cartógrafo Américo Vespucio en 1500...

—Siento corregirle, comandante —intervine con rapidez—, pero al mando de la expedición descubridora se encontraba el marino lusitano Gonzalo Coelho, aunque también navegara a su lado ese navegante italiano, que se llevó sin merecerlo la gloria del nombre continental. Una apelación que debió adjudicarse, en todo caso, al gran almirante don Cristóbal Colón. Y el descubrimiento al que alude no tuvo lugar en el año que menciona, sino el primer día de enero de 1502. Por esa razón se le adjudicó el nombre de Río de Enero, o Janeiro en portugués, al creer que se trataba de un caudaloso río y haberla descubierto el primer día del año. Posteriormente, a la capital que se levantó en su seno se la llamó, como dicen los portugueses, Sao Sebastiao do Río de Janeiro. Perdone que le haya interrumpido.

—No cesa de sorprenderme —Jack Borrows sonreía de nuevo—. Sabe mucho de casi todo, señor.

—Me gusta leer sobre la historia de los descubrimientos y sus artífices.

—A mí también. Por esa razón le diré lo que escribió ese italiano al que no dispensa especial cariño, extasiado por la belleza de esta incomparable bahía: Se nel mondo c'è alcun Paradiso terrestre, sénza dubio deve essere non molto lontano da questi luoghi.

—Una expresión muy italiana, sin duda. Seguro que don Américo Vespucio sería capaz de enhebrar frases parecidas para la bahía de Nápoles, antiguo reino español, la de Cádiz, el Cuerno de Oro y otros muchos parajes. Son muy románticos y poetas.

—Tiene razón al asegurar que los británicos somos prepotentes, señor. Pero también he de declarar, con la debida sinceridad, que ustedes no pueden evitar ese orgullo y arrogancia, encastrados en la sangre desde el mismo día de su nacimiento.

—También le concedo razón absoluta en ese apartado, capitán.

Golpeé con el cubierto sobre la mesa, señal de chanza habitual en todo buque, mientras Borrows se dirigía a Beatriz.

—Le sorprenderá de entrada, señora, la simple observación del Pao de Assucar.

—Será un placer, capitán. ¿Ha dicho Pao de Assucar? Eso en español deberá traducirse como Palo de Azúcar. ¿A qué se refiere con esa expresión?

—Es un peñasco de gigantescas proporciones, que emerge a la entrada de la bahía de Janeiro, también conocida por los portugueses como bahía de Guanabara. Su forma aparenta la cabeza de un animal, si se la observa desde el interior. Pero desde la mar se asemeja en mucho a la parte superior del palo de azúcar. Una estampa inconfundible y llamativa, difícil de olvidar.

—Es curioso, pero existen otros accidentes geográficos por la geografía mundial que ostentan el mismo nombre —intervine con decisión—. Por ejemplo, una montaña en Gran Canaria, una isla del archipiélago filipino, un elevado cerro en la isla de Cuba y, posiblemente, bastantes más. Bueno, el cultivo del palo de azúcar se encuentra muy extendido.

—Tiene razón.

Mientras el buque facheaba para retrasar la navegación costera hasta la mañana siguiente, la velada ofrecida por el capitán en su cámara se mantuvo en cuerdas de excelente camaradería y sincera amistad en todo momento. Por desgracia y como me figuraba, los alimentos a disposición dejaban mucho que desear, triste norma bastante general en toda mesa britana. La carne de cordero era dura, correosa y sin adobar, la panceta rancia, el vino clarete avinagrado en punta y sin cuerpo, para rematar el cuadro con un dulce gelatinoso y de color a tierra, que debimos atacar a bocados de pajarito por la corrección impuesta. No obstante, me sentí inmensamente feliz al no tener que embocar los malditos pasteles rellenos de riñones al aire, que tanto gustan en la Royal Navy y tan habitualmente aparecen en toda comida inglesa. Siempre mantuve severa repugnancia por esos excrementos con inconfundible aroma a orines, que sólo aquellos rudos hombres de las islas británicas son capaces de oler, trasegar con gusto y digerir. Por fortuna, la frasca de ron jamaicano que aparejamos en ofrenda final, surtió el efecto oportuno, al anular esos perversos sabores hacinados de firme en nuestra boca. No obstante y como obliga una mínima cortesía, elogiamos el ágape con frases de agradecimiento. Y, para rematar el cuadro en gloria, como consecuencia inmediata de la bebida caribeña, atacamos la cama con el ánimo elevado en muchas cuartas, lo que redundó en un aumento del disfrute carnal.

Cuando ya el sol comenzaba a despuntar en la mañana del día siguiente, divisamos el espolón de tierra con mucha claridad. La fragata Emerald aprobó en conveniencia para rascar su costa acantilada hacia levante, una línea rocosa

que se ceñía de forma ajustada al paralelo de los 23 grados. El capitán se mostraba de excelente humor y mantenía su discurso hacia nosotros como improvisado cicerone.

—Como podrá comprobar, señora, es fácil comprender que la capital del Brasil se trasladara hasta aquí en 1762. Creo que fue un acto inteligente del rey portugués abrir los puertos brasileños al comercio universal, lo que ofreció un impulso económico muy importante de forma general y, en particular, a esta capital. Fue su primera medida cuando desembarcó de un buque británico en estas aguas en 1808, huyendo del maldito Bonaparte que había invadido su tierra. Supongo que Juan VI regresará a Portugal, ahora que Napoleón ha sido derrotado. Pero si me encontrara en su caso, quedaría en esta maravillosa tierra de por vida.

Con el sol elevado en calor de grillos y eliminada la boria matinal, embocamos la bahía de los sueños, como se la definí a mi esposa. Y desde que afrontamos cara a cara el Pao de Assucar, también Beatriz se rindió a sus encantos porque se trataba de un paraje de extraordinaria belleza. La bahía se abría de norte a sur, con una suave inclinación hacia el nordeste en la parte meridional. Su máxima longitud superaba las cinco leguas^[18], descomponiéndose en dos partes desiguales. En principio abordamos el canal y la bahía propiamente dicha, con unas 25 leguas de circunferencia, que bordea una y mil maravillosas playas de arena en polvo de oro. Posteriormente y en el fondo de una ensenada amplia, se encuentra la barra de entrada o de San Sebastián, que atacó la Emerald a palo seco^[19] y con el auxilio de la lancha, acción que comprendí y aprobé en mi interior.

Al abrirse y cerrarse las costeras a partir de la punta de Santa Cruz, de forma caprichosa se formaban islas de las que se entienden como paradisíacas en España, maravillosas penínsulas con cocoteros y ensenadas de ribetes verdes. Más allá, la barra se estrechaba, para dar cabeza casi dos millas después a la capital brasileña, esa ciudad de Río de Janeiro desde donde se puede observar la inmensa sábana azul de la bahía, el Pao de Assucar, el Corcovado, el monte de Dona Martha y un grupo montañoso al que denominan Gigante Acostado, por presentar la silueta de un hombre echado con las manos juntas sobre el pecho. Y ya en el alto cono de la Gavea aparece una nariz colosal, que los marinos ingleses adjudican sin discusión al famoso almirante Lord Hood.

Por fin, tras una inolvidable navegación en la que intenté señalar a Beatriz cada uno de los mil detalles a admirar, la fragata Emerald fondeaba al abrigo con dos de sus anclas, llegados a nuestro punto de destino, trente a los

muelles de carga de la capital brasileña. Dábamos fin a una importante etapa en nuestra alargada derrota hacia España, posiblemente la que más podía preocuparme en cuanto al estado de la mar, accidentes geográficos y sus peligros amadrinados. No obstante, era consciente de que jamás se puede asegurar tal condición sobre las aguas. Para bien o para mal, nunca sabemos lo que los dioses de la mar nos tienen reservados para la hora, siguiente. Y muchos miles de millas restaban por la proa, hasta alcanzar nuestro destino final.

3. Proa hacia España

Nos mantuvimos fondeados en la bahía de Río de Janeiro, frente a la populosa capital brasileña, durante dos alargados días. Me inundaba un gran placer al comprobar que podía recrear la vista sin descanso, con sólo dirigirla en cualquier dirección de la rosa^[20]. No obstante, debo aquí aclarar que tal situación sufrida a menudo por el hombre de mar, al observar la manzana a corta distancia sin poder acceder a ella de inmediato, supone un runruneo muy negativo en el espíritu, especialmente cuando se aparejan en el cuerpo muchas semanas o meses de mar, sin avistar la costa y sus posibles encantos.

Cuando por fin el capitán Borrowes recibió el permiso solicitado a los dirigentes portuarios, la fragata Emerald pudo pasar con el auxilio del remolque de la lancha hasta atracar al muelle de Páramo, situación que le facilitara las misiones de carga previstas. Y en aquella cómoda disposición, perfecta para mis intenciones, se deslizaron cinco días más. Para mi sorpresa, el puerto registraba un tráfico muy notable y superior al imaginado, con buques en elevado número que depositaban sus mercancías en el muelle, para embarcar después suministros de todo tipo y partir trapo arriba hacia cualquier punto del orbe. Se trataba de una evidente demostración de los beneficios producidos por las nuevas leyes del comercio y liberalización impuestas por las autoridades portuguesas.

Como es habitual en mi conducta, ávido siempre de recorrer nuevos parajes y, en el caso de ciudades importantes, conocer sus monumentos principales, desembarcamos durante tres jornadas completas para visitar la capital, del Imperio, así denominado en lo que entendía como un exceso de orgullosa prepotencia portuguesa. Sin embargo, me sorprendió de entrada la inesperada dejadez de Beatriz en ese particular aspecto, una evidente y perezosa desgana en cuanto a los interesantes detalles que la historia de las ciudades nos ofrece en cada uno de sus rincones. Y, en efecto, pasaba la vista

por templos y edificios como si se tratara de escenario conocido y de escasa importancia.

Sin tener en cuenta esos detalles por mi parte, visitamos en primer lugar la catedral. Aunque templo recientemente construido en el siglo anterior, mostraba con esplendor sus siete altares y gran cantidad de tallas doradas, dignas de especial atención. Sin embargo, más me agradó la iglesia de San Sebastián, a la que denominaban popularmente como de los jesuítas, erigida en el siglo XVI en el Morro do Castello y donde se guardaban con veneración los restos de Estacio de Sa, fundador de la ciudad. Y cuando habíamos girado visita a las iglesias de la Candelaria, del siglo XVII, y a la de San Fernando, todavía sin rematar su construcción, decidí cambiar el tercio sin pérdida de tiempo. Porque observaba a las claras los signos de aburrimiento en el rostro de mi esposa, ante la magnificencia del poder temporal de Nuestra Santa Madre Iglesia.

De esta forma y para cambiar las cuartas de nuestro itinerario, acudimos al Palacio Arzobispal, situado en el arrabal de la Gloria, a la Quinta de Boa Vista, morada del Emperador cuando se ausentaba de su palacio en Petrópolis para residir en la capital, así como el magnífico palacete Friburgo. Y como ya Beatriz dejaba ver sin ocultación alguna su desinterés y hastío hacia la historia portuguesa, nos dedicamos a pasear por las avenidas principales, en cuyos numerosos comercios adquirió un elevado número de vestidos con sus mil complementos, únicos momentos en los que su rostro pareció cobrar vida. Por último y con abierto placer por mi parte, también gozamos en las diferentes casas de comidas, donde comprobamos la calidad de los manjares típicos de la cocina brasileña.

Me costaba mucho comprender la actitud de mi esposa, he de reconocerlo. Porque la simple observación de la Naturaleza en aquel terreno quebrado suponía un interminable gozo para los sentidos. Claro que para ello era de todo punto necesario sentir cierta sensibilidad sobre las posibilidades naturales de la creación y la obra posterior del ser humano, una cualidad de la que Beatriz no parecía estar adornada. Allá donde depositara la vista aparecían los diferentes y llamativos cerros, como los del Pao de Assucar, la Punta del Marisco en la Gavea, el de Ignacio Días en Inhauma, Corcovado, Carioca, Jacarcpaguá, Tijuca, y el Pico de los Papagayos. Y todo esto por exponer algunas de las mil sierras que aparecían a lo largo de todo el horizonte. La circulación en el carruaje apalabrado se complicaba por la existencia de diversas lagunas, también de especial belleza, como la de Rodrigo de Freitas, la de Camorín, comunicada con el mar por la barra Tijuca,

o la de Maraopendy. Si se le añaden los pantanos, esteros, manglares y una vegetación que parecía querer devorar toda la obra humana a mordiscos, puede entenderse el sobrecogimiento que en todo momento sorprende con violencia al visitante.

El cuarto día de nuestra estancia, Beatriz alegó malestar general por padecer ese sufrimiento mensual, que aqueja a toda hembra desarrollada como mujer. Y tal estado significaba que, una vez más, no había cuajado mi semilla en su vientre como era mi deseo, aunque fuéramos suficientemente jóvenes como para que no me preocupara de momento tal detalle. Pero entrados en dicha situación, atravesamos a bordo los últimos días de estancia en tan incomparable marco, sin que mostrara en mi rostro en ningún momento el desánimo que tal condición me producía.

Tras efectuar el previsto relleno de víveres y aguada, con la necesaria y particular adquisición para nuestro servicio de la mano de Barbate, se llevó a cabo la carga de café y otros frutos para su desembarco en Europa. Y entendí tal concepto como excesivo y peligroso en su cantidad, al punto de observar con claridad un importante descenso de la línea de flotación. Se trataba de otro de los aspectos habituales en un buque mercante, a cuyos capitanes les es difícil cortar la manguera de carga, cuando se debe tener en cuenta con absoluta prioridad la seguridad en la navegación por encima de los porcentajes en caja. No dije nada para no preocupar a Beatriz, pero pensé para mis adentros que, bajo los efectos de un temporal de borlas blancas en ataque, mucha de aquella carga acabaría por ser arrojada al agua en acción de pura necesidad.

Rematábamos el mes de marzo, cuando abandonamos la bahía de Río de Janeiro. Beatriz, aquejada todavía por el malestar del menstuo, se mantuvo encerrada en nuestra cámara. Por mi parte y situado en la toldilla, me dediqué a observar en justa despedida aquel escenario incomparable, nombrado como bahía de los sueños por tantos hombres de mar. Nadie podía asegurarme que algún día regresara hasta aquellas aguas, esa condición que se sufre siempre a bordo cuando quedan a popa parajes con algún significado personal.

Una vez en franquía, el viento se aclaraba entablado en firme del sur, lo que en mucho beneficiaba la derrota del buque. Iras hablar con el capitán sobre la derrota elegida, Borrows me aclaró que era partidario de esa frase tan marinera y universal: proa al leste, al leste, cueste lo que cueste, cuando se lleva a cabo el tornaviaje desde las Indias americanas meridionales hacia la Península a través del mar del Norte. En este caso, podíamos suponer que nos veríamos favorecidos por los vientos Alisios del sudeste, que en aquella época

del año debían de soplar desde los veinte grados de latitud sur hasta los cinco o seis primeros del norte, aunque normalmente no lleguen a superar la fuerza de los veinte nudos.

En completo acuerdo con mi opinión, además de progresar básicamente con proas del primer cuadrante, Borrowes consideraba los rumbos a tomar de acuerdo al compromiso establecido con la mayor velocidad posible. De entrada y hasta doblar el cabo Frío, corrimos millas casi a un largo, parejos a la línea de costa, hasta librar su espigón y quedar con todo el mar del Norte a nuestra disposición con entera libertad. Y aunque les parezca un detalle absurdo o infantil, tal disposición consigue invadir de satisfacción el pecho de todo mando en la mar. Porque te hace sentir como verdadero dueño y señor de las aguas infinitas, y ningún accidente puede oponerse a tu voluntad.

Atravesamos las dos primeras semanas de la nueva y definitiva navegación en puro disfrute de mar, cielos y estrellas. Parecía que los dioses Eolo y Neptuno se conjugaban a favor para ofrecer un especial regalo de bodas a Beatriz, que no elevaba de momento una sola queja. Con el viento entrado en sudeste limpio de faldas, alguna cuarta de caída al leste y frescobajo de fuerza, la fragata Emerald conseguía un andar medio ligeramente superior a las cien millas en cada singladura atravesada. Y aunque se trataba de una cifra más que aceptable para una fragata mercante cargada hasta la regala, rezongaba el capitán a la mala, suspirando siempre por una muesca más en la corredera de barquilla^[21]. Pero sabíamos que podíamos entrar en la zona de calmas, una vez en las cercanías de la línea equinoccial, aunque no debamos echar cruces sobre los dictámenes de los tratados científicos que en tantas ocasiones yerran.

Atravesamos por fin el ecuador, esa imaginaria línea que parte el globo terráqueo en dos partes como naranja tajada por su mitad. Y, para mi sorpresa, apenas se celebró tal acontecimiento a bordo, como es norma habitual en todas las Marinas del mundo. Bien es cierto que las ceremonias que suelen dedicarse al dios Neptuno suponen cierta pérdida de tiempo, un detalle que el capitán Borrowes no estaba dispuesto a aceptar de ninguna forma, aunque se lo requirieran de firme un par de maestros con muchos años de mar a la espalda. No obstante, se llevó a cabo una ligera ceremonia con un marinero descendiendo de forma desganada desde el palo trinquete. Para colmar la desidia, el gaviero se presentaba mal ataviado de velos y con un ridículo tridente en la mano, para ofrecer un ligero paseo por la cubierta. Pero nada de ofrendas especiales, remojo del dios sobre las aguas y vino o ron en corrida de cubiertas. Recordaba algunos viejos nostramos^[22] bajo mi mando,

que habrían elevado imprecaciones y cruzado los dedos ante tal ofensa a quien reinaba desde la creación del mundo en las profundidades. Debo aquí aclarar que, aunque no creyera a fondo en las antiguas e inefables tradiciones de la mar, siempre he defendido la necesidad de respetarlas. Porque nunca se sabe por dónde nos ha de llegar el suspiro de alivio, cuando la gran señora abre sus fauces en compromiso.

Sin que la calmería^[23] nos atacara en bandolas de sangre, sufrimos durante una semana la zona de calmas, allí donde se comprueban los efectos del descanso del dios de los vientos. Y de forma especial dos jornadas seguidas con las velas caídas al plomo y los humores malignos en recorrida de cubiertas. Muy en negro las tomaba Borrows, que no cesaba de recorrer la toldilla con la mirada extendida hacia los cielos, como si deseara avivar la sangre de quien abría y cerraba la manguera de los vientos. Pero todo acaba por suceder y poco a poco el viento apareció en su clásico ronroneo, al tiempo que rolaba hasta cuadrar en un norte-nordeste fresco que obligaba a decidir una nueva línea de acción.

—Tenían que llegar tarde o temprano los vientos contrarios del primer cuadrante, capitán —me dirigía a Borrows en la timonera—. ¿Se decide por el bordo de estribor?

—Desde luego, señor. De momento, navegaremos al límite de la bolina, amurados a babor. Supongo que cuando atravesemos los veinte o veinticinco grados de latitud, aparecerá la posibilidad de que el soplo se recueste hacia el norte.

—O hacia el leste. Porque cuando cesen los Alisios, todo es posible.

—En efecto. Bueno, tomaremos la decisión cuando llegue el momento. Al menos, seguiremos progresando hacia el leste. En mi última corrida hacia Canarias desde las Indias españolas del sur, acabé por recalar a la altura del cabo Blanco. Debimos progresar pegados a la costa africana un elevado número de millas. Y bien sabe Dios que odio esa costa como al mismísimo diablo. Cuando me encontraba embarcado de teniente en la goleta Daisy de la Royal Navy en tornaviaje desde el mar de las Indias, nos topamos con un inesperado temporal del sudoeste a la altura del cabo Verde, Y acabamos por perder el buque contra las piedras, sin posible remedio. Solamente pudimos salvar el pellejo doce hombres. Cuando ya nos creíamos cercanos a entregar el alma, fuimos recogidos por una pequeña canoa pesquera con base en Dakar. Desde entonces no soporto bien el costaneo por esa costa africana, con mucha arena a la vista pero piedras de muerte en el vientre.

—Como dice, ya tomará el toro por los cuernos cuando llegue el momento.

—Llegará, como todo en la mar.

Con los necesarios rumbos de bolina, se tornó la navegación un poco más incómoda aunque no llegara a superar el viento la estadía de fresco, salvo en contadas y cortas ocasiones. Pero ya Beatriz se había amoldado por completo a las escoras y balances, y podría llegar a jurar que comenzaba a disfrutar de una navegación placentera, aunque no llegara a reconocerlo. Pero ya se sabe, que difícilmente las mujeres llegan a reconocer un error en lo que consideran como convicciones personales inamovibles, por lo que se mantuvo con protestas y murmullos a la baja, pero con escasa firmeza.

Debíamos de enfocar los últimos días del mes de marzo, cuando en una mañana de condiciones inigualables me encontraba con Beatriz en la toldilla bajo los rayos del sol. El viento había caído hasta quedar en una suave ventolina, al tiempo que parecía entrar en role de fuste y a la buena. Pensé para mis adentros que los nuevos vientos podrían acoplarse de firme a los deseos del capitán Borrows, cuando escuchamos la voz fuerte y enérgica del vigiador.

—¡Una vela, tres cuartas a babor! —Y tras pocos segundos que suelen dejar en suspenso algunas almas, ampliaba la información.

—¡Dos palos! ¡Proa al sudeste!

En esta ocasión, fue Beatriz la primera en reaccionar, al tiempo que me tomaba del brazo con cierto nerviosismo e inesperada fuerza.

—¿Qué significan esas voces? ¿Puede tratarse de algún buque enemigo?

—Nada de enemigos, querida. En estos momentos nos encontramos en una tranquila paz mundial, salvo algunos escauceos de los britanos con sus antiguas colonias americanas. Una condición esta última de la que, entre nosotros, me alegro.

—Pero esta fragata es inglesa y ese buque podría ser de guerra, perteneciente a esos nuevos Estados americanos del norte.

—Es muy difícil, por no decir imposible. Por estos días discuten y disputan sus unidades navales por las costas de lo que denominan como Nueva Escocia o terrenos del Canadá. Pero ese escenario se encuentra muy hacia el norte, entrado de lleno en las aguas frías. Recuerda que hace poco atravesamos la línea del ecuador, a muchos miles de millas de distancia. De todas formas, si te encuentras más tranquila, te dejaré en la cámara mientras hablo con el capitán.

—Tengo miedo. No lo puedo remediar pero todo acontecimiento inesperado que se produce en la mar me acongoja, como si pudiera acaecer una desgracia en cualquier momento.

—Nada has de temer, querida, porque ningún peligro nos acecha en las treinta y dos cuartas del horizonte. Buena mar y proa hacia España.

Aunque guardara silencio, sabía que no la había convencido, condición difícil de conseguir desde que montáramos el cabo de Hornos. Volvió a dirigir la mirada en la dirección que le había señalado, al tiempo que giraba la cabeza hacia ambos lados en un gesto más propio de impotencia y resignación. Tomándola por el brazo la acompañé hasta nuestra cámara donde, tras dejarla acompañada de Barbate y Guanche, que le pronunciaban palabras de tranquilidad, me dirigí hacia el alcázar. Allí, una vez más el capitán Borrows y sus hombres dirigían los anteojos con insistencia hacia el horizonte que se abría por la amura de babor. Exponían rostros de cierta preocupación porque siempre en la mar, sea en tiempos de paz o guerra, el avistamiento de un buque en el horizonte puede plantear problemas de todo tipo. La piratería, un mal irreparable desde el nacimiento del mundo, podía acarrear desastrosas consecuencias, si la comparación de fuerzas era pareja o negativa. Al acercarme al grupo, el segundo piloto me tendía su antejo con rapidez y una sonrisa en la boca, como si hubiese aprendido la lección desde la ocasión anterior.

En efecto, el avistamiento del vigiador había sido bastante tardío, acción que habría sido reprendida con energía y dureza en un buque de guerra. Porque a través de la lente del largomira se destacaba con claridad un buque de dos palos a unas siete u ocho millas de distancia. Y desde el primer momento, me pareció descubrir en sus líneas unas características muy parecidas a las del bergantín Potrillo, en el que había izado mi insignia hasta algunos meses atrás. Se trataba, sin duda, de un hermoso bergantín. Navegaba sin marcar una sola muesca a la mala con el aparejo largado al copo, en el que se distinguían velas cuabras en los dos palos, con sus foques y estays, así como una cangreja de grandes proporciones a capuchina como vela mayor. Una preciosa estampa de mar, sin duda, un buque capaz de cabalgar sobre las aguas con borbotón de espuma a popa.

—Apostaría mis bienes a que se trata de un bergantín con las características de los construidos en la bahía de Chesapeake o en las riberas del río Delaware, capitán. En uno muy parecido de la Real Armada, el Potrillo, izaba mi insignia el año pasado. Estoy convencido de que se trata de un buque muy velero.

—Le agradezco su información, señor, y concuerdo con ella al completo. ¿Lo estima como posible unidad perteneciente a la Marina de los Estados Americanos del Norte?

—No podría asegurarlo, capitán, porque han vendido bastantes buques de ese tipo a diferentes Marinas. Entre ellas a las rebeldes que intentan emanciparse de España. Creo que nos encontramos demasiado al sur para que se trate de un ejemplar de sus enemigos.

—También yo. Me gustaría distinguir con claridad su artillería.

—Los aspectos que más sobresalían del Potrillo eran la solidez en su construcción, el excelente estado del casco, recia arboladura, jarcia de fuerza y aparejos. Pero en cuanto a su especial interés, disponía de una excelente artillería de procedencia británica, con ocho cañones de a 12 con pistolete marcado en pernos y ocho benditas carronadas de a 8. Una unidad ideal para llevar a cabo ataques a corta distancia y chamuscar ideas, como tuve ocasión de comprobar a mi favor en la bahía de Acapulco. Sabe muy bien que las piezas artilleras inglesas, como es conocimiento general, se construyen con un material de la mejor calidad. Parece que en esa tecnología metalúrgica que llevan tan en secreto por las fábricas de Escocia, nos adelantaban por lustros. Se aseguraba, sin dudar, que doblan en velocidad de salida de la bala por la boca del cañón, al resto de las piezas de las demás Marinas del mundo.

—Eso dicen —sonreía con evidente socarronería, sin apartar una pulgada el anteojo de su rostro—. No aprecio todavía esos detalles, que pueden doblar la moneda a favor o en contra.

—Lo comprendo.

—¿Será británica su artillería? —preguntó Borrows con voz queda.

—El caso del Potrillo era una excepción. Había tomado la artillería de un buque portugués, armado en Porstmouth. Si teme que se trate de un buque norteamericano, no creo que dispongan de buena artillería. Pero me decanto más por la posibilidad de que se trate de un corsario independiente.

—Si ese bergantín, con la supuesta maniobrabilidad que ya se aparece a la vista sin dudas, dispone de una artillería como su Potrillo y se trata de unidad norteamericana, podemos comenzar a rezar todas las oraciones del breviario.

—Es difícil que un buque norteamericano armado al corso navegue por estas aguas tan meridionales —intentaba calmar la preocupación de Borrows con escasa convicción en mis propias palabras.

—¡Bergantín con doce cañones de porte! ¡Troneras abiertas y piezas entradas en batería! ¡No muestra pabellón! —gritaba a pulmón un avezado

artillero, que había trepado al palo mayor por orden del capitán, con objeto de suministrar la mayor información posible en ese especial aspecto.

—Bendito sea Dios y su corte celestial —murmuró Borrows con felicidad—. Si le suponemos un calibre máximo de a 12, con una docena de piezas solamente no le será fácil la faena, ya sea norteamericano o pirata bucanero. Podrá comprobar pronto que disponemos de dieciocho piezas de a 18 y puede suponer que nuestros artilleros se encuentran medianamente adiestrados.

—Pero no olvide su maniobrabilidad, capitán —insistí con terquedad—. Si se trata de un corsario, intentará situarse por nuestra popa...

—Y disparar contra nuestro sistema de gobierno, sin duda. Pero no adelantemos acontecimientos negros, señor —se giró con rapidez hacia el primer oficial, antes de elevar la voz—. ¡Qué se ice nuestro pabellón! Todos los hombres a sus puestos. Cañones cargados y entrados en batería. Al menos, ese bastardo comprobará que respondemos con la misma moneda.

Como ninguno de los dos buques enmendó su proa una sola cuarta, un par de horas después, el bergantín de pabellón desconocido, si es que disponía de alguno, se aclaraba a la vista sin mayores dudas. En mi opinión, que expuse con claridad, no debía pertenecer a una Marina nacional. Emplazaba a su bordo una artillería demasiado escasa, detalle habitual en los corsarios independientes o bucaneros de alas cortas. Sin embargo, la dotación se aparecía numerosa en cubierta y podría sobrepasar por largo los cien hombres. También se trataba de un detalle propio de la piratería, que todo lo encomienda al abordaje final y la ferocidad de su gente.

—¿Dispone a bordo de suficiente pólvora y balerío, capitán?

—Creo que sí, aunque el..., bueno, la situación de algunos fardos puede entorpecer la carga y recarga de las piezas, así como el acceso a la pólvora.

Imaginaba una situación parecida, aunque no hubiese visitado la cubierta de la batería. Pero no tenía por qué sospechar tal condición el capitán de ese malparido bergantín, que no parecía desear ocultar sus intenciones. Porque sin pabellón alguno a la vista, con rumbo a cortar nuestra proa y en situación de abrir fuego, se acercaba hasta las dos mil yardas de distancia. Creí obligado dirigirme a él.

—Ya sabe, capitán, que en el peor de los casos dispone de mi sable bajo su mando.

—Muchas gracias, señor general. He de reconocer que sería desastroso para nuestra misión de transporte entrar en combate. Espero que nuestra artillería lo disuada. Y no debemos esperar un segundo más, para que comprenda sin dudas nuestra disposición y posibilidades. Aunque se

encuentre fuera de distancia, le largaremos una andanada completa. Al menos, podemos cubrir toda la artillería de una banda con cierta eficacia. ¡Mister Dempsey!

—Mande, señor —respondió el primer oficial.

—Que se haga fuego con la batería de babor. Cuñas a la rasa y máximo alcance. Y por todos los cielos, que no falle ninguna pieza.

—Enterado, señor.

Comprendí con tristeza la enorme diferencia que se mostraba entre un buque mercante y otro de Marina oficial. Porque el tiempo necesario se alargó de forma incomprensible, hasta que se escuchó el retumbo del cañón, un tanto desparejado a pesar de haber escuchado la orden de ¡fuego! con claridad. Al disparar por barlovento, el humo negro y pegajoso invadió el alcázar durante varios segundos. Pero pronto comprobamos que la andanada quedaba corta en unas mil yardas.

Me alegró comprobar que el puto bergantín bucanero, que así lo consideraba sin dudarlo, enmendaba su proa a babor dos o tres cuartas, hasta adoptar un rumbo paralelo al nuestro. Y debo reconocer que sufría en mis higadillos a revolcón de espuelas. Porque en el cerebro se me abrían terroríficas imágenes de un sangriento abordaje contra piratas y el rostro de Beatriz envuelto en pavorosa angustia. Por el contrario, bien sabe Dios que habría disfrutado de la situación impuesta en un buque bajo mi mando, pero sin mi esposa al lado, con la responsabilidad que tal situación conlleva. Supuse que habría escuchado el trueno de la poderosa andanada, por lo que acudí a nuestra cámara con rapidez. Y en efecto, Beatriz juntaba sus manos con nerviosismo, al tiempo que mostraba un rostro blanco como la cera. Se abalanzó hacia mí al observar mi presencia.

—¡Por Dios bendito, Santiago! ¡Qué sucede! ¿Entramos en combate? ¿Qué va a ser de mí?

—Calma, querida. Debes mantener la serenidad y no entrar en exageraciones sin motivo. Tan sólo se trata de un pequeño buque sin pabellón, posiblemente corsario, al que no debemos temer.

—¿Pirata? ¿Has dicho un buque pirata? —El pánico se reflejaba en el rostro de Beatriz con mayor intensidad—. Por la Santa Virgen de Guadalupe, Santiago. Mucho he oído de lo que son capaces de hacer esos monstruos con los prisioneros.

—¿De qué prisioneros hablas? No sucederá nada de lo que imaginas. Este buque es mucho más poderoso en cuanto a la artillería y posibilidades de combate. Y todo ello en el caso de que se confirme que se trata de un buque

sin pabellón reconocido. Pasará todo en escaso tiempo y regresaremos a la normalidad.

—Por favor, Santiago —ahora me tomaba del brazo con fuerza—. Júrame que me matarás antes de que puedan tomarme esos salvajes. Escuché a una amiga de mi tía en Veracruz, que unos piratas la habían violado y torturado durante días, hasta arrojarla al agua creyéndola muerta. No dejes que me ocurra algo así.

—Por favor, Beatriz —comprendía que se me escapaba la situación de las manos, ante el terror que invadía a mi esposa—. Cálmate, por...

—¡Júramelo, Santiago! ¡Júrame por Dios que me matarás antes de que pueda caer en sus manos!

—Te juro lo que quieras, si de esa forma te tranquilizas de una vez. ¡Barbate!

—Mande, señor.

—Ocúpate de la señora y avísame si le ocurre alguna novedad. Nada debemos temer.

—Eso mismo he intentado explicarle de forma repetida, señor. Esta fragata dispone de una extraordinaria batería y no se atreverán contra ella —Barbate era inteligente y colaboraba a mi empresa—. Vaya tranquilo, que yo cuidaré de la señora.

Conseguí que Beatriz se tumbara en el camastro, mientras regresaba al llanto y ocultaba su rostro con las manos. Sufría en mis tripas aquella situación en la que nada más podía hacer. Y entonces comprendí que muchas familias españolas prefirieran regresar de las Indias en buques de la Real Armada, aunque tales empresas se llevaran a cabo cuando nuestra Institución disponía de suficientes unidades de garantía. Así, con esta preocupación regresé al alcázar, aunque tomara mi sable al paso y a escondidas, para colgarlo en el biricú sin pérdida de tiempo. También Barbate me entregaba la pistola con disimulo, arma que enfajaba con rapidez.

Cuando regresé al alcázar, comprendí que no habían cambiado las condiciones en ningún aspecto. El bergantín no variaba una onza en las normas impuestas, situado ahora por nuestro través de babor, a una milla y media aproximadamente, tras haber cargado los juanetes para mantenerse en distancia. Y tal condición indicaba la diferencia de velocidad que era capaz de ofrecer. Tan sólo se observaban a bordo de la fragata Emerald ciertas medidas, que se han de adoptar a bordo de forma obligatoria cuando un buque ha de entrar en combate, aunque se apreciaran demasiados lunares poco profesionales que, como es lógico, mantuve a puerta cerrada.

—¿Todavía no ha disparado el bergantín sus piezas en amenaza? Parece extraño, a no ser que se vea corto en pólvora o balerío. También es posible que no desee mostrar sus cartas.

—Solamente hizo fuego con una de las piezas apostadas en caza —contestó Borrows con rapidez—. Y me reafirmo en que se trata de piezas de a 12, sin ninguna de mayor orden a proa, como suele ser habitual. Creo que podemos mantenernos tranquilos, aunque no debemos apartarle cien ojos en ningún momento. Estos bucaneros del demonio siempre son peligrosos.

—Especialmente cuando se mantienen durante bastante tiempo sin morder maderas. Se trata de un caso muy parecido a los lobos en manada, que asumen una mayor posibilidad de descalabro cuando el hambre les aprieta en cintas duras. Especial cuidado deberemos ofrecerle por la noche. Con todo su aparejo largado y este viento fresco que sopla, calculo que puede aventajarnos en dos nudos de velocidad como mínimo.

—Tiene razón. Durante la oscuridad intentará pasarse a nuestra popa y entrar a besar maderas, disparar al timón o pasar directamente al abordaje. Esos salvajes, con sus gritos y alaridos de muerte son capaces de amedrentar al más valiente. Ya lo viví en una ocasión y se trata de un espectáculo capaz de erizar la piel.

—¿Cómo andamos de fase lunar? —Pregunté con interés—. Puede ser un detalle importante.

—En dos noches gozaremos de luna nueva, ¿no es así, mister Hully? —pregunto al piloto.

—En efecto, señor.

—Le decía que gozaremos, porque en la absoluta oscuridad podremos cambiar el rumbo sin ser avistados y complicar sus planes, sean los que fueren. No es más que ese clásico juego que hemos sufrido o gozado entre Marinas enemigas.

—Ya lo padecí con un bergantín británico hace bastantes años, del que logré escapar en la noche. Me superaba claramente en artillería y andaba a la caza sin descanso.

—Bueno, de momento podemos aclarar su postura con mayor precisión —dijo Borrows mientras se frotaba las manos, como si hubiera avistado un nuevo aliado en el horizonte—. Pasemos a la acción. Aproaremos hacia él para comprobar su reacción, lo que mucha información puede ofrecernos.

—Una buena medida, capitán.

—¡Mister Dempsey!

—Mande, capitán.

—Virada en redondo y seguridad de manos, hasta quedar con nuestra proa dos cuartas por delante de la de ese maldito bucanero. Como si intentáramos cerrar distancias con rapidez.

—Enterado, señor.

—¿Han vuelto a cargar la batería de babor y se encuentra lista para abrir fuego?

—Sí, señor.

La fragata cayó a babor con toda la pala del timón, cambiando el viento de banda con rapidez. Por fin, quedamos arrumbados con nuestro bauprés avanteando en dos cuartas su proa, momento en el que comenzamos a cerrar distancias a la vista. Atravesamos unos segundos de la mayor importancia para comprobar cómo reaccionaban los malditos. Y no quedaba sin riesgo la maniobra del capitán. Porque o bien caía a babor para mantenerse por fuera de la distancia de tiro de nuestras piezas, o entraba con uñas a clavar los arpeos de abordaje en nuestra borda. Y debió dudarle en firme, porque ya nos encontrábamos a poco menos de dos mil yardas cuando observamos cómo caía franco a babor para mostrarnos su popa. El capitán Borrows aprovechó el momento para caer a estribor y, una vez abiertos los sectores de tiro de su batería, hacer fuego con ella en enfilada de popa. Y en esta ocasión le cayeron los rebotes de los piques más cerca y con algún roción de espuma sobre su coronamiento. Con rapidez, la fragata volvió a recobrar su antiguo rumbo, maniobra imitada por el bergantín, una vez recuperada la distancia de seguridad.

El capitán Borrows decidió, con excelente criterio, continuar rumbo avante en acuerdo a la derrota marcada, aunque ordenara vigilar al bergantín de forma continua y mantener las baterías de ambas bandas cargadas y listas para abrir fuego. Y bien saben los dioses de la mar, que no concedía al bucanero por mi parte ninguna carta blanca. Porque son muchas las historias narradas sobre la osadía y valor de esas bandadas asesinas cuando decidían ir por la presa, aunque debieran aguardar durante días a que mostrara un segundo de debilidad o error. Se trataba de piratas sin alma ni conciencia, desde luego, pero también de excelentes hombres de mar.

Regresé a la cámara para tranquilizar a Beatriz. Por fortuna, había entrado en sueño profundo, posiblemente debido a su agotamiento mental, aunque sufriera pesadillas de rincones borrados que le producían agitaciones esporádicas. Tomé asiento junto a ella, mientras mi cerebro seguía enganchado al perfil del bergantín bucanero y los gritos que esa chusma suele proferir en abordaje de sangre. Y rogaba a Nuestra Señora del Rosario para

que recobráramos cuanto antes la tranquilidad, que ofreciera paz de espíritu a mi joven esposa.

4. El lobo y su presa

Durante todo el día, el bergantín de nombre desconocido y sangre endemoniada se mantuvo a la vista por el través de babor y a suficiente distancia, de forma que no pudiera ser alcanzado por nuestra artillería. El muy culebrón parecía jugar al capricho con la fragata Emerald, como lobo en acecho de manada poderosa. Aunque mantuviera el pico de la cangreja sin mostrar bandera alguna, pocas dudas albergábamos sobre su pertenencia a ese mundo negro, que comenzara a denominarse siglos atrás como los Hermanos de la Costa, piratas o bucaneros que solamente mantenían en su cerebro la posibilidad de un jugoso botín, sin importarles la sangre de propios y extraños. Y para demostrar que su velocidad y capacidad de maniobra nos superaba con creces, durante la tarde cruzó nuestra popa a una milla larga de distancia, para acabar situado por el través de la banda contraria. También ejercía permanente demostración de su aparejo. Porque cargaba y desplegaba velas al concierto propio y sin razón aparente. Actuaba como profesor de maniobra en una escuela naval de jóvenes guardiamarinas.

Comprobamos en su cubierta bastante personal de todos los signos y colores, que se movían con entera libertad y sin compromiso de orden. Vestían prendas tomadas al quite, desde lustrosas casacas azules con charreteras doradas y sombreros de pico, posiblemente arrebatadas a sus infelices presas, hasta torsos desnudos y pantalones brincacharcos con raja botonera. Blancos, negros, mestizos y, posiblemente, chinos de ojos enrayados. Lo peor y más dañino de cada casa, sin duda. Pero no podíamos pensar en su poca determinación ni escasa valentía. Porque ante nosotros se abría un grupo acostumbrado a jugar con la muerte día a día y minuto a minuto, ya fuera en la mar o en tierra.

Se trataba, sin duda, de un claro ejemplo a tener en cuenta por cualquier oficial que comenzara su carrera naval. Porque ante nosotros se presentaba el ejercicio habitual de todo mando en la mar, cuando ignora las intenciones de

una unidad enemiga que se mantiene el tiempo suficiente a la vista. Debe ser estudiada a fondo, sin dejar a la banda ninguna de las posibilidades que se pudieran presentar. Quedaba claro en una primera impresión, que se trataba de un magnífico y moderno bergantín, posiblemente apresado poco tiempo atrás. Sin embargo, la primera pregunta que aparecía al salto se centraba en la causa de su escasa artillería, en inapropiado balance con las restantes características. Todos somos conscientes de que los cañones modernos fabricados con buen material, pistoletas de fuego a chispa, cuñas marcadas y otras novedosas características presentan un precio muy elevado en el mercado legal. De todas formas, parecía anormal que un buque tan velero hubiese sido armado en principio con tan pobres condiciones, a no ser que, desde el primer momento, hubiese sido dedicado al comercio. En tal caso, debería haber sido apresado por los corsarios en puerto, porque pocas unidades de su porte serían capaces de darle alcance en la mar.

Como colofón final y en el aspecto que más nos interesaba, intentábamos calcular sus posibles y reales intenciones. Porque si había decidido como tarea imposible un ataque directo con abordaje a la brava, al tener en cuenta la poderosa artillería de la fragata Emerald, no le quedaba otra alternativa, que mantenerse al acecho en espera de que se le presentara una oportunidad, por mínima que fuese. Y por todos los dragones malparidos, que estaba seguro por la salud de mi alma en envite, de que intentaría aprovecharla aunque se tratara de misión muy peligrosa y con elevado riesgo de pérdidas propias. El capitán corsario habría comprobado la excesiva carga de la fragata, condición que disminuía su andar de forma notable, al tiempo que dificultaba maniobras de ritmo. Pero sus dieciocho cañones de elevado calibre estaban ahí, con sus bocas negras y relucientes cargadas con bala rasa y metralla, capaces de desmochar sus crestas con una andanada de orden.

El capitán Borrows, tras analizar todos los detalles y comentarlos conmigo en inesperada y sincera camaradería, decidió perseverar en su rumbo hacia el destino final, mientras mantenía a todos los hombres en sus puestos y vigilaba los movimientos del filibustero con mirada al palmo. La primera prueba, sin embargo, debería producirse llegada la noche. Por fortuna, no aparecía nube alguna en los cielos, con lo que el gajo de la luna produciría suficiente iluminación para continuar marcando al punto la silueta del bergantín. Esa era la parte positiva, sin duda, pero también se presentaba la negativa de imposibilitar un rumbo alternativo de escape a la fragata Emerald, que lo separara suficientes millas de su lobo particular o, incluso, quedar por fuera de su campo de visión en sueño feliz.

Entramos por fin en noche cerrada, sin que ningún oficial se ausentara del alcázar. Pensé que acabarían con los ojos marcados en círculo rojo, al utilizar con tanta insistencia los anteojos, una perseverancia excesiva. Tal situación redundaba en negativo para la fragata y así lo comenté entre las sombras.

—Nada conseguiremos con mantener tantos ojos escudriñando por el través de estribor, capitán. Seguro que a bordo del bergantín duermen plácidamente los que no se encuentren de guardia. Puede ser una de sus tácticas. Si me permite un consejo, dejaría alistadas las dos baterías para abrir fuego, pero mantendría en sus puestos solamente a la mitad de la dotación, mientras la otra descansa. Por fortuna, divisamos a nuestro enemigo con suficiente claridad, y a distancia ideal para disponer de tiempo con el que reaccionar en orden.

—¡Por todos mis gloriosos antepasados que duermen en camposanto! Ha sido mala suerte toparnos con esta inesperada pieza —Borrows, siempre con el ánimo comercial en su puesto, no podía apartar tal detalle de su cabeza—. Además, debo aceptar que hemos cargado demasiado material en Río, lo que reduce nuestra posibilidad de escape, una condición que habrá observado.

—En efecto.

—En tal situación, es mucha la diferencia de velocidad. Demasiada, quizás.

—Concuerdo con vos. Pero se trata de harina molida en dos vueltas y sin solución a la vista, a no ser que esté dispuesto a desembarazarse de parte de su carga y largarla al mar.

—Por Satanás, que antes me dejaría cortar una pierna. Además, aún en ese caso nos superaría con creces en maniobra y andar. Hace días rezaba para que no sufriéramos un duro temporal, que pudiera destrozar la carga estibada en las cubiertas altas. Y, en respuesta a mis rendidas plegarias, nos aparece este maldito zorro ante los ojos. Mala suerte, esa dama que puede decantar la balanza llegado el momento de la verdad. Sin embargo, le concedo razón. ¡Mister Dempsey! Establezca las guardias de babor y estribor. Que descansen el personal franco de servicio. Esta situación puede prolongarse durante días y debemos mostrarnos enteros de cuerpo y alma. Deje la artillería cubierta en puestos alternativos.

—Enterado, capitán.

Una vez normalizada la vida a bordo, que así lo entendía, me desplazé hasta la cámara. Beatriz dormía plácidamente, lo que me produjo un enorme placer. Barbate se mantenía en la silla de rodiera, sin perder un solo detalle de su señora.

—¿Cómo sigue? ¿Ha preguntado por mí? —inquirí en voz baja.

—Me preguntó varias veces sobre la situación del corsario, señor, pero manejé bien la situación. Creyó todo lo que le expuse con escasa sinceridad. Conseguí que tomara un poco de caldo espeso de gorupo y ahora parece dormir como una bendita.

—Gracias, Barbate.

—Si me permite una sola pregunta, señor, ¿cómo se presenta en realidad el negocio aparejado con ese malparido bucán^[24]?

—Nada ha variado hasta ahora. Runrunea como culebra a dos millas de distancia, sin decidirse a dar el bocado definitivo.

—Por muy desesperado que se encuentre, señor, no creo que se atreva.

—No estaría tan seguro, Barbate. Algo intentará, no te quepa duda. Al menos, un ataque por nuestra popa con la mayor rapidez, por si le saltara la liebre a favor. La Emerald, en las condiciones actuales, cae de rumbo con demasiada lentitud.

—Confío, señor, en que se mantengan con los ojos bien abiertos a bordo.

—Eso espero. Ahora debernos dormir un rato. Deja cerradas las cortinas de la balconada.

—Muy bien, señor.

Desperté cuando comenzaba a clarear el crepúsculo. Comprendí una vez más la gran diferencia que supone mantenerse al mando de un buque o navegar en él en situación de transporte, aunque se deba afrontar el peligro de la misma forma. Estaba seguro de que el capitán apenas habría cerrado los ojos unos pocos minutos. De esta forma y tras aclarar los pajarillos con agua de la jofaina, comprobé la presencia de Barbate junto a la puerta de la cámara.

—Sabía que despertaría pronto, señor. ¿Desea comer o solamente café?

—Una taza grande de café nada más. Pero la tomaré en cubierta. La señora continúa durmiendo.

—Cuidaré sus sueños, señor.

Una vez en el alcázar, comprobé la presencia del capitán Borrows bien atochado a la borda en la banda de estribor, acompañado de unos pocos hombres. Me dirigí hacia él con la confianza que comenzaba a establecerse entre nosotros.

—Supongo que se mantienen las mismas características, capitán.

—Así es, señor. Ese malnacido se ha desplazado de una amura a otra en un par de ocasiones, sin cerrar distancias una sola yarda. Mis que por un pirata, parece que el buque se encuentra mandado por un buen táctico.

—Hay bucaneros con mucha experiencia de mar, que no debemos infravalorar.

—Así es.

—Cada noche será menor la iluminación. Estoy seguro de que acabará por intentar alguna maniobra, que le ofrezca una mínima posibilidad de éxito.

—También yo he pensado en ello. Y deberá ser por nuestra popa, como hemos comentado. Aunque caemos de rumbo con mayor lentitud, estimo que dispondríamos de tiempo suficiente para abrir arco y dispararle una andanada gruesa a los ojos.

—Tales pensamientos también circularán por la cabeza de quien manda ese bergantín. No obstante, debemos tener presente que los bucaneros suelen votar entre los jefes veteranos las decisiones de importancia.

—¿De dónde procede esa palabra española, bucaneros, que adoptamos a nuestro idioma?

—Hay quien asegura que esa práctica de la piratería en el mar Caribe nació en la isla Tortuga, donde se centró la práctica de tan malévolo ejercicio, que llevó de cabeza a las autoridades españolas siglos atrás. Recibieron tal denominación de cuando tan sólo se dedicaban a la caza del ganado para comerciar con él y sobrevivir. Utilizaban una especial forma de ahumar la carne, llamada boucan, que consistía en quemar trozos magros y grasos al fuego. De esta forma, la hacían más sabrosa, así como con una mayor duración en el tiempo para los hombres de mar que se las compraban. Y, por derivación de dicha palabra, comenzamos a denominarlos como bucaneros.

—La isla Tortuga, famosa por mil cuentos sanguinarios, algunos difíciles de creer. ¿Conoce algún detalle de su verdadera historia?

—La isla Tortuga se convirtió desde los primeros momentos, aunque las autoridades españolas no siempre lo advirtieran, en la llave de la Tierra Grande o isla Española y, en consecuencia, en el factor decisivo para ofender el comercio de nuestros buques procedentes de las Indias. De los muchos errores cometidos en el fantástico despliegue colonial español, uno de los más importantes fue el de no afianzar nuestras posesiones insulares en el mar Caribe, como si se tratara de un factor de escasa importancia o imposible de acometer. Parece que tan sólo dedicábamos atención a la defensa del suelo continental e islas mayores, sin advertir el valor de las menores, donde establecieron bases de gran importancia estratégica las potencias enemigas, neutrales o aliadas.

—En efecto, señor, se trata de un detalle que jamás comprendí.

—Nadie con dos dedos de cabeza lo comprendería. El primer asentamiento no español en islas antillanas tuvo lugar en la de San Cristóbal, que ustedes rebautizaron como Saint Kitts, en las denominadas como pequeñas Antillas. Desde ahí y cual reguero de pólvora, se extendió la ocupación de archipiélagos españoles por potencias extranjeras, mientras parecíamos mirar hacia otro continente. De esta forma y aunque parezca difícil de creer, a partir de 1625 ustedes los británicos se adueñaron, con la necesaria fortificación y sólido asentamiento que tanto faltó por parte española, en el grupo de las llamadas islas de Barlovento, de las de Trinidad, Tobago, Granada, San Vicente, Barbada, Dominica, Santa Lucía, Antigua, Monserrat, Nieves, Anguila, Barbuda, Anegada, Virgen Gorda y la Tórtola, así como las de Jamaica y Bahamas en las Grandes Antillas. Por su parte, Francia ocupaba, en las islas de Barlovento, las de Martinica, Guadalupe, Marigalante, Las Santas, Deseada y parte de la de San Martín. Holanda, que comenzaba su epopeya de comercio marítimo y guerra, tomaba sin dudarle en el grupo de Barlovento las de Saba, San Eustaquio y parte de San Martín, así como entre las de Sotavento las de Curaçao, Donaire y Araba. También Dinamarca, atenta al fértil reparto, plantaba su pabellón en las de Santo Tomás, San Juan y Santa Cruz, encuadradas en el grupo de las islas Vírgenes. Y, para completar el desbarate insular español, hasta los suecos se apoderaban de la de San Bartolomé. Un mar español de cien islas descubiertas y posesionadas con esfuerzo para la Corona de España, parecía quedar en subasta sin renta.

—Le concedo toda la razón, señor. Una política absurda y suicida.

—Para nuestra desgracia, esa fue la política insular seguida por España en el mar de las Antillas, sin advertir que la privilegiada situación de tales islas en poder extranjero, camino inevitable de nuestro comercio entre los dos continentes, dificultaba de forma notable la llegada de los tesoros de Indias a la Península. Porque no debemos olvidar que Veracruz, Portobello y Cartagena eran los puertos donde arribaban las mercancías de todo el continente norte y sur, sin olvidar las transportadas por el galeón que embocaba las aguas de Acapulco procedente de Manila.

—Comprendo...

—No obstante, la isla de la Tortuga fue especialmente famosa como refugio de aquellos piratas que tanto beneficiaron a sus naciones sin proponérselo, al punto de ser convertidos muchos de ellos en honorables señores con nobiliario título o gobernadores —pronuncié las palabras con marcada ironía acusatoria.

—Con nuestro querido y honorable *sir* Henry Morgan como primera figura en la Jamaica —también el capitán Borrows entonaba en chanza.

—En efecto. Como le decía, la Tortuga presentó un especial significado para la primera posesión española en el nuevo continente, esa isla colombina, de marcado simbolismo en nuestra conquista y descubrimiento. La situación en la Tortuga llegó a ser alarmante y peligrosa para los intereses de España, porque los bucaneros, lejos de contentarse con las reses que mataban en la costa vecina de la Española, se decidieron a atacar a los colonos españoles allí establecidos. El peligro fue tal, que nuestro Rey Felipe III ordenó en 1603 concentrar el conjunto de los pobladores españoles en la costa oriental y, de forma especial, en la capital Santo Domingo. Se abandonaba la costa de la Tierra Grande situada frente a la isla de los piratas por el peligro que éstos representaban, condición aprovechada por bucaneros y filibusteros para poner pie en gran parte de la costa noroccidental de la Española. En principio, la razón fue la abundancia de jabalíes y reses para comerciar con su carne, especialmente para los buques piratas, hasta que Francia comprendió que, en base a estas especiales circunstancias, podía tomar una parte importante de la isla y no abandonarla jamás. Aunque la Tortuga fuera recuperada para España por la armada de don Fadrique de Toledo en 1629, en su travesía hacia Brasil, se trató de un éxito transitorio. Según parece, no consiguió otro fin que excitar la atención de los vencidos, que la retomaron con rapidez.

Me concedí un ligero y necesario respiro, al temer que me extendía demasiado en mis clásicas disertaciones-históricas. Pero no opinaba de la misma forma el capitán Borrows.

—Por favor, continúe, señor, se trata de una historia muy interesante que desconozco por completo. Sois un experto en estos temas.

—Siempre me gustó leer libros de Historia sobre nuestros descubrimientos y conquistas, y que los hombres bajo mi mando los conocieran. Lo considero de una gran importancia para la formación del oficial naval. Bueno, continuaré. Por fin, en 1640 el francés La Vasseur comienza la metódica colonización de la isla Tortuga y, poco después, de la parte occidental de la Española, organizando a los hombres que se decidieron por llevar una vida más o menos normal, y alentando el arribo de nuevos colonizadores. Su plan funcionó a la perfección al iniciar el cultivo del tabaco y la caña de azúcar, sin olvidar la mucha carne que poblaba sus montes y el lucrativo contrabando. Al mismo tiempo, se establecía la isla Tortuga como base permanente de bucaneros, así como excelente fortaleza y refugio para todos aquellos que atacaban nuestro comercio marítimo. Esta presencia fue

tomando cuerpo y aunque la Tortuga cambiara de manos de forma alternativa a lo largo del siglo, el dominio francés quedaba sancionado oficialmente en 1697. Podemos asegurar sin ambages, que Francia se apoderó de la isla Tortuga de forma vergonzosa, utilizando en provecho propio aquellos filibusteros que tanto criticaba y despreciaba, para pasar después a la Española y quedarse en firme con la parte occidental de la isla. Un generoso bocado. Después de todo, no era más que una táctica repetida en el tiempo y por diferentes potencias.

—Siempre pensé que el imperio colonial español era demasiado grande, para ser sostenido por una población tan escasa.

—Esa fue una de las razones, sin duda, aunque prima sobre ella la ciega política seguida por nuestros gobernantes, no siempre atentos a la necesidad del poder naval. El principal enemigo del comercio español en aguas del Caribe a lo largo del siglo XVII no estuvo representado por buques ingleses, holandeses o franceses, como es la creencia general, sino por los de la Cofradía de los Hermanos de la Costa, un conjunto de hombres de diferente nacionalidad, que se denominaban a sí mismos como libertarios. Llamados por España como piratas, filibusteros o bucaneros, para las potencias enemigas se convertían en teóricos forajidos o aliados prácticos. En los primeros años del siglo, se encontraban establecidos en la parte norte de la Española un numeroso grupo de aventureros, fugitivos de la justicia, esclavos blancos y negros. Cazaban jabalíes y otros animales, vendiendo su carne ahumada al estilo de los indios araucanos, como le explicaba anteriormente. Pero en 1620 fueron atacados por tropas españolas, siendo derrotados en línea. Los que consiguieron sobrevivir pasaron el estrecho canal hasta la isla de la Tortuga, estableciéndose allí de forma permanente. Así nació esa extraña Cofradía que sobrevivió hasta los últimos años del siglo. Podemos asegurar que se trataba de una tierra donde se vivía en libertad, sin prejuicios de nacionalidad o religión, sin idioma común ni propiedad individual referida a la tierra. Los hombres deambulaban por sus calles sin actividades o prestaciones obligatorias, sin impuestos, códigos o tributos. Se decían libres de toda tiranía y escogían a un capitán o Gobernador para que los mandara, cuando la situación así lo exigía y por libre votación entre ellos. Posiblemente se trata de la primera pseudodemocracia occidental, cuando el poder real era absoluto en la mayor parte de las naciones. No obstante, con los últimos años del siglo XVII, los poderes de las potencias coloniales dieron fin a esta extraña y casi increíble experiencia de espíritu libertario, establecido en la isla de los piratas.

—Más democrático que nuestro sistema en las islas británicas.

—Mucho más porque en la Gran Bretaña no se escoge al Rey, ni pueden votar todos los ciudadanos. Sin embargo, el devenir histórico en la Tortuga queda un tanto difuso en la segunda mitad del siglo XVII. Controlada de forma inestable por los franceses, es reconquistada por parte española con una brillante acción guerrera de Juan Francisco Montemayor en 1654. Dura poco nuestra atención a la isla, que pasa a manos inglesas, para ser entregada poco después, de forma amistosa, al francés Jeremie Deschamps, señor de Rausset, en 1659. Cinco años más tarde, Deschamps la «vende» a la Compañía Francesa de las Indias Occidentales, quien nombró Gobernador a Bertrand D'Ogeron. Como es fácil comprender, se trata de una monumental farsa movida por Francia, porque en 1674 se disuelve la Compañía y sus posesiones pasan al bolsillo de la Corona francesa. Bajo el mandato de D'Ogeron se establece la edad de oro del filibusterismo contra los buques españoles. Pero este hombre de destacada inteligencia tomó dos medidas, que fueron la base de la colonización francesa en la isla Tortuga y el territorio de la Española situado frente a ella. Por una parte, contraviniendo al ciento las normas de la Cofradía, que prohibía la estancia en la isla de mujeres blancas, en 1667 hizo traer en un buque a 100 rameras sacadas de la cárcel, rabizas extraídas del más profundo cenagal, que se establecieron fácilmente con los hombres libertarios. Con rapidez se formaron parejas estables. La mujer ya no es esclava sino compañera, aparecen los hijos y los hombres libres acaban por convertirse en pequeños burgueses con las rencillas y problemas habituales de tal conjunto. Fue, sin duda, el final para los Hermanos de la Cofradía Libre en la isla Tortuga.

—Se trata de una historia fascinante —Borrows escuchaba, asombrado.

—También D'Ogeron comprendió la necesidad de la mano de obra, consiguiendo la llegada masiva de esclavos negros a partir de 1672. De ahí la enorme diferencia de población en las dos partes de la isla. La colonia francesa se agrandaba de hecho con los cultivos y el comercio, lícito o no, aunque España protestara y se mantuviera una alargada lucha entre colonos o fuerzas regulares de ambas naciones durante bastantes años. Por fin, el Tratado de Ryswick de 1697 ponía fin a la secular contienda hispano-francesa en dicho escenario.

—¿Y la isla Tortuga?

—Por desgracia, nada se decía en los términos del Tratado de Ryswick sobre la situación en la isla Tortuga y esa parte occidental de la Española, momento de haber restituido el latrocinio. Continuaron las disputas internas

hasta la llegada al trono español de Felipe V, que acepta de hecho la división de la isla Española en dos colonias separadas. La isla Tortuga, la idílica base de los piratas libertarios, fue convertida en Lazareto por los franceses en 1712. Más tarde, quizás intentando evocar épocas pasadas, se convirtió en refugio para los esclavos negros que escapaban de la actual colonia llamada Haití. Se consiguió exterminarlos y transformar la isla en zona reservada para la repoblación de bosque y ganados. Y aunque parezca difícil de creer, a lo largo del siglo XVIII se convirtió en patrimonio de familias nobles o adineradas. Un pronunciado vaivén a través de los años que no admite parangón posible. Piratas, bucaneros, los hombres de la Cofradía, leprosos, esclavos y ricos herederos. Y eso es todo, capitán, sobre la Tortuga y el nacimiento de los piratas, bucaneros, filibusteros o corsarios, aunque este último apelativo pasara a ser concedido por nuestros reyes de forma oficial y legal. Y ahora tenemos a popa a uno de los descendientes de la Cofradía, que desea tomarnos con los cuernos por alto.

—Muchas historias apasionantes de esa famosa isla Tortuga.

—Y, por desgracia, ninguna buena para los intereses españoles, aunque también cayera algún buque de otra nacionalidad, como puede ser el caso en estos momentos. Pero regresando a nuestro negocio particular, espero que ese bucanero de los infiernos no salga triunfante. Aunque disponga de escasos hombres a bordo de la Emerald, una mala práctica de los buques mercantes, podemos superarlos. Benditos sean esos cañones de a 18. ¿Dispone de muchas cargas de metralla?

—Ese es otro de nuestros lunares más importantes a bordo, si llegamos al momento definitivo y hemos de enfrentar cara a cara a los jodidos cofrades sin alma. El balerío fue calculado para la fragata Emerald, sin pensar mucho en posibles enfrentamientos. Ya sabe que los armadores son reacios a gastar monedas en pequeños detalles, como dicen. Del total, un ochenta por ciento se encuentra compuesto de bala rasa y sólo un veinte de saquitos de metralla. Y ninguna palanqueta^[25].

—Bueno, en estos momentos y ante las posibles acciones, echo de menos solamente los cartuchos de metralla, que tanto escuece en los ojos a corta distancia. Y esos perros deben entrar al abordaje para conseguir sus objetivos.

—En electo. En fin, ya veremos cómo se cuece ese maldito boucan.

Durante todo el día no se produjo variación alguna en las condiciones impuestas. Y en verdad que ya cansaba la observación permanente del bergantín, navegando en placentera exhibición a nuestro alrededor pero sin cerrar distancias en ningún momento. Beatriz parecía haberse calmado,

aunque a veces comprobaba desde la balconada la estampa del bergantín por nuestra popa y volvía a padecer de tensiones negativas. Por fortuna, cada vez era más fácil atemperar su ansiedad y demostrarle la imposibilidad de recibir daños. Comprobé que Barbare ejercía bastante poder de persuasión sobre su señora, un detalle que me alegró mucho al constatar que, incluso, le hacía comer de forma regular.

De nuevo entramos en la noche. Y, en esta ocasión, la luna mostraba un gajo de menor tamaño, apenas una moderada filástica en semicírculo. Tal situación hacía más difícil la observación sobre las aguas, aunque todavía fuese posible comprobar la silueta del bergantín. El capitán Borrowes me expresó sus dudas.

—No estoy seguro, señor, de que en estos momentos un cambio de rumbo pronunciado por nuestra parte tuviera éxito.

—Nos divisarían con extrema facilidad y seguirían nuestra estela sin problemas añadidos. Para llevar a cabo esa medida, deberemos esperar a la noche de mañana, en la que se cerraran cielos y aguas con plena oscuridad. Además, estoy seguro de que también será el momento escogido por el cabrito de alas cortas, para intentar el zarpazo definitivo.

—Tiene razón. Pero, por todos los delfines verdes, que me desata los nervios pensar en atravesar una jornada más bajo tales condiciones relativas. Bien es cierto que seguimos progresando con este viento fresco hacia nuestro destino final, pero me temo alguna jugada extraña en cualquier momento.

—Y demos gracias a Dios porque se mantenga el viento en estas condiciones. Con una encalmada de lomos sería mucho más peligroso. Porque, a remolque de su lancha, podría desplazarse con facilidad.

—Bueno, esta noche supongo que se mantendrá en calma. Seguiremos con el sistema de las dos guardias, como me recomendó.

También yo estimaba que atravesaríamos una nueva noche en blanco, con miradas enrojecidas en permanencia hacia popa. Como no sufría sueño y la temperatura era muy agradable en cubierta, me mantuve junto al capitán algún tiempo más. Y debíamos de encontrarnos cercanos a que la campana batiera a cambio de guardia, cuando le entré con un nuevo consejo.

—Debería dormir alguna hora, capitán. Si mantiene la vigilia permanente, es posible que se encuentre muy mermado en el momento más inoportuno.

—Vamos, señor general. Sabe muy bien que quien manda buque en la mar, duerme poco o nada.

—Sus palabras son tan ciertas como la existencia de la muerte, capitán. Decía don Antonio de Escaño, un extraordinario general de la Real Armada a

quien mucho admiraba, que en la mar, en el camastro del comandante solamente deben reposar los instrumentos de navegación y los códigos de guerra.

—Frase muy acertada.

En aquellos momentos, cuando decidí llegado el momento de retirarme a la cámara, nos alcanzó a la carrera un marinero de los situados a popa.

—¡Capitán! ¡El bergantín cierra distancias desde nuestra popa con todo el trapo desplegado!

Sin contestar al marinero, tanto Borrows como el oficial que se mantenía de guardia en el alcázar, salieron disparados hacia la toldilla. Me uní a ellos cuando alcanzaban la borda en el mismo coronamiento. Y por medio de los anteojos fuimos capaces de comprobar que, en efecto, el bergantín putaño había progresado con todo el aparejo y comenzaba a entrar en el arco de una milla justamente por nuestra popa, una distancia peligrosa. No lo dudó Borrows un segundo.

—Mister Strange, toque la campana a deshacer el badajo. Que toda la dotación ocupe sus puestos a la carrera. Y que mister Dempsey acuda hasta mí.

—Enterado, capitán.

Mientras la campana batía a rebato y se escuchaban las carreras de los hombres por cubierta, Borrows dirigía la mirada hacia popa. Llegaba el primer oficial cuando entendí que se dirigía a mí.

—Disponemos de tiempo suficiente para abrir rumbo a estribor. La batería de esa banda es la de mejor calidad. ¿Qué cree que hará el bucanero en respuesta?

—Caer ligeramente a estribor para mantener su proa dirigida hacia nuestra popa, su lugar elegido de ataque con toda probabilidad. También es posible que se trate solamente de una diversión, para comprobar nuestra reacción, facilidad de maniobra, destreza marinera y algún detalle más.

—Lo dudo, señor. Ese salteador de sacristías debe de encontrarse hambriento de botín y decidido a no esperar un segundo más. La visión de una fragata cargada hasta la regala puede ser capaz de superar en la balanza sus cálculos de peligro. Bien sabe Dios que deseo largarle una andanada completa contra la cara.

—En ese caso, no caiga todavía. Esperemos hasta que se encuentre a menos de mil yardas. Si abrimos arco de fuego lo más tarde posible, podremos disparar la andanada de enfilada^[26]. Cuanto más cerca, mejor porque él se mantendrá sin posibilidad de disparar una sola pieza, a no ser que

haya movido hacia el castillo alguno de los cañones en posición de caza. Bueno, siempre que los artilleros de la Emerald sean capaces de llevar a cabo el tiro en tales condiciones y con la secuencia adecuada.

—No podría asegurarlo. ¡Mister Dempsey!

—Mande, capitán.

—¿Seremos capaces de abrir fuego de enfilada?

—Por supuesto, señor. Alguna pieza se retrasará o adelantará algunos segundos, es inevitable, pero el efecto a corta distancia puede ser demoledor. Si así lo decide, pasaré la orden a los hombres que rinden función de cabos de cañón.

—Decidido está. Acuda sin pérdida de tiempo a la cubierta de la batería y explique la forma de fuego. Manténganse allí con cien ojos abiertos y látigo en la mano.

—Enterado, señor.

—Bien, aguantemos los pernos un poco más antes de caer, si ese mamón continúa progresando.

El bergantín no parecía decidido a enmendar su proa una sola cuarta. Ya había cruzado el arco de la milla y se mantenía firme a rumbo con el aparejo largado al copo. Y me alegraba tal detalle porque lo entendía como error de su parte. Debería haber cargado algún trapo elevado para facilitar las maniobras finales. Me preguntaba qué pensaría el capitán corsario en aquellos momentos, al comprobar que la fragata no caía de rumbo una sola cuarta. ¿Creería que no habíamos descubierto sus movimientos? ¿Pensaría en una dotación dormida, escasa y muy poco profesional, aunque hubiese izado el pabellón británico?

Demasiadas preguntas sin respuesta que, no obstante, debemos analizar con detalle. Porque si todo continuaba de acuerdo con nuestros deseos, la jugada podía costarle mucha sangre y graves daños en la estructura de su buque. Borrows demostró su templanza y sangre fría, porque el bergantín debía de encontrarse cercano a las quinientas yardas, cuando bramó la orden definitiva.

—¡Toda la caña a estribor! ¡Batería de dicha banda preparada para abrir fuego de enfilada! ¡Fusileros a la banda, preparados para disparar a la orden!

Mientras pensaba en la escasez de hombres que se acoderaban a la regala para abrir fuego, una veintena escasa, recordé otras ocasiones en las que había dispuesto bajo mi mando de un par de compañías del Ejército en situación de transporte, utilizadas para dicha tarea. Y no se trata de moscarda de alas cortas, ni mucho menos. Porque un fuego nutrido de fusileros con tiradores

expertos, puede conseguir acallar las bocas de los cañones en un elevado porcentaje. Y mientras mis pensamientos se centraban en el próximo combate, la proa de la fragata comenzaba a caer con demasiada lentitud hacia estribor, momento en el que corríamos la banda hasta quedar alistados en el alcázar nuevamente.

Llegábamos al momento definitivo y confié en que Beatriz durmiera, cuestión difícil con los toques de campana, o al menos que Barbate fuera capaz de mantenerla en calma. Por último, elevé un rezo a la Patrona, pensando más en el bien de mi esposa que en el mío propio. No podía imaginar siquiera, que la joven sufriera algún daño, una imagen que barría mi alma en insufrible dolor.

5. Un pulso en la mar

Cuando, tantos años después, intento trasvasar con mano temblorosa a estos apretados cuadernillos los recuerdos de aquellos lejanos días, un deber familiar impuesto por mi abuelo y seguido con puntualidad por mi padre, debo reconocer que en aquellos momentos atravesaba una extraña y casi única situación. Un jefe de escuadra de la Real Armada, acompañado de su joven y reciente esposa, embarcados en una fragata mercante británica con alargada navegación desde Lima hasta Cádiz, se encontraban a punto de entrar en combate con un bucanero malparido en el mar del Norte. Por mucho que largara la vista hacia atrás, mi único contacto con ese terrible mundo de los hombres pertenecientes a la maldita Cofradía, dedicados a la rapiña y muerte sobre las aguas, había sido a bordo del bergantín Penélope. Imposible olvidar aquella experiencia, cuando tras sufrir el huracán que nos había desplumado el aparejo y hecho varar junto a la isla de Jamaica, una goleta pirata intentaba mordernos como final y doloroso apuñalamiento. Por fortuna, el bucán salía escaldado de tripas y con un palo rendido a bruces, que le hizo escapar con la vela restante a disposición.

Regresando al momento decisivo, la situación presentaba un aspecto muy diferente y más doloroso para mí. Porque se trataba de misión imposible apartar en ningún momento del cerebro el rostro de Beatriz, angustiada por el pánico que los posibles acaecimientos de las próximas horas le producían. Y no podía, olvidar que la situación se encontraba con resultado en el aire y las consecuencias de una derrota podían ser terribles para la mujer que tanto amaba.

Cuando la proa de la fragata había caído casi ocho cuartas de rumbo, necesarias para que la batería de estribor abriera su arco de tiro artillero y pudiera operar al ciento de su capacidad, el bergantín comenzaba a derivar en marcación con una ligera caída a babor. De esa forma, también el buque

enemigo posibilitaba la utilización de las piezas de su banda contraria. Pero era llegado el momento decisivo y no lo dudó el capitán Borrows.

—¡Batería de estribor! ¡Fuego!

Aunque el primer oficial hubiese prometido una acción profesional y adecuada de los artilleros en el tiro de enfilada, el batiburrillo disperso de los disparos me hizo pensar en lo peor. El fuego de las piezas quedaba falto de sincronización y mal dirigido, tanto en elevación como en la necesaria dirección. Cuñas y espeques^[27] manejados al placer de los demonios. Y, en efecto, apenas se observaba daño en la cubierta enemiga, donde algunos pocos hombres caían en sangre sobre la cubierta por efecto de los cortadillos de metralla, mientras las balas rasas ni siquiera arrancaban un miserable lunar en las velas enemigas. Escaso perjuicio para un buque con muchos hombres dispuestos a entregar hasta la última gota de su sangre por conseguir el objetivo impuesto. El bergantín disparaba su batería de babor en malas condiciones, sin alcanzar la posición límite y con el buque en extrema caída, lo que redundaba en escasos efectos negativos a bordo de nuestro buque. Tan sólo comprobé un impacto en el pasamanos de babor, que quedaba en ligero desbarate. De esta forma, la fragata Emerald salía a babor hasta pasar el viento sin visibles contratiempos a la banda contraria y dejarlo a un largo, mura a estribor. Borrows protestaba en cerradas imprecaciones dirigidas hacia los dioses.

—¡Malditos sean los huevos de Trueno y Sultán! ¡Y estos mamones que amparo bajo cubierta se encontraban adiestrados para el tiro de enfilada! ¡Así se pudran los higadillos de nuestros artilleros con vinagre añadido! ¡Strange! ¡Que carguen las piezas nuevamente y que el primer oficial reparta algún latigazo en los lomos de esos inútiles!

—Enterado, señor.

Ahora quedábamos cuadrados a rumbo leste. Pero el bucanero seguía nuestras aguas a escasas yardas con demasiada comodidad. No ofrecía el futuro capazos de rosas sobre nuestras trazas, ni mucho menos. La fragata debería moverse en escape permanente con viradas de fuste, sin permitir que el bergantín alcanzara posición de abordaje. Así se lo comenté al capitán.

—Mucho deberá maniobrar, capitán, para evitar la mano negra de ese jenízaro. Y no cae nuestra proa con la necesaria velocidad.

—En cada intento del pirata de entrar a besar maderas deberé entrar en virada.

—Supongo que lo intentará por redondo^[28], siempre que le sea posible.

—Desde luego. Pero si ese bastardo es hombre de mar con suficiente experiencia, lo que hemos de suponer, puede entrarnos de forma que solamente nos permita virar por adelante.

—Lo que sería desastroso para nuestros deseos, capitán. Con sinceridad, no creo que lleguemos a conseguirlo. Y, en el momento de quedar desventados, sería aprovechado por el bucán para entrar a tocapienoles^[29] y lanzarnos sus arpeos.

—Sin duda. Por tal razón, caeremos de inmediato a babor para retomar el rumbo inicial. Veamos cómo reacciona este mamporrero de cuernos.

Pocos segundos después, comenzábamos la caída a babor en nueva virada por redondo, hasta dejar rumbo y viento en la posición inicial. En realidad, no mejorábamos una miserable mota la situación relativa entre ambos buques, porque el peligro se presentaba en las mismas cuerdas. Debíamos mantener mil ojos clavados en la proa enemiga, para evitar su avance, por sotavento de forma excesiva. El bergantín, como esperaba, comenzaba su aproximación y pronto escuchamos el retumbo del cañón, al haber disparado las dos piezas instaladas en su castillo en posición de caza, por fortuna de escaso calibre. Pensaba en las balconadas de popa y la seguridad de mi esposa, cuando una de las balas disparadas entraba a cuajerón en la cámara del capitán, con estruendo de cristales y maderas, a escasas varas de la nuestra. Incluso creí escuchar un agudo grito de Beatriz perdido en la distancia, que me encogió a corchadas de muerte el corazón. Pero ya el bergantín comenzaba a avanzarnos con claridad. Y lo intentaba con toda lógica por estribor, para impedirnos una nueva caída en redondo.

Avistadas y comprendidas sus malditas intenciones, cuando la proa del enemigo alcanzaba la línea de nuestro coronamiento, el capitán Borrows caía nuevamente a estribor con toda la pala^[30], al tiempo que ordenaba fuego para las piezas que pudieran disparar. Solamente cuatro cañones obedecían la orden, de nuevo con escasos o nulos resultados, que no restaban una yarda de avance a los bucaneros, cuyos rostros y gritos en anticipada victoria comenzábamos a observar y escuchar con claridad.

De nuevo a rumbo leste con el viento a popa del través de estribor, nuestro perseguidor, como quien se sabe triunfador y no necesita mostrar prisas a la vista, realizaba la misma maniobra. El juego al que nos veíamos sometidos no auguraba futuros beneficios. Por el contrario, debíamos esperar continuos daños en la zona de nuestra popa y un predecible desastre en cualquier momento. Porque era posible que una bala rasa afortunada rindiera alguno de nuestros palos o la jarcia de fuerza. Borrows mesaba sus cabellos de forma

nerviosa. Lo encontré un poco desesperado, la peor de las reacciones que puede expresar el mando de un buque en la mar bajo tales condiciones. Me acerque a él de nuevo.

—Creo, capitán, que deberá jugarse la puchera a una sola carta, por peligrosa que sea.

—¿Jugármela a una carta? No comprendo sus palabras, señor.

—Podríamos llevar a cabo una virada falsa por avante. Lógicamente, el bergantín intentará ampararse por nuestro través de babor y dejarse caer amparado con el viento. Cargue toda la batería de esa banda con metralla, aunque se trate de los últimos saquetes a disposición. Y cuando se encuentren cercanos a lanzar los arpeos de abordaje, dispararemos una andanada de metralla completa a escasas yardas de distancia. El tiro será sencillo y difícil de marrar, con las cuñas al máximo tronco. Que los oficiales bajen a la cubierta de la batería y comprueben el manejo de las piezas con sus ojos. Por suerte para nosotros, esos malparidos solamente disponen de bala rasa y ningún saquete de cortadillo, por lo que la ofensa será solamente al buque.

—Comprendo lo que me sugiere, señor. Pero se trata de una maniobra muy peligrosa y casi definitiva. Si fallamos, estaremos perdidos.

—Perdone mi franqueza, capitán. Pero estamos perdidos si continuamos en esta línea de maniobra. Con los dos cañones de caza, nos martirizarán la popa y quién sabe si algo más importante. Al menos, de cara a ellos y a tocapanoles, es posible que le hagamos mucho daño y con tiempo suficiente para salir a la banda contraria sin rematar la virada.

Borrows quedó pensativo, como si no se decidiera por completo a seguir mi consejo. Pero un nuevo disparo de sus dos piezas de caza, con un impacto en el tambucho de la toldilla, pareció aclarar su determinación. Se giró hacia mí con determinación en la mirada.

—Seguiré su consejo al punto, señor. Y que los dioses de la mar nos amparen en sus faldas con la necesaria bendición. ¡Strange! Que todos los oficiales y maestros acudan ante mí.

Una vez junto al capitán, Borrows les explicó la maniobra a realizar. Y remataríamos las existencias de los saquetes de metralla, de los que restaban solamente diez unidades. Por último, largó con decisión la más dura de las órdenes.

—Marineros preparados junto a la borda con hachuelas^[31] para cortar los cabos de los arpeos^[32], llegado el caso. Y por todos los dioses que puedan ampararnos, recuerden a los artilleros que nuestras vidas dependen de esa precisa andanada.

—No se preocupe, señor, que no fallarán —exclamó Dempsey con excesiva confianza, tras los resultados obtenidos hasta el momento.

Mientras el capitán dirigía una mirada de incredulidad y cierta reprobación a su primer oficial, se retiraron los asistentes con rostros de todo tipo, desde los que mostraban una aguerrida determinación, hasta otros en los que el pánico hacía excesiva mella. Porque todos eran conscientes del negro futuro que les esperaba, si los bucaneros llegaban a pisar nuestra cubierta. Y yo más que nadie, porque el rostro de Beatriz se mantenía clavado con pernos de fuego en el cerebro sin posible enmienda. Era muy duro imaginarla en manos de aquellos buitres carroñeros, pasando de uno a otro entre risotadas de triunfo. Recordé su petición de que le diera muerte antes de caer entre sus fauces, una petición que comenzaba a tomar cuerpo en mi alma.

Tras una nueva virada por redondo, con regreso a las posiciones iniciales, Borrows me dirigió una sonrisa desmayada, con lo que entendía su resolución final a destapar el tarro de la sangre. Cuando el bergantín se aproximaba de nuevo y de forma inexorable a nuestra popa para avantearnos por estribor, caía la fragata con decisión, ahora y por primera vez con orza^[33] dura, para intentar teóricamente la virada por adelante. Y mientras la sangre parecía agolparse en mi corazón al cuajo, la Emerald comenzaba su lenta y penosa progresión hacia el viento. El capitán bucanero, supongo que asombrado ante maniobra tan inesperada, se abría con facilidad por nuestra banda de estribor para ganar la virada y entrarnos por la banda contraria desde barlovento, tal y como esperábamos. Imaginaría que o bien no ganaríamos el pase del viento o llegaría el momento en el que la Emerald acabaría sin arrancada adelante.

Todas las condiciones imaginadas cuadraban al ciento. Y no quiero decir que hubiésemos conseguido victoria alguna hasta el momento porque, en realidad, ahora era cuando debíamos jugarnos el pellejo a una sola carta y de bastos espesos. La fragata, cuando había progresado hasta dejar el viento tres cuartas por babor, comenzaba a perder arrancada, al tiempo que las velas redondas protestaban en llamativo flameo a pesar de haberlas braceado hasta el cuarterón. Por fin, sin haber alcanzado todavía el viento a fil de roda^[34], detenía su perezoso avance, como sí la vieja dama se rindiera ante una maniobra que no era capaz de digerir.

Al tiempo que el crepúsculo mostraba perfiles con sufriente claridad, el bergantín por su parte había virado por adelante sin mayor esfuerzo y se encontraba situado proa con proa, mientras avanzaba lentamente hacia nosotros con una ligera caída a estribor. Con indudable pericia, había rebajado su trapo a mínimos, para ralentizar el andar en lo posible. Aunque sería

sencillo dejarnos caer para abrir el viento lo suficiente en pérdida, Borrows mantuvo la caña a la contra, como si se tratara de una clara inexperiencia de maniobra. El buque de caras torcidas se acercaba de forma inexorable a muy escasa distancia. Podíamos observar aquellos rostros desalmados, que comenzaban a elevar sus clásicos aullidos y golpes contra las maderas con los arpeos en las manos. Y no es escaso el efecto de pavor que produce en muchas almas aquel griterío ensordecedor que lanzan los bucaneros a reventar gargantas cuando se disponen al abordaje, aun conscientes de que una parte importante de ellos perderá la vida en los siguientes momentos.

El bergantín alcanzaba su punto definitivo, con los dos costados a un par de varas de distancia solamente. Se trataba, sin duda, del momento deseado. Al mismo tiempo que los bucaneros se situaban en pie sobre su borda para lanzar los arpeos y saltar hacia nuestro buque, Borrows cruzaba la caña a estribor para abrir alguna vara de distancia. Por fin, se escuchaba a mayor volumen el terrorífico griterío de los bucaneros, en los que la raza negra y mestiza predominaba en alto grado por encima de las restantes, cuando se dejó oír con claridad el grito de Dempsey bajo cubierta.

—¡Fuego!

Mientras elevaba un último rezo a nuestra querida Patrona, escuché el retumbo del cañón, como si se abrieran las portas de los infiernos bajo nuestros pies. Y por la salvación de mi alma, que fue el único disparo de la batería ejecutado con cierta profesionalidad. Los ocho cañones cargados de cortadillos de metralla disparaban al unísono, lanzando una lluvia que oscurecía el aire como si una bandada de un millón de abejas volara en dirección al enemigo. A pesar del humo negro, comprobé que la mayor parte de los hombres alistados en la borda del bergantín salían despedidos hacia sus tablas, al tiempo que muchos otros en cubierta quedaban salpicados por sangre propia o ajena. Fueron unos pocos segundos en los que pareció detenerse el tiempo. Ahora los gritos de euforia guerrera se mezclaban con otros de dolor y petición de imposible auxilio.

Mientras nuestros escasos fusileros disparaban hacia los objetivos seleccionados con la máxima rapidez, a bordo del bergantín se reponían de la andanada mortal sufrida. Y en rápida sucesión, comenzaban a caer los arpeos contra nuestras maderas con su característico silbido. Los bucaneros parecían salir desde las cubiertas inferiores en elevado número para ocupar el sitio de sus hermanos caídos. Nuestros marineros se lanzaban sin dudarlos con sus hachuelas a cortar los cabos. No obstante, algunos de los más ariscados intentaban el salto directo hacia nuestro buque, que comenzaba a separarse

lentamente. Tres de ellos caían al agua y uno solamente, un gigante de piel negra y brillante como el azabache, alcanzaba a posar sus dos manazas en el canto interno de nuestra borda. Pero en esa posición se encontraba uno de los marineros británicos que, sin dudarlo, ahora no intentaba cortar los cabos sino que propinaba un fuerte tajo sobre una de las manos a la altura de su muñeca. A continuación se escuchaba un alarido de dolor, al tiempo que aquel monstruo de la naturaleza caía al agua. Sin embargo, la mano desprendida quedaba como un siniestro trofeo en la misma tapa de la regala^[35], con un ligero temblor en sus dedos.

El capitán Borrows maniobró con bastante suerte porque la fragata, como buque que no ha conseguido su virada por avante, comenzaba a caer lentamente a estribor, separándose de su enemigo. Aunque el viento intentaba atochar ambas unidades, las velas de la Emerald comenzaban a chupar suficiente viento. En ese momento, cargados una vez más los cañones de la batería de babor, ahora con bala rasa, se ordenaba fuego. Supuse que el capitán bucanero no disparaba sus piezas para evitar dañar la estructura de tan hermosa fragata, unidad que esperaba pasar a dominar como propia poco tiempo después. Se trataba de un manifiesto error, producto de la avaricia y el excesivo anticipo de la victoria.

Como alma que espera un don preciado y definitivo, el cable de la Patrona nos alcanzaba en aquellos momentos con gloria de luces amadrinada. Porque éramos agraciados con la suerte por troneras, condición que tanto necesitábamos. A pesar de haberse ordenado fuego con las cuñas de los cañones encajadas al máximo, para conseguir impactos en tiro horizontal, una de las rasas se disparaba por evidente error a demasiada altura. Y esa preciosa bala redonda de hierro negro impactaba justo en el cangrejo, esa boca semicircular en la que encastra la verga cangreja en el palo mayor de un buque de dos palos. Produjo un chasquido formidable, al tiempo que la verga quedaba en cuelgue como monigote de feria y en peligroso movimiento de caer finalmente a cubierta. Había sido la divina conjunción, sin duda, la que había llevado en alas aquella bala disparada por un mal artillero hasta un objetivo magnífico.

Mientras la Emerald se separaba suficiente distancia y con viento propio caía suavemente a estribor, todos los marineros gritaban de alegría al comprobar la magnitud del desastre producido en el buque enemigo. Borrows, con una sonrisa, criticaba en falso a su artillero.

—Ese artillero ha debido olvidar la necesidad de que la cuña se encontrara encajada al tope. Espero que sea severamente corregido. Bueno, bendito sea

el error. Parece que la cangreja le queda al bucanero en desbarate casi completo.

—Así parece ser, capitán —dije con evidente alegría—. Que todos los errores de los artilleros se rematen de esta forma.

El bergantín quedaba sin arrancada. Al mismo tiempo, el más absoluto silencio se hacía dueño de su cubierta, apagados al golpe gritos, mazazos y exclamaciones. Ni siquiera llegaba a disparar uno solo de sus cañones de la batería de babor. Y tras unos segundos de lo que estimaba como indeseable estupefacción por su parte, abría proa hacia fuera con toda la pala para salir de la distancia de tiro de la fragata, cuyos artilleros intentaban cargar de nuevo. Con mi habitual afección por las capturas, comenté en voz alta.

—Ese bergantín queda en situación gloriosa para rematar la presa, capitán.

—Nada de presas, señor general —ahora Borrows rebosaba de optimismo y felicidad—. Recuerde que la obligación de todo capitán en un buque mercante debe ser la de pensar únicamente en llegar a puerto con toda su carga indemne. Y ya hemos sufrido alguna que otra merma, aunque muy escasa para las que podíamos haber padecido.

—Tiene razón.

—De nada nos serviría apresar a ese buque pirata, aunque se trate de un magnífico bergantín. Deberíamos entrar nuevamente en combate de muerte, con bajas propias y más daños en la carga. No olvide que esos malnacidos parecían salir de las cubiertas inferiores en racimo. Posiblemente su dotación sea muy superior a la estimada, condición habitual en esos buques del mal. Además, en el caso de que triunfáramos, no disponemos de personal suficiente para marinar la presa. Que ese cabrón de cuernos verdes relama sus heridas y acabe en los fondos de Neptuno si fuera posible.

—También han perdido bastantes hombres en su cubierta por efecto de la metralla, señor —apuntaba Strange—. Por el contrario, a bordo sólo hemos sufrido cuatro contusionados de escasa gravedad.

—Parece que ha sido efectiva la última andanada de metralla, señor —el primer oficial llegaba a nuestra altura con un inmenso orgullo reflejado en su rostro—. La batería se encuentra cargada de nuevo y preparada para la acción. Sin embargo, creo que el combate parece haber finalizado de forma inesperada.

—Aunque los primeros disparos salieran un tanto erráticos, la secuencia del fuego ha sido aceptable. Felicite a los artilleros, Dempsey. Bueno, a todos

menos al culebrón que disparó la bala elevada —ahora la sonrisa de Borrows se ampliaba sin límite.

—A ese le ofrecería una triple ración de grog, capitán —dije en chanza.

—Y yo un bocoy relleno hasta la gollera.

De nuevo la mueca de satisfacción apareció en el rostro del capitán, tras bastantes horas en las que la balanza se había mantenido sobre nuestras cabezas de la forma más peligrosa. Como habría dicho el pobre Okumé, una experiencia más a embalar en la mochila de la vida. Y por el honor de la Santa Patrona, que no era fácil olvidar el rostro de aquellos malditos bucaneros, cuando lanzaban alaridos más propios de dementes endemoniados, ávidos de sangre ajena y rico botín.

De pronto, se me apareció en el cerebro el rostro de Beatriz con dolor añadido. La pobre joven debería haber atravesado momentos de terrorífica angustia durante el combate a tan corta distancia, por lo que me dirigí a paso largo hacia la cámara. Y nada más entrar en ella, la criolla corría hasta enlazarse con fuerza extrema contra mi pecho. Para cuajar la sorpresa en negro, no sólo se mantenía en desgarrado llanto sino que los suspiros entrecortados llegaron a estremecerme. La consolé mientras acariciaba su melena negra con dulzura.

—No llores, querida, que me partes el alma. Todo ha llegado a su fin y ningún peligro nos acecha. Ese filibustero malparido ha recibido su merecido y se aleja con la vela que mantiene disponible. No podía abandonarnos la Patrona en esta ocasión.

—Juro por la salvación de mi alma, Santiago, que jamás he sufrido tanto miedo. Estimaba irremediable acabar en manos de esos monstruos enloquecidos. Y no sonrías, por favor. He llegado a comprobar en sus rostros un odio y desprecio irracionales, como jamás había observado en un ser humano. He rezado hasta agotar las preces aprendidas en mi niñez.

—Puedes quedar tranquila y confiada en extremo, mi amor. Ya te expliqué que la artillería de esta fragata es formidable y demasiado importante para un pequeño bergantín sin mayores posibilidades —regresaba a la mentira sin mayor esfuerzo—. Ahora solamente nos resta disfrutar de la navegación hasta Cádiz. Unos pocos días más y habremos alcanzado nuestra meta.

—Esa meta que parece quedar allá lejos, cerca de los infinitos confines del mundo. Por nuestra querida Virgen de Guadalupe, que no quedará tranquila hasta que me vea circulando por los empedrados de las calles gaditanas —ahora elevaba su dedo hacia mí en fingida amenaza, antes de continuar—. Y te prometo por la salvación de mi alma, Santiago, que jamás

volveré a pisar la cubierta de un buque. Desde luego, si Dios nuestro Señor me concede el privilegio de alcanzar tierra algún día, tras esta inolvidable travesía.

—Te lo concederá porque lo mereces, no lo dudes. Muy pronto disfrutarás de una vida regalada, placentera y tranquila con el resto de la familia.

—No lo creeré hasta que lo vea con mis ojos. Por cierto, ¿hemos sufrido muchos daños con los disparos enemigos? He escuchado impactos de las balas piratas, que han debido deshacer medio barco.

—Nada de eso. Los buques son mucho más fuertes de lo que imaginas. El fuego enemigo tan sólo nos ha producido unas pocas costuras, que apenas han dejado huella.

—Cuesta creerlo.

Mientras el equipo de carpinteros y otros operarios se dedicaban a reparar los escasos daños recibidos en la estructura, especialmente el pasamanos de babor, el tambucho de la toldilla y la cámara del capitán, cuya espléndida balconada acababa en remate de maderas sin visión de la mar, la fragata se mantenía a rumbo en la dirección deseada. El viento rolaba ligeramente hacia el noroeste y mantenía la fuerza de todas las velas, para entera felicidad de la dotación. Porque ya la navegación se alargaba demasiadas semanas y el aroma de la casa propia comenzaba a distinguirse a proa, como reza la famosa canción de la mar. Pero ya no me preocupaba el estado de las aguas o los vientos dominantes, tras haber atravesado momentos de tan elevada tensión. Y si Beatriz se juraba no volver a pisar cubierta de buque alguno, lo mismo me aseguraba yo tripas adentro, en cuanto a navegar con la esposa propia y encarar los peligros de la mar con persona tan querida y escasamente habituada a lo que las olas pueden ofrecernos cada día.

Salvo un par de jornadas atravesadas con el soplo casi tendido hasta la superficie de las aguas y velas caídas al plomo, gozamos de mucha suerte durante el resto de la derrota hacia las aguas del estrecho gibraltareño. Obligados a veces por vientos flojos de componente norte, que nos forzaban a tomar proas más tendidas hacia el levante, acabamos por recalar en la costa africana, sobre los veintiséis grados de latitud. Y solamente se observaban millas de dunas con arena dorada como horizonte, ese desierto africano que parece alargarse con mayor profundidad que el inacabable mar del Sur, cuando se abandona el continente americano en progresión hacia las islas Filipinas. Pero no albergaba duda alguna el capitán Borrowes sobre el camino a seguir. Porque una vez a la vista cierta de las riberas arenosas, enmendaba el rumbo hacia el norte las cuartas que el soplo le permitía. Debíamos costanear

en lo posible para atravesar el paso que se nos ofrece entre la isla canaria de Fuerteventura y el cabo Iubi continental, momento en el que la costa se recuesta ligeramente hacia el nordeste y ofrece mayores posibilidades de navegación.

Todavía sufrimos de vientos contrarios y necesidades de bordos indeseables, una situación que comenzaba a calentar esa habitual impaciencia del hombre de mar cuando se siente cercano en millas a su destino. Pero todo llega en esta vida del Señor y cuando avistamos el inconfundible cabo Espartel, extremo meridional de la puerta de entrada al estrecho gibraltareño, comencé a considerarme en hacienda propia. Todos estos sentimientos se los transmitía a Beatriz, en la creencia de que también ella debería padecer de la impaciencia por conocer la que sería su nueva casa. No obstante, acabé por convencerme de que, por más que intentara alabar costas y derrotas, la joven nada llegaría a creer hasta que pisara las callejuelas gaditanas y le mostrara el palacio de Montefrío en la calle de la Amargura.

Por fin se nos apareció por la banda de babor la incomparable y mágica estampa de la bahía gaditana, añorada siempre a cuarterones en mi corazón. Conforme nos adentrábamos en aquellas maravillosas aguas, dignas de ser embotelladas en orzas de cristal veneciano, y la más pura felicidad golpeaba mi corazón a concierto de luces, susurré al oído de Beatriz los verdaderos sentimientos que abanicaban mi alma.

—Nada es comparable a esta celestial visión, querida mía. Y puedo jurar que no exagero una mínima mota en mis palabras. Según escribía mi padre en los cuadernillos de su vida, debemos satisfacer los sentidos al comprobar la verdadera fisonomía geográfica de este rincón incomparable. Aquí la mar, los ríos, caños y canalizos parecen haber depositado a su paso con especial gozo gotas mágicas y menudas, que emergen orgullosas para formar esas bellas poblaciones costeras con nuestra historia prendida por arpeos de fuerza en sus faldas. Es posible que, en el mismo momento de la divina creación, el gran Dios se decidiera por embastar tal laberinto milagroso en un último y artístico esfuerzo para trazar el tajo final de la incomparable península ibérica.

—Mucho amas tu tierra y, de forma muy especial, esta parte de España.

—Es que se trata de la España misma en su resumen global, donde jamás se arrió la bandera de nuestra libertad. Escúchame con atención, Beatriz, que te hablo muy en serio. He navegado por los cinco continentes y, sin embargo, puedo asegurarte que pocos paisajes son comparables a esta ensenada plena de luz, donde nuestros ojos disfrutan del máximo esplendor en los trescientos sesenta grados del horizonte, sin que sea posible pasar por alto uno solo de

sus rincones. Si giras la vista —le señalaba con mi mano—, puedes disfrutar de la Isla de León, Puerto Real, Puerto de Santa María, Rota y, como inigualable colofón, la hermosísima ciudad de Cádiz. Se trata del antiguo Gades, que ya los fenicios adoraban como rigurosa estrella siglo y medio antes de nuestra era cristiana, para dar paso a todas las civilizaciones que demostraron el significado de las columnas de Hércules. Una ciudad hecha a la mar y a su defensa, tras haber sido atacada miles de veces por tirios y troyanos a lo largo de los siglos. Pero tienes toda la razón. Aunque haya nacido allá por tierras del reino de Murcia, en una inolvidable hacienda que ya conocerás, amo este trozo de nuestra España con un fervor especial y muy difícil de explicar con palabras.

La fragata Emerald fondeó dos de sus anclas en abrigo de portas frente al puerto gaditano, pasada la hora de la meridiana. Y como urgido por una prisa demoníaca e imparable, solicité la lancha para pasar con Beatriz a tierra, mientras Barbate y Guanche se encargarían de nuestras pertenencias con su habitual diligencia. Me despedí del capitán Borrows como sí lo hiciera de un entrañable amigo, al que supones será difícil volver a ver en el futuro.

—Debo agradecerle todas las atenciones recibidas de su mano, capitán, que no han sido pocas. No puedo decir que hayamos disfrutado de una navegación tranquila y placentera —sonreía con felicidad—, pero alabo su profesionalidad y cortesía.

—Soy yo quien debe agradecerle mucho, señor general. En primer lugar, sus profesionales consejos cuando sufrimos el ataque del bucanero, acertados en su totalidad. Y que por fortuna seguí al pie de la letra. Me expuso en el oído las palabras adecuadas, cuando todavía mi cerebro se movía en trazas indecisas, lo que nunca olvidaré. Pero también ha sido un verdadero placer disponer de su agradable compañía y señorío, sin olvidar las gratísimas conversaciones históricas, de las que mucho he aprendido. Le repito que considero como un inmenso honor haber disfrutado a bordo de vuestra presencia con la señora duquesa.

De forma inesperada, cuando le tendía la mano en formal despedida, el capitán Borrows me ofreció un amistoso abrazo. Y lo acepté con agrado de quien ya consideraba como un compañero y buen amigo. También se acercaron para ofrecerme palabras de cortesía el resto de los oficiales. Debo aquí exponer para quienes no hayan atravesado la experiencia de alargadas travesías que, como asegura el sabio cantar popular, en la mar se forjan los grandes amores, las más sinceras amistades pero, también y por desgracia, los odios más profundos. Atravesar mares, arrostrar olas elevadas en ampollas

blancas y experimentar toda clase de peligros a bordo de un buque que, después de todo, no es más que un pequeño caserío entre un infinito desierto, marca los sentimientos con mayor profundidad. Y, sin duda, debe ser uno más de los misterios que la gran señora de la mar nos ofrece día a día.

6. Una nueva vida

Beatriz pisó por primera vez tierra española en la tarde del cuarto día de mayo del año del Señor de 1816. El sol, que comenzaba su irrefrenable declive, producía reflejos dorados en las cuatro direcciones, mientras un ligero soplo de levante refrescaba las almas. Ante ella, y bañada por los rayos del disco, se alzaba orgullosa la ciudad de Cádiz, mi querido rincón de España que tanto añoraba allá donde la mar me llevase. Por fin pude observar una sonrisa de entera felicidad en su rostro, tras varios meses de rumiar desventuras aguas adentro y con máscara oculta. La pobre debía comprobar que su alargada pesadilla, esa etapa en la que dudaba poder alcanzar alguna vez un deseado final, había llegado a su conclusión. Me miró con un gesto de especial reconocimiento, como si agradeciera en mi única facultad el hecho de haber arribado a nuestro objetivo indemne y sin haber sufrido males mayores en su persona. Movi6 la cabeza hacia ambos lados, mientras dirigía la mirada de nuevo hacia la urbe preciosa y recogida que se abría ante sus ojos. Habló con un tono de voz emocionado.

—Cuesta creer que me halle por fin en tierra sobre suelo firme español. Bendita sea nuestra Señora de Guadalupe, a la que tantas veces encomendé mi alma durante las últimas semanas. A pesar de las atenciones recibidas, mi estancia en la fragata Emerald parece haber durado toda una vida.

—¿Te encuentras bien?

—Más que bien, amor mío. Rebose felicidad por todos los poros de la piel y un especial sentimiento de seguridad. A la contra, tan sólo percibo un agradable mareo al comprobar que la plataforma donde me encuentro no se mueve en ninguna dirección.

—Se trata de la clásica borrachera que afecta a todo hombre de mar. La llaman también como la caída de las escamas. Se produce en el momento de pisar tierra, tras un prolongado periodo de tiempo sobre un suelo con movimiento permanente.

—Ahora puedo decirte con entera sinceridad, Santiago, que esta navegación me ha parecido más cercana al sufrimiento que deben de padecer los condenados en las llamas del infierno.

—No dispires tan alto, querida mía —le sonreía con cariño—. Ha sido el miedo, que te ha hecho exagerar algunas situaciones. Se trata de una percepción muy comprensible. Además, como dice el viejo refrán español, bien está lo que bien acaba.

—No estoy de acuerdo en absoluto con ese proverbio, que también se usa con demasiada repetición en mi tierra —negaba firmemente con el movimiento de su cabeza—. Cualquier pasaje de nuestra vida puede rematarse en gloria bendita, y haber supuesto un padecimiento insufrible durante meses o años sin posible compensación, jamás olvidaré el ataque que sufrimos por parte de ese buque pirata, que me hizo albergar los pensamientos más horrorosos.

—Agua pasada no mueve molino, amor mío. Debes borrar esos negros momentos de tu preciosa cabeza a plano de escuadra. Ahora nos encontramos en Cádiz, una de las ciudades más bellas de España, además de ilustrada, abierta a todas las ideas y con una agitación permanente en el mejor de los sentidos. El único rincón español que se mantuvo firme y por fuera del dominio francés, izada la bandera de la libertad. Y aquí comenzaremos realmente nuestra vida familiar, una dulce existencia que te hará olvidar todos los penosos momentos que has sufrido en los últimos meses.

—Dios lo quiera.

—Ha de quererlo sin falta, querida. Lo mereces más que nadie.

Como me mantenía con el hormigueo en permanente recorrida por el vientre y la impaciencia instalada en mi pecho sin freno, tomé el primer carruaje que divisé entre los alistados en carrera junto a la alameda del puerto. Y, sin esperar un segundo, le ordené al cochero pasar al palacete de la familia situado al final de la calle de la Amargura, cuando se cruza con el callejón del Tinte. El vejete instalado en el pescante, al comprobar que la prisa se expresaba con claridad en mi rostro, azuzó a los animales con dureza en los cueros, para salir en la dirección indicada con rapidez.

Intenté explicar a Beatriz las cualidades más notables de la ciudad, que atravesábamos a gran velocidad. Y quedaba complacida al comprobar la hermosa visión de la mar en toda su amplitud, que se divisaba desde la alameda de la muralla. Sin embargo, no parecía escuchar mis palabras con suficiente atención, sino digerir poco a poco los mil detalles de la urbe plateada, que pasaba a ser su nuevo hogar. Por mi parte, crecía la impaciencia

ante la cercana posibilidad de tomar a mis hijos contra el pecho y besarlos sin descanso, así como abrazar a nuestra madre María Antonia y mi hermana Rosalía. De pronto, recordé la figura de mi cuñado y gran amigo Beto, que debería encontrarse destinado en tierra o pasado a cuartel, si había entregado el mando del queche Hiena. Siempre, claro, que no hubiera conseguido embarcar en alguna otra unidad, difícil empeño por aquellos días de penuria. Volví a mirar hacia Beatriz, al tiempo que, de nuevo, un sentimiento de felicidad recorría mi cuerpo. Se trataba de la arribada a puerto de todo hombre de mar, ese dulce momento en el que se reencuentra con los seres queridos y comienza una nueva corrida de esperanzas y anhelos.

Por fin, embocamos por derecho la espléndida calle de la Amargura, que tan bien recordaba. Lancé la última explicación hacia Beatriz.

—Al final de esta preciosa calle, llamada de la Amargura^[36]...

—¿De la Amargura? Siniestro nombre para una avenida, ¿no crees?

—No se refiere a posibles angustias o sufrimientos que hayan tenido lugar en sus edificios o calzada. En Jerusalén se denominaba antiguamente como vía de la Amargura, a la que debió atravesar Jesucristo, extenuado de cuerpo y con la cruz a cuestas, en su doloroso vía crucis. Por tal razón, en muchas poblaciones cristianas de todo el mundo se nombraba como tal a alguna de sus vías principales. Esta a la que me refiero era conocida anteriormente como calle de los Capuchinos, supongo que por existir en ella algún convento o iglesia de dicha orden.

—Nada sabía de ese detalle sobre las calles de la Amargura. No recuerdo ninguna con tal apelación en Nueva España.

—Escucha, querida. Al final de la mencionada calle que abordamos ahora, a la izquierda, podrás comprobar la existencia de una preciosa casa palacio, conocida popularmente en Cádiz como el palacete del marqués de Villavelviestre.

—¿Has dicho del Marqués de Villavelviestre? ¿Pero no era de tu propiedad?

—Así es. Pero deberías haber conocido a mi tío Santiago y cómo manejaba sus asuntos, cuando tomaba una decisión en firme. El marqués de Villavelviestre era un primo suyo bastante lejano y casi desconocido. Pocas semanas antes del penoso combate de San Vicente, en el que mi padre mandaba el navío Santísima Trinidad, insignia del teniente general don José de Córdoba al frente de la escuadra, y mi tío Santiago al mando del navío Purísima Concepción, insignia del escasamente valeroso teniente general conde Morales de los Ríos, decidió que las dos familias se instalaran en

Cádiz. Por tal razón, se empeñó en comprar este palacete del que, según sus propias palabras, había caído rendido de amores. Y aunque el primo no quería aceptar el negocio de ninguna forma, insistió una y otra vez con su habitual terquedad hasta que consiguió rematar su propósito. Pensaba que pasaríamos allí bastante tiempo. Y no se equivocó el pobre en una sola línea, aunque muriera pocas semanas después del combate. Una bala mosquetera británica le arrebató la vida, cuando defendíamos Cádiz de los ataques de don Horacio Nelson que, por cierto, salió trasquilado de la empresa y con los bigotes prendidos en llamas.

—Dios mío, cuántas historias de sangre y muerte de personas queridas. Cada rincón de España o Indias trae consigo el dolor. No comprendo cómo puedes narrarlas con tanta naturalidad.

—Así es nuestra vida en la Real Armada, querida, para bien o para mal.

—Entiendo que, en este caso particular, más bien para mal.

Poco segundos después, chascaba el vejete los frenos con violencia de los animales, pocas varas antes de alcanzar el noble portón del palacete. Recordaba otras arribadas más tristes, con crespones de muerte colgando de los balcones en penoso anuncio, un pensamiento que me erizó la piel en roderas. Pero, por gracia de los cielos, no era el caso que afrontaba en esta oportunidad. Ayudé a Beatriz a descender del carruaje, con nuevas muestras de incontinente prisa por mi parte. También ahora su rostro expresaba admiración, al observar con rapidez el hermoso edificio.

—¿Te gusta?

—Parece un hermoso y recogido palacio.

—Hablas de tu nuevo hogar.

En el momento que me dirigía a golpear la aldaba de bronce con forma de león rampante, se abrió el portón como por arte de magia. Ante nuestras miradas se aparecía la primera de las visiones inesperadas, al comprobar la presencia de mi viejo compañero y cuñado Adalberto Pignatti, el famoso Beto. Tras unos segundos de mutua sorpresa, nos fundíamos en un fuerte abrazo.

—Por todas las toninas tuertas y sus babosas crías —exclamaba Beto, alborozado, sin aflojar un ápice la fuerza de su abrazo—. El mismísimo Gigante, ahora enjaretado con la faja del máximo honor. Cuesta creerlo a tu edad, culebrón de pintas. Ya veo que la estrella suertuda continúa pegada como lapa a tu trasero. ¿Dónde has ganado tan preciada promoción?

—Se trata de una larga historia, que ya te explicaré punto a punto y con toda prolijidad. Pero déjame que te repase con suficiente detalle. Hace casi

dos años que no nos vemos, querido cuñado. Hemos cruzado derrotas por varios mares en todo momento. Pero soy un ejemplo de la mayor descortesía. Debes perdonarme, Beatriz —me dirigía hacia la joven, que parecía haber quedado en silencio y por fuera del cuadro—. Te presento al marido de mi hermana Rosalía, un buen amigo y compañero con demasiada sangre italiana en las venas, al que llamamos Beto.

Mientras Beatriz le ofrecía la mano con especial timidez, Beto nos miraba de forma alternativa, como si no comprendiera la situación. Interpreté al punto sus dudas y salí al paso con rapidez.

—Debe ser la emoción de la llegada, que me hace perder el sentido. Perdóname, Beto, tengo el placer de presentarte a mi esposa, Beatriz de Lastra y Moneada.

—¿Tu esposa? —Beto, con la sorpresa todavía prendida en su rostro, tomaba la mano de Beatriz entre las suyas, para besarla a continuación en un gesto de bienvenida y cariño—. Tan larga estancia en Indias te ha convertido en un picarón de duendes. Nada nos habías comunicado. Bueno, algo escuché a Rosalía sobre la existencia de una preciosa joven criolla de Veracruz, aunque no daba crédito cierto. Pero ya veo que no han mentido una mota en cuando al apartado de su belleza. La suerte te persigue, Santiago, y no solamente en los asuntos de la Armada. Bienvenida seas, Beatriz, a España y a nuestra familia, que es la tuya a partir de ahora.

—Muchas gracias por tus palabras... ¿Puedo llamarte Beto? —Miraba hacia mí con cierta prevención—. No sé muy bien cuales son las normas de...

—Por favor, no pienses en normas de protocolo ni historias de reverencias —Beto se dirigía a ella con toda confianza—. Puedes llamarme como más cómodo te sea, incluido ese apodo de Beto, desde luego, preferido por mí. Pero pasemos a la casa. Seguro que las mujeres y los niños recibirán una gran alegría.

Las horas siguientes son fáciles de imaginar, con mis hijos colgando del cuello, los sobrinos revoloteando a mi alrededor y Rosalía, como norma habitual en su conducta, llorando de pura emoción. Con gran esfuerzo conseguí presentar a Beatriz. Mi joven esposa se fundía rápidamente en un inacabable abrazo con mi hermana, que no cesaba de mirarla, emocionada. No obstante, los niños apenas le prestaban atención, como sí todavía no comprendieran de quien se trataba en realidad. Y no debería acoplar tal adjetivo a mi hijo Pecas, cercano a cumplir los doce años, que había cambiado de forma notable en mi ausencia, como si hubiera sufrido una transformación mental absoluta. Aunque pequeño de cuerpo, se le apreciaba una especial

fortaleza de torso y brazos, así como cierto empaque de mayoría en sus gestos. Pero faltaba un importante color al cuadro y pregunté con rapidez.

—¿Y nuestra madre? ¿Dónde se encuentra María Antonia? ¿Quizás ha salido a pasear?

—Nada de eso, Santiago. La verdad es que no se encuentra bien —Rosalía se apresuraba a comentar, con la tristeza marcada al golpe en su rostro—. Desde que murió..., bueno, desde que sucedió aquella... —miró hacia Beatriz, como si deseara evitar algún comentario poco adecuado.

—No debes preocuparte una onza en ese sentido que intuyo, Rosalía. Beatriz conoce todos los detalles de mi vida, buenos o malos. Bastante sufrió ella con la conducta de la pobre prima Cristina.

—Razón tienes de sobra. Pues desde que murió su querida hija Cristina, no ha sido la misma mujer en ningún momento, como si los peores miasmas la hubiesen invadido en rendido ataque. Una vez abandonaste Cádiz en aquella fragata para ir a reunirte con Beatriz, debió permanecer en cama, aquejada de una extrema debilidad. De esa forma, su salud se ha ido deteriorando poco a poco, como se gasta la vela de un candelabro.

—Pero..., y los médicos...

—Ya puedes imaginar que hemos hecho venir a los mejores galenos de Cádiz, sin olvidar a tu buen amigo el director del Real Colegio. Incluso llamamos con apremio a uno muy afamado de Sevilla, un tal Fernando Alcaraz. Pero nadie es capaz de encontrar la razón cierta del mal que la aqueja. Tan sólo nuestro médico y vecino, el cirujano don Patricio Méndez, se atrevió a comentar con entera confianza que parecía haber perdido las ganas de vivir, la peor de las enfermedades que pueden atacar a un ser humano en su opinión. Y te aseguro que concuerdo plenamente con ese dictamen, que Beto encuentra disparatado. Come poco y no habla casi nada. Hasta se niega a abandonar la cama y sentarse en la rinconera de su alcoba, como solía hacer a diario. La verdad es que nos quedan pocas esperanzas de que la situación pueda...

—No exageres, Rosalía —Beto salía al paso, con intención de dulcificar la noticia.

—¡Válganme los cielos! Siempre ha de saltar la moscarda negra en la primera esquina, cuando todo se abre a mi alrededor en color de rosas —sentí una punzada de profundo dolor, al escuchar aquellas tristes nuevas sobre esa gran mujer que habíamos querido como madre de leche, aunque hubiese sido tía y madrastra realmente—. ¿Se encuentra despierta en estos momentos? ¿Puedo visitarla? ¿Habla con claridad?

—Por supuesto —insistía Rosalía—. Estoy segura de que le hará mucho bien tu presencia y conocer a tu esposa. Ya sabes que siente por ti un cariño muy especial, que nunca supo esconder.

—Ven conmigo, Beatriz, por favor —la tomé de la mano con cierta urgencia—. Te presentaré a María Antonia, nuestra madre.

—¿Crees que nos encontramos en el momento adecuado? —Susurró a la baja, como si dudara de la oportunidad reclamada—. ¿No será mejor que la saludes tú en principio y después...?

—Nada de eso, querida. Seguro que le encantará conocer a quien se ha convertido en la duquesa de Montefrío. Recuerda que te envió el collar de perlas grises para el momento de nuestro enlace.

—Si tú lo dices...

Atravesamos con rapidez los pasillos del piso superior, hasta alcanzar el dormitorio principal de la casa. Se encontraba situado en la parte opuesta, justo en la esquina que formaba la calle de la Amargura con el callejón del Tinte, donde formaba un precioso mirador acristalado en bomba. Tras golpear suavemente con los nudillos, abría la puerta con lentitud, por si acaso dormía. Y por todos los cristos crucificados, que la impresión inicial no pudo ser más dolorosa, al observar cómo yacían sobre la cama lo que estimaba sin dudarlo como los restos de nuestra querida madre María Antonia. Esa fue, al menos, mi primera y desagradable impresión. Enflaquecida al límite y con la piel blanca caída en bolsas traslúcidas, tan sólo sus ojos grandes permanecían con la misma vitalidad de siempre. Escuché sus palabras, un tanto debilitadas.

—¡Santiago! ¡Querido hijo mío! ¡Por fin has regresado a casa! ¡Bendito sea Dios! Mis oraciones han cobrado efecto una vez más.

María Antonia dirigía sus brazos hacia mí con esfuerzo y visible debilidad. Y sin esperar un segundo más, en ellos embutía mi pecho emocionado, con todo el cariño que sentía por ella. Pronto percibí la extrema debilidad de su cuerpo, conforme la apretaba contra mí. Comprendí que ambos llorábamos, una respuesta instintiva que, no obstante, intentaba evitar. Por tal razón, el abrazo se prolongó durante bastantes segundos. No sin esfuerzo, pude pronunciar las palabras necesarias.

—Madre, deseo presentarle a Beatriz, mi esposa. Conseguí traerla conmigo, aunque se tratara de maniobra un tanto larga y bastante complicada. Además, fui promocionado al empleo de...

—Ya veo tus vueltas doradas, hijo mío. Dios me arrebató las fuerzas día a día, pero por su gracia mantengo buena vista —acariciaba con delicadeza los entorchados de mi uniforme—. Por la Santa Virgen del Rosario, que mucho

se enorgullecerán tu padre y tu tío Santiago al comprobarlo desde los cielos. Todo un jefe de escuadra a tan temprana edad. Sigues con claridad los pasos de tu progenitor. Pero déjame que abrace a Beatriz.

También mi esposa reclinaba su cuerpo para corresponder al abrazo. María Antonia repasaba su rostro y su cuerpo sin descanso.

—Qué guapa y qué joven es tu esposa, Santiago. Una nueva y esplendorosa duquesa de Montefrío. Sin embargo, la veo un poco triste.

—Ha sufrido penosas situaciones en los últimos meses, con motivo de la guerra que se sufre en nuestras posesiones americanas, que han afectado a sus seres más queridos. También la alargada navegación con algunos peligros amadrinados han dejado secuelas.

—Me alegro mucho de conocerla, señora —entraba Beatriz con timidez—. Y debo agradecerle como merece el obsequio de las maravillosas perlas grises, que me hizo llegar a través de Santiago.

—Esas perlas vuelven a juntarse alrededor de un mismo cuello. ¡Qué pequeño es el mundo! Parece mentira cómo la historia se repite una y otra vez, sin descanso. Pero debes tratarme como madre, hija mía. Siento que por mi culpa sufrieras...

—No diga eso, madre —intervine con rapidez—. Como siempre dice, lo pasado y a la espalda, atrás queda para siempre. Todo se remató en gloria y el resto es asunto rendido.

—Tienes razón. Espero que seáis muy felices y forméis una indestructible familia, como la que amasaron con esfuerzo en nuestro hogar los Leñanza y los Cisneros. Puedes estar segura, Beatriz, de que Santiago lo merece más que nadie.

—Ya lo sé, madre.

—Vamos, vamos, quiero escuchar conversaciones alegres —realicé un enérgico gesto con las manos, como si deseara alejar malos pensamientos al golpe de maza—. Cuando se reponga, le explicaremos toda la historia de estos últimos y apasionados meses. Y con bastantes sorpresas, que le costará creer como ciertas. Pero quiero verla en pocos días presidiendo la mesa del comedor y riendo con sus nietos alrededor.

María Antonia me dirigió una lastimera mirada, como si hubiese pronunciado palabras más propias de un demente. Movié con pesadumbre la cabeza hacia ambos lados, antes de contestar.

—Esa presidencia de la que hablas te corresponde por derecho propio, hijo mío. Ya conoces uno de mis lemas preferidos, Santiago. Debemos aceptar la verdad en todo momento de nuestra existencia, sin enmascarar

jamás la realidad. Mi vida se encuentra muy cerca de llegar a su término y así lo acepto. Pero no creas que temo a la muerte, ni mucho menos. Son muchos los seres queridos que me esperan allá arriba —señalaba con su mano hacia el techo—, que me llaman día a día.

—Pues que esperen algunos años más, madre. Todavía debe disfrutar de los que aquí quedamos.

—No es posible saltarse las leyes de la vida, querido hijo. Pero quiero ponerte al día de unas cuestiones importantes, antes de que me arrebaten la lucidez del cerebro. Dejé todos los apartados legales bien resueltos y rematados. Por una parte, ya habrás leído en la Gaceta la cesión del ducado de Montefrío a tu persona con todas sus prerrogativas anejas. Pero debes saber que también te he legado todos los bienes de la casa. Sé de tu inteligencia y generosidad. Estoy segura de que harás un correcto uso del mayorazgo y llevarás a cabo una distribución correcta. Incluso incorporé al conjunto el total de las joyas de la casa de Montefrío, incluidas las de tu madre y las de Eugenia. Bueno, sin olvidar las pertenecientes a aquella..., bueno, me refiero a las joyas de aquella terrible mujer, un lote de importancia que no se debe obviar ni perder, aunque su origen sea deleznable. Todas en su conjunto conforman una verdadera fortuna y se encuentran depositadas con la máxima seguridad en la casa de don Benito de la Piedra.

—Por favor, madre, no quiero oírla hablar así. ¿Ha comido hoy?

—No tengo apetito. Quizás más tarde.

—Bueno, pero se la traeré en persona y comenzaré a narrarle mis aventuras.

—Anda, disfruta de tus hijos, que se lo merecen. Y cuidado con Francisco, que se ha plantado en hombre de la noche a la mañana. Parece que ha olvidado sus locuras infantiles y piensa como un adulto. Repite una y otra vez que desea sentar plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas cuanto antes.

—Mucho me alegraría, no he de negarlo. Pero es muy joven todavía. Ni siquiera sé si la Real Compañía acoge aspirantes en estos días.

—Entran como niños y mucho duele pensar que, a esa temprana edad, tan cerca de la falda materna, deban correr su vida en buques con peligro de entrar en combate de sangre. Pero así es esa vida que habéis escogido y que tan bien conozco. Mis dos esposos —ahora se dirigía a Beatriz— encontraron la muerte en combate a bordo de buques de la Real Armada. Acabarás comprendiendo esa vida como prolongación de la tuya propia sin remedio.

Bueno, Santiago, habla con Pecas y comprobarás el cambio que se ha realizado en él. Creo que acabará por disfrutar de tu responsabilidad.

—Lo haré. Pero quiero que tome otro aspecto y recupere las ganas de vivir.

—Lo intentaré.

Abandoné la alcoba de María Antonia con el ánimo prendido en las suelas. Después de muchos años, sentía el peso de las lágrimas a punto de brotar a chorro por mis ojos. De forma especial, era el rostro demacrado y ceniciento de nuestra madre el que se había instalado a tenazón en mi cerebro, como triste estampa de una muerte cercana. Al haber quedado huérfano de madre a muy corta edad, aquella noble y buena mujer se había convertido en la referencia principal de mi vida, desde que tenía uso de razón. Escuché las palabras de Beatriz, a mi lado, emitidas con sordina.

—Siento decírtelo, Santiago, pero la máscara de la muerte se ha instalado en su rostro. Lo siento porque sé de tu amor hacia ella.

—Así es y mucho me cuesta aceptarlo. Es esta vida de rosas y espinas, siempre aparece algún detalle que emborrona el cuadro de la felicidad. No merecía esta gran mujer los muchos sufrimientos que ha padecido a lo largo de su vida.

—No siempre se ajustan los merecimientos propios a la vida que los cielos nos ofrecen.

Me asombró el tono de voz profundo, pesaroso y contundente empleado por Beatriz en su última frase, mientras su vista se perdía a través de pasillos y paredes. En aquellos momentos, parecía una mujer avezada en mil y un lances de dolor enquistado, en lugar de una joven recién entrada a la vida.

—Pues deberían ajustarse en un elevado porcentaje, si Dios Nuestro Señor distribuye con una mínima paridad bienes y males.

A pesar de la tristeza que suponía comprobar cómo la existencia de nuestra madre se consumía día a día, Beatriz y yo nos incorporamos a la vida familiar con todas las fuerzas disponibles. Debí explicar con detalle ante el público general todo lo sucedido en los últimos meses, desde que abandonara a la carrera la ciudad de Cádiz a bordo de la fragata Venganza. Y, de forma especial, a Rosalía le asombró el encuentro final con Beatriz allá en el puerto de San Blas, cuando la daba por perdida, así como su peligroso rescate de manos de los rebeldes. También mi esposa narró con tintes de extrema tragedia su experiencia con los bucaneros. Y lo hizo con tan precisos y desgarrados detalles que llegó a encoger el alma de mi hermana, que emitía pequeños gritos de espanto conforme avanzaba el relato.

Llegó el momento de hablar con mi hijo Francisco largo y tendido. Por primera vez ejercía, según sus palabras, en encuentro de hombre a hombre, aunque el mozalbete apenas levantara unas pocas cuartas del suelo. Pero conforme escuchaba sus palabras, un sentimiento de orgullo crecía con fuerza en mi pecho. Porque, en efecto, en los últimos meses y como por encanto, aquel niño travieso se había convertido en casi un hombre. Ya no reclamaba su ingreso en la Real Compañía de Guardiamarinas como un deseo infantil, sino con adulta claridad y razones de peso a las claras. Exponía que la edad no era óbice ni estricto impedimento para impedir sus deseos. Porque sabía de muchos casos en los que se concedía excepción para los menores de catorce años. Y no le faltaba razón al jovencito en sus argumentos. Sin embargo, quedamos en acuerdo serio de que debería cumplir los trece antes de emprender por mi parte las acciones oficiales y necesarias.

La vida regresaba a su más pura normalidad, monótona y tediosa en ocasiones, por supuesto. No obstante, es indudable que a veces se desea sufrir esa dulce regularidad en los actos de cada día, lo que se recibe como un bálsamo celestial. Pero también debía pensar en mi futuro personal como oficial de la Armada, por lo que las conversaciones con Beto representaban detalles de la mayor importancia. Debía ponerme al día de la verdadera situación política española y de nuestra Institución en particular, aunque no fuera difícil predecir los caminos por los que la pobre España transitaba, dejando un jirón de su piel a cada esquina de la vereda.

7. La triste realidad

La primera conversación seria que pude mantener con Beto tuvo lugar a los dos días de mi llegada. Y no quedó retrasada por falta de interés por mi parte, ni mucho menos, sino por la incapacidad de que pudiéramos quedar a solas durante algún rato del día. Siguiendo nuestra invariable costumbre, tomábamos bien temprano una taza de café en la torre del palacete, privilegiada posición habitual en muchas casas gaditanas, en las que se establece un incomparable mirador desde donde se divisa la bahía gaditana en todo su esplendor, cuando el horizonte comienza a llenarse de luz y sonidos.

Se alejaba Barbate tras habernos servido un segundo y generoso tazón de esa bebida negra y amarga, sin la que no éramos capaces de arrancar un nuevo día, cuando le entré por derecho a mi cunado.

—Bueno, Beto, por fin podemos charlar con entera tranquilidad y sin oídos ajenos a nuestro alrededor, condición nada sencilla en esta casa. Debes ponerme al día de todo lo sucedido desde que abandoné Cádiz. Aunque se trate de un periodo que no alcanza el año, en estos días todo parece moverse con elevada aceleración en paredes y suelos. Según tengo entendido, entraste en la bahía al mando del queche Hiena, pocos días después de que yo la abandonara, en lo que puedo declarar como precipitada huida a bordo de la fragata Venganza.

—Cinco días solamente y mucho lo sentí. Como entraba desde el sur, muy pegado a la costa africana, ni siquiera llegué a divisar en la distancia la silueta de la fragata. Bueno, tampoco habría sabido que salías de estampida, si es cierto lo que me contó Rosalía.

—Bien, después me tocará entrar en necesarias explicaciones, que cuadran una abultada talega. Pero ahora deseo saber tu situación actual. ¿Dejaste el mando del Hiena? ¿Te pasaron a cuartel? ¿Has conseguido un nuevo destino?

—¿Un nuevo destino? —por la expresión de su rostro, deduje que no escucharía noticias halagüeñas—. Nada de eso. Debí entregar el mando nada más arribar a Cádiz y pasar a situación de procesado.

—¿Tú en situación de procesado? —Abría los ojos en plato porque mi extrañeza era sincera—. Como te conozco mejor que nadie, me cuesta creer tal condición. ¿Qué sucedió realmente en el Río de la Plata? El capitán general de Cuba, Ruiz de Apodaca, que ahora ocupa el sillón del nuevo virrey de Nueva España, me explicó de forma somera el combate mantenido contra la escuadra rebelde a escasas millas de Montevideo. Y de sus palabras se deducía lo que más parecía una vergonzosa actuación, que causó la pérdida, definitiva hasta ahora, de tan extraordinario enclave para las armas de España. No era fácil admitir una actuación así de nuestras fuerzas. Y, según parece, el queche Hiena fue el único buque en poder escapar de las manos de los rebeldes.

—Has utilizado la palabra adecuada, porque se trató de una escapada en toda regla y al galope de jaca de dos cuerpos. Y de forma humillante podrías declarar, sin faltar en ningún momento a la verdad. Ya pudiste observar, antes de abandonar aquel escenario con tu querida fragata Proserpina, tras el apresamiento del Hiena a los rebeldes, cómo se movían los asuntos bajo la batuta del jefe de escuadra don José María Salazar. Pero todo cambió a peor cuando asumió el mando el capitán de navío don Miguel de la Sierra, un personaje incompetente, dubitativo, desleal con sus subordinados, apocado y sometido al estamento civil sin una gota de sangre en el cuerpo. Y con él al mando de una escuadra compuesta por buques mercantes y dotaciones de feriantes, salimos a la mar a luchar contra el enemigo en lo que acabó por llamarse como combate de Montevideo. Se trata de una larga historia, que debo narrarte punto a punto y te costará creer.

—Pues estoy dispuesto a escucharlo con el máximo detalle. Pidamos a Barbate otra taza de café, que nos hará falta.

Beto comenzó su triste recuento. De su boca escuché todo lo sucedido en el Plata desde que tomara el mando del queche Hiena, hasta el triste día del combate de Montevideo y su regreso a la bahía gaditana^[37]. Poco a poco, una gran tristeza, no exenta de vergüenza profesional, se instalaba en mi pecho. Y por encima de todo, era la simple contemplación del rostro de mi buen amigo, entrado en amarga turbación e inmerecida ignominia propia, la que me producía un sentimiento de dolor añadido. Cuando remató lo que más parecía confesión de alma encadenada, dirigió la mirada hacia el suelo. Debí realizar un esfuerzo para comentar su narración.

—Parece mentira que nuestros gobernantes lleguen a padecer tal ceguera. La simple presencia de un navío o un par de fragatas de fuerza en aquellas aguas, habría evitado tamaña pérdida, que ahora se contempla como decisiva para el devenir de esos movimientos independentistas. Pero no debes concederte ni una sola onza de culpa propia. Actuaste en todo momento como se espera de todo oficial de guerra en la Armada y muy por alto. Los culpables deben ser señalados y juzgados sumariamente.

—Por favor, Santiago. ¿Cuándo han pagado sus penas los generales u oficiales que, en nuestra Armada, cometieron faltas de tal grado? ¿No recuerdas los Consejos de Guerra llevados a cabo tras el combate de San Vicente, por nombrar uno de los más afamados y funestos? Como era de esperar en este caso particular, se fallará resolución favorable para todos los encausados.

—¿Para todos? ¿No ha sido condenado el capitán de navío de la Sierra por sus acciones? Parece difícil de creer.

—Como era obligatorio en acuerdo con nuestras Ordenanzas, una vez conocidos los hechos del combate naval de Montevideo, se formó la competente causa al capitán de navío don Miguel de la Sierra, así como a los comandantes de los buques que arriaron el pabellón o se perdieron en la mar. En este apartado se incluía a mi persona aunque, bien lo sabe Dios, no se me pudiera achacar falta alguna contra el honor y el servicio llevado a cabo. Más bien al contrario, conseguí la más ofensiva reacción de quien mandaba la escuadra, al recriminarle por las claras su vergonzosa conducta a bordo. Sin aceptar los apoyos que le han ofrecido, quien enarbolará la insignia de comandante de aquella penosa escuadra, llevará a cabo su propia defensa ante el consejo de guerra que ha de celebrarse, cuando así lo disponga la Superior Autoridad.

—¿Todavía te encuentras pendiente del Consejo de Guerra? Nuestra Justicia parece conducirse como tortuga coja y ciega.

—Se celebrará en la capitanía general de la isla de León, en fecha todavía por señalar. Y ya sabes que en tal situación pueden pasar meses o años. No obstante, se ha nombrado como presidente del Consejo al jefe de escuadra don Miguel Gastón, y como componentes del tribunal a los brigadieres Rafael Maestre, Santiago Irisarri, Joaquín Castañeda, Ramón Herrera y Martín Iriarte. El ministerio fiscal se encontrará representado por Fermín Esterripa. Sin embargo, ya nos ha adelantado el propio fiscal que considerará justificado el proceder de los encausados en el infeliz hecho de la derrota.

—¿Eso es todo? ¿Sin más explicaciones?

—No creas que mantuve el silencio, mientras la víbora me comía bien dentro. Le elevé directa pregunta de cómo podía quedar en tal situación el capitán de navío de la Sierra, tras haber escuchado mis declaraciones en tono claramente acusatorio de su conducta. Con increíble dejadez me contestó que nada estaba probado y así se demostraría en el Consejo. Vamos, que ya se encuentra toda la puchera servida y, como ha sido norma habitual en la Armada, que tantos males amadrinó en su estela durante siglos, el juicio unánime considerará justificado el proceder de ese maldito personaje, que dejó nuestra categoría personal, bajo los fondos. Y no creas que le achaque ejecución de indigna cobardía, sino de someterse a órdenes superiores de elementos ajenos a la Armada, como las autoridades civiles o el general del Ejército Vigodet, cuando tal sometimiento conduce a la vergüenza colectiva de nuestra Institución. Hay veces que es necesario morir para demostrar que nuestro uniforme ha sido siempre referencia de valor y conciencia profesional.

—Qué vergüenza. Estoy convencido de que, si unos hechos similares hubiesen tenido lugar en la Marina británica, el citado jefe habría sido fusilado en el buque insignia de la escuadra de manera fulminante, con esa severa y necesaria disciplina empleada en la Royal Navy, de la que nadie puede ni debe escapar. Y esa ha sido durante siglos la mayor ventaja de los britanos sobre nosotros, más que las tácticas navales, los adelantos técnicos en la construcción de buques, su poderosa artillería u otras bobadas. Bien, regresando a la actualidad, entiendo que continuas en situación de procesado.

—Así es y por tiempo indefinido. Puedes comprender que todavía en el empleo de capitán de fragata y con esa lacra sobre mi pecho que me es imposible arrancar, no atraviere días de euforia profesional. Tanto así que..., tanto así que he llegado a sopesar la posibilidad de...

—¿De qué posibilidad hablas? —pregunté con evidente temor.

—La verdad es que solamente a ti la referiría, Santiago —Beto mostraba la mayor seriedad en su rostro, con la emoción prendida sin remedio—. He pensado en la posibilidad de abandonar, de solicitar la exoneración del servicio para siempre.

—¿Qué dices? No puedes hacer eso de ninguna forma. Has demostrado en todo momento tu valor y capacidad profesional. Por desgracia, la suerte te ha sido esquiva de forma casi permanente. Tú y yo hemos rendido los mismos servicios. La diferencia es que a mí la suerte me ha tocado con sus alas una y otra vez.

—Son demasiados los desengaños sufridos, Santiago. Pero no lo tomes como decisión definitiva, que todavía manejo la liebre batiendo cruces por el cerebro. Bueno, supongo que desearás saber el estado en el que nos movemos. Y me refiero a la Armada.

—No creo que se hayan producido cambios ni decisiones favorables, por las noticias que me llegaron en La Habana y en Lima. Parece mentira que, tras expulsar a los franceses de la Península y mantenernos en situación de paz en Europa, no se intente el esfuerzo necesario para revitalizar la Armada. En caso contrario, nuestro imperio ultramarino desaparecerá con extrema rapidez.

—Eso lo saben hasta los pobres que por las calles gaditanas solicitan limosna. Y más ahora, en el momento en que se prepara un formidable ejército de treinta mil hombres para pasar a Indias, al Río de la Plata concretamente, y cortar de cuajo todos esos movimientos. Lo que pudo evitarse con escaso gasto, ahora se contempla como una operación de enormes fondos nacionales. Se necesitan buques de transporte y los correspondientes de la Armada para protegerlos. Con esa fuerza tan poderosa, se podría conseguir el remate glorioso que cierre de cuajo y al copo las guerras coloniales, barriendo en sangre el mapa si es necesario. Como es fácil comprender, el principal problema es la falta de buques de la Armada para la necesaria escolta. Porque en el Plata la oposición naval rebelde puede ser importante, así como en las costas chilenas. Sin olvidar el putañero corso, especialmente el basado en Montevideo, que picotea en toda unidad más o menos descolgada de un convoy.

—Todos lo saben y nadie come del plato. Necesitamos navíos y fragatas, cuanto antes y como sea. Sin una Armada de orden y calado, nuestras posesiones americanas acabarán emancipadas de norte a sur, aunque mucho nos duela. Y bastante antes de lo que se pueden imaginar en la Corte. Tal desastre significaría la ruina absoluta y que España dejara de figurar entre las potencias del mundo. Así de sencillo y con claridad.

—Desde hace bastantes años, declaramos en ese sentido los mandos de la Real Armada. Y por primera vez con una sola voz. Gracias a los cielos parece que, por fin, también piensan en dicho sentido en el Gobierno y en Palacio, aunque mi confianza en tales estamentos sea siempre relativa, llega tarde este reconocimiento, es cierto, pero vale más que nada. Creo entender que se piensa en solicitar del Gobierno de la Gran Bretaña un elevado anticipo, gran parte de las cuatrocientas mil libras esterlinas que han de librarnos por los efectos negativos amadrinados a la anulación de la Trata de esclavos.

—¿Cuatrocientas mil libras? Un succulento bocado.

—Bueno, aunque la Inglaterra es quien ha monopolizado en los últimos años y se ha lucrado de manera extraordinaria de la famosa Trata de Esclavos, la opinión popular mundial navega en su contra con demasiada fuerza. Y como los britanos son capaces de cambiar la camisola propia en un abrir y cerrar de ojos, ahora son los abanderados de la abolición. España, aunque nuestros Reyes Católicos fueran los primeros en oponerse a todo tipo de esclavitud del ser humano, se mostraba en contra de la mencionada abolición porque lesionaba nuestros intereses, bastante espurios por cierto, de un reducido número de súbditos indianos, pero con influencia y poder digno de señalar. Se alcanzó el acuerdo final, por el que la Gran Bretaña se comprometió a entregar a España en concepto compensatorio esa cantidad que, espero, se emplee en la adquisición de unidades para la Real Armada.

—Dios te escuche. Pero en legalidad, supongo que esa cantidad debería ser distribuida entre los que se sientan damnificados por la abolición de la Trata.

—Esa es la teoría, desde luego. Pero no creo que el Estado entregue una sola moneda. Como te digo, con esos caudales se intenta comprar directamente una escuadra poderosa, o pagar al menos el monto inicial. Se habla de seis navíos de dos puentes y un número superior de fragatas. Y el de tres puentes, Fernando VII a la cabeza como buque de mando, una vez carenado en conveniencia. Creo que se encuentra a punto de abandonar Mahón, si no lo ha hecho ya.

—¿El Fernando VII? Mi padre embarcó en él cuando todavía se le conocía como Reina Luisa y el general Gravina izaba su insignia de mando de la escuadra del Mediterráneo. Pero creo que se encuentra en un lamentable estado, sin haber gozado de un mínimo mantenimiento desde que lo trasparamos al arsenal de Mahón en plena guerra contra el francés.

—Así es. Se le han efectuado en el arsenal de la isla menorquina las reparaciones mínimas, para que pueda pasar a Cartagena, donde será habilitado. Eso al menos se asegura en la Dirección General de la Armada.

—¿Todavía existe la Dirección General de la Armada? Entendía que con la reposición del Almirantazgo, dejaría de existir.

—Todo camina con lentitud y el Almirantazgo arranca a paso de carnero cojitranco. Aunque peque de pesimismo, me temo una repetición del intento en el que tornó parte nuestro querido general Encaño, que Dios guarde en su gloria. Por fortuna, el infante don Antonio Pascual, nuestro bobalicón y vergonzoso almirante general, se encuentra enfermo y con futuro incierto.

Pero en cuanto a la adquisición de nuevas unidades, cabe pensar en alguna esperanza, aunque se trate de la estacha lanzada por la Patrona. Dos o tres meses atrás, se comisionó de nuevo al ingeniero Bouyón, en quien mucho confío, a la localidad de Burdeos, para que examine la posibilidad de comprar o construir en su astillero los buques necesarios. Y si en la primera ocasión adquirió dos corbetas que no corren mal la vela ancha, parece ser que su nueva gestión ha surtido efecto. Se encuentran apalabrados para su adquisición una fragata de a 40^[38], dos bergantines de a 20 y cuatro bergantines-goleta de a 7.

—También me comentó esa posibilidad el teniente general Ruiz de Apodaca en Cuba. Por desgracia, con la compra de unidades en el exterior, perderemos una magnífica oportunidad para actualizar nuestros arsenales, arruinados de manera infame.

—Tú lo has dicho, Santiago. Arruinados de forma absoluta. Ya visitarás el de La Carraca y comprobarás la magnitud del desastre. Porque no sé cómo serán mantenidos esos buques que se adquieran, con los elementos a disposición en nuestros arsenales hoy en día, comenzando por el Fernando VII cuando arribe al arsenal de Cartagena. Hemos perdido casi por completo a la Real Maestranza, unos magníficos profesionales, pero también los talleres, las herramientas de todo tipo y, de forma especial, la actualización específica de ingenieros y operarios en cuanto a la construcción naval se refiere. Vamos, todo lo que se consiguió a lo largo de tantos años de denodado esfuerzo, más de medio siglo. Costará mucho tiempo que recobren su pujanza, si es que lo consiguen alguna vez, manteniendo la norma de comprar los buques en arsenales extranjeros. No olvides que en el arsenal de Ferrol, por establecer un ejemplo, se adeudan hasta 56 pagas al personal de todas las clases. ¿Cómo piensan que vivan esos hombres?

—Ya tenía conocimiento de tan negativo factor, que se mantiene en el tiempo.

—No solamente se trata de un negativo factor. Hay oficiales que mueren de inanición, imposibilitados de solicitar mayor crédito. Y otros no acuden al trabajo por no disponer de un uniforme en regla. Es así de cierto, por triste que sea la sola mención. Se trata de la bancarrota más absoluta. Las arcas nacionales solamente presentan telarañas. Y el escaso caudal no se dirige en la adecuada dirección, por culpa de mucho mangante atrincherado en oscuros. Parece que no es conveniente ni adecuado declarar por alto que, hoy por hoy, se le debería ofrecer a la Armada prioridad absoluta en el gasto, si en algo

estiman nuestras provincias americanas. Ya está bien esa frase achacada a nuestro Señor don Fernando, de que... la Marina poca y mal pagada.

—Una magnífica frase en boca de un Soberano. Y si compramos los buques en arsenales extranjeros, nos encontraremos en manos de nuestros posibles enemigos de forma permanente.

—Baja al reino de la triste realidad, Santiago —Beto cambiaba ahora a un tono compasivo, con una triste sonrisa añadida—. Nunca regresaremos al nivel de poder guerrear en la mar con la Gran Bretaña. Jamás. Y posiblemente, tampoco con Francia, una nación que se recuperará del desastre napoleónico con facilidad. Esa es al menos mi opinión y ya sabes que nunca he destacado por defender pensamientos derrotistas. Por desgracia y en cuanto a Indias, no disponemos de tiempo suficiente. Debemos dar el golpe de gracia lo antes posible. Que no comprendan estos desgraciados independentistas sus verdaderas posibilidades, especialmente si llegaran a unir sus fuerzas. Y esa posibilidad se mueve en rondo por algunas cabezas rebeldes de elevada inteligencia. Por desgracia y de momento, solamente podemos adquirir los buques más allá de nuestras fronteras, aunque se intente poco a poco la recuperación de los arsenales.

—Pero si se decide comprar buques fuera de España, ¿por qué no se intenta en Gran Bretaña? Me concedería una mayor seguridad.

—A mí también. Parece ser que para el pago de esos buques se solicitará al Gobierno de la Gran Bretaña un anticipo a cuenta de las 400.000 libras esterlinas concedidas a España a título de indemnización, tras firmarse la prohibición de la Trata de negros africanos. Como tú dices, conseguir con rapidez navíos y fragatas es la obsesión nacional, porque la gestión de Bouyón es buena, pero con unidades de escasa monta, salvo la fragata.

—Bueno, ¿y cómo se mueven los hilos políticos por estos días? ¿Se mantienen enfrentadas las dos mitades de España en irrefrenable trifulca? ¿Absolutistas y liberales a la greña en el ruedo nacional? ¿Y los oficiales represaliados?

—Si te refieres a la situación del general Valdés, se mantiene en el castillo de Alicante. El jefe de escuadra Ciscar ha pasado desterrado a su ciudad natal, Oliva, en el reino de Valencia. Pero con sinceridad y en general, la situación no es muy halagüeña. Los llamados liberales no están dispuestos a ceder mucho terreno, pero tampoco los absolutistas. Y dicho entre estas cuatro paredes, razón les sobra a los primeros, tras las maniobras de don Fernando y la persecución que se ha llevado a cabo. De capitán a paje no llegan a comprender que necesitamos paz interior y esfuerzo común para superar la

extrema situación que sufrimos. Se han producido algunos pequeños movimientos de protesta, con la Constitución de 1812 en la mano. Por cierto, una de ellas en Ferrol y de cierta importancia. Para nuestra desgracia, la situación de miseria que se vive en toda España es buena leña para la hoguera del descontento. Tampoco recibe beneplácitos entre el pueblo llano, la grandiosa expedición que se prepara para su traspaso a Indias.

—¿Cómo es eso? ¿No comprenden que debemos restablecer el orden en Indias?

—Es difícil comprender los objetivos nacionales, si en los hogares se mueren de hambre, Santiago, y no se puede hincar el diente a una miserable sardina cada día. Las familias de los miles de soldados que han de embarcar protestan por largo y a boquera ancha sin que se las pueda silenciar con ninguna amenaza. Piensan que sus hombres han de luchar en tierras de climas insalubres y que, es cierto, muchos morirán en combates o por causa de las epidemias. Las tropas se encuentran aglomeradas en los pueblos cercanos a Cádiz de mala forma, en terrible y cochambrosa situación de alojamiento, con escaso condumio y peores condiciones sanitarias. Se encuentran expuestos al contagio de la fiebre amarilla y la peste africana, que vuelve a azotar de nuevo a la región, a pesar de los cordones sanitarios establecidos por mar y tierra para evitarlas. Al mismo tiempo, comprueban el estado físico y moral de los que regresan de Indias por inutilidad física o mental, transformados en irreconocibles espectros ambulantes. Y se encuentran instigados de continuo por los agentes de las sociedades secretas españolas y americanas, al tiempo que aumenta la sordina que se pregona de una conspiración militar general.

—¡Que desastre!

—Pero no resta ahí la badana negra. También han surgido otras protestas. Porque las fuerzas que en la Península quedan no reciben una paga, mientras los que han de embarcar en la expedición verán dobladas sus mesadas. Si le sumas que los armadores parecen unirse en sus protestas al Gobierno por los miserables fletes que se les han asignado, puedes hacerte una idea de la situación general. En fin, que necesitamos caudales de Indias y, de esa forma, mejorar las arcas de la Real Hacienda. Sin plata, preveo un futuro desastroso. Pero olvídate de esas cuestiones. Ahora debes disfrutar a fondo y sin cruces de un merecido descanso junto a tu nueva mujer.

—No es fácil ante la visión de conjunto que me presentas. Creía imposible navegar a peor y no abandonamos esa derrota una sola milla. Parece una caldera nacional a la que se alimenta con pólvora.

—Así es, aunque nos disguste.

Quedé pensativo durante unos pocos segundos, como si descara apartar de mi cerebro tan desastroso panorama nacional. Por fin, cambié el tema a otro que menos me preocupaba.

—Tampoco debo olvidar otro aspecto nada sencillo. Mi situación profesional.

—Me dijiste que te mantienes con permiso del virrey de Lima por seis meses.

—Así es y por escrito. Pero no debo alargarlo hasta el límite. Es igual porque, con seguridad, no creo que dispongan de algún puesto de trabajo para un jefe de escuadra demasiado joven. Quedaré a cuartel, situación que, en estos momentos, no me molesta demasiado. Ya veremos cómo se cuece la perola en los meses que se avecinan, cargados de negros nubarrones. De momento, en la próxima semana me presentaré en la Dirección General de La Armada, para dar conocimiento de mi arribada a la Península. Y, si así se me requiere, expondré la campaña llevada a cabo al mando de la división naval por aguas del mar del Norte y del Sur. No creo que hayan llegado todavía los informes oficiales de La Habana, México y Lima.

—Y en la parte puramente familiar, ¿qué piensas hacer? Te anticipo que tu hermana Rosalía se muere por que te quedes con nosotros.

—Y yo también, al menos durante algunas semanas. Debo conseguir que Beatriz se amolde a esta nueva vida y conozca las principales posesiones de la familia. Pero más tarde deberé hablar con don Benito de la Piedra a fondo y pasar por la Corte para aclarar al punto la situación en que nos encontramos. La guerra ha sido muy larga y elevados los gastos adquiridos.

—Bueno, de esa forma, Beatriz podrá conocer la Villa y Corte, que deslumbra a toda mujer joven.

—En efecto. No obstante, todo queda en estos momentos muy condicionado por la negra situación que vive nuestra madre. No quiero separarme de ella más de lo imprescindible. En fin, una situación poco agradable en algunos aspectos.

Quedamos en un espeso silencio tras la alargada conversación, cuando ya el sol levantaba más de una cuarta por encima del horizonte. Percibí la sensación del hambre con fuerza.

—Seamos optimistas, Beto. Todo se solucionará a la medida justa. Pero ahora suspiro por unos huevos amarrados al tizne con recias tajadas de tocino y un buen tazón de migas lechadas.

—Ese pensamiento levanta el ánimo de cualquier persona, aunque dude de tus dulces vaticinios.

* * *

La vida comenzó a correr a tranco largo una vez más. Tras una semana completa de holgazanear por cantera libre, visité a don Benito de la Piedra, ese banquero leal y honrado a carta cabal, en quien había depositado un alto porcentaje del compromiso financiero de mi casa. Y, para alegría propia, la situación era mejor de lo que jamás podría haber vaticinado. Por lo visto, el gaditano, experto en comercios y empréstitos internacionales, había sabido invertir en las zonas adecuadas. Y ya se sabe que en época de guerras y disturbios, las rentas pueden llegar a alcanzar límites insospechados.

Por fin, planeé presentarme a las autoridades de la Armada en la cabecera del Departamento Marítimo. En primer lugar, intenté hacerlo ante el capitán general, el teniente general don Baltasar Hidalgo de Cisneros, infructuoso intento por no haberse incorporado a su destino y encontrarse de interino un jefe de escuadra desconocido, a quien saludé con extrema rapidez. Con posterioridad, intenté hacerlo ante el comandante general de la escuadra, pero pronto comprendí la inutilidad del intento, al no encontrarse nombrado oficial general alguno, ni en orden tan importante destino con especial significado y relevancia en años anteriores. En la práctica y de momento, tal representación la asumía el oficial nombrado como comandante de los buques surtos en la bahía de Cádiz. Y la gran sorpresa se produjo al comprobar que tal autoridad la desempeñaba mi buen amigo y compañero de aventuras guerreras por el Río de la Plata, Jacinto de Romarate. Tras el desastre en el Plata, había regresado de Montevideo en un buque mercante y confirmado en la efectividad del empleo de capitán de navío y brigadier. Pero como él mismo me comentó, se encontraba a punto de ser ascendido al empleo de jefe de escuadra y ser nombrado comandante general del departamento.

Una vez a cuartel con norma en pliego, me dediqué a mostrar a Beatriz la ciudad de Cádiz y sus alrededores. Se mostró admirada de sus bellezas aunque, creí entender, que esperaba encontrar una mayor opulencia y esplendor en las ciudades españolas, sentimiento muy habitual en los indios que visitan por primera vez las urbes peninsulares. También, debido a la cercanía, nos trasladamos a visitar la hacienda de Las Garitas del Marqués, en las afueras de la villa de Castellar de la Frontera. Y le expliqué con detalle que allí se había celebrado la ceremonia en la que tanto mi padre como el tío Santiago habían recibido la charretera y mi progenitor el condado de Tarfí, sin olvidar que en aquel mismo día se prometían mis padres para una vida común.

Tampoco conseguí que Beatriz demostrara un especial cariño o amor por nuestro campo, aunque intentara ocultarlo con frases clásicas enhebradas al gusto. Llegué a pensar con cierto temor, si todos aquellos pensamientos gozosos en los que la imaginaba entusiasmada por los bienes de la casa de Montefrío y las villas históricas de la vieja España, no habían sido más que especulaciones demasiados optimistas de mi cerebro. Comenzó a asustarme la realidad. Tanto así que llegué a preguntarle por derecho, cuando llevábamos algunos días en la hacienda andaluza.

—¿Eres feliz, Beatriz?

—Pues claro que lo soy, querido mío —su rostro se elevaba en protesta con sonrisa abierta—. ¿Por qué me haces esa pregunta que, en verdad, considero un tanto absurda? ¿Acaso lo dudas?

—No sé, pero te veo como conformada a la fuerza en la situación que atraviesas y mucho me preocupa. Perdona que te lo diga si te ofende, pero has pasado por Cádiz de puntillas, sin paladear a fondo sus monumentos, paisajes y retazos históricos. Y una situación parecida se produce en esta hacienda. Es posible que... ¿Tanto echas de menos tu tierra?

—Añoro mucho California, la ciudad de Monterey y la hacienda de San Luis, sin duda. Creo que se trata de una condición muy normal en todo ser humano. Pero ningún rastro de infelicidad asoma a mi nueva vida, más bien todo lo contrario. Comprendo lo que me dices porque siempre fui una persona poco expresiva, bastante reservada y muy dada a guardar dentro de mi alma los verdaderos sentimientos. Pero no dudes de mi amor hacia ti en ningún momento. Me encanta esta hacienda y lo que significa para la historia de tu familia...

—De nuestra familia, querida. Recuerda que eres la duquesa de Montefrío y condesa de Tarfí —la corregí con una sonrisa, mientras acariciaba su rostro.

—Tienes razón, amor mío. Soy un verdadero desastre. Cometo fallos imperdonables a todas horas del día. Y conste que me siento muy orgullosa de pertenecer a la noble casa de Montefrío, con tan brillante historia a su espalda. Deberás perdonar mis errores y concederme un poco más de tiempo, si es posible.

—Nada he de perdonarte, vida mía. Te quiero tanto que, a veces, sufro al pensar que no sientas toda la felicidad que te deseo.

—Puedes quedar tranquilo en ese particular aspecto, Santiago. No sólo te amo muchísimo, sino que has sido mi salvador particular, el caballero legendario que me ha trasladado del peor de los horrores a la más pura

felicidad. Cualquier mujer habría ofrecido sus dos manos y el corazón entero por disfrutar de una situación tan envidiada como la mía.

—Me encanta escuchar esas palabras.

Intenté olvidar esos pensamientos tristes que a intervalos me atacaban. Me refugiaba en las palabras de Beatriz y en las actividades amorosas a las que nos sometíamos con extremo placer cada noche. Después de una semana campera, regresamos a Cádiz, tras visitar un pequeño palacete de la familia en la villa de Ecija, donde también poseíamos algunas tierras. Y en la bolsa de las sorpresas guardaba el mostrarle la joya particular y sentimental de los Leñanza, esa hacienda extremeña bautizada por mi padre como El Bergantín, tan amadrinada a la familia, sin olvidar la de El Castillo de Santa Rosalía, allá por tierras murcianas. Cercana a la villa de Cehegín, se había establecido sin propósito cierto un nuevo panteón familiar desde que muriera mi madre. Quería mostrarle todo, antes de pasar a la Corte y que mi joven esposa entrara en la cortesana sociedad, donde la presentaría con todo orgullo. En fin, no se trataba más que de las habituales idas y venidas mentales que nos ofrece la vida, con colores en cambio permanente. Y en esta ocasión, antes de que un nuevo soplo carrascón se levantara con fuerza y llevara a cabo una mudanza importante en mi carrera como oficial de la Real Armada y en mi propia existencia.

8. Cambios importantes

Continuamos nuestra vida, ciertamente relajada y feliz, bajo los mismos parámetros establecidos hasta rematar aquel año de 1816, que colmara mis ambiciones personales en muchos aspectos, tanto profesionales como familiares. Atravesamos las entrañables jornadas dedicadas a la Natividad de Nuestro Señor con toda la familia, una deliciosa situación que no recordaba haber vivido desde bastantes años atrás. Después de haber atravesado época tan señalada en la mar durante los últimos ejercicios, gocé como un niño pequeño al establecer el nacimiento italiano en el patio de casa, mientras todos, mayores y pequeños, cantábamos los himnos navideños de alabanza al recién nacido. Destacó por encima del resto con sorpresa general el joven Miguelillo, empleado por mi cuñado Beto como criado particular a bordo. Y ese zagal temprano, que segara gargantas gabachas con extremo valor y declarado placer, entonaba los cantos navideños aprendidos en su hogar murciano con extraordinaria belleza.

Tan sólo un lunar se cebaba en el palacete de la calle de la Amargura como rumazón al acecho, y no era otro que la cada vez más delicada salud de nuestra madre. A pesar de mis ruegos, no conseguí que María Antonia abandonara su alcoba y presidiera la cena de Nochebuena, aunque intentáramos acompañarla durante algunas horas, en las que su rostro denotaba un cansancio muy cercano a la marcha definitiva. Las esperanzas sobre una posible mejoría entraban en la estadía más propia del deseado milagro, y nos resignamos a esperar el doloroso desenlace en un cercano futuro.

La primera noticia de bulto en aquel nuevo año de 1817, que nos abría sus puertas con mil interrogantes en la cabeza, la trajo consigo Beto, tras haber acudido a presencia del fiscal Esterripa en la Real Isla de León. Bueno, mejor sería decir la villa de San Fernando, como había sido rebautizada la antigua y noble ciudad en 1810, por decreto de las Cortes allí establecidas, en

reconocimiento a los esfuerzos de sus habitantes a favor de la independencia. Se trataba de uno de los pocos decretos no derogados por la absolutista, posición del Monarca a su regreso de Francia. Me barrunté alguna desgracia nada más observar el gesto serio de su cara, mientras tomaba asiento en el saloncito de los espejos.

—¿Qué sucede, Beto? ¿Malas noticias sobre el Consejo de Guerra? ¿Se ha establecido la fecha definitiva de la vista? Espero que no haya rectificado el fiscal sus argumentos sobre tu conducta.

—Nada de eso. Y bien saben los diablos que con mucho gusto aceptaría un cambio negativo en los cargos hacia mi persona, sí de esa forma recibiera su justo castigo el malparido bujarrón del capitán de navío de la Sierra, Pero no se trata de ese asunto. He recibido una noticia bastante peor y muy decepcionante para nuestra Institución. Hemos perdido el *Fernando VII* Nuestro último navío de tres puentes ha caído a los fondos frente al cabo argelino de Bujía.

—¿El *Fernando VII* perdido? Por todos los sapos podridos de la barriga tunecina, que hasta los dioses de la mar parecen querer golpear al moribundo cuando intenta respirar una simple bocanada.

—En efecto. Se vierten puñados de gusanos a una perola más que viciada. Ha causado una decepción y tristeza general entre nuestros compañeros. Se trataba de la última gota de una copa que añoramos, de una etapa que no regresará en muchos años.

—Ese navío fue botado en las gradas del arsenal de Ferrol en 1791 con 114 cañones de porte. Y ostentaba con orgullo el hecho de haber marcado la mayor velocidad, entre todos los navíos de tres puentes construidos en el pasado siglo. Un buque magnífico y de poderosas maderas. Se le asignó el nombre de *Reina Luisa*, en honor de la Reina tan poco querida por su hijo.

—Y que lo digas. Según se publicó en un panfleto corrido en Cádiz hace algunos meses, nuestra antigua Reina María Luisa ha descrito a su hijo, don Fernando, desde su exilio en Italia, de la forma más denigrante. Asegura que se trata de hombre sin carácter ni sinceridad, al que nada le afecta. También afirma que es falso, cruel, insensible y que de él no se puede esperar más que miserias y persecuciones.

—Una perfecta descripción de hijo querido por madre amantísima. Bueno, es conocido por amigos y enemigos el infinito rencor, muy cercano al odio, que sentía don Fernando por sus padres, especialmente por su progenitora. Un sentimiento correspondido al ciento o todavía más por doña María Luisa. Pero, regresando al tema del triste naufragio, recuerda que se trata del

penúltimo de los doce navíos de tres puentes construidos en el pasado siglo. Precisamente cuando mandaba la corbeta *Mosca*, fui comisionado para convoyar a los buques que se enviaban al resguardo del arsenal de Mahón. Se intentaba evitar que pudieran caer en manos de los franceses que sitiaban la plaza gaditana. El *Reina Luisa* era uno de ellos. ¿Ha sufrido algún temporal de borlas blancas en su trayecto hacia Cartagena?

—Como te dije, se decidió salvar este navío de tres puentes, la última joya de aquella gran Armada. La intención era convertirlo en el buque insignia permanente de la escuadra del Mar Océano, si es que se decide mantener tan rimbombante nombre para tan escasas unidades. Una buena idea, sin duda, porque se trata de un navío de mando, donde debería izar su insignia con cierta prestancia el comandante general de la escuadra. Como desde ese año que señalas, 1810, no se le había llevado a cabo ni el más mínimo mantenimiento, necesitaba de las obras indispensables para que pudiera efectuar la corta navegación a Cartagena, en cuyo arsenal se pensaba efectuarle un carenado completo, aunque dudo de que hoy en día fuese posible.

—Difícil tarea para un establecimiento con escaso personal profesional y existencia casi nula de los necesarios materiales.

—El hecho cierto es que el buque, aparte del mal estado general, especialmente en su jarcia fuerte y cabuyería, hacía demasiado agua, lo que obligaba al uso permanente de las bombas de picar en puerto, para evitar su caída a los fondos. Aunque las maderas de la obra viva^[39] no alentaban en futuros, se hizo lo posible hasta disminuir la entrada de agua a una pulgada por hora, una cantidad más que aceptable para navegar tan pocas millas. Y no se pudo disminuir más porque al descubrir los cosederos con un gran pendol, comprobaron que el palo mayor se había rendido por el tercio alto. Se remedió tan importante avería con una rueca, hasta conseguir armar el navío.

Beto detuvo su parla, como si sus pensamientos hubiesen volado en otra dirección, por lo que debí insistirle.

—¡Vamos, Beto, no entres en sueños de cortesana y continúa! ¿Qué le sucedió al *Fernando VII*? Supongo que se le embarcaría media dotación para su traslado.

—¿Media dotación dices? —Beto sonreía, divertido—. Tal cantidad se entiende hoy como una maravilla de los cielos inalcanzable. Recuerda que la dotación de este navío en tiempo de paz se elevaba a los 982 hombres. Para la prevista navegación a Cartagena se le embarcaron dos oficiales, un piloto, 40 hombres de mar y maestranza, y 60 de tropa del regimiento de Nápoles.

Como puedes imaginar, con esa tripulación ni siquiera le sería posible llevar a cabo una sencilla virada. Pero no se disponía de un alma más que embarcar en la isla.

—Solamente a un loco se le ocurriría enviar a un navío de ese porte y en las condiciones que podemos imaginar con tan escaso personal.

—Parece que proliferan los endemoniados en nuestra empresa. Sin embargo, nos sonrió la suerte en principio. En Mahón se encontraba el comodoro norteamericano de la escuadra del Mediterráneo, que debía llevar a cabo el mismo trayecto a bordo de la fragata *United States*. Y de forma extremadamente galante, se ofreció no sólo a convoyar al navío, sino que le facilitó un oficial, dos guardiamarinas y 60 marineros.

—Con toda sinceridad, Beto, encuentro vergonzoso que para marinar un solo navío desde Mahón a Cartagena, solamente unas trescientas millas de distancia, debamos recibir auxilio de los norteamericanos. Un Gobierno que tan poco favor nos brinda en las guerras de emancipación americanas, que apoya bajo la estera. Ya te conté cómo fui atacado por tres buques de esos malditos.

—En Europa presentan otra cara muy diferente. El caso es que se aceptó el ofrecimiento y el *Fernando VII* abandonó la ría al mando del capitán de fragata Vicente de Lama y Montes el 4 de diciembre. Y no sólo convoyado en principio por la fragata americana, como se pensaba, sino que se les unieron la corbeta de la misma nación *Ontario* y el navío británico *Boyne*, de la insignia de lord Exmouth.

—Mala época la de diciembre para atravesar el freu^[40] de Menorca. La Tramontana llega a formar montañas de espuma blanca en amenaza. Podían haber esperado a una estación más propicia, teniendo en cuenta las pobres condiciones que sufría el buque.

—Tienes razón. Pero ya lanzaron los dados en su momento. Nuestro navío y la fragata americana se separaron de los otros dos buques, para doblar al sur de Cabrera. El tiempo se mantenía magnífico, con un lebeche flojo, hasta el día 6.

—¿Saltó una nortada?

—Un noroeste cascarrón en alza y mar con estrellas blancas. El *Fernando VII*, desequilibrado de pesos, balanceaba como un endemoniado, con lo que mucho sufría su frágil aparejo. Las jarcias faltaban con demasiada repetición, tanto así que debió socorrerle la fragata americana con un bote cargado de cabuyería y motones. Otra vergüenza a la que nos hemos acostumbrado. Llegó dicho material al navío como crema pastelera a la torta,

porque aquella misma noche se declaró el temporal abierto. La primera carga de borlas negras la sufrió nuestro navío al desarbolar el mastelero de sobremesana, a pesar de haber tomado tres rizos a las gavias.

—Sufro al pensar en lo que debería padecer un buque navegando en tales condiciones. Y en los escasos marineros que debieron tomar esos rizos.

—El día 7 fue de espanto, según aseguran. El comandante decidió rendir a cubierta los masteleros y vergas de juanete. Pero, a pesar de este alivio, se producían balances tan violentos que se temía que el palo mayor acabara por venirse abajo, Cerraron la capa con velacho y mesana, por haberse desfondado la gavia. El buque americano, con buen criterio y pensando en sus maderas propias, tomó en la siguiente mañana la vuelta del norte, tras realizar señales al *Fernando VII* para que imitara sus movimientos. Pero no le era posible seguir tal indicación a Lama, porque se había aflojado la rueda del palo mayor y no se consideraba aconsejable recibir la mar de proa. Disparó varios cañonazos para avisar al comodoro en dicho sentido. Es muy posible que no pudieran oírlos por encontrarse el buque americano a barlovento. El triste caso es que el *Fernando VII* quedó en penosa soledad y con la situación de mar agravándose por momentos.

—Una situación espantosa. Además, subiría el nivel de agua de forma notable.

—A medianoche, informaron al comandante de que habían embarcado 30 pulgadas de líquido en media hora. Debieron pasar de utilizar una sola bomba de achique, a emplear las seis con que contaba el navío y a máxima presión, con casi todo el personal dedicado a dicha faena. El día 8 Lama reunió junta de oficiales. Se reconoció que la entrada de agua debía de producirse al haberse aventado un tablón en los fondos, sin posible enmienda. Así que se decidió dar al palo mayor todos los aparejos reales, al tiempo que se lanzaban al agua 13 cañones de la batería del combés y la cuarta ancla. También se repararon las bombas de picar con las piezas de respeto a disposición. Pero, como era previsible, comenzaron a faltar dichas piezas, acabando por quedar inutilizadas las bombas una a una. Faltaba la fragua, así como las tiras de cuero necesarias. Y de esta forma, en nueva junta de oficiales el comandante decidió aproar hacia el sur, para que el buque sufriera menos de empopada y poder aconcharse sobre la costa africana. Ten en cuenta que la escasa dotación no había descansado un solo minuto durante las dos últimas singladuras.

—Qué falta de previsión, Dios mío.

—Con la proa firme hacia el Sur, se avistó una fragata a bastante distancia. Estimaron con escaso realismo que podía ser la americana del comodoro y se le hicieron señales de auxilio, disparando un cañón cada quince minutos, como corresponde por norma. Creyó haber sido reconocido y aproaron hacia la fragata que, sin embargo, acabó por perderse en la distancia, momento en el que el *Fernando VII* volvió a aproar hacia Berbería, mientras el nivel del agua seguía creciendo de forma continua. Los hombres comenzaron a caer de desfallecimiento. El segundo comandante, teniente de fragata José Carlos de la Fuente, quiso dar ejemplo y al rollo se alistó. Para su desgracia, empleaba el cigüeñal cuando tomó girada de borda y sufrió una fuerte contusión en el pecho, debiendo pasar a la enfermería, que solamente contaba con un sangrador barbilampiño.

—Las desgracias se amadrinan en bola. ¿Consiguieron alcanzar la costa africana? —Mi impaciencia aumentaba conforme avanzaba el relato.

—En la amanecida del día 9 avistaron por fin la costa africana a unas 20 millas de distancia. El piloto reconoció con claridad el cabo Bujía al sudoeste. Conforme se acercaban a tierra, disminuyó la mar y el viento, aunque se produjo un role a lebeche y frescachón de fuerza, que contrariaba los planes del comandante. Por fortuna, la extenuada dotación comprendió que debía realizar un último y definitivo esfuerzo, y con las dos únicas bombas de achique a disposición, trabajaron como forzados. Porque, además, el buque debía realizar los mínimos bordos para cerrar distancias a tierra y pensar en una posible salvación.

—Joder, Beto, parece que me narras una historia de intriga con la necesaria lentitud. Entra de una putañera vez en el desenlace.

—Queda poco por contar, amigo mío. Como puedes imaginar, el agua subía de nivel a bordo sin descanso. En la tarde del día diez llegó a alcanzar una altura de nueve pies y cuatro pulgadas.

—¿Más de nueve pies de altura? ¿No se había hundido todavía con tanta agua en bodega?

—Milagrosamente se mantenía a flote, aunque bamboleaba con extrema pesadez. Pero como ya se encontraban a seis millas del cabo Bujía, el comandante, una vez escuchada de nuevo la junta de oficiales, decidió que no podían esperar un minuto más. Ordenó el abandono del buque y el embarque del personal en los botes. Comenzaron la penosa tarea con las mujeres, niños y pasajeros que, en número de 19, habían embarcado en Mahón.

—¿Con mujeres y niños a bordo de pasaje? ¡Por Dios! ¡Qué locura!

—Ya sabes que es norma habitual, aunque se podía haber evitado en esta particular ocasión. A continuación, abandonaron el navío los miembros de la tripulación, alternando españoles y americanos, sin más pertenencias que la ropa en uso. Por fin, quedaban a bordo solamente el comandante, el piloto y el teniente americano. Cuando los tres abandonaban el *Fernando VII*, comprobaron que el buque se horticaba de proa y comenzaba a sumergirse lentamente. Cuando todos alcanzaron tierra, desapareció el navío de tres puentes, última reliquia de la Real Armada que, en el siglo pasado, fuera temida por todos. La última gota que te comentaba. Bueno, es triste reconocerlo pero comenzamos a vivir de recuerdos.

—Al menos, parece que el comandante mostró el necesario valor y compromiso.

—En efecto. Su conducta fue elogiada por todos, especialmente por el teniente Culloh, en el informe que rindió a su comodoro, que he podido leer hace un par de horas. Pero en general, la dotación al completo se portó a la brava, de capitán a paje de escoba. Pero no creas que acabó aquí el calvario de esa pobre gente.

—¿Más penalidades?

—Bastantes. Porque una vez en tierra, apenas reunidos todos los náufragos en la playa, se vieron rodeados por el populacho de Bujía y los guardias del Dey de Argel. Sin miramiento alguno, con modos más propios de cuarteros y escasos detalles de benevolencia, fueron conducidos hasta la población. Una vez allí y escoltados por los jenízaros fusil en mano, los encerraron en una inhóspita prisión, como salteadores peligrosos y con centinelas en guardia. Como es fácil suponer, el comandante protestó enérgicamente, protestas apoyadas por el cónsul de España. Sin embargo, las malditas autoridades berberiscas contestaron que los americanos quedaban en libertad, pero los españoles serían retenidos por directa orden del Dey como rehenes en prenda. La razón esgrimida fue el apresamiento de un bergantín argelino que se encontraba retenido en Cartagena.

—¿Es posible consentir una conducta así, por fuera de toda norma legal? Había que darles badana roja a esos malditos de nuevo, como hicimos en 1782 bajo el mando de don Antonio Barceló.

—No vivimos en esos años ni de cerca, Santiago. Ni disponemos de suficientes unidades para lanzar una jomada de castigo contra Argel. La verdad es que ese bergantín había sido apresado junto a la torre del Estacio por la escuadrilla norteamericana, que lo entregó en el arsenal cartagenero. Nuestro Gobierno decretó su detención, hasta decidir sobre la legitimidad de

la presa que reclamaba el comodoro americano. Todo ello dentro de la más escrupulosa legalidad internacional. Y como resultó que la presa había sido realizada tras un combate en aguas territoriales españolas, se pidió satisfacción al Gobierno de los Estados Unidos.

—Parece que estos norteamericanos se mueven por el Mediterráneo como liebre en casa propia.

—Crece mucho su comercio e intentan apoyarlo con una fuerte Marina. No todos los Gobiernos son tan ciegos como el nuestro. Pero, en este caso particular, debemos encontrarnos agradecidos a su apoyo mariner, al que no estaban obligados. Por otra parte, parece ser que el Dey de Argel ha permitido la libertad de los españoles, al habersele asegurado que su bergantín quedaba libre para navegar.

—Lo que nos muestra una vez más la extrema debilidad de España como potencia, si es que podemos adjudicarle tal apelativo.

—Por supuesto. Ya se demostró en el Congreso de Viena, donde no se permitió nuestra presencia. Como decía el embajador británico a un amigo gaditano que me lo narró, sin Armada poderosa nunca seremos nadie. Hasta el Dey argelino nos impone condiciones por fuera de la ley. Y no somos capaces de darle una lección o imponerle sanciones. En fin, eso es todo, amigo mío. En conjunto, la pérdida del *Fernando VII* y sus secuelas conforman un suceso, de los que no elevan la moral precisamente.

—No es más que la palmaria demostración del real estado en el que se encuentra nuestra Armada. No somos capaces ni de marinar un navío desde Mahón hasta Cartagena. Que Dios nos ampare.

—Bueno, tampoco mudemos la peonza hasta el extremo. No es la primera vez que atravesamos por condiciones parecidas. Cuando don Felipe V alcanzó el trono español en los primeros años del pasado siglo, la Marina residual de los Austrias estaba compuesta solamente por unas pocas galeras desvencijadas y tres o cuatro galeones. Ahí la Armada partió de cero y alcanzó las cotas de su máximo esplendor.

—Pero con las minas de oro y plata americanas en pleno apogeo y remesas de millones de pesos día sí y otro también. De ahí la importancia de que sigan arribando a España los caudales de Indias. Pero si los rebeldes consiguen alcanzar sus propósitos y cortan el cordón umbilical con la Metrópoli, jamás se recuperará España de su estado actual. En fin, se trata de un círculo vicioso del que no podemos salir.

—Son muchas las esperanzas depositadas en el nuevo ministro de Marina, don José Vázquez de Figueroa. Confiemos en que sea capaz de...

—Por favor, Beto, no es cuestión de que en la Corte dispongamos de un ministro u otro. El anterior, Salazar, también despertó muchas esperanzas y acabó desterrado. Vázquez de Figueroa lleva casi un año en el cargo y nada ha cambiado. Si somos sinceros, sabemos muy bien que el problema se encuentra en Palacio, aunque no debamos repetir estas palabras fuera de nuestro hogar o quedaríamos extrañados en pocas horas.

—Muestro un total acuerdo a tu última afirmación —mi compañero bajó el tono de su voz, como si temiese ser escuchado por la policía política del Monarca—. La realidad es que los ministros no representan más que el papel de bufones o marionetas de pértiga. Quien manda en realidad es don Fernando y su funesta camarilla. Ahí es donde se ventilan los asuntos de Estado, por difícil que sea de creer. Y si analizas los personajes que le ríen las gracias al Monarca y lo aconsejan día a día, el ánimo más positivo se viene hasta los suelos. Ahí es donde se coreaba, entre risas, la famosa frase de nuestro Señor: tengamos poca Marina pero mal pagada.

—Llegó a Indias esa frase tan graciosa y ocurrente, que poco eleva la categoría del personaje. Pero me gustaría conocer un detalle, Beto. Mucho he oído hablar, y nunca bien, de esa camarilla palaciega que rodea a don Fernando. ¿De quién se trata realmente? ¿Qué personajes la componen?

—Lo que se entiende por personajes, pocos o ninguno. Un coronel de artillería que se encontró destinado más de dos años como edecán de don Fernando, me explicó hace algunos meses con detalle lo que muchos desconocen sobre ese grupete, que tanto daño hace al país. Como norma habitual, el personal de servicio de Su Majestad espera órdenes en la antecámara real, conocida popularmente como *la camarilla*. Cuando don Fernando no se encuentra en Palacio, pero con su permiso, en dicha camarilla se reúnen una serie de personajillos que, por su amistad e influjo sobre el Monarca, parecen ser los árbitros de los destinos de la nación. Y aunque sea indigno solamente pensarlo, siempre supeditados a su propia incapacidad intelectual, simples caprichos o, en la mayor parte de los casos, de sus intereses personales.

—Sí que es indigno pensar en dicha situación. ¿Sabes quiénes componen esa maldita camarilla?

—Bueno, no todos son mamporreros de caldera, que algunos presentan suficiente formación intelectual. Comenzaré por los más conocidos, como es el caso de don Pedro Gravina, Nuncio Apostólico de Su Santidad ante la Corte del Rey Católico. Como sabes, se trata del hermano más querido de...

—Lo conocí personalmente durante la larga enfermedad y penosa muerte de nuestro capitán general don Federico Gravina, su hermano. Creo recordar que se trataba del pequeño, uno de los cuatro entrados en religión.

—Así es. Parece ser que mucho goza con la intriga palaciega y lleva a don Fernando de la mano por donde le interesa o conviene. Como puedes imaginar, se trata de un absolutista acérrimo. Después entra en danza don Blas de Ostalaza, confesor del Infante Don Carlos. A pesar de su sagrado ministerio, es conocido en nuestra Corte por la grave y permanente inmoralidad de sus costumbres. Pero también por su severa inclinación a la hipocresía y adulación de todo personaje superior, si de él puede obtener algún beneficio.

—Con la Iglesia hemos topado, Beto.

—En efecto. A continuación tenemos al engreído Francisco de Córdoba. Mucho protestaba don Fernando por el rápido ascenso de don Manuel Godoy, promovido por sus padres. Pues este Córdoba ha pasado de modesto guardia de corps a detentar el ducado de Alagón en sólo cuatro años. Un caso ciertamente parecido al del semental extremeño. Pero seguiremos bajando de categoría, porque otro personaje es Antonio Ugarte. Aunque te sea difícil creerlo, este mostrenco consiguió elevarse desde la humildísima posición de sportillero a los salones de palacio. En estos días ostenta de forma oficial el cargo de Secretario íntimo de Su Majestad, Caballero de la orden de Santa Ana de segunda clase con diamantes, Comendador de la Orden de Dannebrog, Caballero Polar, condecorado con la Flor de Lis de Francia y con la Cruz patriótica de Madrid...

—Sólo le falta el Toisón.

—Seguro que se lo acabará concediendo el Monarca. A ver, quién más puedo citar de la camarilla... —Beto pensaba mientras mesaba sus cabellos—. Bueno, se me olvidaba otro filósofo de barrio chico. Me refiero a Pedro Collado, más conocido en la Corte como Chamorro.

—¿Quién es ese Chamorro?

—Ejercía de aguador en la fuente del Berro, cuando consiguió entrar en la servidumbre del Príncipe don Fernando. Según se asegura, Su Majestad depende de tal forma de sus habilidades, triquiñuelas y gracias, que no puede vivir sin su compañía.

—¡Por todos los cristos! ¡Vaya pandilla!

—¡Bueno! ¡Olvidaba uno muy importante y con mucha influencia en nuestro Señor! Nada menos que Dimitri Pávlovich Tátischev.

—¿Un ruso?

—En efecto. Se trata del ministro plenipotenciario del Zar Alejandro I en la corte de don Fernando. Un caballero nacido en el seno de una de las más antiguas y nobles familias rusas, pero con muy escasa fortuna. Tiene bien ganada fama de personaje ambicioso sin límites. Según parece, se encuentra casado con una hembra de extraordinaria belleza, posiblemente amante de su mujeriego emperador, circunstancia que debió promocionarle en carrera avante. Ha sido el encargado de conseguir que don Fernando establezca unas relaciones extraordinarias con el Zar Alejandro I, en detrimento de las mantenidas con Gran Bretaña. Y a don Fernando le encanta el papel que juega en Europa el Zar absoluto. Después de todo, dirige su pueblo en la misma forma en la que él desea reinar. En los últimos años, la camarilla ha mudado alguno de sus miembros, caído en desgracia, pero siempre permanece el ruso, que adquiere mayor y mayor influencia.

—Vaya con el personaje extranjero. ¿No pasará su esposa por la alcoba regia?

—No creo que importara mucho al embajador, si de esa forma consigue algún propósito o cierra un negociete especial. En Madrid es conocido por sus muchas y elevadas deudas, al no poder llevar la vida deseada con su escasa remuneración. También padece algunas debilidades muy costosas. Hace algunos meses, incluso se corría el comentario de que, con motivo de la onomástica del Zar, fiesta nacional rusa, las autoridades y personalidades de la Corte recibían un billete impreso en el que se notificaba: El Ministro de Rusia ruega al señor xxx, que le disculpe si no celebra una recepción en su residencia con motivo de la onomástica del Zar, por carecer de fondos para llevar a cabo tal evento.

—No puedo creerlo en un embajador, que representa al emperador de tan poderosa nación —sonreía de buen humor, al tomar a chanza el comentario de Beto. Sin embargo, la seriedad de mi compañero se mantenía imperturbable en su rostro.

—Pues créelo porque no se trata de bulo corrido sino de una comprobada realidad. Mira, Santiago, hay quien asegura en la Corte, que este diplomático ruso es el verdadero ministro de Estado y que actúa como árbitro de la política exterior española.

—¿Un diplomático ruso ha podido alcanzar un valimiento de tal altura sobre el Rey de España? Te juro, Beto, que me dejas anonadado. Y creo todo lo que narras, porque sé que no mentirías. ¿Cómo es posible que se alcance tal degeneración y falta de categoría personal en quien detenta el Trono?

—Porque nuestro Señor solamente piensa en él, en sus diarios caprichos y en su vida disipada. Créelo sin dudar, amigo mío. Conociendo los hábitos y forma de ser de don Fernando, este personaje ruso encaja en el escenario a las mil maravillas.

—Debo declarar con cierta vergüenza, que con cada nueva cualidad de don Fernando llegada a mis oídos, más descrédito me produce su persona. Y se trata de nuestro Monarca absoluto. Qué razón tenían quienes aseguraban que debíamos recibir al Rey con gozo de su exilio, pero con una constitución en la mano que limitara sus poderes.

—Muchos se mueven en ese sentido todavía. El sentimiento de libertad que se vivió con la Constitución no puede ser aplacado al fuego. Muchos generales del Ejército se arrepienten ahora de haber encumbrado y apoyado a don Fernando durante los primeros días tras su regreso de Francia, para que aboliera la Constitución y reinara con el mayor absolutismo. Pero esos no darán un paso hacia delante, puedes estar seguro. Por el contrario, parece que algunos oficiales de media graduación conspiran a milla larga. Son bastantes los proyectos de asonadas que se han descubierto en los últimos meses con suficiente adelanto, pero estoy seguro de que alguna acabará por triunfar. No se puede mantener este estado de cosas.

—Te veo muy metido en el papel de los liberales, Beto, a los que defiendes. Bueno, la verdad es que siempre hemos pensado así.

—Desde que don Antonio de Escaño nos recomendaba pensar con lucidez pero mantener la boca callada. Porque no se trata solamente de ser liberal, sino de pensar con un dedo de frente y presentar la suficiente dignidad. Esta situación es insostenible y el absolutismo acabará por ser una lacra en desuso en toda Europa. Pero aquí hay que moverse con cuatro ojos a la espalda. Ya ves lo que sucede y lo que a punto estuviste de sufrir, solamente por haber visitado a don Cayetano Valdés en su prisión.

—Tienes toda la razón. Qué mal pintan los oros en España, allá por donde mires. Siempre he sido optimista sobre nuestro futuro y creo en las posibles soluciones. Pero en el caso actual, nos hace falta un empujón de gigante.

—Más que un empujón, Santiago, nos hace falta un milagro. Pero un milagro de los que producen santificación inmediata.

No me sirvió la conversación mantenida con Beto para elevar las campanillas una sola cuarta. Bien es cierto que en mi caso mostraba protestas de cristal y más aparentes que reales. Porque mantenía una vida cómoda, regalada y poco o nada podía quejarme. No sufría ninguno de los inconvenientes que la situación generaba, salvo ese resquemor y desencanto

que la situación de España me producía en el pecho. En cuanto a mi papel en la Armada, quedaba reducido a cero y no atisbaba en el futuro cambio alguno, aunque en este particular caso me equivocara de parte a parte.

* * *

La segunda andanada contra los ojos la recibí pocas semanas después, y de grueso calibre. Había pasado con Beatriz a las tierras de Extremadura, donde disfrutamos por largo cabalgando entre árboles y pastos de la hacienda El Bergantín. Para satisfacción propia, creí entrever cierto regocijo en Beatriz, al menos por ese predio extremeño que tanto había significado en la vida de los Leñanza. Y fue en aquella hermosa tierra, precisamente, en la que Beatriz me ofreció la más esperada de las noticias, al comunicarme que esperaba un hijo. Allí mismo lo celebramos con escasos y casi desconocidos comensales, aunque la alegría en mi pecho no cesaba de aumentar. Una vez remansado el espíritu y deseando comunicar la buena nueva al resto de la familia, decidimos regresar a Cádiz.

Llegué a pensar en la oportunidad de pasar a la Corte y presentar mis respetos a Su Majestad, cuya mano todavía no había besado desde que me concediera la faja y la sucesión del ducado de Montefrío. Se trataba de norma antigua, caída en desuso para los que no residían en la Villa cortesana. Pero sentí una inmensa incomodidad al pensar en enhebrar charla con quien tan poco admiraba, y rectifiqué para regresar hacia el sur, como si un ángel me avisara de que se trataba de cuestión importante.

Cuando arribamos de nuevo al palacete gaditano, me encontré con el rostro de Rosalía, enrojecido por las lágrimas. Pensé inmediatamente en la posible muerte de nuestra madre y así la interrogué.

—¿Qué ha sucedido, Rosalía? ¿Nuestra madre? ¿Acaso ha...? —las palabras se quebraron a medio camino, como si lanzándolas provocara el peor de los sucesos.

—Nuestra madre se encuentra muy mal, Santiago. No ha muerto, pero según el cirujano Méndez, pocos días le restan para abandonarnos. Es horrible, horrible.

Rosalía se apretó a fuerza de martinete contra mi pecho, buscando quizás el consuelo que nadie le podría otorgar, al tiempo que comenzaba a sollozar sin posible freno. También yo sentí cómo se cerraba el nudo alrededor de mi garganta, al tiempo que el corazón se agitaba en dolor de cuartos. Por unos instantes pasaron por mi cabeza a renglón rápido diversas estampas de mi

existencia, con la imagen de María Antonia prendida en todos los momentos importantes.

Era ley de vida, desde luego, pero nunca podemos amoldarnos a esa etapa que todos han de atravesar, especialmente cuando se refiere a personas que queremos con verdadero amor. Besé con ternura a mi hermana, al tiempo que le ofrecía palabras en intento de alivio.

—Debemos aceptarlo por mucho que nos duela, hermana. Todos hemos de morir algún día. Ahora desearía verla. ¿Se encuentra consciente?

—Solamente en algunos momentos. Cuando se le agita la respiración, entra en profunda modorra de la que no sabemos si llegará a salir.

Con Rosalía tomada de la mano, alcanzamos la alcoba de María Antonia.

Y de nuevo sufrí un profundo dolor con dentelladas de fuego, al comprobar el penoso estado de nuestra madre. Parecía dormir plácidamente, por lo que enlacé una de sus manos con extrema suavidad, al tiempo que tomaba asiento a su lado.

Y así me mantuve durante bastante tiempo, acariciando su piel todavía suave, sin dejar de observar un rostro estragado por la muerte cercana. No obstante, recibí una fuerte sorpresa cuando, de pronto, abrió los ojos y los dirigió hacia mí. Comprobé que se dulcificaba su mirada. Entendí que me había reconocido, lo que quedó confirmado por sus palabras, emitidas en un tibio susurro.

—Santiago... Me alegro de que hayas regresado antes de que... de que me marche para siempre —parecía respirar a fondo para lomar fuerzas y seguir hablando—. Ya veo a lo lejos las figuras borrosas de quienes me esperan con los brazos abiertos. Santiago, mi hijo más querido —ahora era ella quien intentaba acariciar mi mano con la suya—. Quiero elevarte una última petición, posiblemente repetida en el tiempo. Es muy importante para que pueda conseguir la paz definitiva. Debes mantener unida esta familia al precio que sea, hijo mío. Que nada ni nadie pueda romper los lazos de hierro que forjamos.

—No se preocupe, madre. Intentaré seguir todos sus consejos sin desviarme una pulgada.

—Sé que lo harás. También deseo ser enterrada en la ermita de Santa Rosalía, junto a los seres queridos.

—Así se hará, madre, no lo dude.

—No deseo partir con carga alguna en el pecho. No puedo callar —ahora me miraba con extrema seriedad y la duda reflejada en su rostro—. Te deseo

toda la felicidad del mundo, Santiago, pero debes..., pero debes tener mucho cuidado con Beatriz.

—¿Cuidado? Ya la cuida mucho, madre.

—No me refiero a eso, hijo mío. Eres demasiado bueno y confiado. Pero, por Dios, no dejes que te haga daño esa mujer. Su mirada..., su mirada...

Fueron las últimas palabras que pronunció aquella extraordinaria mujer, a la que tanto debíamos. Creí que me seguía mirando y esperaba que continuara aquellos extraños términos, que habían conseguido helarme el corazón. Pero pronto comprendí que ya no se encontraba entre nosotros. Fue Rosalía quien me hizo regresar a la realidad, al escuchar sus gemidos descontrolados. Por mi parte mantenía todavía su mano, que apreté con todo el cariño que podía entregar. Y sin querer, como si se tratara de las aguas de un río que rebosan su cierre, las lágrimas comenzaron a correr por mis mejillas. No sé cuánto tiempo me mantuve en aquella situación, una mezcla de amor desgarrado, dolor y lágrimas sin un solo movimiento por mi parte. Por fin, dejé caer mi cabeza contra su pecho, al tiempo que Rosalía se apretaba una vez más junto a mí. Escuché sus palabras entrecortadas.

—Es terrible, Santiago. Nuestra madre nos ha dejado. Ya no nos queda nadie en este mundo.

—No digas eso, Rosalía. Nos queda el recuerdo de su infinito amor, que jamás olvidaremos. Pero también nos tenemos a nosotros, a Beto, a Beatriz y a nuestros hijos. Debemos trasvasar todo el amor que nos entregó María Antonia a las nuevas generaciones.

Rosalía no pudo contestar a mis palabras. Su amor por nuestra madre había sido inmenso y sin posible comparación, unida a ella día a día desde que disponía de uso de razón. Acabó por arrebujarse en la cama, tomando las piernas de María Antonia a través del cobertor y llorando con gemidos que atravesaban el alma más bragada. Comprendí que comenzaba una nueva etapa de mi vida, cuando quedas en cabeza de toda una familia sin protección anterior. No obstante, por detrás de la cortina y en un rincón de mi cerebro se repetían las últimas palabras de quien tanto me había querido: Su mirada..., su mirada... ¿Qué había querido decir? ¿Desconfiaba de Beatriz? ¿Por qué? ¿Intentaba protegerme? Pero ¿de qué o de quién? Me abracé de nuevo a Rosalía para llorar aunque, en el fondo, deseaba alejar los últimos pensamientos.

Seguimos al pie de la letra todas las disposiciones que dejara escritas de su propia mano María Antonia. Oficiamos la misa de cuerpo presente por la salvación de su alma en la iglesia del Carmen. Una ceremonia sencilla y

restringida a la familia, como había exigido. Aunque nos ofrecieron una inhumación con certificado de eventualidad para llevar a cabo más tarde el traslado definitivo, decidí atacar el toro por los cuernos sin mayor espera. De esta forma, tras la ceremonia y con permiso de la Autoridad eclesiástica, tomamos el féretro para que fuese trasladado hasta la hacienda de Santa Rosalía, en cuya ermita sería definitivamente enterrada.

El largo trayecto desde Cádiz hasta la hacienda metida en tierras murcianas se hizo insoportable desde cualquier punto de vista. Demasiadas leguas para unos cuerpos estragados hasta la copa del alma, especialmente los de las mujeres con muchos días de emoción contenida y noches de vigilia y velatorio. Decidí tomar la comisión sin prisa alguna y los necesarios descansos, ampliados si lo consideraba necesario, condición que mucho agradecía el especial carruaje fúnebre que transportaba los restos de nuestra madre. Y aunque el camino que se dirige hacia el levante no es tan peligroso como el que de la Corte baja hacia las Andalucías, con bandoleros y salteadores en peligroso acecho, acoplamos un carruaje con hombres bragados de la casa y armas a disposición de todos, que nunca es poca la necesaria prevención. De esta forma, hicimos noche galana en numerosas ventas de camino, seleccionadas con antelación. Y sin noticias de porte, una semana después, apenas cruzada la meridiana, atravesamos la hermosísima ciudad de Murcia, regada su incomparable huerta por el caudaloso río Segura, embravecido por las recientes lluvias.

Fue poco después, una vez traspuesto un puente de escasa fortaleza, con los torrentes besando su cimera, cuando debimos sufrir una nueva parada, en esta ocasión por fuerza del carruaje negro que mostraba avería en una de sus ruedas traseras. Detuvimos la caravana en un rollo de sólida edificación, de los utilizados como picota o en penas de vergüenza pública, rodeados de limoneros y naranjos en flor. Recuerdo como nota dominante de aquel momento, el penetrante y agradable perfume de azahar que nos envolvía en suaves oleadas. Por fin, los cocheros y criados consiguieron reponer en sitio y forma el eje trasero dañado, con lo que pudimos encarar las últimas leguas del camino.

De nuevo en movimiento a ritmo de escarcha, abandonamos el camino que continuaba por derecho hacia la capital departamental de Cartagena, para virar en dirección a la vereda de Granada. Y sufrimos la diferencia en los higadillos, porque la nueva senda nos castigó en los primeros momentos con un piso en infame estado, al punto de necesitar abreviar el paso de los animales todavía más, hasta el límite del cornejo. Por fortuna fue cosa de

media legua solamente, con lo que restablecimos la marcha al ritmo normal en pocos minutos. Pero tal y como suponía, conforme dejábamos las aguas por nuestra popa, Rosalía creyó que comenzaba a percibir el perfume de la inolvidable hacienda de nuestra niñez, lo que le hizo entrar en nuevos lagrimeos y suspiros. Beto, atento de forma permanente a su esposa, la consoló una vez más, hasta conseguir que recobrase el ánimo.

Atravesamos las villas de Mula y Bullas sin que nadie les prestara excesiva atención. Y en verdad que se trataba de un sorprendente e inesperado detalle, tras haber intentado explicar a Beatriz cada punto notable en las muchas leguas corridas hasta el momento desde las tierras andaluzas. Pero también yo entraba en recorrida de nervios propios, pendiente en todo momento del horizonte anclado en el más allá, como si esperase que se abriera la especial visión a la vuelta de cada virada. Y de esta forma, con los recuerdos prendidos a corcheras en la mente, evoqué muchas y dulces ocasiones anteriores, en las que cruzara por el mismo camino entre risas y bromas infantiles, normalmente acompañados por María Antonia.

Eran ya demasiados los baches y las roderas atravesadas, lo que nos golpeaba el cuerpo de forma repetida, como trancazo en moretón. Tras una curva cerrada, nos elevamos sobre un pequeño cerro, desde donde divisamos un largo y hermoso valle que serpenteaba de forma caprichosa, delineado por un río. El camino parecía haberse deteriorado todavía más, por lo que los movimientos se hicieron bruscos y periódicos. Poco después, fue Rosalía quien hubo de golpear el vidrio frontal con energía, avisando a Miguelillo para que ordenara al cochero entrar en el pequeño camino que se abría hacia la derecha. El joven criado en aquellas tierras afirmó con la cabeza, como si se extrañara de que lo guiaran por las que consideraba tierras propias, allí donde había nacido y cruzado sus primeros años de vida. Cuando por fin embocamos la angosta vía de tierra suelta, dejamos la villa de Cehegín perdida a la vista en la lejanía, cuajada por un manto semejante a la boria matinal de la mar.

Recorrimos un largo trecho, subiendo y bajando vertientes, a cuyos lados se aparecían extensas tablas de cereal, viñedos y, por fin, un profuso campo de olivos. Todo se mantenía en mi cerebro como grabado a fuego y parecía revivir inolvidables momentos que ahora tomaban vida propia. Pero fue al bajar una loma más pronunciada, con los tiros embridados al freno, cuando se apareció la esperada visión. Allí abajo, donde el río Quipar dibujaba una caprichosa y pronunciada curva, permanecía abrazado lo que años atrás nos

parecía un auténtico castillo medieval. Fue el momento en el que Rosalía, con la cabeza por fuera del carruaje, apretó mi mano con fuerza.

—¡Mira, Santiago! —Me señalaba en la dirección que ya conocía, con infantiles aspavientos de alegría—. Nada ha cambiado. Regresamos a nuestra casa.

—Ya lo veo, hermana. ¿Recuerdas cuando llamábamos al palacio como el castillo del Cid Campeador?

—Desde luego que parece un castillo —afirmó Beatriz, que mostraba asombro en su rostro por primera vez.

—Una muy acertada comparación, que de ahí le viene su nombre —insistía mi hermana con alegría—. Debes saber, Beatriz, que su verdadero nombre es El Castillo de Santa Rosalía.

Conforme avanzábamos por el camino, el edificio se hacía más colosal, agigantándose poco a poco ante nuestros ojos. Disponía de un cuerpo central rectangular de enormes dimensiones y doble planta, flanqueado por dos torreones almenados de impresionante altura y robustez. Llamaba la atención el material elegido para su construcción, una piedra jaspe rojiza sobre sillería, que le ofrecía un aspecto sobrecogedor. Expuse con detalle a Beatriz las explicaciones escuchadas a mis padres, sobre cómo la hacienda había pasado a formar parte de la casa de Montefrío.

—La historia de este magnífico predio se remonta a la enajenación por el Rey Felipe V de las tierras baldías y realengas, así como la posterior confiscación de los bienes y temporalidades de los jesuitas por nuestro Señor don Carlos. La hacienda había pertenecido, precisamente, a la denostada orden fundada por San Ignacio de Loyola, pero el viejo y sagaz duque de Montefrío, mi abuelo por vía materna, gracias a las maniobras llevadas a cabo desde su privilegiado puesto en la Secretaría privada de Su Majestad don Carlos el Tercero, consiguió hacerse con ella a un precio más que asequible. Se trata de un paradisíaco conjunto de tierras fértiles en las cercanías de Cehegín, regadas primorosamente por el río Quipar. El nombre de Santa Rosalía era, sin embargo, de nuevo cuño, un capricho de mi abuela.

—¿En tu honor? —preguntó Beatriz a mi hermana.

—Nada de eso —Rosalía sonrió ante la inocente pregunta—. Por aquella época ni siquiera había nacido mi madre.

—En realidad —retomé la narración—, la hacienda fue denominada en sus orígenes como El Castillo de la Ribera, un nombre muy ajustado a la realidad de lo que acarician nuestros ojos, al vadear la pronunciada loma que la circunda. Según leyenda transmitida en el cercano pueblo de Cehegín de

boca en boca, el castillo había sido construido en la más remota antigüedad por los tenebrosos caballeros de la Orden del Temple. Sin embargo, te aseguro que se trata de unos datos con escasa credibilidad. Según comentaba mi abuelo, aquella proscrita Orden templaría dispuso de poca presencia en estos rincones del sudeste español, por lo que no era posible tal afirmación. Él se inclinaba más a que su primitiva edificación se debiera a la mano de los caballeros de la Orden de Santiago o de Calatrava, aunque los jesuitas se llevaron el archivo y, por desgracia, se perdieron las pistas. De todas formas, se puede conjeturar con bastante exactitud su construcción inicial en los años finales del siglo XI, aunque sufrió muchas restauraciones posteriores. La última de ellas bajo la experta mano de nuestra abuela, que acabó por volver locos a constructores, carpinteros y demás operarios contratados para la faena.

—¿De dónde procede el nombre? —Preguntó Beatriz, interesada—. ¿Acaso una especial devoción a Santa Rosalía en la familia?

—Nada de eso, querida. Rosalía era el verdadero nombre de mi abuela, que le tomó un cariño muy especial a esta hacienda, hasta convertirla en su retiro favorito. Por tal razón, mi abuelo creyó oportuno cambiar la denominación primigenia, y así borrar cualquier recuerdo de la depredación cortesana. De esta forma fue santificada con el nombre de Santa Rosalía, y así bendecida por cardenales y obispos en singular ceremonia religiosa. Y según comentaba mi tío Santiago entre sus continuas bromas, el incienso utilizado en la ocasión fue de tan profusa proporción que hubo necesidad de ventilar el palacio durante varias semanas y, aun así, se percibía el divino aroma en algunas estancias.

Una vez instalados en la hacienda cuando ya las luces del sol comenzaban a declinar con fuerza, recobré la serenidad al tiempo que un ansia por vivir intensamente se apoderaba de mí. Dejamos para la mañana de la jornada siguiente la ceremonia de inhumación, al tiempo que enviábamos a Miguelillo a la cercana villa de Cehégín para que diera aviso al cura de la iglesia parroquial de Santa María Magdalena, que normalmente oficiaba los domingos en la ermita de la hacienda.

Como la decisión de utilizar la pequeña ermita para los enterramientos familiares había dado comienzo tras el inesperado fallecimiento del tío Santiago, abandonando el uso del megalómano y pretencioso panteón familiar instalado en la Corte por mi abuelo, no se había planificado su distribución correctamente. En sus últimos dictados, María Antonia estipulaba con claridad su deseo de quedar arropada entre las tumbas de sus dos esposos, el tío Santiago y mi padre. Se trataba de una operación difícil de conseguir, que

hizo necesario el concurso de varios albañiles para el necesario corrimiento. Sin embargo, el momento definitivo de dar tierra al cuerpo de nuestra madre fue triste y emocionante. Incluso mi sobrino Beto e hijo Francisco, únicos miembros de la siguiente generación autorizados para el traslado, se emocionaron con claridad aunque, en verdad, ya mostraran trazas de verdaderos hombres. Porque al tiempo que el féretro de María Antonia descendía tierra adentro, leíamos los nombres de otros Leñanza y Cisneros, así como el del negro Setum, una anomalía eclesiástica por ser musulmán, aunque nada lo delatara en su lápida. Asimismo, otra pequeña placa de mármol recordaba al fiel Okumé, cuyo cuerpo minado por la epidemia debía de reposar en el fondo de las aguas.

Permanecimos una semana en la hacienda de Santa Rosalía. Además de ofrecer varias misas por el alma de María Antonia, las hicimos extensivas al resto de la familia. Los recuerdos regresaban en bandada y se me aparecían con claridad en el cerebro mi padre, las dos madres queridas, la prima Cristina, aquella hija que no llegué a conocer, en fin, una barahúnda y funesta mezcla que azotaba mis pensamientos. No obstante, también gocé al mostrar a Beatriz El Castillo, como llamábamos al palacete en familia, así como las tierras cercanas. Debido a su embarazo no se le recomendaba la cabalgada, por lo que restringí ese hábito.

Quien más gozó de aquellos días fue Miguelillo, al reencontrarse con sus padres y hermanos. Por fin pudo narrarles sus infinitas aventuras por tanta tierra desconocida y mares embravecidos del Norte y del Sur. Sin olvidar los naufragios de la corbeta *Mosca* y del bergantín *Palomo*, de los que había salvado la vida milagrosamente sin ser capaz de dar una brazada sobre las aguas. Imaginaba sus narraciones al calor de la chimenea, mientras todos los miembros de la familia lo escuchaban admirados. Pero como todo acaba en esta vida del Señor, llegó el momento del necesario tornaviaje. Y digo necesario porque había niños que atender en Cádiz, además de la necesidad de estar atentos a posibles llamadas a Beto, pendiente todavía del Consejo de Guerra.

El regreso hacia las Andalucías se hizo más llevadero, aunque pareció que el silencio había tomado el dominio absoluto del ambiente. Cada uno dejaba volar en libertad sus propios pensamientos, centrados en las experiencias pasadas y deseos futuros. En cuanto a mí y como frase en permanente recalada, no podía apartar de la sesera las últimas y enigmáticas palabras de María Antonia, cuyo real significado intentaba una y otra vez descifrar y comprender. Por tal razón, a veces observaba a Beatriz a hurtadillas,

intentando descubrir alguna pista en su mirada, lo que al mismo tiempo me avergonzaba por las dudas que generaban sobre mi esposa.

Alcanzamos el palacete de la calle de la Amargura con el ánimo bastante caído. Por primera vez en mucho tiempo, sentí que la monotonía de mi vida podía comenzar a pasar factura. Porque nada en el horizonte cercano amparaba algún destello de interés. Sin embargo, pronto se alzó la marea, como si, de repente, esa costumbre tan habitual en la Armada de acelerar nuestras vidas al disparo de bombarda, hubiera aparecido desde un rincón perdido y olvidado. Nada más entrar en el patio, el viejo Martín, que quedara al cuidado de casa, niños y bienes, se acercaba hasta mí con cierta urgencia.

—Han venido dos veces preguntando por vos, señor. Oficiales de uniforme.

—¿Oficiales de uniforme? ¿De la Armada?

—Así es, señor. En la primera les informé del fallecimiento de la señora y la necesidad del viaje para su enterramiento. En la segunda, tres días después, un teniente de navío me entregó este recado para que lo leyera en cuando apareciera por Cádiz.

Martín me entregaba un pliego doblado a cuartos y lacrado en punta, que tomé con rapidez. Descalqué el lacre con los dedos, para pasar a leer el mensaje.

—¿Qué sucede? —preguntaba Beto.

—Pues que debo presentarme al capitán general del departamento a la mayor brevedad posible. ¿Cuándo te entregaron este recado, Martín?

—Anteayer por la mañana, señor.

—Bueno, no es hora de marchar tan tarde en alocado peregrinaje. Mañana a primera hora me trasladaré a capitanía. Que preparen el carruaje, Barbate.

—Muy bien, señor.

—¿Qué deseará de ti el teniente general don Baltasar Hidalgo de Cisneros? Bueno, con tu habitual suerte, es muy posible que te concedan el mando de alguna...

—No digas bobadas, Beto. Eso es imposible y lo sabes muy bien. Puede tratarse de alguna comisión de estudio u otra estupidez parecida. No me preocupa en absoluto. Mañana saldremos de dudas.

—No confíes una ligera mota en el teniente general Hidalgo de Cisneros. Poco me gusta el personaje.

—A mí tampoco, aunque poco he oído sobre su vida y carrera.

—No quedó bien aclarada su actuación en Cartagena cuando el populacho asesinó de forma salvaje a don Francisco de Borja, marqués de los Camachos

y capitán general del departamento, a quien sustituyó en el cargo. Pero tras las noticias que me narraron en Montevideo, tampoco destaca su actuación en Buenos Aires como último virrey español, con escasa previsión de los acontecimientos que le hicieron abandonar el Río de la Plata a bordo de una balandra mercante con destino a España. Podía haber pagado al capitán para que lo dejara en Montevideo y, de esa forma, dirigir el conflicto. En mi opinión, se trata de un personaje con más sombras que luces. Y plegado por completo a los deseos de su Señor. Ahora presume de un furibundo absolutismo, una posición bastante lejana de la esgrimida en Cartagena en 1808.

—Ya veo que no sientes una admiración entusiasta y decidida por el personaje. En el combate de Trafalgar, en el que izaba su insignia de jefe de escuadra a bordo del navío Santísima Trinidad, en el que murió mi hermano Francisco, fue herido.

—¿Herido? Vamos, Santiago. Una leve contusión sin mayor importancia. Rindió el Trinidad.

—Bueno, mañana te contaré mi experiencia con tu admirado general.

—¿Tendrás que embarcar? —escuché la voz de Beatriz a mi lado.

—No deseo faltarte a la verdad, querida. Mucho me gustaría, pero no es posible. No creo que sea nada de mayor importancia.

A pesar de exponer tales argumentos al resto de la familia con entera convicción, la moscarda se mantenía en vuelo permanente. Me extrañaba aquella expresión de, a la mayor brevedad posible, en la nota recibida de Capitanía. Como tantas otras veces, podía conmigo la simple curiosidad. Pero nada podía aventurar hasta la jornada siguiente. ¿Qué me tendría reservado la Armada en esta ocasión? La verdad es que me encontraba muy lejos de poder suponer la causa de la llamada, así como los acontecimientos que de ella se derivarían.

9. Nuevo escenario

A primeras horas de la mañana siguiente, cuando el sol comenzaba a mostrar su disco rojizo mar adentro, tomé el carruaje alistado a la puerta del palacete, con Barbate a mi lado. El joven gaviero de la pata de palo, convertido en mi criado personal a bordo de la fragata Proserpina, del navío Asia y del bergantín Potrillo, fiel a mi persona hasta alcanzar las cumbres, se mostraba de excelente humor, como si nos dirigiéramos a recibir el mayor de los honores. Y como era incapaz de mantener el silencio cuando barruntaba noticias de orden, entró pronto en danza.

—Seguro que el señor va a recibir el mando de una poderosa escuadra y regresaremos a las Indias para poner orden en aquella trifulca.

—Vamos, Barbate, baja al mundo de los vivos y deja los cuentos de gigantes a la banda. Por mucho que nos pese, no hay poderosa escuadra que mandar en estos días. Es cierto que se preparan algunos buques menores y se espera que arriben otros adquiridos en el extranjero, para escoltar las tropas hacia Buenos Aires. Pero ningún jefe de escuadra mandará dicha fuerza con tropas del Ejército en elevado número, como es la ocasión presente. Bastará con un sencillo brigadier, si se sigue la norma establecida hasta ahora.

—El señor tendrá razón, como siempre. Pero un duende me avisa con fuerza de que recibirá una comisión importante en pocos días.

Como me sabía incapaz de convencerlo, dejé volar los pensamientos en silencio y libertad. Debo reconocer que en aquellos momentos me encontraba pleno de optimismo y con el ánimo en alza. Tras una generosa colación matinal, con soberbias tajadas de tocino y migas lechadas en impenitente doblete, me consideraba dispuesto de cuerpo y alma para encarar lo que, muy dentro de mí y a pesar de las opiniones elevadas entre la familia, consideraba como un posible y nuevo envite en mi carrera. Y no estimen que vuelva a presumir de percibir el olor de la sangre en anticipo o de brujo santero, que atisba el futuro con huesos de ave entre los dedos. Nada de aquellarres

nocturnos o frutas de pasión. Tan sólo me ceñía a las cartas realmente lanzadas sobre la mesa. Durante la noche, atravesada casi en absoluta vigilia y permanente movimiento sobre el lecho, había trasegado en el cerebro muchas ideas y posibilidades, hasta alcanzar algunas conclusiones que marcaban el camino con cierta garantía. No obstante, es muy cierto que la vida nos reserva sorpresas de todo tipo, como las aguas de la mar en su periódico vaivén.

Como la impaciencia era una característica inamovible en mi vida, por mucho que los entorchados de oro aumentaran en las vueltas, una vez acomodado a bordo del landó familiar y sin esperar un segundo más, ordené al veterano Rafael que azuzara los animales en demanda de la Real Isla de León. Porque yo, en verdad, prefería seguir denominando a la singular villa por su hermosa y secular apelación, en lugar de aquella otra que ensalzaba a un Monarca al que poco o nada estimaba, por duro que tales palabras sean de escuchar en boca de un general de la Real Armada.

La urbe gaditana comenzaba a despertar del diario letargo, por lo que a través del Arrecife^[41] apenas cruzamos paso con persona o cabalgadura alguna. La mar se encontraba en cuajo de plata, con el viento caído a plomo llano y sin que un miserable vagajillo^[42] elevara una mínima cresta. De esta forma y aunque intentara enhebrar pensamientos gozosos en extremo, una y otra vez mi mente se centraba en la urgencia impuesta a mi visita por la máxima Autoridad del Departamento Marítimo, único aspecto del recado recibido que gimoteaba tripas adentro.

Una vez arribado al palacio de Capitanía General, aunque el edificio desmereciera claramente de dicha oficial denominación, fui acompañado por un oficial de guardia con bastantes quinquenios a la espalda hasta el despacho del ayudante de jornada. Allí me encontré con un capitán de navío de espesa barba y corta alzada que, a pesar de su intento, no podía enmascarar un rostro extremadamente juvenil. Al comprobar mi presencia en la estancia, abandonó su asiento con rapidez para acercarse hasta mí y cumplimentarme en normas.

—Buenos días disfrute el señor general. Queda a vuestras órdenes y servicio el capitán de navío Agustín Maldonado, ayudante de jornada del capitán general del Departamento Marítimo.

—Encantado de conocerle, Maldonado. Recibí en mi domicilio un recado en el que se me indicaba presentarme al capitán general a la mayor brevedad. Por encontrarme ausente de la plaza en resolución de asuntos particulares, no he podido cumplimentarlo hasta hoy.

—En ese caso, supongo que sois el jefe de escuadra don Santiago de Leñanza, duque de Montefrío. Ahora mismo doy aviso de su llegada al

capitán general.

Maldonado desapareció por una puerta lateral en silencio, para regresar con extrema rapidez y una sonrisa de satisfacción en su boca.

—El capitán general os espera, señor general.

Cuando penetré en la sala de trabajo del capitán general, me llamó la atención comprobar que el teniente general don Baltasar Hidalgo de Cisneros se mantenía con un aspecto joven y vital, aunque se encontrara a muy pocos meses de entrar en la estadía del sesentón. No lo veía desde los días previos al combate del cabo Trafalgar, doce años atrás, pero muy poco había variado su físico. De figura estilizada, exponía movimientos ágiles y rápidos, cercanos quizás a un excesivo nerviosismo. Con su habitual cara en filo de aguja y nariz perfilada, mantenía un buen tono de cabello, apenas con vetas grises y caída frontal romana que parecía ocultar las zonas menos espesas. No obstante, su penetrante mirada ofrecía escasa confianza, como si sus pensamientos navegaran por delante a bastantes millas.

Me dirigí con decisión hacia él, para entrar en normas de ordenanza.

—Quedo a las órdenes del señor capitán general con el debido respeto. Jefe de escuadra francisco de Leñanza a vuestro servicio.

—Por favor, general Leñanza, apee el trato formal. Me alegro mucho de verle. Tome asiento a mi lado —tras rodear su mesa de trabajo, me prendía del brazo de forma afectuosa, para conducirme a dos sillones enfrentados junto a los ventanales de poniente. Al mismo tiempo, repasaba mi figura con una sonrisa abierta de confianza y satisfacción—. Tan joven y ya todo un jefe de escuadra. Cómo pasa el tiempo, Dios mío. Mucho recuerdo a su padre, especialmente a lo largo de aquel nefasto año de 1805, cuando se encontraba a bordo del navío insignia con nuestro querido general Gravina y mano a mano con su gran amigo don Antonio de Escaño. Debe saber que admiraba mucho a su padre, un extraordinario oficial que no debía haber perdido la vida tan joven.

—Le agradezco sus palabras como se merecen, señor.

—Perdone mi falta de delicadeza, Leñanza. En primer lugar, debería haberle expresado mis más sinceras condolencias por la muerte de la señora duquesa viuda de Montefrío. Una gran dama, a quien tuve el placer de conocer hace algunos años. Ya me comunicaron que debió trasladarse a tierras murcianas para su definitivo enterramiento en el panteón familiar.

—Así es, señor. Para mi hermana y para mí se trataba de una verdadera madre. Ha sido un duro golpe. Pero la vida continúa.

—Lo comprendo. ¿Se encuentra bien el resto de la familia? ¿Y su joven esposa?

Me pregunté tripas adentro, qué sabría exactamente el capitán general de mi vida. Porque hasta el momento y debido a su ausencia temporal, sólo me había presentado a quien detentaba el cargo de forma interina.

—Todos corren en orden y con buena salud, señor, tanto esposa como hijos y resto de la familia. El mayor de la casa, con doce años largos, ya piensa en sentar plaza en la Real Compañía. Pero creo que sería adecuado esperar algunos meses más, al menos hasta que cruce la raya de los trece años.

—Bueno, en estos días deberá aprovechar cuando se encuentre la Academia abierta. Ya no se mueve en fechas fijas, como era habitual, sino que debimos recurrir a plazos irregulares, una merma más de la Institución. Aunque se mantiene la obligatoriedad de los catorce años, sigue siendo normal aceptar excepciones. Yo, por ejemplo, senté plaza a los doce años y a los trece ya corría cubierta de un dos puentes^[43].

—Ya veremos cómo se cuece la puchera en su momento, señor. Pero me enorgullece que desee seguir los pasos familiares en la Real Armada.

—Es lógico.

Quedamos en silencio cortado durante unos pocos pero incómodos segundos. Aproveché la situación para entrar en el asunto que me había llevado hasta aquella audiencia obligada.

—Nada más llegar a Cádiz en las últimas horas de ayer, me pasaron su recado, señor. Por encontrarme en situación de cuartel, me extrañó la urgencia impuesta y...

—Bueno, es una de mis normas habituales. Todo a la mayor urgencia —volvía a sonreír, como si se sintiera divertido por la explicación—. No se trata de asunto muy urgente, pero sí de los que no se pueden orillar sin más, desde luego. Creo que debo comunicarle una buena nueva, aunque por estos días en los que todo anda un poco revuelto, nunca se sabe. Pero normalmente a nadie gusta mantenerse en la situación de cuartel.

—En efecto, señor —en mi interior comenzaban a revolotear los pájaros sin tomar dirección alguna. Recordé las palabras de Beto en las que me recomendaba no confiar en quien se dirigía a mí en aquellos momentos—. Y en verdad que pocas actividades parecen abrirse en la actualidad para un jefe de escuadra, con escasos años en el empleo.

—Esa opinión, con la que concuerdo plenamente, puede aplicarla a cualquier miembro de nuestra Institución, de capitán general a paje de escoba en

una goleta, amigo mío. El monto total del personal en la Armada se encuentra verdaderamente sobredimensionado para las necesidades reales. Y sólo se abren dos caminos. O reducimos el personal enlistado o se adquieren nuevas unidades que, por otra parte, se estiman necesarias.

—He escuchado bastantes rumores en dicho sentido, señor. Me refiero a la posible adquisición de fragatas en arsenales extranjeros.

—Así es, aunque mucho nos duela. En nuestros arsenales apenas seríamos capaces de montar la quilla de una miserable balandra. Sufriremos un proceso lento y penoso para actualizarlos en conveniencia, tras demasiados años de absoluto desamparo. Pero confiamos en nuestro Señor don Fernando, que desea embridar el problema en su justa medida. Ya sabrá de la necesidad de enviar un poderoso ejército hacia el Río de la Plata, que ahogue de una vez, y por todas los movimientos secesionistas. Y para cumplimentarlo necesitamos suficientes buques de transporte y unidades de la Armada para su debida escolta. En el Plata, precisamente, podemos encontrar la mayor oposición naval, si aquella tierra intitulada como nueva república continua ampliando su flota.

—Ya me puso al día de tal situación mi cuñado, el capitán de fragata Adalberto Pignatti, señor. Me refiero a los decepcionantes detalles acaecidos en aquellas aguas, que conllevaron la pérdida de tan importante enclave. Mandaba el queche Hiena en el combate llamado de Montevideo, con la insignia del capitán de navío de la Sierra a su bordo.

—Un triste y hasta vergonzoso acaecimiento para nuestras armas, no hemos de negarlo. Se dejó de la mano aquel importantísimo escenario, cuando habría sido relativamente sencillo mantenerlo bajo nuestra bandera. Pero, bueno, no es momento de acaparar recuerdos negativos, sino de dar la vela avante con decisión y optimismo. Siento que su cuñado se encuentre inmerso en el obligado Consejo de Guerra, que ha de celebrarse la semana próxima, si nada acaece a la contra entre presidente y vocales nombrados. Se trata de una penosa experiencia, aunque ningún peligro personal conlleve. Porque, en este caso, puede estar seguro de que su cuñado obró con valentía y honor sin merma. Quedará absuelto de todo cargo.

—Esas mismas palabras escuché de su boca, señor —debí refrenar mis deseos de atacar el meollo de otros detalles, que no entraban en oportunidad—. Puedo certificar, por haber servido bajo mis órdenes, que se trata de un oficial valiente como pocos y bragado en todo tipo de experiencias en la mar.

—Estoy seguro. Pero ataquemos la faena que nos ocupa sin mayor dilación. Se preguntará la razón por la que le he hecho venir y esas nuevas

que le anunciaba.

—Así es, señor.

—Mire, general Leñanza, entraré por derecho en la cuestión. Ha sido escogido para una importante misión. Nuestro secretario de Marina, bueno, ahora es más utilizada la denominación de ministro, ha requerido de sus servicios personales. Y no me lo agradezca en absoluto porque ha sido una designación de su parte, y así comunicada a mi Autoridad.

—¿El ministro de Marina requiere de mis servicios? Según tengo entendido se trata de don José Vázquez de Figueroa, que ya ocupó ese importante puesto, designado por el Consejo de Regencia. Lo conocí cuando me encontraba desempeñando el puesto de ayudante del teniente general Escaño, como miembro de la Regencia. Pero la verdad es que no profundicé en...

—Pues podéis estar seguro de que os conoce bien. Nuestro ministro suele actuar así y escoge a las personas que trabajan para él, no por el empleo que detenten sino por las que entiende como sus aptitudes profesionales. También me comunicaba en su recado que había recibido del Virrey en Nueva España, don Juan Ruiz de Apodaca, exacta información de sus actividades en el seno Mexicano y en las costas occidentales de su virreinato. Han debido ser notables para que el general Ruiz de Apodaca le envíe detallado informe.

—El virrey de Nueva España me tiene en alto aprecio, señor. Cuando todavía se encontraba al frente de la capitanía general de Cuba, de su mano recibí el mando de una división naval en misión de escolta de tropas del Ejército, con derrota hacia Tierra Firme, El Callao y Acapulco.

—Una suerte de calibre. No es fácil izar la insignia de jefe de escuadra en la mar por estos días. Y debió cumplir su misión en cruces altas, sin duda. Conozco bien al general Apodaca y no es de los que encumbran oros ajenos sin razones de peso.

—Señor, ¿le ha especificado el señor ministro la misión para la que he sido escogido, o que tipo de trabajo espera de mí?

—Pues en su recado no se detalla nada más que lo que le acabo de exponer. Pero conozco bien a Vázquez Figueroa y sé que le gusta rodearse de personal brillante y de su entera confianza, como si formaran una pequeña mayoría general o un reducido consejo asesor. Pero lanzo estas ideas en andanada de luces y sin razón de peso que las soporte.

—Sigo sin comprenderlo, señor. En fin, ya me lo explicará el señor ministro con los necesarios detalles llegado el momento.

—Bien, regresando al tema que nos ocupa, deberéis trasladaros a la Corte y entrar en presencia directamente con Vázquez Figueroa —creí entrever que el ministro no era persona de su agrado—. No es necesario que lo entienda a la mayor urgencia posible —de nuevo sonreía, divertido—, pero si me encontrara en su lugar, no demoraría en exceso el traslado. Por fortuna, parece ser que su situación económica personal no exigirá adelantos de moneda que, en verdad, no se le podrían hacer efectivos hoy en día. Sin embargo, serán convenientemente anotados en norma de registro. Ya sabe cómo se mueven los fondos de nuestras cajas en la actualidad, un tema del que prefiero pasar con velos por alto.

—Lo entiendo, señor. Ningún adelanto solicitaré en la ocasión. Marcharé hacia el norte a la mayor brevedad posible. Le reconozco con sinceridad, que mucho me gusta la vida en Cádiz y poco la que nuestra villa y Corte ofrece. Pero también es cierto que debo acometer algunos asuntos personales en la villa de Madrid y besar la mano de Su Majestad en Palacio, tras haberme concedido el honor de la faja, cortesía que todavía no he cumplimentado.

—Hágalo sin pérdida de tiempo y se sorprenderá gratamente, Leñanza —ahora se ampliaba su sonrisa—. Quiero decir que no debe creer todo lo que de don Fernando se divulga en panfletos de miseria, o lo que algunas voces malintencionadas corren por mentideros.

—La verdad, señor, que nada he escuchado en tal sentido —mentía con decisión y sin problema alguno de conciencia—. Desde que regresé a España desde el virreinato del Perú, he debido encargarme de muchos asuntos personales, sin contar este último y penoso incidente acaecido en mi familia.

—Mejor que mejor —ahora la sonrisa del capitán general se torcía ligeramente, como si no hubiera creído una sola de mis últimas palabras—. En ese —caso, nada más tengo que comunicarle. Recuerde, general Leñanza, que se le presenta una excelente ocasión de progresar en su carrera, de las que hoy en día aparecen por nuestro costado a cuentas muy escasas. Y le digo estas palabras como hijo de un viejo amigo. No la desaproveche.

—Siempre me he encontrado dispuesto para el mejor servicio en la Real Armada y en tal situación me mantengo, señor.

—Me alegro. Ha sido un placer volver a encontrarle después de tantos años. Le deseo la mejor de las suertes en su nuevo cometido.

—Muchas gracias, señor. Quedo a su servicio.

Abandoné Capitanía General con mil interrogantes en recorrida por los higadillos bajos. Me encontraba más que habituado a esas mudanzas de dieciséis cuartas^[44] a las que la Armada nos somete a lo largo de nuestra

carrera, pero pocas veces me había encontrado tan extrañado o sin comprender hacia dónde se apuntaba el rumbo de mi derrota^[45]. Un ministro de Marina, a quien muy poco conocía, deseaba que trabajara a su lado. ¿Un jefe de escuadra seleccionado para tal cometido? Pero también podía desear encargarme de alguna misión especial. ¿Quizás en la adquisición de buques en el extranjero? Bueno, más valía no tomar rizo alguno a la gavia, hasta que me concretaran el cometido que se debería exigir a mi persona. Pero la espera abarcaría demasiados días, por lo que los pensamientos recalarían una y otra vez en el mismo centro de la diana sin solución posible.

Hidalgo de Cisneros se había mostrado durante mi audiencia con muestras de confianza y afecto, excesivas diría yo. Porque en verdad que se trataba de la primera vez en toda mi vida, que charlaba a solas con él. Pero tampoco comprendía las referencias vertidas sobre mi padre, al considerarlo como un buen amigo. Porque no recordaba que mi querido progenitor hablara de su persona con especiales alabanzas o querencias. Puedo asegurar que ni siquiera llegó a nombrarlo ante mí, como había hecho tantas veces de Cayetano Valdés, Dionisio Alcalá Galiano, Ignacio María de Alava y otros jefes a los que admiraba. Comencé a pensar que Beto, como tantas otras veces, no había marrado ni un solo perdigón en sus predicciones. Podía exponer que, como resumen de mi audiencia con el capitán general, no era descabellado afirmar que poco me gustaba el personaje, la postura obsequiosa y esa sonrisa que se torcía de acuerdo con la dirección, por donde soplaba el viento.

* * *

En los primeros minutos del trayecto de regreso hacia Cádiz, Barbate me miraba a hurtadillas con elevada insistencia. Sabía que deseaba preguntarme sobre el destino asignado, aunque dudaba de la oportunidad de entrar en vereda. Decidí mantenerlo sobre ascuas durante algunos minutos, hasta abrir la tapa de la sopera.

—Una vez más nos mudamos, Barbate. Deberás preparar baúles y enseres a fondo.

—¿Nos mudamos? —se le iluminaba la cara como bujía en aceite renovado—. ¿Hacia dónde, señor? ¿A las Indias, quizás? ¿En qué barco?

—Mucho te gusta la mar, pillastre. Pero seguro que más te gustan las tierras regadas por las aguas tropicales y sus habitantes. ¿Echas de menos alguna moza concreta, o añoras en general las caricias de las mulatas con piel de chocolate?

—Bueno, señor —el joven había enrojecido ligeramente—, solamente pienso en lo mejor para su carrera en la Real Armada. Pero no he de faltarle a la verdad y le declaro que mucho me agradan las jovencitas de piel color canela. Son bastante más apasionadas que las españolas y sus cuerpos, relucientes con el sudor...

—Bueno, rapaz, no hace falta que entres en detalles de calentura, que es muy temprano todavía.

—Tiene razón, señor.

Barbate calló durante algunos segundos, hasta comprender que todavía no había obtenido información de interés. Regresó al tajo con rapidez...

—Bueno, señor, para poder preparar enseres y pertenencias en la forma adecuada, sin olvidar las necesarias provisiones de boca para su despensa particular, debería informarme en conveniencia. ¿Hacia dónde hemos de dirigir nuestros pasos? Al menos, ¿en qué buque hemos de embarcar? Porque...

—Olvida la necesidad de acopiar provisiones para mi despensa particular. En el palacio de Montefrío, donde asentaremos nuestros cuerpos con entera comodidad, no se sufre escasez de ningún tipo. Incluso dispone de una magnífica bodega, con vinos de fuste y aguardiente de Cehegín en suficiente cantidad, como para abastecer la dotación de un navío de tres puentes.

—¿El palacio de Montefrío, señor? —Mostraba rostro de preocupación y extrañeza—. La verdad, no conozco ningún buque que presente adosado el distinguido nombre de su casa. Por dónde...

Caí en la cuenta de que Barbate nunca había morado en el palacio madrileño. Desde que pasara a mi servicio a bordo de la fragata Proserpina, me había mantenido en destinos de mar de forma casi permanente.

—Deja de pensar en navíos y fragatas gaviero^[46], por mucho que nos complazcan sus siluetas. Nos mudamos a la Corte. Pero no te preocupes, que allí también encontrarás mozas de todo tipo.

—¿A la Corte? ¿Se refiere a la villa de Madrid?

—No me voy a referir a la de París o Londres.

—He de reconocer mi ignorancia, señor. La verdad es que nunca salí de la zona gaditana, ni siquiera cuando me manejaba con las dos piernas. Bueno, me refiero a la Península, desde luego. Parece mentira que conozca ciudades ribereñas de los mares del Norte, del Sur y de las Indias, mientras en nuestra España apenas he salido de Cádiz y Barbate, localidad de mi nacimiento.

—Te gustará Madrid, rapaz, estoy seguro. Se trata de la villa más importante de España, porque allí decidió nuestro señor don Felipe II

establecer la capital de los reinos. Podrás observar el Palacio Real, miles de espectaculares monumentos, iglesias, plazas y conventos. Ya sé que prefieres otros horizontes más carnosos —lo golpeé con el codo en confianza—, pero deberás andar con ojo y mantener a las mujeres a distancia.

—¿A distancia? —arrugaba su rostro, preocupado—. ¿Acaso se encuentran infectadas del mal francés, como aquellas que me aconsejó evitar en una ocasión por la costa africana?

Me sentí atacado por una risa incontenible, al comprobar los preocupados gestos de su cara.

—Nada de eso, aunque también pueda aparecer el mal francés a la vuelta de la esquina. Me refiero a que por las calles de la villa y corte deambulan más prostitutas que en el resto de los reinos en su conjunto. Rabizas, cobras y putorronas con el mayor descaro que puedas imaginar, capaces de dejarte en cueros y tirarte por una ventana si ya no portas un miserable cobre.

—¿Como las gaditanas que recorren el barrio del Pópulo? Ya sabe el señor que poco gusto de esas mujeres, y no sólo por la necesidad de aligerar los pesos de la faltriquera. Prefiero el amor sincero, aunque sea de escasa duración. No me gusta pagar por lo que puedo conseguir con mis habituales zalamerías.

—En base a esa pata de palo, que muestras con orgullo, entrarán las zorras al trapo como moscas al panal. Seguro que les contarás historias desgarradas y un tanto exageradas.

—Algo hay que hacer en esta vida para sobrevivir, señor —ahora sonreía con su habitual descaro—. Pero hablándole con el corazón en la mano, señor, prefiero la situación de navegar, tocar un puerto lejano y abandonarlo días o semanas después, libre de pensamientos y obligaciones. La mar es capaz de disolver en sus aguas los amores más enquistados.

—Te sobra razón. Pero en esta ocasión no verás más aguas que las del río Manzanares. No obstante, estoy seguro de que te gustará circular por la Corte.

—Si lo decís con tanta seguridad, será cierto. ¿Cuándo partimos, señor?

—Todavía no has de entrar en preparativos. Debo anunciar la noticia a toda la familia y comprobar si los planes que estoy embastando en el cerebro rinden su tributo. Pero no te preocupes una mota, que te avisaré con tiempo suficiente.

—Muy bien, señor.

Era cierto que en el cerebro manejaba ciertas posibilidades, que podrían allanar el camino, así como hacer mi estancia en la Corte más feliz y llevadera. Pero todo dependía de la reacción que encontrara en el resto de la

familia, así como otros factores que no podíamos manejar al gusto. Por tal razón, comencé a preparar razones de peso y argumentos con los que presentar la puchera suficientemente condimentada.

* * *

Una vez regresado al palacete familiar, no necesitó mi cuñado Beto más que unos pocos segundos para entrar al ataque con mil preguntas. Se encontraba nervioso y con evidentes deseos de conocer los detalles de la conversación mantenida con el capitán general del departamento marítimo. Decidí retrasar la declaración con vagas respuestas, al tiempo que me movía hacia el saloncito familiar, donde se encontraban Rosalía, Beatriz y mi hijo Francisco. Deseaba acometer la empresa con todos reunidos y sin las obligadas repeticiones. Mi hermana jugaba al ajedrez con el joven Pecas, gran aficionado a ese juego de reyes, mientras Beatriz parecía absorta junto al mirador, con la vista dirigida con interés hacia la calle de la Amargura. Al comprobar mi llegada, también ellas entraron en interrogaciones.

—¿Para qué requerían tu presencia en Capitanía General? —Era Rosalía la primera en lanzar la badana contra el fuego—. ¿Te han encomendado alguna comisión interesante? ¿Has de abandonar...?

—Por favor, hermana, disparas como un navío en andanada de enfilada. En cuanto tome asiento, os narraré mi audiencia con el general Hidalgo de Cisneros, así como los datos principales.

—¿Has de embarcar? —preguntó Beatriz, un nuevo susurro con el miedo reflejado en su cara.

—No te preocupes, querida, que nadie me separará de ti por ahora —dirigí la mirada en redondo, antes de continuar—. Bueno, deseo efectuar una solemne declaración que os afecta en conjunto. Querida familia, tengo el placer de comunicaros que hemos de mudarnos a la Corte. La villa de Madrid nos espera. Y, por desgracia, no disponemos de mucho tiempo.

La noticia, lanzada como disparo a quemarropa, dejó a todos con el paso cambiado y el rostro en muda interrogación. Como era de esperar, Rosalía fue la primera en saltar.

—¿A la Corte? ¿Qué se nos ha perdido en la Corte, con tanto figurín de porcelana, como comentaba en chanza el tío Santiago?

—¿Qué destino pueden endosarte en la Corte? ¿Acaso en el renovado Almirantazgo? —era Beto quien entraba con más detalles.

—Nada de eso. Bueno, aunque no se me ha reclamado discreción, creo que debería quedar esta conversación entre las cuatro paredes del saloncito. Y te incluyo a ti, Pecas, que ya eres todo un hombre —el joven me miró con rostro agradecido—. El ministro de Marina, don José Vázquez de Figueroa, requiere mi presencia.

—¿El ministro requiere de tu presencia en la Corte? —Preguntaba Beatriz, ahora con más fuerza—. ¿Para qué? ¿Te asignará un trabajo?

—¿Acaso destinado en su secretaría? Es lo más probable —Beto no mostraba buena disposición ante esta última posibilidad.

—No puedo contestar a vuestras preguntas porque, sencillamente, no dispongo de suficiente información. La orden dirigida al capitán general es clara y rotunda. Hidalgo de Cisneros me dijo textualmente: el ministro ha requerido de sus servicios personales. Y a él ha de presentarse.

—¿El ministro ha requerido de tus servicios personales? —Rosalía insistía sin pausa—. Pues si te soy sincera, no lo comprendo.

—El ministro es el secretario de Marina, ¿verdad? —preguntaba Beatriz.

—Lo que hasta ahora entendíamos como secretario de Marina —contestó Beto.

—Secretario de Marina e Indias —expuso Rosalía con decisión.

—Bueno, hermana, normalmente la secretaría de Marina arrastraba consigo a la de Indias, aunque se trata de dos secretarías distintas y ahora, por ejemplo, depositadas en diferentes manos. Pero no entréis en más preguntas sin posible respuesta. Pueden ser mil y una las salidas al alcance de la mano. El general Hidalgo de Cisneros asegura que al ministro Vázquez Figueroa le gusta formar un equipo reducido, para que trabaje con él muy cerca. Normalmente, se dice que escoge a personas muy inteligentes y preparadas en todas las ramas de la ciencia —entonaba en chanza, divertido.

—Presuntuoso. ¿Qué sabes tú de las ciencias? —dijo Rosalía, al tiempo que parecía apartar con el movimiento de sus manos aquella idea.

—Ahora en serio, también es posible que requiera de mí alguna misión particular. En fin, podríamos enumerar muchas más posibilidades, pero sería mejor esperar a que llegue el momento.

—Pues deberás poner en solfa el palacio de Montefrío, Santiago. Y esa guinda no se traga a la llana y con facilidad. Porque supongo que te instalarás en él —Rosalía empleaba su habitual lógica, adelantándose a mis pensamientos—. Ya sabes que nuestra madre, antes de que huyéramos hacia la hacienda de Santa Rosalía, ordenó cerrarlo a cal y canto.

—Y por suerte para nosotros, no fue uno más de los palacios arrasados por la chusma francesa. Parece ser que en esa preservación intervino personalmente el general don José de Mazarredo, en recuerdo de nuestro padre, lo que hemos de agradecer al injustamente denostado marino vasco. No obstante, la mayor parte del servicio pasó a la sierra, lugar de malos recuerdos familiares. Bueno, como decías, lo pondremos en solfa. Porque he pensado que podríamos mudarnos todos y dejar aquí el mínimo personal de servicio, para el necesario mantenimiento.

—¿Todos a la Corte? —Rosalía parecía divertida y chascaba los dedos—. Bueno, no es mala idea. De esa forma, Beatriz podrá conocer la capital de los reinos, pasear por los Prados y asistir a saraos de tiros largos con peinados de trono.

—Creo que os olvidáis de un detalle de la mayor importancia, al menos para mí —entonaba Beto con expresión triste—. Me encuentro pendiente de un nada agradable Consejo de Guerra, cuya fecha todavía no ha sido fijada y que se puede alargar...

—Perdona mi olvido y que te interrumpa, Beto. Hablé de ese tema con el capitán general. El Consejo de Guerra celebrará su vista la próxima semana. Pero me ha hablado en elogiosos términos de tu valor probado y de que el fallo será con mantenimiento del honor y expresión de agradecimiento por los servicios prestado al mando del queche Hiena.

—¿Mantenimiento del honor? Así se pudra en vinagre ese culebrón de pintas coloradas —Beto debió ceder, al recordar la presencia de Beatriz y Rosalía—. Deberéis perdonarme, señoras, pero se calienta mi boca al fuego cuando abordamos ese tema. Me saca de quicio comprobar que cierta persona quedará sin tacha tras las vergonzosas actuaciones llevadas a cabo.

—Tras el fallo —continué para aplacar los ánimos de mi cuñado—, deberás esperar en situación de cuartel a que la sentencia sea corroborada por la Superior Autoridad y, posteriormente, por Su Majestad. Pero no de forma obligatoria en Cádiz, porque pueden transcurrir bastantes meses hasta dicho momento. En ese caso, podríamos partir Beatriz y yo para prepararlo todo y esperar vuestra marcha en pocos días.

—No le cargues a la pobre Beatriz ese trabajo, recién llegada a ciudad desconocida y en su actual estado de embarazo. Debemos cuidarla mucho —miró hacia su cuñada con gesto paternal.

—Llevas toda la razón, hermana.

—Tengo una propuesta mucho más sensata y positiva —insistía Rosalía con resolución—. Enviemos a Lorenzo por adelantado y que dé aviso a los

criados que se trasladaron a Guadarrama. En una semana o diez días se encontrará todo en orden para mudarnos. Y si a ti te corre prisa la presentación al ministro, toma posada unos días hasta nuestra llegada.

—No es mala tu idea, hermana. Puedo alojarme durante algunas jornadas en los camarotes de la Secretaría, si continúan existiendo. Así podría dedicar todo mi tiempo al nuevo trabajo en los primeros momentos. Sin embargo y aunque sea solamente una semana, no desearía dejar a Beatriz...

—Paparruchas de monja, Santiago —objetó Rosalía—. Parece mentira que diga eso un hombre de mar, acostumbrado a salir de estampida aguas adentro y dejar a la esposa en soledad durante meses o años. Me encargaré de que Beatriz no se aburra. Además, tú puedes aperrear los tiros en tu traslado a la Corte, como sueles acostumbrar. Sin embargo, el viaje con Beatriz debemos realizarlo en etapas cortas, carruaje a tomar algodones y con la suficiente tranquilidad.

—Muy bien. En ese caso y si no hay inconveniente a la contra, seguiremos ese plan.

Se hizo un ligero silencio, mientras cada uno parecía pensar en sus particulares cuitas. Lo rompió mi hijo para sorpresa general.

—Padre, si me lo permite... —comenzó Pecas con voz titubeante.

—Habla sin reparo, hijo.

—Pensaba que, si os encontráis en la Secretaría de Marina, será más fácil abordar... Quiero decir que allí deben enviarse las solicitudes para la...

Quedó a medio rematar la frase, como si temiera una respuesta negativa por mi parte. Pero bien sabía yo lo que maquinaba aquella cabeza.

—Habla a las claras y sin miedo. Supongo que te refieres a la necesaria petición de dispensa a Su Majestad, para sentar plaza en la Real Compañía sin haber cumplido los catorce años —le ofrecí una sonrisa, encantado de su inquietud—. No te preocupes. Ya te dije que, en cuanto cumplas los trece años, si la Real Compañía mantiene sus puertas abiertas, abordaremos el problema. Y te apoyaré a muerte, como es mi obligación.

—Muchas gracias, padre —el rostro pecoso del joven se abrió como una flor bajo el sol—. No sabe la ilusión que me hace escuchar sus palabras.

—Lo sé muy bien, hijo mío. Y me enorgullezco de tu espíritu. Como decía mi abuelo, la sangre llama a la propia sangre en muda repetición. Precisamente, vosotros seréis los encargados de intentar el ímprobo trabajo, de reconducir la Armada por la derrota adecuada, si así se nos permite.

Me acerqué hasta mi hijo, para tomarlo por los hombros con el profundo cariño que por él sentía. La emoción me embargaba, al comprobar que un

nuevo miembro de la familia Leñanza seguiría los pasos de las tres generaciones anteriores en la mar, ese medio que parecía encastrado en nuestras entrañas desde el mismo momento del nacimiento. Y así debería ser para el engrandecimiento de la Real Armada y de España.

10. El ministro Vázquez de Figueroa

En las jornadas que se sucedieron a mi formal declaración de intenciones ante nuestro pequeño clan familiar, así como la prevista mudanza hacia la Corte, debí encarar faena de lomos duros y con escasos periodos de descanso. Porque apenas disponía de tiempo suficiente para resolver y encarar la tarea. Una vez decidido que marcharía a Madrid como avanzadilla solitaria, hasta que el palacio de Montefrío mostrara las trazas exigidas, me dediqué a recabar toda la información posible. Si en otras ocasiones en las que había sido destinado a alguna zona geográfica desconocida, había intentado previamente conocer a fondo su geografía, historia y costumbres, en el caso particular que debía abordar en pocos días, el interés se centraba al ciento en la persona de don José Vázquez de Figueroa, máxima Autoridad de la Real Armada en aquellos momentos. Según apuntaban todos los indicios, pasaría a trabajar con él a muy corta distancia y en el día a día. Por tal razón, consideraba del mayor interés conocer la vida y milagros del personaje a quien casi todos encomiaban. Pero también, si era posible, recabar los detalles más escondidos de su vida y carrera, hasta el color de su camisa y gorro de dormir.

No se trataba de cuestión sencilla encarar aquella misión impuesta, especialmente para quien, como yo, no disfrutaba de esa necesaria frescura de movimientos mentales y una cierta licencia en el trato personal. Me refiero a la innata timidez que siempre sufrí para abordar el centro de la madeja, con quien no disponía de mi absoluta confianza. Por fortuna, Beto, la otra cara de la moneda, se encontraba a mi lado y preparado para allanar los riscos de la montaña. Porque debía ser su porción de sangre italiana la que le concedía aquella soltura en el manejo personal, así como una extraordinaria capacidad de entablar conversaciones oscuras con la más absoluta naturalidad. Pocas horas después de exponerle mi deseo de conocer más a fondo al personaje en cuyas manos entregaría mi futuro, sacaba la liebre panzuda de la bolsa con rapidez.

—A veces, Santiago, no comprendo que hayas podido alcanzar con tal rapidez el empleo de jefe de escuadra y la gloriosa faja. Sería fantástico que todos los problemas que se nos aparecieran en esta vida fueran de tan escasa monta.

—Por los cojones del sultán, Beto, que todo es sencillo para ti. Hablemos en serio. La verdad es que no sé a qué fuentes debo dirigirme. Bien que siento la ausencia de don Antonio de Escaño. No sólo conocía muy bien a Figueroa, sino que fue el principal artífice para que asumiera los asuntos de Marina en el duro comienzo de la Regencia, aunque de forma interina.

—No sólo los de Marina. Recuerda que, en aquellos alocados días, acabó al frente de los asuntos de Estado, Hacienda y Seguridad Pública.

—Pero durante unas pocas semanas, hasta que recibió la secretaría de Marina en propiedad. Debe ser persona muy inteligente y con extrema capacidad de trabajo.

—No lo dudes. Inteligente, trabajador y honrado a carta cabal. En caso contrario, jamás don Antonio habría depositado su confianza en él. Pero ahora que pienso, sé quién puede hablar del ministro Figueroa a fondo y con el mínimo detalle.

—¿A quién te refieres?

—¿Recuerdas a Martín de Lasarte?

—Por supuesto. Pertenecía a nuestra brigada en la Academia. Un sevillano muy gracioso y excelente compañero. Hace muchos años que nada sé de él.

—Se encuentra en situación parecida a la mía. Capitán de fragata y con escasas esperanzas de promoción, a pesar de ser uno de los mayores expertos en Hidrografía. Por fortuna para él, imparte clases en la Escuela de Pilotos. Nos encontramos por casualidad hace algunas semanas, y coincidimos en la necesidad de charlar algún día. Parece que el momento apropiado acaba de llegar.

—¿Sufre penalidades económicas?

—No es su caso. Aunque sin hacienda propia, matrimonió con excelente fortuna y mantiene a la familia con la suficiente dignidad, aunque le deban, como a todos, muchos meses de paga. Podemos girarle una visita de inmediato y charlar con él.

—¿No parecerá interesada?

—No digas tonterías, por favor. Pues claro que será una visita interesada. Para eso deben encontrarse los amigos a mano.

—Todo es fácil para ti.

—Porque no transformo lo fácil en difícil como tú, mastuerzo.

Sin dejar de la mano el asunto una sola pulgada, aquella misma mañana abordamos la Escuela de Pilotos. Y pocos segundos después asaltábamos el gabinete de profesores. Reconocí a Martín con rapidez, pues muy poco había variado su aspecto físico en los últimos años. Después de los abrazos de rigor y sus exclamaciones de sorpresa, al comprobar mi ascenso a jefe de escuadra, entramos en recuerdos y chanzas acopladas a nuestro movido pasado juvenil, que podían alargarse demasiado. Sin embargo, como tampoco Beto había sido agraciado por los dioses con el excelso don de la paciencia, abordó por derecho el tema que me interesaba.

—¿Dónde podemos hablar con cierta intimidad, Martín? Santiago necesita una información que nadie mejor que tú puedes ofrecerle.

—¿Información? —preguntó, extrañado—. ¿Acaso sobre temas hidrográficos?

—Ráscale los huevos al britano, Martín —Beto lo empujaba con afecto—. No todo en la vida se mueve sobre esa ciencia, que adoras más que a la propia esposa. Creo que a lo largo de tu carrera, has conocido y tratado al ministro Vázquez Figueroa.

—Desde luego y durante muchos meses. Gracias a él no me encuentro en situación de cuartel y puedo seguir trabajando en lo que me gusta. Y si alguna esperanza dispongo de alcanzar el glorioso empleo de capitán de navío, se centra en su persona.

—¿Lo conociste bien?

—Muy a fondo. Cuando mandaba el bergantín *San León*, con actuaciones que llamaron la atención del mismísimo Monarca, me encontraba embarcado a su bordo de alférez de fragata. ¿Por qué os interesa tanto su persona? Bueno, en primer lugar acudamos a mi sala personal de trabajo. Hoy en día aparecen demasiadas orejas en alerta.

Una vez instalados en una pequeña estancia, donde se apreciaba con claridad la afición de nuestro compañero por su especialidad, llegó el momento de entrar en vereda sincera. Y como Beto largaba juanetes en todo momento sin una mínima prevención, puso al día a Martín sobre mi nuevo destino en la Corte.

—¿Has sido seleccionado por el ministro Figueroa para trabajar con él?

—Así es. Pero, por favor, Martín, que se trata de una información recibida del capitán general con la debida reserva.

—No te preocupes, que soy la discreción elevada a la tercera potencia. Y para comenzar, debo ofrecerte mi más sincera enhorabuena. Vázquez de

Figuerola escoge con especial cuidado a quienes han de trabajar a su lado y tras haberse enterado muy a fondo de sus cualidades profesionales y personales. No te arrepentirás, aunque sudarás la casaca de sol a sol.

—Poco me importa ese detalle. Recuerdo a Vázquez de Figuerola de cuando llegaba para hablar con don Antonio de Escaño, como miembro del Consejo de Regencia. Pero no lo traté prácticamente nada, por moverme solamente como un sencillo ayudante personal.

—Bien, os ofreceré un rápido repaso. En una primera y general opinión, os aseguro que se trata de una persona muy inteligente, trabajadora sin fin y responsable. Como casi todas las cabezas brillantes en estos días, y que estas palabras no traspasen la puerta, es de tono liberal. Pero sin rozar los lindes ni declararlo en mentideros a todas horas. Vamos, que no es de los que arriesgan carrera y hacienda por sus ideas políticas. Defiende la opinión, y concuerdo plenamente con ella, de que se puede servir a la patria en contrapeso, aunque no disfrutes de las ideas de quienes te mandan, en este caso Su Majestad don Fernando, si con ello ofreces un bien a la Institución a la que sirves, la Real Armada.

—Estoy de acuerdo con ese planteamiento —dije convencido—, y es la máxima que tanto Beto como yo hemos mantenido a lo largo de los últimos años. Lo que me extraña es no haber coincidido con él en la escuadra o escuchar de sus acciones como comandante...

—Se trata de un caso bastante especial. Hace bastantes años, como comandante del bergantín *San León*, destacó muy por alto. A pesar de que su buque fuera apresado en combate mantenido con los británicos, ni siquiera llegó a ser encausado en el obligado Consejo de Guerra. Tal excepción se debió a la carta personal del almirante Jervis, dirigida a don José de Mazarredo. En la misiva alababa de forma extraordinaria la conducta mostrada por nuestro hombre en combate.

—¡Ahora lo recuerdo bien! —Exclamó Beto con fervor—. En aquella ocasión salvó los buques que escoltaba, exponiendo su propia unidad. De esa forma, no se perdió ni un solo buque del convoy que dirigía para abastecer al Peñón de Vélez de la Gomera. Fue muy comentado, especialmente el hecho de que el malnacido de Jervis intercediera por él.

—En efecto. Aunque Figuerola pidió ser sometido al pertinente Consejo de Guerra, no solamente quedó eximido del amargo trago por Su Majestad, sino que don Carlos ordenó que se le confiriera otro mando de forma inmediata. Le asignaron el lugre *Dafne* de 22 cañones, unidad en la que seguí bajo sus órdenes. Se trata de uno de los pocos casos en los que el comandante de un

buque apresado por los britanos es puesto en libertad, tras ser agasajado por el mando enemigo. Y como una excepción más, sin necesidad de dar palabra en honor de no entrar en combate nuevamente hasta el fin de las hostilidades. A bordo del *Dafne* volvió a brillar como comandante. Porque como celestial y mágica repetición, salvó otro convoy que escoltaba hacia el puerto de Málaga. En fin, que se trata de un personaje con los huevos bien altos. Tan sólo presentaba un lunar de difícil salvación.

—¿Un lunar? ¿A qué te refieres? —Beto no ofrecía descanso alguno a nuestro informador.

—Su condición física. El pobre siempre sufrió problemas del pecho, que se agravaban a veces de forma notable. Cuando se encontraba bajo los ataques del asma, lo que se producía a bordo con demasiada frecuencia, quedaba el pobre hecho un guiñapo, con una respiración difícil y anhelosa, al tiempo que sus aspiraciones se acompañaban con los pitos de una sirena. Los galenos le recomendaron descansar en alguna villa con suficiente altura y aire seco. Por tal razón, se hizo una nueva excepción con su persona.

Ahora quedamos en silencio, mientras Martín podía tomar una bocanada de aire, antes de continuar su exposición.

—Acabada la guerra con la Grán Bretaña, pasó destinado a la Corte. El semental extremeño^[47] había decidido que se formara una comisión para reformar nuestras Ordenanzas. Esa reforma, dirigida por Grandallana, que tan elevadas críticas suscitó entre la oficialidad del Cuerpo General. Terminados los trabajos, recordaréis que el tan criticado Grandallana fue nombrado secretario de Marina por Godoy. A pesar de las censuras y reproches, creo que este secretario mantenía unas ideas muy claras sobre la guerra naval moderna y no en el camino equivocado, aunque se trate de otro tema a analizar. Además, como persona inteligente eligió a Figueroa, sin que lo hubiese solicitado, para ocupar el puesto de Oficial de la Secretaría del Despacho de Marina. Se trataba, sin duda, del destino idóneo para él, dónde podía completar con extremo beneficio del servicio sus extensos conocimientos de las diferentes ramas de la Armada.

—Dejaste atrás una idea, Martín. ¿De qué excepción hablabas? —pregunté con interés.

—Ya veo que pertenecéis sin dudas al grupo de oficiales de braza y poco expertos en los temas de pasillos y secretarías —Martín disfrutaba ahora con su parla—. El destino de Oficial de la Secretaría se considera como una honrosa elección por parte del Gobierno. Como norma, los altos cargos de la Armada que llegaban a ocupar dicho destino, se veían obligados a solicitar la

separación del servicio y del escalafón del Cuerpo General. Sin embargo, no se obligó a Figueroa a que diese dicho paso. Parece ser que la causa no fue otra que esa maldita cronicidad en su enfermedad asmática, que en la práctica lo imposibilitaba para detentar destinos a flote.

—Mucho dice de su persona —apostilló Beto.

—En efecto. Más adelante y como os movíais como ayudantes de don Antonio de Escaño, sabréis de su nombramiento como secretario de Marina en 1812. Se alargó su pesada carga durante los años más convulsos de la guerra contra el francés, donde llevó a cabo meritorios planes de futuro que, por desgracia, nunca se siguieron. Sin embargo, no lo estimo culpable.

—El Consejo de la Regencia también le encargó otras muchas e importantes misiones.

—Desde luego, especialmente el despacho interino de otras dos secretarías muy importantes, como eran la Hacienda de España y la Hacienda de Indias. Y presenta el mérito de haber afrontado todo lo que se cargaba sobre sus hombros, sin elevar una sola protesta. Ya comprobarás que su capacidad de trabajo e inteligencia son más que sobresalientes.

—Bueno, pasemos a un tema muy importante —Beto frotaba sus manos con especial interés—. ¿Cómo es su relación con don Fernando el Séptimo?

—Aquí hay trigo por moler. Cuando el Deseado regresó de Francia, una de sus primeras acciones fue instituir la Orden Americana de Isabel la Católica. Figueroa fue uno de los siete primeros en recibir la Gran Cruz de la Orden, al tiempo que don Fernando lo nombraba Consejero de Estado. Más adelante y poco contento nuestro Señor con el ministro Salazar, de forma inesperada nombró a Figueroa Secretario de Estado y del Despacho de Marina e Indias. Pero con un par de huevos alzados hasta la galleta y cara a cara con Su Majestad, Figueroa declinó el ofrecimiento si no se le ofrecían los medios financieros suficientes para atender las perentorias necesidades de la Real Armada, Estaba escaldado de la experiencia anterior. Nuestro Señor se los ofreció, aunque ya sabéis que la Real Persona es capaz de dar la mano cambiada al Santo Espíritu.

—¿De verdad? No conocía ese detalle, que mucho dice a su favor —intervino Beto entre risas.

—Bueno, la verdad es que no podemos asegurar que haya conseguido mucho, desde luego. Pero en su descargo es de ley afirmar que, al menos, ha intentado establecer los cimientos para el resurgimiento de la Real Armada. Y en tal sentido zurra la badana a Su Majestad día sí y el siguiente también. Consiguió reinstaurar el Almirantazgo, aunque a causa de permanecer en

vigor la Dirección General de la Armada, nada cambiara. Bregó duro para que se suprimiera dicha institución, alegando una y otra vez la evidente realidad: un almirantazgo que no despacha los asuntos de Marina es una mosca castrada en su nacimiento. En fin, son muchas las memorias, planes y exposiciones elevados sin descanso.

—¿Con éxito? —pregunté en voz queda.

—Según parece, ha conseguido que se palpe en Palacio la necesidad de formar una nueva escuadra, comprando buques en el exterior y fomentando los arsenales para su necesario mantenimiento. En caso contrario, aquí quedará el formidable ejército que se forma para su traslado a Buenos Aires, o no llegará a su destino. Las fuerzas navales de los rebeldes han dejado de ser testimoniales. Ya sabéis que aumentan en fortaleza cada día. Bien, en ese camino nos movemos, con determinadas comisiones enviadas a diferentes arsenales extranjeros.

De nuevo el silencio, como si hubiésemos arribado al puerto definitivo. Sin embargo, Martín entró en lo que parecía considerar el epílogo necesario.

—Si trabajas duro y con nobleza hacia él, no te arrepentirás una mota, Santiago. Figueroa exige mucho a sus hombres, pero los defiende a capa y espada hasta el último eslabón. Y llegado el momento, los premia con generosidad. Su único problema, si puede llamarse así, es que se trata de un hombre con entera y permanente sinceridad, tanto en días de sol como con chubascos de trona. Por desgracia, muchos opinan que don Fernando solamente quiere escuchar las opiniones que espera, gusta o defiende. Si llega el momento en el que Figueroa caiga en desgracia, lo que sucede en la Corte casi todos los días, te arrastrará con él sin posible enmienda.

—Poco me importa, si he obrado en pleno acuerdo a mi saber y entender. Me alegro de haber escuchado tus palabras, Martín, que mucho me relajan.

—Ya que vas a encontrarte en el centro del poder, a ver si consigues nuestra promoción de una putañera vez al empleo de capitán de navío — señalaba a Beto y a su propio pecho con sonrisa abierta—. Por mi parte no deseo mando alguno, sino continuar en estas tareas y que podamos reanudar los trabajos cartográficos interrumpidos por falta de capital. Supongo que Beto preferirá el mando de un hermoso navío con destino a indias.

—No te quepa duda. Por cierto, Martín, ¿dónde nació Vázquez de Figueroa?

—Gaditano puro, condición de la que mucho presume. Procede de una noble familia con posibles. No obstante, su ascendencia es vasca por parte de

padre y tolonesa por la rama materna. Una situación bastante habitual en los oficiales de la Armada.

—¿Has dicho con sangre de Tolón? O sea, que se trata de un medio puto gabacho —dijo Beto con un evidente gesto de repugnancia en su boca.

—No digas majaderías, Beto. Para que te quedes tranquilo, sería más correcto decir de procedencia franco-catalana. Precisamente, no se puede acusar al ministro de veleidades afrancesadas, ni mucho menos.

Tras entrar en bromas y recuerdos, esos agradables momentos en los que repasamos los felices años en los que vestimos el uniforme de la Armada por primera vez, acabamos por despedirnos del viejo amigo. Por mi parte me encontraba feliz y contento, al haber escuchado los detalles de la persona con la que debería trabajar codo con codo. Así se lo expuse a Beto, mientras regresábamos a bordo del carruaje.

—Ha sido una suerte que Martín conociera tan al punto la vida y milagros de Vázquez Figueroa.

—Gracias a mí, como de costumbre. Estoy de acuerdo, Santiago, pero la verdadera suerte es que te lo haya descrito con tan excelentes cualidades. Te conozco bien y creo que este personaje se amolda a tu forma de ser como un guante de gamuza.

—En efecto. Sin embargo, con tales cualidades me temo que no dure mucho en ese importante puesto. Su Majestad no destaca por su elasticidad de ideas ni benevolencia con los que trabajan para él, aunque lo hagan de la forma más honesta, leal y sincera.

—Por supuesto. Como le entre un par de veces a don Fernando con la pierna cambiada, será enviado al último rincón de España. No obstante, el hecho de mantenernos en la Corte puede ser interesante en estos días, con tanto rumor de movimientos.

—¿A qué te refieres?

—A las asonadas constitucionalistas que se producen con mayor o menor fuerza, aunque poco se sepa de ellas. Muchas son abortadas con sangre y destierros. Sin embargo, alguna puede llegar a triunfar, si los negocios del Estado continúan en la línea negra.

—Es muy fuerte y numerosa la policía política de don Fernando. Y a esos buitres no les deben una sola paga. Pero, en efecto, se habla de oficiales jóvenes, muchos de ellos movidos por las logias masónicas.

—La mayor parte no se mueven en ese sentido, Santiago, como alegan a la contra casi todos los absolutistas. Son muchos los que lo entienden como la

única solución de España, sin logias que muevan una mota sus opiniones. No estimarás a don Cayetano Valdés como personaje de esas características.

—Desde luego que no —barrí el aire con la mano en expresivo gesto—. En fin, ya veremos cómo se mueve la cola del león en su momento. Viviremos una época de incertidumbre y desasosiego. Pero no creo que, por establecernos en la Corte, nos encontremos más al día de tales movimientos. De producirse alguna asonada con suficiente fuerza y posibilidades de éxito, tendrá lugar en la periferia, más difícil de controlar.

—Estas fuerzas que se intentan acantonar en las cercanías de Cádiz suponen una santabárbara con fuego cercano. Demasiadas almas descontentas y con futuro incierto.

—Sin que nadie nos oiga, Beto, no estaría mal que se presionara a don Fernando para que cediera el pulso y se dejara controlar por unas Cortes debidamente establecidas, que le hagan ceñirse a la Constitución. Es lo que siempre hemos defendido a la callada.

—¿Acaso has perdido la cabeza? ¿Crees posible que nuestro Señor se deje controlar? Habría que obligarlo con hierros al fuego.

—Por desgracia, tienes razón.

—Será necesario obligarlo con hierros al fuego y alguien lo conseguirá.

Continuamos la charla por los mismos derroteros, hasta que arribamos a la calle de la Amargura. Y de esta forma atravesé una semana más, con los preparativos de mi inminente marcha hacia Madrid, en la que sería acompañado solamente por Barbate y Guanche para mi servicio particular. Aclaré la situación con nuestro administrador gaditano, don Benito de la Piedra, así como el enlace con aquellos que, en la Corte y desde la época de mi abuelo Francisco, defendían nuestros intereses. Y ahora me refiero a los dos hijos del inolvidable y querido personaje don Alonso Sanromán, fallecido recientemente con harta pena por nuestra parte. Los jóvenes continuaban el negocio familiar con la misma probidad y dedicación, por lo que había decidido mantener la máxima confianza en ellos. Y demostraron el acierto de mi juicio.

Por fin llegó el esperado y muy poco deseado momento de la verdad. Y si lo temía a espuertas de carga se debía a mi necesaria despedida de Beatriz, poco habituada a esa situación mil veces repetida en la vida del hombre de mar, que en tantas ocasiones ha de decir adiós a los seres queridos. Por fortuna y aunque mostrara tristeza en el semblante, conseguí superar la situación con éxito, tras prometerle que en escasos días nos encontraríamos juntos de nuevo en el palacio de Montefrío.

Sin más novedades y con todo el material arranchado en conveniencia, abandonamos la incomparable ciudad de Cádiz. Y aunque mucho había combatido don Fernando a las bandas de salteadores y bandoleros que pululaban pollas sierras, tomamos el camino que subía desde las Andalucías a Madrid con la necesaria precaución y suficientes armas a la mano. Bien que recordaba situaciones anteriores, en las que aquel recorrido se había convertido en navegación más peligrosa que costanear en buque panzudo y sin artillería la isla Tortuga. Como de costumbre, elevé una oración a la Patrona, Nuestra Señora del Rosario. Y no sólo rogaba para que nos protegiera en la andadura hasta la villa y Corte, sino también en la nueva etapa que afrontaba en mi carrera y en mi vida.

* * *

Cuando, en los primeros días de marzo, fui conducido a la sala de recepción y trabajo del ministro de Marina, quedé impresionado por la suntuosa belleza de la estancia. Y mucho se comentaba entre los miembros de la Institución los detalles de tan renombrado gabinete, utilizado anteriormente para los mismos fines y en negativa sucesión por personas tan poco queridas en la Real Armada como don Manuel Godoy y el malparido mariscal Joaquín Murat, duque de Berg y de Cleves, que en los Infiernos penará por siempre a causa de sus horribles pecados. Aparte de los frescos de tonos azules, los estucos dorados y el noble mobiliario de pared, destacaba por encima del resto una maravillosa mesa^[48] de piedra que llamaba la atención de propios y extraños. Y había sido sobre su mármol rosado donde, según se aseguraba con mucha razón de crédito, el Lugarteniente General del Reino, llamado por otros como el demonio francés, había firmado las penas de muerte de tantos españoles, tras la sangrienta sublevación madrileña del segundo día de mayo de 1808.

Cuando me encontré por primera vez ante quien regía los designios de la Real Armada, sentí una grata y muy favorable impresión. Y por favor, no me achaquen la orla de excesivamente bienintencionado, condición que intento eludir en estos cuadernillos en los que deseo reflejar con sinceridad los pasos más importantes de mi vida. Ya saben de mi inveterada costumbre en ofrecer una importancia decisiva a las primeras deducciones, ese juicio a primera vista que tantas veces suele producir graves errores, aunque hasta el momento me hubiera concedido mucha razón a lo largo de los años.

Don José Vázquez de Figueroa, que en aquellos días acababa de cumplir los cuarenta y siete años de edad, mostraba trazas de hombre joven, dinámico

y con espléndida salud, un detalle este último que navegaba en contra de las noticias recibidas hasta el momento. De estatura normal y magro de carnes, exhibía un rostro lozano con el cabello negro cortado en flequillo de pico a la romana y largas patillas en herradura, que enmarcaban una cara redonda y afable. Vestía impecable uniforme correspondiente al cargo de ministro, en cuya casaca solamente destacaban las placas de las grandes cruces de Carlos III y de Isabel la Católica, de las que tan orgulloso se sentía.

Como primera llamada, deduje que mi nuevo jefe otorgaba la debida importancia al aspecto exterior de las personas, detalle que no me molestaba en absoluto, más bien al contrario. Porque todo en él, desde la greca alta del collarín hasta las impolutas medias blancas y los zapatos de piel negra brillante, curvados en la punta, tacón de madera pequeño y hebillados en plata, se mostraban en flor de cuño. Tras llevar a cabo la formal presentación con las debidas normas de respeto y cortesía, sin descender un solo escalón, creí entrever una benévola sonrisa en su rostro. Una vez en pie y tras su personal saludo con un enérgico apretón de manos, me ofrecía con un ligero movimiento de su brazo el sillón enfrente al suyo, tras la mencionada mesa de noble piedra. Escuché el tono suave y obsequioso de su voz, medido en cinta.

—Para comenzar a compenetrarnos a fondo y facilitar el diario contacto, general Leñanza, creo que debemos rebajar en bulto cortesías y exigencias de trato. Despachará muchas horas al día conmigo y la excesiva atención a las normas de protocolo dificultarían por alto el necesario acercamiento.

—Lo que ordene, señor ministro.

—Comenzaré exponiéndole que deseaba conocerlo personalmente, general —en su rostro aparecía una nueva sonrisa de acercamiento—. Bueno, lo recuerdo de cuando se mantenía como ayudante del teniente general y Regente don Antonio de Escaño, lo que ya ofrece un importante detalle a su favor. Pero me refiero a tratarle con cierta intimidad. Conozco muy bien y al detalle su hoja de servicios. Y aunque no suelo dar como ciertas muchas observaciones que por escrito se trasladan, tantas veces exageradas por mano propia o amiga, creo que lo retratan de forma muy correcta. Como puede comprender, abundan las impresiones personales de generales de Marina a los que ofrezco total credibilidad. Entiendo que no sólo ha mostrado un valor extraordinario de forma repetida ante el enemigo sino que, tan importante o más para mí en esta función que deberá desarrollar, con detalles de elevada inteligencia y empleo de la mano izquierda necesaria para salvar obstáculos y

defender posturas. Sin olvidar que el hecho de haber alcanzado la faja a tan temprana edad dice mucho a su favor en momentos como los que sufrimos.

—Le agradezco mucho sus palabras, señor.

—También conocí a su padre, aunque ligeramente. Pero mucho y bueno escuché de su forma de ser y capacidad. Solamente hay que pensar que fue escogido por don Federico Gravina para trabajar a su lado, y que se mantenía en cerrado contacto con don Antonio de Escaño. También tuve la suerte de prestar servicio con su tío Santiago de Cisneros, un personaje excepcional en todos los sentidos.

—Al tío Santiago, mi padrino bautismal, le tenía un especial cariño, señor. Mucho sentí su muerte.

—Bueno, entremos en danza y dejemos los bucles de flores a la banda.

Se tomó un ligero descanso, sin dejar de mirarme a los ojos. Creo que en aquellos minutos intentaba descifrar mis más escondidos pensamientos, o la verdad que en tantos casos ofrece la mirada de cada hombre.

—Bien, general, quiero que me conozca a fondo. No soy más que un sencillo oficial de guerra, como tantos otros, a quien sus débiles condiciones físicas lo llevaron a trabajar en despachos. Muy a mi pesar, hube de abandonar la cubierta de nuestros buques. Sufro en los inviernos con simples enfriamientos, a cauda de mi negativa afición a padecer ataques de asma, que en ocasiones me dejan falto de respiración y como pez fuera del agua. Pero también en las primaveras me atacan los males, cuando respiro el florecimiento de los árboles.

—Algo había escuchado en tal sentido, señor. Hablé a fondo con el capitán de navío Martín Lasarte. La verdad, quería saber de su persona.

—Me gusta su sinceridad. Lasarte es un magnífico oficial y un especialista de los mejores en Hidrografía. Pero regresando a mí, debe saber que exijo determinadas cualidades a quienes escojo, escasos en número, para trabajar a mi lado de forma intensa y permanente. Por encima de todo, deseo una lealtad absoluta. Pero no rayana en la absurda y pelotera sumisión. Porque prefiero que me expongan siempre con entera sinceridad sus opiniones, aunque naveguen muy a la contra de mis pensamientos. Otra cualidad ineludible es la discreción. En este gabinete escuchará de mi boca opiniones muy concretas de elevados o elevadísimos personajes, a veces dictadas al calor de la discusión. Todo lo que aquí se cueza al borbotón, en la perola debe quedar hasta consumirse. Espero que me comprenda.

—Perfectamente, señor. Puede estar seguro, bajo palabra dada en ley de honor, de mi más absoluta lealtad y discreción.

—Le creo sin dudarlo —carraspeó ligeramente antes de continuar, como si entrara en terreno de cruces—. También espero que mantenga sus opiniones... sus opiniones políticas dentro del marco necesario. No quiero decir que se olvide del tema y deje su mente en blanco. Cada hombre ha de tener sus propias convicciones, impresiones y veleidades. No obstante, lo primero y principal es permanecer siempre dentro del marco adecuado. Y para comenzar con buen pie, le seré absolutamente franco con un ejemplo. Sé de su admiración por don Cayetano Valdés, que comparto. Una desgracia para la Armada porque tan extraordinario general, que debería encabezar hoy en día el Almirantazgo, se mantiene en su prisión del castillo de Alicante.

—Supongo que sabrá, señor, que lo visité en su prisión.

—Por supuesto. No critico en absoluto la visita que giró con extrema bondad a quien desempeñó un papel tan importante en su carrera. Considero que es encomiable su lealtad personal y discrepo que, por una simple entrevista de cortesía, sufriera algún tropiezo oficial que, por fortuna, desapareció posteriormente. Como le digo, aplaudo aquel detalle que le honra. Pero si dicho encuentro lo llevara a cabo en los momentos actuales, trabajando a mi lado, lo desaprobaba porque sería políticamente maldecido y daría pie a que los mentideros se llenaran, de voces opacas contra este ministerio. En muchas ocasiones, nos encontraremos navegando cerca de la catarata.

—Lo comprendo perfectamente, señor, y concuerdo al ciento con las opiniones expuestas. También yo le seré sincero. Como todo español, mantengo mi propia opinión política, que solamente con familiares o amigos íntimos expreso. Así me lo aconsejó el teniente general Escaño y siempre seguí sus recomendaciones al punto, por sabias y acertadas.

—Me parece perfecto. Mire, general, seguro que habrá escuchado esa manida acusación contra mi persona, en el sentido del posibilismo político que ejerzo. No lo considero criticable sino que, por el contrario, presumo de tal opción. Creo que es positivo aprovechar las condiciones existentes, aunque no nos gusten al completo, para la realización de determinados fines o ideales. Y estos, en mi caso particular, no son más que el progreso y resurgimiento de la Real Armada. Solamente en el caso de alcanzar un punto en el que las órdenes recibidas caminen en contra total de mis principios, sería el momento de solicitar la exoneración del cargo.

—Le agradezco su sinceridad, señor.

—En muchas ocasiones deberemos discutir e incluso analizar directrices recibidas de Su Majestad, a quien debemos obediencia y lealtad. Me

encuentro en este puesto porque don Fernando, tras ofrecerme este alto cargo, me prometió los fondos necesarios para levantar nuestra depauperada Armada. En caso contrario, no lo habría aceptado. No estoy contento con lo conseguido hasta ahora, como es fácil presumir, pero creo que insistiendo en el yunque, podremos alcanzar algún resultado positivo. Si dejara el cargo, podría aceptarlo otra persona que se plegara todavía más a los deseos de nuestro Señor y sin crítica alguna. No son pocos los que aparecen en el horizonte.

—Lo comprendo, señor.

—En estos momentos debemos aprovechar la necesidad de enviar numerosas tropas a Indias, si queremos que las provincias americanas permanezcan bajo nuestro pabellón. Es muy importante agarrarnos a ese detalle, que nos puede impulsar avante. Las luchas en Indias no se aclararán de la noche a la mañana, por muchas voces que tal posición defiendan. Más bien, se tratará de un conflicto largo y difícil. Pero no se prevé posibilidad alguna de éxito, si no disponemos de un mínimo número de buques. Esa baza es la que hemos de jugar hasta el último límite. Y no me refiero a buques menores sino a unidades de fuerza; navíos y fragatas.

—Creo que ya se han enviado comisiones de estudio y planificación a diferentes arsenales extranjeros en ese sentido. Incluso se han adquirido algunas corbetas y unidades menores.

—En efecto. Pero hasta ahora no abarcan la necesaria entidad que toda Marina necesita, ni de lejos. Con corbetas, bergantines y goletas solamente a nuestra disposición no podremos ejercer el dominio necesario. Mi intención más soñada sería llegar a un compromiso serio y duradero con la Gran Bretaña, para que nos suministraran media docena de navíos y otra cantidad similar de fragatas. Unidades listas para desempeñar comisión al tiro. Y, al mismo tiempo, que el Estado rinda los efectivos monetarios imprescindibles para que en nuestros arsenales se puedan mantener dichas unidades. Porque sin mantenimiento y carena adecuados acabarían pronto en los fondos podridos por la broma, como se ha demostrado con los buques enviados en 1812 a los arsenales de La Habana y Mahón.

—No será faena sencilla un acuerdo de ese tipo con la Gran Bretaña, señor. ¿Lo estima como posible?

—Mantengo fundadas esperanzas. Será en Gran Bretaña, precisamente, donde dispondremos de esas cacareadas cuatrocientas mil libras, que el gobierno britano nos ha de entregar por las penalidades sufridas a causa de la abolición del asiento de negros, que se prevé aplicar en pocos años. Desearía

llegar a un acuerdo firme con los ingleses, aunque nos reduzcan a un protectorado comercial. Debemos ser prácticos y comprender que jamás nuestra Armada alcanzará de nuevo una altura, como para, guerrear con el inglés. Es difícil conseguir lo que persigo, desde luego, si pensamos que la Gran Bretaña apoya los movimientos rebeldes americanos y, de esa forma, captar para sí el comercio con Indias, una gollería por la que suspiran desde hace un par de siglos. Pero todo en política es posible, si se efectúan los ofrecimientos adecuados.

—¿Ofrecimientos, señor?

—Mire, general, en los últimos años hemos caminado por derecho en dirección a establecer unas estrechas relaciones con el Zar de Rusia. Personalmente lo estimo como un error, aunque se trate de la única nación que pudo auxiliarnos cuando quedamos por fuera de toda órbita europea. Es lógico que se eleven mil protestas por haber sido apartados del Tratado de Viena. Pero no debemos olvidar que pagamos el acuerdo particular de nuestro Señor con Bonaparte sin notificarlo a los aliados, como habíamos estipulado por escrito. Todo es posible en política, si se ofrece la mano con suficientes gollerías. Se pueden retomar las relaciones con la Gran Bretaña, me encuentro plenamente convencido. Porque poco o nada confío en los franceses, que siempre nos perjudicaron.

—Sería fantástico conseguir el apoyo británico en buques y pertrechos navales, señor. Al menos, con vistas a nuestro principal y perentorio problema indiano.

—Pues en esa dirección hemos de trabajar, Pero utilizando esta inteligencia que Dios nos ha otorgado —Figueroa golpeaba con insistencia su cabeza—. No debemos negarnos a nada que desde Palacio se nos ofrezca, llámese buques franceses, holandeses o de otras potencias. Soy consciente de que la maldita camarilla palaciega es muy fuerte, pero también estimo a don Fernando como persona muy influenciable, si se le ofrecen perspectivas de ganancias con claridad. Por fortuna, me tiene en alta estima y reconocido aprecio. Al menos, hasta hoy. Porque también es cierta su pasmosa veleidad y los cambios de criterio que aplica cada día. En la Corte se pasa con rapidez del extremo favor de Su Majestad al destierro en un abrir y cerrar de ojos.

—Mucho y mal he oído hablar de esa camarilla palaciega, señor.

—Por desgracia con todo acierto. Sin embargo, la mayor parte de sus miembros, fijos o de paso, me preocupan poco, aunque anden en tamboreada de fuste cada día. Una pandilla de presuntuosos, muchos de ellos sin una mínima categoría de cuna o manejo intelectual. Se trata, de cabezas con

escaso poderío. No obstante, aparecen, dos personajes que nos pueden hacer mucho daño. Me refiero a ese diplomático ruso de vida tan licenciosa y poco comedida, Tatischev, artífice de nuestro acercamiento al Zar y de que el embajador británico pierda casi toda su influencia en la Corte. Pero también temo los posibles manejos del general don Francisco de Eguía. ¿Acaso le extraña escuchar estos dos nombres?

—Ya sabía del personaje ruso, de quien mucho se habla en corrillos y de forma poco alentadora. Se comenta que es quien ha conseguido convencer a nuestro Señor de las ventajas que supondrían unas íntimas relaciones y alianza con el Zar, para mantener su Gobierno absoluto... —dudé por si había traspasado alguna regla. Sin embargo, el ministro movió la mano en abanico.

—Ya le dije, Leñanza, que en este gabinete se escucharían frases e ideas que no han de cruzar las cuatro paredes. Y no sólo me refería a las pronunciadas por mi boca. Continúe con libertad.

—Lo que me ha extrañado es que nombrara al general don Francisco de Eguía, señor. ¿También forma parte de la camarilla?

—Don Francisco de Eguía, en la actualidad primer secretario de Estado y de la Guerra, no es más que un dócil instrumento de la camarilla, que lo utiliza a su antojo. Presume de ser extremado en sus opiniones, favorables a todo lo antiguo, incluidos los regímenes de gobierno. Apoya fervientemente y a las claras el más rancio absolutismo de don Fernando. Y para demostrar ese cariño por las costumbres ancestrales, todavía emplea coleta en su peinado y polvos de arroz. En la Corte es conocido por el apelativo de coletilla y puedo adelantarle que no goza de muchos amigos en el Gobierno. En una ocasión, hablando con Su Majestad sobre la adquisición de buques en arsenales extranjeros, don Fernando aludió a una opinión de Eguía sobre las corbetas compradas en Francia. Con toda naturalidad, expuse a nuestro Soberano que, en mi opinión, el general del Ejército don Francisco de Eguía apenas sería capaz de distinguir la diferencia entre un navío de tres puentes y una balandra de puerto. Y que, por tal razón, no debería tener en cuenta opiniones tan disparatadas. Recomendé a don Fernando que se dejara aconsejar por los expertos en cada tema. Fui consciente de que me jugaba un envite más que peligroso, pero nos encontrábamos en un día bueno de nuestro Señor y soltó una carcajada tras escuchar mis palabras. Pero no debemos olvidar que es el único militar que puede llegar hasta Su Majestad por la antesala en Palacio. Y en demasiadas ocasiones, don Fernando concede crédito a las palabras de un simple carretero, que opine sobre bombas de fuego.

—Comprendo, señor —quedé pensando unos segundos, antes de lanzar el dardo que me taladraba el cerebro—. ¿Puedo hacerle una pregunta directa?

—No vuelvas a solicitar permiso para algo así. Quiero un trabajo en plena confianza. Pregunta siempre lo que estimes oportuno.

—¿Para qué desea exactamente mi colaboración? Supongo que habrá pensado en algún trabajo determinado. Bueno, también es posible que desee dedicarme a una especie de asesoría...

—Nada de asesorías, que jamás asesoran al grano gordo. Me gusta trabajar con pocos hombres, pero muy escogidos, y que cada uno cumpla un cometido determinado. Contestaré a su pregunta con extrema claridad. Deseo, Leñanza, que dirija la importante sección que abordará la adquisición de buques que necesitamos, casi con toda seguridad en arsenales extranjeros. Sé lo que fue capaz de realizar con la corbeta *Mosca* y su capacidad para reconocer las características de un buque. Pero cuando le hablo de un grupo de trabajo, no piense en sala de reuniones y numerosos personajes que acaban por enturbiar la copa. Puede escoger a otro oficial que le auxilie en su tarea, que no es faena para una sola persona. Podría haberlo escogido yo, pero le repito que confío en su buen hacer. Y como se encontrará muy unido a su diaria faena, lo dejo en sus manos. Se moverá con entera libertad, creará grupos de trabajo allí donde lo estime conveniente, consultará a expertos, efectuará los viajes necesarios por España o Europa, todo lo que estimes oportuno llegado el momento. Pero solamente despachará conmigo y con ese otro oficial que le mencionaba. ¿Confía en alguno determinado?

—Confío en muchos oficiales, señor. Bueno —quedé pensativo, al comprender que había exagerado un tanto y debía rectificar—, para ese preciso cometido se rebaja la lista, por supuesto. ¿Qué empleo considera idóneo en dicho oficial?

—Capitán de navío a ser preferible. Un empleo suficientemente alto para crear la necesaria y debida autoridad, pero no demasiado. También podría ser un brigadier.

Los cuervos comenzaron a emitir agudos graznidos por mi cabeza en danza de matachines. Porque podía matar una pareja de perdices de un solo escopetazo, aunque dudaba de la oportunidad de mezclar asuntos familiares y profesionales, un detalle que podría molestar al ministro. Así pareció entenderlo de antemano, porque entró en rápida explicación.

—No crea que me voy a extrañar de que desee promocionar a un gran amigo o un familiar más o menos cercano, si lo considera el más adecuado

para el puesto. Me importa un rábano dicha cuestión. Lo que deseo es que se trate de un oficial inteligente, trabajador y que confíe hasta la muerte en él.

—En ese caso, señor, lo tengo. Bueno, eso creo —dudaba todavía, aunque creí que debía lanzarme ladera abajo por el bien de todos—. Me gustaría explicarle su situación personal y las causas que lo han llevado a...

—No me interesan los detalles del día a día, Leñanza. Si lo estima como la persona adecuada, lo acepto. Trabajaré con usted.

—El único problema es que se trata de un capitán de fragata. Debería ser ascendido al empleo de capitán de navío, señor. Y le prometo sin argucias ni falsos argumentos, que bien lo merece.

—¿Todavía es capitán de fragata? —el ministro esbozó una sonrisa que no llegué a comprender—. De acuerdo. Pero que comience a trabajar de inmediato y se le ascenderá en la primera oportunidad. Supongo que se refiere a su cuñado, Adalberto Pignatti.

Creo que debí abrir la boca a tronera baja. Porque en verdad que me dejó asombrado ante aquella inesperada salida, más propia de un adivinador santero. Apenas pude engatillar una palabra.

—Cómo... cómo...

—Ya le dije que estudio bien a los que he escogido para trabajar conmigo —ahora mostraba una sonrisa de orgullo—. Leyendo su hoja de servicios, así como sus partes de campaña y sugerencias al mando, comprendí que el actual capitán de fragata Pignatti debía de encontrarse muy unido a su persona. Lo recuerdo de cuando se encontraba junto a usted como ayudante del general Escaño. Después desempeñó el destino de su segundo comandante en la corbeta *Mosca* y en la fragata *Proserpina*. Si un oficial de guerra mantiene tanto tiempo a su cuñado bajo su mando, significa que rinde a fondo como profesional y que confía plenamente en él. También comprobé que sentaron plaza en la Real Compañía al mismo tiempo, un detalle que marca mucho. En fin, que por mi parte no existe problema alguno.

—Se lo agradezco mucho, señor. Pensaba que, de esta forma, mataba dos pájaros de un solo disparo. Por una parte, confío plenamente en él, en sus posibilidades de trabajo, inteligencia y absoluta dedicación. Por otro lado, en estos días se encuentra con la moral por los suelos. Resulta que...

—Se encuentra pendiente de un Consejo de Guerra que, precisamente, ha de celebrarse esta semana y del que saldrá absuelto sin mengua de honor. También he leído a fondo las declaraciones y consideraciones de los encausados, de los defensores y del ministerio fiscal. Nada aparece que se pueda reprochar a su compañero, más bien al contrario. Merece un ascenso

por sus valerosas acciones en el escenario del Río de la Plata. Tan sólo llaman la atención sus fuertes declaraciones contra el capitán de navío de la Sierra.

—Bueno, señor, eso es fácil de explicar si...

—Nada ha de explicarme. De la Sierra, a quien bien conozco, debería haber sido castigado severamente por su actuación al mando de la escuadra en el combate de Montevideo. Pignatti ha tenido el valor de declarar la verdad, lo que mucho dice a su favor. Pero no es fácil cambiar esa asignatura pendiente, que tan mal hemos manejado durante siglos.

—Siempre envidié a la *Royal Navy* en ese aspecto, señor. Somos demasiado paternalistas, con un corporativismo absurdo que mucho nos perjudica.

—Le prometo, Leñanza, que cuando hayamos conseguido los barcos necesarios, le encargaré la modificación de nuestro sistema en el sentido que apunta. Pero ahora pasemos a la intendencia. ¿Necesita algo? Tengo entendido que, a pesar de las 67 pagas que se le adeudan, no sufre penalidades económicas. Es una suerte en estos días. No obstante, si desea que le ayude a resolver algún problema entablado, dígamelo.

—Nada necesito, señor. En diez o doce días deben llegar desde Cádiz mi mujer y mi hermana, acompañadas del capitán de fragata Pignatti. Tan sólo deseo entrar en el tacho de verdad cuanto antes. Desde luego, necesitaré algunos días para interesarme en diversas secciones de la Secretaría y ponerme al día de las gestiones llevadas a cabo hasta el momento.

—Todas las puertas se encontrarán abiertas. Cuando considere que puede entrar en acción, hágamelo saber. Es posible que sea oportuna una visita a algunos arsenales franceses y del sur de Inglaterra, para conseguir información.

—¿Cómo ya hizo don Jorge Juan^[49]? —pregunté en media broma.

—No creo que sea necesario el espionaje en esta ocasión, aunque nunca se sabe al ciento.

—En ese caso, señor, me incorporaré mañana mismo con Pignatti. ¿No le creará problemas que su sentencia no haya sido confirmada por la Superior Autoridad?

—Ninguno. Recuerde que, tras el combate de San Vicente, muchos oficiales de alta y media graduación, entre ellos su padre y su tío Santiago, se encontraban inmersos en un famoso Consejo de Guerra. Sin embargo, don José de Mazarredo los llamó a casi todos, para defender la bahía de Cádiz frente a don Horacio Nelson.

—Así es, señor. Por último, desearía agradecerle que haya depositado su confianza en mis hombros hasta tal extremo. Espero y confío que pueda rayar a la altura de lo que de mi exige.

—No albergo dudas en ese aspecto.

Me despedí del ministro con una llamarada de satisfacción esparcida por todo el cuerpo. Aunque muy en los fondos temiera no ser la persona suficientemente preparada y adecuada para aquella misión tan importante y vital que debía encarar la Real Armada, el orgullo propio alzaba sus crestas muy por encima. Era consciente de que jugaría un trascendental papel, incluso peligroso por los movimientos a realizar en el filo de la navaja política, un aspecto en el que jamás había lidiado. Pero no me sentía amedrentado, ni mucho menos. Además, en su conjunto la conversación mantenida por quien consideraba en un primer y rápido análisis como un personaje honrado y muy inteligente, no podía haber sido más agradable y alentadora.

11. En danza

Me mantuve durante más de dos largas semanas en permanente soledad. La primera de ellas, acomodado en un magnífico camarote de la Secretaría de Marina, dedicado noche y día a mi nuevo puesto de trabajo. Perdía escaso tiempo porque todo el material de interés se encontraba a la mano, y las instrucciones dictadas por el Ministro me abrían las puertas sin excepción y de par en par. Al final de la segunda semana pude pasar al palacio de Montefrío, avisado por Barbate de que ya se comenzaban a mostrar los brillos por salones y estancias, con todo el servicio regresado de su destierro serrano.

Cuando me encontré por primera vez a solas en la salita familiar del palacio, un elevado número de evocaciones preñadas de nostalgia acudieron a mi cabeza en avalancha. Una buena cesta de recuerdos buenos y malos. Cómo olvidar las muertes de los seres queridos, las celebraciones de todo tipo, mi salida al alba para enfrentar un duelo a pistola con un teniente francés en defensa de mi alocada y querida prima Cristina, los movimientos iniciales contra las huestes de Napoleón y mil escenas más que conformaban toda una vida. Pero por encima del resto emergía la inolvidable figura de María Antonia, aquella extraordinaria mujer que se convirtiera en el eje y motor de toda una familia.

Cuando Guanche me alcanzó a la carrera para avisarme de que se habían avistado los carruajes, ya la tarde comenzaba a rendir luces e imaginaba que atravesaría una jornada más sin que el resto de la familia apareciera en la Corte. Mi nerviosismo había aumentado hasta la raya por el retraso de dos jornadas, según el plan previsto, al punto de llegar a pensar que podían haber sufrido algún percance serio en los peligrosos caminos de la sierra. Por fin y con evidente alivio, comprobé cómo el magnífico landó de cinco vidrios, orgullo de la casa, atravesaba los portones abiertos al patio del palacio de Montefrío. Cuando Beatriz descendió, comprobé que su cuerpo comenzaba a mostrar ligeramente el estado de gravidez que atravesaba. Acudí hasta ella

para tomarla entre mis brazos y besarla con esa pasión que siempre me hizo sentir. También comprobé la admiración que expresaba su rostro, al recorrer lentamente con su mirada los perfiles del edificio.

—¿Te gusta, el palacio de Montefrío, querida? El padre de mi abuelo ordenó su construcción en el primer cuarto del siglo pasado. No creo que, haya exagerado una mota cuando te hablaba de él.

—Se ajusta a tu descripción al completo. Sin embargo, por mucho que lo miro y remiro, no deja de impresionarme. Ahora comprendo, cuando me explicabas las trazas de un verdadero palacio, lo que significa la morada propia de un Grande de España.

—La verdad es que nunca pensé que acabaría por detentar el mayorazgo de la casa de Montefrío, aunque siempre consideré este palacio como morada propia. Ha sido necesario el concurso de mucho dolor y demasiadas desgracias.

Por fin, nos reunimos las dos familias en un recogido salón, al que llamábamos de los relojes, una designación muy acertada porque, como aseguraba Beatriz sin cesar en sus signos de admiración, jamás había visto tantos y variados medidores del tiempo reunidos en conjunto. Allí mismo y de manera informal, como había ordenado, nos sirvieron diversos platos de carnes y pasteles escogidos, magníficamente condimentados, que los viajeros atacaron con resolución. Hice servir un vino añejo personalmente seleccionado, que todos alabaron sin descanso para aumentar mi propia satisfacción.

—Ya dudaba de que llegarais algún día. Ya sé de la lentitud en mi cuñado, pero...

—¿Lentitud mía? No expreso mis verdaderos pensamientos porque se encuentran señoras en presencia. A última hora y por razones que prefiero no considerar, partimos una jornada después de la programada —Beto señalaba con falso enfado a las dos mujeres, que sonreían abiertamente—. Además, como las olas blancas nunca se aparejan en soledad, bien entrados en la provincia de Córdoba perdimos uno de los animales. Debimos hacer noche en una venta de mala muerte, apestada de bichos de todo tipo. Bueno, prefiero no recordar más detalles.

—¿Qué tal corre tu vida, en el Ministerio? —preguntaba Rosalía, interesada como siempre.

—Muy bien. Creo que he pasado a trabajar con una persona extraordinaria en todos los sentidos. No obstante, se me presenta poco descanso y mucho despacho, aunque pronto deberé llevar a cabo algún viaje.

—¿Abandonarás la Corte, ahora que acabamos de llegar? —Preguntó Beatriz con gesto de evidente disgusto—. No debíamos habernos apresurado.

—Solamente se trata de una suposición y sin fecha cercana, querida.

—Falló el Consejo de Guerra con extrema rapidez y a favor de todos los encausados —dijo Beto con escasa euforia.

—Me lo comentó el ministro hace algunos días. Por cierto, que estuvimos hablando de ti.

—¿De mí? Bueno, espero que la conversación corriera con los elogios que merezco.

—Deja las chanzas aparte, maldito balandrón. Como no disponemos de mucho tiempo, atacaré por derecho el tema, sin mantenerte entrado en nervios durante algunas horas. Trabajarás a mi lado y serás ascendido al empleo de capitán de navío en la primera lista de promoción. Mañana deberás acompañarme para presentar tus respetos a don José Vázquez de Figueroa.

Beto y las dos mujeres quedaron sin palabras, especialmente Rosalía. Y como todos parecían haber enmudecido hasta el límite, debí insistir.

—Podéis cerrar la boca. ¿Qué os sucede? ¿Acaso no es de tu agrado la noticia, Beto?

—¡Vaya pregunta! Lo que sucede es que la estoy asimilando todavía porque no imaginaba ascender jamás. Te aseguro que me cuesta creer esas palabras. ¿Cómo ha sido posible tal milagro? ¿Y cómo podré conseguir que se me asigne destino en la Secretaría, sin que la Superior Autoridad haya ratificado todavía los fallos del Consejo de Guerra?

—Por decisión del ministro y en base a mil antecedentes, algunos de ellos familiares. Vázquez de Figueroa me ordenó que escogiera un hombre. Bueno, más exactamente, un capitán de navío de toda confianza. Pensé que podía conseguir dos dianas al mismo tiempo. No sólo lo aceptó con rapidez, sino que le pareció muy acertada la elección. Te prometo que te consideró merecedor de la promoción, por tu labor llevada a cabo en el Río de la Plata al mando del queche Hiena, lo que es cierto. También se encontraba al tanto de tus relaciones con de la Sierra y te concede toda la razón.

—Eso me alegra todavía más. Pero... —titubeaba ligeramente—, en qué vamos a trabajar.

—Muy sencillo. Nos ocuparemos de la adquisición de buques para la Real Armada.

—¿Adquisición de buques? ¿Nosotros dos? ¿No se encarga de ello una comisión de ingenieros, con Honorato Bouyon al frente?

—Los ingenieros informarán y nosotros propondremos al ministro las soluciones que estimemos más acertadas, de acuerdo a los problemas que la Armada deberá encarar en los próximos años.

—¿Visitaremos astilleros franceses? —Beto parecía animarse por momentos—. Dicen que las francesas son mujeres de especial encanto.

—¿Las gabachas mujeres con encanto? —dijo Rosalía con gesto enfurecido.

—Es posible que debamos girar visita a la costa francesa —no quería exponer ante las mujeres los planes que embastaba en mi cerebro con detalle—. Pero ya lo planearemos, que por ahora nos encontramos en el inicio de los preámbulos solamente.

—¡Eres un genio, hermano! —Rosalía llegó hasta mí para cubrirme de besos y abrazos—. Ya sabía yo que si alguien podía resolver el problema de Beto, eras tú. Pero si debes partir hacia París, este capitán de navío permanecerá en la Corte de Su Majestad Católica.

—Eso ya lo veremos, hermanita. En cuanto al ascenso y destino, poco tengo que ver. Si se ha resuelto a favor, se debe a que el ministro se ha informado bien de las cualidades de Beto, de los servicios que ha prestado, merecedores de su promoción, y de las circunstancias que rodearon sus desencuentros con algunos personajillos babosos. Pero debéis comer, que mostráis rostros de entuerto. ¿No acopiasteis buenas cestas de alimentos para el viaje?

—Mira, Santiago, mejor que cambiemos el tema. Confié en el buen hacer de estas dos señoras, lo que no volveré a repetir —Beto entraba en media chanza.

—Nada de eso es cierto, querido esposo. Si acaso, tú eres el único culpable.

—Rosalía entonaba entre risas, incapaz de ocultar la felicidad que mis noticias le habían producido.

—Bueno, de nada sirve mirar hacia atrás. Ahora mostraré el palacio a Beatriz. Tú, Beto, duerme por largo y recupera fuerzas, que te serán necesarias. Mañana con las primeras luces nos trasladaremos al Ministerio. Deberás presentarte a don José Vázquez de Figueroa con uniforme de luces. Se trata de persona con parecidos gustos a los tuyos. Concede la debida importancia al aspecto externo de las personas.

—Me parece perfecto. Tal condición demuestra su inteligencia —Beto solía presumir de su inveterada etiqueta—. Le diré a Miguelillo que prepare mi mejor uniforme grande.

Mientras el buen humor parecía inundar todos los corazones y me disponía a acompañar a Beatriz, se adelantó mi hijo Francisco, con el rostro en clara interrogación.

—Padre, perdone que le interrumpa.

—Habla, Pecas.

—Querría saber... Seguro que el mucho trabajo no le habrá dejado tiempo para... —calló, azorado y nervioso.

—Francisco, he tenido tiempo suficiente para saber que, en el próximo mes de septiembre, se abrirá la Academia de la Real Compañía. Se formará un nuevo curso de jóvenes guardiamarinas.

—¿En septiembre? —Se le iluminó la cara como hoguera en llamas—. Pues... pues en esos días ya habré cumplido los trece años. No sé si sería posible solicitar en ruego esa necesaria excepción que pueda...

—¿Piensas que puedo olvidar algo tan importante para tu futuro? Ya he elevado la petición de excepción por minoría en la edad reglamentada al señor Ministro, hijo mío —ahora me dirigía a él con el verdadero orgullo y cariño que sentía. Acabé tomándolo por los hombros antes de continuar—. Puedes estar seguro de que serás autorizado. Si no aparece ninguna indeseable complicación, sentarás plaza de guardiamarina en esos días.

—¿De verdad? —Sus ojos se abrían como platos, al tiempo que una sonrisa de plena satisfacción se mostraba en su boca—. ¿Sentaré plaza de guardiamarina en la Real Compañía en el mes de septiembre? En ese caso, dos meses antes deberemos encargarnos de los uniformes. Padre, no sé cómo podré agradecerle. No se arrepentirá de concederme tal privilegio, juro que le haré sentirse orgulloso y que daré todo lo que...

—Ya lo sé, hijo mío.

—¡Válgame los cielos! —Rosalía se acercaba para tomar al joven Pecas entre sus brazos—. No me imagino a este hombrecillo uniformado de guardiamarina. Dame un par de besos, sobrino. Parece mentira que entreguemos a la mar a muchachos tan jovencitos.

—Por favor, tía, que en el mes de septiembre tendré trece años. No olvides que ya soy un hombre.

Mientras intentaba ahogar una risa, se me apareció el rostro de mi padre en el cerebro. Recordé sus palabras, cuando comentaba que habían muerto en las cubiertas de los buques junto a él verdaderos niños, guardiamarinas más cerca de la teta materna que de las balas enemigas. Pero así había sido siempre nuestra vida y me enorgullecía de que mi sangre continuara en una

generación más, la cuarta, al servicio de la Real Armada. Para sorpresa de todos, el pequeño Beto, dos años menor que mi hijo, saltaba en protesta.

—Papá, ¿cuándo me tocará a mi sentar plaza de guardiamarina? Soy grande y fuerte como muchos niños de trece años.

No faltaba a la verdad el mozalbete. Porque aunque menor que Pecas, el joven Beto mostraba hechuras muy parecidas a las mías y aparentaba la misma edad que su primo.

—Ya llegará tu momento, hijo —Beto intentaba calmar su ansiedad.

—Siempre me dice lo mismo —protestó el niño a la baja con rostro de enfado.

Mientras padre e hijo continuaban discutiendo sobre el momento adecuado para que el pequeño vástago sentara plaza en la Real Compañía, discusión en la que Rosalía tomaba parte con extremo sentimiento, prendí a Beatriz por el brazo para mostrarle los salones principales del palacio y nuestros aposentos. Disfrutaba al contemplar cómo se maravillaba mi querida californiana por uno y mil detalles, al tiempo que elevaba preguntas a las que debía contestar con el máximo detalle.

A partir de aquel día, durante los primeros meses todo a mi alrededor comenzó a correr en tintes de plena felicidad y satisfacción, esos momentos dulces que debemos aparejar bien en la sesera, para recordarlos cuando se repuntan las mareas. Asentamos nuestras vidas en el palacio de Montefrío, aunque Beto y yo empleáramos muchas más horas trabados de cuerpo y alma por los despachos del ministerio. Las seis primeras semanas puedo considerarlas sin posible error, como de estrago permanente en cuerpo y alma. Porque, conforme abordaba la tarea que con tanta rapidez se había endosado sobre mis hombros, comprendía que se trataba de una misión de tamaño colosal, al punto de llegar a dudar en algunos momentos de que pudiera sacarla adelante. Comprendí las muchas lagunas que mantenía sobre las diferentes ramas de la Marina, unos huecos que tanto Beto como yo debimos rellenar a la rápida y en horas entresacadas al sueño, la familia y los placeres.

Además de entrar a saco en informes y memorias, farragosos en su mayor parte y con escasa inclinación a la síntesis, decidí que sería necesario abordar en persona a quienes habían dirigido algunas visitas a arsenales o astilleros extranjeros. Para cumplir la misión nos fue necesario girar visita al arsenal de La Carraca y al de Ferrol, donde se centraban en aquel momento los ingenieros y oficiales de guerra, escasos en número y de empleo rebajado estos últimos, que habían dirigido las comisiones. Y aunque algunos personajes de nuestra Institución gozaran de reconocido prestigio en cuanto a

sus conocimientos y cualidades profesionales, comprendí pronto la idea primigenia que guiaba al ministro y que había exigido mi presencia junto a él. Los expertos eran necesarios, sin duda, pero al final debía ser un oficial de guerra, un utilizador práctico y con suficientes conocimientos de guerra, quien considerara la verdadera cualidad que han de presentar las unidades a adquirir.

El problema no debía centrarse solamente en certificar las cualidades operativas de una unidad determinada, cuestión que podía realizar un brillante ingeniero sin mayor problema, sino sus reales posibilidades de rendir lo que de ella se esperaba en las misiones a encarar en un próximo futuro. La cuestión añadida es que comenzaba a sufrirse cierta urgencia, conforme el ejército acuartelado en la provincia de Cádiz aumentaba poco a poco en número y se sentía la necesidad de abordar su traslado a Buenos Aires a la mayor brevedad posible.

Para que comprendan la situación tan angustiosa y hasta ciertamente vergonzosa que sufría la Armada por aquellos días, puedo exponer un ejemplo muy clarificador. Una vez concertados los casamientos de nuestro Monarca y de su hermano el Infante don Carlos con doña María Isabel y doña María Francisca, hijas de la Princesa del Brasil, debían adoptarse las disposiciones necesarias para el viaje a España de tan augustas personas. En ocasiones anteriores y ante un traslado de personajes de tal relevancia, se habían empleado grandes escuadras con navíos poderosos en los que embarcaban jefes de alta graduación. Sin embargo, para esta ocasión particular y en vista del material naval a disposición, el Estado se limitó a enviar a la fragata Soledad. Y menos mal que, al mismo tiempo, se elevaba un fervoroso rezo a la Patrona, para que el buque realizara buena travesía.

La vida, como un remolino de gran fuerza, comenzó a envolverme, sin tiempo para analizar todo lo que sucedía a mi alrededor. Recibimos un primer mazazo, cuando la posibilidad de negociar con los británicos se alejó sin posibilidad alguna de tomarla a la mano. El ministro se la había presentado con orlas de colores a Su Majestad, que ni siquiera expuso un mínimo interés en considerarla. Su respuesta fue tajante y negativa. Por tal razón, decidí marchar con Beto hacia las costas francesas oceánicas. Habíamos perdido el envite más deseado, sin duda, pero no podíamos arriar el pabellón sino continuar la lucha. Si en la localidad de Burdeos el ingeniero Honorato Bouyon había ordenado construir dos corbetas de a 26 cañones en astillero particular, por mi parte deseaba comprobar la posibilidad real de las unidades

establecidas en los arsenales militares de Rochefort y Lorient, avisados de una posible venta de unidades de la Marina Nacional.

Las conversaciones que mantuvimos con el almirante Duganier en Rochefort, precisamente donde se había construido la fragata Sirena mandada por mi padre, fue muy alentadora. Y pudimos localizar tres navíos y un número parejo de fragatas, con escasos años en sus tablas, que podrían servir de forma muy positiva a nuestro propósito. No se encontraban listas para dar el aparejo avante, desde luego, pero sí susceptibles de ser carenadas y alistadas en el astillero particular de *monsieur* Bervier en escaso tiempo. Porque el de la Marina francesa andaba muy mermado de personal.

Aparte de abordar nuestras necesidades particulares, por aquellos días disfrutamos la oportunidad de comprobar las pruebas del buque movido por bomba de vapor llamado Elise, construido por Pierre Andriel, que había atravesado el canal inglés sin necesidad de vela, El director del astillero, que había tomado parte en la financiación del proyecto, nos declamó con voz entusiasta.

—Ese es el maravilloso futuro del transporte marítimo, señores, las máquinas movidas por el vapor del agua, que accionan grandes palas de propulsión adosadas a los costados de los buques. No les quepa duda de que esos sistemas dejarán de lado la utilización de complicados aparejos de vela. Podrán navegar contra vientos y corrientes sin problemas. Y se harán los dueños de la navegación entre Europa y América.

Se trataba de una vieja discusión, trazada en los últimos años, aquella de la posible aplicación del vapor a la propulsión naval. Alegaban sus defensores, con entusiasmo, que se trataba de una adaptación muy parecida a la de accionar las bombas de achique de los diques de carenar o las extracciones de agua de las minas. No obstante, creí necesario rebajar las expectativas del simpático ingeniero francés.

—Llevamos bastantes años en los que aparecen continuos proyectos con buques de escaso porte, tanto en Europa como en América, movidos por el vapor del agua en ebullición. Creo que el americano Fulton, con un pequeño paquebote llamado Clermont, fue de los primeros.

—¿Fulton? ¿Aquel loco que ofrecía buques para navegar por debajo de las aguas? —preguntó Beto.

—Le ofreció a Bonaparte su proyecto de buque submarino, al que bautizó como Nautilus. Por desgracia, el prepotente corso que nos gobernaba no lo tomó en serio —dijo Bervier con tristeza—. Ese hombre es un genio. Pero les reitero que estos proyectos de buques a vapor acabarán por triunfar.

—Deberá reconocer, *monsieur* Bervier, que los fracasos y las desgracias superan a los éxitos en elevadísimo porcentaje. Mantener fuego abierto entre las maderas de un buque no debe de gustar a muchos hombres de mar. También en España se mantiene dicha discusión. En un pequeño astillero sevillano situado en Remedios de Triana, un carpintero de ribera llamado Antón Cabrera ha construido el casco de un pequeño buque, al que ha acoplado una máquina inglesa de vapor. Bueno, quiero decir máquina y caldera. Estudiamos sus planos con interés hace pocos meses. Pero solamente presenta 28 varas de eslora, ocho y cuarta de manga y cuatro de calado. Se mueve por medio de dos ruedas monstruosas, como las de este buque que acabamos de visitar. Y su andar alcanza los cuatro nudos, sin tener en cuenta la corriente. Va a ser utilizado para el traslado de personas por el río Guadalquivir entre Sevilla y Sanlúcar de Barrameda. Creo que podrá transportar 65 viajeros instalados con cierta comodidad en cámaras, así como otros 50 en cubierta. Entiendo que para tal fin quedarán esos buques, utilizados en trayectos fluviales o de escasa distancia y sin posibles mares abiertas con olas de respeto. Además, habrá que comprobar cuántos meses aguantan las tablas de sus cubiertas los pesos de la caldera sobre la crujía.

—Ese buque sevillano se llamará el Real Fernando —apostilló Beto.

—Pues ahí tiene la demostración, general Leñanza —alegaba el francés con entusiasmo—. Seguro que su dotación es ridícula.

—En efecto —recalcó Beto—. Solamente necesita un capitán, un sobrecargo, tres maquinistas, dos pilotos y cuatro marineros.

—¿Qué le decía? —Bervier palmeaba con fuerza en señal de triunfo—. Con el concurso de once hombres solamente será capaz de transportar a más de cien. Debe ser un negocio redondo.

—Según me comentaron, presenta problemas diarios en su máquina y sólo tres de cada siete días se puede considerar operativo —alegué a la contra—. Calculan que no durará más de un año en servicio. Y el coste ha sido elevado. Como le decía, es posible que para navegar escasas millas a través de un río pueda resultar asequible. Pero ¿se figura la cantidad de madera seca de pino que debería almacenar para atravesar el mar del Norte?

—Todos esos problemas que aparecen no son más que los inconvenientes habituales en un nuevo sistema —insistía el francés, que mostraba una extraordinaria euforia cuando discutía sobre las máquinas de vapor y su aplicación a los buques—. Todo mejorará, conforme evolucionen las pruebas e investigaciones. Y poco a poco aumentarán las esloras, no lo duden. Conforme aumente el porte, podrán almacenar más madera. Créanme,

señores, ahí se encuentra el futuro de la navegación. Antes de lo que imaginan, los navíos de la Real Armada surcarán los mares movidos por máquinas de vapor, soltando humo negro y chispas de fuego por esas alargadas chimeneas.

—Dios no lo quiera —contesté entre sonrisas—. Además, señor Bervier, no olvide que la Armada necesita buques capaces de combatir.

—Un problema menor a tener en cuenta. Se le montarán cañones, al igual que se hizo con los buques de vela y sin tanta cabuyería, que obliga a un elevadísimo número de marineros.

Aunque discutiera a la contra, como era habitual en los hombres de mar, mucho me hizo pensar aquella amistosa discusión con Bervier. Porque en el fondo de mi cerebro, comencé a pensar que la razón lo amparaba. Por tal motivo, ordené tomar nota detallada al teniente de navío Ramis, que nos acompañaba como ayudante y en misiones más propias de amanuense. La Real Armada debería seguir muy de cerca aquellos avances en la construcción naval, incluso crear una sección de nuestra rama dedicada únicamente a mantenerse informada de las evoluciones en dichos experimentos navales basados en el vapor.

Sin embargo, la bombardera filibustera lanzó una primera andanada negra contra nuestra cara aquella misma noche, aunque no llegáramos a advertir la precisión de su espoleta. Invitados por el ingeniero Bervier a una cena en su precioso hotelito, como lo denominaba su esposa de origen asturiano en exquisito idioma español, comprobé que asistían unas diez o doce personas más de cierta influencia. Resultó muy interesante conocer a un industrial español procedente de Bilbao, llamado Enrique Ugalde. Se trataba de persona risueña y muy amigable, que adquiría paños en tabla y productos confeccionados en la Gran Bretaña, Prusia, Países Bajos y allá donde encontrara precios adecuados, para su posterior importación en España. También debía mantener importantes contactos financieros con el ingeniero francés, que lo trataba con intensa amabilidad y cortesía. Tanto Bervier como su socio volvieron a sacar el tema de la adquisición de buques franceses para la Real Armada, momento en el que Enrique exclamó de forma inocente.

—¿Piensan adquirir unidades francesas? Parece que la Real Armada se dispone a recuperar su antigua fortaleza, aunque no sea en producción propia.

—Antes deberemos acondicionar nuestros arsenales, abandonados durante años.

—Es lógico —dijo el comerciante vasco—. Cuando alguien se baja del camino abierto por las nuevas tecnologías, cuesta tiempo y muchos caudales

recuperar el espacio perdido. Lo mismo nos ha sucedido con la confección de paños. Pero en ese caso, ¿piensan comprar buques franceses, rusos y de alguna otra nacionalidad? Parecerá una escuadra internacional.

—¿Buques rusos? Debe de ser un error. No se nos ha pasado por la imaginación dirigir nuestro interés por ese camino —Beto sonreía, como si hubiese escuchado una opinión más propia de demente.

—Pues no lo comprendo, señores. El mes pasado me encontraba en el Reino de Prusia, acompañado por un comerciante británico dedicado a la importación de pieles. Tras pasar un par de semanas muy fructíferas en Berlín, nos invitaron a visitar la ciudad de San Petersburgo. Jamás había puesto los pies en la infinita Rusia. Me impresionó su capital, de una opulencia fantástica. Dicen que el palacio del Hermitage es el único que supera en número de estancias a nuestro Palacio Real. Bueno, pues allí conocimos a un diplomático español de bajo grado. Y nos mencionó que se encontraban en gestión para que la Marina rusa traspasara en venta acordada cuatro navíos y el mismo número de fragatas a nuestra Armada. Incluso hablaba de la necesidad de que los buques abandonaran aguas rusas antes del próximo mes de septiembre y que, hasta el momento, el principal problema era encontrar las fragatas, escasas en número en los puertos bálticos.

—Ese diplomático debió entrarle por guasas cerradas, amigo Enrique, o había bebido demasiado aguardiente ruso, que pregonan de muy alta graduación.

—Lo llaman vodca y es bastante aromático al paladar. Pero muy fuerte.

—Pues llevaba más de una frasca en el cuerpo, no lo dude. Puede estar seguro de que nada de eso se ha dispuesto. Precisamente, dirijo la sección del Ministerio dedicada a esa tarea de visitar astilleros extranjeros, para la posible adquisición de unidades. Le aseguro que no hemos programado visita alguna a San Petersburgo. Y bien que me gustaría conocer Rusia.

—Debe ampararle la razón. Ese diplomático del que les hablaba, llamado Palomino si no recuerdo mal, me aseguró que trabajaba mano a mano con nuestro ministro plenipotenciario, el señor Cea Bermúdez. El pobre debió perder las ideas.

—Desde luego. Vaya una peregrina idea. Buques rusos para la Real Armada —ahora era Beto quien reía de buen humor.

A pesar de noticias contradictorias, incluso alguna difícil de comprender, regresamos a España de buen humor y con resultados en la mano que ofrecer a nuestro ministro. Tan sólo me preocupaba el monto total de la operación francesa, que habíamos dividido en dos partidas. Se podía salvar la

correspondiente a la Marina francesa, por existir contactos entre los dos Gobiernos que paliaran o retrasaran los pagos. Sin embargo, el astillero particular exigía serios porcentajes de adelanto, antes de comprometerse con trabajo alguno. Pero la necesidad del traslado de tropas navegaba a nuestro favor y no se trataba de cantidades imposibles de admitir. Por desgracia, la Real Hacienda de don Fernando no gozaba de crédito alguno en Europa, tras demasiados pagos insatisfechos y retrasados con promesas escritas en las aguas.

Regresamos a la villa madrileña tras seis semanas por tierras francesas. Y desde el mismo momento de nuestro arribo al palacio de Montefrío, pareció preñarse nuestra vida de rumazón negra como el infierno. Al comprobar el rostro de Rosalía, que se mantenía en solitario en el saloncito de las Conchas, comprendí que algo malo había tenido lugar. Pensé en Beatriz y en aquella maldita suerte que parecía perseguir a las mujeres que conmigo habían unido sus vidas. Recordé la muerte de Eugenia y la de Cristina, así como el papel de la alocada Audrey que acabara sus días en el fondo de las aguas. Tales escenas aparecían en mi cerebro al salto y clavando picas a su paso. Apremié a mi hermana con urgencia.

—Dime, Rosalía, ¿qué ha sucedido? ¿Ha sufrido Beatriz alguna enfermedad grave?

—Tranquilízate, hermano. Beatriz se encuentra bien, aunque ha de descansar durante un par de semanas. Por desgracia... por desgracia ha perdido el pobre niño que llevaba en su vientre.

Como era habitual en sus costumbres, Rosalía rompió en sollozos, al tiempo que se apretaba contra mi pecho. Sentí un profundo dolor, aunque en aquellos momentos solamente pensaba en mi esposa.

—¿Dónde se encuentra Beatriz?

—En su alcoba. Dijo el cirujano que guardara reposo completo una semana al menos. Nada de movimientos ni disgustos. Debes tener mucho cuidado con ella.

Sin esperar más tiempo, alargué mi zancada hacia el piso superior. Cuando alcancé el dormitorio de mi esposa, abrí la puerta con cuidado, por si acaso descansaba entre sueños. Por el contrario, la observé sentada en la cama, mientras parecía leer un libro con interés.

—¿Cómo te encuentras, querida? —Las palabras se enquistaban en mi boca—. Ya me ha explicado Rosalía la pérdida de nuestro hijo. Te puedes imaginar cómo me siento, especialmente por ti, amor mío.

La primera sorpresa la recibí al contemplar a Beatriz. Porque esperaba un rostro anegado en lágrimas o con extremo sentimiento de tristeza. Por el contrario, no demostraba tal circunstancia sino solamente debilidad en sus movimientos.

—Siento mucho haber perdido el niño, Santiago. Sé que lo esperabas con ilusión. Te he fallado.

—No digas eso, amor mío. También tú lo deseabas. Es una condición normal en muchas mujeres. Te recuperarás por completo y quedarás lista para ser madre en pocas semanas. Mi abuela Rosalía abortó en tres ocasiones seguidas, después del alumbramiento de mi madre. Y pocos meses después, nació el tío Santiago. Vendrán los niños en cantidad, ya lo verás.

—Eso espero.

Después de varios minutos de conversación con Beatriz en parecidos términos, creí entender que, más que consolar a mi esposa, era ella la que intentaba reconfortarme por la pérdida sufrida. Bien es cierto que ya me encontraba acostumbrado a aquellas extrañas reacciones de Beatriz, que poco cuadraban con lo que entendía como espíritu normal en la mujer. Por tal razón, atravesamos el episodio sin mayores males, aunque la imagen del niño jamás nacido quedara prendida en mi cabeza durante algunas semanas. Y para abocar la vasija al negro un poco más, un par de semanas después la pequeña María, que crecía en salud y con una belleza extraordinaria, padecía unos enfriamientos del pecho aterradores. Le provocaban toses de tal fuerza que llegaba a amoratarse su pequeño rostro hasta límites peligrosos, que llegaron a preocuparnos seriamente. Por fortuna, la preciosa niña acabó por atravesar el profundo bache, aunque temiéramos en algunos momentos por su recuperación.

Informé al ministro Figueroa de nuestras actuaciones en los astilleros franceses. Y quedó bien impresionado, especialmente con el plan previsto para adquirir cuatro navíos y tres fragatas de la Marina francesa, previo pase por la factoría privada de Bervier. Le parecieron ajustados los precios, así como las modalidades de pago que le expuse. Me ordenó preparar un memorando para que se lo entregara a Su Majestad en la primera ocasión propicia, lo que significaba que deberíamos esperar a un real despacho en el que don Fernando se mostrara de buen humor. También le comenté en tono de chanza, la observación escuchada del comerciante vasco, recibida en la ciudad de San Petersburgo.

—¿Navíos y fragatas rusas para nuestra Armada? Vaya por Dios, es la segunda vez que escucho tamaña estupidez en este mismo mes.

—¿Lo había oído con anterioridad? —Mostré rostro de preocupación—. Pues se trata de una formidable casualidad que poco me gusta. No creo en ellas.

—Puede quedar tranquilo, Leñanza. Jamás se me ocurriría tal desatino.

Como no todo podía cargar las alforjas de mi vida a la negra, en la última semana de agosto me prepararon una sorpresa en el palacio de Montefrío, que llenó mi pecho de orgullo. Coincidiendo con el cumpleaños de Beto, Rosalía decidió preparar una cena especial. Por tal razón, nos rogó que vistiéramos las mejores galas. En verdad que no sospeché nada, ni siquiera al comprobar que también el pequeño Beto asistía vestido como personaje de Corte. Nos disponíamos a elevar las copas en brindis de honor por los treinta y cinco años de mi cuñado, cuando Melquíades, el viejo mayordomo, también aparejado en gala excelsa, llamaba mi atención.

—Señor, tiene una visita en la sala de recibo.

—¿Una visita? —Me extrañó la noticia con evidente desagrado, porque a nadie esperaba y poco gustaba de los imprevistos—. ¿De quién se trata?

—De un oficial de la Armada, señor.

—¿Un oficial de la Armada? ¿A estas horas?

Presentí alguna llamada urgente del ministro, que nada bueno podía conllevar. Me disponía a dirigirme hada la sala de recibo, cuando en la puerta del salón apareció la figura de mi hijo Francisco, uniformado de caballero guardiamarina. El orgullo del mozalbete se irradiaba hasta el último rincón de la estancia, al tiempo que todos aplaudían con fervor. Comprendí rápidamente que era el único miembro de la familia que se mantenía fuera de la vasija. Pero no podía apartar la vista de quien para mí, en el fondo del alma, seguía siendo un niño, el jovencito Pecas. Me disponía a acercarme a él cuando, tras destocarse con la debida elegancia, escuchaba sus palabras con profunda emoción.

—Quedo a las órdenes y disposición del señor general. Se presenta ante vuecelencia el caballero guardiamarina Santiago de Leñanza y Masdeu.

Por fin, mientras unos reían y Rosalía lloraba de emoción, tomaba a mi hijo entre los brazos. Sabía que se le había concedido la excepción para sentar plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas, pero no encajaba la fecha. También le había recomendado un par de semanas atrás que asistiera a la sastrería de Martín Bollares, para que le prepararan el ajuar necesario a su nuevo empleo. Pero era tan agotador y alargado el trabajo en la Secretaría, que lo había olvidado. Y ahora se encontraba allí, convertido en un hombre de

mar. El estómago se me encogió poco a poco, al tiempo que me costaba respirar. No obstante, conseguí fuerzas para declamar.

—Espero, guardiamarina Leñanza, que sepáis honrar ese glorioso uniforme con el botón de ancla prendido. Debéis recordar que muchos jóvenes españoles han entregado su vida por España, su patria, a bordo de los buques de la Real Armada. Y como reza la tradición, jamás saquéis ese sable sin razón, ni lo enfundéis sin honor.

—No os defraudaré, señor general.

Rematamos la ceremonia improvisada por mi parte, porque ya llegaba el resto de la familia para ofrecerle la enhorabuena. Ahora alzamos las copas en brindis de doble celebración. Pecas se unió a la cena como un verdadero caballero. Y por todos los dioses de la mar, que no podía apartar la vista del mozo, babeando al goteo de orgullo y emoción. Un Leñanza más se incorporaba a la mar. De forma instintiva, elevé un rezo a la Patrona. Pedía con especial devoción a Nuestra Señora del Rosario que bendijera aquel pequeño guardiamarina y lo amparara bajo sus alas en la mar.

12. Primeros indicios

Continuamos con nuestra ajetreada vida en el aspecto profesional, sin bajar la vara de extrema dedicación una sola pulgada. De acuerdo con las instrucciones y deseos del ministro, preparamos un memorando perfectamente razonado, en el que se concretaba con la necesaria claridad para ojos profanos la calidad exigida a los buques, así como las ventajas de las unidades elegidas. Para hacerlo más asequible, presentamos varias alternativas en cuanto a la composición de esa pequeña escuadra, así como los posibles sistemas para efectuar el pago de las cantidades solicitadas, en acuerdo con las exigencias de los proveedores. Tanto Beto como yo quedamos muy satisfechos del trabajo, que acabamos por entregar a Figueroa. También nuestro jefe alabó la claridad de la propuesta, que podía hacer realidad el sueño más perseguido por don Fernando. Teniendo en cuenta que dicha aspiración, en acuerdo con una confirmada opinión de los que alrededor del Rey pululaban, no era otra que poseer buques en suficiente número para transportar las tropas necesarias, que recuperaran para la Metrópoli los territorios perdidos en el Plata, así como ejercer el necesario dominio en aquellas aguas. Al mismo tiempo, se aplacarían de una vez y con mano de hierro todos los movimientos independentistas.

Transcurrieron las semanas sin que Su Majestad contestara a nuestro ministro, ni comentara palabra alguna sobre el memorando presentado ante sus manos. Sin embargo, Figueroa se mostraba claramente optimista. Nos expuso que, una vez expuesto el asunto en líneas generales y entregado al Monarca, don Fernando lo había tomado con extremo cuidado, mientras una sonrisa de satisfacción se abría en su boca, Como las propuestas del ministro solían aparejar, por desgracia, el rechazo de Su Majestad en un elevado porcentaje, Figueroa creyó entender que por fin y tras denodados esfuerzos, había conseguido la diana definitiva y certera. Por tal razón, nos felicitó en su gabinete de forma efusiva.

Mi hijo Santiago marchó en la primera semana de septiembre hacia la provincia gaditana, para comenzar su formación como oficial de la Armada en la Real Compañía de Guardiamarinas. Y puedo jurar que no sufrí mucho al separarme de él, porque nada produce más satisfacción a un padre que observar la felicidad reflejada en sus queridos hijos. Y la estampa del pequeño Pecas, embutido en su uniforme de guardiamarina, no dejaba lugar a dudas. No obstante, mucho se hizo sentir su ausencia en el palacio de Montefrío. Y sufría al pensar que ya mi hijo volaba como ave independiente y que, a partir de entonces, solamente volvería a casa en periodos cortos y con los bagajes prestos a la mano. Para bien o para mal, es ley de vida que nadie puede ni debe variar.

El optimismo se mantenía en el Ministerio a pesar de que su Majestad mantuviera la boca cerrada, sin abordar de forma definitiva los planes embastados con tanto entusiasmo por nuestra parte. Figueroa comenzaba a impacientarse, aunque dudaba de la oportunidad de entrarle nuevamente con el manido tema a nuestro Señor, tan intransigente y tozudo a veces. Porque desde las Andalucías se urgía a la necesidad de enviar cuanto antes las primeras remesas del Ejército hacia las Indias. Y no sólo se pensaba en la necesaria potenciación de nuestras fuerzas en el continente sur americano, sino en apartar soldados y oficiales de un terreno demasiado contaminado políticamente.

Entrados en el mes de noviembre, Beatriz se encontraba recuperada por completo del triste episodio, que había cercenado de cuajo su camino hacia la maternidad. Sin embargo, creí entender que no presentaba esa alegría de vivir, que la lanzara hacia los Prados en los primeros días de su estancia en la Corte. Rosalía, a quien le comenté la situación, estimó que se trataba solamente de simples exageraciones por mi parte. No obstante, percibí cierto tufillo de opaca falsedad en las palabras de mi hermana, como si no deseara pronunciar su verdadera opinión. Y como la conocía con tanta exactitud como a las rayas de la palma de mi mano, le pregunté por derecho mientras paseábamos por el jardín.

—Creo que no eres del todo sincera conmigo, Rosalía. Ya sabes que nunca has podido mentirme.

—Nunca te mentiría en un tema serio, Santiago. Puedo enmascarar alguna que otra vereda, pero no llevarte hacia el precipicio.

—¿Le sucede algún mal a Beatriz? Vamos, no entres en rodeos y dime la verdad.

Antes de contestar, Rosalía me miró fijamente a los ojos. Entendí que dudaba sobre la respuesta que debía ofrecerme. Por tal razón le insistí.

—Por favor, hermana, habla con sinceridad y sin florituras de zambomba.

—Te seré sincera, Santiago, aunque bien sabe Dios que no se trata de faena sencilla en este caso concreto. Lo que me sucede es que no puedo contestarte porque no acabo de comprenderla.

—¿No comprendes a Beatriz? ¿Acaso te refieres a su actitud tras el aborto? Porque a mí también me pareció que se lo tomaba con demasiada frialdad.

—No se trata de ese detalle solamente, hermano, aunque presente su importancia —Rosalía movía las manos con evidente nerviosismo, hasta que pareció decidirse—. La verdad es que no he comprendido la actitud y reacciones de Beatriz, desde el mismo día de su llegada a Cádiz y entrada en nuestra familia. No quiero decir que sea mala o buena señal. Lo que sucede es que me considero incapaz de llegar a cuajar en plena confianza con ella, como si nos separara una barrera de todo punto infranqueable. Mantenemos alargadas conversaciones, pero más propias de recibo y entre personas casi desconocidas. Sin embargo, nada significa tal detalle. Debemos ser bastante distintas. Pero, por Dios, Santiago. No deseo que a causa de unos comentarios lanzados...

—Por favor, Rosalía, recuerda que solamente nos tenemos a nosotros dos como miembros de una familia muy unida, pero diezmada a tachón. Amo a Beatriz, pero te repito que no comprendí su actitud tras el aborto, como si le importara poco aquel triste suceso. Y ahora no parece disfrutar con la vida. Se mueve cual mujer apagada, que espera permanentemente un regalo de los cielos que no acaba de aparecer, para salir de la concha.

—Concuerdo contigo, Santiago. Pero no debes exagerar ni preocuparte en demasía —Rosalía parecía querer disminuir el paso de la carreta—. Hoy por hoy, Beatriz no es como nosotros. No digo que sea mejor ni peor, sencillamente diferente. Y no creas que no lo he analizado una y mil veces. En mi opinión, se trata de una mujer que nació y se crió en Indias, con unas costumbres muy diferentes a las nuestras. Sin olvidar el importante hecho de que perdiera a sus padres a edad muy temprana, una pena que debe de marcar a fondo, así como a esos tíos que actuaban como tutores y a los que quería mucho. Para colmo de males, atraviesa el triste episodio forzado por la prima Cristina, matrimonio con quien no ama y queda viuda en unas semanas. Padeció un penoso cautiverio, del que la salvaste milagrosamente. Demasiada carne para una pequeña cazuela. Es muy joven y ha sufrido mucho. Todas

esas circunstancias, unidas al hecho de entrar en una familia desconocida tan lejos de su tierra, puede..., no sé, puede haberle afectado muy en negativo.

Quedé pensando seriamente en las palabras que Rosalía acababa de pronunciar. No le faltaba razón, desde luego, pero el duende interior runroneaba en falsete con insistencia.

—Estoy de acuerdo. Pero olvidas que cuando se ama de verdad e intensamente, se pueden salvar todos esos obstáculos. Por el contrario, hay momentos en los que llego a dudar de su... —evité largar el verdadero peso que me ahogaba—. Por otra parte, cada vez me cuesta más acercarme a ella.

Ahora la mirada de Rosalía pareció enturbiarse en grises, como las olas de marea al golpear con furia las rocas. Quedó en silencio, un silencio que me hizo sufrir tripas adentro. Por fortuna o por desgracia, la aparición de Beto cortó aquella conversación, que tan poco beneficiaba mi espíritu.

Entrados en la última semana del mes de noviembre, recibí una nota en el palacio de Montefrío, que mucho me alegró. Se trataba de una petición de recibo por parte de don Enrique Ugalde, a causa de encontrarse de paso en Madrid y desear mostrar sus respetos al señor duque de Montefrío. Le contesté con rapidez con invitación para almorzar de manera informal con nosotros dos días después. Aquel domingo amaneció la villa madrileña con cielos achubascados y un viento frío de la sierra, que poco propiciaba los paseos. Poco antes de la hora convenida, se presentaba el comerciante bilbaíno con su inveterada sonrisa y aspavientos de sincera amistad.

Una vez presentado a las señoras y mientras tomábamos un ligero refrigerio en el salón de los relojes, Enrique comenzó a exponer sus últimos viajes por Europa, lo que mucho pareció interesar a mi hermana Rosalía. Sus anécdotas, posiblemente exageradas, dejaban en vilo el ánimo de las mujeres, que seguían con extremo interés las episódicas historias en las que arriesgaba su vida por parajes inhóspitos del norte europeo. Sin embargo, pronto entró en un tema, que acabó por centrar la conversación con rapidez.

—¿Recuerda, general Leñanza, cuando le hablé de ese diplomático español destinado en San Petersburgo y su información sobre los buques rusos?

—Po supuesto. Y se lo comenté al ministro de Marina con todo detalle. Al igual que yo, encontró disparatada la noticia.

—Pues debo incidir en el tema nuevamente, aunque le parezca cargante y fastidioso.

—¿En el tema de los buques rusos y su posible venta a España? —Mantenía la sonrisa, aunque no gustara de escuchar por tercera vez aquella

noticia—. Por favor, Enrique, nada de fastidioso. Siéntase libre para atacar el tema que estime oportuno.

—Pues verá, acabo de llegar de Holanda y Dinamarca, un viaje de negocios muy fructífero, por cierto. Pasé la última semana en Copenhague. El día 25 de octubre, previo a mi regreso a España, el encargado de negocios español, buen amigo mío, me hizo partícipe de una nueva información. Se trata de un sevillano muy simpático, llamado Manuel Benavides. Como puede comprender, el contacto con los ministros y encargados de negocios en las capitales extranjeras son un punto muy importante de apoyo en mis intereses fuera de España. Además, parece ser que este tema naval me persigue en todas las naciones europeas que atravieso —ahora reía abiertamente.

—Continúe, por favor —apremié con cierta impaciencia—. ¿Qué le comentó su amigo?

—Se trata de una nueva casualidad. Caminábamos por el paseo marítimo de Copenhague, que ofrece una fantástica panorámica de la rada en toda su extensión, cuando observamos la presencia de un buque fondeado a escasa distancia. Manuel me explicó que se trataba de una fragata con bandera del zar de las Rusias, llamada San Patricio. Y debió explicarme que era una fragata porque nada entiendo de buques, ni distingo una chalupa de un bergantín. Además, aunque su nombre aparecía en la popa y podía leerse con claridad, esos caracteres cirílicos no hay quien los comprenda.

Me mantuve en silencio, esperando que continuara su información. Ahora, también Beto parecía intrigado por sus palabras.

—La verdad es que apenas recordaba la noticia recibida en San Petersburgo. Sin embargo, regresó a la memoria cuando Manuel me indicó que esa unidad formaba parte de una flota compuesta por cinco navíos y tres fragatas, bajo el mando del almirante Muller. Los buques procedían de Reval y Cronstadt, en el mar Báltico. Mientras el grueso de la fuerza quedaba a mayor distancia de la ciudad, la fragata había arribado para solicitar del gobierno dinamarqués que un par de pilotos prácticos de su Marina embarcaran en la escuadra rusa, hasta que atravesaran los estrechos y desembocaran en el canal Inglés. Intentaban de esta forma, como era norma habitual, evitar todo motivo de inspección o detención en aguas propias. También expusieron que pensaban tomar el paso del Gran Belt, por ser el más seguro para los navíos de línea. Pero al final me trasladó la información más importante.

Nuevo silencio, que nos mantenía en tensión. Porque se trataba de un magnífico narrador, que sabía emplear el tiempo adecuado para crear la

necesaria atención.

—Vamos, amigo Enrique, remate el disparo —solicitó Beto con su habitual impaciencia.

—Allá voy. Manuel me comentó que la citada escuadra rusa se dirigía a un puerto inglés del Canal, antes de pasar a Cádiz, donde sería entregada a la Real Armada de Su Majestad Católica. También me expuso que esos ocho buques, que van a ser adquiridos por nuestra Marina, son excelentes, de nueva construcción y muy veleros. Si recuerdo bien, los cinco navíos se encontraban armados con 74 cañones, mientras las tres fragatas solamente disponían de 44 piezas. En respuesta a mis preguntas, me contestó que no podía asegurar que se tratara de un obsequio, cesión temporal o venta. Porque el asunto lo llevaba el propio embajador con bastante reserva.

—¿Un asunto secreto? —pregunte, intentando no mostrar excesivo interés.

—Eso me pareció entender. En fin, señores, no me tomen por impertinente pero, como pueden apreciar, esta información concuerda plenamente con la recibida en la capital rusa tres meses atrás.

Puedo asegurar que quedé sin palabras. Tengan por seguro que me mantenía convencido de que debía de tratarse de algún monumental error, posiblemente de interpretación. Así le respondí a nuestro amigo.

—Alguien ha debido ajustar los cabos de la información en dirección equivocada, Enrique. Le aseguro que a la Armada ni siquiera le ha pasado por la cabeza la adquisición de buques rusos. Y nada tengo personalmente contra ellos porque, sencillamente, desconocemos sus métodos de construcción, aunque creo que utilizan ingenieros prusianos y británicos. Es cierto que las relaciones entre las dos naciones son excelentes en todos los sentidos y se pretende aumentarlas en calidad todavía más. Esa puede ser una razón evidente que induzca a error. Porque una demostración habitual entre gobiernos unidos por tratados de buena amistad, es el intercambio de visitas de fuerzas navales. Pura y simple ceremonia de cortesía marítima, con agasajos y saraos en honor de los ilustres visitantes. Incluso es posible que se repita el sistema y, como ya sucedió a mediados del siglo pasado, nuevamente acudan guardiamarinas rusos a formarse en nuestra Academia Naval. Creo que sus amigos diplomáticos escucharon repique de campanas y tomaron la liebre cambiada.

—Es posible, sin duda —Enrique no parecía convencido de sus propias palabras—. Lo que; me extraña es ese convencimiento tan rotundo en personal diplomático que, en verdad, son los que manejan la información con

manos de seda. No parece normal ni adecuado que el señor Cea Bermúdez, o este amigo establecido en nuestra embajada de Copenhague, yerren al ciento sobre un mismo tema y en una misma dirección. Además, hay un aspecto que no comprendo. ¿Sería muy mala operación incorporar navíos rusos a nuestra Armada, que tanto los necesita?

—No digo que sea mal negocio, ni mucho menos. Si son ciertas esas noticias de cinco navíos y tres fragatas muy veleras y de reciente construcción, se trataría de una noticia excelente. Siempre que podamos costear la operación, desde luego. Pero debe saber que antes de adquirir una unidad para la Armada, debe ser reconocida por personal competente, una Junta Técnica que eleve el pertinente informe. Y, desde luego, sería una noticia conocida por el ministro de Marina y por mí como responsable de la rama dedicada a la adquisición de buques en el extranjero.

—Tiene razón. La verdad es que no puedo comprenderlo. Como dice, es posible que se trate de una visita de buena amistad solamente. Por esa razón, pasarán previamente a un puerto británico. En caso de que debieran ser entregados definitivamente a la Armada, se dirigirían con derrota directa al puerto de Cádiz.

—Estoy plenamente de acuerdo con ese razonamiento. Parece que, en este caso, también han decidido aprovechar la ocasión y girar visita protocolaria a los ingleses. ¿Sabe a qué puerto británico se dirigen?

—No lo pregunté. Pero puedo enterarme, si así lo desea. He de enviar un importante y rápido recado a mi agente en Londres. Se trata de un hombre sagaz y me informaría con rapidez.

—No es necesario que se moleste, Enrique. Si esos buques, como le informaron, han de arribar al puerto de Cádiz, ya aparecerán. Acabaremos por enterarnos porque ese tipo de visitas pasan por las manos de la Secretaría de Estado. El señor García de León debe de encontrarse al tanto y pasará la información a la secretaría de Marina, que a su vez informará a las autoridades navales gaditanas. Ese es el sistema habitual y ordenado. Porque tanto las autoridades civiles como las propias de la Armada, deberán preparar los agasajos y celebraciones en honor de ese almirante Muller y sus oficiales. Siempre, claro, que se les acompañe del necesario crédito, que pocas monedas corren por sus depauperadas contadurías —elevé una sonrisa de complicidad.

—Lo comprendo perfectamente —remachó Enrique.

Abandonamos el tema, que ya parecía enquistarse en mis higadillos. Porque no quedaba satisfecho, aunque mostrara absoluta seguridad ante el comerciante vizcaíno. Pero más valía apartar la moscarda de momento, por lo

que dediqué la conversación a temas intrascendentes para regresar poco después, como tanto gustaba Ugalde, a las narraciones de sus extraordinarios viajes. Al observar a Beto, comprendí que también seguía manejando en su cerebro la noticia de los buques rusos, aunque siguió mi indicación de que dejara pasar la moneda.

Debí esperar casi una semana para informar debidamente al ministro, por causa de un ataque severo de asma que le había obligado a guardar reposo. Y dudé de entrarle por varas altas, al observar su rostro demacrado y con aspecto de haber dormido escasas horas. Además, le brotaba la tos sin desmayo con demasiada facilidad. No obstante, creí obligado tocar el tema. Figueroa me dejó hablar hasta que le expuse con todo detalle la conversación mantenida con el comerciante Ugalde. Y conforme avanzaba, comprobé cómo cerraba sus puños con fuerza contra la mesa, circunstancia que me preocupó. Rematé la exposición con una frase en media chanza.

—Este amigo vizcaíno se encuentra, empeñado en endosarnos buques rusos —abandoné mi sonrisa al comprobar que el ministro no reaccionaba—. Pero ya lo puse al día de los procedimientos que son necesarios para la adquisición por parte de nuestra Armada de buques en el extranjero, un trabajo a realizar entre las secretarías de Estado y de Marina.

El ministro miró hacia la mesa en silencio. No podría asegurar si su estado de evidente desagrado y nerviosismo se debía a la enfermedad o a las noticias que acababa de recibir. Por fin, decidió tomar asiento, antes de dirigirse a mí con un tono de voz apagado y pesaroso.

—Nada le comenté en las semanas anteriores, Leñanza, porque he decidido no dar por escuchada esa noticia. Después de la primera información que me ofreció a través de su amigo vizcaíno, comenzó el runruneo de varas largas sobre los buques rusos en las diversas secretarías. Y son demasiado permanentes como para no escucharlos. Pero nuestra postura debe ser inamovible. No daremos por recibidas tales nuevas y las negaremos en redondo como absoluta locura. ¿Me comprende?

—En ese caso, señor, cree que es posible...

—Nada creo porque, en la más pura y sincera realidad, nada sé, Leñanza. Pero conociendo cómo se manejan los asuntos por este putaño Gobierno, las tendencias de Su Majestad a saltarse hasta las normas expuestas por Moisés en las tablas y la presencia de ese jodido diplomático y sacamantecas ruso a su lado... Bueno, la verdad es que no sé qué pensar.

—¿A quién se refiere, señor?

—A quién va a ser —mostró un gesto de repugnancia—. Todo circula alrededor de buques rusos, de un posible regalo del zar Alejandro I a nuestro Señor, de unos navíos fantásticos de la flota del Báltico. Y como esplendoroso remate, en las últimas semanas el señor Tatischev parece haber pasado a vivir en Palacio. No me fío de nadie. Pero, por otra parte, sería una locura tan extraordinaria, que cuesta creerla como cierta.

—Estoy de acuerdo, señor. Como le decía, la única explicación que podemos conjeturar como posible sería la visita de cortesía de una división naval de la flota del Báltico a Cádiz.

—Demasiadas millas para una simple visita de cortesía. Desde la Gran Catalina, siempre desearon los rusos mantener presencia naval en el Mediterráneo. Pero no es necesario hacer navegar una flota de tal tamaño, desde el Báltico hasta España en misión protocolaria. Y para mayor desgracia, el pasado sábado, que ya andaba yo con trazas de enfermedad, abordé a Su Majestad cuando nos ofrecía en la antecámara una copa de vino a los miembros de su Gobierno. Le pregunté si había leído el memorando sobre los astilleros franceses y su impresión sobre el plan previsto de adquisición de buques. Como si se tratara de un asunto menor, me respondió que todavía no había dispuesto de tiempo suficiente. Y, sin aguardar un segundo más, saltó a charlar con otro ministro. No me gustó nada su postura, rayana en la ofensa. Y no se trataba de día aciago o de nubes cargadas, sino que don Fernando se mostraba de muy buen humor. En fin, toda esa madeja, unida a la enfermedad sufrida que, por gracia de Dios ya remite, me ha hecho padecer vereda de plomo derretido. Atravieso uno de esos días en los que desearía enviar todo los asuntos de la Secretaría hacia las llamas del infierno.

No volví a entrar en conversación sobre los buques rusos con el ministro en las siguientes semanas. No obstante, comencé a recibir preguntas de otros generales sobre la posibilidad de los navíos citados, que ya la comidilla se corría hacia los cuatro puntos de la rosa. Siguiendo las instrucciones de Figueroa, las negaba en redondo y con fuertes argumentos, alegando absoluta ignorancia sobre el terna. Si al final se consumaba la noticia, que seguíamos sin poder creer, debía quedar bien aclarado y sin posible duda que ningún miembro de la Armada había tomado parte en ella.

Olvidé la penosa cuestión que atribulaba mi mente a cuarterones durante las jornadas dedicadas a la Natividad del Señor. Por fortuna, pude disfrutar de días tan entrañables con la familia al completo, una situación escasamente vivida en los últimos años. Casi todo se amoldó al cuadro más esplendoroso. Porque incluso Pecas nos ofreció la agradable sorpresa de aparecer en casa

con su uniforme aparejado en luces y rostro de felicidad. Ahora sí que podía declarar, sin posibilidad de error, que mi hijo había abandonado la estada de la niñez para convertirse de la noche a la mañana en un hombre hecho y derecho. Ofrecía un empaque mayor en sus movimientos, opiniones y modo de encarar la vida. Y mucho disfrutamos al escuchar de su boca los primeros cuatro meses de su vida ligada a la Real Armada. Para colmar el vaso a la banda propia, el caballero se aplicaba por alto en los estudios y solamente pensaba en salir a la mar.

De esta forma, nos abrimos al nuevo año del Señor de 1818, que tantos interrogantes mostraba entre sus paños. A pesar de mi innato optimismo, dudaba y temía lo que se abriría por la proa de nuestra vida, tanto en lo personal como en el aspecto profesional. Porque demasiados detalles se mantenían entre espesas lechadas de niebla. Por una parte, Beatriz parecía cerrarse más y más en su concha personal, sin que pudiera encontrar el camino que desatascara las gárgolas. Y a tal punto comenzó a desazonarme mi situación matrimonial, que comencé a dudar de que Dios me hubiese llamado con acierto por los caminos de la unión permanente con una mujer, inculpándome al ciento de su extraño estado emocional.

Aunque habíamos proyectado una nueva visita al arsenal gaditano en aquel primer mes del año, la demoré de momento. No puedo exponer la razón exacta, pero una voz interior me recomendaba que debía permanecer en la Corte, donde se cocían a fuego vivo todos los negocios. Creo que acerté de lleno en la boca del mascarón porque, al mes siguiente, recibí visita en el ministerio de don Enrique Ugalde. Y no puedo asegurar que me extrañara, por mucho que se tratara de condición anormal. Parecía como si el sentido más escondido me hubiera alertado de tal posibilidad. Cuando un oficial de guardia me entregó aviso de su presencia, ordené que pasara a mi gabinete sin pérdida de tiempo. Y poco después llegaba ante mí con su habitual sonrisa y desenvoltura.

—Debería excusarme muy a fondo, general Leñanza, por acudir a visitarle sin haber efectuado la petición de recibo que mandan las elementales normas de cortesía. Le ruego que perdone esta licencia tomada a la mano. Es posible que su Autoridad no disponga de un solo minuto libre para dedicarlo a mi persona y no desearía importunarle. Pero mañana mismo parto hacia Bilbao, y deseaba ponerle al día de la información que acabo de recibir desde Londres.

—Ya sabe que me tiene siempre a su entera disposición, Enrique. Pero, por favor, tome asiento a mi lado. Ningún asunto me urge en estos momentos. ¿Puedo ofrecerle algún refrigerio?

—Se lo agradezco. Seguro que en la Real Armada son aficionados a hacer las once, como denominan en Indias a tomar una copa de aguardiente de caña a dicha hora. No es mi caso. Ya le digo que permaneceré unos pocos minutos solamente.

—Pues me tiene a su disposición. ¿Qué noticia es esa, que le trae hasta mí? Seguro que tiene que ver con los buques rusos que pasaron por Copenhague —intenté forzar una sonrisa despreocupada.

—Como buen artillero, no marra el tiro ni media pulgada. Le advierto que, en verdad, me preocupa que, ante mi insistencia en el tema ruso, acabe por creer que ejerzo de intermediario interesado comercialmente en el proceso —reía de buen humor, gesticulando con los brazos en molinete—. No marchan los vientos en esa dirección, puede estar seguro. En realidad y como norma habitual en mi vida, me intriga todo aquello que no comprendo. Y ese es el caso que nos ocupa. Verá, general, aunque decliné mi oferta, me puse en contacto con mi agente en Londres, un británico hijo de madre española, oriunda de Buenos Aires. Además de la necesidad de aclarar algunos asuntos importantes de mis negocios, le preguntaba por la posible escala de la flota rusa en aguas inglesas. Y ayer mismo me llegó correspondencia con otros temas de interés para mis actividades comerciales. Pero Martín Sommerfeld, que así se llama el sujeto, me suministraba una succulenta y completa información.

—Al final acabará por tener razón, aunque se trate de una evidente locura —intenté enhebrar las palabras con soniquete de humor.

—Todo es posible en estos días, que tan alocadamente corren por España. Se asombraría de lo que he de hacer para conseguir determinados permisos de importación, y las altas magistraturas que han de recibir generosos regalos de mi parte antes de estampar un sencillo sello. Pero en el asunto que le interesa —Enrique extrajo un pliego doblado a cuartos del interior de la casaca, donde debía de almacenar algunos datos que no deseaba olvidar—, puedo asegurarle que dispongo de precisas noticias gracias a la diligencia de mi agente.

—Pues no le ande más en círculos y ataque el meollo, amigo mío. ¿Qué le sucede ahora a esa flota rusa que navega bajo el mando del almirante Muller, si no me fallan los recuerdos?

—Contralmirante Muller, con mayor exactitud —Enrique ofrecía la primera sonrisa de triunfo—. Bueno, entraré en los detalles que le van a interesar sin mayor demora, aunque mantenga esa postura de estimar el asunto como verdadera locura. Resulta que el día 9 de diciembre del pasado año, arribó al puerto británico de Deal la escuadra rusa compuesta por los

navíos de dos puentes y 74 cañones Drezden, con la insignia del citado contralmirante, Nord Adler, Neptun, Tri Sviatitielia y Lutbek. Es curioso comprobar que casi todos son nombres de procedencia alemana. Porque al traducirlos aparecen las ciudades alemanas de Dresde y Lübeck, así como las acepciones Norte Águila, Neptuno y Tres Obispos. También formaban parte de dicha fuerza naval las fragatas de 44 cañones Mercurii, Patrikii y Astroliabiia, que en castellano significan Mercurio, Patricio y Astrolabio. La autoridad rusa informó que más tarde darían la vela en dirección al puerto español de Cádiz.

—Parece que es inevitable la presencia de esos buques en Cádiz. ¿Ha podido averiguar el concepto de su visita a los puertos de la Gran Bretaña? ¿Pura cortesía naval, quizás?

—Déjeme que continúe por orden, amigo Leñanza, o me perderé. Ya le digo que mi agente londinense es de una exactitud y eficacia más que probada. La siguiente información que se ofreció públicamente afirmaba el 13 de enero, que la escuadra rusa arribada el 21 de diciembre a Portsmouth, se encontraba todavía en Spithead a causa de vientos contrarios. Se aseguraba que en cuanto los vientos se mostraran favorables, mister Burton conduciría los buques rusos hasta Cádiz, para llevar a cabo el posterior tornaviaje con los marineros que han de regresar a su patria. Con esta información general, se deduce claramente que los buques rusos deberán permanecer en España y se procede a la repatriación de las dotaciones —Enrique permaneció mirándome, como si esperara una confirmación por mi parte.

—Si es exactamente cierta esa última frase, quedaría demostrado que los buques pertenecientes a esa escuadra rusa deben permanecer en Cádiz, por lo que se debería deducir que han sido adquiridos para la Real Armada. También se puede pensar, dada nuestra ignorancia sobre el tema, que se trata de un presente del Zar para Su Majestad Católica. Pero esta segunda posibilidad la veo muy difícil, porque tampoco Rusia camina con sobras de capital en los cofres. Todavía ha de recuperarse de los terribles destrozos que las tropas de Napoleón inflingieron a las ciudades rusas.

—En efecto y puedo asegurarlo por haberlo comprobado con mis ojos. Pero regresando a nuestro tema, solamente he recibido una información más, en la que se especifica que los buques rusos continúan detenidos en Spithead a causa de los vientos contrarios. Pero mi agente, curioso como yo, encontraba muy extraño tanto viento contrario a lo largo de todo un mes, así que largó alguna pregunta interesada por los caminos adecuados. Pues bien, resulta que casi todos los buques del Zar estaban siendo sometidos a obras de

reparación en el arsenal de Porstmouth. Y se estima que deban permanecer en tales condiciones hasta las primeras semanas de febrero. En fin, soy bastante lego en la materia, pero me parece demasiado tiempo esos dos meses para que las obras necesarias sean ligeras.

—Le comprendo muy bien, Enrique. Con toda razón estima como demasiado alargado, el tiempo necesario para alistar esos buques y que puedan continuar su derrota hacia Cádiz. En tal caso, podemos deducir claramente que no han tomado los puertos británicos para llevar a cabo visita alguna de cortesía, sino por necesidad de ser alistados convenientemente en un arsenal de reconocida experiencia. También debemos sospechar que tal medida debió preverse desde el principio. Vamos, que antes de entregar los buques en España, sufrieran algún recorrido o carena en arsenales británicos.

—Pero como me encanta pensar y calcular, amigo Leñanza, he encontrado un dato extraño. Si tenemos en cuenta la fecha de salida de Cronstadt el 27 de septiembre —Enrique volvía a comprobar los datos en el pliego—, y la llegada a las costas de la Gran Bretaña el 9 de diciembre, resulta que necesitaron nada menos que 72 días para llevar a cabo ese trayecto. No soy hombre de mar pero me he trasladado de San Petersburgo a Copenhague en un paquebote danés. Encuentro desmedida esa tardanza. Además, resulta que en puerto inglés van a alcanzar los dos meses de permanencia. Pero no se dice a las claras, sino que se alegan ligeras averías en algún buque, vientos contrarios y demasiadas vaguedades para dos meses de duración. ¿No le parece extraño? Bueno, a no ser que ese paso del Gran Belt ofrezca una muy peligrosa navegación.

—Querido Enriqje, creo que debería trabajar para nosotros. Todos esos detalles los manejaba en mi cerebro con los mismos resultados, pero me parece extraordinario que un hombre sin preparación marinera haya llegado a idénticas conclusiones. Y acierta al considerar el paso del Gran Belt como habitual en la navegación. Bueno, con las necesarias precauciones, desde luego. Pero si habían embarcado un piloto práctico de la Marina dinamarquesa, sería cuestión sencilla. Y, al mismo tiempo, no parece que embarcaran ese piloto práctico para que los aliviara de la posible inspección en aguas del reino de Dinamarca, sino como apoyo a la navegación, lo que poco dice de su profesionalidad. También van a utilizar en la derrota hacia Cádiz los servicios de ese tal mister Burton, que sospecho también ejercerá labores de pilotaje. O bien los rusos no disponen de cartografía adecuada, o confían poco en sus propias capacidades de navegación.

—Las deducciones a las que he llegado no presentan más mérito que dividir y sumar, una capacidad al alcance de cualquiera.

—En efecto. Y, de forma global, podemos deducir que los buques rusos no se encontraban en perfecto estado de alistamiento, cuando abandonaron sus puertos del Báltico. Y tal situación contradice claramente aquella información suministrada por su amigo diplomático, destinado en Copenhague, en la que aseguraba que se trataba de buques nuevos, fantásticos y muy veleros.

—Concuerdo con esas palabras. Bueno, esta es la razón de que haya llegado hasta aquí y lo distraiga de sus labores profesionales. También debo comentarle que dichas noticias se han publicado en la prensa francesa y británica, por lo que se trata de tema abierto y corrido, sin secretos añadidos. No comprendo que..., en fin, no comprendo que no hayan llegado hasta sus oídos de forma oficial.

—Verá, Enrique, le seré sincero. Mucho se rumorea el tema de los buques rusos por las diferentes secretarías y embajadas. Sin embargo, en este ministerio no le ofrecemos credibilidad alguna porque lo consideramos imposible, de acuerdo a las normas que se deberían seguir en caso de adquirir buques en el extranjero. No es posible llevar a cabo una actividad así, bien sea en España o fuera de nuestras fronteras, si con anterioridad no han sido sometidos los buques al minucioso examen de una Junta Técnica, compuesta por ingenieros y oficiales de guerra de la Armada, que han de elevar un adecuado y extenso memorando a la autoridad del ministro sobre las cualidades encontradas en cada unidad. Y nada de eso se ha producido. Por tal razón, nos limitamos a no dar crédito a tales noticias.

—Como también yo deseo serle sincero, le diré que este negocio me huele a manejos de la camarilla de Palacio. Y lo digo porque han tenido lugar otras diligencias en importaciones de productos básicos, adjudicadas a ciertos amigos o en compensación de servicios, que no han pasado por los cauces reglamentarios de los ministerios afectados. Nuestro Señor es poco escrupuloso con esas normas, y perdone este comentario...

—No se preocupe, Enrique, que se trata de harina molida en doble vuelta.

—Es cierto aunque nos pese. Bueno, yo mismo he sufrido ese negativo sistema en mis carnes, aunque a veces salí favorecido previo pago en fielato. Y como en esa denostada camarilla, y perdone que me sincere hasta la copa, se mueve con prepotencia el diplomático ruso Tatichev, podemos suponer cualquier componenda extraña sobre buques de dicha nacionalidad.

—Por desgracia, es posible que tenga razón. Y mucho nos afectaría negativamente. No es comprensible que se ataque una diligencia de tal importancia, nada menos que la adquisición de cinco navíos y tres fragatas, sin que una sola nota informativa haya llegado a este ministerio, a las autoridades de Marina. En caso de confirmarse, no sé cómo reaccionará el ministro don José Vázquez de Figueroa. De todas formas, Enrique, le agradezco mucho toda la información que nos ha suministrado. Habrá comprobado que he tomado nota de sus palabras, porque debo traspassarlas al ministro con detalle. Espero que no le moleste que haga uso de esta información...

—Por favor, Leñanza, para eso se la he ofrecido. Ya le digo que no la conseguí por medio de artes prohibidas, sino por canales puramente comerciales y de prensa. En fin, espero que todo se solucione a ritmo, para bien de la Real Armada y de España. Y si se confirma esa adquisición de buques, que se pueda transportar de una vez el ejército preparado hacia las Indias, y aplacar los movimientos rebeldes.

—Sin pensar en el camino seguido para la operación de compra, si se confirma con esos buques mencionados, sería fantástico disponer de cinco navíos de línea y tres fragatas. Bueno, siempre que arriben a Cádiz en situación de poder dar la vela, lo que podemos deducir si han sido carenados en arsenales británicos, que nos ofrecen todas las garantías.

Tras conversar algunos minutos más sobre temas de cortesía sin mayor importancia y prometernos futuros encuentros, Enrique Ugalde abandonaba el ministerio con su habitual velocidad. Y, como me encontraba con el alma chamuscada entre brasas de tizón, dirigí mis pasos con rapidez hacia el gabinete del ministro. No deseaba cargar su bolsa con más comentarios adversos, razón por la que sentí cierto alivio al conocer que Figueroa se encontraba en reunión de Gobierno y debería esperar hasta últimas horas de la tarde. Decidí exponer por escrito con claridad y en forma cronológica toda aquella amalgama informativa relativa a los buques rusos, para exponerla posteriormente con los necesarios detalles. Sin embargo, poco me atraía entrar de nuevo en el maldito tema, que nadie parecía comprender. La frase, navíos y fragatas rusas para nuestra Armada, se había incrustado en mi cerebro como clavo de cañón y no podía apartarla un solo momento.

13. Un ligero rayo de luz

Muy larga se hizo la espera, con pensamientos cruzados en ida y forzoso regreso, todos ellos de escaso beneficio para mi alma. Informé a Beto de la conversación mantenida con Ugalde y, para mi sorpresa, apenas le impresionó la noticia. Opinaba que ese asunto de los buques rusos entrañaba buena parte de verdad y que un negocio de brujas se cocinaba por fuera de la Marina, y no por casualidad. Me negaba a creerlo, aunque no se podían cerrar los ojos a la evidencia, cada vez más contundente. Por fin, bien entrada la tarde, fui avisado de que el ministro había regresado al edificio. Sin aguardar un segundo más, dirigí mis pasos hacia su gabinete con el ánimo a la baja. Cuando me encontré de nuevo ante Vázquez Figueroa, comprendí que la reunión a la que había asistido en el palacio de la Granja no debía de haber corrido por las veredas deseadas. Y como se mantenía en absoluto silencio, como si sus pensamientos navegaran a miles de millas de distancia, lo abordé con la necesaria cautela.

—Tengo una importante información que comunicarle, señor.

—También yo, Leñanza, también yo —no entonaba al gusto, sino con marañas en la garganta—. Pero dispara tú primero, que la mía es andanada de a 36 y completa de toda la batería.

Al observar su mirada, una voz interior me decía que abordaríamos el mismo tema por caminos diferentes. Sin embargo y con la debida profesionalidad, tomé los dos pliegos donde había anotado toda la información recibida de Enrique Ugalde y se la desgrané con la necesaria lentitud. Para mi sorpresa, apenas percibí cambio alguno en su rostro salvo una ligera sonrisa, como si lo que le mencionaba no le causara extrañeza alguna. Una vez rematada mi exposición, quedamos en silencio, lo que me hizo sentir un ligero nerviosismo. Por fin, el ministro se lanzó a una rápida perorata, como si debiera aliviar una pesada carga de sus hombros.

—Bueno, Leñanza, entremos en faena de lienzos sin mayor dilación ni espera. Mi traslado a la Granja no sólo no ha servido para nada, sino que he recibido una nueva coz en los costillares. Para comenzar, no estaba prevista reunión alguna con Su Majestad, lo que me parece muy poco serio. En Palacio solamente encontré al Secretario de Estado, el señor García de León, que paseaba nervioso por los jardines. Al verme, movió sus brazos en mi dirección, para que me acercara a él. Según sus propias palabras, debía exponerme un asunto muy importante y escasamente agradable.

Se detuvo el ministro, como si se dispusiera a efectuar una importante declaración. Intenté animar la sesión, elevando la pregunta con sonrisa aparejada.

—¿Sobre los buques rusos?

—En efecto. Parece que estamos condenados a ese putañero tema desde hace tiempo. En primer lugar, García de León se excusó por haberme citado a Consejo. Según parece, había interpretado mal las palabras de Su Majestad. Comprendí que nuestro Señor había cambiado de opinión a última hora, una mala costumbre muy habitual en su Real Persona.

—Eso parece, señor.

—García de León, como es habitual en todo Secretario de Estado, había llegado una hora antes que yo a Palacio y se dirigió sin dudarle hacia la antecámara, en espera de la llamada de Su Majestad. En ese momento apareció el embajador Tatischev, elegantemente vestido como un príncipe florentino, muy campante y solícito. Portaba en su carpeta un documento llegado a su embajada de parte de nuestro ministro en Rusia, Cea Bermúdez, para García de León. Pero ya sabía el muy felón de qué trataba el asunto. Porque, sin el menor rebozo, le espetó al Secretario que en el informe de Cea se detallaban los buques rusos que nos entregaba el Zar, para conseguir echar adelante de una vez la expedición a las Indias.

—¿Sabía algo el secretario de Estado del asunto con anterioridad?

—Me ha jurado García de León, que se trataba de la primera noticia oficial que recibía de esa monstruosa trama. Al igual que yo, también había escuchado algún rumor en dicho sentido por los mentideros políticos, sin concederle crédito alguno. Y lo creo sin dudarle. Pero no acaba ahí la sesión. Tatischev le recomendó a García de León que, para hacer más agradable la sorpresa a Su Majestad, debía mostrarse sorprendido y encantado con la noticia. Sin embargo, el oficio de Cea no contenía más que la cesión de cuatro navíos como acto de amistad íntima por parte del Emperador Alejandro I a Su Majestad Católica, y sin la más remota expresión que anunciase compra o

venta. García de León se comió los higadillos propios y felicitó efusivamente a Su Majestad, por haber conseguido el fin perseguido tanto tiempo. Y parece que don Fernando se mostraba exultante de alegría, intercambiando bromas con Ugarte.

—¿Ugarte? ¿A quién se refiere, señor?

—Antonio Ugarte, el maldito esportillero alzado a la camarilla de Palacio.

—¡Comprendo, señor! Lo había olvidado. ¿Se encontraba allí mientras se hablaba del tema?

—Este pájaro mal encarado parecía estar al corriente del asunto. Pero no acaba ahí la historia. García de León me hizo partícipe de algunas de sus meditaciones, rumiadas con desesperanza. Me expuso a las claras que esa cesión de buques se había hecho a traición de su Ministerio y del de Marina, que debían aprobarla sin posible omisión. Porque ya le digo que ese documento de Cea era el primer informe oficial que llegaba a su poder. Opinaba con tristeza que todo el negocio se debía de haber embastado entre Tatischev y Su Majestad, probablemente con el concurso de algún otro personaje de la camarilla. Al menos, sabemos que Ugarte se encuentra metido en el asunto hasta la sesera. Por último, se dirigió a mí con voz trascendente para asegurarme que como el negocio acabara a las malas, él y yo seríamos los cabezas de turco.

—¿Usted? Pero si nada ha sabido de...

—Vamos, Leñanza, ya sabe cómo se mueven estos asuntos en la Corte. Al pueblo llano le llegará lo que algunas cabezas privilegiadas quieran que les llegue. Debemos rezar para que esos navíos y fragatas rusos se encuentren en perfecto estado y que el precio, porque García de León está convencido de que hay dineros de por medio si Tatischev entró en la ruleta, no sea alarmantemente alto. Porque tiene razón de que, en caso contrario, Su Majestad buscará, como tantas otras veces, la cabeza de turco oportuna. Y si el precio ha sido abusivo y luego la operación resulta un fiasco, los Secretarios de Estado y de Marina podemos acabar con los huesos en la cárcel, acusados de malversación de caudales.

—Considero muy difícil de creer tal suposición, señor. No es posible que Su Majestad les implique...

—Por favor, Leñanza —el ministro abanicaba el aire con el movimiento de sus manos—, todo es posible en la Corte española. He asistido a maniobras de este tipo y algunas peores. Sin embargo y por todos los cristos redimidos, le juro que otro pensamiento me entristece más todavía. Mientras celebraban la adquisición de buques para la Armada, don Fernando sabía que

su Secretario de Marina se encontraba en Palacio. Y ni siquiera se ha dignado en comentar tal noticia conmigo. No puedo comprenderlo. Sé que no es fácil seguir los retorcidos razonamientos de Su Majestad, que llega a desconfiar de su propia sombra, pero no puedo explicarme la razón de este aislamiento repentino. Porque, tarde o temprano, será la Armada la que deberá recibir esos buques. Y la verdad acabará por conocerse —se detuvo para pensar unos pocos segundos—. Bueno, esta última frase la dejo en cuarentena. Digamos con más exactitud, que la verdad debería acabar por conocerse.

—Pero si esos barcos se han conseguido por medio de adquisición, señor, deberá existir un contrato entre ambas naciones, y más probablemente un convenio en toda regla entre el Emperador de Rusia y Su Majestad Católica. En consecuencia, ambas coronas habrán concedido delegación de firma, que debería ser en el Secretario de Estado o en el de Marina. Llegados a este punto, ¿dónde se encuentra ese contrato o convenio? ¿Y quién ha firmado en nombre de Su Majestad?

—Coincidimos al ciento, Leñanza. Porque elevé esa misma pregunta al señor García de León.

—¿Y qué le contestó?

—Que nada sabe de un posible convenio, contrato o acuerdo semejante con el emperador de Rusia. Por su Secretaría no ha pasado, desde luego. En su opinión, y le advierto que García de León es zorra vieja en la madriguera, o no se ha redactado tal contrato, lo que parece imposible, o se encuentra en manos reservadas. Y si es cierta esta segunda opción, ¿a qué se debe tan hermético secretismo, en un asunto que ya es cuestión pública? Mire, Leñanza, no me gusta nada este negocio, porque algo huele a podrido desde cien millas de distancia. Parece como si todo el asunto se hubiera llevado con el mayor de los secretos.

Y cuando una actuación de tal importancia se mantiene con absoluta reserva y por fuera de sus normales cauces, debe de existir algo poco honroso que ocultar. Pero tarde o temprano, Su Majestad deberá darme noticia y orden, para que la Armada se haga cargo de los buques. Supongo que a la llegada a Cádiz, ese almirante ruso deberá ser agasajado en normas. Pero también se aparece la necesidad de repatriar las dotaciones. ¿En qué buques? ¿Y quién pagará los fletes? Son mil y un asuntos que deberíamos encarar sin mayor tardanza. Y no debe de restar mucho tiempo para que arriben a Cádiz. Porque según le ha comentado Tatischev a García de León, los navíos y fragatas abandonaron aguas británicas el día 4 de febrero.

—Aunque parece ser que sus navegaciones se alargan en el tiempo como maroma vieja, señor, es muy posible que fondeen en Cádiz la semana próxima a más tardar. ¿Deberíamos tomar alguna, medida? ¿Avisar al capitán general, quizás?

—No tomaremos medida alguna, hasta que se nos notifique oficialmente la llegada de esos buques a Cádiz, y la orden de Su Majestad para que la Marina se haga, cargo de ellos. Bueno, este asunto es más propio de dementes endemoniados o cortabolsas de salón. Porque nada sabemos del verdadero estado de los buques. ¿Cómo se pueden adquirir o recibir en obsequio unos navíos y fragatas, sin que un solo profesional de la Armada, ¡uno solo! los haya visitado con tiempo suficiente? Y si se han adquirido, ¿quién los tasó convenientemente? Creo que los rusos utilizan el sistema inglés de construcción, aunque todo se cuece de oídas. Estamos locos, Leñanza, estamos completamente locos —el ministro movía sus manos de nuevo en abanico, para acabar masajeando sus mejillas—. Y, para colmo, nos falta el valor necesario y declarar a voz en alto la verdad. Porque en mi caso debería solicitar ahora mismo audiencia con Su Majestad y exponerle bien a las claras y con toda honestidad...

—Perdone que le interrumpa, señor. Pero más vale que permanezca en silencio, aquí en su gabinete, si me permite la recomendación. Estoy de acuerdo en que tal sería la actuación normal, pero no vivimos una situación ni una Monarquía normal. Recuerde que se reconoce posibilista. Pues ejerza como tal. En caso contrario, no conseguiría más que perder el amor de Su Majestad, y eso significaría inevitablemente el inmediato destierro.

—No olvide, Leñanza, que para llegar a la adquisición de esos buques, han debido de existir negociaciones durante un tiempo prudente. Lo lógico sería que los buques hubiesen sido reconocidos por un grupo de trabajo de nuestra Armada, como acababan de hacer ustedes en los arsenales franceses. Pero, al menos, me gustaría saber quién tomó parte en las malditas conversaciones. Porque ni el secretario de Estado, ni el de Hacienda, ni el de Marina lo han hecho. ¿Acaso lo discutieron Tatischev y don Fernando a solas? ¿En base a qué conocimientos?

—La camarilla, toda o en parte, tomaría parte, señor. Y en ella también se encuentra el ministro de la Guerra, general Eguía.

—¡Por todas las barraganas de Estambul! Cómo puedo permitir algo así.

—Déjelo correr, señor. Después de todo, si es cierto que esos buques son buenos, con pocos años en sus tablas y veleros, pueden ser la solución a nuestros problemas, aunque se hayan seguido caminos tortuosos para su

adquisición. El hecho de que sean obsequio del Zar o venta enrarecida, poco nos interesa. Quien lo haya acordado, deberá pagar el monto convenido.

—¿Pagar? Me parece que estoy comenzando a dejar de ser posibilista, Leñanza —ahora exhibía una forzada sonrisa—. Por todos los dioses de la mar, ¡qué experiencia más vergonzosa! Jamás habría creído llegar a dar la callada ante una actuación así.

Por fin dejamos correr la madeja, en espera de que se nos avisara de la llegada de los buques o que Su Majestad hiciera llamar a su ministro para notificarle tan grata nueva. Sin embargo, no conseguimos un minuto de descanso porque, a partir de aquel momento, la vida se conmocionó a nuestro alrededor como un tornado de manga estrecha.

Por conducto oficial de la secretaría particular de Su Majestad, se avisaba a la autoridades civiles de Cádiz para que, una vez arribada la escuadra rusa a sus aguas, se rindieran los honores y protocolos obligados al contralmirante Muller, comodoro Hamilton, comandantes de los buques y oficiales rusos, especificándose una obligada recepción por parte del Ayuntamiento. Sin embargo, los munícipes alegaban en vuelta con extrema rapidez, aceptando el honor concedido, pero exponiendo la necesidad de una adecuada financiación para celebrar el acto, por encontrarse sus arcas a cero. Como es fácil imaginar, en todo Cádiz corre la voz y aumenta la tensión en espera de la llegada de los buques.

Aunque el ministro Figueroa nada quería saber del asunto hasta que se nos notificara oficialmente, dispuso un correo de postas urgentes para que nos llegaran las nuevas con suficiente rapidez, aunque se tratara de noticias no recibidas.

De esta forma, supimos que en la tarde del 20 de febrero, se divisaban emborronadas por la neblina las siluetas de ocho buques negros, cuya estampa sobre las aguas parecía fantasmagórica. No obstante, la razón era muy sencilla. Porque tal era el color de la pintura oficial en los buques de la Marina rusa, aunque desde entonces, entre los gaditanos se denominara a la fuerza como «la escuadra de los barcos negros».

En la mañana del día 21, un sábado con sol radiante y ligero viento de levante, comenzaron a entrar en la bahía gaditana los ocho buques bajo pabellón del imperio ruso. Aunque se nos ofrecían los nombres de cada unidad con mayores o menores faltas de escritura, por culpa de la traducción de los difíciles caracteres cirílicos, pude dar como correcta la recibida inicialmente por mi amigo Ugalde desde Gran Bretaña.

También la prensa comenzaba a bombardear de norte a sur sobre la noticia como martinete sin fin, una nueva teóricamente desconocida para nosotros en la Secretaría de Marina. El Diario Mercantil comentaba que, en la mañana del día 21, se había congregado gran parte del pueblo gaditano, para observar alborozado la entrada de la escuadra rusa, compuesta por cinco navíos y tres fragatas bajo el mando del contralmirante Muller. A la una de la tarde, los buques saludaron de acuerdo al protocolo internacional con once cañonazos, siendo correspondidos en similares términos por las baterías de la Plaza.

Pero no sólo entraba en danza la prensa gaditana, cuyas noticias alcanzaban la Corte con sordina. Porque en la Gaceta de Madrid^[50] del 27 de febrero, aparecía un artículo de oficio, plagado de sonrojantes alabanzas hacia el Soberano, con detalles de su absoluta dedicación a mejorar la Real Armada y poder atacar el problema de la revolución en Indias. Ni que decir tiene, que tales palabras se adjudicaban sin dudarlo a algún Homero de la camarilla.

La suerte nos favoreció en aquellos días, si puede llamarse así al conocimiento del convenio por caminos más propios de truhanes. Se lo debimos a Beto que, habiendo escuchado todas nuestras consideraciones sobre la segura existencia del contrato, se dedicó en cuerpo y alma a tal empresa. Y cuando mi cuñado decidía sacar la lámpara oscura de la bolsa secreta, la mecha acababa por alumbrar hasta los fosos. Nos extrañó cuando solicitó entrar en el gabinete del ministro, en el momento que Figueroa despachaba conmigo. En los primeros segundos, el ministro lo observó con mirada torcida. Por mi parte, supe que alguna liebre de peso encerraba en el morral.

—¿Tan importante es la noticia que ha de transmitirme, Pignatti?

—Me temo que sí, señor. Verá, creo que puedo exponerle los puntos principales del convenio firmado para la adquisición de los buques rusos.

El rostro de Vázquez Figueroa mostraba asombro de cuadro, mientras dirigía la mirada hacia Beto y hacia mí de forma alternativa, como si necesitara urgente explicación de alguna de las partes. Pero en verdad que me mantenía casi tan asombrado como el propio ministro, ante la revelación de mi cuñado.

—¿Ha llegado de forma oficial a la Secretaría el citado convenio? —preguntó Figueroa con escasa convicción en sus palabras.

—Nada parecido. Verá, señor —Beto masajeaba sus manos con fingido nerviosismo—, entendí que se trataba de un asunto de mucha importancia, conocer dicho convenio. Por tal razón, me puse a la carga en dicha dirección.

Debo aclarar que no he seguido un camino..., bueno, que no he llevado un camino de estricta legalidad. No obstante, entiendo que a veces es de todo punto necesario tratar con gentuza rastrera, por mucho que nos asquee. Y en esos casos, más vale correr la vereda con sus mismos métodos para superados.

El Ministro y yo nos manteníamos en silencio, sin comprender una sola palabra. Sin embargo, una ligera luz comenzaba a alumbrar en mi cerebro. Beto continuó con su habitual energía.

—Mire, señor, parece ser que el único punto débil que se nos aparecía en el cuadro era ese tal Antonio Ugarte, antiguo sportillero pero hombre de cerebro muy despierto. Lanzando los dardos en direcciones adecuadas, tuve conocimiento de que mostraba excesiva afición a una partida de naipes que se juega todos los miércoles por la noche en un reservado de la fonda «El Ruiseñor». Conseguí entrar en ella, con cierto riesgo de mi sesera, y en un par de semanas me había hecho del grupo. Anoche conseguí que Ugarte bebiera bastante aguardiente y lo acompañé hasta su posada en auxilio. Había preparado un ataque simulado contra su persona y bienes, de forma que pudiera rechazarlo valientemente con mis armas. Como estaba previsto, los rufianes financiados de mi bolsa salieron de estampida ante mi extremo valor y patente osadía, espada en mano. Y ya se pueden figurar el incomparable agradecimiento del sportillero hacia mí.

El ministro todavía mostraba rastros del máximo asombro en su rostro, como si asistiese a una narración más propia de lance y amores. Intentó mediar con voz tendida a la baja.

—¿Acaso sabe Ugarte quien sois en realidad? —preguntó con el miedo atravesado en su mirada.

—Por favor, señor, que mi cerebro funciona como un reloj Arnold. Para Ugarte no soy más que un antiguo capitán de una fragata mercante, cansado de navegar por esos mares de Dios y que hizo suficiente fortuna. Soy consciente, señor ministro, de que debe reprocharme el método empleado, pero estimé...

—Por favor, Pignatti, continúe —ordenó el ministro con severidad.

—Pues mientras celebrábamos con un magnífico coñac que nada le hubiera sucedido y no limpiaran su morada de tan ricos muebles y objetos preciosos como posee, llevé la conversación a donde quería. Ya sabe, señor, que después de haber salvado vida y bolsa, todo ser humano se vuelve muy locuaz con el personaje salvador. Cuando saqué por casualidad y en plan de chanza la posible adquisición de buques en el extranjero, quiso sacar pecho el

pajarito, al verme interesado en los temas de mar y la indecorosa situación de nuestras fuerzas navales. Largó por su boca tiros y carretas sobre los buques rusos casi sin presionarlo. Naturalmente, tras haberle jurado en ley de honor y caballero, mantener dicha información en el mayor de los secretos. Dicha condición la repitió una y mil veces, porque se encontraban al tanto del asunto solamente tres o cuatro cabezas de las más prestigiosas de la nación. El convenio se debía mantener en absoluto secreto y toda la documentación relativa al negocio bajo siete llaves o destruida en su momento.

Sentí deseos de reír porque conocía bien a mi cuñado, y estaba seguro de que habría obtenido la información al punto y con todo detalle. Tanto el ministro como yo escuchábamos sus palabras emocionados, aunque Figueroa luchara todavía con lo que se estima como necesaria caballerosidad en un oficial de la Real Armada, Pero si hasta el momento creíamos agotada nuestra capacidad de sorpresa sobre el asunto de los buques rusos, aquella tarde superamos las crestas hasta los cielos.

—Bien, Pignatti, obviemos el procedimiento empleado, un indigno procedimiento que, por cierto, nadie ha pronunciado en este gabinete. En ese caso, ¿existe realmente un convenio escrito y firmado?

—Sí, señor. Convenio con todas las normas y protocolos que marca la ley, convenientemente firmado y sellado por ambas partes. Ugarte, secretario privado de su Majestad y favorito a pesar de su humilde origen, es quien más ha trabajado para conectar a Tatischev con don Fernando en ese asunto. A Su Majestad se le ofreció el convenio convenientemente amasado y listo para el horno, posiblemente por el embajador ruso. Y como aparece tanto interés en personas de escaso o nulo crédito moral, podemos pensar que se liberarán por el camino jugosas cantidades de dinero hacia faltriqueras personales.

—Con Tatischev y Ugarte por medio... —comenzó Figueroa con decisión.

—Sin olvidar a don Fernando el Séptimo, señor, aunque mucho nos duela pronunciar dicha frase. No es la primera ocasión en la que su nombre aparece comprometido con negocios poco rigurosos y bastante ruinosos para la Real Hacienda.

—Tiene razón, Pignatti. Por desgracia, nos hemos acostumbrado y casi no nos avergonzamos. Pero entremos al grano gordo, por favor. ¿Qué pudo conocer del Convenio? Ofrézcenos todos los detalles posibles.

—Creo que lo sé todo, señor. Intentaré no liarme y seguir la línea que me marqué, para no olvidar nada. Bien, entrando en el Convenio para la compra de una escuadra rusa, que así reza el título, en un amplio preámbulo se

exponen las buenas intenciones de los Monarcas, así como la especial y absoluta confianza del Zar, que nombra a Tatischev su consejero íntimo y concede plenos poderes para firmar el acuerdo. Por parte española, y esta será la primera sorpresa, señor, se faculta al Secretario de la Guerra, teniente general del Ejército Francisco de Eguía, para ajustar los términos del convenio y firmar con poderes de Su Majestad Católica.

—¿Eguía ha firmado el convenio en nombre de su Majestad? Por todos los bujarrones del reino, que jamás podría llegar a creerlo. Un claro ejemplo del compañerismo y confraternización que debe existir entre la Armada y el Ejército. Y pensar que he hablado con él de esos rumores y me contestó que no ofreciera crédito a tales habladurías. Vaya un bellaco de mierda, endemoniado y rufián. ¡Todo sea por formar parte de la puta camarilla! ¿Qué sabe Coletilla de buques, para aceptar los puntos de un convenio de compra de unidades navales? Si ni siquiera ha navegado en las falúas de Aranjuez.

—Bueno, señor, ese convenio estaba redactado por Tatischev, con alguna idea de Ugarte. Pero creo que se nota claramente en la redacción la mano del embajador ruso. El general Eguía se limitó a firmar.

—Más triste y vergonzoso todavía. Bueno, Pignatti, no nos corramos a la banda. Expónganos los puntos del convenio. ¿Se acuerda de todos?

—Nada más abandonar la posada de Ugarte, me dediqué a escribir para no olvidarlo, aunque es difícil no recordar palabra a palabra sobre tal infamia. En el primer artículo del convenio, se aduce que la Marina rusa no dispone de suficientes fragatas para entregar ocho a España, por lo que solamente se venderán tres. De este punto, señor, deduzco que debieron llevarse a cabo conversaciones anteriores, incluso algún borrador de convenio, en los que se había especificado la necesidad de comprar cuatro navíos y ocho fragatas.

—Lo entiendo como muy posible. Con tales cifras jugábamos, siempre pensando en máximos. En ese caso, en el convenio se asegura que nos venden tres fragatas —ahora el ministro se expresaba con precisión—. Por favor, Pignatti, ¿está seguro de que se emplea ese verbo, vender?

—Por completo, señor. Podrá comprobar que se repite después en varias ocasiones. Pero regresando a ese primer artículo del convenio, se llega al acuerdo de que un navío de 74 cañones reemplazará a las cinco fragatas que no pueden aportar.

—¿Un navío por cinco fragatas? —Figueroa golpeaba suavemente su mesa con el puño cerrado—. ¡Vaya un negocio! Don Horacio Nelson lo habría aplaudido, con su obsesión por las fragatas. Pero, continúe, Pignatti.

—En el segundo artículo se especifica que la escuadra deberá ser entregada a España completamente armada y equipada al ciento, lista para dar la vela y efectuar un viaje de largo curso. Por tal razón, cada buque debe disponer de suficiente número de velas, aparejos, pertrechos, repuestos, cañones, munición, pólvora y raciones de boca para cuatro meses.

—No es mala condición —alegué para distender el ambiente, especialmente en el ánimo del ministro. Pero ya Beto regresaba a la carga.

—El siguiente artículo de interés es el cuarto —Beto repasaba sus notas—. Y si me salto alguno no lo estimen como olvido, sino por falta de interés y puro parloteo cortesano. En dicho cuarto punto, se habla de la repatriación de las dotaciones rusas, que se efectuará con todas las garantías y a cargo de España. Pero el artículo quinto es importante. Porque en él se estipula que el precio en el que se tasa la escuadra de los ocho buques, entregada en las condiciones mencionadas, asciende a 13.600.000 rublos, cantidad que se pondrá en manos del ministro plenipotenciario Tatischev.

—¿Toda esa cantidad a través del embajador Tatischev? —Intervine sin poder contenerme—. En tal caso, señor, muchos de esos rublos quedarán prendidos en la bolsa de ese bribón.

—¿Pago al contado? —preguntó Figueroa.

—No, señor. Para cumplir las estipulaciones del artículo en el que se menciona el monto total de la operación, S.M.C.^[51] cede a S.M.I.^[52] la suma de 400.000 libras esterlinas, concedida a España por la Inglaterra a título de indemnización por la abolición del tráfico de negros. Y se hará en los dos plazos de 200.000 libras esterlinas propuestos por el Gobierno de la Gran Bretaña, con seis meses de intervalo.

—¡Por fin aparecieron las cuatrocientas mil libras británicas! No es tonto este Tatischev, desde luego. Porque en esa rama se asegura el jugo de la fruta —exclamó el ministro con humor recobrado. Al observar nuestros rostros, entró en explicaciones—. Nuestro Señor don Fernando es famoso en el mundo entero, por ser el peor pagador que jamás apareció en la historia de las naciones. Por tal razón, ha perdido el crédito de manera absoluta entre reyes y príncipes. Sin embargo, metiendo en el saco a la Grán Bretaña y una oferta conocida, se asegura esa jugosa cantidad.

—Pero con esas cuatrocientas mil libras no se alcanza ni de cerca la cantidad de rublos estipulados, señor. ¿Acaso el Zar perdona el resto a su buen amigo nuestro Rey? —decidí entonar en media chanza.

—Aquí nada se perdona, señor —contestó Beto con rapidez—. En el séptimo punto del convenio se especifica que para completar el resto de la

cantidad convenida hasta los 13.600.000 rublos en inscripciones de banco, la España se obliga a pagar a la Rusia, a buena cuenta, sumas indeterminadas, conforme lo permita el estado del Tesoro y S.M.C. juzgue conveniente fijarlas. Sin embargo, los pagos de dichas sumas empezarán con la mayor brevedad posible y de modo que se hayan completado para el primer día de marzo de 1818. Pero se salvaguarda el Zar sobre las fluctuaciones monetarias, estableciendo el límite de un millón de rublos por 50.000 libras esterlinas. Y en caso de que se abone con dinero español, el cambio sería de cuatro rublos y cincuenta copecs por un escudo colocado en su capital de San Petersburgo.

—No piensan perder un mísero copeck^[53].

—Aparece un último punto en el que se aducen todo tipo de posibilidades, que pueden sufrir las dotaciones rusas en su necesario tornaviaje a la base de Cronstadt. Por si acaso con los hielos se cierran algunos puertos del Báltico, se establecen los alternativos de Abo, Suaburgb, Reval, Riga o cualquier otro puerto de Curlandia. Y en caso de que no sea posible alcanzar las costas del imperio ruso, serán desembarcados en la plaza de Dantzig y entregados al agente ruso allí acreditado, que los transportará siguiendo las directrices de su Gobierno. Por supuesto, todo ello a cargo de nuestro real Tesoro, hasta que alcancen tierras rusas.

—¿Eso es todo? —preguntó el ministro con rostro sombrío.

—Eso es todo, señor. Solamente aparece un párrafo final, antes de las preceptivas formas, que llama la atención. Bueno, sería normal en otros casos más complicados o convenios de interés nacional, pero extraño en un convenio puramente comercial.

—¿Qué dice?

—Pues que el presente arreglo —ahora Beto leía directamente de sus apuntes—, se conservará secreto, tendrá efecto desde que sea aprobado por S.M.C., y por parte de la Rusia, desde que haya obtenido la sanción de S.M.I. Por último, la firma se produce en Madrid el día 11 de agosto de 1817, como he dicho por medio de Eguía y Tatischev.

—Ha de mantenerse secreto —rumiaba Pigueroa en voz alta—. ¿Por qué ha de guardarse en secreto? No es un Tratado o Convenio particular que conlleve lesión a una tercera nación. Ni siquiera de orden dinástico. Como dice Pignatti, se trata de un convenio sencillo y puramente comercial.

—Si se desea que no llegue a ojos ajenos, significa que la puchera se ha cocinado con especias prohibidas —alegué con seguridad—. Con sinceridad, señor, no creo que de esos más de cinco millones de rublos que han de quedar pendientes de pago, llegué a ver el Zar ni sus herederos un miserable copec.

Pero me gustaría saber el camino que han de seguir las cuatrocientas mil libras. Porque en ningún artículo se refiere a la obligación de que la Gran Bretaña, se haga garante o avalista del pago. En ese caso, el convenio habría sido redactado necesariamente a tres bandas. Y si es reservado, tampoco tendrán conocimiento los britanos. Es posible que el secretismo haya sido impuesto por don Fernando, por Tatischev o por ambos en jugada conjunta.

Quedamos en silencio, como si sopesáramos las diferentes posibilidades que se nos abrían. Sin embargo, creí necesario añadir un punto importante.

—Entiendo, señor, que debemos ser más prácticos y no olvidar el aspecto fundamental del asunto. Desde hace bastantes meses soñamos por conseguir cuatro navíos y el mismo número de fragatas, para echar avante el ambicioso proyecto del envío de tropas a Buenos Aires. Bueno, de forma inesperada y sin necesidad de rompernos la cabeza, se nos ofrece como especial guinda una escuadra de cinco navíos y tres fragatas, cantidad ni siquiera imaginada. Conociendo a los personajes, podemos sospechar con mucha razón que se trata de un asunto sucio. Pero si los buques cumplen los requisitos del artículo segundo, es decir, buques armados y equipados en dulce para cuatro meses de comisión y listos para dar la vela, podríamos elevar proclamas de agradecimiento a la Patrona.

—¿Quién ha sido la persona responsable de tasar los navíos y fragatas en ese precio? ¿Y quién ha aceptado el cambalache de ajustar un navío por cinco fragatas? —Preguntó el ministro de pronto, como si no hubiera escuchado mis palabras—. Porque esa es una obligación indeclinable de la Real Armada. ¿Se pretende conceder crédito a que un buque sea tasado solamente por la parte vendedora? Se trata de una idea tan peregrina y absurda como jamás escuché.

—Por supuesto, señor —insistí en la misma línea—. Pero, desde un punto de vista puramente egoísta, qué más nos da. Por supuesto que se han saltado más de mil normas en cuanto a la adquisición de buques para la Real Armada, por no decir todas las que marca el reglamento. Pero como el asunto se ha cocido en la despensa de Palacio y con nuestro Señor a la cabeza, más vale aceptarlo. Agarremos los buques de la mano y lancemos la operación de transporte de una putañera vez. Siempre, claro, que se cumpla a rajatabla ese artículo segundo.

—Vamos a ver, Leñanza. Ahora necesito que me sea completamente sincero —el ministro me miraba fijamente a los ojos—. ¿De verdad estima que esos ocho buques rusos, que han necesitado 146 días para cruzar desde la base báltica de Cronstadt hasta Cádiz, llegan en condiciones de dar la vela con suficientes garantías hacia Buenos Aires? Vamos, que incorporan a bordo

los necesarios aparejos, respetos, jarras de pólvora, balerío y víveres para cuatro meses.

Dudé unos pocos segundos. Porque el ministro me lanzaba la pregunta que bullía en mi cabeza desde el primer momento. Respondí con sinceridad.

—No lo creo, señor.

—Pues eso es lo que me ronda por la cabeza a rondón de espuestas, y descabalga el resto de los pensamientos. Y, en caso de confirmarse mis temores, se nos presentaría un gravísimo problema. Porque todo puede saltar por los aires y tomarnos en el centro del huracán.

—Comprendo sus temores, señor.

—Lo que no comprendo, señor —intervenía Beto, que había quedado en segunda línea—, es que Su Majestad todavía no le haya comentado a su ministro de Marina una sola palabra.

—Es bochornoso, desde luego, pero entra dentro de los parámetros que se pueden esperar...

De nuevo se hizo el silencio, ahora más denso y con escasa posibilidad de escape. Los tres manejábamos pensamientos de vergüenza nacional, que solíamos callar en demasiadas ocasiones. Por fin, fue el ministro quien se dirigió a Beto.

—Bueno, Pignatti, debo agradecerle como se merece toda la información suministrada. Reconozco que el método empleado no es... no se presenta como el más apropiado en un oficial de la Real Armada. Pero no es mala medicina contestar a veces con la misma moneda empleada. En caso contrario, es posible que jamás hubiésemos tenido conocimiento de ese convenio y los artículos más interesantes.

—Gracias, señor.

—Por cierto, que con tanto trasiego mental, olvidé ofrecerle una agradable noticia —ahora se dirigía a mi cuñado con una franca sonrisa en el rostro—. Pignatti, lo felicito efusivamente por su promoción al empleo de capitán de navío, lo que ha tenido lugar con fecha efectiva del día primero de este mes. No crea que esta información del convenio ha tenido nada que ver —Figueroa se acercaba hasta él, para estrechar con efusión la mano de mi compañero—. La verdad es que ha trabajado mucho y bien desde que se encuentra a mis órdenes. Sin contar con que merecía ese ascenso desde hace muchos meses.

—Se lo agradezco mucho, señor.

—Ahora le voy a pedir un esfuerzo especial y muy importante, Pignatti. Necesito disponer de un perfecto y detallado conocimiento del verdadero estado de esos buques recién llegados a Cádiz, de quilla a galleta. Pero tan a

fondo como sea posible, sin que se le escape la menor de las clavazones. Sin embargo, no deseo que se conozcan públicamente las gestiones que llevo a cabo en dicho sentido. Ya saben que no me daré por enterado del arribo de la escuadra, hasta que me lo comunique directamente Su Majestad. Pocos saben que trabaja a mis órdenes directas en el grupo formado con Leñanza. Puedo adelantarles en secreto que poco o nada fío en el capitán general, Baltasar Hidalgo de Cisneros, un personaje capaz de opinar sobre esos navíos lo que desde Madrid se le ordene. Así que deberá salir hacia Cádiz de estampida. No portará misión oficial alguna, sino que lleva a cabo un viaje por motivos particulares. Pero creo que se trata de la persona idónea para reconocer hasta la última chaza de esos buques y pasarnos la información adecuada.

—¿Quiere que lo acompañe en...? —comencé a preguntar, hasta que observé la mano de Figueroa en alto.

—No es posible, Leñanza. Un jefe de escuadra que se encuentra bajo mis órdenes directas quedaría en evidencia. Cuando el Rey ordene que me haga cargo de los buques, lo que ha de suceder tarde o temprano para que se les asignen nombres, mandos, dotaciones y mil detalles más, entrará en juego de forma oficial. Pero es posible que ya dispongamos de una información muy avanzada y veraz por parte de Pignatti.

—No se preocupe, señor, que le informaré al punto y hasta con detalle de los buques —Beto mostraba nuevos aires, posiblemente insuflados por el empleo conseguido—. La prensa ha publicado que en los buques negros se han arriado los pabellones rusos e izado los de la Real Armada. Si eso es cierto, supongo que por parte del arsenal de La Carraca se habrán nombrado dotaciones de seguridad. No será problema moverme por ellos.

—De acuerdo. Pues manos a la obra, que el tiempo apremia. Por nuestra parte, Leñanza, deberemos mantenernos atentos a los rumores que comiencen a llegar desde Cádiz, tanto oficiales como extraoficiales. Y cuando regrese Pignatti, estaremos en disposición de informar a nuestro Señor, una vez nos ordene enmarcar esos buques en la lista oficial de unidades de la Real Armada...

—Enterado, señor.

De esta forma cerramos aquella reunión, que me dejó en tripas sentimientos de diferentes colores. En verdad que el ministro Figueroa lo amparaba todo en un negro absoluto, lo que se le advertía claramente. Pero era fácil comprender su posición, desairada y humillado el cargo que ocupaba. No obstante y por mi parte, mantenía alguna esperanza. Pensaba, que el Zar de todas las Rusias no podía quedar a la altura de un esportillero. Si había

decidido que sus buques carenaran en los arsenales ingleses antes de entregarlos a Su Majestad Católica, debía de ser una inequívoca señal de que se podía confiar en él. De momento todo quedaba en el aire y, como aseguraba Figueroa con un derrotismo excesivo, con nuestros cuerpos enjaretados en el vórtice de un poderoso huracán.

14. La realidad se abre paso

Beto partió hacia Cádiz el día primero de marzo, jornada de perros con lluvias abiertas en torrencera y vientos fríos del norte, que poco anunciaban la próxima primavera. Pero bien sabe Dios nuestro Señor, que tampoco en nuestras almas esperábamos tiempos bonancibles para las siguientes semanas. Y si llegué a pensar que todavía podríamos disponer en el ministerio de algunas jornadas de calma, erraba de parte a parte. Porque poco tiempo debió transcurrir para que don José Vázquez de Figueroa fuera bombardeado por un buen número de noticias y recados, la mayor parte de ellos escasamente agradables. Si ya en los corrillos de la Corte las lenguas propalaban mil rumores negros como brea de calafate y poco halagüeños, pronto comenzaron a llegar por escrito, anónimos en su mayor parte, desde el departamento marítimo gaditano. Y como tema único y central, el estado de los buques rusos adquiridos para nuestra Marina.

Recuerdo como si fuera el día de hoy la primera misiva anónima, la acción más indigna que un ser humano puede realizar, que cayó en mis manos. Acababa de despachar aquella mañana con el ministro sobre diversos asuntos pendientes sin mayor importancia, como si no deseáramos percibir el vinagre de la charca ni en olor lejano. Cuando abandonaba el gabinete, Figueroa me hizo entrega de un voluminoso recado doblado en ángulo. Incluso sus palabras sonaban a falta de compromiso.

—Por cierto, Leñanza, puede leer este recado anónimo que recibí desde Cádiz en la valija de ayer —alargaba la mano en mi dirección con lo que parecían dos o tres pliegos mal emparejados—. No crea que se trata del único, pero sí al que más crédito ofrezco de momento. Como ya le adelanté, es posible que el fuego comience por lamernos los pies, palos hacia arriba, Comentaremos más tarde los detalles que se exponen en esos pliegos.

Una vez ante mi mesa de trabajo y tras haber ordenado los expedientes en sus respectivas carpetas de balduques rojos, tomé lo que, en efecto,

conformaba un recado compuesto por tres pliegos. Me llamó la atención la especial calidad y filigrana del papel utilizado, ese que llamaban de culebrilla, más propio de siglos pasados, en lugar del papel quebrado en barbas que se empleaba en los últimos años. Pero a pesar de la categoría que se podía suponer al remitente, tanto por la calidad del producto como por el fino aspecto de una letra perfectamente labrada en punta, no portaba fecha, situación, dirección ni dato reconocible alguno. Solamente en la esquina externa, junto al bulbo del lacre plano, podía leerse con alguna dificultad a causa del roce: Excelentísimo señor ministro del ramo de Marina. Sin dudar lo me sumergí en una lectura que, poco a poco, desazonaba el alma profundamente y que paso a transcribir.

Quiero que sepa, señor ministro, de primera mano y con los detalles necesarios, el verdadero estado de los buques rusos que el ministerio bajo su mando ha adquirido para la Real Armada. No voy a entrar en comentarios indignos, que tanto se mueven a mano libre por corrillos marineros, sobre los precios asignados a esos vasos de madera y los suculentos porcentajes de comisiones que ha debido amasar para su propia fortuna. Tan sólo dedicaré mi análisis a unos buques que he visitado con escaso detenimiento, pero suficiente como para reconocer su penoso estado y posibilidades, tan alejados de lo que la propaganda oficial expone a diario en prensa y panfletos de alivio. Lo haré de forma general y sin ceñirme de momento a un buque en concreto. No obstante y aunque a primera vista el deplorable estado se aparezca como rasero sin fisuras, fiel a la verdad le comentaré alguna excepción con unas pocas unidades al final de este informe.

Se publicó en la Gaceta de Madrid la pasada semana, que la escuadra adquirida a la Marina, rusa para llevar a cabo la necesaria comisión de transporte a Indias, se componía de cinco navíos y tres fragatas consideradas en flor de cuño. Alegaba el panfleto, escrito por los habituales corifeos de la Corte, que los buques eran muy veleros, de reciente y buenísima construcción, listos para dar la vela y alistados de rasca a galleta para posibilitar una travesía de larva duración. Señor ministro, no sé si tales adjetivos salieron de su mano o del personal a sus órdenes, pero todo lo que en ese indigno panfleto se recoge es de entera falsedad. Y voy a entrarle en

unos detalles que o bien conoce, con el deshonor aparejado, o su incapacidad le ha hecho admitir en plena ignorancia. Cualquiera de las dos circunstancias expuestas le obligaría a solicitar la exoneración del cargo que injustamente ocupa de forma inmediata.

Puedo asegurar que al primer vistazo se comprueba, que la mayor parte de los buques no son de reciente construcción, ni mucho menos. Las maderas utilizadas, del pino más escabroso, no ofrecen a la vista una sola tabla de roble o madera noble. La obra muerta se encuentra en visible estado de podredumbre y miseria, con lo que es posible aventurar el estado de la obra viva y los respectivos fondos. Se escucha el permanente funcionamiento de las bombas, lo que indica que, a pesar de «su extrema calidad y las magníficas carenas efectuadas en astilleros británicos», hacen agua en abundancia. No puedo calibrar si son veleros en su estado de fondeo, pero con una arboladura tan rebajada y unas perchas de escaso rasero le aventuro poca capacidad de bolina. El paño recogido es de muy mala calidad y, con todo respeto, dudo que el aparejo de repuesto estibado en paños, si es que lo incorporan, haya sido rematado con mejores prendas. La jarcia de fuerza ofrece escasísima seguridad. Observé cómo trepaba un marinero ruso jarcia arriba por el trinquete y repasaba cada flechaste con cien ojos antes de posar un solo dedo, índice diáfano de su fortaleza.

En fin, señor ministro, de forma general puedo declarar por mi honor, que esa escuadra conforma lo que podemos catalogar como una auténtica vergüenza nacional. Le juro por mis antepasados, que, he visto dar para desguace de maderas a buques en el arsenal de La Carraca, con mayor consistencia, robustez y posibilidades que muchos de estos buques negros, como el color del alma de quien se haya encargado de comprometer su adquisición para la Real Armada. Y si alguien piensa que estos navíos sean capaces de transportar fuerzas hacia Buenos Aires, debe ser recluido de inmediato en centro de loqueros. Aunque, se haya pregonado que se encuentran listos para dar la vela en cualquier momento para una larga

navegación, puede estar seguro de que sin unas costosísimas obras, no creo que alcanzaran siquiera el placer de Rota.

Podría continuar la triste letanía y hacerle sufrir la penitencia que merece, aunque ya le supongo al día de estos detalles y otros peores. Porque si de maderas los buques se mueven en cuerdas de tal labor, puedo imaginar el estado de la artillería y otros sistemas necesarios para asegurar la navegación. No obstante y fiel al más absoluto rigor, puedo declarar que una de las fragatas, llamada «Patrikii», supongo que en honor a San Patricio, podría ser utilizada con escasas obras. Asimismo, el navío de dos puentes y 74 cañones apodado «Drezden», que despliega la insignia del contraalmirante ruso, es el único ligeramente aprovechable. Pero entiéndame bien, aprovechable tras una costosísima y completa carena, posiblemente mucho más onerosa que la correspondiente a alguno de los viejos navíos, que mantenemos arrumbados en el arsenal.

Le aseguro, señor ministro, que no comprendo cómo pueden haber caído a tan vergonzoso nivel en la Secretaría bajo su mando. Tanto yo como algunos compañeros celebramos en su momento la elección del jefe de escuadra don Francisco de Leñanza, duque de Montefrío, para dirigir la Rama de adquisición de buques, dada su demostrada capacidad profesional y escaso acoderamiento a los bienes materiales. Parece que también con él nos hemos equivocado al ciento y más. Forman ustedes un dúo maligno, que llevará a nuestra querida y menospreciada Armada por el peor de los caminos, y a que las Indias acaben en plena independencia de la Metrópoli. Con absoluta sinceridad, espero que paguen por su culpa.

Como firma, al final del último pliego exponía en letra corrida y suficientemente legible, «un compañero». Como es fácil comprender, quedé sin poder mover un solo músculo del cuerpo durante alargado tiempo. Es posible que aquellos hombres dedicados a la política se encontraran acostumbrados a recibir tales mensajes y adjetivos, sin que mudaran una pulgada las cejas. Pero no era mi caso, desde luego. Por una parte, me reconcomía el sentimiento de indignación ante aquel compañero cobarde, incapaz de dar la cara como es debido en todo hombre de honor. Pero al

mismo tiempo, al comprender que se trataba, sin posible duda, de un oficial de la Real Armada, suponía un tormento mayor al desgranar poco a poco las principales características de los buques negros.

Aunque durante las primeras líneas de la lectura intentara acoplar al autor de la misiva con un profundo odio personal hacia la persona del Secretario, que justificara opiniones tan duras, cuando también mi nombre se mostró aparejado a críticas tan severas, la sangre comenzó a correr a borbotón de espuma por mis venas. Porque quedaba claro el concepto que, según parecía, comenzaban a cobrar mis cualidades personales y profesionales. Sin embargo y aunque mucho doliera, los insultos podían quedar detrás de los velones sin causar mayor destrozo. Pero lo que debía preocuparnos en verdad, se centraba en la posibilidad de que todos aquellos detalles, que el incalificable personaje alegaba con tal claridad, se ciñeran a la verdadera realidad. De esta forma, comencé a transmutar sin tregua de un estado de inmensa depresión a otro de ligera esperanza. No era posible que los buques que conformaban aquella escuadra rusa se ajustaran a tan denigrantes definiciones. ¿No habían navegado un buen número de millas desde el extremo oriental del mar Báltico? Incluso habían sufrido reparaciones en arsenales británicos, famosos por la extrema cualidad de sus trabajos.

A pesar de que el frío se extendía por los pasillos de la secretaría de Marina al corte de filo, durante las dos horas que se sucedieron a la lectura del recado gaditano, sentí cómo el sudor corría a chorro llano por mi espalda. Añoré mucho la presencia de Beto, porque necesitaba confiar las mil dudas en un pecho cercano. Recordé las últimas palabras del ministro y hacia su gabinete dirigí mis pasos, rezando para que se encontrara en él sin diligencias de peso a la vista.

Cuando Vázquez de Figueroa comprobó el estado de mi rostro, mostró una ligera sonrisa. Y no esperó un segundo más para entrar al trapo con loneta de cuero.

—Por favor, Leñanza, que no ha de tomarse los anónimos de esa forma tan personal y drástica, aunque en él aparezca citado su nombre. Debe entenderlos como gajes propios del oficio, cuando uno labora en la cosa pública. Acabará por acostumbrarse, porque alguno le alcance dirigido a su persona.

—Con el debido respeto, señor, creo que jamás podría acostumbrarme a tal villanía. ¿Ha recibido muchos recados de tipo parecido?

—Algunos. Incluso peores y con un estilo menos prosaico. Por desgracia, gente de mala calaña se acoge en todos los nidos.

—No podía imaginar que tantos oficiales de guerra de la Real Armada se condujeran de forma tan indigna. Pero le aseguro con toda sinceridad, señor, que no es ese detalle el que más me preocupa, ni siquiera las terribles referencias a mi persona.

—Lo comprendo. Le gustaría saber si son auténticos los análisis que ese indigno personajillo desgrana sobre los buques rusos. Lo comprendo porque me sucede lo mismo. Y debe preocuparnos seriamente porque la mayor parte de los recados y misivas, no todos anónimos, navegan en la misma dirección. Aunque se trate de cobardes sin poso de gloria, las coincidencias son demasiadas.

—¿Cómo es posible? No puedo creerlo. Sería una vergüenza para el propio Emperador de los rusos, que nos hubiesen enviado...

—Seamos sinceros, Leñanza, y no larguemos las redes sobre aguas ajenas. La verdadera vergüenza es haber aceptado esos buques para nuestra Armada sin un mínimo análisis previo. Porque si es cierto lo que de dichas unidades opinan muchos de nuestros compañeros, jamás habrían superado una ligera inspección del peor de los ingenieros. En cuanto a la responsabilidad privativa del Zar, es cuestionable. No creo que haya escogido los buques en persona. Casi con toda seguridad, los almirantes y comandantes de la escuadra del Báltico habrán enviado lo peor de cada casa.

—El resultado final e inevitable, señor, es que esa escuadra del demonio se encuentra fondeada en Cádiz, enarbolando pabellón de la Real Armada.

—Esa es la triste realidad. Por cierto, que las autoridades gaditanas han rendido honores de cortesía a los oficiales rusos. Y si no se ha llevado a cabo el baile en su honor, ha sido porque los munícipes, ante la falta absoluta de fondos, han alegado las exigencias que la Cuaresma nos impone. Parece ser que las obligaciones religiosas —Figuroa entonaba entre sonrisas—, nos han librado de quedar a la altura del pordiosero.

—Todo es vergonzoso en este tema, señor. No se salva ni el periquito.

—Y que lo digas. También nuestro querido amigo, el embajador Tatischev, marchó campante hacia las Andalucías. Al menos, el marqués de Castellosrríos ha salvado el honor patrio.

—Supongo que se refiere al capitán general de la provincia.

—Así como Gobernador militar y político de Cádiz. Me han comentado que de su propio bolsillo y en su residencia ha ofrecido una recepción en honor del plenipotenciario ruso, almirante, comodoro y oficiales. Según reza la crónica, la mesa se encontraba dispuesta con el mejor gusto y elegancia. En su centro se elevaba una columna de alabastro de ocho cuerpos, semejante a

la que ordenó construir el Zar Alejandro con las piezas de artillería tomadas a las tropas de Napoleón. Seguro que el embajador Tatischev habrá vibrado de emoción —Figuroa entonaba con triste ironía y mirada huidiza—. Y, por si fuera poco, nuestro propio Señor don Fernando ha concedido la gran cruz de la Real y distinguida Orden de Carlos III al contralmirante Muller, de la Armada Imperial rusa. Es muy posible que se la haya ganado a pulso, al conseguir arribar a Cádiz con los ocho buques negros, sin que ninguno se perdiera en los fondos.

—Supongo, señor, que las dotaciones rusas serán repatriadas con rapidez.

—Creo que el propio capitán general del departamento se encarga de tal misión. Parece ser que se enfoca el problema desde un punto de vista puramente comercial. No obstante, entiendo que debería embarcar alguna comisión de la Real Armada, al menos hasta que abandonen nuestras aguas. Seguro que lo tendrá en cuenta Hidalgo de Cisneros porque de esa forma gana enteros ante Su Majestad.

Quedamos en silencio, mientras Figuroa se acercaba al ventanal y recorría los pesados cortinones. Recordé el otro tema que deseaba abordar.

—Según el indigno anónimo, parece que una fragata ofrece garantías.

—También en ese punto concuerdan casi todas las informaciones. Una fragata en buen estado y otras dos con ciertas posibilidades. En cuanto a los navíos, todo huele mal. Tan sólo el insignia parece aprovechable. Pero, como dicen algunos de los anónimos, ahora se arbitrarán créditos para esos buques, cuando con menores cantidades se podrían haber evitado los desguaces de algunos excelentes navíos abandonados en los arsenales.

—Les concedo toda la razón. Ahora Su Majestad se verá obligado a entregar los escudos que tanto se ha negado a librar. Y eso significará que de las pagas atrasadas para nuestros hombres, nada de nada.

—Por supuesto, Esos créditos serán anotados a los presupuestos de Marina.

—¿Cómo piensa nuestro Señor que sobrevivan tantas familias? Me comentaba el teniente de navío Gástiga, que hace pocos días encontró a un capitán de fragata emboscado en la oscuridad de la noche, pidiendo limosna.

—Ya lo había escuchado y lo creo sin dudar. No sé qué es peor. Unos mueren de inanición y otros lo harán de vergüenza.

—Por otra parte, señor —intenté apartar la alargada rumazón de nuestras cabezas—, habrá que pensar en el nombre que se les asigna a esos buques.

—Ha sido siempre real prerrogativa y así lo será en esta ocasión. Ya me dijo el secretario de Estado que Su Majestad piensa en ello.

—¿Su Majestad se lo comenta al secretario de Estado y no al de Marina? Parece ser que, hoy en día, nada se mueve en molde.

—Desde luego. Siempre fue condición normal, que el secretario de Marina acuciara a Su Majestad en tal sentido. Sin embargo, no se abrirán las cuerdas por dicha vereda en esta ocasión. Es más, no he solicitado audiencia alguna. Tan sólo espero que, de un momento a otro, nuestro Señor ordene que me haga cargo de los buques. Y tal y como están las uvas, incluso es posible que esa orden me la haga llegar a través de algún compañero de Gobierno o por escrito. Será el momento de que pasemos a la acción sin posible enmienda.

—¿A la acción? No le comprendo, señor.

—Pues que será llegado el momento definitivo para actuar de acuerdo a lo que en nuestras Ordenanzas se nos marca, Leñanza. Me haré cargo de esos buques, pero antes le presentaré una exhaustiva información del verdadero estado de cada uno de ellos. Espero con impaciencia a que llegue Beto y lo haga con suficiente anterioridad para preparar el informe con pelos y señales.

—Esos informes le pueden saltar como bombarda contra los ojos, señor.

—Si le digo la verdad, Leñanza, poco me importa llegados a este punto. Pero no desesperemos y confiemos en nuestra Señora del Rosario. Es posible que todo sean exageraciones.

—Dios lo quiera.

En efecto, en manos de los cielos encomendábamos nuestras almas. Y es cierto como la existencia de la vida y la muerte, que no quedaba otro camino a la mano.

* * *

En los primeros días de mes de abril, salieron desde Cádiz once fragatas de transporte, en las que marchaban hacia su patria los marinos rusos. Muchos de aquellos hombres, acostumbrados durante toda su vida a mares heladas y horizontes blancos, jamás olvidaron su calurosa experiencia española y la incomparable ciudad plateada, que muerde aguas en punta de lanza hacia el sur. El capitán general de Cádiz había nombrado oficialmente como encargado del convoy al capitán de navío don Joaquín de Toledo, a bordo de la fragata San Fernando, buque en el que también navegaba el contralmirante Muller y sus ayudantes. Además de la obligada cortesía entre diferentes Marinas, las condiciones del regreso se exponían con todo detalle en el

Convenio. Y muchos estimaron el cargo general de aquel transporte como exorbitado, para unas arcas sin una moneda de cobre.

Mientras el ministro se mantenía atrincherado en su gabinete, aumentaba día a día el clamor del descontento. Y me refiero tanto al institucional como al popular, por el pésimo estado que se apreciaba al conjunto de los barcos negros. Incluso se rumoreaba, por llano y a las claras, que para posibilitar la navegación hacia Indias de dichos buques, deberían llevar a cabo una cantidad de carenas y obras, cuyo costo total superaría con creces al de compra. Y no lo estimen como exageración de coros y sin medida. Porque a ojo de buen contramaestre, los números cuadraban en orden por tales lindes.

Uno de aquellos días, el ministro decidió dejar de lado el trabajo pendiente, que no era poco, y entrar en charla íntima conmigo. No necesitó de muchos minutos para largar el primer barrilete cubierta abajo.

—¿Sabe una cosa, Leñanza, dicha con absoluta sinceridad? Si fuera cierto todo lo que ya toma cuerpo sobre la adquisición de la escuadra rusa, difícilmente se encontraría en la historia de la administración española un negocio que merezca parecidas censuras.

—Me gustaría pensar, señor, que exagera un poco.

—También a mí me gustaría errar en el vaticinio. Pero no exagero una mota. Sabe muy bien que, por más que hemos buscado, no aparece documentación alguna sobre la adquisición de esos buques. Y ha debido iniciarse un expediente, con los minutarios y protocolos obligados, incluida una necesaria correspondencia con el embajador de Su Majestad en San Petersburgo. ¿Quién la ha archivado y dónde?

—Bueno, señor, si es cierto que todo este negocio ha sido orillado en la antecámara de palacio por Tatischev y Ugarte, con los resultados que a la vista parecen contemplarse, no creo que dejen un solo pliego sin pasar por la chimenea.

—Eso sería un fraude administrativo imperdonable —respondió Figueroa de forma tajante.

—Todo en este asunto parece ser bastante fraudulento e imperdonable desde cualquier punto de vista, señor. Estoy convencido de que Ugarte y, especialmente, Tatischev convencerían a nuestro Señor de que era posible conseguir los buques necesarios a mejor precio, y en un espacio de tiempo mucho menor, que si se construyeran en astilleros españoles o extranjeros. De esa forma, podría darse avance con la expedición a Indias que tanto urge y que, según aseguran, quita el sueño a nuestro Señor.

—A continuación y para general desgracia, como es habitual en don Fernando, en lugar de seguir las normas administrativas claramente establecidas, se las salta a la brava. Y lo que es peor todavía, quién sabe si con fines propios inconfesables. Porque eso asegura el pueblo llano y menos llano.

Aunque jamás habría pensado que pudiera escuchar tales palabras dirigidas contra nuestro Monarca, las barreras morales andaban al quite y todo era posible.

—Es posible que tenga toda la razón, señor, lo que fraguaría en vergüenza nacional colectiva sin alcanzar la cima. No se aparecen otras posibles soluciones en el horizonte.

—La terrible verdad es que nuestro crédito como personas honradas cae por los suelos. Y me refiero al pueblo español sin excepción. Estos días se comenta una frase del embajador inglés, ese petulante mister Lamb, en la que asegura a quien desee escucharle, que salvo el infante don Carlos y el duque del infantado, no hay en España quien no se venda por un puñado de libras esterlinas, incluido, el Monarca.

—Quien escuche esas palabras y le reste una onza de honor en el pecho, debería cruzar la cara de ese entrometido zángano con guante. Gustaría de enfrentarlo al alba.

—No es tonto el inglés y sabe muy bien dónde puede pronunciar tales insultos que, incluso, le son aplaudidos. Pero le comentaba esa frase, porque se trata de una opinión bien arraigada. Y, como es de suponer, poco a poco el pueblo comenzará a pensar que en este negocio de la escuadra rusa, algunos ministros han amasado una buena fortuna. Una vez más, daremos la callada por una falsa lealtad. Porque en vez de callar, deberíamos acusar, como marca la ley, a los tres personajes que en palacio llevaron a cabo la comisión del delito.

—Un imposible suicidio, señor.

—Imposible pero noble y atractivo. Bueno, la verdad es que en estos días solamente me muevo en blancas nubes de sueño.

—No comprendo, señor.

Juro por lo más sagrado, que en aquellas semanas primaverales atravesé algunas de las peores y más tristes jornadas que recuerdo de mi vida profesional en la Real Armada. Porque nada podía hacer, sino observar cómo el castillo labrado con años y esfuerzo se venía sobre nuestras cabezas, sin posibilidad de salir a escape. Sin embargo, era consciente de que lo peor todavía se armaba a barlovento y llegaría en su momento con vientos

atemporalados. Porque tal era la situación que sufríamos en carnes, vivir una terrible espera hasta que la mina reventara bajo nuestros pies.

Si ya en casa la ausencia de Beto se dejaba sentir con garfios agarrados a la espalda, todavía sufría más dicha situación en el ministerio. Figueroa vivía solamente con el pensamiento prendido en el momento que debería dar el do de pecho, o así lo estimaba como inevitable. Pero todavía habría de atravesar otras amargas experiencias. Y la primera de ellas nos llegó con un oficio del capitán general del departamento marítimo gaditano. El teniente general don Baltasar Hidalgo de Cisneros, transmitía al ministro los nombres asignados a los buques, de acuerdo a los reales deseos de Su Majestad, expresados a través del Almirantazgo. No molestó a Figueroa el procedimiento utilizado, como si se tratara de una capa más de salitre. No obstante y en contra de lo esperado, el Monarca decidía solamente la apelación que debían recibir los navíos Neptun y Drezden, así como la fragata Patrikii. Pasaban a llamarse navíos Fernando VII, Alejandro I y fragata Reina María Isabel esta última en honor de la segunda esposa del Rey. El resto de buques se mantenían de momento con los signos cirílicos en el coronamiento, aunque en general comenzaran a ser llamados popularmente por su traducción al castellano.

No acababa ahí el oficio del capitán general, que dejaba caer las mejores perlas del cofre al remate de cuerdas. Como si se tratara de una noticia de escasa monta, Hidalgo de Cisneros también apuntaba de corrido que los buques componentes de la escuadra rusa adquirida, con excepción del navío Tres Obispos, los consideraba capaces de lodo servicio, luego que se les efectuaran las obras proyectadas, que expresaban los presupuestos en confección que serían remitidos al Ministerio prontamente. Por último, avisaba al ministro de su pronto arribo a la Corte, para cumplimentar Audiencia con don Fernando.

Cuando Figueroa, con los ojos abiertos como platos, preguntó mi opinión sobre el oficio recibido, debí pensarlo lentamente, antes de contestar.

—En cuanto a los nombres escogidos, nada he de oponer, señor. No emprende el procedimiento ordenado, pero tampoco se aparta en exceso si tenemos en cuenta la asunción de funciones que, en su momento, ha de tomar el Almirantazgo. Pero ese ligero informe de dos o tres líneas sobre los buques de la escuadra rusa, más parece una broma pesada. No me gusta hablar mal de un superior, pero el general Hidalgo debería haber entrado en tema de tal importancia con un mayor detalle. Después de tres meses de la llegada de esos buques, ¿no puede precisar un poco más sobre su situación? ¿Y cuánto tiempo necesita para elevar los presupuestos de las obras necesarias? Porque,

de esa forma, su informe no vale para nada. Asegurar que unos buques pueden desempeñar comisión tras sufrir las obras necesarias, es aplicable a todo vaso de madera que se encuentre a flote por el mundo. No lo comprendo.

—Pues yo creo comprenderlo muy bien. Y conste que desearía equivocarme. Ya sabe que nunca me ha gustado un pelo Hidalgo de Cisneros. Mucho podría hablar de su actuación en Cartagena durante los primeros días contra el francés, así como el linchamiento popular y permitido del capitán general marqués de los Camachos, a quien sucedió en el cargo. Pero también aparecen brumas sobre su actuación en el combate naval de Trafalgar y posterior en Buenos Aires como último virrey. Diga lo que diga en su defensa, fue quien abrió las puertas a los revolucionarios. Pero no quiero echar más leña seca a mi estufa personal. Hidalgo, como siempre, no desea comprometerse a nada y prefiere mantenerse al calor de quien manda. Sabe que un informe negativo molestaría mucho a Su Majestad. De esa forma, responde con estupideces como esas. Pero jamás le escucharemos su verdadera opinión sobre esos buques rusos del demonio.

—Una forma de ser muy poco..., muy poco...

—Puede decirlo sin miedo, Leñanza. Una conducta escasamente leal con su superior, el ministro de Marina. Pero también desleal con Su Majestad. Por cierto, ¿a qué viene a Madrid? ¿Por voluntad de don Fernando o audiencia solicitada? Tampoco llegaremos a saber la realidad. En fin, ya veremos cómo vuelan las perdices. Pero si me es posible, le pediré ante Su Majestad que aclare un poco más sus opiniones.

—Será el momento oportuno, señor —me alegré con el solo pensamiento—. Que explique a fondo y con suficientes detalles a Su Majestad, en presencia del ministro del ramo, el verdadero estado de los buques.

—Ya me gustaría, no crea. Pero estoy seguro de que buscará la forma de escurrir la casaca. Es muy hábil en tales manejos. En fin, ya he lidiado toros de ese porte en otras ocasiones.

Como es lógico imaginar, el oficio elevado por el teniente general Hidalgo de Cisneros a la Secretaría agravó un poco más el pesimismo que sufríamos, si es que se admitía como posible dicha condición. Necesitábamos un poco de aire fresco, aunque por aquellas fechas comenzáramos a ser atacados en la Corte con los calores previos al verano. Por mi parte, suspiraba por observar la mar y mecer entre las olas todos los problemas embastados en tierra, un sueño de imposible realización. Sin embargo y para el bien de mi alma, se produjo una noticia de aliento. Porque con sorpresa aparejada, en la segunda quincena del mes de mayo aparecía en el ministerio la inconfundible

figura del capitán de navío Adalberto Pignatti, seguido por el teniente de fragata Benavides, que había actuado como ayudante de comisión. Y no era escasa la información que debían le aportar, en vista de las carpetas que comenzaron a apilar en las estanterías.

Antes de escuchar una sola palabra de mi buen amigo y compañero, por las muecas de su rostro deduje que aparejaba noticias de ampollas negras. Y como si se tratara de un presentimiento santero, comprendí que en escasas jornadas deberíamos encarar el envite definitivo. Me veía obligado a lanzar las cartas sobre el tapete en una jugada decisiva, sin haberlo solicitado en ningún momento.

15. El do de pecho

En esta ocasión, el abrazo que brindé a Beto parecía más propio de un reencuentro entre hermanos tras una alargada separación de muchos años. Pero bien sabía yo lo que necesitaba de su presencia en aquellos momentos de incertidumbre y tribulación, muy cercana a la amargura. Así debió comprenderlo, aunque no lo comentara en aquellos momentos. Y aunque mi cuñado acababa de atravesar el portón del ministerio bien entrada la tarde, directamente llegado a la villa desde el camino de las Andalucías, ni siquiera pensé en la posibilidad de retrasar para la siguiente jornada su presentación ante el ministro, Y como tampoco Beto gustaba de estibar la espuela en cuelgue para su posterior perfección, nos dirigimos sin dudarlo hacia el gabinete de don José Vázquez de Figueroa.

Cuando Beto presentaba sus respetos al ministro con la habitual cortesía, comprendí que posiblemente nos habíamos apresurado en exceso. Porque fue al escuchar sus palabras, cuando comprobé los rastros del cansancio marcados con claridad en su rostro. Me arrepentí de la urgencia asistida, pero ya Figueroa entraba en la clave.

—Creo, Pignatti, que podemos dejar para mañana el informe sobre sus aventuras gaditanas. Le veo estragado de cuerpo y alma. Seguro que ha parado poco y corrido leguas a batir cueros.

—Me encuentro en perfectas condiciones y listo para rendir servicio, señor. Y, por mi parte, estoy preparado para adelantarle el informe sobre los buques rusos con los detalles que estime oportunos.

—Nada de detalles hasta que haya descansado lo conveniente. Con la cabeza o el cuerpo abotargados, mal funcionan las ideas. Pero ya que se encuentra aquí, solamente deseo una opinión general como adelanto. ¿Es cierto que ninguno de los buques rusos sería capaz de emprender una alargada comisión, sin efectuarles unas muy costosas obras? Y cuando le hablo de obras, incluyo en ellas algunas carenas.

—Si me permite, señor, no me gustaría generalizar en rasero común, circunstancia que siempre pervierte los razonamientos. Tan sólo englobaría a todos los buques en el aspecto de que, evidentemente, no han sido construidos con materiales de la debida calidad, sus perfiles aparecen anticuados, adolecen en un elevado porcentaje de aparejos de respeto, los estimo a ojo como poco marineros y no han sido sometidos, al menos en los últimos cinco años, a las carenas y mantenimientos que se consideran imprescindibles. En cuanto a los navíos en particular, todos han de pasar por el arsenal sin remedio. Con posibilidades de emprender una comisión a Indias en escaso tiempo, solamente estimo al llamado *Drezden*, que acaba de tomar la apelación de *Alejandro I*. Pero siempre que se le lleven a cabo obras en la jarcia firme, aparejo de respeto, revitalización de baos popeles y varias cubiertas, así como algunos aspectos menores, que he calculado en un monto total que debe de rondar el millón y medio de reales. Y tenga en cuenta, señor, que no hemos llevado a cabo revisión de fondos en ninguno de los buques, una comprobación que se debería efectuar en todos ellos lo antes posible. Es necesario tener en cuenta una entrada de agua superior a la normal en todas las unidades, y alarmante en algunos casos.

Aunque Beto parecía declamar aquellas noticias con absoluta normalidad, era consciente de que tanto al ministro como a mí se nos clavaba cada palabra en la carne como astillazo de varas. Bien es cierto que, tras varias semanas de purgar con el asunto mano a mano y sobre el terreno, se habría acostumbrado a la espantosa situación que su información creaba. Figueroa apenas mudó el rostro, cuando invitó a Beto a continuar.

—¿Y las fragatas?

—Las fragatas suben un escalón en cuanto a su estado general de mantenimiento, aunque se vean atacadas por los mismos problemas de construcción. No debemos olvidar que, en este caso, se trata de unidades de muy reciente entrega. Una verdadera lástima que no fueran construidas con mejores medios y operarios. Una de ellas la considero lista para desempeñar comisión, con una pequeña limpieza de cara y aporte de algunos aparejos de respeto de los que adolece. Me refiero a la que ha tomado el nombre de Reina María Isabel, construida en el arsenal de San Petersburgo en 1813. Se trata de la única unidad a la que se le ha nombrado comandante, el capitán de navío Manuel del Castillo, y en la que ha trabajado el personal de la Real Maestranza del arsenal de La Carraca. Viene la prisa impuesta porque ha de ofrecer protección al primer convoy, que sale hacia Indias la próxima semana.

—¿Un primer convoy hacia Indias? —Figuroa expuso mueca de sorpresa, para asentir a continuación—. Bueno, supongo que se trata de aquellos dos o tres mil hombres que han de ser trasladados con abundante armamento y pertrechos hacia las costas de Chile en una docena de fragatas mercantes. Tenía entendido que el Almirantazgo había decidido alistar el navío *San Telmo* para que llevara a cabo dicha comisión.

—No se encuentra todavía a punto, señor. No obstante, le aseguro que preferiría mandar el navío *San Telmo* en su estado actual, que a cualquiera de los cinco rusos admitidos. Como dice, el convoy se compone de una docena de fragatas de transporte con destino a las costas de Chile, salvo una de ellas que continuará rumbo hacia Manila, una vez navegue en seguridad por el mar del Sur. La única escolta que se le va a conceder es la citada fragata Reina María Isabel lo que, con sinceridad, encuentro escaso bagaje protector.

—Así lo parece. Cómo se echan de menos en estos casos las unidades menores, que tanto juego positivo ofrecen. Posiblemente se basarán en que los rebeldes no disponen de ninguna fragata de fuerza.

—Pero una fragata sola y pendiente de doce mercantes tan diferentes en porte y maniobra, puede ser atacada por dos a tres buques menores con bastantes posibilidades de éxito. Considero necesaria la presencia de un navío, si es posible.

—Bien, Pignatti, continuemos. ¿Y el resto de las fragatas? —Preguntó Figuroa con escaso interés. Porque en verdad que casi todo el pescado de cesta se encontraba servido.

—Una de ellas ofrece ciertas posibilidades, una vez sea alistada en el arsenal. Me refiero a la llamada Merkurs, que todos denominan como Mercurio, acabada de construir en San Petersburgo en septiembre de 1815. Parece mentira que con menos de tres años de servicio en sus tablas, se encuentre en tan lamentables condiciones, especialmente respecto a la falta absoluta de respetos. El resto, al igual que los navíos, en muy deficiente estado. En cuanto a la artillería, se ha comprobado que utilizan los mismos calibres y una normativa de construcción muy parecida a la nuestra. El material parece aceptable. Tan sólo falta repasar ánimas y pistoletas de fuego, de los que se echan en falta una tercera parte.

—Y no estime señor... —Beto parecía titubear.

—Hable claro, Pignatti.

—Quiero decir, señor, que no era necesario mantener en secreto mi comisión. Creo que todos los oficiales de la Armada, en situación de cuartel o no, se paseaban por los buques con expresiones muy poco alentadoras. La

prensa gaditana también comenzó a bombardear dianas a tiro de bombardera, a pesar de los politicastos que intentan ocultar la morena. Por tal razón y haciendo gala del puesto que ocupó a su lado, creí oportuno aprovechar la ocasión. Como además me une una excelente amistad con el comandante general del arsenal, me hice acompañar de dos ingenieros de garantía, así como de los mejores maestros mayores en cada uno de los ramos de la construcción naval. Por esa causa necesité tanto tiempo. Pero puede estar seguro de que dispongo de unos informes completos e irrefutables, que abarcan hasta la última chaza sin descubrir. Pero le repito que sin haber llevado a cabo la debida inspección de fondos, que estimo obligatoria y urgente en todas las unidades.

—Me parece una decisión muy acertada y le agradezco que haya tomado esa iniciativa.

—Los informes que le traigo se encuentran firmados por los responsables de cada ramo y son de absoluta garantía. Tan sólo faltaría, además de la adecuada inspección de fondos expuesta, el análisis del forrado de cobre, lo que solicitaría de inmediato en el caso de que me nombraran comandante de cualquiera de ellos.

Se hizo el silencio en el gabinete como capa de laberinto. Es cierto que tanto el ministro como yo nos esperábamos un informe de tintes pareados, pero siempre nos resta en el pecho la esperanza del milagro marino ofrecido por la Patrona. Y en verdad que podíamos catalogar como tal, el que esperaríamos escuchar un estado aceptable de los buques rusos. Beto rompió la cortina para entrar en un aspecto paralelo.

—Por cierto, señor, que según escuché en el arsenal al brigadier Bembides, se pretende que el navío *Alejandro I* salga a la mar en escaso tiempo y se dirija a Barcelona. Una vez allí, ha de efectuar el recibimiento debido a la Señora Infanta Doña Luisa Carlota.

—¿En su estado actual?

—Se aprobará el crédito para las obras mínimas necesarias con rapidez, no me cabe duda. Y ya le digo que no bajará del millón y medio de reales. Además, señor, no hay mejor crédito que el Mediterráneo en los meses de verano.

—¿A qué cargo se endosará ese gasto?

—A la consignación de Marina. Parece ser que se trata de una orden directa de Su Majestad.

—¿A la consignación de Marina? ¿Con qué fondos? ¿De qué cajas? ¿Qué desastre, gran Dios! Bueno, después de todo es lo que esperaba —el ministro

parecía hablar consigo mismo en tintes de extrema tristeza, como si se viera obligado a arriar el pabellón—. Ya sé que ha inundado de carpetas su secretaría, Pignatti, pero he de pedirle un importante favor. Por supuesto, una vez que haya recuperado fuerzas. Además de mantener preparado y en orden de revista ese informe global que mucho nos ha de servir, necesitaría disponer de un informe conciso, claro y escueto del estado de cada uno de los navíos y fragatas. Me refiero solamente a los puntos principales de las diferentes ramas, así como de un monto estimado sobre el posible precio de su puesta a punto. Cuando llegue el momento oportuno, que será más pronto de lo imaginado, deberé entregarlo en las manos de Su Majestad.

—Suponía que desearía algo parecido, señor. También tengo prácticamente preparado ese informe en síntesis. Pero siendo para entregar en manos de Su Majestad, desearía que me concediera un par de días más.

—Disponemos de más tiempo, no se preocupe. Una vez lo haya rematado, lo discutiremos los tres en este gabinete. Y ahora marche a casa, salude a la familia y descanse. Mañana será otro día.

Abandonamos el ministerio con cierto sentimiento negativo preñado en el alma. Y me refiero a la tristeza que padecía en mis carnes al observar al ministro Figueroa en la actual situación. Porque a pesar de tanta crítica, puedo certificar que se trataba de un hombre honrado, inteligente y que podría haber sido una de los grandes secretarios de Marina de su época, si se le hubiese concedido tal oportunidad. Para su desgracia, le había tocado vivir una época verdaderamente vergonzosa de nuestra historia.

Como era de esperar, Beto comenzó a largar sapos y culebras por su boca, en cuanto nos aposentamos en el carruaje. Todo lo que había leído en recados amistosos, anónimos enemigos y palabras cortadas en corrillos, se quedaba corto al escuchar lo que mi cuñado exponía con vehemencia. Era comprensible el estado de opinión general entre el personal de la Marina, que había comprobado con sus propios ojos la solución que se ofrecía a los gravísimos problemas de la Real Armada en aquellos días. Parecía imposible creer que todo aquel desastroso negocio se hubiera llevado a cabo sin que un solo miembro de nuestra Institución, se encontrara al día de tan monstruosos acontecimientos. Por tal razón, las granadas volaban hacia las más altas Magistraturas de la propia Armada, sin enfocar el tiro a las cabezas emponzoñadas y alguna coronada que, de verdad, habían parido el contubernio.

Dormí poco y mal aquella noche, tras haber trasegado con Beto una frasca de aguardiente y escuchado uno a uno los mil detalles, casi todos negativos,

de los buques rusos. De tal forma, acabé enterado del estado general y particular de cada vaso, incluidos esteras, lanadas, clavazón y minas. Sin embargo, un adjetivo reinaba de forma repetida y poderosa por encima del resto, aquel de buques podridos, un estigma que habla con mucha claridad en la Armada. Pero aunque parezca difícil de creer, sufría mucho al pensar en el futuro que se abriría al ministro, cuando la santabárbara reventara por luces. Porque no era don Fernando el Séptimo de los que gustaba en asumir faltas propias, sino bracearlas con facilidad a las bandas y encontrar siempre el chivo expiatorio al que endosarlas en redondo. Lo que no llegué a comprender, por aquellos días, es que mi suerte se encontraba unida por filástica estrecha a la máxima autoridad de la Armada, con lo que también yo me movía en inestable equilibrio sobre el estay de proa.

Habían transcurrido cinco meses desde que arribaran a Cádiz los buques rusos y, hasta el momento, la única noticia oficial recibida por el ministro se centraba en el oficio del capitán general del Departamento de Cádiz. Pero con toda razón, Figueroa se empeñaba en mantenerse como si desconociera la minuta al completo, al no haber sido informado en orden. Pero todo llega en esta vida y lo que nos temíamos comenzó a tomar cuerpo el día 14 de junio, cuando el Soberano, por medio de un real decreto ordenaba a su secretario de Estado y Despacho de Guerra, teniente general Eguía que ... *habiéndose verificado el arribo y entrega de la referida escuadra rusa, quiero que desde hoy quede a cargo y cuidado de mi Secretaría y Despacho de Marina. También don Fernando especificaba en el decreto ... la necesidad de habilitar a la máxima celeridad dos navíos, los nombrados como «Alejandro I» y el que lleva mi real nombre, como asimismo la fragata «Mercurio», con preferencia a todos los demás, para que estos tres buques sean los primeros que hagan mi real servido, por ser así mi decidida voluntad.*

Cuando el ministro nos dio a conocer este real decreto al día siguiente de recibirlo, cerca estuve de estallar en corona de pólvora. Porque ya el agua sobrepasaba los batiportes y la sangre se medía en amenaza.

—Es del todo incomprensible, señor. Con ese oficio, Su Majestad no hace referencia más que al arribo y entrega de la escuadra rusa. Pero elude de forma... —debí largar los ferros, para no entrar en inapropiado lenguaje—, de forma tan alejada de las normativas los obligados reconocimientos que se han de efectuar de forma preceptiva, antes de dar de alta un buque en las listas de la Real Armada. ¿Y si uno de los navíos cae a los fondos mañana mismo? ¿Quién sería el responsable?

—Tiene razón por arrobos en su razonamiento el general Leñanza, señor —añadía Beto con decisión—. Entiendo que la Armada no puede hacerse cargo de unos buques, cuyo estado constituye teóricamente una absoluta incógnita. Porque si sabemos el estado real de los navíos y fragatas es por iniciativa suya y de tapadillo, señor, sin una base legal en la que apoyarse. Ese real decreto es pólvora fina. Lo que aparenta en principio ser una cuestión de mera rutina administrativa, se transforma en realidad en un descabellado, inmoral, corrupto y deshonesto negocio, sin responsables a la vista. Y si se hace cargo de esos buques, suya acabará siendo la competencia y compromiso, lo que mucho conviene a otras mentes sin vergüenza propia.

—Os doy toda la razón porque el tema no ofrece duda. Pero parece que emitís opiniones como si nos encontráramos en una de las salas del Almirantazgo británico. Señores, pisen la tierra hispana de una putañera vez. Nos encontramos en España y hemos de abordar este problema ante un Monarca como don Fernando el Séptimo, con su desmañada camarilla en rondo permanente. Por todos los sapos coronados, que nada temo en cuanto a mi futuro profesional. Pero no es fácil encarar esta jodida empresa. He de hacerme cargo de esos buques, y lo haré de acuerdo a las normas por las que se rige nuestra Armada.

Ordenaré al capitán general del Departamento los preceptivos informes de cada uno de los ramos, aunque en verdad dispongamos de ellos. Y se los llevaré en persona a Su Majestad, con esa síntesis que me ha preparado Pignatti y que le agradezco por su medida y acertada ejecución.

—Tiene toda la razón, señor —admití con dolor—. Ya hemos discutido suficiente sobre el verdadero estado de esos buques malditos. Pero, por ejemplo, examinemos el estado de los repuestos a bordo. Sabemos por un tortuoso camino que no podemos declarar —miré hacia Beto con gesto de complicidad—, que en un convenio desconocido por casi todos, los buques rusos debían ser entregados con sus adecuados repuestos, armamentos, víveres y pertrechos para cuatro meses. Nada de eso aparece. Hay buques que no incorporan ni un solo foque de respeto, por difícil que sea de creer. Todos sabemos que no es tarea sencilla ni rápida confeccionar nuevo trapo para buques de gálibos desconocidos. ¿También se ha de admitir? Pues así ha de ser, si Su Majestad no nos hace llegar de forma oficial ese convenio con el Zar de Rusia.

—Bien, señores —Figueroa mesaba sus cabellos con cierta desesperación. Se dirigió a nosotros con el cansancio más profundo en sus palabras—. Debo pensar detenidamente en el camino que he de seguir, aunque no parece que se

abra vereda blanca en ninguna dirección. Dejemos el tema por ahora. Los tendré al día de los acontecimientos.

Aunque nos habíamos mantenido durante meses sin noticias oficiales, a partir de aquella semana de junio, todo comenzó a girar a nuestro alrededor como veleta bajo viento cascarrón. Al día siguiente, el ministro recibía orden de mano de Su Majestad, en la que le ordenaba prevenir al capitán general del Departamento Marítimo de Cádiz, para que se personara de inmediato en la Corte. Y parecía encontrarse preparado el teniente general Hidalgo de Cisneros porque, según estimamos, antes de que el recado pudiera haberle llegado a su mesa, aparecía en el ministerio y presentaba sus respetos a don José Vázquez de Figueroa. Y si estimábamos que la reunión entre ambos se alargaría lo suficiente, para que el general cartagenero^[54] aceptara por escrito y con signatura propia el real estado de los buques, nos equivocamos al ciento. Porque apenas cruzaron entre ambos discrepancias durante unos pocos minutos. De esta forma, partieron hacia Palacio.

En la siguiente mañana, nos hizo llamar el ministro a Beto y a mí a su gabinete. Y si en las últimas semanas su rostro mostraba preocupación y tristeza, ahora se añadía lo que entendía como una absoluta desesperanza, incapaz posiblemente de creer en una posible solución medianamente digna al terrible problema embastado. Una vez en su presencia, nos mantuvimos en silencio demasiado tiempo, lo que me hizo entrar en recorrida de nervios. Inquieto, decidí entrar por derecho sin aguardar la norma.

—¿Se entrevistó con Su Majestad, señor?

—Un día de sorpresas, señores. La verdad es que esperaba dialogar con don Fernando, pero no fue posible. Se me comunicó que la audiencia se concedía solamente al general Hidalgo de Cisneros.

—¿Solamente al capitán general del departamento gaditano? ¿Y después...? —Beto quedó a medio camino.

—Pues cuando el capitán general de Cádiz regresó a mi lado, le pregunté por su conversación con nuestro Señor. Hidalgo me contestó que divagaron sobre algunos temas, antes de entrar en el estado de los buques pertenecientes a la escuadra rusa.

—¿Le expuso la verdadera situación que se vive en Cádiz? —pregunté con escaso convencimiento.

—¿Y qué le contestó? —apenas podía contener la impaciencia.

—Cuando su Majestad le preguntó directamente sobre las posibilidades de los ocho buques entregadas por el Zar Alejandro I a nuestra Armada, Hidalgo contestó, y no creo errar en una sola palabra al repetirlo —ahora el ministro

exhibía una sonrisa quebrada—, que los buques se hallaban en el estado de hacer cualquier navegación, aunque fuese ir a Lima montando el cabo de Hornos.

—¿Cómo dice, señor? —Me elevé en el asiento, como si hubiese recibido picadura de bicha maligna en el trasero—. ¿No se tiñó de rojo su rostro, al exponer ante vos aquellas palabras?

—Le pregunté si esa opinión la contestaría por escrito en pliego de ley dirigido a Su Majestad y con su sello. Como es habitual en él, comenzó a revolotear con palabras sin un significado definido. Se refugió en que don Fernando le había preguntado por las posibilidades de los buques. En dicho caso, entendió que se refería a las capacidades de esos navíos y fragatas, una vez se les hubieran realizado las obras oportunas. Y bajo tales premisas, no había mentido. Tan sólo —me declaró entre sonrisas— le expuso al Monarca lo que él deseaba escuchar. Pero sin mentir. Como pueden imaginar, le contesté con infinito desprecio, que faltar a la verdad cierta en fintas, es peor que mentir. Y sobre la marcha le indiqué que le haría llegar un oficio para que, a la mayor brevedad posible, me informara del estado real de los buques en su momento actual, con firma colegiada de ingenieros y maestros mayores de cada una de las ramas de la construcción naval. Y todo ello con su conformidad y firma. ¿Saben lo que me contestó?

Ahora ni Beto ni yo pronunciamos una sola palabra. En verdad que mis manos se movían de forma errática, deseando abarcar algunos cuellos. Figueroa continuó con el mismo tono de voz tendido a la baja.

—Me dijo que lo haría, desde luego. Pero que, según tenía entendido, esos informes obraban en mi poder tras la comisión llevada a cabo por personal a mis órdenes —dirigió la mirada hacia Beto—. No obstante, le exigí, ahora de forma tajante y como ministro de Marina, que me hiciera llegar lo que le había ordenado y con su firma bien aclarada en pliego bajo sello.

—¿Cree que lo hará? —pregunté con segundas.

—¿Acatar la orden? Por supuesto. No es tonto Hidalgo, ni mucho menos. Sabe que conmigo es peligroso andar en juegos de piñata. Si algunos quieren que sea yo el único peón que caiga sobre el maldito tablero en el que nos movemos, se equivocan de lado a lado.

—Que cada uno enganche al pico su propia pitanza —dijo Beto con amargura.

—Bueno, por otra parte, creo que en el Almirantazgo han comenzado a nombrar los comandantes de los ocho buques. Me harán llegar las decisiones

para que las refrende Su Majestad. Puedo jurar ante los evangelios, que no podré felicitar con sinceridad a quien le cuelguen este mochuelo del cuello.

—Mucho me atrae mandar una fragata o un navío, señor, pero en este caso lo pensaría mucho —Beto entraba por sinceros—. Como me dijo un contramaestre viejo en quien mucho confío, no creo que ningún navío llegue a hacerse a la mar en alargada comisión.

—¿Y qué piensa hacer ahora, señor? —inquirí, todavía con el nerviosismo amadrinado a mi cerebro.

—Lo único que me es posible. Basta ya de andar con capucha de carnaval. En cuanto reciba los informes del capitán general de Cádiz, solicitaré urgente audiencia con Su Majestad y le informaré con toda veracidad y a las claras de cómo se mueve cada uno de los buques adquiridos a la Marina rusa.

—No le gustará a nuestro Señor.

—Menos le gustaría que ordenase la salida de cuatro o cinco de esos buques en urgente comisión a Indias, y se le contestara que ninguno se encuentra hábil para la misión. Como esperaba, porque nada me coge de nuevas, esta situación llega a su límite y sé bien por dónde ha de romper. Debo dar el do de pecho y mantener el honor propio por encima de los lodos que nos rodean.

Es fácil imaginar el estado de ánimo en el que nos movimos durante los siguientes días por los pasillos del ministerio. Ahora no sólo padecía indignación y resentimiento, sino un sentimiento de vergüenza propia y dolor institucional. Por su parte, Figueroa parecía verse dispuesto a abandonar el puesto en cada momento, aunque en el fondo de su alma todavía sospechara de la existencia de un rastro de mínima dignidad en nuestro Señor, una condición que, en verdad, sólo él esperaba. Lo que sí nos produjo enorme sorpresa fue comprobar que los informes solicitados al capitán general de Cádiz, arribaban al ministerio con extraordinaria rapidez, como pedido a vuelo de postas en llamas. Y para regocijo propio, comprobamos que en gran parte de ellos se producía una exacta repetición a los amparados por Beto en su comisión anterior. Asimismo, tal y como había exigido con dureza Figueroa, los informes de cascos, maderas, estado de vida, arboladuras, jarcias, velamen, artillería y todo ramo puntual de una unidad naval, venía firmado, bajo su responsabilidad, por los ingenieros y maestros mayores. Tan sólo se omitían los preceptivos reconocimientos de los fondos, por tratarse de una acción más costosa y alargada en el tiempo. Por último, como extraordinario y, por qué no decirlo, inesperado detalle, todo ello autorizado

bajo la firma de Su Excelencia el teniente general de la Real Armada don Baltasar Hidalgo de Cisneros.

Como si los hados quisieran cruzar derrotas al mismo punto, una hora después de frotar manos y dedos con entusiasmo, el ministro recibía un decreto escrito de la Real mano en el que don Fernando le decía: *Figueroa, a Cádiz han llegado cinco navíos y tres fragatas, Encárgate o entrégate de estas embarcaciones; te advierto, bajo tu responsabilidad, que cuando se hayan de emplear algunas de estas dos clases, sean los navíos «Alejandro I» y «Fernando VII», así como la fragata «Mercurio» las preferidas.*

Si el ministro había respirado en tranquilidad al poseer aquellos informes de Cádiz bajo su mano, como si hubiese atravesado el río por un puente a punto de ser derribado, el recado de Su Majestad lo dejaba en situación de máxima alerta. Nos hizo llamar para repasar una vez más la síntesis redactada por Beto en un solo pliego, que tan a las claras exponía el estado general de los buques. Figueroa deseaba leerlo ante Su Majestad, al tiempo que le hacía entrega de los respectivos informes resumidos de cada uno de los ramos, amparados por la firma del capitán general de Cádiz. Tan sólo al final, nos leyó el decreto de mano de Su Majestad. Y con extrema rapidez, nos preguntó la opinión que tal recado nos merecía. Me lancé a ello sin dudar.

—Estimo, señor, que parece como si tal decreto lo hubiese escrito Su Majestad hace meses, porque repite algún detalle ya nombrado. También es posible que, como hasta ahora y de forma oficial don Fernando nada le había comunicado sobre los buques rusos, quiera establecer responsabilidades tras las palabras recibidas del general Hidalgo de Cisneros. Quiero decir, que puede desear repartir cargas onerosas a mano y mano, para ahuyentarlas de su pecho.

—Estoy de acuerdo con sus palabras, Leñanza, razón por la que me ha desazonado en mucho ese decreto recibido de Su Majestad. Pero de forma especial, esa frase, bajo tu responsabilidad, me preocupa muy a fondo. Y si antes no me cabían dudas, con los informes de Hidalgo en la mano, menos todavía. Ahora mismo enviaré recado a Palacio, solicitando urgente audiencia con nuestro Señor. Dejemos aclarada la situación de una putañera vez.

—¿Lo ha pensado detenidamente, señor? —Pregunté con la debida precaución.

—Detenidamente durante bastantes horas y muy a fondo, Leñanza. Sé muy bien lo que pensáis en estos momentos, pero he de afrontar las olas aunque incorporen barbas podridas en blanco.

—Tan sólo pensaba, señor —insistí una vez más con cierta precaución—, que acometer esta empresa ante nuestro Señor puede ser una decisión que no ofrece vuelta redonda a la vista.

—Soy consciente de que ha llegado el momento de la verdad. Pero ya os anunciaba que debería dar el do de pecho más pronto que tarde. Una cosa es ser posibilista políticamente y otra bien distinta presentarme ante la nación como reo de cobardía y deshonor, lo que no estoy dispuesto a aceptar.

Podemos edulcorar las noticias importantes a Su Majestad sin faltar a nuestra responsabilidad. Pero nunca faltar a la verdad, aunque sea con las palabras sibilinas que suelen emplear otros personajes como Hidalgo de Cisneros.

—Pues solamente puedo añadir, señor, que confío..., bueno, espero que don Fernando obre con ecuanimidad y pensando en el bien de la Armada y de España.

—Utiliza una declaración un tanto rimbombante, Leñanza, pero concuerdo con su espíritu al ciento.

Si ya me había parecido demasiado acelerada la acción tomada por el ministro, la respuesta de Palacio también se me antojó extremadamente rápida dos jomadas después. Por tal razón, tanto Beto como yo quedamos con el alma en suspenso, cuando nuestro ministro tomaba el carruaje para dirigirse a enfrentar a don Fernando el Séptimo con los informes en carpeta azul y el ánimo en percha de combate. Ahora sí que la suerte estaba largada sobre las aguas sin posible tornaviaje y no quedaba más amarre que los rezos a la Patrona.

* * *

Beto y yo montamos retén durante todo el tiempo de ausencia del ministro, como si se tratara de la primera guardia de cubierta que un guardiamarina lleva a cabo con extremo celo en su carrera. Y fue larga la espera, un aguardo que se nos hizo espeso y trabado como vigilia de quintas. Siete horas después, cuando ya el sol caía a plomo sobre una villa madrileña estragada por ese calor seco que azota con mordisco los pechos, el ministro de Marina hacia su aparición en el pasillo que finalizaba en su gabinete de trabajo. Al vernos de conversación con otros oficiales, nos espetó con decisión.

—General Leñanza y comandante Pignatti, acompáñenme a mi gabinete, por favor.

Sin pronunciar una sola palabra, Beto y yo entramos tras Figueroa como perros encelados en la presa. Pero ya había comprobado que el ministro llegaba libre de cargas, lo que significaba que la carpeta azul de la discordia había quedado bajo Real cuidado o arrojada en la alcantarilla más cercana. Nos mantuvimos en pie mientras el ministro tomaba asiento y nos dirigía la mirada con una sonrisa que no supe descifrar. Porque lo mismo podía ser causada por tintes de alegría o de esperanza, pero también de sumisa desesperación.

—Ya veo que montabais guardia de ranchero sin posible merma, a pesar de vuestro elevado empleo. Y antes de que me lancéis la pregunta del diez, os aclararé que he mantenido alargada y privada audiencia con nuestro Señor don Fernando.

Guardó silencio, como si deseara que nuestras venas reventaran al goterón por la inquietud creada. Y debo aclarar que, conocedor al punto de la liebre, era consciente de que mucho nos jugábamos todos en aquella información. Figueroa entró pronto al trapo y sin escaquear los flancos, tras indicarnos con energía que tomáramos asiento de una vez.

—Bueno, don Fernando me recibió en su forma obsequiosa habitual, con bienintencionadas preguntas por mi salud y la de mi hija, hasta que comencé la triste letanía. Nada he de ocultar y os aseguro con sinceridad absoluta, que intenté entrarle tan suavemente como pude pero, eso sí, exponiendo el verdadero estado en que se encontraba cada uno de los ocho buques recibidos. No era momento para ofrecer la blanda, ni mucho menos. Me encontraba en ese delicado y definitivo momento que todo hombre ha de cruzar alguna vez en su vida, y a él me apresté con bandolas de sangre.

El ministro se tomó un ligero respiro, como si necesitara de fuerzas supletorias para continuar su exposición.

—Es normal que todos los que despachan con don Fernando insistan en su permanente afabilidad. En esta ocasión y aunque Su Majestad intentara no mudar el rostro una pulgada, creo que entrevi cierto desasosiego conforme hilvanaba el informe resumido por Beto. Y al mencionarle que nada podía opinar sobre la justa o injusta tasación de la escuadra, por desconocer si se trataba de imperial obsequio, arrendamiento definido o venta, pude comprobar un rictus de incomodidad que me alertó. Pero ya se encontraba la derrota trazada, y rematé mi exposición constatando la extrañeza de que los buques rusos llegaran a Cádiz solamente con lo que a la vista poseían. Porque carecían de ese importante apartado que en todo buque de guerra constituye el respeto de velas, jarcias, motonería, y toda especie de pertrechos. Creo que

también le dolió mi frase, al constatar el hecho irrefutable de que se encontraban podridas las maderas de las obras muertas, lo que hacía sospechar el peligro de que se encontraran en parecido estado las correspondientes a las sumergidas. También le recalqué la importante necesidad de llevar a cabo la revisión de sus fondos, aspecto que puede ofrecer la mínima seguridad de todo buque en la mar. Sin embargo, una vez finalizada mi exposición, que me permitió sin interrumpirme con una sola pregunta, un detalle poco habitual en su real persona, solamente me indico: Déjeme aquí esos papeles, Figueroa.

—Supongo, señor, que se refiere a la carpeta con los informes de cada ramo.

—Así es, Leñanza. Creo que se trata de la primera ocasión en la que Su Majestad me corta la audiencia de esa manera tan abrupta, sin afrontar los comentarios banales de remate y cortesía. No obstante, siguiendo su habitual costumbre, al despedirme me hizo obsequio de dos mazos de muy buenos cigarros, al tiempo que me tocaba en el hombro con afecto. Y esto es todo.

—¿Eso es todo? —Exclamé como si me hubieran cortado una interesante obra en el primer acto—. ¿Pero qué sensación le produjeron sus palabras? ¿Don Fernando se encontraba de acuerdo, al menos visiblemente, con sus argumentos? —pregunté con especial interés.

—Os aseguro que no podría afirmar nada en ningún sentido. Tan sólo puedo decirles que, desde mis primeras palabras, percibí a Su Majestad fuertemente prevenido contra mi persona, aunque también puede tratarse de una falsa impresión por mi parte. Cuando me hizo entrega de los mazos de tabaco y me ofrecía una última sonrisa, creí entrever que se trataba de una final despedida. En verdad les aseguro que... Bueno, quiero decir..., no creo que dure en este puesto muchos días. Tan sólo me resta aventurar sobre el método que se empleará para sacarme de este precioso gabinete.

—¿Método? ¿A qué se refiere, señor?

—Al sistema que va a utilizar Su Majestad, o aquellos corifeos de la camarilla que le aconsejan noche y día, para exonerarme del cargo. Puede hacerse con suavidad y cierta elegancia, pero también con destierro más o menos fulminante, que ya conocemos cómo se las gasta nuestro Señor en tales asuntos. Personalmente, no creo que mi actuación al frente de esta Secretaría y Despacho se haya hecho acreedora a que se empleen duras medidas contra mi humilde persona. Porque por encima de todo ha prevalecido en mí la lealtad más absoluta para con Su Majestad y, desde luego, con la Real Armada.

—También es posible que permanezca al frente del ministerio, hasta que se aclare la situación de la fuerza a enviar a Indias. No parece que atravesemos el momento oportuno para entrar en mudanzas de copo.

—Como bien lo conozco, os aseguro que no suele responder don Fernando a ese tipo de llamadas. Sólo a vosotros os aseguraría que, en el fondo de mi ser, deseo fervientemente ser exonerado del cargo. Porque he perdido el entusiasmo y las ganas de continuar al frente de un buque que hace aguas de proa a popa y entiendo sin carena posible. Siento que debáis escuchar estos lamentos tan negativos de vuestro ministro, pero es la pura realidad. Deseo dejar esta casa, pero quedar en la Corte con mi vida apartada y en tranquilidad. Ya sabéis que toda mi familia la compone esa pequeña y querida hija de dos años, que parece haber heredado mi falta de salud pulmonar y entra en continuos catarros. Necesita como yo de climas secos y de suficiente altura.

—En ese caso, señor —entraba Beto con determinación—, ¿estima que seréis el único cabeza de turco en este tenebroso asunto?

—Nada de eso. He hablado bastante en los últimos días con el Secretario de Estado, don José García de León, y también él se encuentra convencido de su próxima exoneración. Tan sólo me cabe la duda de si caerá en el tándem el secretario del Despacho de Hacienda e Indias, don Martín de Caray. Y si pensáis a fondo la cuestión —volvía a exhibir la sonrisa gastada—, comprenderéis que los tres formamos el grupo de ministros a los que nos hubiese correspondido, contando con esa lógica que ha brillado en este caso por su completa ausencia, de sacar adelante las conversaciones que cristalizaran en el Convenio con el Zar de Rusia para la adquisición de los buques. En fin, me temo que los tres desapareceremos de la situación política y jamás se hará público el contenido del convenio ni documento alguno sobre este bochornoso y..., y vergonzoso asunto que, como ya os dije alguna semana atrás, no tiene ejemplo tan censurable en la historia de nuestra Administración.

Se hizo un silencio que pesaba sobre nuestras cabezas como vigas de lastre. Parecía como si, de pronto, se nos abrieran los cielos y comprendiéramos la realidad que, en verdad, se veía venir desde cinco meses atrás. Pero como, después de todo, los organismos se componen de personas con cuerpo y alma, elevé una pregunta en voz tan baja, que hube de repetirla.

—¿Qué será de nosotros, señor? No he de decirle que dispone de nuestra máxima lealtad y nos mantendremos en su defensa allí donde se haga...

—Olvide eso, Leñanza —ahora Figueroa se dirigía a mí con extraordinaria afabilidad, como lo haría con un familiar muy querido—. Lo normal sería que el nuevo ministro se aprovechara convenientemente de su preparación y del trabajo que han llevado a cabo en todo este tiempo servido bajo mis órdenes directas. Pero si quien ocupe mi cargo es la persona que preveo, pasarán a cuartel de inmediato.

—¿Su sucesor en el cargo? —preguntó Beto en tono incrédulo.

—Me gustaría equivocarme, pero veo sentado en este gabinete al teniente general don Baltasar Hidalgo de Cisneros. Y, bueno, prefiero no ahondar más todavía en la opinión que dicho general me merece.

De nuevo la losa del silencio cargaba a muerte sobre el pecho. No obstante y aunque hubiera preguntado por nuestro futuro, puedo jurar por la salud del alma de mis antepasados, que el dolor se centraba en aquel hombre que nos había tratado con la máxima confianza y siempre pensando en el bien de España y de su Real Armada. Figueroa habló de nuevo, ahora en lo que parecía una definitiva despedida.

—Se ha hecho muy tarde, señores. Regresen a sus hogares y disfruten de la familia. Ya se abrirán los horizontes por donde se deba más pronto que tarde. Y pueden estar seguros de que les agradezco la ingente y extraordinaria labor que han desarrollado a mi lado. Siempre me encontrarán dispuesto a largarles el necesario cable de remolque, allá donde me encuentre.

Sin decir una palabra más, el ministro nos estrechó la mano con inesperada efusividad. Por fin, abandonamos el gabinete de don José Vázquez de Figueroa. Y tanto Beto como yo sufríamos la misma impresión de quien se despide de una persona querida, que va a ser ajusticiada por el verdugo en las próximas horas. Todo estaba hablado y decidido. Tanto así que, en el trayecto de regreso a nuestro hogar, no cruzamos una sola palabra. Pero por todos los dioses negros y blancos que por la mar se mueven, que no era necesario. Porque la rumazón más negra y comprometida se dejaba sentir muy a fondo, sin siquiera abrir uno de los ojos.

16. Consecuencias en cadena

He comentado en estos mismos cuadernillos, que desde la visita girada a la Corte por el capitán general del Departamento Marítimo de Cádiz, la vida se había acelerado a nuestro alrededor como veleta bajo viento duro. Pero es bien sabido que la mar y la vida corren derrotas paralelas. De tal forma, en la Armada toda situación es susceptible de acaparar vientos en alza, aunque se haya estimado que los soplos alcanzaban el límite más alto de la escala nombrada en los tratados. Y por las zorronas más desvergonzadas del puerto de Porstmouth, que los días siguientes a la entrevista mantenida por el ministro con Su Majestad don Fernando, nuestras vidas comenzaron a saltar sobre las olas ampolladas en blanco como corbeta desbocada en capeo cerrado de amura.

En la mañana del siguiente día, como si presintiera que el chubasco acabaría por desfogar en cuartas a la amanecida, me presenté con Beto en el ministerio a primera hora. Escuchaba en mis intestinos la voz del duende con tal claridad, que pocas dudas me restaban en la sesera sobre el temporal que viviríamos en escaso tiempo. Pero si pensaba que ese margen nos concedería alguna jornada de posible reflexión y debido análisis, marraba el gatillazo al compás. Cuando ya los relojes marcaban las diez de la mañana, nos extrañó que don José Vázquez de Figueroa todavía no hubiera hecho acto de presencia en su gabinete. Y como se trataba de hombre con severa inclinación a la más pulcra puntualidad, comencé a pensar en algunas posibilidades de colores cerrados.

Charlaba con Beto en mi sala de trabajo, repasando una y otra vez la conversación mantenida con nuestro jefe en las últimas horas de la tarde anterior, que tan amargo regusto marcara en tripas, cuando un ordenanza de llave y cinta me hizo llegar un pliego cerrado al pergamino, sin explicación añadida. Una luz lejana se iluminó cuando tomé el papel entre las manos, como si en aquellas líneas se encerrara la peor de las andanadas posibles.

Bien es cierto que jugaba con evidente ventaja. Porque en el doblez de esquina se podía leer mi nombre y, más importante todavía, reconocí con claridad la letra del ministro Figueroa, aunque la hubiera marcado con escasa tinta y visible apresuramiento. Miré a Beto con aires de fundado temor antes de descalzar el lacre con manos temblorosas, como si descara compartir con él la tensión que vivía en aquellos momentos.

—Un recado del ministro, escrito de su propia mano y, según parece, con cierta premura —acariciaba el pliego sin valor para apartar los velos, lo que propició la inquietud de mi cuñado.

—Vamos, Santiago, ábrelo de una putañera vez. No retrases más la andanada. Para mí que nada bueno deben amparar esas líneas.

—¡Joder, Beto! Para ti, para mí y para los demonios del infierno. Bueno, también puede haber recaído en sus problemas del pecho y nos comunica la necesidad de guardar reposo.

Ante el rostro de evidente escepticismo e impaciencia de mi cuñado, acabé de arrancar el lacre y abrir los pliegues, mientras el papel cobraba la vida propia que mis manos le ofrecían. Aquella estampa se aparejaba con más exactitud a la del joven enamorado que recibe noticias de la enamorada. Y como si diera lectura a los deseos últimos de un enfermo que testa en sus momentos finales de vida, pronuncié en alto aquellas palabras que nos marcaron a fuego.

Estimado general Leñanza: Tan sólo deseo pedirle un importante favor con estas letras apresuradas, porque dispongo de escasos minutos en el doloroso trance que atravieso. Ya sabe que toda mi familia queda compuesta por mi pequeña hija de dos años, razón por la que acudo a su persona, a quien tengo por pundonoroso oficial de la Armada y honrado caballero, y en quien confío a carga cerrada.

Cuando hace pocas horas, recién cruzada la medianoche, dormía con cierto desasosiego, fui despertado con repentino sobresalto. Mi viejo criado Fernando, que trabaja a mi lado desde hace muchos años, me ofrecía urgente aviso de que un oficial de Caballería requería mi inmediata presencia. Aunque siempre he defendido que debemos mostrarnos con dignidad en todo lugar y momento, bajé al recibidor con la camisa de dormir y el viejo casacón de mar, que tomé al paso, largado sobre los hombros. En efecto, me encontré de frente con un joven teniente de Caballería que, visiblemente turbado y con

los nervios en recorrida por todo el cuerpo, debía tragar saliva vanas veces antes de pasar a leer un oficio que portaba en sus temblorosas manos. Tras ponerse educadamente a mis órdenes como general de la Armada y ministro del Ramo, dio lectura a la orden firmada por el general don Francisco de Eguía. En ella se me comunicaba que, por orden de Su Majestad el Rey, quedaba exonerado del cargo de ministro de Marina y debía salir inmediatamente hacia la villa de Santiago de Compostela en calidad de desterrado. Tan sólo se me prevenía en añadido de que no dejara en la Corte a ningún miembro de mi familia, como si dispusiera de padres, hijos, hermanos y alargada cohorte.

Ante mi asombro y al tiempo que solicitaba al teniente, en impropio balbuceo algún tiempo para preparar baúles y todo lo necesario, me comunicó que las estrictas órdenes recibidas indicaban que disponía de tres horas solamente para abandonar la Corte. Por tal razón y a la mayor velocidad, ayudado por mi criado, vertimos la ropa mínima indispensable en un baulillo de camarote, tras hacer liar los colchones en las cortinas de mis balcones. No disponía de tiempo para otros quehaceres, salvo arropar entre los brazos a mi querida hija, que todavía se movía entre dulces sueños.

Por Dios bendito, Leñanza, que jamás olvidaré estos terribles momentos, principalmente el sentimiento de vergüenza que me invade, al ser tratado como el pillo o truhán más despreciable. El teniente me ha comunicado que seré escoltado en todo momento por un pelotón de Caballería, no sé ciertamente si como preso o libre, hasta arribar a esa bella ciudad gallega que tan mal se acomoda a mis males personales del pecho, por tratarse de zona húmeda y lluviosa. De esta forma, abandono mi casa a la rápida, dejando al único cargo de una vieja ama mis papeles, mis libros, mis intereses y todo cuanto poseo, tras muchos años de honesto y leal servicio. ¡Qué multitud de vejaciones! ¡Qué monstruosa degradación en un solo instante! No creo que nunca pueda comprender la humillación que me consume en estos momentos, increpado como un vulgar canalla e incapaz de comprender el delito de

lesa majestad que ha podido provocar tal actuación de nuestro Señor don Fernando contra mi persona.

Mi ruego se centra, general Leñanza, en que se haga cargo de los intereses que restan en desorden por mi posada. Con auxilio del ama Francisca, persona de toda confianza, ponga a buen recaudo lo que considere de oportuno valor, tanto material como personal. Confío plenamente en vos y ya le haré llegar noticias de mi asentamiento final.

La verdad, querido amigo y compañero, que no sé si volveremos a vernos, Porque, en estos momentos, deseo fervientemente pasar con rapidez al otro mundo, y solamente la visión de mi pobre hija y su posible soledad me hacen tomar fuerzas para continuar en esta triste brecha. Le quedo muy agradecido de antemano, al tiempo que le deseo toda clase de venturas en su vida familiar y profesional.

José Vázquez de Figueroa

Si en los últimos párrafos, quien fuera ministro de Marina hasta aquellos momentos apresuraba todavía más la escritura y el pico mojaba la tinta con evidente escasez, la firma quedaba casi irreconocible. Pero no necesitaba más pruebas, porque habría reconocido aquella letra en el fin del mundo.

Una vez acabada de leer la triste misiva, quedé con el pliego abierto entre mis manos y los pensamientos perdidos en el más allá. También Beto comulgaba de la misma sensación, porque abría y cerraba la boca sin ser capaz de emitir una sola palabra. Dejamos pasar los segundos, como si necesitáramos del silencio para digerir aquella terrible noticia. Por fin, escuché las palabras de mi cuñado, emitidas en susurro.

—¡Por la Santa Patrona, que debe cuidar de sus hijos de la Real Armada! ¡Qué vergüenza sin límites! ¡Es de todo punto inadmisibile! Cómo se puede servir con lealtad a quien de esta forma se conduce. Su Majestad no sólo humilla a un leal servidor, sino a toda una Institución. Destierra a un fiel subordinado por el simple hecho de mostrar la verdad desnuda ante él. Ni una mínima consideración a su estado de salud, años de servido y todo aquello que conforma la bolsa de una vida dedicada a un ideal. ¡No merecemos servir a un Señor que de tal forma nos ofende!

—Baja la voz, Beto.

—¡No puedo ni quiero bajar la voz, por los huevos del Sultán Majarino!
—Beto se excitaba por momentos—. ¡Que todos se enteren de la verdad y se

avergüencen de servir a un Señor que se comporta con tales moldes, como lo hago yo en estos momentos!

—Estoy de acuerdo en todo lo que dices y, posiblemente, un poco más allá. Pero debemos ser discretos. Sin embargo, te aseguro que no puedo aceptar esta situación —mis pensamientos cabalgaban a mayor velocidad que mis propias palabras—. Creo que la actuación de Su Majestad rebosa las pipas sin remedio. No es bueno tomar medidas cuando la sangre hierve en racimo, pero es difícil someterse.

—¿Que quieres decir? —Beto había bajado de escala y me miraba ahora con cierto temor, como si intercambiáramos los papeles de continuo.

—Sencillamente, que no puedo servir con lealtad en estas condiciones. No se puede admitir que una Autoridad, aunque sea delegada gracia de Dios Nuestro Señor, actúe con tal arbitrariedad. ¿Recuerdas cuando hablábamos de recibir a Su Majestad con los brazos abiertos, pero con una sagrada Constitución en la mano que limitara sus poderes? Pues aquí aparece al golpe y a la vista la cacareada necesidad. Todo este contubernio y sucio manejo sobre la adquisición de los buques rusos, que sólo a dos o tres cabezas, aunque alguna sea coronada, se deben, no lo han de pagar fieles servidores. Debemos comunicar de inmediato al Almirantazgo...

—¡No digas estupideces, por favor! —Beto mostraba su indignación a las claras—. Nada hemos de comunicar porque en la Gaceta de hoy aparecerá la exoneración del ministro con el necesario detalle. Y todos supondrán las verdaderas causas sin errar una letra. Además, ninguna medida tomará el Almirantazgo, ni quien asuma el puesto de ministro de Marina en escasas horas. Ningún general intentará solucionar este despropósito nacional a la brava y lo sabes muy bien.

—Soy general de la Armada, Beto, y no estoy de acuerdo con tus palabras.

—Eres un general excepcionalmente joven, Santiago, independiente y con ánimo de servicio. Pero te concedo que habrá algunos más con tus ideas y espíritu, no lo dudo. No obstante, se trata de unas pocas excepciones y casi todas ellas centradas en la Real Armada. Buenos generales, de ideas liberales, que se encuentran apresados o en situación de destierro. Pero los que parten la carne blanda en la puchera hoy en día son los generales del Ejército, amigo mío.

—En ese caso, ¿qué vamos a hacer? No pienso seguir en esta...

—¿Quieres acabar como don Cayetano Valdés, apresado en un castillo? Solamente se nos abren dos caminos a la vista. O pedimos el inmediato pase a

la situación de cuartel, para lo que deberemos esperar el nuevo nombramiento de ministro, o nos unimos a esos grupos secretos de jóvenes oficiales que intentan convencer a la nación de la urgente necesidad de que don Fernando jure la Constitución.

—Todo eso es fácil decirlo y discutirlo al calor de una frasca de vino. Después, a la luz del sol, se complica la maniobra hasta el infinito. Sin embargo, se impone tomar alguna acción. No podemos continuar en esta situación que no ampara ni el honor propio.

—Aunque siempre me haya mostrado como de sangre más caliente que tú, debemos obrar con serenidad y suficiente inteligencia. En primer lugar, debemos esperar...

—En primer lugar debemos asegurar la posada de don José Vázquez de Figueroa. Vayamos para allá con dos o tres criados de nuestra casa. Como la vivienda es de su propiedad, la dejaremos bien apostada con el ama y algún servidor más si es necesario. Ordenaremos sus papeles personales, a los que tanta importancia ofrece, así como todo lo que de valor material aparezca.

—Desde luego. Pero, al mismo tiempo, como el ministro fue exonerado anoche, tal disposición aparecerá en la Gaceta de hoy de forma obligatoria. La decisión se encontraría prevista de antemano. Y en el Real decreto aparecerá de forma obligada el sustituto, aunque sea de forma interina. Deberemos presentarnos a él y solicitar el inmediato pase a situación de cuartel, por desempeñar un cargo de confianza de persona exonerada. Y después, una vez en libertad, podemos movernos por los círculos..., por esos círculos a los que te referías, si lo estimamos conveniente. Pero debemos pensarlo bien. Porque será peligroso no solamente para nosotros, sino para nuestras familias.

Las palabras de Beto me dejaron en un socavón mental. Con rapidez recordé los argumentos de don Antonio de Escaño, cuando nos aseguraba que debíamos asumir los riesgos familiares solamente cuando viéramos la posibilidad de la luz al final del túnel.

—Bueno, Beto, encaremos cada problema llegado el momento. Comencemos por la posada de nuestro antiguo jefe. Luego, a mediodía, leeremos la Gaceta que puede abrirnos algún camino.

Sin esperar un segundo más y como movidos por un resorte mecánico, nos lanzamos a la faena. Y aquella necesidad de acción se mostraba benéfica para la tranquilidad de nuestras almas. Sin embargo, las palabras del recado recibido no se apartaban una pulgada de mi cerebro. Me hacían padecer un profundo sentimiento de vergüenza, que ahondaba más y más conforme las repetía de forma insistente.

El mare mágnum de noticias se multiplicó sí cabe en los próximos días, hasta que la santabárbara decidió reventar. Tal y como esperábamos, en la Gaceta de aquel 16 de septiembre de 1818, apareció lo que fue entendido en la Corte como un terremoto político. Porque no sólo aparecía la exoneración del ministro Figueroa, sino también la de los ministros de Estado, García de León, y de Hacienda, Martín de Garay. Una clara e inteligente previsión de nuestro anterior jefe. De los siete ministros que componían el Gobierno de Su Majestad Católica, Estado, Gobernación de la Península, Gobernación de Ultramar, Guerra, Gracia y justicia, Marina y Hacienda, tres saltaban al tiro. Y por casualidad se trataba, precisamente, de aquellos que debían de haber conocido y tratado de forma preceptiva sobre la adquisición de los buques rusos. En cuanto al que más nos interesaba, no nos sorprendió la noticia del suceso porque, como sabiamente nos había alertado Figueroa, entraba la persona esperada. El Real Decreto decía lo siguiente:

He venido a exonerar a don José Vázquez de Figueroa del cargo de secretario de Marina, y nombro para que le sirva en propiedad al teniente general don Baltasar Hidalgo de Cisneros. Y hasta su presentación en esta Corte desempeñaréis Vos interinamente dicho ministerio... Palacio, 14 de septiembre de 1818. A don Francisco de Eguía.

Aunque solicitamos de inmediato audiencia con don Francisco de Eguía, se nos contestó con la misma celeridad que debíamos esperar a que se tranquilizara la situación y se establecieran las prioridades en el ministerio. Y aunque echaba humo por las orejas contra el maldito Coletilla, que mucho tenía que ver en el desafuero producido, esperamos una semana sin acudir al ministerio.

Pero no restaban ahí las sorpresas en racimo que les mencionaba. Pocos días después, como si don Fernando quisiera continuar una especial venganza contra la depauperada Armada, se publicó un Real Decreto también inesperado e injusto. Estimando Su Majestad que las disposiciones del Almirantazgo en el particular de los navíos rusos no se acomodaban a sus deseos, quedaba disuelto y extinguido el Cuerpo, siendo desterrado el general decano, don Juan María de Villavicencio. Y si tal noticia nos dejaba anonadados, más indignación supuso que dos de los oficiales nombrados como comandantes de los navíos rusos, el brigadier don Francisco de Beránger y el capitán de navío don Roque Guruceta, por haber solicitado de forma respetuosa que fueran reconocidos de urgencia los fondos de los buques bajo su mando, se les diera de baja en las listas de la Armada. Y debemos recordar que Beránger mandaba la fragata Soledad en el viaje de

venida de la Reina desde Brasil, por el que había sido efusivamente felicitado por Su Majestad, además de acabar de prestar distinguidos servicios en América en señalada acción de guerra. Se trataba, sin duda, de uno de los decretos más injustos, arbitrarios y oprobiosos que había sufrido la Real Armada a lo largo de su historia.

Al tiempo que esperábamos ser llamados al ministerio por el general Eguía o el nuevo ministro en propiedad, tuvimos conocimiento de que el zar Alejandro I había entregado tres fragatas, que se daban a la vela en San Petersburgo con dirección a Cádiz, para completar la escuadra cedida a Su Majestad Católica. Como es de suponer, los rumores apuntaban a que, enterado el Emperador ruso de la situación creada con el estado de los barcos, amplió por fuera del convenio la entrega de tres fragatas más que recibieron los nombres de Ligera, de 44 cañones, Pronta y Veloz de 36. No obstante, puedo adelantarles que mostraban las mismas cualidades operativas de sus compañeras, aparejadas para poner en grave compromiso la vida de los que las dotaron.

Mientras tanto, el convoy hacia las aguas de Chile había partido, bajo la protección del único buque ruso aprovechado hasta el momento, la fragata Reina María Isabel, tras siete meses de permanencia de la escuadra en el puerto gaditano. Por su parte, el navío *Alejandro I* se acababa de preparar para llevar a cabo navegación con guardiamarinas y la ordenada comisión a Barcelona, para rendir el solicitado servicio a la Real Persona de la Serenísimas Señora Infanta Doña Luisa Carlota. El navío Fernando VII se mantenía en espera del crédito de un millón de reales para ser carenado, mientras la fragata Astrolabio necesitaba 200.000 reales para rematar su reconocimiento y habilitación. El resto de buques procedentes de las heladas aguas rusas del mar Báltico dormía el sueño de los justos. Sus cascos flotaban sobre las aguas del puerto de Cádiz. Y, como muchos aseguraban, no se creía que hubieran sido comprados para convertirse en esqueletos de madera, pudriéndose todavía más al sol y la lluvia del húmedo clima gaditano.

Aunque sea para confirmar la regla en su única excepción, también recibí una agradable sorpresa por aquellos días. Y bien que lo necesitaba, como maná caído del cielo. Tras varios meses sin noticias, me alcanzó un sentido y orgulloso recado de mi hijo Pecas. El joven guardiamarina acababa de embarcar en el navío *Alejandro I* en periodo de prácticas. Y digo que me alegró por recibir noticias de su persona, entusiasmado de haber embarcado en lo que consideraba como un mastodonte de los mares, aunque se tratara de unas tablas cuya simple visión en el cerebro me afligían profundamente. Pero

es comprensible que a esa edad la sangre, todavía licuada en exceso por la inexperiencia y la inocencia, se mueva a golpe de sentimientos de gloria.

Dos semanas después de la exoneración y destierro del ministro Figueroa, y ante la ausencia en la Corte del general Hidalgo de Cisneros, tuvimos conocimiento de que se mantendría al frente de los asuntos de la Marina durante tiempo indeterminado el general del Ejército don Francisco de Eguía. Por tal razón se nos comunicó que resolviéramos nuestros asuntos con quien había sido nombrado como Subsecretario del ministerio, el brigadier de Marina don Juan Alonso Espino que, en la práctica, quedaba como cabeza visible del Ramo.

Sin dudarle un segundo y tras vestir uniforme grande, Beto y yo acudimos con decisión para hablar con el nombrado como segundo secretario o, como se comenzaba a titular de forma oficial, subsecretario del ministerio de Marina. Aunque su ayudante, capitán de fragata Altozano, nos informó de que esa mañana el citado brigadier se encontraba con mucho trabajo y no le era posible celebrar entrevista alguna, lo conminé con energía a que le pasara una nota escrita de mi mano, en la que le solicitaba urgente e inaplazable recepción. Por fortuna, accedió el personaje, instalado en el despacho del segundo.

Si hasta el momento conocía al brigadier Alonso solamente de vista, nada me agradó el personaje tras las primeras palabras. Se trataba de un aragonés bajo y escuchimizado de formas, aderezado con abundante cabellera morena. Pero ya su rostro mostraba signos de escasa confianza, de esos cuyas palabras vuelan a popa sin dejar rastro alguno de sinceridad. Aunque me ofreció las mejores muestras de subordinación y afecto, un intento de amabilidad extrema con frases huecas, le entré el grano con rapidez.

—Solamente quería comunicarle, brigadier, que debido a la situación de destino en cargo de confianza personal de nuestro querido ministro Vázquez de Figueroa, es nuestra intención pasar a cuartel de inmediato.

—Bueno, señor general —Alonso movía sus manos sin descanso, pero no por motivos de nerviosismo, mientras ofrecía una sonrisa conejuna—, su prestigio personal hace que pueda rendir señalados servicios a la Armada. No ha de identificarse con la actitud de...

—Debe saber, brigadier —con palabras en tranca dura, me dirigía a él a propósito por su empleo y no por el cargo que ocupaba, aun sabiendo que mostraba mis cartas negras al primer envite—, que me identifico plenamente con todas las acciones y decisiones del ministro don José Vázquez de Figueroa, que han sido llevadas a cabo con extrema lealtad y siempre para el

mejor servicio de Su Majestad y su Real Armada. Y no le admito crítica alguna contra él en mi presencia.

—Por favor, señor general —parecía ligeramente achantado ante mi actitud—, que nada más lejos de mis deseos. Solamente intentaba comunicarle que puede prestar excelentes servicios y que sus informes sobre adquisición de buques en astilleros extranjeros han sido magníficos y de gran utilidad.

—Tan magníficos que no han sido tenidos en cuenta. Le supongo al día del verdadero estado que muestran los buques rusos llegados a Cádiz.

—Bueno, se trata de un tema más que discutido. Pero si es su deseo pasar a la situación de cuartel, se lo comunicaré al señor ministro.

—¿Al general Eguía? ¿Cuándo se incorporará a su puesto el general Hidalgo de Cisneros?

—Parece ser que todavía necesitará de algún tiempo. Es mucha la faena en Cádiz y no conviene dejarla de golpe, hasta que alguien pueda tomar su relevo con garantías. Mientras tanto, el general don Francisco de Eguía seguirá al frente de este ministerio.

—¿No se ha encontrado ningún general de Marina digno de tal cargo? Parece extraño, a no ser que el general Eguía se haya convertido en un declarado experto en buques y normativas de la Armada.

—No debería criticar a quien, en estos momentos, desempeña el cargo de ministro de Marina por orden de Su Majestad. Recuerde que es su superior jerárquico —por primera vez Alonso retiraba la careta y mostraba en rostro verdadero.

—En primer lugar, brigadier, le ruego que no omita la palabra, señor, cuando se dirija a mí. Y debe saber que no he criticado a nadie, a no ser que haya escuchado otras palabras a las realmente pronunciadas —el tono de mi voz escalaba al tranco—. No obstante, me reafirmo en que un general del Ejército no suele poseer la formación profesional necesaria para ejercer el cargo de ministro de Marina, salvo extraordinarias excepciones que no se dan en el caso. Se trata de una opinión compartida por todos nuestros compañeros, con escasísimas excepciones. Pero no deseo continuar hablando por estos caminos.

Espero que, a la mayor brevedad, nos envíen a nuestra residencia el pase a la situación de cuartel.

—Así se hará, si el ministro a bien lo tiene... señor general —expresó sus palabras en tono ligeramente irónico y con especial sonrisa añadida.

—Míre, brigadier Alonso, no le consiento que se dirija a mí con ese melifluo tono de voz, ni que muestre esa sonrisa parda en el rostro.

—Podría considerar sus palabras como un insulto, señor. No olvide que en estos momentos ocupo un cargo de superior jerarquía.

—¿Sabe una cosa, Alonso? ¡Me importa un rábano su jerarquía! —Me había lanzado ladera abajo y no pensaba chascar los frenos, aunque Beto me golpeará en el pie—. Y si estima mis palabras como un inmerecido insulto, ya sabe cuál es la solución para todo aquel que se considere un caballero.

—Le ruego que abandone este gabinete de forma inmediata.

—¿Cómo dice? —Me puse en pie, mientras emitía fuego por mis ojos—. Nadie me ha echado jamás de una estancia de la Armada desde que senté plaza en la Real Compañía, y no seréis el primero, brigadier Alonso. Abandono este gabinete que tan mal aroma me produce. Pero debe saber que lo hago porque así se me pide con fuerza desde las tripas bajas. ¿Lo comprende?

Afortunadamente, el brigadier Alonso achantó la badana en cuerdas y se mantuvo en silencio, aunque apretara sus manos con fuerza contra el borde de la mesa. Tras dirigirle una nueva mirada preñada de absoluto desprecio, me giré para abandonar el gabinete de aquel pelotero malparido, que no merecía las vueltas plateadas que adornaban su uniforme. Beto siguió mis aguas en silencio, sin haber pronunciado una sola palabra. Por fin, me abordó cuando salíamos del ministerio.

—Vaya por Dios, las sorpresas que se reciben en estos días. Eras tú quien me recomendaba prudencia —Beto reía, divertido—. Por la bicha conejera y sus putas crías. Has rozado lanzarle el guante a la cara.

—Te juro que lo deseaba. Nunca he soportado esos peloteros que cambian de manto, en cuanto salta el vagajillo. Seguro que hace pocas semanas sonreiría con efusión las palabras y decisiones de Figueroa. Y ahora intentaba criticarlo en mi presencia. ¡Bastardo de mierda! ¡Así se pudra en el infierno!

—Creo que te has echado un mal enemigo a la espalda. Bueno, también yo debo entrar en el saco.

—Poco me importa. Sé que mientras se jueguen los naipes en estas mesas, no volveré a ocupar destino alguno en la Armada. Además, para quedar bajo el manto de Coletilla o el general Hidalgo de Cisneros, prefiero permanecer al calor del hogar.

—Yo también. Bueno, debo ser sincero y reconocer que esperaba el favor del ministro Figueroa. Llegado el momento, pensaba pedirle que me concediera el mando de una de esas fragatas rusas.

—Ya lo presentía y creo que lo habrías conseguido. Pero de nuevo te han rodado los dados a la contra. Bueno, si te tocaba una de las rusas y solicitabas revisión de fondos, ya sabes lo que te sucedería.

—No sé a dónde vamos a llegar, Santiago. El comandante de un navío solicita revisión de los fondos de su buque al comprobar una excesiva entrada de agua, que obliga al continuo uso de las bombas, y no sólo le quitan el mando sino que... ¡lo expulsan de la Armada! No podemos consentir una situación así.

—Deben ser ciertos los rumores que corren, por difíciles que sean de creer. Aseguran que los nombrados para mandar los navíos rusos, alegan encontrarse enfermos u otras excusas a la mano, para no tomar esos mandos. Mucho trabajo debe de tener el eximio don Baltasar Hidalgo de Cisneros en Cádiz. Si le restara una onza de honor, debería haber puesto su cargo en manos de su Majestad, cuando le obligaron a firmar el cese en la Armada de esos dos magníficos oficiales.

—Pobre Armada. Si algunos de nuestros antepasados levantara la cabeza en la tumba y...

—Acabaría desterrado y expulsado. Pero no digas solamente pobre Armada, sino pobre España. Qué mezquinos intereses han de presentar algunos, para mantener la confianza en Su Majestad y aplaudir sus aberrantes acciones. Anoche soñé que don Fernando el Séptimo juraba la Constitución.

—En ese caso, debes andar mal de la galleta y acudir al cirujano experto en dementes.

—Es posible. Bueno, si no es su Real deseo, se le podría obligar.

—¿Obligar a don Fernando a jurar la Constitución? Será con una carronada de fuste apuntada a su cabeza. Jamás lo hará.

—Jamás lo hará de forma voluntaria. Por esa razón te decía que será necesario obligarlo. Y me gustaría estar presente en tan magnífico acto.

—¿Quién le pondrá el cascabel? La policía de nuestro Señor actúa rápido y con efectividad.

—Al diablo con la policía política. Son muchas las asonadas que se producen sin preparar convenientemente. Alguna tomará el camino deseado.

—Dios te oiga.

Así nos movíamos en aquellos días, con la moral tan baja, que ya no éramos capaces de encontrarla bajo cubierta. Pero no había caminado el sendero de fuego más que en un principio, unas pocas varas solamente. Porque para mi desgracia, todavía no había reventado la santabárbara, aunque comenzaba a percibir el humo en sus inmediaciones.

17. Burbuja reventona

En el fondo de nuestras entrañas, aunque sea necesario hurgar bien adentro de la sesera con barrena de empernar, todos los seres humanos gozan o padecen de un exceso de confianza en diferente grado, aunque una bruma más o menos espesa intente ampararla fuera de luces. Este convencimiento se ajusta como guante de gamuza a la situación que vivía por aquellos agitados días. Porque, después de haber sido zarandeado de norte a sur en bandolas de fortuna y quebrantado con macheta de aferrar en mis más hondas convicciones profesionales, todavía el gallo pendejo que duerme más o menos profundo en nuestra alma elevaba la cresta con arrogante esperanza. Pero la suerte es mudadiza como cortesana engolfada en sedas, y las cartas no siempre muestran el siete.

Tras dos o tres jornadas mantenidos por fuera de toda actividad marinera, Beto y yo discutíamos todavía sobre el sexo de los ángeles y las posibilidades abiertas para enmendar el rumbo de una nave con la pala del timón cuajada en trizas. Para bien o para mal, las palabras y deseos no mueven montañas. Y en el caso que encaraba la Real Armada, no aparecía en el horizonte una solución posible a no ser que se mudara la proa de los dirigentes en dieciséis cuartas. Y cuando hablo de los dirigentes, entro en el campo entero del pastizal, desde el jefe del Ramo hasta el maestro mayor llamado don Fernando el Séptimo.

A bordo de los buques de la Real Armada, siempre ha sido llamada de máximo peligro y extendida prohibición encender tarros de luz cerca de la santabárbara. No obstante, la rutina y la confianza excesiva nos mueven en demasiadas ocasiones a obviar los más elementales preceptos de seguridad. Hasta el momento y desde que sentara plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas muchos años atrás, había servido con la máxima lealtad y dedicación a todos mis jefes, condiciones que, en el particular destino bajo las órdenes del ministro Figueroa, se multiplicaban a fondo. Porque es condición

natural que, conforme se avanza en cualquier escalafón de la vida, aumenten las responsabilidades, pero también los peligros adosados a ellas. Había sido fiel a don José Vázquez de Figueroa sin esconder una sola pezuña. Pero no era capaz de caer en la cuenta de que, en aquellos difíciles momentos que vivíamos, tales posturas de rendido honor pueden acabar con soplo cascarrón contra la jeta.

Un luminoso día de septiembre de aquel infausto año de 1818, que Dios guarde bien escondido entre sus cofres, Beto y yo tuvimos conocimiento de que se acababa de organizar una poderosa escuadra bajo las órdenes del brigadier don Francisco Mourelle. Se le concedía con vistas a un cercano futuro la importante misión de ofrecer la debida escolta y protección a la gran expedición que se preparaba hacia Buenos Aires y, de esta forma, operar en ese perdido escenario del Río de la Plata que tanto escocía. No tardamos mucho en analizar la noticia al detalle con la Gaceta en la mano.

—Va cuajada en relinga gruesa esa fuerza. En cuanto a número de unidades, bien parece la olvidada Encuadra del Mar Océano —entonaba Beto con media chanza—. Pero solamente en cuanto a su número, que quede bien claro. Sin embargo, me gustaría saber con exactitud cuántos de estos buques se encuentran verdaderamente listos para salir a la mar con una mínima seguridad en sus perchas.

—Imagino que pocos o muy pocos. Se ha mezclado en singular batiburrillo parte de los buques rusos, los adquiridos en Burdeos por el ingeniero Bouyón y alguna de nuestras más preciosas reliquias del siglo pasado. Pero no hemos de negar que el plan se sigue de acuerdo a lo establecido.

—¿A qué plan te refieres?

—En el mes de mayo pasado, salieron a la mar fragatas mercantes con poco más de dos mil soldados con destino a las costas del virreinato del Perú, protegidos por la fragata María Isabel. Deben navegar en estos momentos por el mar del Sur cerca de su destino, si no les ha aparecido algún entuerto de mar y cercas. Pero también el mes pasado, en convoy mercantil organizado en Cádiz, se embarcaron 400 hombres más del Ejército con destino a la guarnición de La Habana, en este caso en conserva^[55] de la fragata *Sabina* y del bergantín *Ligero*. Bien, ya solamente resta la gran expedición con más de veinte mil hombres hacia Buenos Aires, convoyados por esta poderosa escuadra, al menos en pliegos.

—Juro por el dios Neptuno que esa expresión de gran escuadra me llenaría de gozo si fuese verdad. Repasemos la lista, si no te importa. En

primer lugar, aparecen cuatro navíos de dos puentes. Como insignia el *Numancia*, uno de los rusos que espera conocer el monto total, para proceder a su habilitación. Pero a continuación tenemos los navíos *Fernando VII* y *España*, otros dos rusos que han de ser carenados a fondo antes de atacar la bocana en pruebas. En último lugar saca cabeza el viejo navío *Guerrero*, con más de sesenta años en sus tablas.

—Por esa razón era llamado cariñosamente como el abuelo de la escuadra. Un magnífico navío, que ha demostrado la tremenda importancia del uso de los diques de carenar en el mantenimiento de los buques.

—Por Dios Santo, Santiago. Pero si fue de las primeras unidades construidas bajo las directrices del gran sabio don Jorge Juan, con el marqués de la Ensenada en la Secretaría y don Fernando el Sexto en Palacio. Bueno, no sé cómo se encontrará de maderas en estos días, pero me parece difícil que haya sido mantenido en aceptables condiciones durante los últimos años. Pero sigamos con la lista de esa fantástica fuerza naval. A continuación, la escuadra de Mourelle cuenta con las fragatas *Mercurio*, *Sabina* y *Aretusa*. La vieja *Sabina* se mantiene con toda garantía, una de las mejores gacelas. También contemplo de garantía a la *Aretusa*, una de las adquiridas en Burdeos y recién construida. Como incógnita aparece la *Mercurio*, una fragata rusa que todavía debe pasar por el arsenal de La Carraca. El resto de la fuerza, con buques menores, es de mayor confianza, aunque algunos manejen los aparejos con alfileres.

—Entre esa lista de buques menores, aparecen tres bergantines.

—Dos de ellos del cupo de Burdeos.

—Y no te olvides de tu querido e inolvidable queche *Hiena*.

—Catalogado como bergantín desde que lo entregara en el arsenal de La Carraca. Escuché que se le ha cambiado el aparejo a vela redonda. Una verdadera lástima. Con su aparejo anterior, nadie era capaz de marcar la milla a su paso.

Bueno, debo reconocer que estos cuatro, así como la misma cantidad de bergantines-goleta, son unidades de cierta garantía, si se han mantenido bajo mínimos. Y para cerrar la lista, dos goletas mamporreras.

—Una escuadra muy digna de la misión encomendada y capaz de adueñarse del Río de la Plata en un abrir y cerrar de ojos. Sólo presenta una importante merma.

—¿Cuál?

—Joder, Beto, ¿no lo ves con claridad? Como adelantabas, se trata de una escuadra de jodido papel. De forma especial en cuanto a las unidades de

fuerza, que han de ejercer el dominio. Una escuadra muy buena y bonita para aparecer en la Gaceta de Madrid y ofrecerla como extraordinaria noticia a las legaciones extranjeras. Pero no existe en la práctica. Para operar en el Río de la Plata, los navíos serían la razón primera y principal. Pero no creo que ninguno de los cuatro nombrados se encuentre en condiciones de salir a la mar en bastantes meses. ¿Van a mantener a tantos miles de hombres del Ejército repartidos al desgaire por los pueblos andaluces, con penosos alojamientos de paja, epidemias al bulto, malas pucheras y moral a la baja mientras se alistan unos buques que todavía no disponen de los créditos concedidos para sus necesarias obras?

—No soy ciego. Pero no olvides que Mourelle es un jefe magnífico, como ya ha demostrado en repetidas ocasiones. Es capaz de echar adelante cualquier empresa. Y si recibe el apoyo de don Fernando para habilitar los navíos rusos, puede que llegue a...

—¡Baja del guindo, amigo mío! Nos aseguraron que, de momento, solamente se podría habilitar el navío *Alejandro I* que, para mi sorpresa, no aparece en esta lista de la escuadra. Pero tampoco lo hace el navío *San Telmo* o el *Asia*, que se encuentran listos para operar.

—No has leído la noticia a fondo, mastuerzo. Bastante antes de que se haga a la mar esta poderosa escuadra hacia Buenos Aires, saldrá la llamada como División del Mar del Sur bajo el mando del brigadier Rosendo Porlier, otro jefe magnífico, precisamente con insignia en el navío *San Telmo*. La división la completan el navío *Alejandro I* y dos fragatas de las rusas. El único problema es que si algunos comandantes de buque, Porlier como jefe de división o el propio Mourelle como responsable mayor, solicitan revisión de fondos, saldrán despedidos de la charca con la bombardita entre los pies.

—Pues estoy convencido de que Mourelle o Porlier lo pedirán si lo considera necesario, que no son de los que esconden la lengua. Y si me concedieran ese mando, lo solicitaría de inmediato. Si no se han perdido los principios, no es de mínima ley salir a la mar hacia Indias con las bombas de achique a pleno funcionamiento desde el primer día.

—Bueno, si consiguieran echar adelante esa empresa... Tres divisiones a la mar y una escuadra en preparación. No está mal.

—Bla, bla, bla. También tú parece que te dejas comer los higadillos por el duende veneciano, jamás veremos esa poderosa escuadra salir a la mar, puedes estar seguro. Y conste que mucho lo siento. Lo que no puedo comprender es que Francisco Mourelle se avenga a esta mascarada. Mucho me extraña.

—A no ser que le hayan prometido fuegos de Corte en varas y fondos sin medida. Me gustaría haber escuchado la conversación entre Mourelle y nuestro amigo el capitán general de Cádiz, nombrado ministro. Bueno, seamos positivos y esperemos que se apliquen los caudales necesarios con la deseada determinación. También se expone en la Gaceta de hoy, que el navío *Asia* acaba de entrar en Cádiz procedente de El Callao con casi dos millones de pesos en caudales.

—Y la fragata *Sabina*, precisamente, con otro medio millón de pesos desde La Habana.

—¡Joder! Pues que se apliquen esos caudales en alistar la escuadra.

—Y que los Santos Reyes Magos de Oriente acudan a la Pascua Militar en Palacio el año próximo con oro en cofres. Faltan muchísimos millones de pesos en una Real Hacienda arruinada. Don Fernando debe caudales a todas las naciones del mundo y a media España. Por otro lado, me apena pensar que tanto Mourelle como Porlier se jueguen el prestigio personal en esta empresa.

—No creo que a Rosendo Porlier, tras la extraordinaria campaña que hizo en Nueva España por tierra, lo expulsen de la Armada si entra en peticiones que no agraden a las cabezas rectoras.

—Estimo que don Fernando y los que le juegan la badana a su alrededor son capaces de cualquier tropelía, por inimaginable que sea.

—Es posible que tengas razón.

—¿Posible? Ya veremos.

Como pueden comprender, eran muchos los proyectos embastados entre dulces sueños, pero poca o nula la confianza que depositábamos en nuestras más altas Autoridades. Y si todavía restaba una onza de lealtad en mi pecho hacia los más puros valores, se difuminaron al golpe de maza cuando reventó la bombardita contra mis ojos. Debía de haberla previsto, pensado en ella al menos. Pero parecemos ciegos y sordos cuando los violines entran en tremolo deseado.

* * *

Caminaba el mes de noviembre hacia sus últimas jornadas, con los fríos anunciantes del invierno entrados con vientos de la sierra en la villa cortesana, cuando recibí un nuevo recado de mi hijo Pecas. Y como su alborozo profesional y patriótico alcanzaba las cotas más altas, me hizo padecer contrapuestos sentimientos que chocaban en mi alma con extraña comezón. Si, por un lado, me enorgullecía en arrobos al comprobar que la sangre de los

Leñanza y los Cisneros se mantenía bien amadrinada a la mar y a la Real Armada, la situación real en la que se movería aquel mozalbete, a quien quería sin medida, me entraba con soplos de estrago.

La razón principal de la alegría juvenil se centraba en que había sido escogido con otros tres guardiamarinas para embarcar como dotación en el navío *Alejandro I*, que en pocas semanas debería dar la vela hacia las Indias. Y ninguna tecla había pulsado por mi parte a su favor, que el jovenzuelo se mostraba muy serio en tales menesteres. Formaría parte de la división del mar del Sur con proa firme para montar el cabo de Hornos y pasar a esas aguas, que entraban a batir esperanzas de gozo en todo oficial de guerra.

Aquel mismo día en el que había leído varias veces la misiva del guardiamarina Francisco de Leñanza, y mientras mi sangre se cuajaba por alto de emoción, se produjo la penosa situación que jamás habría pensado atravesar en mi vida. Al menos, quiso el buen Dios que se tratara de una de aquellas noches en las que discutía con Beto sobre lo divino y lo humano, acostumbrados a trasnochar por largo con una frasca de aguardiente como bendita compañía. Habían marcado minutos atrás los carillones de los relojes las once de la noche, cuando entró en el saloncito mi criado Barbate. Aunque tras la cena ordenábamos al servicio rendir trabajos, el fiel gaviero de la pata de palo no cuadraba sueños hasta que me retiraba a la alcoba. Me alarmó su rostro, como si hubiera sufrido visión de ánimas en camposanto, y el tono temeroso en su voz.

—¡Señor! ¡Señor!

Aunque las ideas parecían aclararse en mi cerebro con suficiente adelanto, siempre estimamos como imposible que la rueda acabe por arrollar a los inocentes. Intenté mantener la calma.

—¿Qué sucede, Barbate? ¿Algún endemoniado se pasea por el jardín?

—Bien que lo preferiría, señor. Acaba de llegar una patrulla a caballo y un joven oficial exige de su inmediata presencia.

La escena narrada por el ministro Figueroa en su inolvidable recado se paseó con extrema claridad por mi cabeza. Pero bien sabe Dios que jamás el ser humano pierde la esperanza, aunque se empequeñezca al grumo. Tras las palabras de Barbate y al tiempo que Beto saltaba de su asiento, intenté calmar ánimos y roderas.

—¿Por quién preguntan? —Beto se adelantaba con el mentón afirmado en ristre.

—Por el jefe de escuadra de la Armada duque de Montefrío, señor.

—Mantengamos la debida calma, señores —intervine con una tranquilidad aparente, porque los duendes se movían en guerra de sangre mar adentro—. Barbate, haga pasar a ese oficial.

Mientras intentaba arreglar mi indumentaria con rapidez y el necesario decoro, escuchaba los pasos de tacón picado tan habituales en la milicia. Y pocos segundos después aparecía junto al dintel de la puerta un jovencísimo teniente de caballería con un pliego de cuarterón prendido en su mano derecha. Me adelanté hacia él con visible decisión, aunque ya conocía la letanía que se desgranaría a continuación.

—Soy el jefe de escuadra Santiago de Leñanza, duque de Montefrío. ¿Qué desea a estas horas tan intempestivas, teniente? ¿Acaso se ha declarado la guerra contra alguna nación?

—Siento importunarle a estas horas tan impropias de recibo, señor general —el joven tartamudeaba ligeramente, al tiempo que con su mano izquierda movía de forma nerviosa la empuñadura de su espadín—. Pero me veo obligado a obedecer las instrucciones recibidas y transmitirle que, por orden de Su Majestad, deberá abandonar la Corte de inmediato y pasar en situación de destierro hasta nueva orden a cualquier predio de su propiedad sito en el Reino de Murcia, que deberá especificar, pero siempre alejado a más de veinte leguas de la capital departamental de levante. La orden, firmada en Palacio esta misma tarde, ha sido dirigida al señor ministro de Marina, general don Francisco de Eguía, que lo previene como corresponde en consecuencia.

Se hizo el silencio más absoluto en el recogido saloncito de los relojes, una denominación que en aquellos momentos cobraba verdadero sentido. Porque estimo que jamás había escuchado con tal nitidez el movimiento de la maquinaria de aquellos instrumentos medidores de horas y minutos, un tiempo que parecía haberse detenido por decisión divina. No obstante y aunque les parezca difícil de creer, un sentimiento de absoluta lasitud invadía mi alma de norte a sur, hasta transportarme a un estado muy cercano al producido por la ingestión del láudano en suficiente cantidad. Estaba convencido de que nadie, y mucho menos el teniente, podría comprender mi tranquila reacción.

—En ese caso, teniente, le especifico que la única propiedad a disposición de mi Casa para cumplir la Real Orden es la hacienda denominada Santa Rosalía, cercana a la villa de Cehegín en el Reino de Murcia, que cumple con las imposiciones expuestas.

—Así lo comunicaré, señor general.

—Deseo exponerle otra cuestión importante, teniente. Aunque la orden especifique ese detalle de inmediatez, necesitaré un tiempo mínimo para preparar los bagajes necesarios.

—Se me especificó en orden tajante con extrema claridad, señor general —el estado de nerviosismo en el joven aumentaba de forma notable, al comprobar la energía y decisión en mi personal postura—, que le ofreciera una hora para tal menester.

—Comprendo que debe ejecutar las órdenes recibidas, teniente. Pero puede estar seguro de que no abandonaré este palacio hasta que los criados me hayan preparado el equipaje para tan largo viaje. A no ser, desde luego, que esté dispuesto a sacar a rastras de su posada a un jefe de escuadra de la Real Armada. Por supuesto, con auxilio de la tropa.

—Y a un capitán de navío que auxiliará en todo momento a su general.

Como esperaba de un momento a otro, Beto reventaba en traca con vozarrón de trueno. Y aprovechando el desconcierto creado, dirigía las órdenes necesarias a mi criado gaviero, que mantenía los ojos abiertos como platos y la boca enquistada de asombro.

—Barbate, avisa a Guanche y preparad mi equipaje con la mayor rapidez. Por supuesto, lo que consideres más imprescindible.

—Sí, señor —pareció dudar unos segundos antes de retirarse a obedecer la orden—. ¿Debo ofrecer aviso a las señoras?

—En absoluto. Que continúen durmiendo. Beto —me giré hacia mi cuñado—, prefiero no despedirme en persona, acción que me avergonzaría y les haría sufrir de forma innecesaria. Encárgate de comunicarles cuando despierten y de la forma que más...

—No te preocupes en ese sentido. Peto no debemos aceptar que se nos humille de esta forma. Sabes que me tienes para dar avante y apoyarte en todo lo que decidas. Cómo piensan que...

—Beto, por favor, no compliques más la situación. Después de todo, era de prever esta reacción. Cabezas más importantes han pasado por este trágala, como ahora se dice. Por cierto, teniente —volvía a dirigirme al oficial de caballería—, ¿le han especificado alguna norma para mi familia?

—Nada en ese sentido, señor.

—Todo un detalle. Bueno, Beto, ahora saldré con lo más indispensable en dirección hacia la hacienda de Santa Rosalía. Porque bien enterados se encuentran de nuestro patrimonio esos jenízaros, al desterrarme a un predio en el reino de Murcia, a suficiente distancia de Cartagena. Cuando despierte, dile a Beatriz que me haga llegar el resto de las pertenencias más necesarias.

Pero que no se le ocurra aparecer de momento por la hacienda. Ella y la pequeña María deben permanecer aquí en la Corte, con vosotros. Ya pensaremos en otras posibilidades más adelante.

—Podemos trasladarnos todos hacia allí.

—No tomes decisiones apresuradas. Por favor, esperad mis instrucciones.

—De acuerdo.

Aunque nadie puede encontrarse preparado de cuerpo y alma para atravesar una situación como la que abordaba en aquellos momentos, puedo jurar que se desarrolló con una pasmosa sencillez, como si se tratara del diario abandono del hogar para acudir al puesto de trabajo en el ministerio. Subí hacia los dormitorios y entré de puntillas en el de mi esposa, que dormía plácidamente como una niña feliz. La besé con ternura en la frente, admirándome una vez más de su belleza. Después acudí a la alcoba de mi hija María, que despertó ligeramente cuando la besé con fuerza. La arrullé como pude, con ese profundo amor que me hacía sentir al observar sus ojos. Y aunque no lo pensaba siquiera en aquellos momentos, mucho recordaría ese beso concedido a Beatriz con rendido amor, lo rememoraría en todas las formas y colores.

Tras una difícil despedida de Beto, que abordé a la rápida, abandoné el palacio de Montefrío en carruaje propio, escoltado por el teniente y un escaso piquete de caballería. En principio, me temí que debieran acompañarme hasta el lugar del destierro. Sin embargo, el teniente me confirmó que sus instrucciones se ceñían al necesario acompañamiento, hasta que abandonara la raya de la Corte. Unas instrucciones que se acoplaban de firme a las prerrogativas que disfrutábamos los miembros de la Grandeza.

Ya les comentaba que la mayor placidez se había instalado en mi pecho, y no exagero una mota con tal aseveración. De esta forma, dormí plácidamente mientras Barbate, con los nervios encastrados hasta en la pata de palo, mantenía una vigilia permanente. Sin embargo, algunos grillos desentonaban por largo en la canción. Partía hacia el destierro, una situación que debía sucederle solamente a otros, que había enjuiciado en ocasiones y que ahora caía en bolsa propia. Partía hacia el destierro, pero todavía no comprendía bien aquel significado.

Cumplía la primera semana de mi forzada estancia en la hacienda de Santa Rosalía, a tiro de piedra de la histórica villa de Cehegín, de donde nos proveíamos de los suministros necesarios, cuando comencé a sentir el peso del destierro y la obligada soledad bien dentro del alma. Aunque el común entienda tal situación como una pérdida, normalmente temporal, de la

confianza y cariño de Su Majestad para con alguno de sus súbditos, no debernos olvidar que se trata de la tercera de las penas correccionales, tras la prisión y el arresto mayor. Aunque moderada con el paso de los siglos, se mantenía prendido en el pensamiento que me encontraba sometido a una especie de extrañamiento, relegación y confinamiento, que limitaba al copo la libertad de movimientos, por muchas caballerías que conformaran esa hacienda a la que tanto cariño dispensábamos en la familia.

También por aquellos primeros días pensaba en la Constitución abolida por nuestro Señor en tan infausto día. Porque en ella se especificaba con claridad que el destierro debía imponerse de forma obligatoria por sentencia judicial. Pero al hallarse en suspenso todas las garantías que esa esperanzadora Regla Superior ofrecía a todo ciudadano español, quedaba la pena a libre disposición del arbitrario y absoluto Monarca. Me repetía una y otra vez aquella famosa frase del bailío Valdés, cuando esperaba recibir a su Señor don Fernando con los brazos abiertos y una Constitución que limitara sus poderes. ¡Limitar sus poderes! Ahí se encontraba, sin duda, el meollo de la cuestión. Y conforme pasaban los días, comprendía más y más aquellos movimientos de jóvenes jefes y oficiales, que suspiraban por el urgente retorno a la normalidad constitucional.

Regresé a la afición casi perdida del arte cinegético. Santa Rosalía era bien conocida por su prodigalidad en especies animales, que cumplen los más escondidos deseos de todo cazador. Acompañado por Barbate y el viejo guarda Andrés, abatimos un buen número de reses, así como perdices en cantidad, unas plumas que tanto degustaba en la mesa. Al mismo tiempo, esperaba noticias de la Corte. Pensaba en la posibilidad de que el resto de la familia se trasladara a mi lado, aunque dudara del beneficio moral para mi persona. Aunque parezca un absurdo más propio de la primera juventud, me avergonzaba de la situación que sufría, aunque se debiera a la mano arbitraria del Rey y, pocas varas detrás, a la del pelotero general Eguía que odiaba con todas mis fuerzas.

He repetido muchas veces que toda situación, por triste y desesperanzadora que la estimemos, puede cuajar a peores en cualquier momento. ¡Qué terrorífica verdad, Santo Dios, para los que deambulamos en este valle incierto! Porque si había recibido disparo de bombardas contra la cara y sufría sus consecuencias, todavía me esperaba una andanada de mil carroñadas a tocapanoles sin posible defensa. Y la pólvora estibada reventó al bulto una fría mañana de diciembre en la que, inquieto, todavía suspiraba por recibir en cualquier momento alguna nueva de la familia.

Cuando me avisaron de que Beto cabalgaba a batir cueros en demanda del Castillo de Santa Rosalía, como se denominaba al viejo palacete familiar cargado de historia, sentí una llamada de alarma en el pecho. Porque no era lógico que mi cuñado llegara de la Corte a lomos de un animal, en vez de aposentado en carruaje. A no ser, claro, que algún importante accidente lo hubiera obligado a ello. Paseé de forma nerviosa durante los alargados minutos de espera, hasta que Beto apareció junto a los parterres de flores. Y con el primer vistazo, al observar el penoso estado de hombre y animal, como mensajero de postas lanzado al fuego, comencé a pensar en negras, muy negras posibilidades. Corrí hasta él con el ánimo encogido y los nervios en batida.

—¿Llegas a caballo desde la Corte? ¿Cuántos caballos has reventado en cueros? ¿Qué sucede? ¿Alguna desgracia en la familia? ¿Ha muerto...?

—Por favor, Santiago —se le veía agotado de cuerpo y alma, a punto de derrumbarse sobre el piso—, pasemos al castillo y déjame respirar algunos minutos. No siento las manos ni los pies del frío que he sufrido. Necesito una chimenea viva, queso, pan y vino. En efecto, he batido caballos sin misericordia, pero debía llegar ante ti cuanto antes. Pero no pienses en muertes o graves enfermedades de personas queridas, aunque no sean buenas las noticias que ampare en el peto.

Nos dirigimos hacia la entrada y recorrimos algunas salas, hasta alcanzar el recogido salón que empleábamos en familia. Por fortuna, la chimenea crepitaba con fuerza, porque el frío se había instalado a batientes en la última semana. Beto se acercó tanto hacia el fuego, que temí que saliera arracimado en llamas en cualquier momento. Extendía sus manos anquilosadas, al tiempo que Barbate nos surtía de vino y comida. Pero mí sesera andaba llena de bultos negros y no admitía más espera.

—Por favor, Beto, habla de una vez. No me mantengas en esta penosa incertidumbre un segundo más. ¿Cómo anda todo en casa?

—La familia se mueve en salud y sin problemas. Bueno... —pareció dudar por primera vez—, problemas sí que aparecen. Y por todos los cristos crucificados, que te será difícil..., te será difícil creerlos.

—¡Por Dios, Beto! —Ahora gritaba sin freno—. ¿Qué ha sucedido?

Beto me miró a los ojos, como si sintiera una gran pena, un infinito padecimiento por mi persona, antes de exclamar sus primeras palabras.

—Verás, Santiago —dirigió la vista hacia el suelo—. Beatriz, tu esposa, no..., no vive ya en el palacio de Montefrío.

—¿Cómo dices! No comprendo nada. ¿Beatriz no vive con vosotros en el palacio? ¿Acaso ha saltado alguna grave discusión con...?

—Nada de eso. Todo sucedió con extrema rapidez, de la noche al día y sin aviso previo, aunque muy calculado y medido. Beatriz ha tomado posada en la villa de Madrid, una posada muy noble, por cierto. Intenté hablar con ella de forma repetida, pero se niega en redondo. No te puedes figurar lo que... — Beto se dejó caer por fin sobre el sillón más cercano al fuego, al tiempo que ocultaba el rostro entre sus manos—. Bueno, será mejor que leas lo que ella misma te escribe. Me lo entregó la doncella personal de su parte, para que se te entregara a la mayor brevedad. Es posible que en esos pliegos se encuentren algunas respuestas a tantas preguntas.

Beto introdujo la mano en el casacón de cabalgada, para extraer un buen número de pliegos enrollados al tambor de pergamino. Extendió su mano hacia mí con un ligero temblor. Por mi cabeza circulaban mil preguntas sin respuesta porque, en verdad, que todavía no comprendía nada. Como un pelele que sigue la orden de la mano oculta, tomé aquellos pliegos, amarrados con un balduque central de color rojo. Comencé a desliar el nudo, lo que me costó alargados segundos. Por fin, desenrollé el tambor para esparcir un elevado número de pliegos en los que reconocí la letra picuda y arrastrada de Beatriz. Los encuadré en orden, al tiempo que también yo tomaba asiento.

No necesité mucho tiempo para entrever entre brumas la espantosa realidad. Porque al leer la simple entrada de la misiva, tan sólo la primera línea, comenzó a derrumbarse mi vida en estrépito como un castillo de naipes. El dolor aumentaba paso a paso, hasta superar límites jamás conocidos. Pero así es la vida, se merezca o no.

18. La verdad de Beatriz

Me llamó la atención de inicio, que la carta de Beatriz no expusiera encabezamiento alguno. Porque su epístola, tan generosa en número de pliegos, comenzaba con una extraña e inesperada exclamación personal, sin especificar fecha, situación y ni siquiera la persona a la que se dirigía. Bien es cierto que este último dato quedaba aclarado con extrema y penosa rapidez. Pero mejor será que la transcriba al completo, para los que algún día puedan leer estos cuadernillos. Así no les cabrá duda alguna de la real situación en la que me encontraba. Desde entonces, llamé al voluminoso recado como la verdad de Beatriz.

¡Por fin el Dios generoso hace justicia en la tierra! ¡Ha necesitado muchos años, pero acabó por ejercer de su magnánima equidad! Y declaro bien alto, que ahora soy tremendamente feliz una privilegiada sensación que no he disfrutado en mis veinte años de vida. Ha llegado el momento de la verdad, de que los Leñanza paguen el necesario tributo por sus muchos pecados. Pero que penen por ellos en el mundo de los vivos, sin necesidad de esperar a que se les requiera por el Altísimo entre los fuegos del infierno. Voy a moverme por estos pliegos con entera sinceridad, una actitud que he debido enmascarar durante demasiado tiempo, especialmente en los dos últimos años. Y para comentar con la mayor y primera verdad, aseguraré con extremo fervor que te odio, Santiago de Leñanza, te odio con toda la fuerza, que soy capaz de poseer. Supongo que te extrañará leer esta categórica frase y me alegro de pensar en ello. En efecto, tu querida esposa Beatriz te odia tanto, que sería capaz de morir para que sufieras en grado mínimo. Se trata de un odio preñado de rencor,

malquerencia y aborrecimiento sin límite. Y esta aversión no queda ceñida solamente a tu persona, sino que se extiende a todos los de tu sangre, pasados y venideros. Os maldigo con todas las fuerzas de mi alma y espero que esa aborrecible saga familiar acabe bañada en sangre, podrida y sin descendencia.

Os he odiado tanto y durante tantos años, que no recuerdo un sentimiento amparado con tal fuerza en mi pecho. Os odio a carreta llena y por largo, desde que tengo uso de razón. Y si un espíritu me ha mantenido con fuerza en los años que llevo de vida, ha sido el pensamiento de la dulce venganza, una maravillosa meta que veía como placer alejado y, a veces, de imposible alcance. Pero el buen Dios lo hizo posible y aquí estoy para reivindicar mi orgullo y ejercerlo con mano de hierro al rojo.

Como algún miembro de tu degenerada familia acabará por leer estos pliegos, haré un pequeño resumen de mi vida. Que conozcan la auténtica verdad. Nací en Monterey, hija de aquella inolvidable mujer llamada Beatriz de Lastra y Sotomayor, víctima propiciatoria de esta penosa historia. Mi abuelo, Hugo de Lastra y Moncada, era nieto de uno de los primeros colonizadores establecidos en las tierras californianas y señor de esa ejemplar hacienda envidiada por tantos, llamada San Luis. Allí me crié y disfruté durante muchos años. Su única hija, la infortunada Beatriz de arrebatadora belleza, casó con un capitán de la Compañía Fija Veterana de Infantería establecida en Monterey. Un feliz matrimonio al que nada faltaba y que se exhibía como ejemplo de amor verdadero. Sin embargo, todo ese castillo de felicidad sin límites se rompió en mil pedazos, como muralla bombardeada con saña, cuando al cercano puerto de San Blas, cabecera del departamento marítimo del mismo nombre, llegó el teniente de navío Francisco de Leñanza y Martínez de los Cobos, conde de Tarfí. Se trataba del primer Leñanza que comencé a odiar sin conocerlo.

Todo me lo narró mi madre cuando cumplí los diez años. Ya se encontraba bastante enferma y mucho lloré al escuchar su desgarradora historia, que ella misma remataba en espeso llanto. Francisco de Leñanza sedujo a mi madre de forma vil e

indigna, más propia de bribón rastrero que de noble caballero español. Aprovechó la ausencia del esposo, que se encontraba en misión de pacificación de indios en la corrida hacia el norte, cuando se intentaba colonizar lo que acabó siendo la ciudad de San Francisco. Debo reconocer que mi madre perdió la cabeza y el sentido más elemental, al escuchar los cantos de sirena que el noble español lanzaba en los oídos de la bella criolla. Pero nada decía Leñanza de que se encontrara felizmente casado y con hijos. Para ese bellaco solamente contaba disfrutar de aquel delicioso cuerpo, que se le entregó de lleno con la razón perdida.

Francisco de Leñanza regresó a España sin dejar una seda nota o última palabra a la mujer que declaraba amar. Clásica escapada de tunante buhonero. Mi madre anduvo cerca de rematar su corta vida con la mente nublada de dolor. Todo se produjo en escasas semanas. Al tiempo que perdía a su padre y a su esposo en acción de armas, quedaba abandonada y olvidada por el noble español, ladrón de calzas largas sin el menor rastro de caballeridad.

Aunque, sea difícil de creer, mi madre todavía creía que Francisco de Leñanza la amaba. Que debía de haber salido para España por inminente orden, sin tiempo para una última despedida. El verdadero amor ciega a las más preclaras mentes. Aunque el Gobernador de Monterey, buen amigo de la familia, intentara explicarle lo que entendía como auténtica verdad, no aceptaba razón alguna. De esta forma, partió para España en busca de su amor. Y como mujer valiente que era, llegó a la Corte, donde encontró de nuevo a su apasionado caballero. Por casualidades de la vida, Leñanza había enviudado y pudo mantener a mi madre en la mentira. Pero deseoso de escapar de aquella inoportuna criolla que lo atosigaba en exceso, urdió una indigna maniobra con su cuñado, Santiago de Cisneros. Llegaron al punto de amenazarla con pena de prisión si no abandonaba España con rapidez, acusándola de público adulterio. ¡Querían expulsarla de la Corte hacia Nueva España, como si se tratara de la más perdida ramera! Hasta ese punto llegó la maldad de esa noble familia.

Las amenazas alcanzaron tal punto de gravedad y peligro para la integridad física de mi madre, que la pobre no tuvo más remedio que aceptar las tiránicas condiciones a las que le obligó el cuñado del maligno, entonces duque de Montefrío. Porque Leñanza ni siquiera tuvo el valor de afrontar el problema de cara y delegó en el hermano de su extinta mujer para que lo desembarazara del molesto problema. Un problema que se llamaba Beatriz, de Lastra y Sotomayor, una inmunda criolla a la que se debía obligar a regresar a las Indias.

Mi madre retornó a su hacienda en Monterey. Tras unos meses en los que cerca estuvo de morir, posiblemente de desamor, fue consolada por un primo, con quien matrimonió al año siguiente. De esa unión nació, aunque mi padre también muriera muy joven y apenas queden borrosas figuras de su persona en mis recuerdos. De esta forma, mi madre y yo nos convertimos en un alma con dos cuerpos. La adoraba como solamente se puede adorar a una madre con el sufrimiento bien pegado a la costra de la piel. La tarde que me expuso la historia de las desventuras sufridas con la familia Leñanza al mínimo detalle, me juré venganza con esa fuerza que ofrece la vida a las niñas adolescentes.

Cuando mi madre murió en dolorosa agonía, acababa de cumplir los dieciséis años. Antes de fallecer, había nombrado como tutor y albacea de su hija a un primo, mariscal de campo destinado como Jefe del Fijo de Veracruz. Y con toda la pena en el alma abandoné la hacienda de San Luis, que dejé en manos de un fiel capataz para pasar a la plaza de Veracruz con mis tíos, un matrimonio sin hijos y de extraordinaria bondad, al que acabé queriendo con pasión.

No creas que, una vez instalada en Veracruz había olvidado mi personal obsesión y los deseos de venganza, nada de eso. La familia Leñanza, con el conde de Tarfií a la cabera, seguía paseando en camino negro por mi cerebro. Al mismo tiempo, el odio aumentaba de grado conforme transcurría el tiempo hasta convertirse, posiblemente, en un odio irracional. Por tal razón, es fácil imaginar lo que sentí al tener conocimiento de que había fondeado en Veracruz un navío de la Armada, cuyo

comandante mostraba con orgullo las armas del condado de Tarfí.

Cuando me fuiste presentado en una recepción en el palacio del Gobernador, creí desfallecer de felicidad. Debí pellizcar mis mejillas para creer que se trataba de la verdad, que el fin perseguido y soñado durante tantos años se encontraba al alcance de la mano y podía hacerse realidad. Creo que tracé mis planes iniciales allí mismo, mientras me dirigías las primeras palabras, atraído por mi belleza. Ahora era yo quien debía ejercer el maligno influjo. Me juré que te conquistaría, aunque necesitara de bebedizos y hierbas que te hicieran enloquecer de amor. Pero no fue necesario, es posible que de padres a hijos se transporten las inclinaciones amorosas en la sangre. Caíste, rendido con extrema rapidez en los lazos tendidos. Y me vi ganadora de la lucha, esa batalla entablada diez años atrás. Quedé convencida de que, más pronto que tarde, los Leñanza pagarían por el inmenso dolor creado a mi madre de tan injusta, forma.

Todo marchaba por camino de rosas y te comprometiste conmigo en matrimonio. Los planes crecían en mi cabera como rosales de trepa, y gozaba con ellos como nunca podrás imaginar. Debí aceptar tus caricias y algún beso robado, que me asqueaban profundamente, pero me sentía feliz al comprobar que ganaba la partida, y poco importaba dejarme tocar por la persona más odiada. Ya lo pagaría en su momento.

Por desgracia, el embarazo de tu prima, una ramera más de la familia Leñanza-Cisneros, cerca estuvo de trastocar todos mis planes. Cuando recibí tu recado desde La Habana, en el que me explicabas lo sucedido y anulabas nuestro compromiso matrimonial de la forma más obscena, creí morir. Pero morir de rabia y cólera, al comprender que la torta había mudado de cesta y eras tú quien me entregaba la hoja cambiada. Aunque mis tíos creyeron que enfermaba de amor, la verdad es que enfermé, pero de ira incontenible. En aquellos días comprendí que nada era posible y escaparías sin la pena merecida. De esta forma, acepté la sugerencia de mi tío para matrimoniar en la capital del virreinato con un hacendado, hijo de un buen amigo. Pero no me olvidaba de los Leñanza. Pensaba en

nuevos planes, con venida a España incluida y mil posibles caminos. Se trataba de mi principal y más agradable sueño.

La verdad es que gocé bastante con mi esposo, un hombre bragado capaz de satisfacer a una mujer en todos los sentidos. Bien es cierto que yo, aunque con dieciocho años de edad solamente, no era una mojigata de capilla, ni mucho menos. En la hacienda de San Luis ya había catado con largueza de esa placentera fruta de la carne con Raúl, el hijo del capataz que me hizo volar a los cielos con sus juegos de amor. Bueno, el caso es que mi marido salió destinado hacia el noroeste en operaciones contra los rebeldes y murió, o eso me contaron. Fue el momento prodigioso. Los malditos rebeldes invadieron San Luis y nos llevaron con otras familias hasta San Blas, casi como prisioneras.

En San Blas se produjo el segundo milagro de mi vida. Quedaba demostrado que Dios Nuestro Señor se decantaba de mi lado con justicia. De improviso apareciste al mando de un bergantín para liberar a las familias enclaustradas. ¡Qué nueva felicidad! Cuando me explicaste los pormenores por los que habías atravesado y me ofrecías matrimonio, cerca, estuve de gritar de alegría. Pero debía moderar mis sentimientos y continuar con la farsa a careta cerrada. No fue fácil a partir de nuestra, boda, es cierto. Yacer contigo y pensar que entraba en mi cuerpo un miembro de la familia Leñanza, podía hacerme vomitar de asco y aversión. Con el paso de los días conseguí dejar la mente en blanco o pensar que era Raúl quien me hacía el amor, como ramera que trabaja, a destajo.

Funcionó aquella maniobra porque, incluso en alguna ocasión, cerca estuviste de conseguirme alcanzar las nubes. Bueno, no eras tú sino Raúl quien andaba en mis pensamientos. Debía mantener la farsa y esperar. Llegaría el momento oportuno.

Una vez en Cádiz creo que tu aborrecida madre o madrastra fue la única persona que entendió mi verdadero juego, esa vieja que me miró a los ojos y consiguió traspasar la coraza. Estaba, muy enferma, pero la maldita no acababa de traspasar el umbral definitivo. Incluso pensé en acelerar su partida con algún brebaje. Por fortuna, duró poco y no pudo

delatarme. En general, el plan, funcionaba. Me costaba conversar con esa estúpida de tu hermana Rosalía, pero sabía que llegaría mi momento. No obstante, recibí un duro golpe al comprender que me encontraba embarazada. Tan sólo de pensar en criar en mi vientre y dar a luz a un Leñanza, me hacía entrar en locura. No estaba dispuesta, desde luego. No conocía a nadie en Cádiz pero mi doncella Salvadora, muy fiel a mí, me ofreció la dirección de una tal Josefa la Herbolaria, que poseía un quiosco cerca de la plazuela de Santiago. Allí fui medio disfrazada y le solicité hierbas y bebedizos para abortar, tras exponerle una triste situación de joven seducida y embarazada. Tomé todo lo que me proporcionó, pero no funcionaba. Aumenté la dosis, ya en la Corte, hasta que aborté aquel engendro de sangre indigna. Quedé en paz absoluta.

Hace pocos días, una voz me decía que no se encontraba lejos el triunfo. Cuando desterraron a tu ministro, lloré de rabia al pensar que podías haberlo acompañado. Y sentí fundadas esperanzas en ello. Al igual que se desterraban algunos oficiales de la Armada, podían hacerlo con quien había sido la mano derecha del defenestrado ministro. Fueron días de tensión. El tiempo transcurría y allí le mantenías en calma y sin trabajo que realizar. Por desgracia, aumentaste las embestidas nocturnas, que ya no lograba enmascarar ni con la figura de Raúl y otros hombres en mi cerebro. Me asqueaba tu olor, el repugnante tacto de tus manos y debía realizar tremendos esfuerzos cuando me penetrabas y aullabas como enloquecido de placer gracias a mi cuerpo.

Cuando desperté hace pocos días y Beto nos ofreció la noticia de tu destierro, debí realizar el mayor esfuerzo para que no se percibiera en mi rostro la extrema felicidad que sentía. Me dije, con la visión del triunfo en la cabeza, que era llegado el momento, que se hacía posible la venganza deseada desde diez años atrás. Podía ejecutar los planes sin mayor problema y a ellos me lancé con placer desmedido. Qué frenética y complaciente actividad, cuando ves la luz al final del túnel salvador.

Un mes atrás había lomado los servicios de un administrador de dudosa reputación, llamado Jacinto Maltesa.

Le había mostrado los poderes que, de forma confiada y un tanto imprudente, me habías concedido cuando marchaste en viaje hacia Francia. Me explicó, sorprendido, que con aquellos documentos podía maniobrar con absoluta libertad y tomar todo lo que de tu fortuna apeteciera. Al conocer tu destierro, acudí con rapidez a él. En primer lugar necesitaba arrendar una propiedad digna de la duquesa de Montefrío, y a ella transportar mis bienes. Porque como tal entiendo ese cofre bien guardado en tu alcoba, donde incluiste las joyas de la familia Montefrío, las de tu primera esposa, las de tu amante de sangre escocesa y todo lo demás. Una verdadera fortuna, que ahora mantengo en mis manos. Maltesa obró con rapidez y arrendó el palacete del conde de Fratén, situado a unas trescientas varas del palacio de la extinta duquesa de Alba, por el que tanto se ofuscó don Manuel Godoy. Todo estaba preparado, y en el mayor de los silencios me trasladé a mi nueva posada con el cofre envuelto en un chal. El auxilio de Salvadora, única persona que me acompañó, fue fundamental.

Como puedes suponer, mi plan es de múltiples vías. Por un lado, pienso ejercer los derechos que me corresponden y comentar a sacar buenas cantidades de tu fortuna para mi uso personal. Viviré como una reina. El cofre queda como remanente de seguridad para el futuro. Pero no creas que ahí acaba mi proyecto, ni lo sueños. Sería escaso el daño y corta la venganza. Porque, al mismo tiempo, pienso llevar una nueva vida y gozar plenamente. La duquesa de Montefrío se convertirá en una cortesana de lujo y comenzarán a pasar por su alcoba los más apuestos jóvenes de la Corte. Es mucho más sencillo de lo que pensaba, lo que pude comprobar en el primer paseo que disfrute por los Prados el pasado domingo. Un joven teniente de Dragones fue el primero de una lista que se alargará hasta el infinito. Me hizo gozar como no recordaba durante toda la noche. Espero que pronto sea de dominio público que la casa de Montefrío y la de Tarfi quedan arrastradas por el fango en mi propio tálamo, al tiempo que gasto plata a manos llenas. Según Maltesa, es difícil arruinarte con la fortuna que posees, pero pienso ofrecerte un pellizco más que notable.

Bien, esta es la situación actual. Santiago, espero que sufras como mereces, que padezcas extremo dolor durante el resto de tu vida. Por desgracia, tu padre murió muy joven y no he podido verter en él todo mi odio. También me habría encantado que contemplara las maniobras llevadas a cabo en estos días. Pero lo hago en su hijo y espero que toda la familia sea señalada en indigna vergüenza. Y cuando lo considere oportuno, la duquesa de Montefrío y condesa de Tarfi marchará hacia Nueva España a su hacienda de San Luis con buenos caudales, tras haber triunfado en su empresa española.

Espero que sigas en situación de destierro durante meses y años. Que se trunque tu querida carrera en la Armada y que lo mismo sufra tu hijo. Lo repito una vez más con todo el placer que me produce: Te odio, Santiago de Leñanza, te odio con todas las fuerzas de mi alma. Por último, tan sólo deseo que sepas que, en el día de hoy, Beatriz de Lastra y Moncada, duquesa de Montefrío y condesa de Tarfi, es por fin inmensamente feliz.

Aunque me costó un esfuerzo de lomos duros, leí la andanada completa de Beatriz al tirón de espuelas, sin concederme un solo momento de alivio. Era consciente de que si tomaba un segundo de descanso, me derrumbaría en el sillón como un monigote de feria. Sin embargo, cuando rematé la lectura de los pliegos, no sentía nada. Puede ser difícil de creer, pero mi cerebro había quedado en blanco de repente, vacío en hueco y sin una mínima capacidad de retención.

Bien es cierto que la lluvia a gota menuda queda en poso y horas después te sientes mojado hasta los huesos. Pero en los primeros momentos, encontraba lo que aquellos pliegos me narraban tan monstruoso, que no podía creerlos como ciertos. Observaba los papeles en mis manos, como si pertenecieran a otra persona o se tratara de una tragedia teatral de la que me consideraba un mero espectador. Mi esposa, mi querida esposa Beatriz, me odiaba hasta extremos difíciles de imaginar siquiera. ¿Cómo era posible que nada hubiese percibido en tantos meses? Había escuchado de su boca en las noches mil suspiros de amor, frases de adoración y esquelas de maravilloso futuro. Todo tan falso como el beso de judas. Tan sólo recordé, como si se tratara de un sueño lejano, aquellas últimas palabras de María Antonia que no había llegado a comprender: debes tener mucho cuidado con Beatriz. Eres

demasiado bueno y confiado. Pero, por Dios, no dejes que te haga daño esa mujer. Su mirada..., su mirada...

Comprendí que Beto me observaba con interés, en espera de alguna noticia. Y, sin pensarlo dos veces, le tendí el recado de Beatriz. Protestó ligeramente.

—No creo que deba...

—Por favor, Beto, léelos a fondo y con detenimiento. Es posible que debas ayudar en lo que se nos viene encima a toda la familia.

Beto tomó los pliegos en orden y dudó durante algunos segundos. Volvió a mirarme con gesto de muda interrogación, como si me rogara obviar aquel amargo cáliz. Tras una inconfundible seña por mi parte, comenzó la lectura. No apartaba los ojos de su rostro para observar las posibles reacciones, que se produjeron de forma continua. Abría los ojos, lanzaba una fuerte exclamación en voz queda y se mesaba los cabellos con una de sus manos. Y así durante un tiempo excesivamente pronunciado. Cuando dio fin a la alargada misiva, depositó los papeles sobre la mesa con extrema lentitud. Por fin volvió a dirigir su mirada hacia mí, de nuevo temerosa. Mantuve el silencio, en espera de sus comentarios, que llegaron tras un silencio de rasgar quintales.

—La verdad, Santiago, que no... No sé qué puedo decirte. Somos compañeros desde que sentamos plaza, de guardiamarinas, te considero mi mejor amigo y matrimonié con tu hermana. Nos hemos concedido absoluta confianza desde hace muchos años. Pero es muy difícil tocar un tema en el que tu esposa...

—No vuelvas a repetir esa palabra, por favor. Beto, la verdad es que no tengo esposa —lancé la frase como el disparo de un cañón. Creo que algún desconocido ordenaba las palabras a pronunciar desde mis tripas—. Puedes hablar de Beatriz con toda sinceridad y sin cortapisas, que ningún padecimiento producirás en mi pecho. Creo que el dolor ha dejado de existir para mí o, posiblemente, lo haya agolpado todo a saco en el alma. Ya no cabe más.

—Bueno... —nuevas dudas de Beto y movimiento errático de sus manos, como si no encontrara la solución buscada—. ¿Qué puedo decir? Es monstruoso, Santiago, sencillamente monstruoso. Jamás lo hubiera creído posible, sin haberlo leído. ¡Por la Santa Patrona! ¿Cómo se puede basar toda una vida en un odio tan irracional? Siento decirte que Beatriz no se encuentra en sus cabales. Debió enloquecer a temprana edad y en tal estado se mantiene, agravado quizás con el paso del tiempo. Tampoco su madre debía de ser persona medianamente responsable, para narrar tal historia a una pobre niña

de diez años. Pero necesito saber... —nueva pausa con el temor de nuevo en su rostro.

—Por favor, Beto, pregunta lo que quieras de una puta vez. Como has comentado, nuestra confianza es absoluta y así debe continuar, aunque entremos en temas de confusa intimidad. Sabes que deberemos tomar alguna medida y yo me encuentro imposibilitado de movimientos. Debemos hablar con entera sinceridad.

—De acuerdo. Pero, por favor, pide otra frasca de vino. ¡No! Mejor que sea de aguardiente. Creo que la necesitaremos.

—Sin duda.

Cuando Barbate nos hizo llegar la frasca de aguardiente, Beto bebió la copa inicial al tiro. Pero no por el frío adosado todavía a su cuerpo, sino por la conversación que debíamos mantener. Mientras paladeaba con más lentitud la segunda, lanzó la primera pregunta.

—Aunque puede ser superfluo y actuaré en tu defensa sin posible duda, me gustaría saber qué hay de verdad en todo lo que cuenta Beatriz.

—Nada. Una sarta de mentiras. No es culpable porque estoy seguro de que así se lo narró la zorra de su madre. Por suerte, mi padre escribía todos los detalles de su vida en esos cuadernillos, lo mismo que hago yo por imposición familiar. Recuerdo perfectamente lo sucedido con su madre. Cuando mi padre fue destinado al apostadero de San Blas, se volvió loco por esa mujer, es cierto. Pero no le escondió su estado de hombre casado. Es más, todo se trataba de una componenda del Gobernador, para que mi padre ejecutara una misión en su propio interés. Quería mantenerlo en sus manos. Un montaje amoroso al que se prestó Beatriz que, en realidad, se había convertido en amante del mismo Gobernador. Cuando mi padre regresó de la misión en las aguas frías con un terrible escorbuto, cercano a la muerte y tras haber perdido una mano, el Gobernador lo visitó y se excusó, arrepentido, por los amaños llevados a cabo, unos manejos que le expuso con detalle.

—¡Joder! ¡Vaya con la madre!

—No queda ahí la historia. Tiempo después, con mi padre enviudado, Beatriz apareció en la villa de Madrid. De nuevo sedujo a mi padre, que perdió la cabeza por ella. Debía de ser una mujer de extraordinaria belleza y atractivo. La muy zorróna intentaba casarse con él y sacarle el alma. Pero al mismo tiempo, incapaz de una mínima contención, lo engañaba con otros nobles como cortesana envuelta en sedas. Mi tío Santiago, listo como los zorros, descubrió toda la maniobra. Y como mi padre no daba crédito a sus

palabras, acabó por llevarlo de la mano hasta la posada de Beatriz, en el momento en que ella se encontraba en el lecho con otro hombre.

—¿Qué huevos tenía la señora!

—El tío Santiago, ejecutivo en tales lances como pocos, lo resolvió todo con rapidez. Recuperó las joyas y le ofreció algún dinero para que saliera hacia las Indias de inmediato, bajo amenazas de todo tipo. Y así nos libramos de aquella bruja.

—Pues la hija es igual de bruja que la madre o peor. Porque representar ese papel durante tanto tiempo con el único fin de vengarse, parece acción más propia de demente. ¿En verdad le entregaste un poder?

—Sí. Un poder absoluto. Ya sé que se trata de una locura, una temeridad sin posible justificación. Especialmente ahora que comprobamos la triste realidad. Cuando partimos de viaje hacia Europa, temí que pudieramos sucedernos algún accidente y se lo entregué.

—¿Y el cofre de las joyas? ¿No pensabas dejarlo a buen recaudo en la caja de tu administrador?

—Lo fui demorando por imperdonable dejadez. Lo mantenía en mi alcoba, en el altillo de las armas con cerrojo de ley. Pero Beatriz sabía donde guardaba la llave. ¡He sido un estúpido cordero! Pero debes comprender que estaba enamorado como un joven atolondrado. ¿Cómo podía imaginar...?

En ese punto me derrumbé. Comencé a llorar como un niño desvalido, una acción que no llevaba a cabo desde muchos años atrás. Beto me concedió un par de minutos, antes de entrar a rejón de muerte.

—Bueno, Santiago, perdona que sea duro en estos momentos, pero hemos de actuar sin falta y lo más rápidamente posible. Beatriz ha sido inteligente al elaborar sus planes, pero ha cometido un terrible error que debemos aprovechar.

—¿Un error? ¿A qué te refieres?

—No hay acción más torpe en un truhán, y así considero a Beatriz aparte de otros adjetivos más duros, que mostrar todas las cartas propias al enemigo. Creo que su sensación de triunfo es tan grande, que ha olvidado protegerse de forma conveniente. Nos ha expuesto a las claras y con detalle sus planes. Y contra ellos debemos entrar. Voy pensando a la rápida, pero debo preguntarte algo muy importante.

—Pregunta lo que estimes oportuno.

—¿Te repugna abordar acciones más o menos..., digamos más o menos ilegales y, posiblemente, indignas?

—Nada me repugna para contrarrestar los terribles movimientos de Beatriz, aunque se trate de entrar en asuntos de sangre o chantajes de muerte. Espero que me comprendas. Hay que moverse rápido antes de que gaste gran parte de nuestra fortuna. Y debemos pensar en el futuro de nuestra casa.

Beto quedó en silencio durante un alargado tiempo, que se me hizo eterno. Pero era consciente de que pensaba sobre posibles acciones, mientras mi cerebro se encontraba estragado y vacío. Por tal razón, lo dejé en paz sin molestarlo con preguntas. Por fin, abandonó su asiento y se dirigió nuevamente junto a la chimenea. Cuando se giró lentamente hacia mí, observé por primera vez una sonrisa en su rostro.

—Debo marchar a la Corte sin pérdida de tiempo. Creo que disponemos de un camino con posibilidad de éxito. No será recomendable, caballeroso ni ajustado a la ley, desde luego. Pero no se puede responder al guarro con esencias de jazmín. Por tal razón, prefiero no ofrecerte ahora los detalles. Ya te contaré a mi regreso.

—En primer lugar, Beto, no te encuentras en situación de partir hacia la Corte, ni mucho menos. Debes comer, descansar y dormir durante muchas horas. En segundo lugar, desearía conocer, aunque sea a trazo grueso, las acciones que vas a intentar.

—¿Confías en mí, Santiago? —Beto me dirigió una mirada de extrema seriedad.

—Por completo.

—En ese caso, te pido por favor que me permitas libertad absoluta de movimientos. Si te mencionara algunas posibles acciones que debo realizar, podrías condicionarme y deseo mantener las manos libres al ciento. Por desgracia, te encuentras extrañado en la hacienda y nada puedes hacer. En esta ocasión, la responsabilidad de la casa ha de recaer en mí. Y esa elevada porción de sangre italiana que corre por mis venas jugará a nuestro favor.

—Recuerda que don Alonso Sanromán, nuestro administrador, puede...

—Santiago, me encuentro al día de los pormenores. Por favor, confía en mí.

—Pero estás agotado. No deberías...

—Regresaré a la Corte confortablemente a bordo de tu carruaje, aunque necesite algún tiempo más. No sería capaz de cabalgar de nuevo tantas leguas porque, en verdad, me siento agotado. Solamente necesito una buena cesta con comida y bebida en abundancia. Dormiré entre los almohadones como un príncipe. Mucho más que dando bandazos en un buque.

No pude convencerlo a la contra. Y puedo declarar que, aunque se trate de una postura egoísta y conformista, me alegré de pasar la carga entera a los hombros del buen amigo. Prefería dejar la mente en blanco y esperar los resultados. Me sentía abandonado de fuerzas y hundido en el pozo más oscuro, incapaz de mover un solo dedo. Porque es muy duro comprender, en pocos segundos, que todos los planes trazados de futuro durante meses, basados en un profundo amor, se venían abajo al golpe de machota maderera y con estrépito. Y, más doloroso todavía, que tal suceso se produjera no por razón de accidente o enfermedad, sino porque la mujer amada me odiaba como al ser más aborrecible de la naturaleza.

Me despedí de Beto con un fuerte abrazo. Y no me dejó pronunciar ni una sola palabra. Partió por fin el carruaje, mientras me ofrecía una sonrisa de triunfo. La verdad es que permanecí tranquilo. Porque si alguien podía enmendar el entuerto, ese era mi gran amigo y compañero.

Aquella misma tarde, mientras bebía de la frasca de aguardiente y una dulce modorra llegaba hasta mí en necesarias caricias, intenté pensar en las posibles acciones de dudosa moralidad que había dejado entrever Beto sin comentarlas. Bien sabe Dios que poco o nada me preocupaban. Por mi parte, Beatriz podía ser pasada a las brasas de San Lorenzo, sin que moviera una sola de las manos en su auxilio. A una persona cuya única ambición se centraba en masacrar a los miembros de mi casa y hundirlos en la más espantosa podredumbre, no se le podía ofrecer ni una sola gota de láudano.

19. Beto entra en acción

Aunque dormí a bordo del carruaje durante bastantes horas en las jornadas de regreso a la Corte, cuando alcanzamos la entrada del palacio de Montefrío, me encontraba descoyuntado de huesos y con el alma trazada como reptil de suelas. Bien sabe Dios que no lo declararía ni ante el tribunal de la Santa Inquisición, pero en el fondo de mi ser había llegado a arrepentirme de la misión impuesta, convencido en algunos momentos de que se trataba de un envite demasiado arriesgado para mi persona. Porque una cosa es planear las acciones a ejecutar en un caso tan especial y complicado como aquél, y otra bien distinta echar adelante un negocio que se presentaba con perfiles peligrosos y resultado incierto por más. Pero como no se abría a la mano otra solución y la palabra estaba dada, decidí tomar el toro por los cuernos y lanzarme ladera abajo sin freno.

Rosalía, todavía perdida en la mayor de las incógnitas y sin saber a qué atenerse, comenzó a bombardear mi cerebro con mil preguntas desde que aparecí en la puerta del salón. Como única hermana de Santiago y miembro de la familia, creí oportuno entregarle el voluminoso recado de Beatriz, la verdad de Beatriz, como la llamaba mi cuñado, para que comprendiera la verdadera situación en escaso tiempo. También ella debía de encontrarse al día de los acontecimientos y comprender que deberíamos dar todo el aparejo disponible y sin restricciones, aunque no pensara explicarle el detalle de las acciones que pensaba abordar de inmediato.

Mi esposa, fiel a su inveterada costumbre, rompió a llorar a puchero llano y con alargados sollozos cuando aún no había finalizado el primero de los pliegos. Aproveché la ocasión para subir a mi alcoba, lavarme a fondo y mudar la ropa, que resoplaba a tramo de estera y malquerencia. Cuando regresé al salón, los pliegos se encontraban en la mesa de forma desordenada, mientras Rosalía se mantenía en llanto cerrado con las manos sobre su rostro.

Ordené los papeles, que podía utilizar como prueba en beneficio propio llegado el momento, y me despedí de ella.

—¿A dónde vas? Habrá que hacer algo con esa odiosa mujer. Santiago no se merece...

—Debes saber que todo lo que has leído sobre tu padre en esa misiva es de absoluta falsedad. Santiago me lo explicó con detalle. La madre de Beatriz era una golfa de muros calientes, que bien merecía el destino que le impuso tu tío Santiago. Mala madre que arrastró a su hija a un odio sobrenatural y a una venganza descabellada, cuando tan sólo era una niña. Por supuesto que tu hermano no aparece culpa alguna en lo que le ha sucedido con esta ramera del demonio. Pero nada puede hacer. Se encuentra atado de manos y pies en el destierro de Santa Rosalía. He de ser yo quien resuelva el entuerto.

—¿Tú? Pero, Beto, ¿qué puedes hacer tú?

—Tengo un plan que puede funcionar si nuestra Patrona así lo quiere. Y por todos los cristos que lo llevaré adelante, cueste lo que cueste. No te preocupes, que ya conocerás los detalles en su debido momento.

—Debes andarte con extremo cuidado. Esa terrible mujer puede ser peligrosa.

—También yo puedo ser peligroso, querida. Y bastante más que esa golfa criolla. Queda en paz.

Mientras Rosalía volvía a entrar en sollozos de manguera ancha, abandoné el palacio en compañía de mi inseparable criado Miguelillo. Y bien sabía que necesitaría de su arrojo y valor una vez más, para llevar a cabo el plan embastado en el cerebro.

Apenas descansé unas pocas horas en las tres siguientes jornadas. Como primera y principal medida, me entrevisté durante una alargada con don Alonso Sanromán, el hijo mayor de quien había sido durante muchos años administrador de los Leñanza. El joven mostraba rastros de deshonestidad a la altura de su padre y, si cabe, con más recursos mentales. Pero también mantuve interesantes y más delicadas conversaciones con otras personas, bien para pedir consejo o entrar en amenazas de lanza que de todo saqué portas afuera.

Por último y antes de entrar en el remate final de la odisea familiar, que así la conceptúo sin exageración alguna, llevé a cabo la acción más importante y peligrosa una inolvidable noche, a altas horas de la madrugada, con ayuda de Miguelillo y Ramón, otro criado de la casa valiente y experto en lances de arma blanca. Pero el plan se resolvió a la perfección y sin que saltara ninguna moscarda contra la cara. De esa forma, quedaba listo y

preparado para ejecutar la parte definitiva. Y no crean que la temí, más bien al contrario. Esperaba disfrutar aunque fuese llegado el momento de la verdad y la moneda pudiese brincar de lado.

Como último respeto a quien no lo merecía, esperé hasta las once del siguiente día para presentarme en el palacete de Fratén, arrendado por Beatriz. Y no se había cortado un pelo la moza villana en sus pretensiones de gran señora, que las trazas de la morada observadas a la luz del día enriquecían la vista con relumbrón. Golpeé la aldaba en forma de dragón sobre la puerta con escasa fuerza, sabedor de que se esperaba dicha señal. Pocos segundos después, Salvadora, la doncella supuestamente fiel a Beatriz, la abrió en silencio.

—Buenos días, señor.

—Hola, Salvadora. ¿Y tu señora?

—Acaba de bajar de su alcoba, señor. Se encuentra desayunando en el comedor de diario. Me refiero a esa pequeña salita que se encuentra al final del pasillo —señalaba hacia mi izquierda con resolución.

—Muy bien. ¿Has resuelto el problema con el resto del servicio?

—Sí, señor. Las dos cocineras, una doncella y el mozo de sala han salido de estampida hace un par de horas. Lo comprendieron con rapidez y aceptaron encantados la bolsa de monedas.

—Muy bien. En ese caso, ya puedes marchar hacia el palacio de Montefrío con tus pertenencias y esta talegilla de obsequio —le hice entrega de una pequeña bolsa de tafetán, donde repiqueteaban las monedas.

—No es necesario, señor. Con haber conseguido el perdón por mi falta es más que...

—Toma la bolsa y regresa al palacio donde naciste. Y no vuelvas a fallar jamás a la familia.

—Por supuesto que no, señor. Le repito que fui engañada y no estaba...

—No necesito más explicaciones, pequeña. Vamos, sal de una vez y déjanos el teatro en paz.

Cuando Salvadora abandonó la morada con un pequeño hato de ropa en la mano, entré en el gran recibidor acompañado de Miguelillo, con cuidado de no producir el menor ruido. Y como nada fiaba en la señora de la casa, por llamarla de alguna manera, guardaba mi espalda el joven criado que portaba a la vista su cuchillo montero, aquel con el que segara un buen número de gargantas francesas y que, como aseguraba, se sentía capaz de clavar en el morro de un cochino a veinte pasos.

Tomamos hacia la izquierda para abordar un pequeño pasillo, que conectaba a un saloncito de recibo. Dejándolo atrás, continuamos de frente hasta llegar a lo que, según las indicaciones de la doncella, debía de ser el comedor de diario. Asomé la cabeza con tiento y en silencio, para comprobar que, en efecto, Beatriz tomaba tranquilamente un generoso trozo de torna entechada, al tiempo que sorbía de una taza. Conocedor de sus costumbres, sabía que bebería varias tazas de té antes de regresar a su alcoba para arreglarse.

Beatriz vestía una bata estampada en rosas rojas, mientras la brillante melena de color azabache caía en desorden sobre sus hombros. Aunque descuidada de peinado y retoques plumeros, debía reconocer que se trataba de una joven de especial belleza y atractivo, capaz de hacer perder la cabeza a una legión de veteranos. Encaraba el momento de la verdad y con cierto regusto de placer en los higadillos, di un paso adelante.

—Buenos días, querida Beatriz.

Ante mi inesperada aparición, la joven dejó caer la taza que prendía de su mano derecha. Al chocar contra el plato, se partió en varios trozos, al tiempo que derramaba el líquido sobre el mantel blanco de la mesa. Sus ojos brillaban de odio y sorpresa, cuando largó sus primeras palabras con tono desabrido y desafiante.

—¡Beto! ¿Qué haces aquí? ¿Cómo te atreves a entrar en la residencia de una señora sin el adecuado permiso? ¿Quién te ha concedido el paso? ¿Y la criada Salvadora? ¡Salvadora! ¡Manuel!

Beatriz gritaba en llamada de su doncella y del mozo de sala, al tiempo que hacía sonar con fuerza de mano una pequeña campanilla de plata. Por mi parte, con premeditada lentitud y una sonrisa parda en la boca, me acerqué hasta ella.

—Es inútil que manejes esa campana a rebato de tizón o revientes tu preciada garganta con gritos de esportillero. Todo el servicio te ha abandonado y has quedado sola en la mansión.

—¿Sola? ¿Y Salvadora?

—El dinero hace milagros, señora mía, como debes saber bien. Bueno, perdona que te dirija las palabras como señora. No suelo mentir en tal alto grado —mantenía el tono preñado de bronca ironía—. Las monedas consiguen mudar voluntades con extrema velocidad. Repito que te encuentras sola en este precioso palacete, y debemos hablar muy seriamente.

—Ya te expuse en varias ocasiones que nada tengo que hablar contigo, te ordeno que salgas inmediatamente de mi casa o te denunciaré.

—Vamos, querida, tendrás mucha suerte de que no te denuncie a ti la casa de Montefrío. Recuerda que no eres más que una desconocida criolla instalada en la Corte. Te conviene escuchar con calma y aceptar con buena cara lo que se te ofrezca.

—¿Aceptar tu ofrecimiento? —Soltó una falsa risotada—. ¿Te has vuelto loco? Parece que olvidas quien soy, rufián. Te encuentras ante la duquesa de Montefrío y condesa de Tarfi. Así que ya puedes...

—¡Calla la boca de una putañera vez, jodida víbora! Tú no eres duquesa ni condesa, solamente una golfa malparida que ha querido jodernos la vida. Demasiada presa para un perrito de lanas pulgoso como tú. Y esas acciones te pueden costar muy caras.

El tono enérgico y violento de mi voz la dejó cortada al freno. Por primera vez atisbé un rastro de ligero temor en su cara. Pero era valiente la doña y se repuso con rapidez.

—No te consiento que me hables así, cual cochero de enjambre. Por mucho que os moleste y ofenda, seré duquesa de Montefrío hasta que muera. Díselo así al bribón de tu cuñado. Parece que la historia se repite años después —expuso una sonrisa de triunfo—. El truhán no tiene el valor suficiente para afrontar la situación y envía al cuñado para intentar resolver el entuerto. Dile que lo desprecio todavía más, si ello es posible.

—Deberías ser más razonable, si no quieres acabar con tus lindos huesecitos en la cárcel de Corte. Te advierto que allí, entre rejas, no gozarás de las embestidas de ningún teniente de Dragones. Como mucho, podrás retozar en elapestoso y grasiento suelo con algún mugriento carcelero.

—¿A la cárcel? —de nuevo el titubeo preñado de temor—. No lo conseguiréis jamás.

—Lo conseguiríamos con extrema facilidad. No te será fácil lidiar en solitario contra una de las más nobles casas de España. Pero después de todo, tu odiado esposo prefiere ofrecerte una última oportunidad. Y te juro por lo más sagrado, que se trata de la última. Así que escucha bien. Marcharás inmediatamente hacia la ciudad Cádiz, donde tomarás el primer buque que zarpe con dirección a Nueva España. Se te asignará una pensión vitalicia. Una pensión moderada, no creas. Desde luego, no para vivir como una reina. Pero con una muy importante condición. No podrás utilizar los títulos de Montefrío o Tarfi en ningún momento. Si tenemos noticias de que los añades a tu nombre en una sola ocasión, ya sea de forma verbal o escrita, no sólo se cortarían la pensión, sino que pasaríamos a denunciarte por robo de joyas y

planeamientos fraudulentos con ese sinvergüenza del administrador Maltesa, por quien la justicia presenta algunos cargos.

—Nunca declarará Maltesa contra mí —ahora hablaba con menor decisión.

—¿No? —De nuevo le ofrecí una sonrisa preñada de regusto—. Pero si ya lo ha hecho, querida. Por escrito y rubricado. Lo hemos comprado con rapidez y, por cierto, en un precio bastante barato. Además, se encuentra dispuesto a declarar ante el Justicia lo que le ordenemos, así como a buscar suficientes testigos como para encerrarte entre cuatro paredes de por vida. Me parece que te he expuesto con suficiente claridad las condiciones y tu futuro. Si eres inteligente, reconocerás que has perdido una pendencia que se alzaba demasiado alta para tu boca. Prepara los baúles, que saldrás para Cádiz en un par de horas o poco más. Exactamente a las dos de la tarde.

—Puedes presionarme lo que quieras, cerdo baboso, pero no me engañaréis a mí también, como hicisteis con mi madre. Estás completamente equivocado. Tengo joyas bien guardadas en una casa de banca y un poder de mi esposo que puedo utilizar...

—No posees nada, zorra del demonio —ahora le escupía las palabras a la cara sin moderación alguna—. Ese fabuloso conjunto de joyas, los dineros que conseguiste hacer efectivos a través de Maltesa y el poder firmado por Santiago, todo bien guardado en un precioso cofre de marquetería filipina, han desaparecido del mueble fondón de tu vestidor. Por cierto, que dormías muy plácidamente anoche y no se hizo necesario el uso de la fuerza, aunque pocas dudas mantenía al respecto. Si esta mañana, cuando despertaste, lo hubieras observado ligeramente, habrías comprobado que la cerradura había sido desbocada a la brava y nada se encontraba en su interior.

—¿Me habéis robado? No sois más que una pandilla de facinerosos y asaltadores de faltriqueras —de nuevo la furia asesina aparecía en sus ojos—. Os denunciaré ante el Justicia y haré que...

—¿Vas a denunciarnos por recuperar lo que tú misma habías robado anteriormente? —Reí con fuerza y satisfacción, al tiempo que tomaba asiento cerca de ella y escogía un trozo de torta—. No puedes hacerlo sin caer en tus propias redes. ¿Acaso serías capaz de demostrar que las joyas de la casa de Montefrío son de tu propiedad? Vamos, Beatriz, deja de decir tonterías. Cuanto más tiempo pierdas, menos horas dispondrás para rellenar alguno de tus baúles. Ya sabes que cuando los relojes marquen las dos, serás expulsada de este palacete, cuyo arrendamiento ha sido cancelado. Y utilizaré la fuerza si es preciso, no lo dudes.

Beatriz quedó sin respuestas por primera vez. Volvió a dirigirme una mirada asesina con fuego negro en los ojos. Y estoy seguro de que habría disparado un arma contra mi pecho, de haberla dispuesto a mano. Me señaló con el dedo cuando dictó sus palabras de fuego.

—Os maldigo a todos, hijos de Satanás. Y juro por Dios que me vengaré tarde o temprano.

—En bastantes ocasiones de esta vida no es fácil tomar venganza. Sencillamente, no podrás. Nos mantendremos informados de ti y serás controlada en todos tus movimientos día a día. Recuerda que cada hombre o mujer tiene un precio y compraremos todas las almas que sean necesarias. Tienes suerte porque el virreinato de Nueva España ha sido pacificado. No fuerces más la rueda de la fortuna y regresa a tu querida hacienda de San Luis. Allí, con tus rentas propias y la pensión que te ha concedido Santiago de forma tan generosa, podrás vivir en paz, así como retozar en el lecho con todos los hijos del capataz y algún amigo más. Pero lo harás como Beatriz de Lastra y Moncada, ramera del tres al cuarto, nada de duquesa de Montefrío. Ya sabes lo que te esperaría en caso contrario. Y no olvides que las prisiones en Nueva España son más húmedas y dolosas que las peninsulares.

Beatriz tragó saliva por dos veces, antes de salir de estampida hacia su alcoba. Quedé sentado en el recogido comedor con una prodigiosa sensación de triunfo en el estómago. Y debía reconocer que había disfrutado de la sesión mucho más de lo esperado. Por su parte, Miguelillo sonreía en silencio, divertido, con su mano derecha en amparo del arma inseparable. Poco fiaba el rapaz de la criolla rampera y no marraba una hebra. Tomé otro trozo de torta enlechada de la mesa, que encontré exquisita. Es cierto que todo alimento se paladea más y mejor con la felicidad instalada en el pecho.

* * *

Cuando Beto me expuso con detalle las acciones llevadas a cabo, recé durante alguna hora en impagable agradecimiento a Nuestra Señora de Valdelagua, a quien había confiado con el máximo fervor mis súplicas. Pero si quedaba fascinado por la facilidad y rapidez con la que mi cuñado había resuelto el problema en la villa y Corte, el morral se colmó de piezas cuando, tres semanas después, me anunciaban que la señora había partido en una fragata mercante desde el puerto de Cádiz con rumbo a La Habana. Me alcanzó el aviso en la hacienda de Santa Rosalía, donde se había trasladado el resto de la familia para acompañarme y atravesar con la mayor felicidad las fiestas

navideñas. Todo parecía regresar a la normalidad, aunque la ausencia de Beatriz fuera comentada en los primeros días. De forma especial, era la pequeña María la que preguntaba por su madre, al haber decidido llamarla así desde el primer momento. Sentí una profunda pena por mi querida hija, a la que pensaba dedicar todos mis esfuerzos.

Continuaba en situación de destierro, sin que se avistara por el lejano horizonte mudanza alguna en la decisión tomada. El general del Ejército Eguía se mantenía al frente del ministerio de Marina, un asombroso interinazgo que se alargaría durante meses. Pero una nueva paz se había instalado en mi pecho. Soy consciente de que, en opinión de la mayoría, debería encontrarme entristecido a muerte y con el alma acongojada, tras haber sufrido un episodio de un calibre tan monstruoso con mi propia esposa. Sin embargo, soy sincero al asegurar que el sufrimiento mayor lo había padecido en el periodo de angustia y desconocimiento, hasta que Beto regresaba a la hacienda y me explicaba la solución definitiva. Había sido tan grande el alivio, que la dicha había reemplazado al desasosiego y se eliminaba al cuajo esa desazón punzante, que me atacara durante todo el día. Como portador del mayorazgo en la casa de Montefrío, debía cuidar de su patrimonio y honorabilidad. Y, con la ayuda del Altísimo, ambas veredas habían quedado fuera de peligro.

Por fortuna concedida en inmerecida gracia de los dioses, apenas habíamos perdido algún escaso caudal. Porque del cofre no faltaba una sola joya, ni siquiera el collar de las famosas perlas de las islas Nitinat, que María Antonia regalara a Beatriz. La decisión la había tomado Beto por cuenta propia, al considerar que aquella mujer no merecía las piezas grises de la familia. Y por mi parte concordaba al ciento. Esperaba que la criolla pasara a ser solamente un pesaroso pensamiento, que se disolvería poco a poco con el paso del tiempo, por mucho que todavía su figura zumbara como moscardón en el cerebro. Había fracasado en encontrar la buena madre que María necesitaba y ya no sería posible un intento más. Porque la única traza negra que marcaba el resultado se ceñía, a que Beatriz mantendría su condición de legal esposa mía mientras viviera.

Como parecía entrar en época de buenas noticias, el aldabonazo más jugoso lo recibí al comprobar la llegada a la hacienda de Santa Rosalía de mi hijo, el guardiamarina Francisco de Leñanza, más conocido por Pecas. Lo sabía embarcado en el navío *Alejandro I*, el único de los malditos buques rusos que había conseguido salir a la mar, aunque en mis adentros dudara seriamente de sus posibilidades. La alegría fue inmensa al estrecharlo entre

mis brazos. Y posiblemente lo estimen como exageración propia del amor paterno, pero creí percibir el aroma de la mar salada en su casaca, ese especial perfume que se muestra inconfundible.

Estimé oportuno mantener una conversación privada y de hombre a hombre con mi hijo, para explicarle la nueva situación creada en la familia y la vicisitudes corridas en las últimas semanas. Como no mantenía secretos familiares con él desde que le diera a leer el conjunto de los cuadernillos familiares, le entregué la tristemente famosa misiva de su madrastra. Gracias a Dios, reaccionó como un hombre.

—Creo que ahora puedo exponerle la verdad, padre. Aunque le suene a veredicto dictado con la ventaja que ofrecen los hechos resueltos, poco me extraña lo sucedido. Y sepa que mucho siento pronunciar estas palabras. Con la mayor sinceridad, nada me gustaba esa mujer, aunque guardé mis resquemores por la debida prudencia al ser su esposa. También la abuela María Antonia me previno contra ella a la tapada con opacos comentarios. No con claridad, pero así creí entenderlo. Bueno, no debe preocuparse en exceso. Como asegura el refrán, bien está lo que bien acaba. Esa señora ha dejado de ser miembro de la familia Leñanza a todos los efectos, y será olvidada por buenos y malos con el paso del tiempo. Sencillamente, la duquesa de Montefrío ha dejado de existir. Y debemos agradecer al tío Beto la arriesgada maniobra que ha llevado a cabo. Después de todo, lo podemos considerar como una singladura más de la familia, aunque haya corrido con viento contrario.

—Agradezco esas palabras, hijo mío, que muestran tu responsabilidad. Tienes razón, borremos a esa señora de nuestras cabezas. Pero pasemos a la cuestión más importante —intenté alegrar el ambiente—. ¿Cuánto permiso te han concedido?

—Dos semanas completas, padre —el joven mostraba su alegría—. Una excepción para los guardiamarinas y que, de esa forma, podamos despedirnos de nuestras familias durante las fechas navideñas.

—No está nada mal. Pero cuéntame. ¿Qué tal corre la vida en ese navío ruso? No eran muy buenas las noticias que de él nos entregaron.

—Todos hablan mal de su estado de mantenimiento y características marineras. Por fortuna, en el arsenal de La Carraca nos han confeccionado un aparejo de respeto completo, ajustando gálivos de perdidos navíos, así como otros muchos respetos necesarios. No obstante, me parece una unidad colosal. Fui asignado al puesto de ayudante del jefe de la batería baja. Y puedo asegurarle que los cañones de a 36, en cuya parte superior de la caña destaca

el escudo del Zar Alejandro, disparan con seguridad. No obstante, los carpinteros y calafates echan pestes por la mala calidad y escasa duración de sus maderas, muy inferiores a las utilizadas habitualmente en nuestros arsenales. Sin embargo y con vistas a la próxima salida a la mar, lo que más preocupa a los oficiales es la escasa dotación.

—¿Se mantiene aquella lejana orden de la media dotación?

—¿Media dotación dice, padre? —Pecas encontraba graciosa mi entrada —. Ya quisiera el buen Dios que alcanzáramos esa cantidad. Le costará creerlo. Pero ahora mismo, el total de guarnición y tripulación se mueve sobre los 160 hombres.

—¿160 hombres solamente? Por las toninas verdes del Mediterráneo. Si en la fragata *Proserpina* ya superaba esa cantidad con creces. No es posible marinar un navío de dos puentes y 74 cañones, así como hacer uso de la artillería de una sola banda con ese ridiculo monto. Por reglamento, en tiempo de guerra le deben corresponder más de seiscientos hombres. Cuando mandaba el navío *Asia*, protestaba con boquera ancha porque rondaba los trescientos solamente.

—Se supone que nos embarcarán más artilleros y marineros o grumetes antes de salir a la mar. Hoy por hoy, incorporamos solamente trece artilleros y 21 de tropa de Artillería. Y, como dice, ni siquiera podemos cubrir las piezas de una banda al completo. No olvide que disponemos de 28 cañones de a 36 libras. El contraamaestre estima que con mala mar, no seríamos capaces de dar el aparejo de capa.

—Y lo creo. Una situación verdaderamente increíble. Estoy seguro de que os embarcan marineros, grumetes y artilleros en suficiente número.

—En cuanto al señor comandante, no es el primero en ser designado para tomar el mando. Sucedió un caso extraordinario, porque los tuvo en alargada lista.

—¿De qué se trata?

—Pues que los primeros nombrados solicitaron reconocimiento de los fondos de los buques bajo su mando. Alegaban que el buque había sido construido cinco años atrás y, desde entonces, no se habían levantado ni reconocido las encapilladuras de las jarcias mayores, así como las de los tres palos. El capitán general, Hidalgo de Cisneros, no lo permitió.

—Ya tenía conocimiento de esa terrible circunstancia. Y dos comandantes, Beránger y Guruceta, fueron dados de baja en la Armada. Una acción difícil de creer y caso único en nuestra historia.

—Se nombraron comandantes en relevo, pero la mayor parte rechazaban el mando con rapidez. Entre otros los brigadieres y capitanes de navío Irigoyen, Otáñez y Urrecha. Alegaban achaques reumáticos severos, diversas enfermedades y mal estado de salud general. Creo que el capitán general bufaba cuernos en llamas. Al menos, el capitán de navío don Antonio de Tíscar acabó por aceptar el mando, aunque dicen que lo pensó con detenimiento. Es mi comandante actual.

—¿Tíscar? Un hombre cuadrado y muy inteligente, a quien tuve a mis órdenes años atrás.

—A bordo de la fragata *Proserpina*, según me comentó al tiempo que le enviaba un afectuoso saludo.

—Respóndele en las mismas cuerdas con todo mi afecto. ¿Continuáis encuadrados en la llamada como división del Mar del Sur, con destilo a El Callao?

—En efecto, aunque la composición de dicha fuerza cambia de un día para otro. Parece ser que el mando de la división se entregará al brigadier don Rosendo Porlier, con insignia en el navío *San Telmo* o el *Fernando VII*. Pero no se sabe a ciencia cierta si aceptará o no, tal como se mueven las noticias. Parece ser que el teniente general Hidalgo de Cisneros se ha enfrentado a la completa oficialidad. Ha sido nombrado ministro de Marina, pero no abandonará la jefatura del Departamento Marítimo por directa orden de Su Majestad, hasta que consiga dar avance con las expediciones planificadas. Y como el estado de algunos buques es desastroso, no se prevé que acabe por salir hacia la Corte.

—Eso tenía entendido. En ese caso, Pecas, ¿aún no se ha decidido el resto de los buques que compondrán la fuerza?

—Para fortuna propia, parece seguro que formará parte de la división el navío *Alejandro I*, pero se mantiene en duda el *Fernando VII*, así como el *Guerrero*. En cuanto a las fragatas, también cada día se escuchan versiones diferentes. Pero se prevé salir a la mar en cuanto sea posible. Bien es cierto que tampoco se tiene muy claro si hemos de convoyar buques de transporte, o solamente hacer acto de presencia y dominar las costas del virreinato del Perú.

—¿Cómo es eso?

—Bueno, padre, todo anda muy liado y le hablo de lo que escuchamos con oreja pegada al mamparo. Ni siquiera sabemos el monto de miembros del Ejército que hemos de embarcar. En cuanto disponga de noticias ciertas, se lo haré saber.

—Lo comprendo. Este panorama compone una de las mayores vergüenzas sufridas por la Real Armada. ¿Cómo es posible que Hidalgo de Cisneros crea conocer más a fondo los problemas de un buque que su propio comandante? Bueno, Pecas, cambiemos el tema a otro más placentero, que no son días de pesares los que atravesamos. Si acabáis por salir a la mar, montarás el cabo de Hornos.

—Así es, padre —de nuevo el rastro de orgullo aparecía en su cara—. Y me emociono con sólo pensar en navegar por las aguas del mar del Sur, que tantas veces me habéis comentado en alabanza.

—Lo comprendo y te envidio. Cualquier guardiamarina ofrecería una de sus manos por correr esa derrota.

Ahora mi hijo entristeció el semblante, antes de continuar con el tono de su voz tendido a la baja.

—Siento mucho, padre, la injusta situación en que os encontráis. Y solamente por cumplir con vuestro deber. Tuve conocimiento de ella a través de mi comandante, que en mucho os admira. Creo que la noticia de vuestro destierro cayó muy mal en la Institución y se corrió por todo Cádiz como reguero de pólvora. Pero, como dice mi comandante, grandes oficiales de la Armada, como don José de Mazarredo y vuestro admirado don Antonio de Escaño, pasaron por las mismas circunstancias.

—Así es. No te preocupes por mi situación, hijo mío. En Santa Rosalía de nada me falta y soy feliz —mentía con ligereza—. Muchos querrían ostentar la faja a mi edad. Además, he gozado con plenitud en la mar y mandado buques por todos los mares conocidos. Solamente debes pensar en tu carrera y disfrutar de los primeros embarques, unas sensaciones que mucho echarás de menos años después. Por cierto, después de tanto movimiento a bordo de tu navío, ¿se acabaron por reconocer los fondos?

—El actual comandante estaba decidido a solicitarlo, pero espera a que el jefe de la división tome el mando, especialmente si se confirma que se trata del brigadier Porlier. La verdad es que durante la navegación a Barcelona, el buque hacía bastante agua. Desde tres pulgadas por hora, creció de modo alarmante, exigiendo el empleo constante de dos bombas noche y día. Al llegar a Cádiz y sin solicitar auxilio alguno, apareció a bordo un ingeniero y otros maestros del arsenal. Estuvieron investigando y recorriendo la obra viva durante una semana. Llegaron a la conclusión de que se apreciaba una vía de agua procedente de los fondos, que hacía necesario alijar parcialmente el navío para ser reconocido. Su dictamen fue que la proa mostraba indicios de haber sufrido, tanto por la escasa separación del tajamar como por la suave

alteración de las trincas del bauprés. Pero descartaron la necesidad de dar la quilla del navío para reparar las curvas bandas, lo que, según los oficiales a bordo, debía ser la medida a tomar. Llevaron a cabo algunas reparaciones y aseguraron que no se volverían a repetir los problemas. La verdad es que, a partir de entonces, no hacemos agua. Bueno, la hacemos, pero en una cantidad normal.

—No olvides que esa situación se produce fondeados en puerto. Ya veremos lo que aparece a bordo cuando os mováis como una peonza entre las olas.

—Eso mismo comentaba el comandante con los oficiales. No está nada satisfecho con esa reparación. Pero nada más se puede hacer.

—Bueno, entreguemos la confianza en Nuestra Señora del Rosario. Y que os ayude al montar el cabo de Hornos, que podéis tomar en época de regular cariz si retrasáis demasiado la salida a la mar.

—A bordo están convencidos de que abandonaremos Cádiz en el mes de febrero a más tardar. Y eso significaría alcanzar el famoso cabo en época del verano u otoño austral, si no necesitamos demasiado tiempo para alcanzar las bajas latitudes.

—Una cosa quería decirte, hijo mío. Sabes bien, por haberlos leído a fondo, la existencia de esos cuadernillos que desde tu bisabuelo hemos confeccionado con los momentos principales de la familia y, de forma especial, los de la Real Armada. Te llega el momento de comenzar a poner sobre la balanza tu propia aportación. Eres la cuarta generación de los Leñanza que entra a la brega en la mar, y así deberá quedar consignado.

—Esos cuadernillos, padre, conforman ya una hermosa biblioteca, de la que me siento muy orgulloso —sonreía el joven, pleno de felicidad—. Pero no se preocupe, que cumpliré con mi obligación al punto. Cuando regrese de los mares del Sur, incorporaré algún bloque más en la biblioteca.

En ese momento se incorporaron Beto y Rosalía a la conversación. Mi hermana acudió a besar a su sobrino y ahijado, a quien quería con especial ternura.

—Ven aquí y dame mil besos, sobrino. Madre de Dios, te has convertido en todo un hombre. Me ha contado tu tío Beto que vas a navegar por el mar del Sur y conocerás aquellas hermosas tierras peruanas. Seguro que muchas criollas perderán la cabeza por ti.

—Por favor, Rosalía, nada de experiencias con hermosas criollas por ahora —alegó Beto con rapidez en frase salida del alma—. Bastante hemos

lidiado hasta ahora en ese sentido. Que sean mozas de la Península o de las islas cercanas.

—Vamos, Beto, no seas ave de mal agüero —intervine con una sonrisa—. Uno o dos garbanzos podridos no estropean toda la puchera.

—Así me gusta escucharos —Rosalía palmeaba con alegría—. Hemos atravesado un bache bastante pronunciado, del que la familia ha salido airosa y fortalecida. Seguro que mi ahijado —tomaba la mano de Pecas con cariño—, romperá mil corazones en las Indias. Diviértete, sobrino, y deja las preocupaciones para más adelante.

—Mucho se divertirá cuando monte el cabo de Hornos a bordo de esas maderas rusas —exclamó Beto en guasa.

—El navío *Alejandro I* navegará por el mar del Sur en dominio, tío Beto.

—¿En dominio? Dios mío, lo que son los sueños de la juventud.

Disfrutamos de aquellas Navidades como ni siquiera podía haber soñado. Beatriz y sus secuelas habían pasado con rapidez a ser un lejano y malquerido sueño. Festejamos la Natividad del Señor sin cortapisas y asistimos a la misa del gallo en la iglesia parroquial de Santa María Magdalena, en la cercana villa de Cehegín. Tan sólo protestaba Beto, el hijo de mi hermana, que insistía en sentar plaza de guardiamarina sin mayor espera. Su padre y yo sonreíamos, aunque en el fondo sentíamos un profundo orgullo. Más sangre Leñanza al servicio de la Real Armada y de España, aunque los horizontes mostraran una línea discontinua y con bruma demasiado espesa.

20. Pecas toma la palabra

Este primer día en el que comienzo a escribir un nuevo cuadernillo de la familia Leñanza, siento un inmenso orgullo de la cabeza a los pies. Sigo los pasos de aquel desdichado galeote que portara mi mismo nombre, el bisabuelo nacido en Fuentelahiguera de Albatages, aunque se trate de un secreto que debemos mantener a puerta cerrada entre los de mi sangre. Después llegó otro Francisco, alias Gigante, que murió a resultas de las heridas recibidas en el maléfico combate sufrido junto al cabo Trafalgar. Tampoco conocí a mi abuelo, de quien todos hablaban en elogiosos términos. Y, por último, aparece en el listado mi padre, que ha dejado por escrito hasta el momento una amplia colección de sus aventuras marineras por aguas de diversos continentes. Y ahora entro yo de lleno en faena de olas preñadas, a bordo del navío *Alejandro I*. Espero no defraudar a los de mi sangre, que han empeñado un buen número de años de servicio en buques y unidades de la Real Armada.

Atravesé las fiestas navideñas en familia y con plena satisfacción de todos los sentidos. Aunque me sentía inmensamente feliz al encontrarme rodeado por cada uno de los seres queridos en hacienda con tan inolvidables recuerdos, la más atractiva actividad consistía en largar los pensamientos millas adelante. Porque ya me veía a bordo del navío *Alejandro I*, navegando por las aguas del mar del Sur. Se habían sufrido graves acontecimientos en la casa de Montefrío, de forma especial con la escabrosa e inesperada actitud adoptada por la esposa de mi progenitor. Por fortuna, se le habían podido ajustar cuentas y gallardetes, hasta hacerla desaparecer por completo de nuestras vidas. Por otra parte, sufría al contemplar la situación de destierro de mi padre, un oficial de la Real Armada con muchos y brillantes servicios que, sin duda alguna, no lo merecía. No obstante y aunque peque de oculta e involuntaria maldad, disfrutaba en fondos al comprobar que la esposa criolla, mi madrastra de nombre, había sacado la cabeza del jardín envuelta en velos

negros. Nada me había gustado esa mujer desde el primer día. Y cuando se dirigía hacia mí con fingida sonrisa, me hacía sentir incómodo, como si se tratara de mujer hueca y sin verdades en la boca. Para bien o para mal, se confirmaron aquellos presentimientos.

Cuando abandoné la hacienda en los primeros días de enero de aquel año del Señor de 1819, que tantas nuevas de todos los colores aportaría a la vida familiar, sufrí a fondo la despedida de mi padre. Comprendí que la emoción se acrecentaba a reventar en su pecho. Una situación difícil y dolorosa, que no fue sencilla cruzar. Por fin y cuando el carruaje se había alejado un par de leguas, debo reconocer que las angustias pasaron a popa con rapidez, mientras el cabo de Hornos y el mar del Sur volvían a copar en dulce todos mis pensamientos.

Alcancé la zona gaditana tres días después de la Santa Epifanía, con una jornada de anticipación al límite de regreso impuesto para los guardiamarinas. Tomé la falúa de barqueo para oficiales y con rapidez embarqué en ese navío de colores oscuros, todavía sin la pintura reglamentaria de la Armada en su casco. De todas formas, podían decir todo lo malo que se quisiera del *Alejandro*, como se denominaba popularmente al buque. Pero para mí, como había leído en las palabras del fiel y querido Okumé, asemejaba una catedral de dos cuerpos y con más altura que todos los templos o palacios visitados.

No esperaba que ninguno de mis compañeros se encontrara a bordo. Todos disponían de residencia familiar en la zona, con lo que podrían disfrutar todavía de una jornada más de permiso. Sin embargo y para mi sorpresa, encontré a un nuevo caballero^[56] en nuestra querida y mugrienta cochiguera, que así llamábamos a la chaza donde nos alojábamos los guardiamarinas. Apenas lo conocía, por pertenecer a una brigada diferente y con escaso contacto a la mía. Creo que se alegró al comprobar mi presencia porque se presentó con rapidez entre sonrisas.

—Guardiamarina Beltrán Ordovás —me tendía la mano con caballerosa energía—. Por fin encuentro a un compañero. Llevo dos días a bordo de aburrida soledad y más perdido que un pato mareado.

—Guardiamarina Francisco de Leñanza. Me tomé el resguardo necesario para el viaje y he aparecido a bordo un día antes. Mañana llegarán los tres caballeros que faltan. ¿Cómo has embarcado en estas fechas?

—Debí permanecer tres meses de baja por enfermedad y necesaria convalecencia en mi hogar. Problemas del pecho, que por fortuna sanaron en la sierra al aire libre. Cuando me presenté en la Academia, me pasaportaron directamente para embarcar en el navío *Alejandro I*. A bordo me entregaron

un coy medio destripado de paja, que he instalado en el rincón de proa. Ya me dirá si le parece bien o he de mudarlo.

—Bueno, Beltrán, creo que deberíamos tutearnos sin mayor formalidad, aunque pertenezcamos a distintas brigadas.

—Por mí, encantado.

Parecía un joven simpático, noble y divertido. Con el pelo del color de la zanahoria más rojiza en revolución permanente y una estatura pareja a la mía, descubrí que habíamos nacido en la misma semana del mismo año. Tan sólo le llevada tres días de vida. Supuse que congeniaría con él y no me equivoqué una mota en tal predicción.

—Todavía pasaremos lo que resta de día y el de mañana en completa soledad.

—Cuando embarqué anteayer, Francisco, creí abordar un buque fantasma. No aparece casi nadie en las cubiertas, como si hubieran escapado a la carrera de una epidemia maligna.

—Si ya la dotación se mide a decenas y con los permisos otorgados en estos días, habrá quedado un mínimo de hombres a bordo.

—Casi ninguno. Y no sabes lo que debí lidiar para conseguir algo de comida.

—Bueno, esa situación es habitual para los guardiamarinas, aunque se encuentre toda la dotación a bordo. Por tal razón, en mi bolsa encontrarás una buena cantidad de chorizos, medio jamón de lustre y tasajos de cecina de venado bien curada. Este último producto me encanta porque rara vez lo pruebo. Es muy particular de la hacienda donde he pasado las Navidades.

—Me chasca la lengua en aguas bravas sólo de pensarlo —movía los labios en expresivo gesto.

—Pues no le andes con retardo y métele mano cuando quieras. Se encuentran en la bolsa de papel liada con cabos trenzados. En esta chaza, desde el primer día, declaramos que todo era de todos. Pero en adecuado reparto, desde luego. Hay que marcar por corto a Martín Bastriz, un vasco muy noble y buen compañero con casi doscientas libras de peso, capaz de entrarle al diente y comerse la jarcia firme del palo mesana.

—Pues como hoy todavía no he catado ni una migaja de galleta, entraré al trapo —ya desliaba el atado con rapidez.

—Anda con cuidado, que dos frascas de vino se encuentran embaladas con paja a su alrededor.

—¿También vino? Por los clavos de Cristo crucificado. Creo que Nuestra Señora del Rosario te ha enviado en mi auxilio.

Comprobé, en escasos minutos, que el pobre Beltrán padecía hambre de meses, o así lo aparentaba. Porque en visto y no visto, trago un chorizo de mediano a mordiscos de león. Y tras mirarme en muda petición de permiso y aceptarlo con un movimiento de mi cabeza, trasegó de la primera frasca a trago largo. Sentí apetito al observarlo y dimos cuenta entre bromas del vino, de un generoso corte de jamón y media hogaza de pan entrado en durezas.

—Bendito sea Dios y su corte celestial. Vino bueno y jamón sin huellas vivas. No hay pareja de manjares en el mundo que se les pueda igualar. Ni las dos mozas más retozonas del harén turco.

—Bueno, depende de las perneras y pechugas que exhiban esas mozas —ambos reímos y palmeamos al tiempo, sin soltar la prenda de la mano.

—¿Conoces ya el navío? Porque cuando me muevo en descubierta, acabo por perderme y he de preguntar mil veces para recuperar la cochiguera.

—Ya te acostumbrarás a la rosca dura en pocos días. Si te apetece, en cuanto me presente al oficial de guardia y mude la ropa, puedo acompañarte y dar una vuelta de proa a popa.

—Te lo agradecería, casi tanto como los chorizos —volvía a reír de excelente humor—. Bueno, no es cierto lo que acabo de decir ni de largo. Prefiero mil veces los embutidos que pasear por cubierta.

—Ya lo suponía.

—Nada sabía que debíamos amparar comida propia. Bueno, la verdad es que en mi casa no sobran los chorizos ni el jamón en tal cantidad.

—Ya nos buscaremos la mazamorra como sea necesario. Y, como último recurso, siempre quedan las ratas a mano. Las de a bordo deben de ser de procedencia rusa. Muestran listados blancos y negros, y ofrecen un tamaño muy respetable, tanto que el primer día las confundí con un conejo. Martín es un experto en su caza y asegura que ofrecen un bocado de lo más delicado.

—Todo es bueno para la puchera, cuando el hambre aprieta a borbotón.

Una vez presentado y cambiado de uniforme, con el casacón bien ajustado porque comenzaba a caer una aguacha de molde y el frío taladraba los huesos, abordé la girada de quilla completa en compañía de Beltrán, a quien encontraba más divertido conforme pasaban las horas. Además, resultó ser una máquina de enhebrar preguntas enlazadas, tanto así que no supe responder a muchas de sus dudas.

—¿Por qué es tan escaso el equipaje^[57] de este buque? Cuando embarcamos de prácticas durante una semana en el navío Guerrero, corrían hombres en manada.

—Me explicó mi padre, que durante la guerra al francés y a causa de la escasa disposición de hombres, se ordenó que los buques de la Armada rebajasen la dotación a la mitad aproximadamente. Pero en aquellos días no aparecía enemigo a la vista y la probabilidad de entrar en combate se estimaba escasa, aunque se presentaran muchos problemas para marinar los buques en confianza. El caso es que finalizó la guerra contra los malditos gabachos y se mantuvo la norma, que las malas costumbres duran demasiado. Pero ahora a bordo del *Alejandro* hemos caído a peor hasta la sentina. Según el reglamento general de tripulaciones y guarniciones, un navío de dos puentes y 74 cañones debe presentar una dotación en época de paz de 614 hombres. Y en situación de guerra, se debería aumentar en el mismo número de individuos al que tengan de cañones en sus baterías principales, dividiéndolos por mitad entre soldados de Marina y grumetes. Si tenemos en cuenta que ahora mismo disponemos de unos 160 hombres solamente, contando los doce que se encuentran de baja en el hospital, puedes echar cuentas.

—¡Válgame los cielos! ¿Dónde han caído mis huesos? Y si es cierto, como me expuso el primer día un contramaestre que me acompañó hasta la cochiguera, que hacemos agua y hay que picar las bombas...

—Desde que nos repararon la parte de proa no hacemos casi nada de agua. Pero, bueno, ya veremos que sucede si tomamos un temporal de barbas. De todas formas, se trata de una cifra ridícula. Me refiero a la dotación. En lugar de once oficiales de guerra^[58] que corresponden, se encuentran embarcados siete solamente. En el apartado de oficiales mayores, nos faltan dos cirujanos y un pilotín. De los 35 oficiales de mar, aparecen 29, la clase menos castigada. Pero ya en los cuadros siguientes, la merma se aumenta hasta hacer llorar. Especialmente en el apartado de marineros y grumetes. Porque corresponden 120 y 90 respectivamente, mientras llevamos a bordo 39 y siete nada más.

—¿39 marineros para todo un navío? No creo que sean capaces de virar por avante.

—Ni en redondo.

—También el número de artilleros será escandalosamente bajo.

—Corresponden 20 artilleros de preferencia y 100 ordinarios. Solamente disponemos de 9 y 11 respectivamente. Así que las piezas deberán ser disparadas por los ángeles custodios.

—¿Y si encontramos buques rebeldes en las aguas chilenas?

—Pues a rezar. Bueno, todos esperamos que nos embarquen más marineros y artilleros antes de salir a la mar. Y, en el peor de los casos, no

debemos olvidar a la tropa del Ejército en situación de transporte, que puedan echar un a mano.

—Bueno, Francisco, estas malas noticias y la recorrida por las cubiertas me han abierto el apetito. ¿Cómo hemos de conseguir la manduca?

—Ven conmigo. Hay un rancho que tiene la obligación de proporcionarnos la comida. Fin ocasiones, se encuentra de buen humor. A ver si hay suerte.

Posiblemente a causa del escaso número de hombres a bordo pudimos hincar el diente con alguna generosidad. Bien es cierto que Beltrán, en rápida iniciativa, aseguró al rancho que éramos cinco los guardiamarinas embarcados. Al menos, dispusimos en cantidad de una puchera con garbanzos tan negros como la pintura del buque, aunque ofreciera un apetecible regusto a vinagre.

Y como estábamos a solas, partimos un chorizo a rodajas para sembrarlo en el caldo. Acabamos la primera de las frascas de vino, mezclándola con el aguachirle de ración en sustanciosa mejora. No obstante, Beltrán exponía su tristeza al largar las últimas gotas.

—Lástima de frasca caída a muerte. No creo que probemos un caldo tan excelente en mucho tiempo.

—A bordo solamente cuando el comandante nos invite a su mesa, lo que se produce muy de tarde en tarde. Pero podemos comprar alguna frasca a bordo. Martín sabe el procedimiento para conseguirlo por medido del cocinero de equipaje.

—¿Os entregaron las pagas reglamentarias cuando abandonasteis la Academia? Nos explicó el contador que en tierra debíamos recibir el prest^[59], doce escudos de vellón, con el descuento de ocho maravedíes en escudo a favor del Fondo de Inválidos, más ración y media de pan en metálico. Pero que una vez embarcados, recibiríamos el mismo prest que en tierra, en vellón si nos encontrábamos en puertos europeos, mientras que en las Indias nos lo entregarían en plata. Asimismo, nos expuso que al salir en campaña, se nos adelantarían algunas pagas, según se estime la duración del viaje. En el preciso caso de este embarque, en lugar de la ración y media de pan, ración y media de Armada, compuesta de los géneros reglamentarios en especie, y sólo en los viajes por aguas ultramarinas se nos aumentaría con ración y media de vino. Dicha ración podría sernos satisfecha en metálico, cuando parezca así más conveniente a la Tesorería de la división. Pero hasta ahora, no he visto un solo real en la distancia.

—Beltrán, baja a la dura realidad y olvida esas maravillosas palabras del contador, entrado en sueños de grandeza.

—¿Por qué lo dices?

—Porque no hemos recibido ni un miserable real de vellón desde que embarcamos en el *Alejandro* hace poco más de tres meses. Muchas promesas del contador de a bordo, pero nada a la vista. Y se pierden las esperanzas. Nos movemos con auxilio de las familias. Las que pueden, naturalmente.

—Pues yo dispongo solamente de una pequeña bolsa con escasos reales, que me entregó mi santa madre antes de abandonar el hogar —Beltrán movía ante sus ojos una pequeña taleguilla verde, que tintineaba con escasa fuerza—. Debes saber que a mi padre, capitán de navío pasado a cuartel, le deben veintidós pagas. Viven de forma muy austera con mis cuatro hermanos, de lo que sacan de una pequeña hacienda en la villa de Ubrique. Bueno, mi abuelo materno posee ricas y extensas tierras, pero es de los antiguos con mano cerrada y solamente cuando mi madre le entra en ruegos blandos, entrega algún cochino cebado y unas pocas monedas. Una verdadera injusticia. Odio a ese judío mamón. A ver si la espicha de una putañera vez y mis hermanos pueden comer a gusto.

—No digas eso de tu abuelo. Tienes suerte de haberlo podido tratar. Por desgracia, no pude llegar a conocer a ninguno de los míos.

—Hay abuelos y abuelos, Francisco —ahora entonaba con tristeza—. No todos son iguales. Este que te menciono lleva rabo y cuernos.

—No te preocupes. Por fortuna, tres de los guardiamarinas, entre los que me cuento, poseemos bolsa suficiente para evitar apuros. Pero hemos de movernos con tiento, que la navegación puede alargarse durante muchos meses.

Al día siguiente entramos en normalidad, conforme embarcaba todo el personal con licencia concedida. De esa forma, presenté a Beltrán a los otros guardiamarinas, Martín, Gaspar y Diego. Por suerte, los tres eran nobles de corazón y buenos compañeros. Tan sólo Diego hacía un poco de vida aparte, dada su introversión y escasa capacidad de comunicarse con los demás.

Como era de esperar, el segundo comandante, capitán de fragata don Manuel Valcárcel, nos largó un nuevo espiche, de los patrióticos y con derramas sin tregua. Lo escuchamos con atención, aunque no recibíamos nueva alguna sobre la esperada salida a la mar o noticias de interés. Le preguntamos sobre el posible embarque de marineros o artilleros, que aumentara la dotación en orden, sin que supiera adelantarnos alguna circunstancia en tal sentido. De esta forma, trabajamos de sol a sol con las

misiones impuestas a cada uno. En mi caso, me encontraba a las órdenes directas del teniente de navío don José del Río y Eligió, jefe de la primera batería. Se trataba de un culebrón con pintas, que sólo sabía largar fuego por su boca cuando se dirigía hacia mí. Pero, bueno, es sabido que el caballero guardiamarina casi nunca hace nada bien, ya sea en el cielo o en la tierra. Así al menos se suele tomar por los oficiales a bordo de cualquier buque desde que el mundo es mundo, para acelerar la formación de los caballeros como oficiales.

Trabajos y clases durante todo el día, mientras nos mantuviéramos en puerto. Tales instrucciones hacían que nuestras ansias por salir a la mar, ya de por sí abultadas, aumentaran por miles. Por fortuna, algunos oficiales nos trataban con cierta condescendencia y aflojaban el rebenque con suficiente ligereza. No obstante, teníamos grabada la mar en el cerebro y suspirábamos por abandonar el fondeadero de la bahía gaditana.

* * *

En el mes de febrero comenzaron a surgir noticias de interés. Ya se sabe que los guardiamarinas han de aguzar el oído para que las nuevas lleguen a la cochiguera, y no siempre con la debida exactitud. Pero en el particular caso del navío *Alejandro*, se nos abrió la suerte por troneras. La causa no fue otra que el embarco del alférez de fragata Alonso de Tíscar, por enfermedad del de su mismo empleo Antonio María Resqueda. La gran ventaja que representaba el nuevo oficial era su parentesco con el señor comandante. Y precisamente este oficial había sentado plaza al mismo tiempo que nuestro compañero, el guardiamarina Gaspar Portocarro, de quien se presumía excelente amigo. Como es de suponer, utilizamos aquella vía para mantenernos medianamente informados, aunque en un principio nos temiéramos su desembarco. Fue Beltrán quien originó la sospecha.

—¿Qué parentesco une al alférez de fragata Tíscar con el señor comandante? Porque si se trata de su hijo, como asegura el contramaestre Riaño, debería desembarcar inmediatamente.

—Nada de eso —aseguró Gaspar con seguridad—. Tan sólo es sobrino y de segunda o tercera ley. Pero me parece que lo tiene en especial estima, por ser el hijo de un primo suyo al que se encuentra muy unido.

—No puede embarcar un oficial en un buque que se encuentre mandado por su padre —dije con seguridad—. Tras el penoso hundimiento de la fragata Magdalena en la ría de Vivero, donde se perdieron tantas vidas, apareció

sobre las aguas el cadáver del comandante, capitán de navío Blas Salcedo, abrazado al de su hijo, guardiamarina embarcado bajo su mando. Por dicha razón, se estableció una orden que impedía el embarco en dichas circunstancias.

—¡Joder! No elucubréis más y haced caso de mi información —insistía Gaspar—. Conozco muy bien a Tíscar, he hablado con él y me aseguró que es sobrino lejano del comandante. Nos informará de todo lo que se cueza en las alturas.

—Pues ya puedes andar bien pegado a su casaca.

En efecto, Gaspar tenía razón y el alférez de fragata Tíscar se mantuvo a bordo. Y como se trataba de un excelente compañero, recién ganada la charretera^[60], nos sirvió de excelente informador. A través de él tuvimos conocimiento de que en la segunda quincena de febrero comenzaban a sonar de nuevo algunos nombres de navíos y fragatas para la definitiva composición de la división del mar del Sur. También se produjeron todavía algunas resignaciones de mandos por razones de más que dudosa enfermedad, en aquel envite que la oficialidad de la Armada, en su aversión a los buques rusos y protestas por su adquisición, parecía lanzar a la cara del mismísimo Soberano.

Un detalle vino a modificar los tiempos establecidos hasta el momento. Se tuvo noticia de la pérdida de la fragata Reina María Isabel en las costas chilenas. Había sucedido tal desastre en el puerto de Talcahuano, al que arribaba la fragata de origen ruso con tres mercantes, un elevado porcentaje de enfermos de escorbuto a bordo y alarmante falta de víveres. El puerto había sido evacuado días atrás por las tropas del Ejército. El comandante de la fragata, al contemplar la bandera del Rey izada en el puerto, una celada habitual en la que no debía haber caído, metió las barbas de lleno en la madriguera. Aunque al comprender la verdadera situación intentara una varada de fortuna, dado el escaso personal disponible, fue apresado por buques chilenos con rapidez, unas fuerzas insurgentes que tomaban indebida prepotencia y ponían en peligro la seguridad del virreinato.

Ante tan negativa noticia, el general del Ejército Francisco de Eguía propuso a don Fernando que se habilitaran dos navíos de guerra con la mayor urgencia posible, para que formaran la cabeza de la expedición a Lima, llamada como división del mar del Sur. Lo aceptó Su Majestad, dictando las órdenes oportunas, en las que exigía que se trabajara en dichos navíos noche y día si fuese necesario. También obligaba a que se mantuviera en secreto el destino final de esos buques, propalando que debían realizar comisión de

guerra en las costas africanas del Mediterráneo. Pocos días después, de nuevo entraba Su Majestad a la brega directa, se supone que convenientemente asesorado por su experto naval y ministro de Marina interino. Ordenaba que salieran a la mar inmediatamente los navíos *Fernando VII*, *Alejandro I* y *San Telmo*, así como alguna fragata que se encontrara en condiciones. La misión que se le imponía a dicha fuerza quedaba expuesta con claridad: ... *que levanten el bloqueo del Callao, dominen la Mar del Sur y la limpien de Piratas, buscando además donde quiera que se halle la escuadra insurgente y la destruyan, librando al mismo tiempo de la consternación y el peligro que podrá hallarse el Perú...*

Parecía que por fin se aceleraban los preparativos con la debida seriedad. Pero no por entrar Su Majestad con órdenes directas, sino por haberse recibido en el Arsenal los fondos necesarios para llevar a cabo las reparaciones y habilitación presupuestadas. En la segunda quincena del mes de marzo, el prestigioso brigadier don Rosendo Porlier acababa por ser nombrado definitivamente como comandante del navío *San Telmo* y jefe de la División Naval que había de verificar las Reales órdenes. De inmediato, Porlier, sin dudarle un segundo, mostraba su disconformidad con los someros reconocimientos a los que habían sido sometidos los buques asignados bajo su mando. Al mismo tiempo, solicitaba un reconocimiento a fondo de los buques, bajo la dirección de expertos ingenieros navales. También requería el jefe de la división, que esta quedara formada por los navíos *Fernando VII*, *San Telmo* y *Guerrero*, así como la fragata *Prueba*.

Llegadas las peticiones del jefe de la división a Su Majestad, con cierto temor en Hidalgo de Cisneros y Eguía, las desestimó de forma fulminante. Insistió el Monarca en que la división se hiciera a la mar de inmediato sin necesidad de reconocimiento alguno y formada por los navíos *San Telmo* y *Alejandro I*, así como la fragata *Prueba*, exigiendo un exacto y rápido cumplimiento de sus reales deseos. Porlier desesperaba y maldecía por el simple hecho de que fuera Su Majestad, ajeno al verdadero estado de los buques, quien eligiera las unidades que habían de componer la fuerza bajo su mando. Una actuación que en mucho recordaba a las llevadas a cabo por don Manuel Godoy en los primeros años del siglo. Porlier estimaba que el navío *Alejandro* necesita un profundo reconocimiento de sus fondos, tras las contingencias sufridas en las últimas navegaciones.

Es fácil suponer cómo nos sentíamos en nuestro navío, ante estos comentarios en los que se nos agregaba o eliminaba de la división que debía aproar hacia el cabo de Hornos. En la cochiguera discutíamos como leones e

insultábamos a media España, según el cariz de la última noticia llegada vía Tíscar. La verdad es que nos mantuvimos con temor en los higadillos y mente en suspenso durante dos semanas completas, en espera de que Porlier fuera exonerado de su cargo y posiblemente apartado de la carrera como lo habían sido los comandantes Beránger y Guruceta. Porque los nombramientos para el mando de los navíos continuaban sembrando cizaña de la espesa.

Para sorpresa general, el brigadier Porlier no fue exonerado de su mando de forma fulminante, como muchos pensaban. En primer lugar, debía de pesar el enorme prestigio del oficial, así como su ascendiente sobre los demás compañeros. Pero también a la urgencia establecida para la salida a la mar de la división. En esta ocasión fue bien aconsejado el Monarca, en el sentido de que no tensara aún más los enfrentamientos con los oficiales de la Armada. Y no sólo no se le separaba de su mando, sino que Su Majestad insiste en orden personal a que Porlier saliera a la mar con los buques designados de su Real Mano. Al mismo tiempo, se confirmaban en propiedad los mandos del *San Telmo* en su persona y el del *Alejandro I* en el capitán de navío don Antonio de Tíscar.

Botamos de alegría los guardiamarinas cuando tuvimos conocimiento, en esta ocasión a través de un compañero guardiamarina del navío *San Telmo*, de la Real y definitiva orden. Eso significaba una pronta salida a la mar de nuestro buque, con proa cuajada hacia las latitudes australes. En nuestras discusiones, quien parecía mostrar más cordura era el nuevo, como algunos denominaban a Beltrán, que se había convertido en mi más íntimo e inseparable amigo.

—¿No os habéis preguntado todavía por qué un oficial de la categoría de don Rosendo Porlier, desestima a nuestro navío *Alejandro* para formar parte de la división? No creo que sea por su gusto.

—Nadie olvida la entrada de abundante agua que sufrimos en el tornaviaje desde Barcelona —entró Diego con rapidez.

—Un pequeño temporal de dos días de duración, a causa de un lebeche de escasa monta, produjo esa entrada de agua que casi os envía a los fondos —insistía Beltrán con desenvoltura—. ¿Qué será de estas maderas en el cabo de Hornos o en los cuarenta rugientes^[61]? Esa debe de ser la verdadera razón. Porlier exige un reconocimiento de los fondos, acción cuerda y obligada que no se ha llevado a cabo.

—¡Joder, Beltrán! —Comentaba Gaspar con retranca—. Parece que hubieses navegado desde Barcelona con nosotros. Ese lebeche de escasa monta nos hizo dar balances de ordago y muerte.

—Aunque suspiro para que este buque sea seleccionado como miembro de la división —intervine en defensa—, creo que Beltrán tiene toda la razón. Si agarramos un temporal de olas blancas, no estoy seguro de cómo se comportará este navío ruso. Pero, bueno, espero que en caso de deshacerse en maderas sueltas, lo haga una vez entrados en el mar del Sur y alcancemos tierra. Deberíamos quedar desembarcados en la capital limeña. Creo que se trata de una ciudad preciosa, la joya de nuestro imperio. Y con mozas de tronío.

—Tienes razón. Y nos dejarán en tierra cómodamente instalados, con generosa ración de vino y paletillas horneadas al gusto. No sueñes tanto, Francisco. Si este navío se desguaza en parches a causa del estado de la mar y las olas, acabaremos con los huevos congelados en las aguas frías.

—¿Por qué mencionas las paletillas horneadas? —Martín chascaba la lengua—. Tengo hambre. A ver si la menestra de hoy nos entra en cazo grande. Me comería un cochino de rabo a morro.

—Y yo —asentía Beltrán, que también hincaba el diente con medida larga.

—Pues a por el rancho, señores.

Continuamos discutiendo sobre un tema que, en verdad, todos mantenían a bordo en sus cabezas con mayor o menor intensidad. Pero bien saben los dioses de la mar, que hasta la más jodida rumazón acaba por abrir grietas de costera, aunque los colores se muevan en desorden. Por fin, el día primero de mayo se ordenó habilitar los buques de la división naval del mar del Sur, bajo el mando del brigadier Rosendo Porlier. Se preveía la salida a la mar para el próximo día 11.

De inmediato y entrados en corrida de nervios, los guardiamarinas solicitamos permiso para bajar a tierra. Debíamos acopiar existencias tanto sólidas como líquidas, pensando en una navegación que se podía alargar en meses. Se nos concedió la petición a ración escasa durante algunas horas y solamente para dos de los caballeros. Reunimos las monedas necesarias entre todos, aunque algunos aportáramos más que otros en gesto de necesario compañerismo. Porque ni Diego ni Beltrán mantenían en su faltriquera más de algún perdido real.

Al mismo tiempo, a bordo del *Alejandro* nos manteníamos a la espera del embarque de un mínimo de marineros, grumetes y artilleros, que aseguraran la navegación a malas y el posible enfrentamiento contra unidades rebeldes. El comandante regresaba cada día a bordo, tras llevar a cabo desesperadas gestiones, con espuma en su boca y sin perdigones en el cartucho. Y como

limosna de iglesia, cinco días antes de la prevista salida a la mar aparecieron a bordo ocho marineros y siete grumetes, más cercanos a la estada de cuadrilla de presidiarios, que a la de gente de mar. El contramaestre primero, don Casimiro Argeles, repartía estopa con sus brazos, al tiempo que despotricaba de todo lo divino y humano. Por último, el noveno día de mayo embarcaron algunas fuerzas del Ejército para su transporte. En conjunto, tomaron las tablas dos secciones de artillería con armamento propio, una de pontoneros y tres de infantería, unos fusileros que aumentaban el poder de fuego. Aunque el número de oficiales se consideraba escaso para el control de sus hombres, aquellos noventa y dos soldados ofrecían un necesario amparo. Después de todo, eran manos a las que recurrir, llegado el momento de la extrema necesidad.

Por mi parte, puedo asegurar que cuando al alba subía hasta la cofa del palo trinquete y oteaba el horizonte, me extasiaba de placer. Aseguraba mi padre en sus cuadernillos, que tras haber navegado por los cinco continentes, pocos paisajes se podían comparar a esa ensenada plena de luz, donde nuestros ojos disfrutaban del esplendor en las treinta y dos cuartas^[62], sin que sea posible pasar por alto uno solo de sus rincones. Y le concedía toda la razón, porque uno podía mantenerse con aquella extraordinaria visión durante horas y horas, sin entrar en cansancio de ojos. Bien es cierto que desde la cofa de cualquier palo, el mundo se presenta de otra forma bien distinta, como bóveda celeste en alumbramiento.

Y no quedaban ahí las puras ensoñaciones, porque en mi alborotada imaginación distinguía hacia, el sudeste estampas muy lejanas, como las bocas del Río de la Plata y del estrecho de Magallanes, con su cabo de las Once Mil Vírgenes abierto en cuña. Las estampas afinadas en el cerebro no menguaban una mota, porque más allá imaginaba con extrema claridad las masas grisáceas y violentas del cabo de Hornos y, ya con el placer entrado en vapores, las idealizadas aguas del mar del Sur.

Sueños y más sueños, base de la vida en todo hombre de mar. No se puede navegar una sola milla sin sueños blancos o negros, decía mi abuelo Francisco. Y de forma especial en aquellos jóvenes que nos abríamos en derrota larga por primera vez. Así lo cantaba con guasa Tarifeño, uno de los gavieros gaditanos del palo mayor:

*Sueña con la mar, sueña
Moza de carnes prietas
Aunque luego te ofrezca
Muerte y grutas de vieja*

21. A la mar

Con las primeras horas del día 11 de mayo, un jueves que abría sus portas con un sol a cruzar rojos y visibilidad infinita, el buque insignia ordenó levar las anclas a los tres buques que componían la división del mar del Sur. Y como había ordenado Su Majestad, la fuerza se componía de los navíos *San Telmo* y *Alejandro I*, en compañía de la fragata *Prueba*. Y había sido el brigadier don Rosendo Porlier al mando de la fuerza quien, hasta el último momento, había intentado sustituir el *Alejandro* por el navío Guerrero, sin que los expertos navales asentados en la Corte lo admitieran. También se unió para realizar la navegación en conserva la fragata mercante *Mariana*, con destino a El Callao.

Aunque el buque se encontraba fondeado con dos anclas al abrigo, durante el alistamiento final para salir a la mar se había levado una de ellas, dejando solamente un ferro clavado en los fondos. De esa forma, se aceleraba la definitiva libertad del buque. Entre los guardiamarinas se acrecentaba el febril entusiasmo, que suponía salir a la mar en un navío de 74 cañones con rumbo hacia el mar del Sur. Aquella última noche, previa al abandono de la bahía gaditana, apenas dormimos una hora en la cochiguera, con los nervios bien aferrados a la tripa. De tal forma, cuando se ordenó ocupar los puestos para levar el ancla, ya me encontraba en el castillo junto al segundo comandante y el alférez de navío Asís de Margano. Y como era habitual en todo lugar y momento con los guardiamarinas, el segundo me entró con una de sus habituales preguntas.

—Dígame, caballero, ¿de cuántas anclas dispone este buque y cuáles son sus características?

Aunque estimé que no cruzábamos el momento apropiado para entrar en exámenes de putaños conocimientos, me apresté a responder con el debido respeto. No deseaba salir a la mar con anotaciones en rojo y castigos preventivos en adelante.

—Disponemos de cuatro anclas a la vista en las amuras, señor segundo, dos a cada banda. Tres de ellas son de leva o pendura, mientras la cuarta se estiba en firme a estribor.

—Un momento. ¿Qué palabras se pueden emplear a bordo para denominar a las anclas?

—Además de la palabra ancla, la más correcta según los diccionarios navales, se utilizan a bordo para describirla, y con más frecuencia si cabe, las de ferro y fierro. También algunos contraмаestres viejos las denominan todavía como ánchora, una antigua acepción.

—Bien. Continúe con las descripciones.

—La principal de las cuatro anclas estibadas en las amuras, aunque sea tercera en el orden de contar, es la de la esperanza, también llamada ancla de horma, de forma o formaleza. Se encuentra estibada en la amura de estribor. En este buque pesa unos 72 quintales y se larga por medio de un cable de 29 pulgadas, con unas 120 brazas de longitud. También cuenta con las otras tres anclas, la menor llamada ancla sencilla, de leva, o de cabeza. A continuación viene la conocida como ancla de uso o del ajuste, que en estos momentos mantenemos todavía agarrada a los fondos. Y, por último, nos queda el ancla cuarta o de respeto, estibada en firme como le decía en la amura de babor. Sus pesos oscilan entre los 50 y los 60 quintales aproximadamente. También disponemos de una quinta llamada ancla de la caridad, aún de mayor peso que la de la esperanza. Se trata del último respeto posible y se encuentra almacenada en la bodega. No la llevaba a bordo el navío cuando llegó de Rusia. Fue trasladada desde el arsenal. Y creo que procedía del navío Neptuno, varado tras el combate de Trafalgar y del que se recuperaron bastantes efectos. En conjunto y para su laboreo, contamos con cinco cables de 29 pulgadas y uno de 26.

—Bien. Pero le falta...

En aquel momento y para tranquilidad de mi alma, porque ya el segundo deseaba entrar en esquelas de muerte hasta cazarme con plumas, se escuchó el pitido del contraмаestre primero, situado junto al comandante en el alcázar.

La orden no admitía dudas: levar el ancla restante y quedar libres para largar el aparejo. El segundo solamente necesitó de una leve inclinación de cabeza, dirigida hacia el segundo contraмаestre, para que también éste entrara en sinfonía de pito. Los hombres asignados al cabestrante^[63] embutían al golpe sus barras en las respectivas bocabarras, para comenzar la trabajosa faena de hacerlo girar como burros encadenados a la noria, con el virador rodeando el cuerpo de la máquina sobre los guardainfantes. El pito del

contra maestre marcaba el ritmo mientras, poco a poco, el ancla abandonaba su lecho en el fondo. El ferro se levaba con los viradores y el esfuerzo de nuestros hombres, sin murmullos a la contra. Tan sólo de tanto en tanto se escuchaba la voz dura del segundo contra maestre, largando la habitual y repetida orden de «enmendar los mojeles^[64]». Por fin, una vez que el ancla quedara arriba y clara^[65], dicha voz debía ser largada con fuerza por el segundo comandante, para estibarla a continuación de firme en la amura del navío con sus tres compañeras. Era el momento decisivo porque ya nada nos uniría a tierra, se habría cortado el cordón umbilical y el buque se encontraría libre para salir adelante y volar por sus propios medios. Sin embargo, no llegamos a dar la voz esperada y definitiva. Porque cuando parecía que todo se desarrollaba en melodía de luces, se produjo un inesperado accidente.

—¡Manos quietas y todo firme! ¡Mójeles firmes en doble vuelta! ¡Mójeles firmes! —Gritaba el contra maestre como un poseído, al observar el desajuste del cabo—. ¡Se ha despasado el cabrestante!

—¡Todo firme y a la mano! ¡No largar ni un suspiro! —gritaba el segundo comandante con fuerza, al tiempo que se dirigía hacia el cuerpo cilíndrico, apartando a su paso a los marineros.

Aunque no comprendía bien en aquellos momentos lo que sucedía, me fui haciendo una clara idea en pocos instantes. Como ya el segundo contra maestre había ofrecido las pitadas que aclaraban la situación de emergencia en proa, el contra maestre primero, don Casimiro, llegaba a la carrera hasta el castillo, posiblemente enviado por el comandante. Deben tener en cuenta que la situación era un tanto preocupante. Porque una vez el ancla zarpada del fondo, el buque quedaba sin agarre y a la libre disposición del viento y las corrientes. Aunque el vagajillo aumentaba suavemente para formar una ligera ventolina de levante, el *Alejandro* comenzaba a borrar con pereza a su libre albedrío. Como es norma habitual cuando se levantan las anclas, habíamos dado la lancha y el bote al agua, por si fuera necesario su concurso. Alistada con un cabo de remolque, la lancha comenzó a bogar a la orden para mantenernos fuera de todo peligro.

Don Casimiro había bajado a la cubierta de la segunda batería, tomando la escotilla de proa a la carrera. Por ser el cabrestante del castillo de dos cuerpos, era allí donde debía de haber surgido el problema. Y, en efecto, poco después aparecía por la escotilla, con los bigotes en brusco movimiento de bandas.

—¿Qué sucede, don Casimiro? —preguntó el segundo con rapidez.

—Se despasó a tochón, señor. Ha partido el mazo de base y se ha mancornado el eje hacia babor.

—Salga a la carrera hacia el alcázar. Dígale al comandante que recomiendo fondear un ancla de babor de forma inmediata, mientras se repara el mazo.

—Muy bien, señor.

Poco después fondeábamos un ancla de la banda contraria, que agarraba en el fondo sin mayores problemas. Bien es cierto que el viento se mantenía en cuerdas de bondad y no se aventuraba peligro en acecho. Con rapidez, carpinteros y contramaestres entraron a la faena, para reponer en forma la avería sufrida. Bajé por la escotilla con el segundo, para observar los trabajos. La voz de don Casimiro se elevaba sobre el resto.

—¡Increíble! Estos rusos malparidos fabrican los elementos de fuerza con maderas más propias de juegos infantiles.

—Tiene razón, don Casimiro —afirmaba don José Doriño, el carpintero primero—. Jamás observé el mazo de un cabrestante fabricado con pino rodal. Así le revienten las tripas al ingeniero que lo proyectó.

—¡Las tripas y los bajos!

Comenzó a transcurrir el tiempo con extrema lentitud. Tanto el carpintero como don Casimiro, confirmaron al comandante que necesitarían cuatro o cinco horas para reponer la merma en condiciones. Transmitida la señal al buque insignia, el jefe de la división comunicó que el resto de las unidades rebajaban vela y que el *Alejandro* se incorporara a la fuerza en cuanto le fuera posible. Pero no quedaban ahí las cuentas negras. Porque cuando a las cuatro de la tarde se podía levar con garantía, el viento había saltado fresco y del noroeste, imposibilitando la salida de la bahía. Y como no se deseaba forzar una mota a un buque con características marineras bastante pobres, el brigadier Porlier ordenó mantenernos fondeados hasta el alba y encarar la salida con garantía.

Entré de guardia de prima^[66] en cubierta. Contemplaba cómo el comandante paseaba por el alcázar con las manos a la espalda y evidentes movimientos de su boca, que hacían pensar en expresiones poco bondadosas. Nadie pronunciaba una palabra, que en esos momentos puede saltar un rayo contra el pecho sin mayor esfuerzo. No obstante, quedé sorprendido cuando el capitán de navío Tíscar se acercó hacia mí con una sonrisa en la boca. Me destoqué con rapidez en cumplimiento de la ordenanza.

—¿Cómo se encuentra su padre, Leñanza?

—Muy bien, señor comandante, aunque un tanto triste por la situación que atraviesa.

—Una injusta e indigna situación, que no merece tan excelente general. Muchas veces he admirado su temple, de forma especial cuando mandaba la fragata Proserpina por el mar de las Indias. Espero que pronto regrese a la normalidad y asuma la deseada responsabilidad. ¿Y usted se encuentra contento a bordo?

—Mucho, señor comandante. Cualquier guardiamarina daría uno de sus brazos por encarar una comisión en el mar del Sur.

—Espero que este navío no se deshaga en maderas sueltas, antes de montar el cabo de Hornos. Y que la Patrona nos ofrezca un cable de fuerza para que no aparezcan espumas altas por aquellas latitudes. Bueno, es posible que necesitemos más de un cable.

Regresó el comandante a su nervioso paseo. El viento había caído a ras, aunque no sabíamos lo que nos encontraríamos al alba, cuando comenzara a brotar el soplo. No es grato a ningún mando comenzar una comisión de mar con problemas en la primera maniobra, pero no quedaba más remedio que tragar estopa por boquera estrecha e intentar salir avante.

Cuando el alba se abría lo suficiente como para marcar a la vista los perfiles de la costa, la corneta y el tambor tocaron a llamada general. El comandante no deseaba perder un segundo de más y ordenó levar el ancla de babor de inmediato. Y bien que nos mantuvimos alerta en el castillo, para que no saltara piedra alguna de nuevo a la contra. Por fortuna, el segundo comandante pudo ofrecer la voz de «arriba y clara», mientras el ferro se afirmada en la amura.

Largamos todo el aparejo bajo un soplo fresquito de levante y aproamos en demanda de la boca de la bahía. Y ya de entrada pude escuchar las generalizadas protestas de oficiales y contramaestres, al comprobar una vez más la escasez de marineros y el escaso grado de adiestramiento en gran parte de ellos. Al menos, confortaba contemplar el *San Telmo* a unas seis millas de distancia, posiblemente a causa del escaso viento nocturno y el deseo de Porlier de esperar a su compañero. Llegamos a su altura por fin, momento en el que el insignia establecía orden de marcha en columna, con la fragata *Mariana* incrustada entre la *Prueba* y el *Alejandro*. Pero ya desde el primer momento quedaron muy claros dos aspectos poco agradables. En primer lugar, no era nada fácil maniobrar con el *Alejandro* con viento abierto en menos de seis cuartas. Y, aun así, tontoneaba al rumbo con retraso y perdía distancia del matalote^[67] de proa a las claras. El *San Telmo* lo comprendió con rapidez, pasando a rebajar trapo para que no descolgáramos a la columna entera, una condición que desagradaba profundamente a todos los oficiales.

A pesar de estos negativos pormenores, los guardiamarinas atravesábamos los mejores momentos. Con las guardias de mar apenas restaba tiempo para las lecciones ordinarias, que se eliminaban casi al ciento. Y, como suele ser habitual en todo buque, la manduca se ofrece de mejor calidad y en mayor abundancia durante los primeros días de mar. Todavía el vino era vino, sin haberse convertido en puro vinagre, que obligaba al empleo de agua y especias para poder injerirlo. Y el agua también se podía beber con gusto, sin malos olores ni legañas sueltas en la superficie. Pero ya digo que aquellos detalles nos pasaban a popa con bendita facilidad. Porque todos pensábamos en tragar millas a tranco largo y observar pronto el continente americano.

Como la navegación parecía preñada en tuerto desde el primer momento, creo que fue al tercer día de navegación, cuando saltó la primera morena. Navegábamos con todo el aparejo largado, a un largo bajo un viento fresco del noroeste y proa firme hacia la isla de Tenerife. Precisamente me encontraba de guardia a poco de cruzar la meridiana, cuando escuché el sonido que suele ofrecer un látigo en descarga, pero látigo de dios mayor encolerizado por el estruendo producido. Seguí la mirada del guardián^[68], que se encontraba cerca de mí, para comprobar que el velacho se había rifado al orden del moro^[69]. Las maldiciones comenzaron a escucharse de proa a popa. Ni siquiera se hizo necesario degollar la vela, porque según comentaba don Casimiro jamás había observado una rifada de tal tamaño. Los restos gualdrapeaban con sonoro quejido, mientras algunos marineros trepaban por la jarcia para aconchar los restos. No tardó el comandante en sacar cabeza de su cámara.

—¿Rifada de órdago con viento fresco, don Casimiro? Supongo que se trata del velacho inicial.

—Así es, señor. El malparido velacho que este buque trajo de Rusia. Los dos que mantenemos de respeto en el pañol de velas, nos los confeccionaron en el arsenal de La Carraca. He ordenado sacar uno de ellos y que el maestro velero repare el rifado si se le avía la faena.

—Bien hecho.

Una vez repuesto el velacho, ocupamos de nuevo el puesto en la formación de marcha. Pero como suele ser habitual y aunque se hubiesen copiado los gálivos a la mínima pulgada, no trabajaba la vela de repuesto como la original. La tocaba el viento en los puños bajos, sin que fuese remediable el efecto con el uso permanente de brazas o escotas. Por fortuna, no parecía afectar en demasía al andar del buque, aunque forzara una estampa poco marinera a la vista.

Según los cálculos llevados a cabo por el piloto, el alférez de fragata graduado don Benigno Marcos, y el teniente de navío Valcárcel, con el viento a un largo y fresco de fuerza, como era el caso, necesitaríamos enmendar una cuarta del rumbo a barlovento para contrarrestar el abatimiento^[70], corrección que se aplicó sin dudar. No obstante, pocas horas después, tal y como había profetizado don Casimiro, aumentaba el soplo a frescachón, mantenido del noroeste, lo que nos obligó a aferrar juanetes en prevención y calzar cuarta y media más de corrección en la proa a estribor. Bien es cierto que estos cálculos eran aproximados y en mucho dependían del buen hacer de los timoneles, capaces de mantener la proa a la cuarta si eran de buenas manos. Después de todo, la visión del pico del Teide sería el faro definitivo, que nos guiaría sin posible error desde bastante distancia hacia la isla de Tenerife, si la visibilidad era buena.

En la jornada siguiente, el viento regresó a cuerdas de orden, ese noroeste de todas las velas que nos impulsaba en bendita conjunción hacia las islas Afortunadas. Creo que fue al quinto o sexto día cuando, de nuevo de guardia en el alcázar, se escuchó la voz recia del vigiador^[71] instalado en el trinquete. Largó la esperada frase.

—¡Tierra! ¡Dos cuartas a estribor!

—Debe ser el pico del Teide, señor comandante —dijo el oficial de guardia, alférez de navío Margano, al tiempo que enfocaba su anteojo con cierto nerviosismo en la mencionada dirección.

—¿No ha observado nunca ese fabuloso pico desde la mar, caballero Leñanza?

Me tomó desprevenido la pregunta del comandante, por lo que necesité algunos segundos para responder.

—No, señor comandante. Es la primera vez que navego hacia las islas.

—Lo comprendo, no ha de excusarse. Pero seguro que habrá escuchado algunos detalles sobre el Teide.

—Se comenta su espectacular altura, señor. Dicen que desde su cumbre pueden divisarse las montañas de la isla de Madera, situada a unas 240 millas de distancia. Puede que no sea cierto.

—Lo es aunque no lo haya comprobado en persona. Si entra en las tablas de alturas y distancias, podrá comprobarlo. Debemos encontrarnos a unas ochenta millas de ese pico más o menos.

—¿A tantas millas se aparece el Teide, señor? —La pregunta me salió del alma y sin premeditación. El teniente de navío Valcárcel, a cargo de los guardiamarinas, me lanzó una mirada asesina, al haberme dirigido por

derecho al comandante. Porque a los guardiamarinas solamente nos estaba permitido responder a sus preguntas.

—Desde luego. ¡Don Benigno!

—Ordene, señor comandante —contestó el piloto desde la timonera.

—Déme distancia a punta Anaga desde la situación de estima^[72] actual.

—Unas 75 millas, señor.

—Poco me he equivocado —dijo el comandante, satisfecho—. Una vez trepé por sus laderas hasta muy cerca del pico. Por desgracia, la visibilidad era muy mala y no pude apreciar una de esas visiones mágicas que se le aparejan.

Como si hubiera sido una señal para liberar a los demonios conjurados, acababa de pronunciar el comandante sus últimas palabras, cuando de nuevo se escuchaba un bramido en las alturas. Eleve la mirada hacia donde estimaba la procedencia del chasquido, para comprobar que el mastelero del velacho se había rendido en estrépito, con el mare mágnum de cabuyería y velas consiguiente que tal contingencia origina. El comandante fue el primero en largar culebras.

—¡Maldita sea la zorrana que parió este buque! ¡Don Casimiro!

—Ya lo he comprobado con mis ojos, señor comandante —el contramaestre ofrecía un semblante de incredulidad—. Debemos fachear^[73] para intentar reparar el daño en lo posible.

—¡Se ha rendido el mastelero con un merdoso viento fresco! —El comandante mesaba sus cabellos con desesperación—. Por las jodidas toninas, ¿qué nos sucederá cuando suframos un soplo cascarrón o más alto?

—Es posible que salten las maderas de todos los palos en mil astillas, señor —apostilló el segundo en tono de chanza, que no fue digerido por el capitán de navío Tíscar con mucho agrado.

Avisado el navío insignia, quedamos en facha para remediar la situación. Como se esperaba entrar en el fondeadero tinerfeño una o dos jornadas después, el comandante decidió eliminar los males principales solamente, aclarar maniobra y alistar los elementos necesarios para su correcta y definitiva reparación en Tenerife. Pero no se trataba solamente de apechugar con una desgracia, que puede ser considerada como un mal habitual en la mar. Porque todas las cabezas rumiaban sobre el significado de aquellos infortunios sufridos, pensando en lo que nos restaba por la proa.

Quedé maravillado de la rapidez con la que se despejó el desastre producido a bordo, al tiempo que se desguarnía el mastelero rendido y se arranchaba todo el material utilizable con orden. Y como clamaba el

contra maestre, solamente con unos pocos marineros de verdad, de los de sangre salada en las venas. De esta forma, pronto nos incorporamos a la fuerza. Imaginaba lo que pensaría en aquellos momentos el brigadier don Rosendo Porlier, al observar las penalidades sufridas por su pareja. Porque si entrábamos en comparaciones, entre el *San Telmo* y el *Alejandro* se habría una sima de diferencia en cuanto a calidad de construcción, fiabilidad y posibilidades de maniobra.

Aquella misma tarde, en la chaza de guardiamarinas comenzaron a sonar las letanías en concierto de plena desesperanza. Porque en realidad, nuestro miedo se centraba en que se declarara el buque como inservible o poco menos, sin posibilidad de alcanzar la perseguida meta en las Indias. Como de costumbre, Beltrán entonaba con la mayor cordura.

—¿Os imagináis a este navío metido en un temporal de verdad? Vamos, no he sufrido ninguno todavía en mi vida, pero puedo imaginarlo. Si con viento de escaso calado sufrimos tales desgracias, ya veremos cómo se cuece le perola en el cabo de Hornos.

—No seas cenizo, Beltrán —clamaba Gaspar con ligero enfado—. No creo que cada cinco días se destroce algún aparejo. Ha sido mala suerte y nada más.

—Bueno —entré en la discusión—, mala suerte y un buque construido con maderas muy pobres, así como escasamente mantenidas en los últimos años.

—Le sucede como a los enfermos que regresan a la diaria actividad. El buque sufre dolores. En cuanto coja la onda a ritmo, se normalizará todo a bordo —insistía Beltrán, sin dar su brazo a torcer una sola pulgada—. Lo que hace falta es un ventarrón de verdad y que se ordenen las maderas a bordo.

—Que se ordenen o salgan las vergas y masteleros despedidos por los aires. En ese caso, acabaremos por mojarnos el culo y hasta la camisola. Y mejor que suceda tal contingencia en el ecuador con aguas calientes, que en el cabo de Hornos entre hielos. Acabaremos con el pito congelado.

—Sí nos traga la mar hacia los fondos, de poco necesitaremos el pito.

Todos reímos la salida de Martín, mientras tomábamos galleta con chorizos adquiridos en Cádiz. Como el humor se elevaba en grillos y de nuevo atacábamos el tema de las costas peruanas, descorchamos una frasca de vino, de la que dimos cuenta con rapidez.

* * *

Por haber caído el viento a fresquito y en tientos, necesitamos de dos singladuras para largar los ferros frente a Tenerife, la primera ciudad canaria que observaba a lo largo de mi existencia. Pero ya me había llamado la atención la extraordinaria orografía de la isla, distinta a todo lo visto en la vida, desde que recaláramos en la punta de Anaga con sus Roques adelantados. Y se trataba de unas piedras tan negras, que algunos pilotos antiguos las denominaban como Rocas del Infierno. Eso comentaba, al menos, don Benigno Marcos. Y aunque estimaba que Tenerife era la villa principal de la isla desde la conquista, resultó que durante muchos años la ciudad de La Laguna había ocupado la capitalidad administrativa.

Como norma habitual en los embarques de los guardiamarinas, se designó al piloto, natural de un pueblecito tinerfeño, para que nos explicara las características principales, tanto geográficas como históricas, de la ciudad. Habíamos fondeado en la preciosa y resguardada bahía tinerfeña, al abrigo y con las dos anclas, a levante y escasas varas de lo que parecía el centro de la villa. Y asemejaba una generosa población instalada en una extensa llanura con suave pendiente desde las aguas, cortada hacia el norte por una formidable cordillera de montes abruptos. Vista desde la mar, se observaba cómo ascendía poco a poco su caserío luminoso por un amplio marco, encuadrado entre montañas irregulares de salvaje belleza, al tiempo que sus elevadas cumbres la cerraban al Mediodía. También pudimos observar las torres de los modernos edificios, mientras en las laderas destacaban huertas y jardines con algún palacete de espléndido señorío.

Siguiendo las indicaciones del piloto, identificamos con facilidad el castillo de San Cristóbal, construido en la segunda mitad del siglo XVI. También comprobamos una alargada plaza en la que aparecía una hermosa alegoría en mármol blanco de Carrara. Tal obra había salido de la mano del famoso escultor Canova y representaba la imagen de la aparición de la Virgen de la Candelaria a los guanches, según una antigua leyenda, patrona de las siete islas Canarias. Hacia el sur comprobamos la iglesia matriz de la Concepción, precioso templo erigido de nuevo a mediados del siglo XVII, tras haber sido destruido por un incendio, donde se conservaba la Cruz de la Conquista, primer símbolo cristiano que plantara el adelantado Alonso Fernández de Lugo al desembarcar en aquellas fierras. También se guardaban en el templo las banderas apresadas con inmenso orgullo tinerfeño al almirante Nelson en su fracasada operación de conquista.

No descansó el personal de a bordo en la bahía tinerfeña un solo minuto en las dos primeras jornadas. Además de los trabajos necesarios en el

aparejo, se Nevó a cabo el barqueo para rellenar la aguada. Pero, al mismo tiempo, se adquirirían alimentos de salud, tan necesarios para evitar la aparición de la maldita peste de la mar, también llamada escorbuto. En las faenas de brazos entraron al apoyo los soldados del Ejército, en acuerdo con sus oficiales. Según indicaba el cirujano, por ambientes tan fríos como el cabo de Hornos y costas patagónicas, las bajas temperaturas hacían aflorar ese mal de la peste con mayor facilidad. Por tal razón, se recomendaba el uso abundante de la fruta, aunque se tratara de un alimento que la dotación solía despreciar.

Quedé maravillado de las primorosas manos de nuestros carpinteros, a los que consideraba capaces de construir cualquier mueble noble de palacio. Porque en un tiempo tan escaso que consideraba como imposible, dejaron la maniobra del palo mayor como nieve de relumbrón. Y no se trata de faena sencilla guindar^[74] un mastelero en la mar. Por fortuna, los respetos amparados del arsenal gaditano habían sido de calidad y en elevado número. Y, como aseguraba el contramaestre, partirían otras maderas de a bordo, pero no aquel mastelero de velacho elaborado en La Carraca, aunque el encaje de origen dejara bastante que desear.

Parecía que todo regresaba a la más pura normalidad y el ambiente general mejoraba en bastantes alteros. No obstante y a través del alférez de fragata Tíscar, nos llegaba la onda sobre la preocupación del brigadier Porlier con vistas al futuro, así expresado a nuestro comandante. La verdad es que el jefe de la división consideraba al *Alejandro* como una rémora para la fuerza. Porque si ya se mostraba escaso en su capacidad de bolinear y corto andar, también descubría demasiadas dificultades para obedecer la señales de la capitana y una excesiva retranca en respuesta a las órdenes del timón.

En opinión de muchos oficiales, con el comandante a la cabeza, no se debían cargar todas las penurias reseñadas al buque construido a orillas del mar Báltico. Nadie dudaba de que las maderas con que había sido fabricado no mostraban ni una mínima calidad, exigible en la construcción de todo buque. Tampoco el aparejo se acoplaba a las últimas corrientes de arboladura y superficie de trapo. Pero no se debía olvidar que el factor del reducidísimo personal embarcado, así como la escasa profesionalidad del mismo, también gravaban en lomos muchas de las carencias y cualidades negativas. Aunque en el plan de combate se hubieran tenido en cuenta los soldados del Ejército, de forma especial en maniobras en las que solamente se necesitaban fuerza de brazos, se echaba de menos un mayor número de buenos marineros en el trajineo de los palos. Y tal situación podía revolverse en negro si entrábamos

en cañas de compromiso, esas que hacen necesario el uso de manos de mar en número suficiente.

Durante tres jornadas nos mantuvimos fondeados en la bahía tinerfeña. Y como se había ofrecido un último día de descanso para el personal, lo cruzamos en la cochiquera con las patas por alto salvo los periodos de guardia en cubierta. La confianza regresaba a nuestros corazones y de nuevo empañábamos pensamientos y esperanzas a muchos miles de millas por la proa.

Traspasada la meridiana del día veinte de mayo, la capitana ordenó levar las anclas para continuar la derrota establecida. Aquella misma mañana habían recibido a bordo del navío *San Telmo* las visitas de las autoridades de la isla, en respuesta de cortesía a las giradas por Porlier y los comandantes en la primera jornada. De esta forma, se debió retrasar en algunas horas el momento previsto de la partida. Y sin problemas a la vista, que todos mirábamos de continuo y con la necesaria prevención hacia el conjunto de los palos, salimos mar avante. Por fin, largamos todo el aparejo a tientos de novia y sin alharacas. Porque el viento no podía ser más beneficioso, fresco de fuerza y entablado del primer cuadrante, como un dulce adelanto de los Alisios.

El jefe de la división, en vista del viento, decidió tomar la isla por su parte meridional. Proa al sur de inicio, para separarnos de rebufos indeseados y posterior empopada al sudoeste. De esa forma, una vez en franquía de Tenerife, se aproó en conveniencia y al gusto en demanda de nuestra derrota. Debíamos aprovechar el soplo beneficioso, que se podía morder la cola por la cubeta en cualquier momento, hasta entrar en los veinte grados de latitud sur. Viento y mar se mantenían querenciosos del nordeste, con lo que la división comenzó a beber millas a proa sin desmayo. Pero los guardiamarinas solamente pensábamos que nos esperaba una alargada travesía en la que cruzaríamos el círculo máximo del ecuador, también llamado por los antiguos como la raya de Neptuno, una de las cinco muescas que ha de grabar en su alma todo hombre de mar para recibir en ley tal denominación. Deberíamos navegar miles y miles de millas, una cantidad que nos hacía sonreír de placer al pensarlo.

Ganamos carrera a proa en los primeros días, con el viento mantenido en cuerdas de bondad. Es cierto que podríamos haber dado la milla con mayor celeridad. Porque para vergüenza propia, hasta la fragata *Mariana* nos avanteaba a veces. No obstante, debemos tener en cuenta que no se trataba de un buque mercante normal, porque esa gacela parecía capaz de volar por los

aires. Pero en mi pecho no entraba más sensación que la de plena felicidad. Hasta llegué a encontrar simpático al teniente de navío del Carrillo, un espejismo que se disolvió en la primera rebencada moral a la que fui sometido. Pero todo se pasa por alto a esa edad, en la que los sueños copan al ciento todas las horas del día. Progresábamos hacia el sudoeste y eso era lo verdaderamente importante. El continente americano debería aparecer por la proa, para rellenar de júbilo nuestros corazones.

22. La raya de Neptuno

A partir de la recalada en Tenerife, la suerte se entabló por las cubiertas del navío *Alejandro* en diferentes colores. De entrada, los cielos nos concedieron dos días más de navegación galana, en cuanto a las condiciones de viento y mar. Sin embargo, en la cuarta singladura se dio por muerta la gloria, con entrada a la banda contraria sin remisión. Porque el dios Eolo, mudadizo en sus movimientos como cortesana placentera, decidía cerrar los labios a tenazón durante dos alargadas jornadas, cuando todavía la zona de las calmas quedaba a muchas millas de distancia. Y no se produjo tal condición de forma progresiva, como suele ser habitual sobre las aguas. Las velas cayeron a la plomada en escasos minutos, sin causa aparente de rumazones negras o copiosa lluvia, en el preciso momento que el sol cruzaba la meridiana de forma esplendorosa. Aunque el comandante concedió pesca libre de largo y se rebajaron de tono los ejercicios de mar y guerra, la situación cruzó de lleno a la mala. Porque nada se aparece peor para el hombre de mar, que observar al buque flotando como una corchera sobre las aguas.

Por fortuna, solamente nos mantuvimos en aquella penosa situación dos singladuras, aunque se tratara de jornadas alargadas hasta el infinito y con cuarenta horas a la cabeza. En el alcázar se discutía sobre el tema de los Alisios y las zonas de calmas, esos intercambios de pareceres profesionales con los tratados náuticos de fondo, que nunca aparejan identidad de opiniones entre los hombres de mar. El teniente de navío del Río le entraba por segunda vez al comandante.

—Supongo, señor, que seguiremos bajando en latitud para dejarnos abrazar por los Alisios.

—Eso espero que considere el brigadier Porlier, al que debemos seguir aguas. Y cruzar la zona de calmas en el menor tiempo posible. Según las teorías de Hadley, en esta época del año, desde el ecuador hasta los 27 grados de latitud norte soplará el nordeste de forma constante. Bueno, debería soplar

tras estas dos jornadas preñadas en raíces que hemos atravesado. Por otra parte, las normas dictadas por el jefe de escuadra don Vicente Totiño, en quien más confío, aclaran que no suelen alargarse tanto los alisios del norte, sino solamente hasta los 24 grados de latitud, de abril a julio.

—En ese caso, señor, no deberemos bajar demasiado en latitud —dijo el segundo—. Mejor nos vendrían las teorías del inglés.

—Así es, pero ya le digo que don Vicente fue un científico de tan renombrada fama, que no se dejaba fuera de su consulta proyecto científico alguno. Y no sólo en España. Mi idea sería continuar con esta proa, hasta entrar en esos vientos que acarician por las ancas la navegación hacia las Indias. A pesar de las diversas teorías, tal condición no es exacta sino aproximada y variable, como todo en la mar.

—Y como decía, señor, que atravesemos la región de las calmas con la mayor rapidez. Esa zona que nos puede dejar escaldados a muerte —entró del Río de nuevo.

—Ya estamos casi en verano y, en esa estación del año, las calmas se limitan a 150 millas, según establece la teoría. No podemos evitarlas, a no ser que recaemos en el continente americano a la altura de la isla Trinidad. Pero, bueno, en los libros se leen letanías de coro que luego saltan en horquilla. También esa etapa intermedia es bastante variable. Cuando hace años atravesé el mar del Norte a bordo de la fragata *Venganza*, bien altos en latitud, sufrimos unas desesperantes encalmadas de siete días. Como les decía, cada navegación es un mundo diferente.

—Tiene razón, señor comandante —ahora intervenía el piloto, a quien el capitán de navío Tíscar concedía mucho crédito y cierta confianza—. Nunca los planes se abren al gusto completo. Después, la mar dicta sus especiales órdenes. En una ocasión en que navegaba hacia el Plata, acabamos por recalcar en las islas Malvinas. Y con excelentes pilotos a bordo.

—No se olviden de que la última palabra la tiene el brigadier don Rosendo Porlier, que manda la división y cuyas proas hemos de obedecer. Como lo conozco bastante, supongo que, tras cruzar el ecuador, tenderá el rumbo hacia levante para no bajar mucho en latitud. Seguro que piensa en tocar la bahía de Río de Janeiro.

—¿No haremos derrota directa al Cono Sur, señor? —Preguntaba del Río—. La recalada en Río supondría navegar un elevado número de millas en exceso gratuito.

—No creo que aproemos por derecho hacia el cono sur, aunque nada quedó decidido en la Junta de Comandantes anterior a la salida a la mar. Dijo

el brigadier Porlier que dependería de la situación a bordo de cada buque, en cuanto a aguada y existencia de víveres. Pero tras las negativas vicisitudes corridas por nuestro bendito *Alejandro*, supongo que acortará derrota hasta el continente americano y nos mantendremos en la latitud del cabo Frío, puerta de entrada a la famosa y maravillosa bahía de Río de Janeiro. Primará la seguridad.

Continuamos nuestra navegación con viento entablado del primer cuadrante y fresquito a fresco de fuerza. Pero como en la vida todo lo malo acababa en las aguas de popa, ya nos habíamos olvidado de los problemas iniciales, incluso de las pobres condiciones marineras del *Alejandro*. Sin embargo, las olas negras acaban por regresar al nido con demasiada frecuencia. Algunos días después, nos llegó Beltrán a la chaza con noticias que no alumbraban vientos de luces.

—De nuevo entramos en problemas, señores. Sube el agua en la sentina.

—¿Cómo dices? Pero si no hemos sufrido un mínimo pantocazo^[75] ni vaivén de orden.

—Pues el contraamaestre y el carpintero llegaron al alcázar para hablar con el comandante. La situación no es seria de momento, pero parece que hacemos seis pulgadas de agua a la hora.

—Ya me había parecido escuchar que entraba una segunda bomba en funcionamiento —dijo Martín.

—En el tornaviaje de Barcelona a Cádiz llegamos a hacer doce pulgadas —aventuró Gaspar con seguridad.

—No es lo mismo hacer agua a vista de costa y cerca de algún puerto al que arribar en emergencia, que sufrir tal condición en medio del mar del Norte.

—¿Han aventurado cuál puede ser la razón de la entrada? —pregunté con cierto temor.

—El carpintero estima que la causa puede ser la falta de estopas que ha observado en la obra muerta de proa, bajo el bauprés. Van a intentar calafatearlas si se mantiene esta mar o en la primera encalmada. Y menos mal que disponemos de mano de obra gratuita, en favor de nuestros hombres. Los soldados del Ejército han entrado a la faena de mulos en las bombas de picar. Bueno, esperemos que en verdad sea esa la razón de la entrada de agua. Porque la otra... —Beltrán dudaba en continuar.

—Por los cojones del sultán, acaba la frase de una puta vez, Beltrán —apremió Martín.

—El contraмаestre expuso la posibilidad de que la entrada de agua se debiera al hecho de haberse aventado ligeramente un tablón en los fondos. Y esa sería nefasta condición porque suele correr hacia más y sin posible enmienda en la mar.

—No jodas la moscarda, Beltrán —clamaba Diego—. Cómo se va a aventar un tablón de los fondos sin haber sufrido temporal, varada, abordaje u otra situación de malas. No es posible.

—Joder, Diego, me limito a transmitir lo que he escuchado con el oído bien apuntado a la fuente. Dice don Casimiro que ha sido demasiado repentina la aparición del aumento de agua, una condición habitual en el problema que os he mencionado. Influye en el ánimo de todos, desde luego, la escasa fiabilidad que depositamos en estos buques rusos, cuyos fondos no han sido revisados.

Aunque no lo demostráramos, quedamos realmente preocupados con la noticia. Como había dicho Martín, se escuchaban con claridad a bordo los machetazos de las bombas en su periódico funcionamiento. Para mis adentros pensaba que seis pulgadas de agua a la hora no era ración suficiente para alarmarse, pero si la razón no se ajustaba a la falta de estopas de proa y teniendo en cuenta los antecedentes del buque en dicha cualidad, podía cursar en aumento.

Los maestros calafates y carpinteros entraron en trabajo de fondo. El comandante decidió no esperar a que gozáramos de alguna de las encalmadas que se esperaban y cuadrar las estopas a proa con la mayor rapidez. Por medio de una guindola formada bajo el palo bauprés, se instalaron los operarios con las herramientas necesarias, mientras la brea se calentaba en cubierta para serles traspasada en llandas de cubeta. Al mismo tiempo, se retochaban las juntas desde el interior a macheta pura y lechada. Como es lógico, toda la división debió fachear y perder más tiempo por culpa del ruso, una frase que comenzaba a popularizarse cubiertas abajo en demasía.

Cuando finalizaron los trabajos, nos reincorporamos a la división, que regresó al rumbo impuesto. Como era necesario esperar un día completo para aventurar los resultados con la suficiente fiabilidad, en la jornada siguiente se observaba la posible entrada de agua en continuo y con lupa. Y para alivio general, se rebajó la cuantía a tres pulgadas a la hora, una cantidad que se consideraba excesiva para una mar casi en plata pero que no se consiguió disminuir.

Continuamos la navegación con todo el aparejo largado y ya con los vientos Alisios en bendita aparición. Tres jornadas después, el agua se

mantenía en su cauce, aunque una bomba debiera permanecer casi en continuo funcionamiento. Los malos augurios regresaban a bordo y los comentarios de la marinería no ofrecían dudas al respecto. Incluso algún oficial de mar también desbarraba por largo y sin tapar la boca una muesca. En mis adentros elevé un par de oraciones a la Patrona. Porque el navío debía aguantar como era debido a un buque de su clase, aunque hubiese sido construido en un arsenal allá por el fin del mundo. La mar del Sur nos esperaba como hembra abierta y no podíamos fallar en el envite.

Lo que más me interesaba era que continuábamos progresando hacia la línea equinoccial, esa raya de Neptuno que pensábamos cruzar en pocos días. Ya se sabe que el corte del ecuador es un día señalado a bordo de cualquier buque, sea cual fuere su nacionalidad, especialmente por los viejos contraмаestres que mantienen sus creencias en la necesaria ofrenda hacia el dios de los mares. El viento comenzó a tontonear en intensidad, aunque permaneciera fijo del primer cuadrante, más tendido ahora hacia el levante. La zona de calmas debía llegar antes o después, salvo excepciones que deseábamos y no se produjeron. Porque al marcar en la meridiana una latitud de dos grados y veinte minutos Norte, cayeron las velas a la pura plomada, como el telón de un teatro al final de la función. Me temí lo peor, que aquella calmería se abriera de copa cerrada y buque fondeado sobre las infinitas profundidades, sin solución a la vista.

Por fortuna, pocas horas después aparecía una ventolina descalza, que nos barría desde levante con inesperado alivio, aunque no nos hiciera andar más de una o dos millas en los momentos de mayor empuje. Y en estas condiciones nos movimos a ritmo de tortugón durante tres días, momento en el que el piloto, tras marcar un sol redondo y abrasador a la meridiana, avisaba al comandante de que nos encontrábamos a quince millas del ecuador. El capitán de navío Tíscar hizo llamar al contraмаestre, que acudió en escasos segundos.

—Mande, señor comandante.

—Don Casimiro, esta noche atravesaremos la raya del ecuador. El jefe de la división ha permitido maniobrar a las unidades bajo su mando con independencia en el día de mañana, para celebrar el acontecimiento. Supongo que le apetecerá.

—Por supuesto, señor —apareció una alargada sonrisa en su rostro.

—Me parece muy bien. Además, no debemos olvidar la presencia a bordo de cinco guardiamarinas, que deben estrenar la primera muesca de sus carreras. ¿Cómo piensa organizar el acontecimiento?

—Pues si le parece bien, señor, siguiendo al punto las viejas costumbres de la mar. Mañana, tras el relevo de la guardia de alba, comenzaremos la función. Haremos descender la imagen del dios Neptuno desde la galleta del palo mayor. Después lo correremos en procesión por cubierta de proa a popa y viceversa. Una vez bajo el palo trinquete, arrojaremos al agua las especias y muestras de alimentos marcadas en su honor, mientras hago uso de mi pito en especial sinfonía. A continuación, lo arriaremos con la guindola hasta que entre en su reino.

—¿Dispone de algún voluntario para representar el papel requerido?

—No lo he preguntado todavía, pero seguro que el gaviero Moncada es voluntario, señor. Es ligero de peso y hábil sobre las vergas. Estimo que lleva camino abierto para ser un buen contramaestre en el futuro.

—Perfecto. Puede dar los detalles al segundo y que se proceda de acuerdo con su plan.

—Muchas gracias, señor.

El nostramo se alejó con la felicidad grabada en el rostro. Pensé que como la mar se encontraba casi en calma absoluta y el calor apretaba en cueros con fuerza, serían bastantes los marineros voluntarios para ser llevados en volandas por cubierta y acabar capuzados en las aguas, antes de su recogida. Recordé que mi padre, durante los muchos años de carrera servida en la Armada, había intentado convencer a sus subordinados de que siempre es bueno mantener las viejas tradiciones y costumbres marineras, cuando no produzcan situación de desamparo o mermas en el servicio de a bordo. Así lo había leído en los diferentes cuadernillos familiares. Porque la mar es eterna y los hombres que en sus aguas se mueven acaban por ser seducidos por la gran señora, hasta el extremo de profesarle una fidelidad mayor, si cabe, que a la esposa propia. Si en la mar siempre se condujo el ser humano con reglas propias, no había necesidad de cambiarlas al gusto sino mantenerlas en lo posible. Y, como si el comandante hubiese leído mis pensamientos, de forma parecida se lo expuso a los oficiales en el alcázar al ser preguntado por el segundo.

—¿De verdad cree en las viejas tradiciones de la mar, señor?

—No es cuestión de creer o no creer, segundo, sino de respetar lo que, desde siglos atrás, han llevado a cabo los hombres de mar en todo buque sobre las aguas. Siempre se ha rendido especial culto y tributo a Neptuno o Poseidón, dependiendo de que la apelación correspondiera a la cultura romana o su predecesora griega. Ya Homero en su Iliada representaba a Poseidón reinando en un magnífico palacio, erigido en el fondo de las profundidades

más inmensas. Se le suponía montado en un carro arrastrado por caballos de flotantes crines, animales que representan las espumosas olas de la mar. Ha sido considerado a través de mitos y leyendas como magnánimo protector de la navegación venturosa, así como aplacador de las embravecidas olas con su cohorte de delfines. Por esa razón, se dice que la aparición de los delfines alrededor de todo buque, conlleva augurio de buen tiempo.

—¿Y el tridente de tres puntas presenta algún especial significado, señor?
—preguntó Margano, interesado en la narración.

—El tridente representa el rayo de tres puntas del dios del cielo, aunque otros afirman que lo utilizaba para pescar los atunes que servía a los pescadores desfallecidos. Y no podemos olvidar que Poseidón, hijo de Cronos o Saturno y Rhea o la Tierra, es el padre de Eolo, dios encargado de esparcir los vientos que hacen navegar a los buques. Pero, como resumen, podemos decir que Neptuno fue considerado en las leyendas de la mar como el dios de las aguas y sus profundidades. Y tiene su fecha de conmemoración como cualquier santo cristiano, porque los romanos celebraban la Neptunalia el 23 de julio. En un par de meses comprobarán cómo los contramaestres le ofrecen sus especiales señales y tributos.

—Creo, señor comandante —entraba a la baja el capellán de más edad, don Tasio Escaldar, que ofrecía a la vista una barrigona más propia de cardenal—, que tales creencias no son compatibles con la verdadera religión católica. Cuando asegura que Neptuno es un dios, puede entrar en sacrilega herejía.

Estimé que al comandante le batía la sangre a malas con extraordinaria rapidez. Y no era la primera vez que entraba en tirante discusión con el capellán mayor, a quien no parecía mostrar especial simpatía. Es necesario señalar que, en algunas ocasiones, los capellanes embarcados, además de su labor pastoral, deben tener en cuenta que forman parte de la dotación del buque como un miembro más y con rango de oficial mayor. Y como tal, se les exige respeto y subordinación al mando superior. No necesitó mucho tiempo el capitán de navío Tíscar para entrarle por roderas de esparto.

—Vaya por Dios. Nuestro capellán ha debido comer hoy en el almuerzo algún alimento en malas condiciones, lo que es fácil cuando se toma en abusiva cantidad —contestó el comandante en chanza, dirigiéndose al resto de los oficiales antes de girarse a él con la mirada fría—. Mire, don Tasio, encuentro su intervención más que desafortunada, así como infantil y estúpida. No he hablado en ningún momento de creencias religiosas, sino de leyendas de la mar. ¿A cuento de qué viene mezclar ambas cualidades?

Además, aprovecho la ocasión para decirle por primera y última vez, que debe cuidar el tono de la voz y el gesto de su cara, cuando se dirija al señor comandante —endureció todavía más el tono de su voz para rematar—. ¿Lo ha comprendido bien?

—Por supuesto, señor comandante —el capellán volvía a bajar la cabeza con falso y sumiso respeto.

—Puede denunciarnos a todos ante el tribunal de la Santa Inquisición, por celebrar el día del dios Neptuno al cruzar la raya del Ecuador, don Tasio —entró el segundo comandante en tono de guasa—. Pero de esa forma acabarían todos los miembros de la Real Armada bajo tortura en el potro, sin posible enmienda. Le recomiendo que no salga mañana de la cámara ni tome una gota de vino, desde luego, porque en ese día se beberá en honor del dios de la mar. Pero también deberían ser denunciados los miembros de la secretaría de Marina con su general a la cabeza, e incluso Su Majestad don Fernando, por conceder nombre de dioses paganos a algunos de nuestros buques, como es el caso de tantas unidades. A lo largo de los años, incluso en la lista de navíos aparecen tres unidades con el apelativo de Hércules, y nada menos que cuatro con el de Neptuno, el último de ellos todavía en activo aunque se encuentre medio desarmado en el arsenal de Mahón. Y se trata solamente de un sencillo ejemplo entre muchos otros. Tras las torturas adecuadas, puede estar seguro de que todos declararíamos nuestra pérdida herejía y España quedaría sin hombres de mar.

Sonrieron los oficiales de tapadillo, mientras el capellán abandonaba el alcázar, una vez solicitado el necesario permiso. No era cosa de marear más la perdiz, pero estaba claro que no entraba don Tasio por las cuerdas debidas, con lo que se exponía a la autoridad del comandante, que también le alcanzaba. El capitán de navío Tíscar entró de nuevo en el tema, para rematar su exposición.

—Una mente estrecha la de este capellán. No parece comprender lo evidente.

—Poco le agradarán los contraмаestres —expuso el segundo—, los más fervientes seguidores de las tradiciones antiguas. Y el nuestro anda en cabeza.

—Tiene razón. De todos los contraмаestres que han trabajado a mi lado a bordo de cualquier buque, don Casimiro es, sin duda, el más fervoroso cumplidor de las antiguas creencias de la mar. En contra de otras opiniones expuestas por compañeros de mi cuerpo, a veces de forma exaltada y aplicando mano excesivamente dura, siempre estimé que en nada ofenden tales creencias o supersticiones. Olvidan que, en determinados momentos, el

hombre necesita de toda ayuda para poder sobrevivir en este medio fascinante y tantas veces tenebroso en el que nos movemos, capaz de volverse contra nuestros pechos en color de muerte. Si a los viejos lobos de mar les conforta creer que un dios de las aguas puede abanicar su suerte a favor, ningún mal se amadrina en ello. Porque una vez alcanzado el linde, rezarán a nuestra Patrona con extremo fervor, lo que he podido comprobar en algunas ocasiones a bordo, cuando la mar nos tragaba y creíamos entregar el alma en manos del Altísimo.

La verdad es que los guardiamarinas nos encontrábamos encantados de cruzar la línea equinoccial por primera vez. Porque según comentaban algunos oficiales, hay un antes y un después para todo miembro de la Armada en cuanto a tales conceptos. Y el primer asalto se confirmaba al cruzar la raya de Neptuno. Por tal razón, nos preparamos para la jornada venidera, día de fiesta y jolgorio a bordo. Y como no queríamos marrar en exceso ni entrar en posibles inconvenientes, preguntamos al alférez de fragata Tíscar sobre los detalles de la ceremonia. Un poco en plan de superioridad, nos los explicó, al menos en los dos casos en que él los había disfrutado.

Tal y como se había previsto, en la mañana del día siguiente comenzaron los festejos con la debida puntualidad. El alférez de fragata Tíscar amparaba razón al asegurar que la ceremonia se consideraba por la mayor parte de la dotación como un día de especial regocijo, con abundante comida y bebida si las existencias a bordo lo permitían, como era el caso del navío *Alejandro*, aparte de cierto relajo en los trabajos y ejercicios. Durante la noche previa, don Casimiro, acompañado del segundo contramaestre y los dos guardianes, auxiliados por un grupo de marineros escogidos, había preparado hasta el más mínimo detalle.

A las nueve en punto de la mañana, se escucharon con fuerza de proa a popa cornetas y tambores en toque de generala, para que los miembros de la dotación se presentaran sin demora en cubierta. Y en la ocasión corrieron a pelo de muerte, como si debieran ocupar los puestos de zafarrancho y prevención para el combate, que nadie deseaba perderse detalle alguno de la escena. Poco después y por medio de un fuerte tirón al cabo guía, don Casimiro daba formal inicio de la ceremonia al romper la canasta que encerraba en toldo al gaviero Moncada. El joven marinero catalán aparecía en la misma galleta del palo mayor, revestido en las alturas con la corona dorada, alargado tridente en mano y ropaje con el que Neptuno suele aparecer en dibujos y grabados de feria. Pero por largo destacaba su capa verde esmeralda y las calzas de un bermejo subido.

Con exquisita lentitud y la debida seguridad, cuatro marineros escogidos fueron lascando^[76] lentamente del grueso cabo, para que el rey de los mares descendiera poco a poco hasta ser depositado en cubierta. Una vez de pie sobre las tablas, acompañado por el contra maestre mayor, el comandante le rindió sus más emocionados respetos, destocándose ante su divinidad acuática con exagerada y un tanto cómica reverencia. Tras elevar el tridente con majestuosidad, Neptuno lo bajó en dirección a las aguas, como si de esa forma ejerciera el dominio de la calma y la tempestad sobre ellas.

La ceremonia continuó tras ser depositado Neptuno en unas angarillas o andas procesionarias, engalanadas con papelinas de colores y de suficiente tamaño, en realidad una jangada construida por los carpinteros con ocho varas para su transporte. Por fortuna para los porteadores, el esfuerzo no era excesivo porque el gaviero alcanzaba escasa alzada y presentaba pocas carnes, que si debieran trasladar al capellán don Tasio, habrían sufrido como galeotes al remo. La procesión continuó su carrera hasta el castillo con lentitud y alegre pleitesía, rendida por los hombres a su paso, para girar y regresar por la banda de babor hasta el alcázar. De nuevo inició la andadura hacia, proa, para finalizar su ordenado periplo procesional al pie del palo trinquete.

Una vez con Neptuno situado de firme en el palo de proa, con su tridente mantenido hacia la mar, los dos guardianes lanzaron sobre las aguas las ofrendas de especias, legumbres, salazón y harina preparadas, mientras don Casimiro, con el pito plateado y sin mácula de las grandes ocasiones, entonaba los honores máximos que se prescriben en el ceremonial marítimo. Como digo, el jolgorio era ya casi general en cubierta, jarcias y vergas, aunque todavía el nostramo, los guardianes y algunos marineros cruzaban los dedos hacia la mar en rendida pleitesía y petición de protección al dios de las profundidades. Llegaba el momento final de la ceremonia. El gaviero Moncada se aupaba por la borda para pasar a una especie de guindola de arboladura, en la que era descendido hasta besar las aguas. Una vez sumergido tres veces en ellas y lanzado el tridente como pica de coracero hacia las profundidades, Moneada se despojaba de ropajes y corona para quedar casi desnudo, momento en el que era izado de nuevo a bordo y recuperaba su condición de ser humano, una vez finalizado el acto de representación divina.

La clásica ceremonia que suele cumplirse a bordo de todo buque al cruzar el ecuador de norte a sur, con algunas variaciones según el nostramo a cargo del momento, se daba por finalizada. Sin embargo, la fiesta continuaba por

toda la cubierta con coplas, música de todo tipo, salmas colectivas acompañadas, carreras, juegos de fuerza, trepa por palo engrasado con frasca de vino en premio, y todo lo que suele divertir a los miembros de la dotación en días de asueto. Como excepción magnánima por parte del comandante, el rancho extraordinario se servía en cubierta, con los rancheros en frenético trabajo para no quedar con menor proporción de menestra, tasajos y carne, sin contar el vino y aguardiente que se libró en doble cantidad. Y así continuó durante todo el día, no sin que algún marinero o soldado debiera ser llevado a la cubierta baja a la fuerza, incluso alguno con grillos prietos, dada su arrebatada vitalidad, o por motivo de reyerta abierta con algún compañero.

Los guardiamarinas no pudimos entrar en la fiesta a saco mantero, como nos habría gustado, sino en compañía del resto de los oficiales. Sin embargo, comimos a dos carrillos y bebimos vino avivado con aguardiente en cantidad, tanta que Martín y Gaspar debieron recibir auxilio de brazos para bajar a la chaza. Por fin, la corneta tocó a zafarrancho general de limpieza una hora antes del ocaso, momento en el que se daban por finalizados los actos, al tiempo que la dotación en pleno debía llevar a cabo un arranchamiento general de proa a popa, incluido baldeo de carga y sin miramientos. No fue necesario tomar medidas drásticas porque en general todos colaboraron a pleno pulmón, por mucho que los vapores etílicos hicieran balancear algunos cuerpos, como si se encontraran en situación de marejada gruesa. En el alcázar todavía los oficiales comentaban la especial ceremonia, para algunos como primera experiencia.

Si buscábamos con la solemnidad que el dios de la mar nos sembrara la derrota con serpentinas de gloria, marramos el tiro por largo. Digo esto porque aquel mismo día, cuando ya el crepúsculo se cerraba a escotillón, se produjo un nuevo accidente. No tuve conocimiento hasta entrar de guardia a medianoche. Observé demasiada gente en cubierta a proa, por lo que le pregunté a Beltrán que salía de guardia.

—¿Qué sucede?

—¿No te has enterado? Bueno, es verdad que dormías como un caimán para entrar de guardia de media. Pues de nuevo nos ha corrido la putorrón suerte del irlandés. Poco después de entrar de guardia, partió en estruendo la verga del juanete de proa. Ya te puedes figurar el ambiente que se ha creado, más negro que la brea del calafate. No disponíamos de muchos marineros en condiciones de trepar hasta la galleta del trinquete. Pero ya se encuentran acabando de arranchar el material.

—¿Ha partido? —No podía creer lo que escuchaba, dicho con tal sencillez —. Maldita sea la bicha negra. ¿Cómo puede partir una verga sin carga de viento?

—Según el contraмаestre, que la ha examinado a fondo, se encontraba medio podrida por dentro del rollizo. Menos mal que se trata de escaso trapo a perder y que disponemos de una verga de respeto exactamente igual. Pero ya se ejercitará el trabajo mañana. El comandante marchó a su cámara muy descorazonado.

—Es muy comprensible. Así se encontrarán todos. ¿Qué opinas, Beltrán?

—Pues solamente para tus oídos, porque los demás me llamarían cenizo, no me gusta nada la moneda lanzada al aire. Con vientos bonancibles hemos rendido un mastelero y partido una verga, sin contar con la vela rifada que ofrece importancia menor. Quién nos puede asegurar que no se rendirá el palo mesana de raíz mañana mismo. Y para mí la pregunta principal sigue siendo la misma. ¿Qué sucederá cuando suframos un ventarrón de verdad, con olas de las que pasan por encima de los palos y machetazos a partir el alma?

—Tienes toda la razón. Además, eso mismo estará pensando el comandante.

—Y el jefe de la división. Tampoco es cómodo incorporar bajo tus órdenes a un buque, que cada dos por tres presenta un problema grave a bordo.

Entré de guardia, al tiempo que Beltrán marchaba a dormir. Había perdido el sueño al golpe de maza con aquella triste noticia. Toda la suerte amparada al ser escogido para embarcar en el *Alejandro*, parecía disolverse como un azucarillo en el agua. Me habría gustado hablar con el oficial, pero se encontraba de guardia el teniente de navío del Carrillo y más valía mantenerse a una prudente distancia.

Se me hizo larga y eterna aquella guardia de media, la menos apetecida del día. Ni siquiera apareció don Casimiro en guarda, porque cada vez que asomaba la cabeza lo hacía en urgencia y a la carrera. Pero no quedaba la noche cerrada al canto con aquella desgracia. Porque cuando ya me restaban pocos minutos para cumplir con mis cuatro horas, apareció el contraмаestre de nuevo. Y me temí una nueva mala, simple intuición al escuchar su peculiar forma de arrastrar los pies. También de forma agitada se dirigió al oficial de guardia, para comunicarle una novedad que nadie deseaba. Como de costumbre, me acerqué en lo posible para no perder una palabra.

—Diga, don Casimiro. ¿Qué sucede?

—Siento comunicarle malas nuevas, señor. Ha aumentado el nivel de agua en la bodega. De nuevo hemos subido a las doce o trece pulgadas por hora.

—¡Maldita sea la puta romana y el sacamantecas buhonero que la parió! —El oficial golpeó la tapa de la regala con el puño—. Debemos haber embarcado la rana de cenizas. ¿Cree que se habrán desprendido las estopas de proa otra vez?

—La verdad, señor, no lo creo, por mucho que me gustara —don Casimiro masajeaba las manos entre sí con fuerza—. De todas formas, en cuanto dispongamos de luz suficiente lo comprobaremos. Por ahora, deberíamos picar con una bomba más, si le parece oportuno. Necesitaremos más hombres del Ejército, si fuera posible.

—De acuerdo. Ahora mismo se lo comunicaré al teniente coronel Simón. Avíseme si sube una sola pulgada más.

—Por supuesto, señor.

El teniente de navío del Carrillo quedó pensativo, al tiempo que mesaba sus cabellos con evidente desesperanza. Elevó la mirada hacia la galleta de los palos, como si allí en las alturas pidiera encontrar la solución al problema. Con sorpresa añadida por mi parte, se dirigió a mí con su habitual brusquedad.

—¡Leñanza!

—Aquí estoy, señor.

—Hágase cargo de la guardia mientras informo al señor comandante. Supongo que habrá escuchado las palabras del contramaestre.

—Sí, señor.

—Pues ya sabe, si aumenta el agua o sucede alguna otra novedad, me tiene en la cámara del comandante.

—Quedo enterado, señor.

Del Carrillo salió escopetado hacia popa por la banda de babor, sin dejar de mover la cabeza hacia las bandas. De esta forma, quedé a solas en el alcázar, mientras la luna llena iluminaba los perfiles del navío con extrema precisión. Tampoco me supuso un especial orgullo y desafío quedar solo a cargo del buque. Porque la subida del nivel de agua en la bodega no acababa de apartarse de mi cabeza. Y no lo entiendan como temor ante un posible mal mayor, que no navegaban en esa derrota mis pensamientos. La verdad es que sentía un elevado pesar, como si el mar del Sur se alejara bastantes millas de mi cerebro. Bien sabe Dios que jamás me he mostrado como un pesimista

recalcitrante. No obstante, debía reconocer que la situación quedaba trazada con colores más negros que el infierno.

23. Junta de comandantes

Una vez rendidas aquellas cuatro horas, que se alargaron en mi cerebro como cuatro interminables singladuras de temporal duro, entregué la guardia a mi compañero Gaspar y dirigí los pasos hacia la chaza de guardiamarinas con el ánimo caído hasta los talones. El comandante había acudido al alcázar tras el requerimiento del teniente de navío del Carrillo, para bajar cubiertas abajo en compañía del contramaestre mayor y del primer carpintero. Por desgracia, regresaba poco después con rastros de escaso fervor y malquerencia en el rostro. Todo parecía cubrirse a bordo de un color gris espeso, desde la quilla del *Alejandro* hasta los cerebros más avivados de su dotación. Porque ya los murmullos a bordo se decantaban a la mala en incesante cuchicheo, una especie de fiebres pútridas malignas muy difíciles de erradicar en cualquier buque.

En la chaza de guardiamarinas y a pesar de haber marcado la campana la hora cuarta, nadie dormía, una extraña excepción. Varios de mis compañeros habían descendido cubiertas y preguntado a todo el que parecía disponer de alguna información. Me miraron con interés, creyendo que, como saliente de guardia, podía aportar algún nuevo dato.

—¿Alguna novedad, Francisco? Vamos, larga noticias aunque sean de ronza y purga dura —Martín entraba a saco con su tono habitual.

—Nada nuevo, muchachos. En cuanto se disponga de suficiente iluminación, el carpintero inspeccionará las tablas de proa en la obra muerta, por si se hubiese producido el desajuste de estopas y lechadas establecidas días atrás. Ahí se cifran muchas de nuestras esperanzas, por no decir todas. Pero nadie cree mucho en esa posibilidad porque, según parece, quedaron bien ajustadas en su momento y no hemos sufrido ni una sola ola con suficiente garra. Don Casimiro insiste en su opinión sobre el tablón aventado en los fondos.

—Vaya un jodido optimista. No obstante y por bueno que sea el nostramo, también se puede equivocar —alegó Diego con escasa convicción.

—Pues sí —contesté con escaso fervor—, pero lleva demasiados años de mar a sus espaldas como para marrar en dato de tal importancia.

—¿Y si esa fuese la verdadera razón? —Preguntó Beltrán—. ¿Qué opciones podría barajar el comandante o el jefe de la división?

—Pues la verdad es que no tengo ni idea —contesté con sinceridad—. Todavía somos bastante inexpertos en las cosas de la mar, pero conscientes de que un madero aventado no se puede reparar en plena navegación. El buque debería quedar en seco para resolver la cuestión. Si se confirmara que ese es el problema, solamente nos quedaría rezar a la Patrona para que la avería no mudase a más. Porque en cuanto tomemos mala mar y saltemos en brinco sobre las olas, podría aumentar la entrada de agua hasta niveles alarmantes. Ahora mismo nos encontramos a medio camino entre las islas Canarias y la bahía de Río de Janeiro, en cuya dirección estima el piloto que navega el jefe de la división. Posiblemente, por si fuera necesario tomar alguna medida de seguridad con el *Alejandro*.

—Bueno, sería una buena solución quedar en Río de Janeiro, la bahía más hermosa del mundo, durante algunas semanas —entraba Diego con falsa sonrisa—. Podríamos dar la quilla y...

—No sueñes con los ángeles, Gaspar —cortó Beltrán—. En primer lugar, no sé si allí dispondrán de algún dique de carenar. Porque no me imagino dar la quilla del *Alejandro* a la tumba^[77]. Y tampoco me parece que el jefe de la división contemple como posible solución que todos los buques permanezcan semanas en Río de Janeiro, sin cumplir la misión impuesta, considerada por Su Majestad como de urgente necesidad.

—¡Joder! —Bufó Martín con desesperación—. ¿Qué nos puede suceder entonces, además de cortarnos los huevos con un chuzo de abordaje y colgarlos del pico de la cangreja? No creo que el brigadier don Rosendo Porlier ordene hundir este putaño navío y que nos repartan a todos entre los otros buques.

—No digas tonterías —alegué a la contra de mal humor—. Entiendo que solamente se abren a la vista dos posibles soluciones, si es que se pueden catalogar como tales. O bien continuamos la derrota de la división e intentamos solucionar la papeleta en Río, o nos hacen regresar a Tenerife con el rabo entre las piernas.

—¿Regresar a Tenerife? —Martín tronaba de nuevo por alto—. Eso sí que me parece una soberana y jodida estupidez.

—Pues ya me dirás lo que pueden decidir. Pero no adelantemos conclusiones a malas. Esperemos a ver lo que encuentran a proa en la próxima mañana.

Cuando ya el sol alzaba la cresta por encima del horizonte, de nuevo facheó el *Alejandro* previo permiso del brigadier Porlier. A continuación se procedió a un detallado examen de las tablas bajo el bauprés con la guindola. Y aunque concebíamos algunas esperanzas en el pecho, los rostros del contramaestre, carpintero y calafate en su regreso a la cubierta alta no dejaban lugar a dudas. Se confirmó que el calafateado se mantenía en orden y no entraba por esa zona una gota de agua. Por tal razón, había que buscar el motivo donde nadie quería hurgar: en los fondos.

La situación se movía en tintes negros de tal espesura, que los oficiales parecían haberse olvidado de los guardiamarinas y su instrucción, único aspecto positivo de las circunstancias sobrevenidas. Nos movíamos por cubierta a nuestro aire y tan sólo intentábamos mantener los oídos en permanente alerta, para conocer en qué camino se decantaría nuestro futuro. Una vez aclarada la situación en proa y cuando pensábamos que nos incorporaríamos a la división en su formación, el navío insignia izó una señal por banderas, en las que el brigadier Porlier convocaba junta de comandantes para una hora después. Todos conocíamos el significado de aquella orden. El jefe de la división se disponía a tomar una importante decisión y deseaba escuchar el parecer de cada mando, para proceder de forma colegiada.

Me encontraba en el alcázar con Beltrán, por si escuchábamos las conversaciones abiertas entre el comandante y sus oficiales. El capitán de navío Tíscar, al comprobar mi presencia, hizo una señal con su mano derecha para que me acercara a él. Lo hice con rapidez, para destocarme al llegar a su altura.

—Mande, señor comandante.

—¿Habéis asistido a alguna junta de comandantes, Leñanza?

—No, señor.

—Pues vista su mejor uniforme, tome el sable y acuda en mi compañía como ayudante de jornada a la junta que se va a celebrar en el navío insignia. Le quiero preparado en cinco minutos a la altura del portalón.

—Quedo enterado, señor comandante.

Es fácil imaginar que corrí como un venado en celo hasta la chaza de guardiamarinas. Cuando expuse la novedad a mis compañeros, me ayudaron con la casaca de relumbrón, el biricú y el sable, cuya vaina limpiaba Beltrán a escupitajos y masaje de estopa. Poco después y con suficiente antelación al

comandante, me presentaba ante la meseta del portalón, alistado en gasas como un príncipe florentino. No debí esperar más que un par de minutos. Por fin, aparecían por la banda de babor el capitán de navío Tíscar, seguido por el segundo y el teniente de navío del Río. Sin dudarlo, bajó los peldaños hacia la falúa. Me mantenía respetuoso en cubierta, hasta que me hizo una señal con la mano.

—Vamos, Leñanza, apresúrese.

Aunque los nervios se mantenían en corrida de venas sin descanso, debo reconocer que también el orgullo marcaba rastros en todo mi cuerpo. Mientras los marineros y grumetes bogaban al ritmo que les marcaba el patrón, observaba el navío *San Telmo*, uno de aquellos famosos Ildefonsinos^[78] que marcaran una época brillantísima en nuestra construcción naval durante el último cuarto del pasado siglo. Y sentía envidia de los guardiamarinas que en él se mantenían, sin zozobras entabladas, maderas podridas ni entrada de agua a través de los fondos. Por fin, cuando nos encontrábamos a escasas varas del portalón del insignia, el comandante se dirigió a mí.

—Deberá situarse por detrás de mi asiento. Escuche con oreja larga, apunte todo lo que estime de interés y no abra la boca si no es requerido.

—Quedo enterado, señor comandante.

Bendije el auxilio prestado por el alférez de fragata Tíscar. Porque había sido él quien me anunciara la necesidad de portar recado de escribir y tomar nota como secretario de actas de todo lo que se dijera en el consejo, incluso la respiración de los mandos.

La falúa se abarloó al portalón del navío *San Telmo* con escasa profesionalidad de sus miembros, lo que pude comprobar en el gesto del comandante. No obstante y sin decir una sola palabra, trepó por la escala con rapidez, acción que seguí poco después. Una vez a bordo, saludé al jefe de la división que había acudido a recibir a los comandantes.

—Quedo a vuestras órdenes con el debido respeto, señor brigadier. Se presenta ante vos el guardiamarina Francisco de Leñanza, ayudante de jornada del comandante del navío *Alejandro I*.

—Ya le recuerdo, Leñanza, y me alegro de verle. ¿Cómo se encuentra su padre?

—Poco animado, señor brigadier.

—Lo comprendo. Espero que superemos pronto esta indigna situación que atravesamos en España, especialmente los miembros de la Real Armada.

Porlier tenía bien ganada fama de no esconder por precaución o peloteo político una palabra en la boca y largar en sinceros lo que llegaba a su cabeza.

Pero como ahora le urgía otro tema más importante, se volvió hacia el comandante del navío *Alejandro I*, así como a los de la fragata *Prueba*, capitán de corbeta Francisco de Hoyos, por enfermedad del titular, y al comandante de la *Mariana*^[79], capitán de corbeta Manuel del Castillo. Con decisión los dirigió hacia su cámara. Cerrábamos fila un alférez de fragata de la *Prueba*, a quien no conocía, y yo.

Nos aposentamos en la cámara sin excesivo protocolo y con cierta comodidad. Siguiendo las instrucciones recibidas, tomé asiento tras mi comandante, con el recado de escribir sobre, las piernas. Como secretario de la junta tomaba parte el alférez de navío Diego Molina, de la dotación del navío insignia. Pero no necesitó mucho preámbulo el brigadier Porlier para entrar por derecho en el tema.

—Bien, señores, abro esta junta de comandantes, convocada para que discutamos sobre la situación que atraviesa el navío *Alejandro*. En primer lugar, desearía que su comandante, capitán de navío Tíscar, nos expusiera con detalle los acaecimientos negativos sufridos por el buque bajo su mando hasta este momento.

Tomó la palabra con decisión mi comandante, que pasó a enumerar con extremo detalle todo lo acaecido en negro desde que abandonáramos la bahía de Cádiz. Y no se dejó una ligera mota en el tintero. Acabó con el tono de su voz tendido a la baja, al explicar que las tablas de proa se encontraban en perfecto estado y se aventuraba como posibilidad que se hubiera aventado un tablón de los fondos. Cuando remató sus palabras, Porlier estalló como bombarda.

—¡Una vergüenza inadmisible! Y escriba bien las palabras que acabo de dictar —dijo dirigiéndose al secretario—. No se puede salir a la mar para cumplir una alargada comisión con un buque en tales condiciones, sin haber llevado a cabo un profundo reconocimiento de la obra viva y especialmente de los fondos. Después hemos de apechugar con estas situaciones y somos criticados de escaso celo. ¡Por los jodidos cuernos del sultán! Les recuerdo que hasta el día de hoy no hemos sufrido ni una sola marejada de orden. Vamos a ver, Antonio —se dirigía a mi comandante, de quien era buen amigo, con entera confianza—. ¿Qué crees que le sucedería a tu navío en situación de temporal corrido, ventarrón alzado y olas blancas por la amura? Y no me refiero solamente a que puedas rendir el palo mayor o la verga seca por el pudrimiento de sus maderas. Me refiero especialmente a la entrada de agua.

—¿Qué quiere que le diga, señor? —Musitó Tíscar a la baja, al tiempo que elevaba las manos en simulada súplica—. Dispone de las mismas respuestas que yo. El mastelero y vergas rendidas lo han sido por desastroso estado de conservación de sus maderas. De forma especial, la verga del juanete de proa se encontraba completamente podrida. Pero como dice, el aspecto más peligroso y determinante a tener en cuenta es la entrada de agua. Y a última hora, poco antes de salir hacia aquí, me comunicaba el contraamaestre que había aumentado hasta las catorce pulgadas por hora.

Porlier se mantuvo en silencio absoluto, como si no encontrara razones que le permitieran continuar. Aprovechó la ocasión el comandante de la fragata *Prueba*, para entrar con extrema delicadeza.

—La verdad, señores comandantes, estimo que un buque en esas condiciones no puede ni soñar en montar el cabo de Hornos. Y bien que siento pronunciar estas duras palabras. Se podría efectuar un reconocimiento de los fondos en el arsenal de Río de Janeiro, que los portugueses ampliaron de forma notable durante la guerra al francés con apoyo británico.

—¿Y la división debería mantenerse mano sobre mano durante semanas, a pesar de la urgencia impuesta a la misión por orden directa de Su Majestad? Además, en esa situación, ¿quién aportaría el crédito necesario? ¿Y si los fondos necesitan de un carenado completo y posible reemplazo de tablones? Maldita sea mi estampa, con lo sencillo que habría sido efectuar tal comprobación en el arsenal de La Carraca, como solicité al capitán general del departamento.

—Aunque se trate de harina molida en doble vuelta, concuerdo con esa opinión al ciento, señor —declaró mi comandante.

—Y todo porque Su Majestad, asesorado por el ministro interino de Marina, interino durante bastantes meses y sin un jodido conocimiento de los aspectos de la construcción naval, se empeñó en nombrar para la división al *Alejandro I*, que ya en su navegación a Barcelona había mostrado estas mismas carencias. ¡Me cisco cien veces en la badana negra! ¡Se me ordena que con esta división levante el bloqueo de El Callao, domine las costas chilenas y destruya la escuadra rebelde! ¡Que baje Jesucristo de la cruz y me explique al detalle la táctica a seguir! ¡No dispongo de una división naval para afrontar un enemigo mínimamente considerable!

De nuevo se hizo el silencio, ahora más espeso todavía. El secretario escribía a ritmo de galope largo, sin perder una sola de las palabras de su jefe. Porlier repasaba su cara con las manos, como si se sintiera abochornado. Por

fin, se dirigió hacia mi comandante con expresión de cierta compasión en el rostro.

—Vamos a ver, Antonio, hablemos como amigos y con entera sinceridad. Siento mucho lo que voy a decir, pero ante todo debemos ser honrados con la Armada y con nosotros mismos. Creo que no debes seguir en la división. Se nos abren dos caminos solamente. Puedes continuar hacia la bahía de Río de Janeiro, sin que signifique solución ninguna a tus problemas. Incluso es posible que una vez allí, nada sea posible hacer. ¿Y qué sería entonces del *Alejandro*? Un buque podrido en Indias y en puerto extranjero, aunque en estos días las relaciones con Portugal sean excelentes. La otra es regresar a Tenerife, porque deberás navegar una distancia aproximada. Creo que esta segunda opción sería la más acertada. Ya sé que la división se queda en mierda de moscarda, pero no veo otra solución.

—Sabía que se decidiría por esa vía, señor —apuntó Tiscar con escasa pasión en sus palabras—. Personalmente, tanto me preocupa la entrada de agua como el estado de las maderas del aparejo. Como decía, hemos rendido mastelero y verga sin recibir un soplo por encima de fresco. No creo que soportáramos un ventarrón. Y si encima el nivel de agua sigue progresando, el peligro de hundimiento se haría real. Estoy de acuerdo en que deberíamos regresar a Canarias. Pero me surge una duda. ¿Qué hacemos con el personal del Ejército embarcado?

—Deberías transbordarlo al resto de los buques. No puedes regresar con esos hombres a bordo. Seríamos masacrados por la opinión general y particular con toda razón. Claro que nadie sabe la impresionante escasez de personal que sufre el *Alejandro*.

—Le recuerdo, señor, que mi dotación apenas alcanza los doscientos hombres. En estos momentos, las bombas de picar se encuentran servidas al ciento por soldados del Ejército.

—Lo suponía, pero ninguna solución se nos abre a la vista. Tanto la *Prueba* como el *San Telmo* podemos entregarte unos veinte hombres. Desde luego, los menos profesionales. Pero para picar las bombas no se necesita especial instrucción marinera. Ya sé que también es peligroso hacerte regresar en tales condiciones, ante la posibilidad de que aumente la entrada de agua. Y sí tomas mala mar, que siempre es posible en el tornaviaje, puedes sufrir un verdadero infierno. Lo siento mucho, Antonio, pero creo que no se aparece otro camino a proa.

—Lo comprendo, señor. Tan sólo puedo decir, que todo hombre será bienvenido a bordo, aunque se trate de cojos o contusionados.

—Bien, hay veces en la vida que debemos tomar decisiones que a nadie gusta. Transborda los soldados, unas dos terceras partes a la *Prueba*, que anda con menos personal embarcado, y el resto al *San Telmo*. No olvides entregar a la fragata las cajas de monedas de plata acuñada, que han de servir para pagar a las tropas en el virreinato del Perú. Si perdemos una sola moneda, nos destriparía don Fernando. No escriba esas últimas palabras, secretario.

—Tan sólo desearía pedirle un último favor, señor —dijo Tiscar.

—Lo que quieras.

—Permíteme que, antes de proceder al transbordo definitivo, llevemos a cabo una nueva inspección de la obra viva. Naturalmente, limitados a la zona que nos sea posible atacar.

—De acuerdo. Pero, por favor, nada de desnudar la bodega baja en busca de ese madero aventado del demonio. Si no conocéis su situación en el plan con suficiente exactitud, no serviría de nada e incluso podría ser peligroso.

—Por supuesto.

—De acuerdo. En ese caso, quedo a la espera de tus noticias aunque, por doloroso que sea, las estimo del color más negro.

—También yo, señor.

Conforme escuchaba la conversación que mi comandante mantenía con el jefe de la división, se desmoronaban los aparejos de mi alma. Porque se evaporaba como el agua hirviendo el sueño de las Indias, del cabo de Hornos y de las aguas del mar del Sur. Además, deberíamos lidiar un toro de cuernos en filo para llevar a cabo el necesario tornaviaje hacia la Península, si no quedábamos aconchados en Tenerife. La voz del jefe de la división me apartó de tan tristes pensamientos.

—Bueno, no perdamos más tiempo. Con tanto retraso, acabaremos por montar el cabo de Hornos en la peor época del año, otro detalle que no tienen en cuenta los que poco o nada saben de las cosas de la mar. Porque lo alcanzaremos bien entrado el mes de junio, pleno invierno austral, cuando caen gotas de agua al corte, se forman carámbanos en los palos, aparecen las bancas de hielo y soplan los rugientes. En fin, señores, aunque con bastante tristeza, doy por tomada la decisión para la que fue convocada esta junta de comandantes, en este caso con el acuerdo de todos los presentes.

El regreso hacia el navío *Alejandro* se hizo tedioso por más. Observaba la boga de los marineros con los pensamientos perdidos en el más allá. Era consciente de que en la Armada y en la mar cada día se nos puede ofrecer una cara muy distinta. No obstante, me encontré rogando a la Patrona para que

nos concediera el necesario milagro, que así lo consideraba, y el navío pudiera continuar su navegación.

Se llevó a cabo la inspección en las tablas de proa sin resultado alguno, tal y como se esperaba. El ambiente a bordo se cruzó en tintes de desesperanza muy marcados, de capitán a paje de escoba. De esta forma, se transbordó el personal del Ejército, al tiempo que se recibían veinticuatro hombres de todos los cuerpos de Marina. También se trasvasaron las dieciséis cajas con monedas de plata acuñadas, que con tanta impaciencia esperaban en El Callao. Y tras izar señales de banderas en las que nos deseábamos la mejor de las suertes, el *Alejandro* viró a estribor para arrumbar al norte, con el viento mantenido en fresquito de levante. Los otros tres buques se alejaban poco a poco hacia poniente, y en sus tablas marchaban nuestros más escondidos deseos.

* * *

Aquel mismo día en que nos separamos del resto de la división, comenzó lo que he catalogado como el tornaviaje del infierno. Porque las rondas cambiaron de revés y las condiciones mantenidas hasta el momento se evaporaron como las figuras del navío y las dos fragatas en la distancia. Bien es cierto que no se trataba de misión sencilla establecer la derrota hacia las islas Afortunadas, metidos de lleno en la zona de los Alisios especialmente convocada para la derrota hacia las Indias. El capitán de navío Tíscar expuso al piloto su decisión, tan pareja en muchos mandos, de navegar hacia levante como fuese posible, dentro de las posibilidades de bolina del *Alejandro* que no eran palo de gracia.

Con el viento entablado de levante y fresquito de fuerza, el comandante ordenó arrumbar al norte, cayendo hacia el leste las cuartas que posibilitara el aparejo del buque. Se trataba de escasa ganancia, pero no se aparecía en la rosa otra opción. La única gracia que nos concedieron los cielos fue la de atravesar la zona de calmas sin sufrir la habitual calmería de lomos, runruneando con el soplo encuadrado en el límite del primer cuadrante. Sin embargo, cinco jornadas después, el dios Eolo quiso mortificarnos un poco más, haciendo saltar un nordeste fresco. Se trataba de la situación más negativa para nuestros fines, que nos obligaba a cuadrar rumbos del cuarto cuadrante, unas proas que para nuestra desgracia nos alejaban del objetivo. El comandante basaba sus esperanzas en recibir más pronto que tarde vientos del

cuarto cuadrante, ese noroeste que nos beneficiara a pulso llano, aunque debiéramos trepar en latitud y con alguna caída hacia poniente.

No debemos olvidar el factor decisivo que nos estragaba el alma. Porque la entrada de agua se mantenía en las mismas cuerdas, oscilando entre las diez y las quince pulgadas. Se establecieron turnos muy rigurosos entre los que se consideraban como almas poco marineras y hábiles para entrar a la ronda. De esta forma, tanto los marineros y grumetes clasificados como de manos blandas, así como los soldados de Marina, de las brigadas artilleras y hasta el último paje de escoba entraban a la rueda sin posible conmiseración. Había que picar las bombas a pulmón, si no queríamos que el navío podrido acabara por caer a los reinos del dios Neptuno. Y conste que muchos pensábamos que ese debía ser su final, tras habernos hecho perder la gran oportunidad.

Como ya saben, en la mar todo puede cambiar a peor aunque se sufran los pesares de Jesucristo de proa a popa. El mayor desaliento nos entró por manguerotes en la primera semana de junio. El viento del nordeste arreciaba a fresco y posterior a frescachón, con lo que el *Alejandro* no sólo continuaba perdiendo el deseado levante, sino que la entrada de agua comenzaba a subir de forma paulatina pero sin descanso y con evidente alarma. Acabamos por necesitar de todas las bombas en ligero pero a un mismo tiempo, para no cargar en demasía y gozar de un remanente de agua en embarque. El comandante dudó en la posibilidad de virar a rumbos de componente sur, para acabar con proa al sudeste. No obstante, bajar en latitud suponía perder la esperanza de encontrar esos vientos del cuarto cuadrante, que tanto necesitábamos. Pero es fácil comprender nuestro ánimo, al comprobar que el navío embarcaba más agua, el viento arreciaba en flautas de serení y, para colmo de males, seguíamos cortando meridianos hacia poniente.

Recuerdo aquella semana de junio, abrasados en calores recios, como un inmenso calvario mental y corporal. Entrábamos y salíamos de guardia como autómatas, con el único pensamiento prendido en las cubiertas bajas y el informe que, al picar la campana cada nueva hora, el contramaestre de servicio comunicaba al oficial de guardia. Pero en ese curso hacia la mala, la última bofetada la recibimos cuando, a mediados de junio, sufrimos un viento cascarrón, que amenazaba con pasar a mayores. Me temí lo peor y soy muy sincero. El comandante lo discutía con el segundo y el contramaestre mayor.

—¿Ha aumentado mucho la entrada de agua? —preguntaba a don Casimiro.

—Dos pulgadas más, señor. Ya corremos con veinticinco largas. Pero más me temo este viento, que puede amadrinar en sus costras un temporal de

travesía.

—Por todos los santos del ciclo, que sería la peor de las noticias. Porque parece que la entrada de agua es proporcional al movimiento del buque, lo que confirmaría la teoría del aventamiento de ese putaño tablón de los fondos. Y si decide saltar de bando, entraríamos en rogatorias de cardenales.

—La entrada es proporcional a los balances y machetazos sin duda alguna, señor. Debemos rogar para que este viento cascarrón se quede en esas cuerdas y no se alce en temporal corrido. Unos días a la capa pueden ser mortales. Y ya sabe que lo digo sin exagerar una mota, señor.

—Ya lo sé, don Casimiro. Bueno, no hay más camino que verlas venir y elevar los rezos. Llegado el caso, pensaríamos en otras soluciones de emergencia, que tan escasamente se nos abren.

Me asombraba la tranquilidad con la que el comandante abordaba una situación de tal peligro. Ya digo que aquellos días sufrimos al rojo y con grillos de corte en las venas. Pero no estaba dispuesta la gran señora a concedernos un mínimo alivio, más bien al contrario. Porque cuando más bufaba el soplo cascarrón entre las jarcias y la proa del *Alejandro* entraba en las aguas con pantocazos de rifada y balances muy pronunciados, sufríamos otro aldabonazo del mismísimo Satanás. Como ya me encontraba acostumbrado a ciertos ruidos, no me alarmó en exceso escuchar un nuevo bramido en altura, muy parecido a otros anteriores. Elevé la mirada hacia los palos, para comprobar que se había rendido de nuevo el mastelero del velacho, aquel que se guindara en flor de cuño un mes atrás. Según el contramaestre, no se podía endosar la culpa al macho enterizo, sino al encaje de tambor. Pero al mismo tiempo y como una jodida demostración al palpo negro de los dioses, partía la verga seca^[80] del mesana. Las dos mitades quedaban en cuelgue y con violentos movimientos no exentos de peligro.

Atravesamos sin duda los peores momentos. No disponíamos de suficiente personal para abordar tanta desgracia. De forma especial, los destrozos producidos por la situación en la verga seca, obligaban a dar lo máximo de cada hombre. Ahí sí que la Patrona debió largarnos un cable de fortuna. Porque los gavieros Moncada y Lastres se jugaron en verdad la vida, al correr por la verga seca en cuelgue de estay a brida de caballo y degollar la cabuyería que atenazaba sus movimientos. El comandante exponía sus órdenes con claridad.

—Limpiar maniobras y no pensar en futuros, don Casimiro. No necesitamos trapo de momento, sino quedar francos de maderas en vuelo, que pueden descabalgan las cabezas más bravas.

—Enterado y plenamente de acuerdo, señor. Atacaremos primero la verga seca y ya le entraremos a ese mastelero que Dios maldiga.

La primera noche se abandonaron los trabajos una vez entrados en oscuridad de lobos. No se podía asumir un riesgo tan elevado, con escaso beneficio y evidente peligro de perder unos hombres sin posible relevo. Pero en la mañana siguiente se continuó con los trabajos a muerte de león. A lo largo de la jornada conseguimos reventar vientos y cruces de la verga seca, que dejaba el mesana limpio aunque hubiésemos perdido una vela de la importancia y superficie del sobremesana. Y una jornada más tarde también se aclaraba la maniobra en el palo mayor, desguindando los restos del mastelero, sin proyecto inmediato de reponerlo a la vista.

La entrada de agua superó las treinta pulgadas, noticia que corría de boca en boca como reguero de pólvora. Llegamos a tal punto de exigencia, que se ordenó a los hombres alistados que picaran todas las bombas a la máxima potencia. Ahora puedo jurar por todos los Leñanza dormidos en el camposanto, que al menos los guardiamarinas esperábamos la continuación de la subida y acabar con nuestros cuerpos en jangadas^[81] de fortuna. Bien sabe Dios, que en esos momentos el profesional de la mar a nada teme. Se le aparecen los futuros movimientos como un envite de la señora, que es necesario vencer para continuar rifando cascos por esta vida incierta.

Para fortuna de nuestros cuerpos, rematamos aquella semana de muerte sin mayores o nuevos problemas, aunque el agua continuara entrando a borbotón. Bien es cierto que para cruzar a muerte definitiva solamente nos faltaba rendir un palo maestro o capuzar la proa bajo la espuma. Pero los milagros en la mar existen y acaban por llenar el pecho de esperanza. Tras una guardia de alba corrida en las peores condiciones y con escasos pensamientos de favor, los dioses dieron paso a un inesperado crepúsculo de luces. Porque aquel ventarrón no cedió a base de lluvia u otro mecanismo habitual, sino con la aparición del sol en fuerza, sopló en caída rápida y con la mar rebajando crestas a la vista. Creo que dos horas después, cuando el viento amainaba a fresco y, tras un perezoso tontoneo en su dirección, acababa por entablarse en el deseado noroeste, me sentí tentado de arrodillarme sobre las tablas y elevar el rezo definitivo. El comandante exhibía sonrisa de cuadro.

—¿Cree que se mantendrá este bendito noroeste, don Casimiro?

—Lo juraría por mis muertos, si me permite la expresión, señor comandante —también el viejo nostramo mostraba su alegría—. La mar acaba por conceder lo que cada uno merece. Y esta sufrida dotación ha laborado suficiente sangre, como para recibir este preciado don.

Aquel día, a la meridiana, el piloto marcaba una situación en los veintinueve grados de latitud. Tras conversar con el piloto, el comandante discutía con los oficiales junto a la timonera.

—Nos encontramos más al norte que el paralelo más meridional de las islas Canarias. Veremos cómo se cuece la puchera, pero si se nos permite navegar a un largo durante suficientes días, es posible que decida aproar directamente a Cádiz. Sería una pérdida de tiempo bajar en latitud para entrar en Tenerife, donde nada nos pueden reparar y nada se nos ha perdido. ¿Cómo nos movemos de víveres y aguada, segundo?

—Único aspecto que marcamos en orden, señor, por extraño que parezca. La pipería^[82] es de garantía y no presenta mermas. En cuanto a los víveres, almacenábamos para los del Ejército y sobran.

—Pues conceda hoy rancho extraordinario a toda la dotación, que bien se lo ha ganado. Y alimentos en especial cantidad para los que sirven las bombas, que ese peligro no se ha evaporado.

Cuando las nubes te entran en bandadas dulces y colores de beneficio allanan el camino de cualquier buque en la mar. Con el cese de los movimientos violentos del buque, la entrada de agua se rebajó en algunas pulgadas, aunque fuese necesario mantener todas las bombas en funcionamiento. El comandante estaba seguro de que el madero aventado se mantenía en balance inestable y sin peligro inminente, si no sufríamos un nuevo ventarrón de cruces. Además, quedó demostrado que navegando con el viento a un largo, la mejor de nuestras opciones para cruzar meridianos hacia levante, se permitía una menor entrada de líquido. Por otra parte, don Casimiro y sus hombres consiguieron enhebrar una verga seca en bandolas^[83], una obra de arte que llegué a creer porque comprobé su funcionamiento. Aunque se rematara corta de penoles y con una espantosa unión más parecida a la galocha, acabó por funcionar y la vela de sobremesana, aunque con una bolsa superior a la debida, chapaba viento con gusto.

Atravesamos el mes de julio en condiciones muy parecidas. Bueno, debo recordar que sufrimos un par de encalmadas, situación que nos mortificaba porque tras la calmería el viento puede saltar a su gusto desde cualquier cuadrante. Pero, como merecida recompensa de los dioses, en las dos ocasiones retomó el noroeste a nuestro gusto, variando su fuerza de fresquito a frescachón y un andar aceptable del navío.

Como habíamos progresado francos a levante y con algunas caídas hacia el norte, nos encontramos a la altura de la isla de Madera a escasas millas de

sus crestas. Por mucho que observamos, no llegamos a recalar en ellas. Pero nada nos urgía en dicho sentido, sino continuar navegando hacia levante. El caso es que a finales de julio cruzamos el meridiano de los quince grados, al tiempo que el piloto marcaba una latitud de 33° 5'. El comandante, sin dudarle un segundo, ordenó aproar hacia la bahía de Cádiz por derecho. Y aunque habían aumentado de forma notable en los últimos meses los corsarios de los rebeldes indianos por aquellas aguas, confiábamos en que si topábamos con alguno, no sospechara siquiera que, de los 74 cañones del navío *Alejandro I*, solamente podíamos cubrir unos pocos de una sola banda.

La noticia de haber aproado hacia Cádiz, llenó de alegría a los muchachos en la chaza de guardiamarinas. Porque ya nos habíamos olvidado de las querenciosas aguas del mar del Sur, condición habitual en la juventud. Y tras las semanas atravesadas, en las que estimábamos como muy posible acabar flotando en jangadas sobre las aguas, pensar en la bahía gaditana y regresar tras una muy complicada navegación, abría nuestros pechos con aires de verdadera heroicidad. Tan sólo Martín entraba, como de costumbre, a comparar por la mala.

—Mucho os gusta la bahía de Cádiz, mamones de culebras. Por mi parte, preferiría mil veces encontrarme a bordo del *San Telmo*, montando el cabo de Hornos hacia la mar del Sur.

—Así las toninas te coman los huevos podridos —protestó Diego con asombro de casi todos. Porque no solía conducirse normalmente en tales términos—. Por mi parte, ahora mismo solamente sueño con una comida de rico puchero en casa de mis padres, una buena y mullida cama, y unos días de permiso. Ya tendremos tiempo de montar ese jodido cabo de Hornos. Además, no creo que la mar del Sur se evapore en los próximos años.

Aunque por mi parte también habría cambiado destino sin dudarle por uno de los guardiamarinas del *San Telmo*, concedía razón a Diego. Habíamos sufrido de verdad en aquellos tres meses de navegación, posiblemente la mayor parte de las calamidades que un buque puede padecer en la mar. Y como despedida final del putorrón navío ruso, al que tan escaso cariño tomamos, cuando ya se veía en la distancia la incomparable bahía gaditana, se rifó la sobremesana, una vela que habíamos podido utilizar hasta aquel momento en milagro santero y por la profesionalidad de muy escasos hombres.

Largamos los ferros frente a la ciudad de Cádiz el día vigésimo octavo del mes de agosto. Como es de suponer, la sorpresa de los gaditanos se agigantaba al comprobar que la silueta oscura recortada en el horizonte, se

acoplaba a la del navío *Alejandro*. Porque regresábamos al puerto de salida tres meses después de nuestra partida. Y lo peor del caso es que, visto en la distancia, el navío aparentaba encontrarse en perfecto estado de maderas. Y así lo escuchamos en los días posteriores. Habría deseado que ese conjunto de mamones boquílargos se hubiese mantenido a bordo durante el mes de junio y picado las bombas noche y día, hasta reventar de vientre.

Al tiempo que se nos desembarcaba a los guardiamarinas con quince días de inesperado permiso, y orden de posterior presentación en la Academia para continuar los estudios, el comandante nos despedía con unas muy esperanzadoras palabras.

—Bueno, caballeros, siento que no hayamos conseguido montar el cabo de Hornos y pasar al Mar del Sur, unas aguas por las que, estoy seguro, suspiraban. Pero han recibido una extraordinaria lección de mar, que mucho les servirá en futuras comisiones de mar y guerra. Les felicito a todos por la labor que han llevado a cabo a bordo de este navío un tanto desperejado. Sin embargo, no creo equivocarme si entiendo que jamás olvidaran el *Alejandro I* y estos meses atravesados en sus maderas. También quiero exponerles que rendiré los informes oportunos en términos muy elogiosos. Asimismo, tengo el honor y el placer de comunicarles que, al ser guardiamarinas con más de dos años de experiencia y su buen hacer a bordo, propondré a los cinco para que sean promovidos al inmediato empleo de alférez de fragata. Espero y confío que, en escaso tiempo, aunque todavía deban realizar algunos cursos profesionales de navegación, táctica y artillería, muestren con orgullo la ansiada charretera, que se ganaron a bordo de este buque. Y sepan que estos quince días de permiso que van a disfrutar les llega concedido por mi autoridad. Deberán presentarse en la Academia el dieciséis de septiembre. Nada más, caballeros. Que disfruten estas jornadas de descanso y que la Patrona les ofrezca buena suerte en sus carreras.

Creo que en aquel momento, hasta Martín dejó de pensar en las costas del virreinato del Perú. Porque ya nos veíamos con los flecos de oro en movimiento permanente sobre el hombro izquierdo. Además, mucho teníamos que contar de nuestra aventura en el *Alejandro*, mil anécdotas que exageraríamos de forma conveniente hasta producir envidia en nuestros compañeros.

Una vez concedido el permiso por el comandante, dudé de lo que debía hacer. Pero esas dudas se entablaron durante escasos minutos. Sin pensarlo dos veces, tomé el arcón y salté a tierra. Mi destino estaba claro: Santa Rosalía.

24. La hacienda de Santa Rosalía

El tiempo transcurría a modo y con extremas variaciones, blancas y negras, un acompasado vaivén al capricho del duende. A veces, encontraba la vida en la hacienda muy relajada y con momentos de extrema dulzura, como si los cielos me hubiesen concedido un especial don al confinarme en una tierra tan querida, aunque lo fuese por superior mandato y en contra de mi voluntad. Sin embargo, otras jornadas se asemejaban desde las primeras horas de la mañana a singladuras en la mar preñadas de recalcitrante encalmada, un parsimonioso paso de los minutos, alargados como horas en paro, y tardes interminables en las que el sol parecía detenerse en el recorrido sin dar su brazo a torcer.

Para suerte y regocijo del alma, había conformado una maravillosa e inesperada sorpresa la aparición de mi hijo Pecas en la hacienda. Pensaba que el joven se encontraría navegando allá por el mar del Sur en las costas de Valdivia, Concepción, Valparaíso o, más al norte, cercano a la inolvidable ciudad de los Reyes, como llamara don Francisco Pizarro a la preciosa y recogida villa limeña. Avisado de la llegada de un carruaje de postas, observé cómo descendía su pequeño cuerpo por el estribo y se abalanzaba sobre mí a la carrera. Y por todos los dioses de la mar, que jamás estimé la fuerza de un abrazo capaz de derretir el alma. En tales cuerdas se abrió el corazón, al acoger al caballero guardiamarina Leñanza contra mi pecho durante interminables segundos.

De nuevo comprobé un importante cambio en el pecoso muchacho, convertido de la noche a la mañana en un hombre bragado y con nervios propios. Bien sabía yo que la gran señora de la mar es capaz de ejercer tal influjo sobre cualquier ser humano y mucho más, de forma especial cuando taladra los sentidos en busca del necesario aire para respirar o, sencillamente, ofrece la fuerza necesaria para mantenerte a la brega y continuar navegando en esta vida de tan incierta derrota.

Para regusto propio, apenas pude pronunciar una sola palabra en necesaria entrada. Porque el joven se lanzaba ladera abajo con extrema rapidez, para exponerme su vida a bordo del navío *Alejandro I* desde el día de su salida a la mar en la bahía de Cádiz, hasta el regreso poco más de tres meses después al mismo escenario. Me emocioné hasta las roderas más altas al comprobar su orgullo, ese alarde endiosado tan propio de los hombres de mar. Su narración asemejaba la propia de un cuaderno de bitácora, porque el mozo no dejaba singladura sin rellenar hasta el mínimo detalle. Y hablaba con la clásica emoción de quien comienza a descubrir los secretos de la gran señora, así como el alma propia de esos seres falsamente inanimados con esqueleto de madera, pero con un corazón más grande que la basílica romana.

Por fin, Pecas decidió tomar un ligero descanso, al tiempo que atacaba como náufrago desfallecido un goloso refrigerio de carnes y embutidos, acompañados con un vino de cuerpo espeso y garraspón, muy al uso en los buques de la Real Armada. Entendí llegada mi oportunidad para meter cuña artillera.

—Y Rosendo Porlier debe de encarar todas esas misiones con una fuerza naval compuesta por un navío y una fragata. Un dominio de las costas del virreinato de El Perú entre los paralelos de los diez grados norte y sesenta sur. Por todas las bichas de la camada, que la Real Armada se encuentra dirigida por una pandilla de descerebrados, que entiende la mar como un campo de batalla en tierra llana. ¿Cuenta al menos con adecuadas dotaciones?

—Bastante superior a la nuestra aunque con escasos marineros de garra, según sus propias palabras. Al menos, dispone de suficientes artilleros como para cubrir la artillería de una banda. Mientras permanezcan a su bordo los hombres del Ejército, el *San Telmo* y la *Prueba* se batirán ante cualquier enemigo con mayores posibilidades de éxito. Pero no le será fácil, por no decir imposible, dominar unas aguas que se extienden por miles y miles de millas. Según opinaba mi comandante, se debía establecer una división naval en cada uno de los puntos principales, desde Valdivia hasta El Callao.

—Concuerdo plenamente con Tíscar, un oficial muy inteligente e íntegro. Pero ya veremos cómo se le presenta la manzana a esa pobre división. Y que la Patrona los riegue de suerte al montar el cabo de Hornos en pleno invierno. Bien sé yo lo que les puede aparecer a proa. En aquellas aguas perdí una fragata, cuando mandaba la división con mi insignia izada en el *Potrillo*.

—Bueno, padre, apenas le he dejado hablar y casi no le he preguntado por su estado. Y no me refiero solamente a la salud, que a la vista se observa en forma de rigor, sino a la otra que nos bate la mente.

—Me encuentro muy tranquilo y relajado, Pecas, y no te miento una mota. Sé que este destierro se alargará algunos meses más. Somos bastantes los oficiales de la Armada que en tal situación penamos. No obstante, se escuchan muchas voces, demasiadas quizás, sobre posibles..., bueno, ahora los llaman pronunciamientos. Una palabra inventada que solamente intenta eludir las verdaderas, como son el motín o la sublevación. Porque más vale denominar a las cosas por su verdadero nombre y dejar las gaitas menores a la banda contraria.

—¿Ha dicho sublevación, padre? —Pecas abría los ojos como platos.

—Nadie se encuentra contento con la política y usos extremadamente arbitrarios de nuestro Señor don Fernando. La Armada casi al completo y una parte del Ejército claman por la Constitución, aquella que debía limitar los poderes del Monarca, erróneamente desechada.

—¿Habla de una sublevación contra el Rey? —Pecas todavía se manejaba en dudas de caldera.

—Así es, hijo mío, aunque estas palabras suenen en tus oídos con estrepito de horror. Las tropas del Ejército establecidas en tan elevado número por los pueblos inmediatos a Cádiz, pueden constituir la bomba que inicie una situación que no será fácil conducir. Miles de hombres desatendidos en casi todas sus necesidades, en terribles condiciones de alojamiento, expuestos al contagio de la fiebre amarilla y de la peste africana que se extiende como sable alzado, a pesar de los cordones sanitarios establecidos por mar y tierra. Esos hombres también contactan con los soldados que regresan de sus campañas en las Indias por inutilidad física, transformados en espectros ambulantes. Sin olvidar el trabajo continuo y eficaz de las sociedades secretas españolas e indianas, que rellenan el vaso gota a gota. Se han producido pequeñas sublevaciones en Valencia, Madrid, Galicia, Navarra, Cataluña y toda la geografía española. Ha sido sencillo cortar las cabezas, por su escasa coordinación. Pero más pronto que tarde reventará la redoma a tirón de espuelas. Y quiera Dios que alguien con suficiente autoridad moral embride el caballo con seguridad. Bien sabe Dios que siempre me he opuesto frontalmente a tales movimientos. Pero parece ser que don Fernando no nos deja opción posible. Quien osa nombrarle la Constitución, aunque sea en corte lateral, sale al destierro en pocas horas.

—Vaya un panorama. Ahora que espero recibir la charretera... —el joven solamente pensaba en su preciada promoción y el alamar^[84] en el hombro.

—No te verás involucrado en un empico tan limitado, sea con una charretera o con dos. Ocúpate de tu carrera y no pienses en otros problemas

complejos que se salen de tu dominio. Pero, bueno, dejamos de lado esos asuntos que tanto me entristecen, aunque podrían presenCabra montés o española, que suele vivir en las zonas más escabrosastar la solución definitiva a mi situación de destierro. ¿Desde cuándo no has comido? Veo que no dejas tajada libre a la mano y ya has rematado media hogaza de pan.

—Ayer tomé los últimos alimentos en una venta, donde rematé las monedas disponibles en la bolsa. En el día de hoy llegaba con el estómago en blanco.

—¿Quedaste sin monedas? Ya te dije que podías solicitar a la casa de don Benito de la Piedra lo que estimaras necesario.

—Los acontecimientos se han sucedido a elevada rapidez, padre. Gastamos todo para nutrir a la chaza de guardiamarinas con suficientes alimentos antes de la salida a la mar. Tenga en cuenta que algunos compañeros no disponían más que de unos pocos reales.

—Me parece muy bien. El compañerismo debe prevalecer por encima de casi todo.

—Encuentro la casa muy silenciosa. ¿Dónde se encuentran los tíos Beto y Rosalía? ¿Y mi hermana María? ¿Y los primos...?

—Han acudido a la villa de Cehegín para asistir al Santo Sacrificio de la Misa. Estarán de regreso en pocos minutos.

—¿No se acerca ya el párroco por la hacienda?

—Suele venir un curica joven pero de mente muy despierta, don Enrique. Entre tú y yo, un convencido liberal, que intenta sonsacarme información sin conseguirlo. Porque el pobre don Ambrosio ha envejecido mucho con el último ataque de gota y apenas puede moverse. Dispensé a don Enrique en esta ocasión, al comunicarme la necesidad de salir hacia otra villa en la que había fallecido el párroco.

—Ni siquiera sabía que hoy fuera día de precepto. En los alargados viajes por tierra acabas perdiendo el norte y la noción del tiempo. Bueno, cumpliré con usted cuando aparezcan esas sotanas liberales por la hacienda —Pecas reía de buen humor.

Cuando llegó a la hacienda el resto de la familia, se produjo el esperado desbarajuste general. Rosalía se abrazaba a Pecas entre llantos de placer, mientras Beto le preguntaba por los detalles de su embarque y el resultado de la división naval. Pero también su primo mayor atacaba la ocasión, al anunciarle que sentaría plaza de guardiamarina en el próximo mes de octubre. Y la pequeña María, la niña más hermosa que jamás haya pisado esta tierra, se colgaba de su brazo sin soltarlo un solo segundo. Pecas debió narrar de

nuevo toda su historia marinera, ahora amenizada con nuevos y sorprendentes detalles que, como es lógico pensar, sólo en su mente habían existido.

Disfruté como no recordaba haberlo hecho en muchos años durante aquellos días en los que, de nuevo, nos encontramos reunidos. Creo que influía un estado de dicha general y compartida, como si la familia Leñanza hubiese recibido el mayor don desde los cielos. De forma especial, disfrutaba al contemplar a mi hijo en desenvoltura propia, así como a la preciosa María, que con sus ocho años ya despuntaba en una belleza inigualable. También me satisfacía pensar en que mi ahijado Beto sentaría plaza en la Real Compañía el próximo mes.

Por el contrario, me apenaba pensar en el próximo futuro. Porque si Pecas debía partir de nuevo hasta sabe Dios cuándo, Beto y Rosalía se desplazaban hacia la Corte obligados por las circunstancias. Por una parte, mi cuñado debía aclarar algunos asuntos con nuestros administradores y ahora solamente él podía encarar el negocio familiar. Pero, al mismo tiempo, era necesario preparar los uniformes del joven Beto, que se aprestaba para su entrada marinera. Por tal razón, el joven atosigaba a preguntas a su primo, que lo manejaba bien.

Como todo en esta vida acaba por arribar a puerto amigo o enemigo, llegó el día señalado en rojo en mi calendario particular. Porque quedaría de nuevo en absoluta soledad por las tierras de Santa. Rosalía, aunque no pensara que tal situación cayera sobre mi pecho como losa mortuoria. La pequeña María se negaba a abandonarme, pero debía acompañar a sus tíos y comprar vestidos, que ya los mantenidos en uso quedaban estrechos y pequeños.

Por fortuna, ya no formaba sueños en el cerebro. Me había vuelto muy práctico y no pensaba más allá de lo que podría suceder en los próximos dos o tres días. No obstante, la despedida de Pecas se abrió de nuevo en mi corazón con sentimientos de lanza, aunque intentáramos ocultar los verdaderos argumentos. Y si el guardiamarina marchaba con las primeras luces de la mañana, un par de horas después lo hacía el resto de la familia, tras una despedida más que escaldaba mi mente en cuadro. De forma especial, sentí muy hondo los llantos de María al ofrecerme sus últimos abrazos, un apretón que no parecía presentar el debido remate. La pequeña, cuando el carruaje se alejaba por la vereda, mantenía su mano a través de la ventanilla con movimientos de saludo final. Quedaba dispuesto para el estado de soledad y a ella me apresté con la fuerza de que era capaz.

* * *

Comenzaron a transcurrir los días a buen ritmo. Como en otras ocasiones, me refugié en la cabalgada y el ejercido de la caza que, a un mismo tiempo, me hacía gozar y nutría de carnes a todos los habitantes de la hacienda. Como Barbate había descubierto en el arte cinegético su gran pasión —achuchaba todas las noches para preparar la próxima jornada—. Y acabó por demostrar especial destreza, tanto en el rastreo de pistas o preparación del aguardo, como en el disparo final, que pocos marraba el gaviero. Con gran emoción del joven de pata de palo aderezado al servicio particular, le hice entrega en propiedad de una escopeta mantera del armero de la casa, un justo premio por sus abnegados servicios. Había pensado en ofrecerle el arma utilizada por Setum y Okumé, pero ya el escopetón de perrillos pardos ofrecía escasa seguridad. Barbate no creía como cierto el obsequio en los primeros momentos, como si se tratara de la propiedad de mayor importancia jamás recibida.

Una tarde, Barbate me llegó nervioso y con los ojos abiertos como platos, como si deseara ofrecerme noticia de especial relumbrón. Creí que los tiros se movían por otros derroteros, lo que me inquietó.

—¿Qué sucede, Barbate? ¿Se avista algún carruaje hacia la hacienda?

—Nada de eso, señor. Mucho más importante. He hablado con Paquito, el hermano de Miguelillo, que en estos días destaca como pistero de reses por encima de vivos y muertos. Me ha comunicado el descubrimiento de un macho montés^[85] con una cuerna como jamás ha observado. Sus picos se elevan hacia los cielos como si quisieran rascar las nubes.

—¿Rascar las nubes? Ni que se tratara del palo mayor del navío Santísima Trinidad. Ya sabes que ese noble zagal es muy exagerado, como todos los que se dedican a tal esfuerzo.

—Perdone que desacuerde con vos en ese particular sentido, señor. Paquito es serio y muy cuadrado en sus empresas. Además, señor, ¿y si fuera cierto? Una cuerna así podría destacar en el pabellón de caza.

—¿Cerca de la del macho que abatió Setum, acompañado de mi padre? — Ahora reía de buen humor, al comprobar con claridad los deseos del gaviero —. Bueno, compruébalo con tus propios ojos y ya planificaremos la jornada, si se acopla a la realidad.

No necesitó Barbate de mucha espera para encarar la faena. El rapaz debió entrar en recorrida de riscos y veredas sin descanso, porque cuatro días después me llegaba alborozado. Supuse de antemano la noticia que deseaba entregarme.

—¿Has comprobado la existencia de ese macho con la cuerna más alta de la creación? ¿Se ajusta a la descripción de Paquito?

—Ya le dije que no solía exagerar una mota ese mozo, señor. La descripción se ajusta al palmo y puede quedarse corta. Se trata de un ejemplar impresionante, que deja sin respiración a quien lo observa. Ese glorioso animal se parece a un elefante, de los que observábamos en la distancia por el continente africano.

—¡Por los cojones del mamón britano! —Reía a batientes ante la salida del rapaz—. Eres peor que Setum en ese aspecto de exageraciones cinegéticas. Pues ya sabes, prepara la jornada, que no puede quedar el elefante en los riscos de esta hacienda.

—Con mucho gusto, señor.

Barbate, en compañía de Paquito, preparó el terreno a conciencia para aderezar el aguardo en firme e intentar cobrar la codiciada presa. Por fin, de acuerdo al viento y las querencias propias de esos especiales y escamosos animales, nos aprestamos con decisión. Debimos partir hacia los riscos del Garbanzal con más de tres horas de antelación al alba, para encontrarnos en el puesto de aguardo escogido por el nieto del viejo Simón con las primeras luces, momento en el que las cabras bajaban para alimentarse.

No habíamos olvidado detalle alguno para asegurar el éxito de la empresa. Además de las armas propias y un viejo escopetón de un solo tiro con calibre de pieza artillera, Pepillo, hijo de Tomeo el Chato, viejo y experto armero de la casa de quien había recibido excelentes lecciones, nos acompañaba en la batida. Era de especial interés su extraordinaria habilidad en cargar con maestría las armas para la ocasión. Por mi parte, incorporaba una escopeta regalada a mi abuelo por Su Majestad don Carlos el Tercero, arma de especial belleza con inscripciones decorativas en los cañones y platina noble de bellísima elaboración.

He de reconocer que dudaba de los manejos profesionales de Barbate en ese nuevo papel, y que el aguardo surtiera efecto al primer envite. Como suele suceder a menudo en los lances de caza, cuando se busca con especial ahínco una pieza codiciada, ésta suele desaparecer del universo como por encanto. Sin embargo, en esta ocasión triunfamos al duelo de arranque, para mi sorpresa. Andaba ya bien entrada la mañana, con fuerte sol sobre nuestras cabezas y atisbos de desaliento en el ánimo, cuando por una de las regueras del despeñadero apareció como celestial imagen el macho que parecía ser el dios menor de aquellas tierras. Y podría sellar con lacre de sangre tal

afirmación, que jamás había visto un animal de su familia, con aquella altivez y proporción.

Alcanzamos el momento decisivo, punto este más que controvertido y que cerca anduvo de desbaratar el empeño. Como especial detalle por mi parte, cedí el tiro a Barbate, que lo negaba insistentemente con el movimiento de su cabeza. No obstante, realicé la señal perentoria e inequívoca de mis ojos, que no dejaba lugar a dudas. Quedé de esta forma en reserva, por si el gaviero marraba el intento. Sufrí momentos de duda tras los humos del disparo, hasta comprobar con inmensa felicidad que el montés de incomparable cuerna se derrumbaba como cegado por el rayo, para resbalar por la reguera un buen número de varas. Un disparo preciso y en el sitio de la cruz, que ni siquiera fue necesario entrarle con el cuchillo montero. Se trató para mí de satisfacción ampliada. Porque a la magnífica visión del acto definitivo, se unió la expresión en el rostro del rapaz marinero, una mueca muy parecida a la de la felicidad eterna. Creo que siempre me agradeció aquella especial deferencia, como si hubiese alcanzado el linde de los ciclos.

En efecto, el animal mostraba una cuerna digna del más prestigioso palacio de España. Y para rematar la faena, ordené resecar el trofeo en blanco y prepararlo sobre metopa, adosándole una placa de plata donde podía leerse: Hacienda de Santa Rosalía. Riscos del Garbanzal. Barbate, 4 de octubre de 1819. El trofeo quedó colgado en el pabellón de caza sobre la chimenea. Y desde aquel momento, las visitas del buen criado se hicieron periódicas, como si se convirtieran en oficios divinos de nueva religión.

Mantenia la vida placentera y solitaria en estos quehaceres que abanicaban mi alma en periódicas oleadas, cuando sin esperarlo apareció el carruaje de mi cuñado en la hacienda. Llegaba con demasiado adelanto a la fecha prevista, por lo que deduje que algún asunto debía de haberse atravesado. Al menos no arribaba en cabalgada de fuste, como hiciera al mostrarme el recado de Beatriz, unos pliegos olvidados en la memoria del tiempo.

—¿Qué sucede? ¿Algún problema familiar?

—Nada de eso. La verdad es que esta hacienda debería encontrarse a menos leguas de la Corte. De forma especial, las últimas millas se atraviesan al cuerpo como surcos de ganado.

—Vamos, Beto, que envejeces por momentos. Deja de desbarrar y entra de una putañera vez al grano.

—De acuerdo. He llevado a cabo casi todos los encargos que me encomendaste. Y con clamoroso éxito, dada mi demostrada inteligencia.

Bueno, he de reconocer que la labor de los hermanos Sanromán es digna de toda alabanza. Pero habías cometido un error. No he podido firmar los arrendamientos de la hacienda extremeña, ni la autorización para la extracción del corcho.

—¿Cómo es posible? El poder que te concedí...

—El poder presenta una fecha posterior a los contratos que mantenía don Alonso Sanromán en su gabinete. Y ya sabes que no admiten excepción ni error alguno. La única solución es que aportes tu propia signatura en esos documentos. Vamos, ofréceme un apetitoso almuerzo y mañana a primera hora regresaré a la Corte.

—Comprendo y tienes razón. No había tenido en cuenta ese detalle. Bueno, así has paseado por esas benditas veredas.

—¿Benditas? No será la maldita vereda, apta para cuerdas de guarros y otros bichos de peor especie —Beto se detuvo al golpe, como si hubiese recordado un dato de interés—. Por cierto, que debo transmitirse una interesante noticia. Recibiste una petición de recibo en el palacio de Montefrío de unos portugueses.

—¿Portugueses? ¿De quién se trata?

—La señora de Almeida y su hijo Marco.

—¿Leonor y Marco? —sentí una inmensa alegría al recordarlos, como si regresara a tiempos más felices—. Mucho siento haber perdido la oportunidad de saludarlos. ¿Qué hacen en España?

—Resulta que el nuevo ministro plenipotenciario del Reino de Portugal ante Su Majestad Católica es primo carnal de la señora. Y, según parece, querido como un hermano. Decidieron pasar unos días en la Corte, invitados por su pariente.

—¿Les expusiste mi situación? —pregunté con cierto temor.

—Desde luego. Sabían por los informes portugueses de tu caída en desgracia, pero nada del destierro en esta hacienda. Los recibimos en casa con todos los honores. Una señora muy noble y de especial atractivo. Bueno, no podría decir que se trate de hembra con arrebatadora belleza. Sin embargo, algo se esconde tras su sonrisa, que atrae a los hombres como las abejas al panal. Y ya ha debido superar la treintena, aunque se conserva como moza dispuesta al quite de lanzas. Debe ser un par de años menor que nosotros solamente, aunque se trate de un tema vedado a los caballeros.

—En efecto. Una mujer inolvidable por su fortaleza y señorío. Debes saber que le pedí..., vamos, que la solicité en matrimonio.

—¿Cómo dices? —La expresión de Beto mostraba incredulidad—. ¿De verdad querías unirte en matrimonio con ella? No me extraña tras haberla conocido, aunque la encuentre demasiado madura para mis gustos. Pero nada me habías contado de esos amores, culebrón.

—Se trató de un episodio entrelazado en un difícil momento de mi vida, que olvidé con rapidez.

—¿Un episodio entrelazado? Pareces uno de esos filósofos charlatanes, Santiago. Te juro que cada vez comprendo menos tus palabras. Vuestro encuentro debió de tener lugar cuando llevabas a cabo la comisión a bordo de la fragata Proserpina por aguas africanas del mar de las Indias.

—En efecto. Recuerda que debía buscar la fragata Andorinha, que navegaba desde Manila hacia España con muchos millones de pesos del Gobierno, en este caso del Consejo Supremo de la Regencia. Y a su capitán, el desvergonzado y tunante Joao Silveira, esposo de María Leonor. La búsqueda de una aguja en pajar ajeno, aunque la suerte me sonriera por manguerote.

—¿Leonor era la mujer de aquel pirata sinvergonzón, que deseaba quedar para sí con los caudales españoles? Por todos los dioses, que no la acoplo a esa imagen. Sin embargo, alguna información no cuadra al tinte. Porque en su visita, no se denomina como señora viuda de Silveira. Según tengo entendido, ese maldito bucanero murió en la empresa.

—Ese cabrón de patas largas y corazón negro la maltrató de la peor forma. Le hizo padecer un suplicio más propio en rufián de prostíbulo portuario. Leonor era hija de un antiguo Gobernador portugués en aquella zona colonial portuguesa, bastante famoso por su magnífica obra y con enorme fortuna. Una vez muerto el padre, Silveira hizo creer que su mujer había muerto en un incendio, para quedarse con toda su fortuna. Pero, en realidad, la mantenía secuestrada en una hacienda cerca de Sofala, la capital portuguesa en la costa africana del mar de las Indias. Lo supe por su hijo Marco, que mucho me ayudó en la empresa de cazar a su padre, a quien odiaba con toda el alma.

—No culpo al joven, aunque se trate de empresa antinatural.

—Resulta que el maldito Silveira había contraído nuevas nupcias con una princesa india de inmensa belleza, Ratna Parva Shivosinhji, raptada en Goa ante la oposición de los padres a permitir sus amores. Ese jodido capitán despreciaba de la peor forma a su hijo mayor, Marco, en detrimento del habido con la nueva pareja. Y llegado el momento de huir con la Andorinha y

los caudales españoles hacia el mar de la China, Silveira ordenó que se le diera muerte a Leonor, su verdadera esposa.

—Vaya un bribón malnacido, hijo del mayor putón romano.

—Podrías añadirle muchos adjetivos más de orden negativo, sin errar una pulgada. Marco, su hijo, tuvo conocimiento de la situación que sufría su madre y con mi ayuda la rescatamos, antes de que le dieran muerte. Una vez solucionado el problema de Sofala, semanas después apresamos por fin la fragata Andorinha. En esa acción Okumé dio muerte al capitán bucanero, con lo que la señora portuguesa quedaba libre. Leonor y su hijo embarcaron en la fragata Proserpina para llevar a cabo el tornaviaje hacia España. Como es fácil imaginar, a partir de aquel momento Leonor no deseaba utilizar el apellido de su villano esposo y recuperó el familiar, así como su hijo. Pude departir con ellos durante bastantes días. Una feliz experiencia, sin duda. Leonor y Marco me regalaron la pistola que utilizo en combate, un maravilloso ejemplar de la arcabucería vasca. También me obsequiaron con una perla rosa de extraordinaria belleza para mi esposa. Fue cuando les expliqué que Eugenia había muerto.

—Y la pediste en matrimonio con extrema rapidez —ahora Beto mostraba especial interés en la narración.

—Bueno, ya sabes las terribles acciones que tuvieron lugar en Tenerife, antes de rematar el viaje en Cádiz. Apareció Audrey y se desencadenó el peor momento, con muerte incluida de la escocesa. Me encontraba vacío y sin futuro familiar. Deseaba una madre para Pecas y María, una niña casi recién nacida. Pero al mismo tiempo, me encontraba hechizado por Leonor. Aunque de edad cercana a la mía, presentaba un atractivo que solamente algunas mujeres pueden poseer. Pocos días antes de llegar a Cádiz, le pedí que se casara conmigo.

—Y te rechazó.

—Así es. Siempre recordaré aquella conversación en la toldilla de la fragata Proserpina, de la que no me avergüenzo.

—Pues, vamos, cuéntamela. Santiago, nunca hemos tenido secretos entre nosotros.

—No me importa. Sencillamente, le dije: —*¿Queréis ser mi esposa, Leonor? Ya sé que nos conocemos escaso tiempo y puede parecer una locura, pero...*

—Leonor colocó sus dedos sobre mi boca para ordenar silencio, al tiempo que sonreía con un gesto de especial bondad.

—No sois vos quien habla en estos momentos, Francisco, podéis estar seguro. Habéis cruzado una terrible experiencia, de la que no os habéis repuesto todavía. Ya os dije que debíais considerarme como una mujer marcada duramente por la vida. Una mujer que solamente sueña con vivir en paz rodeada de su familia y comprobar cómo su hijo se convierte en un hombre cabal. Aunque no lo parezca a la vista, soy muy vieja mentalmente y con demasiados sapos verdes en circulación por las venas. No seríais feliz a mi lado, aunque ahora mismo os cueste creerlo. Necesitáis una mujer joven y hermosa a la que uniros, no me cabe duda. Pero una esposa sin taras mentales ni réditos en deuda, que cuide de vuestros hijos y engendre alguno más piara orgullo de la casa de la que sois cabeza. Nada de eso podría entregaros yo. Y conste que sería un honor ser vuestra mujer, porque os aprecio de corazón, un aprecio muy cercano al amor. Pero debemos ser honrados, especialmente con aquellos a los que mucho debemos.

—Quedé sin palabras, admirado por la clarividencia de aquella mujer. No sabía a ciencia cierta qué sentimientos brotaban en mi corazón hacia ella, un extraño conjunto de admiración y cariño tal vez, no exentos de pasión amorosa. Me sentí en deuda con ella, como si debiera entregarle una quita de extraordinario valor. Volví a escuchar sus palabras.

—Cuando llegemos a Cádiz y tengáis a vuestros hijos entre los brazos, comentaréis a entrar en la verdadera vida. Creo que la mar acaba por nublar los sentimientos auténticos, como esa bruma que, a veces, nos impide observar la línea del horizonte. Hemos vivido una experiencia de mil sabores y siempre os recordaré con extraordinario cariño, Francisco. Espero que algún día pueda recibirlos en mi tierra y rendir los honores que merecéis y os debo en respuesta.

De nuevo quedé en silencio, todavía recordando aquella especial situación vivida un par de años atrás y con el rostro de Leonor aparecido con claridad en mi cerebro. Beto, fiel a su norma, se impacientó.

—¿Qué más? ¿Eso es todo?

—Pues sí. Al llegar a Cádiz nos despedimos como muy buenos amigos. También el joven Marco era persona extraordinaria y con valor por troneras para su edad, que comenzó a vivir su propia vida en aquellos días.

—Pues parece que la señora disfruta de una muy desahogada posición.

—Desde luego. Posee buenas y extensas tierras en Portugal, sin contar con las posesiones heredadas de su padre en África y las valiosas colecciones del maldito esposo, de las que le hice entrega. Una extraordinaria colección de armas antiguas y otra inigualable de perlas. Pues en verdad que siento no

haberlos podido recibir en el palacio de Montefrío y pasear con ellos por la villa y Corte. Me apetecería volver a verlos algún día.

—No te preocupes, que lo harás.

—¿Volver a verlos? No creo que esperen hasta que me levanten la pena de destierro.

—No es necesario. Leonor y Marco preguntaron dónde se encontraba esta hacienda y si sería posible girar una visita. Estimaban que sufrirías en soledad y se trataba de una excelente ocasión para agradecerte todo lo que hiciste por ellos en África.

—¿Vendrán a Santa Rosalía? —sentía una exaltación interior en aumento, como toda novedad que aparecía en mi rutinaria vida.

—Ya conoces a tu hermana, que no para en barras cuando una conjetura le parece acertada. Estimó como una idea extraordinaria que acudiesen a remediar tu aburrida soledad. Y al preguntar Leonor por el posible alojamiento en la cercana villa de Cehegín, se negó Rosalía en redondo. Expuso con claridad que el Castillo de Santa Rosalía dispone de suficientes alcobas para alojar un regimiento, si no encontraba inoportuno aposentarse en la residencia de un hombre en tales condiciones. La presencia de su hijo Marco formalizaba la situación.

—¿En tales condiciones? ¿Acaso le expusisteis la situación creada por Beatriz?

—Leonor se mantenía al tanto, aunque no lo declarara en abierto. Santiago, debo recordarte que todo Madrid se encuentra al día de lo sucedido con Beatriz. Ya se va olvidando y se difuminará con el paso del tiempo, pero supongo que el primo embajador le narraría la historia. Como siempre es mejor conocer la auténtica verdad, Rosalía se la aclaró con detalles. Y en mucha estima te tiene esa señora, porque percibí con claridad en su rostro el sufrimiento al conocer tu infortunio.

—¡Joder, Beto! Tampoco es cosa de que vayáis relatando por villas y veredas...

—Vamos, Santiago, no seas suspicaz en exceso. En este caso particular, concedo toda la razón a mi esposa, aunque se trate de una clara excepción — de nuevo entraba en sonrisas—. Más vale saber la verdad al punto, que mantenerte con noticias recogidas en conversaciones de corrillos ajenos.

—Entonces, ¿que decidieron?

—Pues ya te lo he dicho. Debes preparar los aposentos en regla, porque madre e hijo aparecerán en Santa Rosalía en pocos días. De esa forma, cortarán el aburrimiento que padeces.

—¿Has dicho en pocos días? ¿Cuántos? Ya sabes que necesito tiempo para...

—Calma y no te pongas nervioso, una condición tan alejada de tu persona. Llevas demasiado tiempo en soledad. Se trata de dos buenos amigos y no requerirán de especiales atenciones. Vienen a pasar contigo unos días, sin mayores pretensiones.

Quedé en silencio, incapaz de enhebrar una palabra más. No obstante, las ideas corrían por el cerebro al galope y saltaban de un collado a otro en dura estrepada. Bien es cierto que mi alma necesitaba de aquel mare mágnim mental, un ejercicio que levantara los miasmas cerebrales y me concediera el imprescindible interés en nuevas leyendas. Una vez más, recordé a Leonor y al joven Marco, envueltos en estampas con las aguas del mar de las Indias al fondo. Reconocí que mucho me alegraba la visita anunciada y la esperaba con impaciencia.

* * *

Mi cuñado Beto abandonó la hacienda de regreso a la Corte en la mañana del día siguiente, con los documentos firmados en amparo bajo el brazo. Por mi parte, no sufrí una mínima onza con la despedida en esta ocasión. Porque en verdad deseaba quedar en bendita soledad, para preparar a conciencia la llegada de mis amigos portugueses. Y, como asaltado por la proximidad de un combate sangriento, comencé a dictar las órdenes necesarias de norte a sur y otras muchas que de nada servían al concierto. Pero debo reconocer que los nervios me lanzaban en saltos avante, como si se tratara de la primera ocasión en la que ejercía de anfitrión en recibo cortesano. Me repetía una y otra vez que solamente se trataba de una visita de mera cortesía de los Almeida, madre e hijo, que deseaban corresponder con la generosidad y cuidados que les prestara en momentos tan duros de su vida. Pero, con rapidez, los fogones del cerebro saltaban al quite y manejaban las brasas contra los ojos en repetición.

Transcurrieron cuatro jornadas a velocidad de caracol preñado, en las que observaba los relojes minuto a minuto. Paseos y más paseos sin rumbo fijo, ni un mínimo orden en el cerebro. Y cuando el sol comenzaba a caer en el quinto día de sufrimiento, apretaba los puños con dura impaciencia, al punto de comenzar a dudar seriamente de que la aparición se produjese por fin. ¿Y si habían decidido cancelar la visita? La distancia se presentaba con demasiadas leguas desde la Corte e incómodo el trayecto. ¿Habrían regresado a su tierra portuguesa por algún desconocido motivo?

En lugar de apostar el vigía habitual en la entrada de la hacienda, normalmente al joven Paquito que cabalgaba como un rayo y ofrecía aviso con veinte minutos de adelanto, en esta ocasión situé uno más en el camino propio, cuando la vereda atravesaba en duro descenso y subida de lomos la rambla del Picacho. Los más cercanos comprobaban mi estado febril, al punto de que Barbate, con su innata sabiduría, me entrara por cuerdas con la necesaria prudencia.

—¿Los señores que esperamos con tanto remilgo palaciego son aquellos que conocimos en las aguas africanas, señor?

—En efecto. El joven Marco y su madre, la señora de Almeida. ¿Y a qué viene ese añadido festero del remilgo palaciego, bribón? —Contesté en bufido, que apenas achantó al gaviero.

—Lo digo, señor, para que se tranquilice —abrió las manos con las palmas hacia arriba para solicitar de mi indulgencia—. Bueno, siempre en caso de que el señor se sienta un tanto agitado de sangre. Entiendo que se trata de gente de alta cuna, pero con la suficiente confianza. Vivieron a bordo de la fragata durante semanas en estrecho contacto. ¿Desea que cace alguna pieza de especial sabor? A las señoras de alto copete les suele gustar más la pluma que el pelo. Unas perdices en llanda de brasas con riego de buenas especias, le harán chascar la lengua con sólo observarlas.

Lo miré a los ojos sin saber si debía entrarle con puñales al rojo o soltar la carcajada. Y como el rapaz rascaba el suelo con la pata de palo como animal enquistado, me dejé caer hacia la segunda solución. Ahora ya continué en tono guasón.

—Aunque hay perdices de sobra en la despensa, me parece que deseas indicar, que hago trasegar con rebenque en el trasero a todo el servicio de la casa. Y que la visita no lo merece.

—Nada de eso, señor, claro que lo merece. Pero nos movemos como si llegara a la hacienda nuestro Señor don Fernando en compañía de otros reyes europeos. Estimo, si le parece bien, que deberíamos dar una pasada por el llano de la viña alta, para matar un par de docenas de perdices y algunas liebres. Esa actividad le calmará al llano los higadillos, como suele decir.

—Por los cojones de Alí Pacha, malparido gaviero. No deseo pegar un solo tiro. ¿Y si en plena acción aparecen los invitados? Vamos, Barbate, caza unas cuantas perdices, veinte liebres o cien venados de cuernas cruzadas y déjame en paz. Por cierto, espero que no se duerma Paquito en su puesto.

—Para que Paquito quede dormido en un puesto de guarda debería picarle ese mosquito que, en las costas africanas, aseguran que convoca el sueño

eterno del ser humano. Recuerde que monta la yegua Clara, rápida como el viento. Alcanzará esta plazoleta media hora antes de que aparezca el carruaje.

—No exageres, rapaz. Por cierto, supongo que los aposentos de los invitados se encontrarán como los chorros del oro.

—Como ya los ha repasado el señor en cinco ocasiones y María ha gastado sus manos en...

—Lárgate de aquí, gaviero del demonio. No sé para qué te tomé a mi servicio.

—Porque el señor no sería capaz de mover un dedo sin mi auxilio.

Sólo tuve que lanzarle una mirada encorsetada en fuego, para que el rapaz saliera en escape. Pero debo reconocer que aquella conversación me relajó un tanto. Y como si Barbate fuera capaz de convocar a los dioses en auxilio propio, escuchamos de pronto un galope cerrado que, poco después, mostraba al joven Paquito en galopada de fuste, como si se viera perseguido por un coro de almas desterradas. Saltó de la hermosa yegua al llegar a nuestra altura.

—Se acerca un carruaje, señor.

—¿Carruaje noble?

—Debe ser bastante noble, señor, aunque poco entienda de tales menesteres. Puertas grandes con escudo dorado bajo los vidrios. Dos animales de tiro un poco bufados por el castigo pero de buen ver. Cochero uniformado como un general francés y un acompañante en el pescante con arma montada sobre los muslos.

—Son ellos. ¡Manuel! ¡Manuel!

—Mande, señor —el vejete que hacía las veces de mayordomo, engalanado en librea verde, se encontraba a escasas varas de mí—. Estoy aquí, señor.

—Adelante con el plan previsto y sin que se rife una vela. Refrigerio para dentro de cuarenta minutos y cena de compás para dos horas después. En cuanto aparezca el carruaje por el final del camino, que todo el servicio forme carrera y los dos pajes se acerquen para tomar los equipajes.

—Todo está preparado, señor.

Los minutos se alargaron como el cable de las anclas en temporal duro. Paquito debía de haber picado espuelas de fortuna, dado el tiempo que se había adelantado. Paseaba frente a los parterres con las manos atrás, al tiempo que comprobaba una vez más el estado de mi vestimenta. También llegó el segundo aviso desde la rambla al galope, con los mismos argumentos. En uno

de los escasos momentos de lucidez, me dije que exageraba la nota por encima de los palos, pero pronto se remansarían las aguas, o eso esperaba.

Por fin, como si se tratara del buque salvador aparecido en la distancia, observamos el noble carruaje en rápida aproximación. Cuando giraba en la rosaleta, comprobé los escudos en las portas, que indicaban con claridad su pertenencia a la Legación portuguesa en la Corte. Por fin, chascaba los frenos a escasos pasos de nuestra situación central. Me acerqué con rapidez, al tiempo que Manuel abría el picaporte de estrella. Y como si se tratara de una especial visión, apareció el rostro de Leonor que extendía su mano con elegante dejadez hacia mí y una amplia sonrisa en la boca.

Debo declarar entrado en sinceros de ley que, una vez cara a cara con María Leonor de Almeida, me sentí vivamente impresionado. Apenas había cambiado su rostro una sola pulgada en los dos últimos años o, si cabe, ofrecía una estampa más juvenil todavía. Me hice recordar que la había conocido en los momentos más duros de su vida, tras un alargado y penoso cautiverio. Pero no cabía duda de que se había repuesto al punto. No obstante, me repetí el análisis realizado en la primera vez, cuando la recibí a bordo de la fragata Proserpina. Se trataba de una mujer de edad incierta, con esa aureola perpleja que exhiben algunas damas de alta cuna sin intentarlo, y mucho más joven de lo esperado. Porque, en apariencia, apenas parecía haber entrado de rondón en la treintena. Pero lo que más llamaba la atención era la serena belleza y noble figura, así como su delgadez de esfinge romana y una estatura superior a la habitual en mujer portuguesa. Amparada en un vestido negro de amplios vuelos, que ahora repetía, recogía la cabellera morena en moño de caída. Y, desde el primer momento, sus grandes ojos negros se clavaron en mí.

Una vez descendida del carruaje con auxilio de mis brazos, escuché su voz con ese especial acento de nuestros hermanos portugueses, un deje de sonidos olvidados en nuestra lengua castellana. Sonreía con placer al observarme en silencio. Llevé las necesarias palabras de recepción tras besar su mano.

—Sed bienvenida a la hacienda de Santa Rosalía, amiga Leonor. Parece que el tiempo pasa por vuestro lado sin apenas rozar piel ni cabello. Dos años después, asemejáis la estampa de mujer rejuvenecida y más hermosa todavía, si fuera dada tal posibilidad.

—Siempre tan galante, mi querido amigo español —mantenía mi mano entre las suyas en dulce apretón, sin ahogar su sincera sonrisa—. También a

vos os ha tratado con generosidad el paso de estos años, aunque ya luzcáis antorchas de oro en las vueltas.

—Antorchas de oro en situación de destierro.

—Vamos, Santiago, todos los grandes hombres sufrieron parecido destino a lo largo de sus carreras. Parece ser una necesaria vicisitud que se ha de atravesar, antes de dar el salto definitivo.

El joven Marco acababa por situarse a mi izquierda en muda e impaciente espera de saludo. Dudaba en ofrecerle mi mano, cuando el joven se abalanzó hasta embutirse en un fuerte abrazo, como si se tratara de un pariente muy querido.

—No sabe cómo me alegro de volver a veros, señor de Leñanza.

Lo separé para observarlo con precisión. En él sí que se había efectuado un notable cambio. Porque el joven mozo que, de forma tan valiente se condujera por aguas africanas con peligro de su propia vida, se alzaba ante mí como un verdadero hombre.

—También yo me alegro mucho de verle de nuevo, Marco. Por usted sí que han pasado los años con huella y de forma muy positiva.

—Por favor, señor, debería mantener el tuteo que me dispensaba a bordo de la fragata Proserpina.

Los conduje hacia el interior de la casa, mientras los pajes desembarcaban los abultados baúles. Por fortuna, los nervios se habían aplacado como la mar tras la lluvia recia y gozaba a fondo del momento. Una vez en el primer recibidor, aceleré los pasos porque deseaba encarar la conversación.

—Manuel os acompañará hasta vuestros aposentos en el piso superior. Así podréis aligerar polvos y mudar vestimenta, si es vuestro deseo tras el viaje. He ordenado preparar un ligero refrigerio en el saloncito familiar de las conchas, antes de la cena. Todo en plena sencillez y muy al estilo campero español, con la confianza debida a los verdaderos amigos.

—Me alegra que pronuncie esa última frase, Santiago. Por favor, nada de protocolos cortesanos ni etiqueta almibarada. Espero que contemple esta visita como la llegada de dos viejos amigos y, repitiendo sus palabras, con entera confianza. Como si todavía nos encontráramos a bordo de la fragata Proserpina.

—Ojalá pudiera regresar de un plumazo a tiempos tan añorados —me salló del alma la frase, aparejada con gesto ligeramente apesadumbrado. Leonor entró con rapidez al corte.

—No hay mejor tiempo que el presente, Santiago. Se lo demostraré a las claras. Esa es una de las principales intenciones de nuestra visita, además de

acompañar a un querido amigo al que tanto debemos. Y, de entrada, le agradezco tan amistoso recibimiento.

Subieron las escaleras acompañados de Manuel, una doncella y los pajes. Corrí hacia el saloncito, donde todo aparecía en chorros de oro y preparado a conciencia. Me dije, una vez más, que ningún detalle debía fallar en aquella especial ocasión.

Media hora después, charlábamos los tres con la necesaria confianza, mientras tomaban limonada y algunas prendas camperas. Y puedo jurar sin posibilidad de pecado, que me encontraba inmensamente feliz al observar a mis amigos y escuchar sus voces. Pero, al mismo tiempo, admiraba la serena belleza de aquella mujer tan especial. Por mi cabeza pasaba a rondón lo que hubiera podido suceder si los tiempos hubieran jugado...

—Muchas gracias por las flores, Santiago. Me habéis preparado una alcoba digna de una reina. Posee una hacienda preciosa y con un palacete digno de la Corte. Como le sé amante de la historia particular de cada piedra, me podrá explicar la de este predio y sus edificaciones.

—Veo que recuerda mis debilidades.

Expuse la pequeña historia de la hacienda de Santa Rosalía y del antiguo castillo llamado de la Ribera, antes de su cambio definitivo. Me remonté a su pretendido origen templario, más posiblemente de la orden de Santiago, así como a los años de posesión jesuítica. Acabé por exponer las reformas de mi abuela y su obsesión por los azulejos de origen portugués.

—Muy interesante. Pero antes de continuar, Santiago, creo que deberíamos allanar el trato para hacerlo más sencillo y ameno. En Portugal comienza a ser muy habitual el tuteo entre familiares y amigos íntimos. Y, la verdad, estoy segura de que nos encontramos en alguno de esos casos.

—Por mi parte, encantado.

Leonor volvió a mirarme a los ojos con fijeza, como si deseara descubrir los más escondidos pensamientos. Se lanzó vereda abajo sin remilgos.

—Conozco por tus hermanos Rosalía y Adalberto, dos excelentes personas que mucho te quieren, los éxitos profesionales que adquiriste. Alcanzar la faja de general a tan temprana edad y con amenaza de quedar enlistado en el grupo de pensamientos liberales no debe de ser faena sencilla. Acabé por intimar lo suficiente con Rosalía y por ella tuve conocimiento..., bueno, de tu mala suerte familiar, si puede llamarse así. No sé si son oportunas mis palabras o te agravian. Pero desde que recobré la libertad gracias a ti, me siento capaz de ofender al mismísimo demonio —sonreía de placer.

—No me pueden ofender tus palabras, Leonor. He atravesado momentos buenos y también otros dignos de ser enterrados a muchas varas de profundidad.

—Santiago, los vientos oscuros pueden pasar por la vida sin apenas cortarla, si se es suficientemente inteligente. Solamente viviremos una vez y no debemos malgastar los años que nos queden en empresas imposibles o que nos nublen la cabeza en tristeza. Bueno, dejemos de momento estos aires pesarosos.

No me pasó desapercibida aquella expresión, de momento, que encerraba una incógnita todavía indescifrable. Pasé a preguntar por sus vidas en Portugal, los proyectos del joven y otros temas de la vida diaria. Marco entró en la conversación con verdadero interés.

—En un principio llegué a pensar en sentar plaza en la Real Marina portuguesa. Pero lo pensé mejor y decidí que la mar solamente traería consigo malos recuerdos, que puede comprender fácilmente. Y como a causa de algunos desgraciados fallecimientos he quedado como único descendiente de la familia Almeida, dedico todos mis esfuerzos a mantener nuestro patrimonio. Por suerte, ganamos los pleitos interpuestos para recobrar las posesiones conseguidas por mi abuelo en la costa sudoriental africana de dominio portugués. Pero como no pensamos volver por aquellas malditas tierras jamás, nos dedicamos a venderlo todo poco a poco, conforme aparece condición favorable. ¿Sabe la primera propiedad africana de la que nos desprendimos? Seguro que no falla en la respuesta.

—El palacio Oosterwijk.

—Sabía que lo acertaría. Lo compró un holandés con antepasados en Ciudad del Cabo.

—¿Qué fue de las colecciones? Seguro que también se han desprendido de ellas.

—Con sinceridad, señor de Leñanza, ni mi madre ni yo deseábamos mantener unas colecciones en las que tantas ilusiones personales había depositado..., había depositado el señor Silveira. La de armas cortas de fuego se la vendimos a un comerciante británico de Londres, y a un precio tan alto como no considerábamos posible. En la de perlas se interesó con mucho empeño un intermediario, que nunca llegó a explicarnos el verdadero dueño. También el precio nos llamó la atención. No podíamos imaginar tan elevado valor.

—De esa forma, solamente quedaron fuera de las colecciones vendidas las dos piezas con las que me obsequiasteis a bordo de la Proserpina. Debéis

saber que la pistola ha sido disparada en combate bastantes veces. No me separo de ella y la utilizo siempre que entro en combate a bordo. Por el contrario, esa maravillosa perla rosada de extraordinario tamaño, se mantiene en mi poder. Jamás he observado una pieza de tal belleza, que refulge con oriente de espuma. Me dijiste, Leonor, que acabaría por rehacer mi vida y sería un presente adecuado para la mujer que necesitaba. Y, en caso contrario, conformaría un obsequio para esa pequeña hija que me hace perder el sentido.

—Un mi opinión —intervenía Marco—, se trataba de la pieza más importante de la colección de perlas. Parece ser que perteneció a la reina de la isla de Ceilán.

—No merecía tan valiosos obsequios.

—Merecías esos y muchos más —apostilló Leonor con decisión—. Solamente intentaba que mantuvieras un pequeño recuerdo de nosotros. No debes olvidar, Santiago, que salvaste mi vida de una muerte terrible. Y contribuiste a que Marco pudiera disfrutar de su existencia.

—Solamente cumplí con mi deber. Pero siempre he sentido un placer especial al recordar que conseguimos salvarte de tan espantoso final. Bueno, creo que deberíamos pasar al comedor. Os debéis encontrar hambrientos, especialmente Marco.

La cena resultó un éxito clamoroso en todos los aspectos. Para mi sorpresa, no solamente el joven Marco atacaba las viandas de todo tipo, porque su madre también entraba al diente de ronda, especialmente con las perdices braseadas que alabó en repetidas ocasiones. Por último, repitió de la torta de miel con almendras, la especialidad de la casa.

—Me comido una barbaridad, Santiago. Tenía hambre, es cierto, pero todo lo que nos han servido me ha copado el paladar con gusto de dioses. También creo que he bebido en exceso, lo que no es propio de una señora.

—Por favor, Leonor. Todo lo que haces debe ser considerado como el acto ideal para enmarcar a una verdadera señora.

—Jamás había probado unas perdices tan ricas —Marco remataba la segunda porción de torta y unos dulces de reguera.

Como estimé llegado el momento, regresamos al saloncito de las conchas, donde nos sirvieron café, vinos dulces, coñac y aguardiente.

—No olvido tus gustos, Leonor. Supongo que te apetecerá probar este vino dulce que fabrican en el norte de Cataluña.

—Acabarás por rendirme, caballero Leñanza. Lo encuentro exquisito. Y con toda franqueza, mejor que el que suelo beber en Portugal tras las comidas, procedente del norte.

Regresamos a la conversación intrascendente durante algunos minutos. Disfrutaba como un niño con rongigata en la mano. No obstante, el duende me avisaba con aldabonazos de que Leonor desearía entrar en varas de honor más pronto que tarde. Y las dudas se despejaron cuando Marco abandonó el asiento, una medida que estimé preparada de antemano en familiar conjunción.

—Deberá perdonarme, señor, pero me encuentro rendido. Mi madre es de mayor fortaleza, especialmente cuando bebe un par de copitas de ese vino —sonreía con evidente placer—. Si lo permiten, me retiraré a descansar.

—Puedes hacer lo que quieras porque te encuentras en tu casa. ¿Te gusta la caza, Marco?

—Mucho, señor.

—Mañana cabalgaremos y daremos alguna batida. Durante el desayuno concretaremos los detalles.

—Le quedo muy agradecido por todo.

Leonor y yo quedamos en soledad. Aunque elevara protestas con sus manos, rellené su copita con el vino de Malvasía. Me miraba a los ojos de nuevo con fijeza. Decidí adelantarme a su estrategia.

—Creo, Leonor, que deseas entrar en algunos detalles más..., digamos que más particulares.

—Un caballero español, pero directo en el rumbo como siempre —de nuevo sonreía con evidente placer—. En efecto. No estoy segura de que me concedas el privilegio, pero ya te dije que me he lanzado a tumba abierta en estos años. Y como no me gusta navegar en círculos absurdos, entraré al trono.

—Por favor, Leonor, puedes hablarme de lo que desees o estimes oportuno. Con esta visita me has concedido una de las mayores alegrías en los últimos meses y te estoy muy reconocido.

—Santiago, jamás conseguiré devolverte la décima parte de los favores prestados. En Madrid mantuve una larga conversación con tu hermana Rosalía. Puedes imaginar el tema abordado. Ya había escuchado algunos comentarios a mi primo y deseaba conocer la verdad. Pero no por malsana ingerencia, al contrario. Te prometo que las tristes noticias me transportaron a un estado muy cercano al llanto, al tiempo que sufría por ti. Un hombre como tú no merecía padecer...

—Lo de Beatriz es agua pasada y no te miento. Otras etapas dolorosas de mi vida me costaron trasegar más sangre para olvidar. En esta última ocasión el sufrimiento fue terrible y de monstruoso tamaño, sin duda. No obstante,

todo se produjo al golpe, de repente y sin entradas sucesivas. Tan sólo con la lectura de una misiva. Como el disparo de un cañón. Por tal razón, la olvide con la misma rapidez, por difícil que sea de creer. El odio de una persona produce odio normalmente en la contraria. No ha sido mi caso, puedo jurarlo. No siento nada por esa mujer, como si en verdad hubiera dejado de existir.

—Y ha dejado de existir para ti.

—Por supuesto. Sin embargo y para mi desgracia, jamás podré entregar mi amor en ley a otra mujer. Beatriz seguirá siendo mi esposa durante toda la vida.

—Nadie sabe lo que nos encontraremos al cruzar una esquina o lo que el Creador nos mostrará un día al abrir la puerta. También yo sufrí mucho al escuchar la terrible historia por boca de tu hermana. Nunca pensé que se pudiera forjar una vida basada en un odio tan extraordinario, irracional y malsano. Pero al mismo tiempo, sufrí más al considerarme..., bueno, también me considero culpable de tu desgracia.

—¿Tú, culpable? ¿Cómo puedes pronunciar esas palabras? No podrías ser culpable de ningún mal y menos contra mi persona.

—Desde que Rosalía me expuso la completa historia, no ceso de recordar una inolvidable estampa a bordo de la fragata...

—Sé por donde navegas. Una conversación que mantuvimos en la toldilla de la fragata Proserpina, cuando te pedí matrimonio. Por el contrario, creo que reaccionaste de forma muy cuerda.

—¿Muy cuerda? —Leonor movió los brazos en rotunda negación—. ¡Por Dios santo y bendito! ¡Se trata del mayor error cometido en la vida! ¡Idiota de mí! Te voy a hablar con entera sinceridad, una forma impropia en una señora que se precie de tal, aunque nada me importe. Fue una bastarda estupidez por mi parte. Me había enamorado como una tonta quinceañera. Me gustaba todo de ti, hasta ese parche negro que tapa tu ojo izquierdo y te concede una aureola arrogante y atractiva. Pero entendí que te veías afectado por lo sucedido en Tenerife con aquella alocada mujer. Vamos, que no hablabas en serio y con los sentidos en su sitio. Por eso te dije que te esperaba en Portugal. Y no se trataba de una mera frase protocolaria. No obstante, si hubiese aceptado tu ofrecimiento, no habrías sufrido todo lo que has debido padecer. Soy culpable, aunque sea en una pequeña o gran parte. En fin, eso es lo que deseaba decirte desde que supe lo acaecido con Beatriz.

—No sabes cómo te agradezco esas palabras. Pero como se dice en Castilla, agua pasada no mueve molino. Todo en esta vida nos deja rescoldos de diferentes colores. Mantengo unas bellas e inolvidables memorias de

aquellas semanas a bordo de la fragata Proserpina. ¿Recuerdas cuando tocaste con las manos la banca de hielo, frente al cabo de las Agujas?

—Jamás lo olvidaré.

—Si también te soy sincero, no estoy seguro de que cuando te pedí matrimonio lo deseara realmente. Bien sabe Dios que lo he dudado durante mucho tiempo. Precisamente hasta que..., hasta que leí el recado de Beatriz. Por esa razón me alegré tanto, cuando me anunciaron vuestra visita. También yo creo estar enamorado de ti, por qué negarlo. Si alguna duda albergaba, se ha disipado en cuanto he visto tu rostro y tocado tu mano. Nunca he creído en la verdadera amistad entre hombre y mujer, aunque parece ser que es el único camino que Dios nos ha dejado a la mano. Siempre serás para mí una gran mujer que, por designios del Altísimo, ha de mantenerse en una especie de amor platónico, aunque lo sienta de forma muy real aquí en el pecho. Siempre serás mi gran amor y la mejor de las amigas, Leonor.

—No sabes el placer que siento al escuchar esas palabras. Tienes razón. Dios yerra a veces y lo hizo con nosotros. Es muy pobre ese camino del que hablas, pero así lo han querido desde los cielos.

—O desde los infiernos.

Tras unos segundos de silencio, en el que ambos mantuvimos una mirada con mil significados, Leonor abandonó su asiento con gesto de cansancio.

—En verdad, Santiago, que me encuentro agotada he aguantado porque no podía guardar por más tiempo lo que deseaba decirte. Ahora desearía acostarme. Mañana disfrutaremos de nuestra amistad.

—¿Cuántos días pensáis permanecer en Santa Rosalía? Espero que no se trate de visita fugaz porque no lo permitiría.

—Nuestra intención es alegrar tu vida, Santiago. Nada hemos planificado. Dejemos que el tiempo dicte sus normas. A Marco le encanta cabalgar y cazar. Creo que disfrutará mucho en esta hacienda. También de tu compañía, porque eres su hombre más admirado. Por mi parte, me conformo con cabalgar a tu lado y que conversemos como dos buenos y viejos amigos.

—Ningún regalo me haría más ilusión.

La guié hasta la puerta de su alcoba acompañados de Manuel y de la doncella que habíamos nombrado a su disposición. Volví a besar su mano, al tiempo que la emoción me embargaba. Y una vez entrado en mi dormitorio, sentí deseos de llorar. Porque estaba convencido de que la vida había sido muy injusta conmigo.

* * *

Una hora después, me revolví inquieto y desazonado en la cama, incapaz de conciliar el sueño. Pensé en la posibilidad de buscar la paz en una generosa frasca de aguardiente, como otras veces a bordo tras momentos de extrema agitación espiritual. Sin embargo, la deseché con rapidez y cierto disgusto, como si se tratara de una incapacidad mental. El rostro de Leonor había quedado anclado en el cerebro con absoluta nitidez, lo que me producía innegable placer pero, al mismo tiempo, un intenso dolor. El sufrimiento de lo imposible, quizás, de la cima que se encuentra a la vista en el horizonte y se considera imposible de alcanzar. Bebí agua una vez más, antes de acometer un nuevo intento para entrar en esas dulces ensoñaciones que tanto necesitaba.

Creo que debían de haber transcurrido cerca de las dos horas, desde que abandonara a Leonor en la puerta de su alcoba, cuando escuché el primer rumor apagado. Parecía proceder del pasillo al que accedían casi todos los dormitorios de la planta. Pueden imaginar que en el viejo castillo de Santa Rosalía se producían mil sonidos de diferente tonalidad y volumen durante la noche, como en cualquier edificación con siglos atravesados en sus colañas. No obstante, todos los mantenía bien catalogados en la sesera. En esta ocasión, sin embargo, asemejaban el arrastre de ropajes por el enlosado, como si se tratara de aparición fantasmal. Dejé de percibirlos durante un par de minutos cuando, ahora de forma nítida, distinguí el ruido del picaporte del dormitorio al girar. La luz se abrió en el cerebro al tiro, aunque llegue a pensar que debería tratarse solamente de un dulce sueño. De nuevo se hizo el silencio para, poco después, escuchar una vez más el picaporte en giro de extrema lentitud.

Tenía la certeza, sin posible duda, de que alguien había entrado en el dormitorio. También percibí con claridad el cierre de la puerta, producido con la misma silenciosa lentitud. Pero no me alarmé en absoluto. Por el contrario, el cerebro comenzaba a presentar imágenes de extraordinaria belleza, que me negaba a creer como posibles. Ahora distinguí con claridad los pasos en dirección hacia la cama, al tiempo que los nervios entraban en agitación de moldes y el ritmo del corazón golpeaba el pecho cual aldaba de fuerza. La oscuridad era absoluta, pero comencé a olfatear un perfume conocido a escasa distancia, así como a escuchar una respiración agitada. Decidí mantenerme en quietud de estatua y dejar las olas arribar a la playa.

Aguzaba los oídos con extrema atención, como pistero de rastros en el acto definitivo. Por fin, tras percibir lo que entendí como el sonido de una prenda de ropa al caer con suavidad en el piso, algo se apoyó con suficiente

fuerza en el borde de la cama. Y pocos segundos después, una mano tentaba la ropa sobre mi pecho en círculos hasta dar con las mejillas, que eran acariciadas con extrema ternura, un suave masaje lanzado desde los cielos. Como llegadas del más allá, sonaron las primeras palabras en un murmullo casi inaudible.

—Santiago, amor mío.

No podía continuar con el juego impuesto, aunque bien saben los dioses de la mar y de la tierra que me encontraba acobardado y sin recursos. Creo que a partir de ese momento solamente comenzó a hablar el corazón.

—Leonor, vida mía.

Transcurrieron alargados segundos de silencio en el que la respiración se agitaba, mientras la suave mano continuaba con sus exquisitas caricias. Y de nuevo, el glorioso susurro.

—Debes creer que estoy loca y es posible que tengas razón. Pero ya te dije que, después de aquellos meses de terrible cautiverio, nació otra mujer en mi pecho. He pensado en este dulce momento durante muchos, muchos meses. Te quiero, Santiago.

Leonor recorrió la esquina del embozo, al tiempo que intentaba introducirse bajo las sábanas a mi lado. Me desplacé para permitir su movimiento.

—También yo te amo, Leonor. Pero nada puedo ofrecerte en esta existencia que nos ha tocado vivir. Soy y seré por siempre un hombre casado. Te amo con locura, pero no quiero que por mi culpa...

—Shh —ordenaba silencio, al tiempo que tapaba mi boca con sus dedos, un sencillo contacto que me excitó sobremanera—. No digas nada, querido mío. Claro que puedes ofrecerme, al igual que yo a ti. Quiero poseer tu alma, tus pensamientos y tu cuerpo. Pero también que poseas lo mismo de mí. Han transcurrido muchos años, demasiados. Apenas recuerdo lo que significa encontrarse cerca de un hombre y percibir sus caricias. Y solamente de pensar en recibirlas de tu mano, se arracima el corazón en llamas. Abrázame, mi amor, abrázame con fuerza.

La abracé, al tiempo que descubría con sorpresa su entera desnudez. Mis manos repasaron el contorno de su cuerpo con un placer extremo y olvidado. Allí cesó el momento de las palabras para dar paso a una pasión incontenible, más cerca del reino animal. Nos repetíamos amor eterno y verdadero en apagados susurros, al tiempo que las caricias subían hasta alcanzar la galleta de los palos. Y cuando por fin entré en ella, se aconchó a mí con una fuerza más propia de un león. Combatimos a muerte y nos fajamos en retortero como

forzados de brega dura, mientras Leonor gemía por alto y temía que se escucharan sus aullidos de placer en todo el Castillo. El goce sensual y voluptuoso aumentaba de ritmo sin cesar, hasta que la mar embravecida acabó por formar olas de tamaño colosal.

Cuando las aguas calmaron sus elevadas crestas al ras, nos mantuvimos entrelazados a muerte. Formamos un solo cuerpo durante un tiempo sin final a la vista. Pero también las respiraciones se batían el cobre por regresar a la difícil normalidad. Escuché la voz entrecortada de Leonor, con su boca pegada a mi oído.

—Nunca disfruté de un placer parecido, mi amor. Jamás un hombre me hizo alcanzar tal nivel de pasión cuya existencia, en verdad, desconocía. Y asegurabas que nada podías ofrecerme. Estos minutos pueden compensar los sufrimientos de toda una existencia y mucho más.

—Tienes razón, mi vida, aunque mucho tema al futuro. Y lo sufro por ti.

—Nada de sufrimientos. Por favor, Santiago, que no se trata del contacto entre dos jovencitos alocados en sus primeras experiencias amorosas, sino de un hombre y una mujer con penas arrastradas y desencantados con el amor... hasta ahora. En Madrid y Lisboa se pueden contar casos parecidos con muchas manos. ¿Que la gente malsana habla y comenta en corrillos? ¡Pues, que hablen, que ladren y que se muerdan los labios en filo hasta sangrar bilis de envidia! Somos dos buenos amigos que, en realidad, se aman sin medida y se desean con alocada pasión.

—¿Y después?

—Ya llegará el después con sus condicionamientos, que no deben preocuparnos en exceso. Nos haremos periódicas visitas de pura cortesía y nos amaremos con locura durante toda la vida. Pero, de momento, solamente debemos pensar en el aquí y en el ahora. En el Castillo de Santa Rosalía y en esta alcoba, donde nos entregaremos hasta el último suspiro.

—Suenan como divina orquesta en mis oídos. Puedes estar segura de que te querré siempre. Y espero que las separaciones sean mínimas. Pero no quiero que tu reputación se vea...

—Aparta de una vez esos formalismos, que tanto dañan el espíritu. Nadie pensaba en esa manida reputación cuando me encontraba recluida en aquel infierno africano. Tan sólo lo pensasteis Marco y tú. Los dos hombres de mi vida. Espero que te levanten pronto el destierro. Porque el próximo encuentro lo disfrutaremos en una hacienda portuguesa cercana a la raya de España. A unas quince leguas de Badajoz.

—Como dices, no pensemos en futuros. De momento te encuentras a mi lado y doy gracias a Dios por ello, si es lícita tal confianza. No sé si merecía un regalo de este calibre. Te quiero, Leonor, te quiero hasta partir de dolor.

—Y yo a ti, vida mía.

Las palabras nos elevaron una vez más hacia las velas altas y entramos en nueva pugna de animales encelados. Porque así lo parecíamos sin posible enmienda, aunque el amor entrara a rondón de orquesta con el placer añadido. No obstante, pocas veces en la vida me había sentido tan feliz. Recibía un especial don cuando más lo necesitaba. ¡Qué sabía aquella mujer, que con dos susurros era capaz de cambiar un torrente de pensamientos! Una vez más, no me quedaba otro camino que agradecer con fidelidad al dios Neptuno, por concederme de nuevo el maravilloso privilegio del amor y del placer.

Epílogo histórico

La adquisición de la escuadra rusa, también llamada escuadra negra, por parte de nuestro Rey Fernando VII al Zar Alejandro I supone una vergüenza nacional de tan elevada escala, que resulta ardua y espinosa de creer. Porque difícilmente se encontrará en la historia de la administración española un negocio tan deshonesto y que merezca parecidas censuras y reproches. Por fortuna para la Real Armada y su honorabilidad institucional, ninguno de sus miembros se vio involucrado de forma directa o indirecta en el penoso contubernio. Más bien al contrario, muchos honrados oficiales y sus familias sufrieron de sus consecuencias, al elevar la voz en leal desacuerdo. Y si como los tres principales valedores del putrefacto negocio aparecen el propio Monarca, el embajador ruso Tatischev y el sportillero Antonio Ugarte, secretario íntimo de Su Majestad, no debemos olvidar que el comisionado para firmar el Convenio fue el ministro de la Guerra, teniente general del Ejército c impenitente absolutista don Francisco Ramón de Eguía, dócil instrumento de la Camarilla en la que se gestó el entuerto.

Algunos lectores desearán saber la suerte corrida por este navío *Alejandro I*, que ofrece título al volumen decimonoveno de mi colección de novela histórica naval «Una Saga Marinera Española». Como es fácil suponer, sufrió un triste final, como el del resto de sus compañeros. Porque tras rematar su penoso tornaviaje hasta España desde la línea equinoccial, permaneció fondeado en la bahía gaditana sin navegar una milla más. Por fin, en 1822 fue vendido en pública subasta para ser deshecho en maderas. Y a un precio muy inferior al que alcanzaban las unidades de la Armada construidas en nuestros arsenales con muchos años de antelación. La escasísima calidad de sus maderas quedaba muy evidente a la vista.

Creo que he dejado expuesta con suficiente claridad la responsabilidad directa y personal en el fraudulento negocio de don Fernando el Séptimo, una retorcida y aviesa lacra nacional sufrida en uno de los peores momentos de

nuestra historia. Y se comprueba su sentido de culpabilidad por el extraordinario y minucioso afán con que se procuró la desaparición de todos los documentos oficiales o privados que reflejaran cualquier detalle de la compra, lo que mucho ha dificultado su investigación y conseguido que todavía se mantengan algunos datos en permanente interrogante. Pero ya se fraguó así desde el primer momento, al mencionarse en el Convenio que todos sus artículos debían mantenerse en secreto.

La pública maledicencia, que tantas veces acierta y en este caso con fundado motivo, supuso que una parte no pequeña de aquellos fondos teóricamente asignados para el pago de la escuadra, se los repartieron amigablemente Tatischev, Ugarte y el propio Rey. Porque don Fernando no disponía entre los españoles ni entre los extranjeros fama de incorruptible, más bien al contrario.

¿Se pagaron los buques rusos de acuerdo al artículo séptimo del Convenio en su totalidad o en parte? Aquí se presenta la principal incógnita. Ante las protestas rusas por el absoluto incumplimiento de lo acordado en el apartado económico, se efectuó un nuevo convenio, también secreto, para un pago diferido, en el que el ministro Eguía actuó como representante del Estado. Pero como a Rusia no llegaba un solo rublo, tras nuevas protestas oficiales se llegó a un nuevo acuerdo en agosto de 1817, firmado por Ugarte y Tatischev, en el que se especificaban nuevos plazos para los pagos, dilatados hasta el 30 de diciembre de 1820.

De nuevo aparece la incógnita. ¿Se acabó realmente por pagar en todo o parte el monto de la operación con las nuevas fechas como referencia? Por desgracia, no se dispone de datos oficiales. No obstante y en mi opinión personal, el Zar Alejandro I jamás llegó a escuchar en su bolsa el tintineo de un miserable copec^[86] procedente de España. Pero no estimen que tal acción podría avergonzar a nuestro Soberano. Porque don Fernando era de esa clase de hombres que pocas veces en la vida se sienten obligados al cumplimiento de ningún tipo de obligación, aunque se tratara de convenio internacional entablado y firmado en pura legalidad con reyes o emperadores. Debemos recordar que a la llegada de los buques rusos a Cádiz, ni siquiera tuvo el detalle de enviar unas líneas de agradecimiento al Zar, acción que no llevó a cabo, de forma lacónica y breve, hasta muchos meses después.

En cuanto a la poderosa escuadra puesta bajo el mando del brigadier de la Armada don Francisco Mourelle, que fue calificada muy acertadamente como escuadra de papel y que pasaba los días en el arsenal gaditano sin que se le llevaran a cabo las reparaciones y carenas necesarias, recibieron orden de

desarmar poco tiempo después, un par de semanas antes de que tuviera, lugar el pronunciamiento del teniente coronel don Rafael del Riego.

En cuanto a la suerte particular de aquellos buques rusos adquiridos de fraudulenta forma y en mala hora como solución para la Armada y, en su aspecto fundamental, para el traslado del poderoso ejército que debía descabezar los movimientos independentistas americanos de forma definitiva, fue la siguiente:

- **Navío *Numancia***. Se alistó en el arsenal de La Carraca y bajó a bahía en 1819. Regresó al arsenal por necesidad en 1820 sin haber prestado servicio. Se deshizo en 1823.
- **Navío *España***. Corrió las mismas vicisitudes que el anterior.
- **Navío *Velasco***. Tras su llegada a Cádiz desde Rusia y traspasado al arsenal, no llegó a salir de él dado su penoso estado. Se deshizo en 1821.
- **Navío *Fernando VII***. Se habilitó en La Carraca en 1819. Llevó a cabo una rápida comisión por el Mediterráneo para regresar a Cádiz en 1820. Pasó directamente al arsenal y se deshizo en 1823.
- **Navío *Alejandro I***. Una vez de regreso tras su fallida comisión al mar el Sur, se mantuvo en bahía hasta que en 1820 pasó al arsenal, donde se deshizo en 1823.
- **Fragata *María Isabel***. Aunque pobre de maderas, cualidades marineras y estado general, fue la única que pudo utilizarse con cierta rapidez. Salió de Cádiz para El Callao de Lima en mayo de 1818. Fue apresada por los rebeldes en el puerto de Talcahuano, como ha sido comentado en esta obra.
- **Fragata *Mercurio***. Llevó a cabo una corta navegación de tres semanas. Debido a su mal estado, pasó al arsenal de La Carraca donde se deshizo en 1822.
- **Fragata *Astrolabio***. Desde el momento de su entrega pasó al arsenal y no volvió a salir a causa de su penoso estado. Se deshizo en 1820.

Las tres fragatas enviadas con posterioridad por el Zar Alejandro I en posible compensación, siguieron los siguientes avatares:

- **Fragata *Pronta***. Prestó limitados servicios en las costas de España y América, con frecuentes problemas en casco y aparejos. Dada por inútil, se deshizo en Cádiz en 1820.
- **Fragata *Viva***. Salió de España de comisión hacia La Habana. Consiguió llegar al puerto de destino tras no pocos problemas de

gravedad. Una vez en el arsenal habanero, se fue a pique por entrada de agua a través de sus fondos. Se declaró inútil.

- **Fragata Ligera.** Al igual que la anterior, se fue a pique en el puerto de Santiago de Cuba en 1822.

* * *

También se preguntarán los lectores sobre la suerte corrida por los buques que componían la división del mar del Sur. El navío *San Telmo*, así como las fragatas *Prueba* y *Mariana* encontraron duros temporales a partir de la latitud correspondiente al Río de la Plata. Posteriormente, se acrecentaron en la montada del cabo de Hornos, donde se dispersó la división de forma definitiva. Tras cinco meses de extraordinario sufrimiento, la fragata *Prueba*, todavía con su segundo comandante al mando, arribó de fortuna al puerto de Guayaquil el 28 de octubre. No disponía de víveres y con la aguada en ración de cazo. Presentaba una terrible situación a bordo con un elevadísimo porcentaje de enfermos, escorbuto y fiebres pútridas en su mayor parte, tanto de la tropa embarcada como de su dotación. Entre los enfermos se contaba al capitán de corbeta Francisco de Hoyos y a su comandante cerca de expirar. En parecida situación y también tras sufrir penalidades de todo tipo, la fragata mercante *Mariana* conseguía entrar en el puerto de El Callao el día 9 de octubre, con muchos enfermos a bordo y elevado número de bajas.

En cuanto al navío *San Telmo*, todavía queda mucho por descubrir. A la altura del cabo de Hornos, comenta el capitán de corbeta Hoyos que observó al navío con importantes averías en el timón, en el tajamar y en la verga mayor, unas averías que intentaba reparar la dotación a pesar del terrible temporal que sufrían. El comandante de la *Mariana* expuso en su parte oficial que el *San Telmo*, en situación de 62° de latitud y 70° de longitud mostraba importantes averías en el timón y verga mayor. Estimaba que la dotación no podría reparar la avería del timón, una situación de gran peligro dada la dureza de la mar y el atemporalado viento del noroeste que se sufría. Textualmente, el comandante expone en su informe:

... cabe dudar de que el navío pueda haber remontado el cabo de Hornos y si lo hubiera conseguido es de recelar una arribada en los puertos de Chiloé o Valdivia a repararse de donde espero en breve noticias para participarle a Vuestra Excelencia...

Lo cierto es que nada más se supo del brigadier don Rosendo Porlier, un brillante oficial de la Real Armada que tanto destacara en acciones de guerra por mar y tierra. Tanto él como los 644 hombres que amparaba entre las maderas del *San Telmo* debieron perderse bajo las aguas o sobre los hielos. Como derivaba con claridad hacia el sur, es de suponer que acabara por tocar con la costa helada de la Antártida. Con los estudios actuales, podemos estimar que sometido a los vientos y corrientes propias de la estación, de acuerdo a la situación expuesta por el comandante de la *Mariana*, derivara hacia el norte de la isla Livingstone, entonces desconocida. Porque hacia el sur tan sólo se suponía la existencia de las «Tierras heladas» como mera suposición.

En febrero de 1819, el capitán mercante británico William Smith alcanzaba los 61° de latitud con su bergantín en busca de nuevas rutas alternativas al temible cabo de Hornos. Caído al sur por los vientos, se sorprendió al divisar tierra en tan baja latitud. Debemos tener en cuenta que se trataba de la época más favorable para navegar en aquellas aguas. Smith arrumba sin dudarle hacia Valparaíso, donde comunica al almirante británico con mando en el mar del Sur su descubrimiento. Autorizado, regresa hacia dicha posición y toma posesión de las islas que encuentra a su paso. En su tercer viaje, dos meses después de la desaparición del *San Telmo*, acompaña a varios miembros de la Royal Navy, bajo el mando del teniente de navío Edward Bransfield.

La expedición avista y desembarca en una isla a la que bautizan como Rey Jorge, para pasar posteriormente a otra que bautizan como Livingstone, de las que toman posesión en nombre de Su Majestad Británica. En la segunda es donde se estima que naufragó el navío *San Telmo*. Smith encontró los restos de un naufragio en la isla Livingstone y los identificó como pertenecientes a un navío español de finales del siglo XVIII. También encontró muchos restos de animales que, en su opinión, habían sido sacrificados por la mano del hombre para su subsistencia. Queda decepcionado al comprender que no ha sido el primero en alcanzar aquellas latitudes y resignado regresa a Valparaíso. No obstante, el almirante británico le impone secreto al parte elevado por motivos de futura soberanía y estricta orden de guardar silencio. También le obliga a que borre de su informe de a bordo cualquier referencia al navío español, que ya comienzan a declarar como el *San Telmo*, dada su reciente pérdida en aquellas aguas.

Por fortuna, otros compañeros de Smith, como el capitán Robert Fildes, no siguen los consejos del almirante británico. Fildes describe con detalle los

restos hallados por William Smith y los identifica como pertenecientes al navío español. Incluso informa que Smith ha ordenado transportar para su posesión personal el cepo del ancla del navío *San Telmo*, hallado en la punta Shirreff y en una playa vecina. La intención de Smith es la de fabricarse un ataúd con su madera.

Otro explorador británico posterior, James Weddell, tampoco sigue las reservas impuestas a Smith. Tras recibir el encargo de la Reina de llevar a cabo la cartografía de las nuevas tierras, identifica los restos del navío y no presenta reparos en reconocer las inequívocas señales que prueban la llegada de los hombres de mar españoles a esas tierras. En su obra, «A voyage towards the South Pole», editada en Londres en 1825, puede leerse:

... varios restos de un naufragio fueron hallados en las islas del Oeste, aparentemente pertenecientes al escantillón de un buque de 74 cañones, que es probable sean los restos de un buque de guerra español de esa categoría perdido en 1819, cuando hacia el tránsito hacia Lima...

Pero Weddell, en un rasgo de integridad muy escaso en los británicos por aquellos años, va más allá y aventura que los naufragos debieron alimentarse de focas y otros animales marinos para intentar sobrevivir en esas inhóspitas tierras durante un tiempo, a juzgar por los abundantes esqueletos de esos animales que halló en la zona.

Es muy posible aventurar que Porlier y los supervivientes, tras haber resistido entre los hielos algunas semanas, intentaran alcanzar el continente americano a bordo de las embarcaciones menores del buque o de otras fabricadas en fortuna. Por desgracia, debieron perecer entre los hielos. Y precisamente como homenaje a los 644 hombres perdidos en la isla Livingston, España estableció al sur de dicha isla y al abrigo de una bahía la base Juan Carlos I, que cada año es habitada durante el verano austral por hombres que son transportados en los buques oceanográficos de la Real Armada.

En la Antártida han proclamado su soberanía países como Argentina, Australia, Chile, Francia, Gran Bretaña, Nueva Zelanda y Noruega. Algunas tierras se solapan unas con otras de forma caprichosa en reparto de dados. Por tal razón, en la órbita hispana con reclamación territorial en el Continente Antártico, como es el caso de Chile o Argentina, estiman de especial interés que se desvele y concrete la pérdida del navío *San Telmo*. De esa forma, cobrarían fuerza sus reivindicaciones de soberanía como nuestros herederos, y de que España haya sido la primera nación en descubrir las tierras antárticas. Para nada lo exime el hecho de que se tratara de forma causal, como tantos

otros descubrimientos en la historia de la navegación, y muy trágica con la pérdida de tantos hombres, que conformaban la dotación del navío de la Real Armada *San Telmo*.

Así acabó la historia de ese magnífico navío ildefonsino, diseñado por la mano de aquel gran ingeniero de la Armada, don José Romero y Fernández de Landa. Construido en el arsenal de la mediterránea ciudad de Cartagena, tan acostumbrada al tiempo benigno y caluroso, acabó sus días a muchas miles de millas entre los impenetrables hielos antárticos. No es más que una página más del quehacer diario de nuestros hombres de mar por los cinco continentes. Y, como es norma habitual, personajes olvidados por casi todos sus compatriotas, que ni siquiera se enorgullecen de tan heroicos hechos.

Luis Delgado Bañón
Cartagena, 7 de marzo de 2011

Notas

[1] La faja era distintivo de los generales. En la Real Armada correspondía a los empleos de jefe de escuadra, teniente general y capitán general. <<

[2] Los primeros descubridores denominaron como Tierra Firme o Costa Firme a la parte del continente meridional de América bañada por el mar de las Antillas, en oposición a las islas de este mar. Se empleó durante varios siglos, y aún hoy no se halla del todo en desuso para designar la costa de la Venezuela actual. <<

[3] Camino que hace el buque, ya sea por uno o varios rumbos, para trasladarse de un puerto a otro. <<

[4] Así aparecía, en cartas y mapas el golfo de México durante los siglos XVII, XVIII y XIX. <<

[5] Ciudad costera al norte de Acapulco, antigua cabecera del departamento marítimo que ocupaba toda la costa pacífica del virreinato de Nueva España desde Centroamérica hasta las Altas Californias (aguas de los actuales Estados Unidos, Canadá y Alaska). <<

[6] Se entendía como *dar la quilla*, cuando se varaba un buque en playa arenosa y se rendía a una banda para carenar sus costados. Se trataba del sistema habitual hasta la aparición de los diques de carenar en seco. <<

[7] Océano Índico. <<

[8] Se entendía como rollo o picota a un madero de suficiente altura — posteriormente también de piedra—, que sirviera como columna para el ajusticiamiento de los condenados, o amarrar en ella aquellos reos culpados a vergüenza pública. <<

[9] Disco de madera que normalmente tachonaba el extremo superior de los palos. <<

[10] A los océanos Atlántico y Pacífico se les denominaba como Mares del Norte y del Sur. <<

[11] La escala de los vientos en esos años corría, de menor a mayor fuerza, por *calma muerta* o *chicha*, *vagajillo*, *ventolina* o *fresquito*, *fresco* (de todas las velas), *frescachón* (aparejo sin juanetes), *cascarrón* (rizos a las gavias), *ventarrón* (sólo mayor y trinquete) y *temporal* (trinquete y capa). <<

[12] Se denominaba como *tomar el punto*, a calcular la posición del buque en la mar. Cuando esta operación se deducía de la observación de astros, se llamaba *punto de observación* o *punto astronómico*. Cuando se hacía en base a los rumbos y distancias recorridas, corregidas por vientos y corrientes, se nombraba como *punto de estima* o *de fantasía*. <<

[13] Navegar de ceñida o contra el viento. <<

[14] Se refiere a la segunda faja de rizos, para eliminar la superficie vélica del aparejo. <<

[15] Nombre que se ofrece a los vientos o temporales del sur y sudoeste en las costas orientales de la América meridional, por provenir en origen de las grandes extensiones de la Pampa. <<

[16] Se entiende por cabrillar a la formación de cabrillas, ondas blanquecinas que, se forman en la mar cuando sopla el viento fresco. <<

[17] Se entiende por andar al movimiento del buque sobre las aguas. También se le denomina como marcha o pies y vela. Buen andar debe comprenderse como buena velocidad. <<

[18] La legua marina era la medida utilizada normalmente en la mar, para expresar grandes distancias. Equivalía a tres millas o seiscientas cincuenta varas castellanas, unos 5.555,55 metros. <<

[19] Con las velas aferradas. <<

[20] Se refiere a la rosa náutica, círculo de cartón dividido en treinta y dos ángulos o partes iguales por radios que se denominan rumbos o vientos, y en cuyo centro se ajusta el chapitel que lleva la barreta de la aguja náutica. De esa forma, el círculo del horizonte queda dividido en treinta y dos cuartas de 11,25 grados cada una, cantidad a la que se ajustaban los rumbos de los buques por aquellos años. <<

[21] Cordel muy delgado que, envuelto en su carretel y dividido en partes que representan millas y medias millas, se utiliza para medir la distancia que el buque recorre en un tiempo determinado. De esta forma, se consigue calcular la velocidad en nudos o millas por hora. <<

[22] Antiguo tratamiento que se ofrecía a los contramaestres. <<

[23] Falta absoluta de viento. También se la denominaba como calma chicha, calmaría, quedada, calmazo, callada, bonanza, jacio y, más antiguamente, jolito. <<

[24] Palabra utilizada a veces para referirse a un pirata o un bucanero. <<

[25] Proyectil formado por dos balas unidas por barra de hierro, dos medias balas unidas por el mismo sistema, o calabrote de hierro ochavado que por los extremos rematan en base circular acorde al calibre del canon. Se denominaban, de forma respectiva, como palanqueta a la española, a la francesa o a la inglesa. Se disparaban a muy corta distancia, unas 300 – 400 yardas con objeto de cortar y destrozar con mayor facilidad los aparejos y palos del buque enemigo. <<

[26] Se entiende por tiro de enfilada, cuando toda la batería de un costado abre fuego contra otra unidad que se presenta perpendicular a ella, sin poder hacer uso más que con los cañones de mira, caza o guardatimón. <<

[27] Palancas de madera utilizadas por los artilleros para orientar los cañones en la debida dirección. <<

[28] Se refiere a la necesidad de virar en redondo, pasando el viento a la banda contraria por la popa, maniobra sencilla. Porque en caso contrario, con virada por avante (pasando el viento por la proa y sin pérdida de barlovento), difícil y complicada maniobra para un buque en las condiciones de la fragata, llegaría el momento de quedar sin arrancada avante, con el peligro que supondría tal situación ante un buque de fácil maniobra que intenta el abordaje. <<

[29] Se denominaba combate a tocapenoles, cuando los buques se encontraban a tan corta distancia que los extremos de las vergas (penoles) podían tocarse entre sí. También se utilizaba para expresar, en general, un combate a muy corta distancia. <<

[30] Se refiere a la pala del timón. <<

[31] Hacha pequeña de pico, con punta muy aguda en este y mucho filo en su boca. Se utilizaba para picar o cortar los cabos y jarcias de los buques enemigos, así como clavar la punta en su costado para que sirviera de agarradero al subir al abordaje. Por tal razón se denominaban hachuelas de abordaje. <<

[32] Se entiende, por arpeo a un instrumento de hierro con cuatro garfios o ganchos a modo de garabatos, utilizados al extremo de un cabo para aferrarse una embarcación a otra. <<

[33] Se entiende en la mar por orzar, a caer de rumbo para llevar la proa hacia el viento. La acción contraria se denomina arribar. <<

[34] Viento por la proa. <<

[35] Tablón o tabloncillo que cubre todas las cabezas de las ligazones en su extremo superior, para formar el borde o borda de las embarcaciones. <<

[36] Actual calle de Sagasta. <<

[37] Para conocer con detalle lo acaecido en el combate de Montevideo y las causas que propiciaron el fin de la presencia española en el Río de la Plata, pueden leer el volumen decimosexto de esta colección, titulado El queche Hiena. <<

[38] Se refiere a una fragata de 40 cañones. <<

[39] Se denomina obra viva a la parte del casco del buque bañada por las aguas, y obra muerta a la situada sobre la superficie. <<

[40] Estrecho. <<

[41] Se entendía por el arrecife, la carretera o calzada que unía Cádiz con la Real Isla de León. <<

[42] La escala de los vientos en esos años corría, de menor a mayor fuerza, por calma muerta o chicha, vagajillo, ventolina o fresquito, fresco (de todas las velas), frescachón (aparejo sin juanetes), cascarrón (rizos a las gavias), ventarrón (sólo mayor y trinquete) y temporal (trinquete y capa). <<

[43] Se refiere a un navío de dos puentes, es decir, que dispone de dos andanas o baterías artilleras y, normalmente, con 74 cañones de porte. <<

[44] La rosa de los vientos se divide en 32 cuartas. Por tal razón, dieciséis cuartas equivalen a 180 grados. <<

[45] Camino que hace el buque, ya sea por uno o varios rumbos, para trasladarse de un puerto o punto geográfico a otro. <<

[46] Marineros escogidos para dirigir desde las cofas y en lo alto de los palos las maniobras que se reclaman. <<

[47] Se refiere a don Manuel Godoy, príncipe de la Paz. <<

[48] El citado gabinete fue trasladado por completo al nuevo ministerio de Marina, actual sede del Cuartel General de la Armada, en 1931. Es utilizado hoy en día por el Almirante Jefe del Estado Mayor de la Armada. No obstante, la mesa se encuentra en la sala de recepción del Museo Naval. <<

[49] Se refiere al viaje efectuado por el jefe de escuadra don Jorge Juan y Santacilia en el empleo de capitán de navío. Se trataba de puro espionaje en arsenales británicos, disfrazado y con nombre supuesto cuando debió escapar.
<<

[50] Lo que hoy en día sería el Boletín Oficial. <<

[51] Su Majestad Católica. <<

[52] Su Majestad Imperial. <<

[53] Se entiende por copec, o copeca a la centésima parte del rublo. <<

[54] Don Baltasar Hidalgo de Cisneros había nacido en Cartagena en el año 1755. <<

[55] Se denomina como navegar en conserva, cuando dos o más embarcaciones lo hacen juntas, para auxiliarse o defenderse. <<

[56] Tratamiento que se otorgaba en la Real Armada a los guardiamarinas y aventureros. Todavía se mantiene en vigor en la Escuela Naval Militar. <<

[57] En la Armada se denomina tripulación o equipaje a la totalidad de la gente de mar, mientras que el de guarnición se reserva para la tropa embarcada. El conjunto de las dos, más la chusma o grupo de remeros en el caso de galeras, constituye la dotación. <<

[58] Oficiales del Cuerpo General de la Armada. <<

[59] Parte de la soldada que se entrega en mano. <<

[60] Cuando los guardiamarinas ascendían al empleo de alférez de fragata, comenzaban a utilizar las charreteras en el uniforme como distintivo del grado. Estos lucían una solamente sobre el hombro izquierdo, mientras los alféreces de navío lo hacían en el derecho. <<

[61] Denominación que se daba, especialmente por los marinos británicos (roaring forties), a la zona de la mar comprendida en los cuarenta grados de latitud sur, en la parte correspondiente al mar del Norte (océano Atlántico) cercana al cabo de Hornos, y en el mar del Sur (océano Pacífico). Se caracteriza por sus vientos con intensidad tormentosa de poniente, que levantan mucha mar. <<

[62] Se entiende por cuarta a cualquiera de los 32 rumbos en que está dividida la rosa náutica pero, de forma principal, el ángulo que media entre uno y otro rumbo. De esta forma, una cuarta equivale a 11,25 grados. Si, por ejemplo, se avista en la mar una unidad abierta ocho cuartas a babor, equivale a decir que se encuentra por el través de dicha banda. <<

[63] Máquina de armazón fuerte y sólida madera, cilíndrica y cónica, que gira sobre un eje vertical por medio de barras o palancas. Envolviendo en su cuerpo maromas o cables, se utiliza para llevar a cabo grandes esfuerzos, como levar las anclas, izar pesos, cobrar de estachas, etc. <<

[64] Deshacer las vueltas dadas con los mójeles al virador y al cable del ancla en los puntos que van llegando al cabestrante, así como volver a darlas en los que van entrando en el escobén. <<

[65] Arriba y clara, voz que se da desde proa al observar el ancla salir a superficie sin impedimentos añadidos. <<

[66] Entre las ocho de la tarde y ocho de la mañana, las guardias de cuatro horas de duración se denominaban como prima, media y alba. <<

[67] Buque anterior y posterior a cada uno de los que forman una columna, los cuales se denominan matalote de proa y de popa respectivamente. <<

[68] Nombre que se aplicaba a una clase de contra maestres, inferior a la de primeros y segundos, la cual se subdividía del mismo modo. Acabaron por ser refundidos y asimilados como tercer contra maestro, dentro de los Oficiales de Mar. <<

[69] En diagonal, de parte a parte. <<

[70] Se entiende por abatir a desviarse el buque de su rumbo hacia sotavento por acción del viento. <<

[71] Marinero o grumete destinado de guardia en los topes de los palos, para descubrir los objetos que aparezcan por el horizonte a mayor distancia. También recibía el nombre de vigía, mientras que en las galeras se les llamaba atalaya o descubierta. <<

[72] Se entiende por navegación de estima, la calculada en base al rumbo y distancias recorridas durante, un tiempo determinado, desde una situación de garantía. También ha de tenerse en cuenta la deriva y abatimiento del buque.
<<

[73] Se entiende por fachear, así como meter, echar, coger o ponerse en facha, a bracear unas velas en contra de otras para mantener el buque sin avantear.
<<

[74] Se entiende por guindar, a elevar o subir más en el propio sentido lo que ya se encontraba vertical. <<

[75] Golpe más o menos violento que se produce en situación de mar dura, cuando el pantoque, parte exterior del fondo de una embarcación, choca contra la superficie del agua al caer sobre ella tras haber sido elevado por las olas. <<

[76] Se entiende por lascar, aflojar o arriar un poco cualquier cabo que está teso. <<

[77] Antes de que se dispusieran de los diques en la segunda mitad del siglo XVIII, los buques se carenaban a la tumba. Para ello se tendía la embarcación en la playa sobre un costado, para carenar una banda. Después se procedía de la misma forma con el otro costado. Se trataba de playas acondicionadas para dicha tarea, con maniobra y aparejos adecuados. <<

[78] Magnífica serie de navíos construidos con planos e ideas del ingeniero don José Romero y Fernández de Landa. Tomaron ese apelativo popular del que fue su prototipo, el navío de dos puentes y 74 cañones San Ildefonso, construido en el arsenal de Cartagena en 1785. <<

[79] Realmente llamada *María Ana*, aparece en la mayor parte de los documentos como *Mariana*. <<

[80] Se conocía como verga seca o chata a la más baja del palo mesana. Aunque no envergaba vela propia, era elemento indispensable para cazar la vela sobremesana. <<

[81] Balsas que se forman con los masteleros, vergas, botalones y cualquier pieza de madera del buque para salvar al personal en un naufragio. <<

[82] Conjunto de pipas, botas, cuarterolas, barriletes y barriles en los que se lleva la aguada y otros géneros líquidos. También se denominaba como vasigería y botamen. <<

[83] Nueva armazón de arboladura y aparejo en forma provisional, embastada con masteleros o cualquier madero a disposición. <<

[84] Charretera. <<

[85] Cabra montés o española, que suele vivir en las zonas más escabrosas. <<

[86] Moneda rusa, equivalente a la centésima parte del rublo. <<